3 1761 08158697 6

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 18. NÚM. 208.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

ABRIL 1906

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

AP
60
E8
año 18
no. 208-10

10.859

RECUERDOS

Recordando lo último que escribí, ó mejor dicho que dicté, en el artículo precedente, caigo en la cuenta de que por la pintura que hice de mis aficiones, allá por los años en que yo tenía trece ó catorce, que no dejan de ser años en totalidad desde aquella fecha, pudiera pasar á los ojos de mis lectores como un niño cursi é irresistible, y pedante por añadidura, á fuerza de ser aplicado y juicioso.

Y protesto de que en tal figura no habría ni sombra de parecido.

Yo no era el niño con pretensiones de sabio y presunto académico; era como otro cualquiera de mi edad, ni hacía público alarde nunca de mis aficiones científicas.

Me gustaba la ciencia geométrica, la pequeña ciencia que entonces estaba á mi alcance, y los teoremas de Geometría me encantaban, y rebosaba mi entusiasmo infantil en las cartas á que antes me he referido, escritas, más bien que para Bernardino Sánchez, para su padre, de quien hablé largamente en el artículo anterior.

¿No existe, ó por lo menos no ha existido en las novelas bucólicas y pastoriles, que ha sido el género literario más falso que haya existido jamás, la *inocencia pastoril;* género más falso, repito, y más empalagoso cien veces, que el más desatinado libro de caballería? ¿No encantaba á toda una generación el tipo de pastoras y pastorcitos escribiendo nombres en las cortezas de los árboles y poniendo lazos de colores

en las lanas de sus borregos? ¿No ha enternecido á damas y galanes este género de inocencia?

Pues si existe la inocencia pastoril, ¿por qué no ha de existir la inocencia científica de un niño de trece años, que escribe cartas reproduciendo los teoremas de Geometría que aprendió el día antes?

Esto será extraño, raro, poco común; pero cada uno es como es, y yo soy como soy, y como he sido fuí, sin hacer nunca público alarde de mis aficiones, que en estos alardes está el *quid* de la cursilería.

¡Qué remedio, si á mí me ha encantado siempre, tanto como un buen drama, ó más que un buen drama, un hermoso teorema de Geometría!

***

Todavía recuerdo con íntimo placer, y hasta con emoción (asómbrense cuanto quieran mis lectores), con emoción, repito, el año en que me estuve preparando para ingresar en la Escuela de Caminos, como uno de los años más felices de mi vida; y es que siempre he tenido la precaución y la prudencia de no ser muy exigente en punto á felicidad humana.

Todos los días iba á dar clase con D. Angel Riquelme, que vivía en la calle de las Urosas, frente por frente del teatro que, si no recuerdo mal, por entonces llamaban el teatro del Instituto.

Y como D. Angel era profesor del Conservatorio de Artes, y tres días á la semana, de nueve á diez de la noche, explicaba Geometría descriptiva en una de las clases del antiguo Ministerio de Fomento, yo resolví asistir á este curso de aquel profesor para mí tan querido y tan respetado.

Y prepárense mis lectores á oir una mezcolanza extraña de cosas estrambóticas.

A las ocho y media acababa yo de cenar, me levantaba de la mesa muy de prisa, me rellenaba los bolsillos de castañas, unas veces cocidas y otras asadas, me envolvía en mi capa y

me iba muy de prisa al Ministerio de Fomento, y en él á la clase de D. Angel Riquelme, á oirle explicar Geometría descriptiva.

A las diez terminábamos, y salía yo solo, porque en mis primeros años he tenido pocos amigos íntimos: en estos últimos de mi vida tampoco tengo muchos; y regresaba lentamente á mi casa, pensando en alguno de los problemas que solía ponernos D. Angel Riquelme, forjando figuras en el espacio para resolverlo, dando vueltas á toda clase de combinaciones geométricas, y al mismo tiempo comiendo aquellas castañas de que había hecho provisión.

Y así recorría el espacio que media entre el antiguo Ministerio de Fomento y la calle de la Ballesta, que es donde yo vivía.

Eran noches de invierno, de mucho barro, de mucho frío, de mucha sombra, porque el alumbrado de gas era mezquino, y yo caminaba por entre la gente, con la doble faena que queda dicha: el problema de Geometría descriptiva en la cabeza, las apetitosas castañas entre los dientes. Y en esta gran síntesis, entre lo intelectual y lo material, entre los planos coordenados de la Geometría descriptiva y las castañas asadas, ó cocidas, iba mi espíritu meciéndose en delicias, que, vuelvo á repetirlo, no puedo recordar sin emoción.

Y alguno dirá: «Bonito motivo de emoción».

Y yo replicaré: «Pues las cosas son como son, aunque nadie las comprenda».

Yo era feliz entonces, y el mismo barro, la misma lluvia, el mismo frío, las calles obscuras, el camino largo, la muchedumbre insípida, todo esto toma hoy á mis ojos tintes poéticos para el espíritu, más sonrosados que alborada de primavera.

Y cuando llegaba á resolver el problema que traía en la cabeza, porque no es ésta ocasión de decir que traía entre manos, pues lo que entre manos traía eran las castañas del postre; cuando al fin, entre las negruras de la noche, se me dibu-

jaba la solución luminosa del problema, sentía un placer indecible, algo así como una sacudida eléctrica, y tenía que contenerme y que hundir la cara en el embozo de la capa para no lanzar un *eureka,* que no hubiera sido oportuno que brotase de los labios de un niño de catorce años, en la calle de Carretas, ó en la Red de San Luis, ó en la embocadura de la calle del Barquillo: para el *eureka* está el pórtico clásico.

***

Pero no era yo solo el que se entusiasmaba con los problemas de Geometría: compartieron años después, no muchos, mis entusiasmos por esta clase de problemas mi admirado profesor y siempre queridísimo amigo D. José Morer y el mismo D. Angel Riquelme.

Estudiaba yo por entonces en la Escuela de Caminos; mas mis relaciones con D. José Morer y con D. Angel Riquelme, sin dejar de ser respetuosas por mi parte, eran cariñosas y cordiales por la de mis profesores.

Muchas noches, muchísimas, íbamos los tres juntos al teatro Real; aunque no á butacas, ni á palcos, que por aquellos tiempos, si bien los precios no eran tan elevados como hoy, la clase media no abusaba ni de palcos ni de butacas.

De mí, no se hable, porque yo era un modesto estudiante; pero D. José Morer era un ingeniero eminente, estaba encargado de un trozo del canal del Lozoya, y, además, por su familia tenía fortuna, y D. Angel Riquelme era el profesor particular que más ganaba en Madrid: quizá ganaría ocho ó nueve mil duros al año; pues así y todo, á paraíso iban con frecuencia á oir á la Frezzolini y á Ronconi.

Eso sí, á delanteras de paraíso, y yo á entrada general, aunque ellos, á veces, me regalaban alguna delantera.

Pues antes de empezar la función, y en los pasillos, con frecuencia hablábamos de Matemáticas ó de algún problema de Geometría, mezclando armonías con armonías, las armonías geométricas con las armonías acústicas.

Y es el caso que una noche habíamos discutido sobre un problema cuya solución no encontrábamos ninguno de los tres, y bajo la impresión penosa, porque es muy penosa impresión para los aficionados esto de declararse impotentes ante una dificultad geométrica, empezó el acto, y entramos á ocupar nuestros asientos.

Los tres, silenciosos; pero tengo para mí que más pensábamos en el problema que en la ópera.

Al cabo de un largo rato, y mientras la tiple hacía gorgoritos, Morer no pudo contenerse, y en voz alta nos dijo á don Angel y á mí: «ya está, ya está, ya lo tengo: las tres rectas pasan por un punto».

Esta era, en efecto, la clave de la dificultad.

Pero imaginen mis lectores el asombro de todos los que nos rodeaban, ante aquella inesperada salida y aquella nota discordante.

Discordante no lo era, mal que pese al pentagrama: que no unen mejor cuatro notas que tres rectas que pasan por un punto.

Todo el mundo nos miró con asombro, y un amigo que estaba en la segunda fila, se inclinó y nos dijo en tono burlón: —Están ustedes chiflados, y se están ustedes poniendo en ridículo.

Sería lo que fuese; pero las tres rectas pasaban por un punto, el problema estaba resuelto: Morer había encontrado la solución entre dos acordes de la orquesta, y un gran peso se nos había quitado de encima.

Oímos el resto de la ópera con verdadero deleite.

***

Muchas personas se extrañan de estas aficiones mías, múltiples y al parecer contradictorias.

Por ejemplo, mis aficiones por las Matemáticas y por la ciencia en general, y á la vez por la dramática y la poesía.

De lo que yo me admiro es de su admiración.

Sí, las Matemáticas forman una salsa que le va bien á todos los guisos del espíritu; y nó lleve á mal el lector estas imágenes, que me atreveré á llamar ultramodernistas.

Las Matemáticas armonizan con la música; esto no lo niega nadie, y armonizan hasta con el arte en general, como que todas son armonías.

Variedades en una ó en otra forma, que se resuelven en una alta y bella unidad.

Pero dejémonos de metafísica, aunque yo creo que son metafísicas de buena ley, y continuemos la relación de mis recuerdos.

¿Por qué decía yo todo esto? ¿A qué ha venido esta digresión? Ya no lo sé, ni quiero saberlo, ni me importa.

Creo que hablaba de mi amor á la ciencia y de los trabajos que había escrito y que había publicado antes del año 68.

Y que los escribía y los publicaba por amor platónico á mi bien amada la Verdad, sin mira interesada ni egoísta.

Sin interés, repito, de ese que se traduce en piezas de metal ó en billetes de Banco.

Sin ambición de gloria, porque ¿qué gloria podían darme escritos que no encerraban nada nuevo ni trascendental en la ciencia?

No era por entonces propaganda por medio de la ciencia popular; era propaganda de la alta ciencia, acomodada al estado de cultura de nuestro país. Pero no era ninguno de esos chispazos que dejan estela de luz más ó menos prolongada en la historia de la ciencia.

A esto aspiraba yo y aspiré siempre, porque los deseos del más humilde de los mortales son deseos de ambición desatentada; mas ¡ay! en empresas tan arduas no podía empeñarme, porque necesitaba todo mi tiempo para la lucha prosaica de la vida.

Sin embargo, quise hacer un ensayo del orden económico científico: quiero decir, ver si al menos, ya que no con la alta ciencia, con la ciencia popular podía ganar unos miles de

reales; y con este objeto publiqué no sé si uno ó dos tomos de las teorías modernas de la Física, utilizando los artículos que en una primera edición había editado la *Revista de Obras públicas*, con la adición de otros nuevos artículos.

Entré en tratos con un librero, el Sr. de R., al cual autoricé para una edición de 2.000 ejemplares, y él, en cambio, me dió al contado 2.000 reales.

Esta segunda edición no se agotaba nunca (creo que pasaron diez años antes de que se agotara), y la tercera edición no se ha agotado todavía, y sospecho que durará hasta la consumación de los siglos.

Por lo visto, los libros de ciencia no hacen rico á nadie en España; por lo menos, á mí no me han hecho rico, según se demuestra por los ejemplos que he citado y por otros que citaré en esta serie de recuerdos, porque en estos treinta y tantos últimos años he escrito otras muchas obras científicas, con el mismo resultado económico que las anteriores; y no he escrito muchas más, por aquello de que la obligación es antes que la devoción: que si las obras científicas dieran en España medios de vivir, según es mi afición y mi intrepidez para el trabajo, más obras científicas tendría que dramas y comedias.

Los artículos de ciencia popular para los periódicos, ésos ya se portan con más decoro, y por eso he escrito y sigo escribiendo tántos.

He dicho que las obras científicas no producen ganancias materiales, y cuanto más elevadas menos producen; pero debo señalar una excepción: las obras de texto.

Estas en muchos casos, no diré en todos, proporcionan miles de duros á sus autores; pero éste es problema complejo, en que yo no debo entrar, y en el que tengo mis ideas propias, que tampoco son de este momento.

Yo, como he dicho en otro artículo, no llegué á escribir más que un pequeño libro de texto; me produjo unos diez duros, y, como me había costado treinta la impresión, perdí veinte.

Ya lo dije antes, y ahora lo repito, porque hay heridas que cicatrizan difícilmente.

*
* *

He penetrado resueltamente en el año 68; voy aproximándome á los tiempos tempestuosos de la revolución de Septiembre, y llego al año de la Gloriosa, bajo una impresión tristísima, del orden privado, de que luego hablaré: me refiero á la enfermedad de mi padre.

No se presentaba amenazadora: era una dolencia mansa, un preludio de la vejez, de esos que duran muchos años; pero la impresión que yo sentía era triste y angustiosa.

Y avanzaba el año, y la revolución se iba condensando en la atmósfera: todo el mundo la presentía, en todas partes se hablaba de ella como de algo inevitable. Unos con esperanza, otros con zozobra, muchos con angustia, todos con curiosidad y resignación, aun los menos resignados.

¿En qué forma, cómo, cuándo iba á estallar? Nadie lo sabía; pero todos esperaban *la gorda,* que este nombre se le daba aun antes de estallar.

Si iba por la mañana á la Escuela á dar clase, los profesores todos, desde los más reaccionarios hasta los de ideas más avanzadas, hablaban de la revolución: sería probablemente en los meses de verano: el calor es un gran estimulante para esta clase de explosiones.

Si iba á la *Revista de Obras públicas,* se hablaba de la revolución como cosa inminente: los generales desterrados á Canarias iban á desembarcar de un momento á otro.

Si iba al Ateneo, arreciaban las noticias: la revolución sería el mes próximo, el general Prim había desaparecido, los espías del Gobierno de González Bravo le habían perdido de vista.

Si alguna noche iba al teatro, en los pasillos no se hablaba más que de *la gorda,* que iba á estallar en la semana próxima; decían que Prim, disfrazado, había pasado la frontera.

Y cuenta que estos centros á que me refiero no eran centros eminentemente políticos; pues las personas que frecuentaban estos últimos, ó que eran amigos de los socios, por ejemplo, de la tertulia progresista, éstos acortaban el plazo y no consentían que terminase la semana sin que hubiera batallones sublevados, gente en los campos y barricadas en las calles de Madrid.

No se respiraban más que vientos de revolución; los más reaccionarios, hasta muchos amigos del Gobierno, la consideraban como inevitable.

Y algunos decían: ¿quién sabe, quién sabe? Puede ser que traiga algo bueno.

Por lo pronto traía el espléndido programa democrático, la serie admirable de derechos individuales, la democracia más pura, el porvenir más brillante, la regeneración de la patria, el engrandecimiento glorioso de España.

La atmósfera estaba cuajada de grandes esperanzas, de hermosas ideas, un entrecruzamiento de luces, la línea quebrada de la centella cruzando la bóveda del arco iris.

Y esto, para el verano, ó para la primavera, ó para la semana próxima, ó para mañana mismo.

Y, sin embargo, pasaban días y meses, y no sucedía nada, y el Gobierno apretaba los tornillos cada vez más, y González Bravo oponía su carácter de hierro á las iras rugientes de todos los partidos liberales: del viejo partido progresista, con sus tradiciones gloriosas y sus grandes masas; del partido democrático, con sus grandes hombres: D. Nicolás María Rivero, Castelar, Martos, Figueras, Pi, que ya acentuaban la nota republicana; de la Unión Liberal, con sus bravos generales en el destierro y sus influencias en el Ejército; y de una emigración formidable: Olózaga, Ruiz Zorrilla, Sagasta, Castelar, Martos, todos los prohombres de la democracia y el progreso.

Y contra esta suma de fuerzas enormes se aprestaba á la lucha, y contra la masa del país, que si teme lo nuevo, con lo nuevo simpatiza; y que así como en el teatro cuando le intere-

sa el drama pone en la escena sus cinco sentidos, murmurando «á ver qué resulta», así pone alma y vida en la tragedia política, y también siente curiosidad inmensa, la curiosidad de todo un pueblo, que es curiosidad de gigante, por ver qué resulta en el escenario tantas veces ensangrentado de la patria.

¡Ay del drama político y de los actores, si el resultado no corresponde á la espectación, si acaba en sainete lo que el gran público imaginó tragedia!

Es opinión corriente, que en España nadie más que los políticos de profesión se interesan por los grandes problemas, de cuyas soluciones depende la suerte del país.

Y se dice, y con razón, que éste es un mal; pero yo creo que la dolencia que al país se atribuye no corresponde á la realidad.

Los españoles, casi todos los españoles, nos interesamos por la política, pero no como actores, sino como espectadores.

Amamos el teatro, somos descendientes de aquellos que aplaudían á Calderón y á Lope; y para los españoles la política es un gran teatro, y los sucesos de la política son como las peripecias de un drama.

El público aplaude ó silba, por lo regular silba, con razón ó sin ella; esto no lo discuto.

Pero de todas maneras no se siente actor, ni tiene el interés que todo actor de conciencia, y que ama á su arte, siente en favor de la obra que está representando.

Al actor le va en ello su interés más íntimo, su amor propio, el amor al arte, hasta las ventajas personales, que es elemento con el cual, tratándose de seres humanos, debe tratarse siempre.

Al espectador, no; por regla general, nada de esto siente, ni nada de esto le importa.

Que el drama sea bueno ó malo, ¿qué más da? Lo que al público le importa es que la trama dramática, que los episodios, que los personajes, que los sucesos y el desenlace le interesen, que le hagan reir ó que le conmuevan.

Pero su suerte no está unida á la del drama; el drama saldrá mal, y él dormirá aquella noche muy tranquilo.

El drama sale bien, es un triunfo: pues no por eso le brotará al espectador aquella noche una corona de laurel en la frente.

El autor y los actores son los responsables de todo.

Pues una cosa parecida creo yo que le sucede al público español, ante la comedia ó la tragedia política.

Se interesa por ella, como antes decía, y por sus episodios y personajes, y hasta por el final de cada acto.

¿Habrá disolución de Cortes, ó no habrá disolución? ¿Qué resultará de las elecciones? ¿Hay crisis ó no hay crisis? ¿A quién entregarán el poder?

Ha reñido tal personaje político con tal otro; ¡qué conflicto! Gran escándalo en una de las Cámaras; ¿cómo acabará esto?

Soberbio discurso de tal orador político; bien estuvo en su papel.

Formidable problema se prepara; ¿cuál será la solución, ó no tendrá solución?

En todo esto toma parte, y á veces con empeño, el pueblo español; pero como toma parte en las representaciones dramáticas, desde butacas, palcos y galerías: nunca se le ocurre bajar al escenario, que es como si dijéramos acudir á los comicios, mezclarse á los actores, y convertirse él en actor, y en autor si es preciso.

Y yo á mi vez convertido en espectador, é invadido por el estímulo de la curiosidad, preguntaba: ¿Qué resultará?

Lo triste es que el gran público de la nación española, ante el profundo drama de la política, se equivoca grandemente al no poner en el drama más que el interés de la curiosidad.

No, el drama le interesa por manera más honda; él está en el drama, y ha de sufrir sus consecuencias.

Cree que no es más que espectador, y como espectador se porta, sin comprender que, al aplaudir ó al silbar, á sí mismo se aplaude ó se silba.

Que tal escena que le pareció cómica y que le hizo reir, en la realidad de la vida será trágica y ha de hacerle llorar.

Pero, en fin, las cosas son como son, y todo esto lo digo al tanto de lo que antes decía, á saber: que al aproximarse la revolución de Septiembre á grandes esperanzas y á grandes temores, porque aquéllos eran otros tiempos, y las pasiones políticas andaban más despiertas; á esperanzas y temores, repito, se unían como siempre una gran espectación, una inmensa curiosidad.

La revolución viene—decía todo el mundo;—¿qué va á resultar?

Y estamos ya en el verano del 68: el telón va á levantarse; detrás del telón están los personajes del drama, y todas las miradas están fijas en el escenario.

José Echegaray

LA NUEVA ARTILLERÍA DE CAMPAÑA DE TIRO RÁPIDO

La ley que sin oposición acaba de votar el Parlamento, y el Rey ha sancionado con fecha 11 de Enero del presente año, es de innegable trascendencia bajo el punto de vista de la defensa nacional. El ministro de la Guerra queda por ella autorizado para contratar la adquisición de 200 cañones de campaña de tiro rápido, con su dotación de ganado, carruajes, municiones y accesorios, concediéndose al efecto créditos que importan 20 millones de pesetas, distribuídos en tres anualidades (1).

Estos elementos, sumados á los que ya poseen nuestros actuales regimientos de artillería, dejarán á éstos, aunque escasos en número, con seis baterías cada uno completamente armadas, tendiendo á nivelarse con los de otras naciones más adelantadas, siguiendo también con ellas la senda trazada por Francia hace pocos años, cuando anticipándose resueltamente á todas y aceptando en firme las consecuencias, á la sazón dudosas, de un cambio tan radical, distribuyó entre sus baterías el cañón hoy reglamentario, que inmediatamente iba á servir

(1) El día 15 de Febrero último se dió cuenta á las Cortes de un nuevo proyecto de ley proponiendo que los sobrantes existentes de un crédito concedido en 1896 para material de artillería (próximamente millón y medio de pesetas, situadas en el extranjero en su mayor parte), se dediquen á la compra de cañones de tiro rápido para *montaña*. Los cuatro regimientos de montaña existentes podrán ser armados con aquellos recursos.

de modelo para los ejércitos de las restantes. Es justo reconocer ahora que en tan delicada cuestión los franceses vieron claro y obraron con audacia afortunada. Inglaterra, los Estados Unidos, Portugal, Turquía, Dinamarca, Suecia, Rusia y Suiza les imitaron desde luego, y en estos momentos reemplazan sus cañones de campaña por piezas similares á las francesas.

Hubo, sin embargo, algunos países que en los primeros momentos no se dieron prisa en llevar á cabo la sustitución, generalmente á causa de haber efectuado en época reciente costosas modificaciones del antiguo material ó compras de otro más perfecto que éste, pero mucho menos que el francés. Trataban de evitar la repetición de un cuantioso desembolso en tan corto tiempo. Tales fueron Alemania, Austria, Italia, Servia, Bélgica, Japón (1).

---

(1) *Austria-Hungría* sólo espera la votación por ambos Parlamentos del crédito de 52 millones de francos pedidos ya en 1905 por el ministro. *Bélgica* acaba de anunciar oficialmente el encargo hecho á la casa Krupp de un cierto número de baterías del mismo género. *Italia,* después de muchos trabajos, obtuvo del Parlamento la ley que lleva la fecha de 5 de Mayo de 1901, y con ella la suma de 60 millones de liras para renovar el armamento, distribuídos en seis años. Lleva gastados 35 y adquiridas 105 baterías de campaña de tiro acelerado y varias de montaña. Ha suspendido la fabricación desde 1903, y, escarmentada, vacila, aunque está á punto de seguir la corriente. *Alemania* ha dudado también mucho, pues sus 2.500 cañones modelo 1896 valen una millonada; mas, con dolor, acaba de claudicar también, y parece que tres fábricas á un tiempo (Krupp, Ehrhardt y otra del Estado) han recibido orden de construir un modelo igual al de las demás naciones. Han de transcurrir dos ó tres años antes de que se halle terminado el encargo. No es aventurado suponer á este propósito que la situación de notable inferioridad en que Alemania se halla respecto á Francia en cuanto se relaciona con el armamento de la artillería, éntre por mucho en la actitud respectiva de ambas naciones en el litigio que sostienen sobre los asuntos de Marruecos. Alemania acaso contrae sus demandas más de lo que desea, no obstante los pasos que lleva ya dados, y á pesar de su formidable poder militar y de la plétora de patriotismo, disciplina y vigor de su Ejército. Francia, á su vez, aunque debilitada por la serie de calamidades que rodean al suyo desde que las doctrinas subversivas y las pasiones políticas han llegado á los cuarteles,

En este grupo de naciones ha estado comprendida también España. El viejo material de nuestra artillería, contemporáneo de la guerra carlista, había rebasado con exceso los últimos límites de su vida, cuando—hace ya ocho años— terminados que fueron los estudios del que entonces reunía las mejores condiciones, se acordó reemplazar el inservible. Los trámites que siguió el expediente antes de ser presentado á las Cortes para que autorizaran la compra, fueron demasiado largos y no se hallaron exentos de tropiezos lamentables. Las frecuentes crisis políticas, obligando á intervenir en la tramitación á tres ó cuatro ministros de la Guerra, los dilataron más; y por fin, cuando en 1901 se entregaban á las baterías los primeros ejemplares fabricados, las revistas técnicas, los catálogos de casas constructoras y los reglamentos franceses difundían casi todos los secretos de construcción y manejo del nuevo tipo de cañón, que algunos llamaron *de tiro rapidísimo*.

No fué, pues, tampoco España agraciada con la suerte de la oportunidad, si bien no se la originaron por ello consecuencias tan sensibles como á los demás países que se encuentran en caso idéntico, puesto que las sobresalientes cualidades balísticas del material en tales circunstancias adquirido, lo hacen utilizable en buenas condiciones por largo tiempo; y además, el corto número de piezas fabricadas (144) reducen el gasto hecho á límites muy inferiores al que hubo de realizarse en otras partes (1).

---

se siente apoyada por sus cañones y resiste más de lo que su rival podía presumir. En cuanto al *Japón*, cuya artillería usa el cañón Arisaka, de tiro acelerado, modelo 1898, no es posible que se aventure por ahora á cambiarlo, después de la tremenda guerra que acaba de sostener y cuando todo el país se halla sumido en la miseria más espantosa.

(1) Varias de estas piezas (24 Schneider) poseen montajes de cuna, siendo análogas á las del modelo definitivo que se construye ahora. Por otra parte, los más esenciales adelantos introducidos para la práctica de las punterías indirectas pueden llevarse á las restantes con insignificante gasto.

Desde que hace veinte años comenzaron los ensayos de las primeras pólvoras sin humo, hasta que en 1901 se obtuvieron en fabricación corriente los montajes deformables ó de cuna, última y la más influyente de las novedades proyectadas para aumentar la rapidez del tiro, las mejoras introducidas en piezas, cargas y proyectiles se han ido sucediendo con breves intervalos.

De todas ellas se hizo feliz aplicación en el cañón francés. Al ser conocido el rendimiento de que éste era susceptible, el asombro fué general. Y ocurrió desde el momento, como es lógico, la idea de aprovechar la potencia individual de tales armas, llevando modificaciones radicales á los procedimientos de tiro y puntería, para tratar de obtener una potencia colectiva proporcional.

De suerte que, tan sólo durante el lustro que acaba de transcurrir, se han efectuado transformaciones de tal entidad en el material de la artillería de campaña y en el modo de dirigir sus fuegos, que bastan para justificar la diligencia con que todas las naciones han procedido á renovar las dotaciones de sus respectivos ejércitos.

Las páginas que siguen puntualizan el estado actual de una cuestión que hoy tanto preocupa en Europa y América. La materia tratada es particularmente interesante en estos momentos para el lector español que desee apreciar con facilidad (y lo hará seguramente con satisfacción) el grado de eficiencia del sacrificio que el Tesoro se impone, y el positivo incremento que la fuerza militar de la nación recibe, al retirar definitivamente del servicio los viejos cañones de bronce y acero de 9 y 8 centímetros, dejando dotada á toda la artillería de campaña con los de acero de 75 milímetros, de moderna construcción.

Son varias las grandes manufacturas extranjeras de cañones que presentan tipos perfectos de tiro rápido para campaña. Pero, ya se trate de los modelos alemanes Krupp ó Ehrhardt, del belga Cockerill-Nordenfelt, del francés Schnei-

der (1) ó del Skoda de Pilsen, tan sólo los detalles les hacen diferir, siendo comunes sus cualidades características, é igualmente aplicables á todos ellos las doctrinas que rigen hoy acerca del manejo y empleo de estas armas en los combates. No cabe, por lo tanto, distinción entre unos y otros, en la ligera exposición que de aquellas cualidades y de estas doctrinas nos proponemos efectuar.

LA MODERNA EVOLUCIÓN DEL MATERIAL Y EL DESARROLLO PROGRESIVO DE LA RAPIDEZ EN EL TIRO

La clásica pólvora negra, antes usada, era una mezcla de salitre, azufre y carbón, que producía al inflamarse considerable cantidad de humo y de residuos sólidos. El humo rodeaba por completo al cañón después del disparo, y á menos que un fuerte viento lo disipara, obligaba al artillero apuntador á permaner inactivo después de hacer fuego, hasta que lentamente iba desapareciendo y consintiendo ver de nuevo el blanco. Los residuos sólidos ensuciaban el ánima, los aparatos de cierre, la recámara..., que otro artillero se encargaba de limpiar con agua de jabón entre disparo y disparo.

La pólvora negra ha sido reemplazada por la pólvora sin humo, obtenida tratando la *nitrocelulosa* (algodón, ácido nítrico, ácido sulfúrico) por un disolvente (éter, alcohol) (2). Como su inflamación apenas proporciona humo ni residuos sólidos, no interrumpe la visual al apuntador, ni hace necesaria la limpieza del arma después de cada tiro. Con su empleo se dió un primer paso en favor del aumento de la velocidad del fuego.

El antiguo material se cargaba introduciendo primero el

(1) Este será probablemente el que se adquiera para España.

(2) La pólvora propia para los cañones de campaña afecta la forma de *macarrones*, de 100 milímetros de longitud y 4 milímetros de diámetro exterior. Se produce de condiciones excelentes en la fábrica de Granada.

proyectil en la recámara, sentándolo después, colocando seguidamente en ella la pólvora, encerrada en un saquete; y poniendo, por último, en la recámara ya cerrada un estopín, artificio destinado á dar fuego á la carga. Este conjunto de operaciones queda hoy reducido á una sola, porque proyectil, carga de pólvora y estopín van unidos, formando un *cartucho* semejante al del fusil. Su vaina metálica, obturando la recámara, impide los escapes de gases y permite aplicar á las piezas cierres más sencillos que los antiguos, capaces de abrir ó cerrar el cañón y lanzar la vaina vacía con un solo movimiento, casi instantáneo. Todo ello, como se ve, ayuda á ganar tiempo y, por lo tanto, á hacer más veloz la continuidad de los disparos, que aun se ha precipitado colocando las municiones junto á las piezas durante el fuego, y empleando aparatos especiales para graduar automáticamente las *espoletas* (delicados artificios que los proyectiles llevan en su ojiva ó punta, destinados á producir la explosión de éstos en el instante que corresponde á la graduación ordenada por quien dirige el tiro).

Subsistía, no obstante, el obstáculo de más entidad entre los que dificultaban el progreso iniciado, el cual estaba exclusivamente relacionado con la *puntería* del cañón. Al hacer fuego, la pieza necesariamente retrocede; y para dejarla apuntada de nuevo y repetir después el disparo, los sirvientes se veían obligados á trasladarla á brazo hasta el mismo lugar que ocupaba antes de ejecutar el anterior disparo; aun debía completarse esta operación, penosa y relativamente larga, con la tarea, también lenta, de apuntar.

Adicionando un *arado* al extremo del montaje que apoya en tierra, se consiguió disminuir, casi anular, el retroceso. Con la reacción del primer disparo el arado agarra en el terreno, y como para los sucesivos la pieza apenas habrá cambiado de posición, los sirvientes no necesitan ya trasladarla á brazo, según antes ocurría, aunque siempre habrán de apuntarla valiéndose de pequeños movimientos sobre el propio terreno en que está asentada.

El cañón alemán modelo 1896, que todavía es hoy reglamentario en aquel ejército, fué construído en vista de todas las innovaciones que llevamos anotadas: pólvora sin humo, cartucho metálico, arado de contera. Obtuviéronse con él de ocho á diez disparos por minuto, nombrándosele de *tiro acelerado*. De tiro acelerado es también la mayoría del armamento (120 cañones) que nosotros adquirimos en 1901-903 (1).

Tal velocidad de fuego pareció dejar satisfechos á los oficiales de artillería más exigentes, á quienes no preocupaba ya este detalle, entre otros motivos, por el muy poderoso de que la corrección del tiro, tal como hasta el día se venía efectuando, requería una cierta lentitud, de la que no se juzgaba posible prescindir. Pero Francia, entretanto, haciendo caso omiso de estas consideraciones y de otras de menor cuantía, construyó secretamente su cañón modelo 1897, que duplica la velocidad de fuego del alemán, llegando y aun superando los veinte disparos por minuto y pieza.

El fundamento de tan decisivo adelanto puede exponerse en pocas palabras.

Se acaba de indicar cómo por medio de un arado de contera se adhiere el montaje al terreno, obligado por la fuerza del retroceso que proviene del primer disparo. Ahora bien, el cañón quedará apuntado de un modo permanente si se logra que sea *absoluta* la adherencia de la pieza al suelo, y esto se alcanzará evitando el tremendo choque que todo el sistema (cañón y montaje), siendo rígido, da contra sus puntos de apoyo en el terreno á cada disparo; choque que es precisamente la causa de que se origine un desvío de importancia del eje del cañón entre dos disparos consecutivos; que de otro modo, sólo apuntando de nuevo se podría anular. Con el fin antedicho, los modernos tipos llevan un freno *hidro-neumático* (2) situado entre

(1) Los frenos y recuperadores que lleva este material difieren en su colocación y modo de obrar de los del cañón de tiro rápido, que á continuación se mencionan.

(2) De cuatro cilindros en el modelo Schneider.

el cañón y su montaje. De esta manera la acción del retroceso actúa directamente, no sobre el montaje, sino sobre el freno; y como *la resistencia de éste es menor que la ofrecida por el terreno,* claro está que el cañón retrocede suave y lentamente, resbalando á lo largo del montaje, que, por consecuencia, no se mueve. Además, el cañón apoya en un *recuperador,* constituído por fuertes muelles de acero, que oponiéndose también al retroceso lo aminora, almacenando al propio tiempo cierta parte de su energía, que sirve para que el cañón vuelva automáticamente á la exacta posición que ocupaba antes de hacer fuego.

Con estas disposiciones, la puntería permanecería casi inalterable después de cada disparo, y el artillero apuntador sólo necesitaría rectificarla ligeramente. Pero hasta esta pequeñez se ha evitado con otro perfeccionamiento más en el montaje. Al efecto, el cañón y su freno no descansan directamente en aquél, sino en una pieza intermedia llamada pequeño montaje ó *cuna,* giratoria alrededor de un eje horizontal, que es quien verdaderamente descansa en el montaje. Esta ingeniosa modificación ha permitido trasladar á la cuna los aparatos de puntería, que siempre han ido unidos al cañón; y como durante el retroceso la cuna no se mueve, el apuntador puede mantener fija la puntería ó variarla (según convenga), sin preocuparse de la marcha del fuego ni de los movimientos producidos en el cañón por los disparos.

La simultánea aplicación de estos tres elementos mecánicos, *freno hidráulico, recuperador y cuna,* es lo que ha duplicado, de una sola vez, la rapidez del tiro, cuya progresión ascendente sorprende. Disparo y medio por minuto y pieza rendía nuestro cañón de campaña hasta 1901; diez disparos el de *tiro acelerado* que entonces se entregó á las baterías; de veinte á veinticinco, por lo menos, rendirá el de *tiro rápido* que ahora se construye.

EL PROYECTIL

Merecen párrafo separado los modernos proyectiles de esta artillería, *la herramienta de la máquina,* puesto que su influencia es de primer orden, no menor que el poder con que interviene la rapidez de tiro, en el resultado que con los fuegos de aquella arma se pretende obtener.

El cometido principal que el cañón está obligado á cumplir en el campo de batalla consiste en inutilizar á distancia, con su fuego, hombres, ganado ó material que el enemigo sitúe al descubierto. Se valió para ello durante largo tiempo de la *granada,* de forma cilindro-ojival, de fundición de hierro, hueca, cargada con pólvora negra. Estallaba por choque contra el terreno, produciendo un cierto número de cascos, cuyo peso y velocidad eran suficientes para dejar al objetivo fuera de combate si el punto de explosión se encontraba á corta distancia y delante de aquél.

Terminada la gran guerra de 1870-71, Alemania introdujo en su artillería un proyectil nuevo, *el Shrapnel,* que es quizá la innovación de mayor entidad entre todas las que registra la historia contemporánea de la artillería de campaña. El *Shrapnel* del cañón de tiro rápido no es otra cosa que una delgada envuelta de acero, de la misma forma cilindro-ojival que la granada, cuyas condiciones de resistencia evitan su rotura al salir del cañón, permitiendo, no obstante, disponer de su gran volumen interior, destinado á encerrar el mayor número posible de balines de plomo endurecido compatible con el peso mínimo que cada uno de éstos ha de tener, necesariamente, para poder penetrar en el organismo de los seres vivos, é inutilizarlos. Trescientas balas encierra el *Shrapnel* del cañón de tiro rápido, cuya explosión, que tiene lugar en el aire, es provocada por una carga explosiva de pólvora con humo colocada en su parte posterior. Verificada la explosión, las balas obran libremente, en virtud de la energía que el conjunto

conserva, como resultado de la impulsión inicial que la carga de pólvora sin humo, llamada de *proyección,* ha impreso al proyectil entero á su salida del cañón. Para que aquél explote en el instante que convenga, lleva—según se hizo notar—una espoleta graduada en segundos y fracciones de segundo, artificio de construcción delicada, como corresponde al importantísimo papel que desempeña.

El tiro de *Shrapnel* constituye un espectáculo cuya contemplación admira é impresiona el ánimo de quien lo presencia por primera vez. Tirando, por ejemplo, contra un objetivo distanciado 3.000 metros de la batería, si se ha dado á la espoleta la graduación correspondiente á esta distancia, la explosión se efectúa normalmente en el espacio, á 60 metros delante del blanco y á 10 metros sobre el suelo. En estas circunstancias, los balines se distribuyen en el interior de un cono cuyo vértice es el punto de explosión, y que corta al terreno, cubriendo con ellos una zona elíptica de 200 metros de profundidad y 40 de anchura. Siempre que los objetos batidos no estén alejados más de 6.000 metros de la batería, serán alcanzados en la forma que acaba de verse por los *Shrapnels* que ésta dispare.

La mayor potencia del cañón moderno (uno de cuyos factores, que es la velocidad inicial con que el proyectil sale de su boca, se eleva á 500 metros por segundo), es quien principalmente ha consentido aumentar hasta 300 el número de balines que el *Shrapnel* encierra, número que no pasaba de 140 en el modelo Krupp antes reglamentario. Cada uno de aquellos 300 pequeños proyectiles pesa 10 gramos, y debe poseer, á las distancias de combate, una velocidad mínima de 125 metros por segundo, para que su trabajo no sea inferior á ocho kilográmetros, indispensable para inutilizar á hombres ó caballos.

Organizado un *Shrapnel* en tales condiciones, y acrecentada la rapidez de tiro del cañón en los términos ya conocidos, el enorme desarrollo de la eficacia de esta arma, aun siendo la

natural consecuencia de ambos progresos, alcanza un valor apenas presumible. Así, cuando—treinta años atrás—la granada era el solo proyectil utilizado contra tropas, cada disparo producía treinta cascos utilizables para herir á un blanco que se hallara inmediato al punto de explosión (40 metros, á lo sumo). Podían entonces dispararse de uno y medio á dos proyectiles por minuto y pieza, con un total de *sesenta* cascos.

La adopción del *Shrapnel* modificó notablemente estos resultados, en términos tales que nuestra anterior pieza Krupp de ocho centímetros (1874-1901), disparando dos *Shrapnels* por minuto, proporcionaba en este mismo tiempo *doscientos ochenta* balines mortíferos. La eficacia quedó ya cuadruplicada. El cañón de tiro acelerado, hoy en poder de las baterías, con sus *diez* disparos de á 300 balines, arroja *tres mil* de éstos también en un minuto, cifra que se elevará á más de *seis mil* con el de tiro rápido que se adquiera. Por eso ha podido decir, sin exageración, un general y artillero eminente (1) que, *no faltando municiones, con el actual cañón de campaña se llega á obtener un efecto útil cien veces superior al que rendía, hace treinta años, el modelo más perfecto de los entonces existentes.*

El *Shrapnel* puede obrar también por choque contra un obstáculo ó contra el terreno, dándose para ello á la espoleta la disposición conveniente antes del disparo. Entonces los efectos producidos son análogos á los de la granada y propios para batir objetos resistentes ó baterías bien visibles. Con el fin de evitar complicación en el municionamiento, algunas artillerías han preferido tener como única dotación el *Shrapnel,* provisto de la espoleta de doble efecto.

Mas, por regla general, es hoy cuestión resuelta la de dotar definitivamente al cañón de campaña con otro proyectil de gran potencia, *la granada rompedora,* cargada con gran

(1) General Rohne: *Entwicklung der modernen Feldartillerie*, Berlín, 1904.

cantidad de un fuerte explosivo (1), que en los primeros ejemplares consistió en algodón pólvora. Su objeto principal es el que últimamente se ha indicado para el *Shrapnel* de percusión; es decir, aplastar un obstáculo cuya resistencia no sea excesiva, valiéndose, no del efecto de choque, sino del que (cual si se tratara de una mina) es capaz de producir, por sí mismo, el explosivo que el proyectil lleva encerrado. Tal sucede en el ataque de caseríos, tapias, bosques, artillería al descubierto y bien visible, y material de toda clase.

EJECUCIÓN DEL FUEGO

La Industria, después de vencer por su sola iniciativa las dificultades que se oponían para llegar á los resultados que se acaban de patentizar, parece haber consentido un alto en la vertiginosa carrera emprendida últimamente por el material de campaña en el camino de su evolución (2), y aprovechó esta pausa para redoblar la propaganda, enalteciendo las cualidades de sus productos, asombrando á las Comisiones de experiencias con pruebas de tiro bien preparadas, dando facilidades para la compra, llegando hasta á avivar el recelo entre las diversas potencias.... y logrando, al fin, con el ejemplo de Francia, imponer sus adelantos en todas partes. Los artilleros, entretanto, después de estudiar y discutir mucho, van poniéndo-

(1) La Comisión de experiencias de artillería está terminando las pruebas con cuatro explosivos distintos: *ammonal, ácido pícrico, schneiderita* y *picritina*. En breve decidirá cuál de ellos ha de ser el reglamentario en España.

(2) El único problema industrial que aun queda sobre el tapete, el del aprovechamiento de la fuerza del retroceso para abrir ó cerrar la recámara automáticamente, preparando además el cierre para hacer otro disparo, no es fácil que aumente la rapidez en más de cuatro ó cinco tiros por minuto, como lo prueban dos ensayos recientísimos, aplicados, el uno al cañón inglés modelo 1905, y el otro á uno experimental acabado de construir en los Estados Unidos.

dose de acuerdo para renovar los anteriores procedimientos de combate por otros que convienen mejor á las armas que se les confía, los que, conjuntamente con el poder de éstas, reducirán, sin duda, las horas sangrientas de los futuros combates, á costa de la más rápida destrucción de los adversarios.

En el campo de batalla jamás el tiro de la artillería se ejecuta aisladamente, es decir, obrando cada pieza por sí sola. Por el contrario, éstas se reúnen por *baterías* (de cuatro cañones en la actualidad). El capitán que manda cada una de ellas es quien tiene en la mano todo el mecanismo de su tiro, manejando el conjunto cual si éste constituyera una sola arma de repetición, ateniéndose á reglas minuciosas no exentas de complicación.

Esta unidad de acción dentro de la batería no implica tampoco su aislamiento absoluto. Para que cada una de ellas ocupe en el campo la posición que más convenga; para que los efectos de su fuego se entrelacen con los del que otras proporcionan, y para cumplir con otros fines que caen bajo el dominio de la táctica, las baterías se reúnen también por *grupos* de dos ó tres, á las órdenes de un jefe superior, encargado de armonizar los diversos cometidos con un solo criterio, desligándose de los detalles de ejecución, en cuanto con el tiro se relaciona.

Mas ni la reunión de piezas por baterías ni la de éstas por grupos satisface al modo de combatir de los colosales ejércitos modernos. Obligados como éstos se hallan á atacar y defenderse á lo largo de frentes que abarcan muchos kilómetros, sobre los que se presentan accidentes del terreno, bosques, ríos, pueblos, plantaciones, etc., que ejercen singular influencia en el resultado de la acción de guerra, necesítase disponer en ciertos momentos, no ya del fuego de baterías, ni del de grupos, sino del de *regimientos* enteros (de 24 á 48 cañones), *brigadas* (hasta de 96) y aun del de *masas* de cientos de piezas (llegando á ocupar por sí solas los dos tercios del frente total de batalla) para cubrir de plomo, en poco tiempo, aquellas zo-

nas que en cada caso convenga, según el criterio del general que asume el mando y la responsabilidad suprema de la operación.

Expongamos algún pormenor acerca de la forma en que esto se efectuaba con el antiguo cañón. Una vez colocada cada batería en la posición de fuego que en la distribución del conjunto se les asignó, su capitán indicaba á los artilleros el blanco ó parte de blanco que habían de batir; mandaba apuntar á la distancia por sí mismo apreciada; averiguaba, valiéndose de la observación de los disparos cortos ó largos, cuál era la distancia verdadera; corregía, afinaba su tiro á esta distancia, y ordenaba, por último, disparar rápidamente á todas sus piezas hasta que, pocos momentos después, si la corrección estaba bien hecha, quedase el blanco aniquilado. Tal era, resumido en pocas frases, el procedimiento de tiro alemán seguido por todas las artillerías del mundo, con pocas variaciones.

La tarea descrita era indudablemente incompatible por su lentitud con la velocidad de fuego de los cañones de tiro rápido, cuya primordial cualidad no se aprovechaba. Además, luchando á distancias superiores á 3.000 metros, las gigantescas dificultades que la visión ofrece conducen á apreciaciones erróneas de observación, anulando el efecto de un fuego que, mal dirigido, es más peligroso para el que lo malgasta y se descubre que para el adversario que impunemente lo desafía. Por eso los franceses, al hacerse cargo de su actual cañón, comprendieron que podía y debía tratarse de evitar tan graves inconvenientes, y á este fin introdujeron modificaciones en los métodos de tiro, que encierran gran novedad, contribuyendo esencialmente al aumento de la potencia colectiva de aquella arma.

No se abandona el procedimiento anterior, aplicable con ventaja en determinados casos; pero se da al capitán la facultad de batir *grandes zonas* del terreno que comprendan al blanco, sin preocuparse—como antes sucedía—de la precisa situación de éste ni de su distancia exacta á la batería; *los apun-*

tadores no apuntan ya al blanco mismo, sino á una referencia común visible (1) que el capitán les designa anticipadamente. Cuando aquella distancia sea considerable; cuando el fuego contrario sea muy mortífero y no dé tiempo para otra cosa, y cuando el enemigo apenas se distinga ó esté oculto, caso muy general hoy en los combates, este procedimiento hallará su mejor aplicación.

Por una parte, queda suprimida la pérdida de tiempo que lleva consigo en estos momentos críticos la necesidad de que todos los apuntadores lleguen á percibir sin error el blanco. Además, batiendo *zonas* anchas de terreno en vez de *líneas* enemigas, los errores de observación del fuego y apreciación de distancias no ejercen un influjo decisivo en el resultado del tiro. Se comprende que, para hacer esto posible, hay que *sembrar* rápidamente tales zonas de balines, tratando de inutilizar á cuantos hombres y caballos las ocupen ó traten de atravesarlas. Bástale al capitán, primero, por medio de rápidas descargas de sus piezas, comprender el blanco dentro de una zona de 200 á 400 metros de anchura, y después ordenar que cada pieza arroje súbitamente sobre aquélla en todos sentidos suficiente número de proyectiles. Con simples movimientos de manivela los artilleros pueden variar á cada instante la boca de los cañones en sentido horizontal y vertical, y dejar realizado el fin que el capitán se propone.

Unas cuantas cifras nos evitarán otros detalles y harán menos enojosa la aridez que estos renglones encierran para el lector no profesional.

Siguiendo la norma acabada de exponer, una batería de cuatro piezas está en aptitud de cubrir uniformemente con 15.000 balines una parte del suelo de 100.000 m. de extensión superficial (200 metros de frente por 500 de profundidad). Dos minutos es tiempo sobrado para ello. Todo sér viviente

(1) Es lo que constituye la *puntería colectiva*, que se efectúa con el auxilio de goniómetros, como luego explicaremos.

que circule en la zona batida será alcanzado cuando menos por seis balas si se halla á un kilómetro de distancia de las piezas, por dos si está alejado dos kilómetros, y todavía recibirá *seguramente* una, si son tres los kilómetros que le separan de la batería que dispara.

Con estos datos á la vista, puede concebirse el estrago que cabe esperar del fuego de las grandes masas de cañones de tiro rápido puestos en batería por dos ejércitos adversarios en una lucha de naciones organizadas (1). Un solo cuerpo de tales ejércitos que tenga delante otro contrario, despliega normalmente sus líneas de fuego sobre un frente de cuatro kilómetros. Los jefes superiores de la artillería distribuirán el frente opuesto (de igual extensión) entre las baterías que deben batirlo sin solución de continuidad. Veinte baterías por lo menos (80 cañones) serán indispensables por cada parte. En dos minutos pueden aquéllas reglar su tiro y sembrar de balas las zonas que respectivamente se les marca, arrojando 960 *Shrapanels* (2), con un total de cerca de 300.000 balines, que cubrirían una extensa faja de terreno de 2.000.000 de metros de extensión superficial (4.000 × 500). Es como si, valiéndose de una colosal regadera, se rociase de plomo y acero todo el frente que el enemigo ocupa, en menos tiempo del que tardara en vaciar su líquido la que manejara un hortelano.

Períodos de calma tendrán que alternar forzosamente con otros de actividad en el fuego, dando á los combates venideros un aspecto nuevo y característico; porque ni es posible sostener el tiro nerviosamente sin interrupción, ni lo permitiría el municionamiento propio ni el fuego contrario, ni el enemigo aguantaría caudorosamente al descubierto las continuas rociadas, sino que tratará de abrigarse por cuantos medios es-

(1) En Mukden (18 de Febrero á 10 de Marzo de 1905) 1.500 cañones rusos se opusieron á 1.084 japoneses. En Liaoyang (24 de Agosto á 4 de Septiembre de 1904) fueron 780 los cañones rusos y 600 los japoneses.

(2) Seis toneladas de plomo y acero.

tén á su alcance. Todas las armas combatientes, por esto, tomarán sus medidas para esquivar en ciertos momentos los efectos de ese fuego, que, *bien dirigido*, convertiría de otro modo las guerras modernas en catástrofes horrendas.

PROTECCIÓN CONTRA EL FUEGO ENEMIGO

Nada protege mejor durante un combate que el terreno mismo. Una tropa bien guarecida en él, no sólo quedará resguardada de los efectos de una gran parte de los proyectiles que se la dirijan, sino que se sustraerá á la percepción del contrario, quien se verá, por esta sola causa, imposibilitado de dirigirle el fuego.

Aunque á primera vista no lo parezca, la artillería puede fácilmente ocultarse para combatir. Conducida con pericia por sus oficiales hasta alcanzar las inmediaciones de las crestas de las alturas, que son sus posiciones naturales para la lucha; desenganchadas las piezas detrás de dichas crestas, sin descubrirse, para ser avanzadas á brazo por los sirvientes, hasta que justamente puedan los respectivos apuntadores dirigir las visuales de puntería rasantes á las cúspides; situados, además, en la hondonada ganado y municiones, la superficie de las baterías visible para el enemigo es pequeñísima: tan sólo las bocas de los cañones y las cabezas de los artilleros se podrán distinguir difícilmente con buenos gemelos; y como el gran alcance del cañón permite á dichas unidades mantenerse inmovibles bastante tiempo, circunstancia que no es aplicable á la infantería ni caballería, es mayor el riesgo de éstas que el de la artillería, para ser descubiertas, en el transcurso del combate.

Pero aun en condiciones tan ventajosas de seguridad, por poco que se deje ver, por la sola sospecha que abrigue el enemigo de que ocupe aquella posición, ya esté fundada en los limitados movimientos del personal, ya en la luz de los fogona-

zos de sus disparos, está expuesta á dejarse cañonear y destruir por los procedimientos ya conocidos, puesto que una vez descubierta, la protección real que el terreno le facilite contra las balas del *Shrapnel* es bien escasa. Era necesario sacar mayor utilidad de los accidentes del suelo: había que llegar hasta *hacerse completamente invisible del enemigo* en las posiciones de fuego, situando las baterías retrasadas de las crestas, tirando por encima de ellas, salvándolas, gracias á la curvatura de la trayectoria que el proyectil recorre desde que sale del cañón hasta que llega al punto de explosión. De este modo sólo quien dirige el fuego, el capitán, distingue al enemigo. Este, á su vez, nada ve: recibe con desesperación el fuego, é ignora de dónde proviene.

Muchos y continuados esfuerzos se han venido dedicando durante varios años para dar solución práctica á tan interesante problema, que al fin es también resuelto satisfactoriamente. El escollo, imposible de salvar al parecer, residía en la dificultad de dejar las piezas apuntadas sin necesidad de que los apuntadores dirigieran directamente al blanco las respectivas líneas de mira. Estudiando detenidamente la cuestión, se cayó en la cuenta de que tal dificultad podía evitarse apuntando, no al blanco mismo, sino á cualquier objeto lejano bien visible que se descubriese en el horizonte (campanario, árbol, casa, etc.), fuese cualquiera su dirección, y hecho esto, girar los cañones hasta que sus ejes formen un ángulo conveniente con la dirección apuntada, de tal manera que sus prolongaciones cortasen al blanco en el punto deseado. El capitán es quien mide aquel ángulo y designa su valor, el único, por lo tanto, que necesita ver al propio tiempo el objeto apuntado y el objeto batido, es decir, el *blanco real* y el *blanco auxiliar*. Los sirvientes se limitan á apuntar á este último y á dar á los cañones la dirección marcada por aquél. Un goniómetro (1) que el montaje de la pieza lleva (los órganos mecánicos ya des-

(1) Aparato para medir ángulos.

criptos impiden que la trepidación originada por los disparos lo destroce), sirve para el objeto. Esto no podía fácilmente corregirse, claro está, con el antiguo material, desprovisto de aquellos aparatos. En cuanto se hizo posible su empleo, la ansiada *puntería indirecta* tomó un carácter práctico que la ha permitido ser ordinariamente empleada en el tiro de la artillería (1).

Las consecuencias de un cambio tan radical en los procedimientos no deben, sin embargo, exagerarse. Indispensable es hoy que toda artillería esté perfectamente familiarizada con este modo de proceder para no hallarse en inferioridad ante las demás; pero debe también estar preparada para arrostrar el peligro, no siendo esclava del terreno, sino aprovechándose de él cuando buenamente se le presente ocasión. En la ofensiva sobre todo, la necesidad de avanzar con resolución

(1) Durante la última guerra, rusos y japoneses han hecho uso con frecuencia de la puntería indirecta, aunque empleando los toscos y erróneos procedimientos anteriores al uso del goniómetro. No es de extrañar por esto que los resultados no hayan sido siempre verdaderamente eficaces por una y otra parte. Además, la preparación científica de la oficialidad de artillería rusa era deficiente, y parte del material, modelo 1900, lo recibió durante el curso de la campaña. La japonesa usó un cañón de tiro acelerado que carecía de las condiciones necesarias para llevar á efecto la puntería indirecta en la forma que se ha explicado.

«En Liaoyang—dice el capitán Giannitrapani en la *Rivista di Artiglieria* italiana—todas las baterías rusas del primer cuerpo se situaron detrás de las crestas, de modo que sólo podían emplear la puntería indirecta. En la llanura, á 4.000 metros de las posiciones rusas y *desenfiladas por el gaoliam,* que tenía tres metros de altura, cubriendo en absoluto de las vistas, estaban las baterías japonesas de la 3.ª y 4.ª división, sobre las cúspides se encontraban los observatorios del tiro, unidos telefónicamente con las baterías.»

El *Rousskü Invalid* ha publicado también minuciosas reglas para la utilización de las señales ópticas en la puntería indirecta.

Por último, un testigo presencial de la batalla de Vanfangon dice: «El día 14 de Junio (1904) ni siquiera vimos al enemigo (japonés); sus baterías tiraban sobre nosotros ocultas tras las montañas y escapando á nuestras miradas.» En esa acción de guerra, la destrucción de la artillería rusa fué casi completa.

á descubierto obligará á apuntar directa y rápidamente sobre el propio blanco ó sobre su emplazamiento, recibiendo su fuego sin otra defensa que los *escudos de acero,* de 3 milímetros de espesor, que el material de tiro rápido lleva adosados al montaje para proteger á los artilleros, reduciendo á un sexto la superficie de éstos vulnerable á las balas de fusil y *Shrapnel;* y *los blindajes,* también de acero, que cubren el fondo de los carros de municiones, los que, por medio de un movimiento de báscula, se colocan durante el tiro de modo que presenten aquel blindaje al frente enemigo, resguardando de sus proyectiles á los cartuchos propios y al personal que los maneja (1).

MUNICIONAMIENTO

Es evidente que, sin municiones suficientes, para poco sirven ni la rapidez de tiro ni las mejores reglas que se dicten para ejecutar y dirigir el fuego del cañón actual, si el fundamento de ellas estriba en la acción súbita de una gran masa de proyectiles. No contando con cartuchos abundantes, en las mismas ó quizá en peores condiciones se halla quien posea el nuevo material que quien maneje el antiguo.

El cañón de tiro rápido no ha sido aún experimentado en

---

(1) Los métodos de tiro y puntería franceses han sido en su mayor parte fruto de los estudios del hoy general Percin, uno de los miembros más ilustres de la oficialidad francesa. Por contraste singular, este jefe superior ha intervenido muy directamente en las ardientes luchas políticas que en días cercanos se han sostenido en aquella nación y aun no están calmadas.

Suecia, Dinamarca y España han sido las primeras naciones que oficialmente han introducido los procedimientos de tiro franceses en su artillería de campaña. Los trabajos muy valiosos que acerca de ellos ha efectuado nuestra Escuela Central de Tiro y muchos de nuestros oficiales, han contribuído á familiarizarlos en los regimientos, cuya instrucción de tiro se halla hoy á gran altura.

campaña alguna (1); pero teniendo presente el gasto máximo deducido de los datos estadísticos de otras campañas, se admite que con el nuevo material no debe entrarse en fuego con dotación inferior á 500 disparos por pieza.

Cada carruaje con cuatro ó seis caballos no puede transportar más de 100 disparos completos (con peso de 800 á 900 kilogramos): de modo que por cada cañón que éntre á formar parte de una gran unidad combatiente se habrá de contar con cinco carros. Una sola división, dotada con 48 piezas de campaña, llevará en su impedimenta 240 carros de artillería, cuya longitud total, formados en columna, no es menor de tres kilómetros. Estos elementos no van amontonados detrás de los cañones, sino que se agrupan convenientemente en escalones diversos á retaguardia de las tropas, de tal modo que, sin perder el contacto con las bocas de fuego, no estorben á las fuerzas combatientes.

De ahí la importancia capital que en la actualidad adquiere el complicado *servicio de municionamiento,* requiriendo reglamentos minuciosos y la creación de unidades especiales con organización adecuada al objeto.

El problema del municionamiento, que para el oficial de Artillería ha sido en todo tiempo objeto de preocupación, no lo es menos para los Gobiernos, sobre todo desde el momento en que éstos han decidido la compra del material de tiro rápido. Por cada cañón que se construya es preciso fabricar por

(1) Rusia, al empezar la guerra con el Japón, apenas se había preocupado en prepararla. Las 135 baterías de á ocho piezas que llegó á reunir (según *Loe bell's Jahresberichte),* no disponía primeramente más que del cañón modelo 1893-95; durante el curso de la campaña fueron recibiendo el defectuoso cañón de tiro rápido modelo 1900 (no provisto de escudos), y para eso, su incompleto reglamento no se circuló hasta 25 de Mayo de 1904. «Adoptado con prisa, tres meses después de dar comienzo la guerra, fué casi desconocido para su personal» *(Revue Militaire Suisse,* Septiembre de 1905). Ya se dijo que el Japón empleó el cañón de tiro acelerado Arisaka, con el que hizo aplicación de los procedimientos de tiro alemanes, en los que estaba su personal perfectamente impuesto.

lo menos 1.000 disparos (1) y tener dispuestos carruajes suficientes para su remoción y para el transporte de los que han de conducirse en las columnas de municiones. El material antiguo puede suministrar gran parte de ellos, reformándolos; la adquisición de los restantes no admite demora.

RAMÓN VARELA
Capitán de Artillería.

(1) El precio aproximado, 50 pesetas por unidad.

NOVÍSIMAS TENDENCIAS DE LA SOCIOLOGÍA

I

La Sociología como ciencia, parece entrar poco á poco, pero de una manera decidida, en el período de lo que pudiéramos llamar «condensación doctrinal». Sus cultivadores más distinguidos sienten cada día, con más apremio, la necesidad de considerar los esfuerzos realizados en el campo de la investigación sociológica, á fin de ordenar los materiales dispersos á veces en cierta confusión anárquica, cernirlos para aprovechar los que ofrecen mayor consistencia y entrañan condiciones más adecuadas para la edificación sistemática, buscando un principio de unidad que los vivifique, determinando un criterio que los diferencie, una orientación que les renueve, y aspirando á una aplicación práctica, eficaz, para la vida, de las verdades y resultados teóricos obtenidos. En otros términos, la Sociología, terreno movedizo, puesta en pleito hasta hace poco, empieza á presentar cierta base fija, y sobre ella, los cultivadores que reconocen su legitimidad y su necesidad, como unidad ó síntesis de las ciencias ó conocimientos sociales, preparados por una ya larga experiencia de vaguedades y sutilezas excesivas, propenden ahora á levantar el edificio doctrinal y á construir, con la indispensable cohesión reflexiva, el organismo de sus problemas y soluciones, mediante las oportunas operaciones lógicas, y previa la explicación de los cambios de ideas y de la evolución del pensamiento sociológico. Trátase, sin duda, de la constitución de un *cuerpo de doctrina,* no cristalizada y definitiva—que eso implicaría el estancamiento que mata,—sino renova-

ble, á veces *pura* y *objetiva,* otras veces *tendenciosa,* pero en todo caso suficiente para ofrecer un contenido aprovechable, tanto en la especulación desinteresada como en la función docente y educativa—la formación del «hombre social»,—y en la actividad práctica, circunstancial del político que aspira á reformar las condiciones actuales de la sociedad, del *sociólogo de acción.*

Prueba de esto que digo, la tenemos de una manera general en la importancia que, desde hace tiempo ya, ha alcanzado el estudio de los problemas fundamentales de la Sociología y en las corrientes de inteligencia internacional existentes entre los sociólogos, para una acción común en la investigación, lo cual revela una base común de conceptos y de ideas capitales. El *Instituto internacional de Sociología,* de París; la *Sociological Society,* de Londres, y la reciente *American Sociological Society,* responden, sin duda, á ese estado del espíritu á que me refiero. Pero aun tienen mayor significación, en el respecto á que aludo, los ensayos de sistematización de la Sociología, del alcance limitado todavía, de De Roberty (1), de Tarde (2), de De Greef (3), de Asturaro (4), y, sobre todo, y de una manera más especial y directa, aquellos otros realizados con el triple fin científico, sistemático y docente de Giddings (5), de Ward (6), de Small (7) y de Ross (8).

---

(1) *La Sociologie. Nouveau Programme de Sociologie.*

(2) Sus obras, especialmente *Les lois sociales.*

(3) *Introduction à la Sociologie.*

(4) *Sociología.*

(5) *Principios de Sociología* (trad. esp.), *Sociología inductiva* (tr. esp.), *Elements of Sociology* (1898).

(6) *Dynamic Sociology* y *Pure Sociology.* En colaboración con M. Dealy, *A Texte Book of Sociology* (1905).

(7) *General Sociology, An Esposition of the main development in sociological theory from Spencer to Ratzenhofer* (1905).

(8) *Social control, A Survey of the Fondations of Order* (1901) y *Fondations of Sociology* (1905).

En las consideraciones que hacemos en el texto, aludimos principal-

Hay, en efecto, en estos últimos trabajos—que son los que para la demostración de mi tesis conviene considerar—un propósito reflexivo y sistemático, que no revela tan sólo la aspiración legítima y lógica del filósofo ordenador, que, á partir de un principio ó afirmado un principio de unidad, inducido del análisis fenomenal, lo desarrolla en aplicaciones subordinadas á un plan, ni se contrae á la función constructiva—arquitectónica—de las teorías basadas en tales ó cuales datos reales y en tales ó cuales esfuerzos especulativos, sino que el propósito sistemático que en tales publicaciones se advierte, entraña una gran seguridad doctrinal sobre el valor de los conocimientos sociológicos y sobre la eficacia del procedimiento metodológico de investigación y de formación científica. Además—y esto tiene para mí una importancia capital—esos ensayos de ordenación se han realizado bajo la preocupación de la necesidad y utilidad de incorporar á la cultura general, y de una manera más particular, á la educación, v. g., mediante la enseñanza académica: 1.°, los resultados de la investigación sociológica; 2.°, el *punto de vista sociológico,* como modo de considerar la vida humana social; y 3.°, la tendencia ó aspiración al perfeccionamiento colectivo, consecuencia lógica, después de todo, de semejante incorporación, ya que el conocimiento reflexivo de la vida social, y especialmente, la formación del *sentido sociológico* ha de despertar fuertes ansias de mejoramiento y progreso.

El que estudia la sociedad, dice Ross, se propone estos problemas: *¿Qué es? ¿Qué ha sido? ¿Qué tiende á ser? ¿Qué puede ser?* El primero corresponde á la sociología descriptiva; el segundo, á la sociología histórica; el tercero, á la sociología teórica; y el cuarto, á la sociología práctica (1). Pero hay entre todos esos problemas una relación estrechísima. Los dos pri-

---

mente á esta última obra de Ross, á la de M. Small y á la de MM. Dealy y Ward, las tres más recientes.

(1) Ob. cit., Prefacio, p. VII.

meros son tributarios del tercero, y en definitiva todos sirven de base al cuarto. No buscamos la verdad por el solo placer de conocerla. No quiere esto decir, creo yo, que el filósofo de la Sociología deba subordinar la pureza del resultado de su indagación á las necesidades prácticas: lo que la sociedad es, lo que la sociedad tienda á ser, no deben depender de lo que la sociedad *pueda ser ó deba ser,* en la mente del que indaga la naturaleza real del fenómeno social. Pero considerando la Sociología en su conjunto enciclopédico, y considerándola sobre todo en su influjo como sistema de ideas, parece indudable que toda ella acaba por servir de guía para la acción, convirtiéndose á la larga en base de una realización práctica. «Desde el punto de vista humano, dice Small, ninguna ciencia es un fin en sí misma. El fin próximo de toda ciencia es la organización para la acción. El interés último de la Sociología, por tanto, consiste en convertir el conocimiento del proceso social en una impulsión más inteligente de este proceso» (1).

II

En un interesante trabajo publicado en el número de Julio último de *The American Journal of Sociology,* bajo el título *A Decade of Sociology,* por el director de esta importante revista, M. Small, se indican con gran exactitud la condición actual de la ciencia, el progreso realizado recientemente, que determina la novísima orientación de la misma, orientación científica y docente, constructiva y práctica.

No hace mucho, cuando *The American Journal* salió por primera vez á luz, el público sociológico ofrecía el aspecto de la más lamentable confusión. Por otra parte, «los pensadores competentes—dice el director de *The American*—entre los cuales debía buscar una revista de Sociología su apoyo, estaban en su mayoría preocupados con otros intereses. Mu-

(1) Ob. cit., p. 22.

chos de ellos se dedicaban al estudio de los problemas sociales desde puntos de vista que no se acomodaban fácilmente á un cambio de perspectivas...»

Y más significativa era todavía la situación de la Sociología misma. «La Sociología de hecho no representaba más que una seria advertencia de un vacío en el conocimiento.» Sin duda se escribían libros de gran importancia, muchos de los cuales tendrán que ser estudiados durante mucho tiempo, ya que en algunos habrá que buscar no pocas ideas capitales de la ciencia, aparte de que en ellos se contiene el proceso intelectual de la misma y la explicación de muchas de sus conclusiones y orientaciones; pero lo que no surge por entonces con la fuerza que ulteriormente, es aquella confianza comunicativa en la verdad de los resultados, indispensable para provocar una corriente científica, colectiva, y una técnica aceptada, y abrir un cimiento más ó menos sólido para la edificación sistemática.

Por de pronto, ahora—dice *The American Journal*—«los sociólogos se entienden á sí mismos y entre sí mejor que hace diez años». Ya no puede decirse con exactitud que la Sociología no tiene «problema ni método ni misión». Sería, sin duda, prematuro afirmar que los sociólogos han llegado á un perfecto acuerdo, respecto de sus problemas y de sus métodos; pero al menos puede asegurarse que hay entre ellos una mejor disposición de espíritu para entenderse, sobre la base de esta afirmación, «el que no está contra nosotros, está con nosotros». Se admite con más facilidad que aquellos que plantean y estudian problemas sociológicos en términos diferentes de los que cada cual prefiere, contribuyen á realizar una investigación que á todos importa. Toda labor es apreciada, aunque no sea de la misma especie que las preferidas por el investigador. Tengamos ó no una fórmula para explicarlo, es lo cierto que «tenemos un instinto más católico del rango que debe ocupar la investigación sociológica, y nos sentimos más propicios para estimar como compañeros de trabajo á tipos de obreros

cuyos particulares intereses y presunciones y métodos difieren grandemente de los nuestros» (1).

Y esta simpatía, este cambio de actitud de los sociólogos, no se reduce á la conducta exterior en el aprecio del valor científico de todas las doctrinas; no entraña ello tan sólo la penetración del espíritu de tolerancia y el sentimiento del carácter solidario de la labor sociológica, sino que, como antes se ha indicado, cada día se acentúa más la acción cooperativa entre los cultivadores de la Sociología. Comparando actitudes con actitudes, puede decirse que Comte, Le Play, Lilienfeld, Spencer, Schäffle y Ward han funcionado, ante todo, como iniciadores de principios y luego de directores de grupos más conscientes de las diferencias que de los intereses comunes. Los sociólogos de hace algún tiempo parecían estar más comprometidos en afirmar su propio crédito, que en unirse á sus iguales para realizar un esfuerzo común. Hoy la literatura sociológica se estudia y admite sin santas reservas entre los cultivadores de la Sociología, deseosos de encontrar términos de conjunción, fondo esencial admisible (2).

Por otra parte, «es evidente el aumento del público sociológico. No diremos si ha aumentado ó disminuído el número de las gentes que emplean el término «Sociología» como el nombre expresivo de su fe en un arte oculto de componer la panacea social. Sin confundirlas con las que verdaderamente estudian la sociedad, no hay inconveniente en señalar una ampliación del círculo en el cual se siente inteligente interés por los hechos y las leyes de las causas y afectos sociales. Hace diez años aludíamos á la presente como á la «era de la Sociología». Empleamos la frase en el sentido de que hay más gentes que antes preocupadas con la situación, que consideran menos satisfactoria de lo que podría ser, y buscando los medios de mejorarla. Sería extraño pretender que las palabras

(1) *A Decade of Sociology*, loc. cit.
(2) Comp. artículo citado.

tengan ahora una interpretación más estricta. No hay todavía un cuerpo de sociólogos técnicos bastante numeroso, para dar un carácter distintivo á un período de análoga manera como los científicos de la física han caracterizado al pasado siglo, y los biólogos especialmente la última mitad de esta centuria...» Sin temor de equivocarse se puede afirmar: primero, que el número de detalles que han pasado al rango de resultados sociológicos aceptados es tan grande, como podría esperarse al principio de la historia de una ciencia; y segundo, que se puede predecir que antes de diez años habrá un conjunto considerable de principios provisionalmente aceptados por los sociólogos (1). En todo caso es, sin duda, digno de advertir, que el punto de vista desde el cual los sociólogos técnicos observan los hechos sociales ha llegado á ser esencialmente el mismo. Sean cuales fueren sus hipótesis específicas para explicar los fenómenos sociales, todos refieren los hechos á la misma fuerza psíquica, actuando en el mismo medio físico. Todos consideran la experiencia humana como la evolución de las selecciones humanas condicionadas por los factores dirigibles ó no de la naturaleza física. En otras palabras, la actitud de los sociólogos ante sus problemas es precisamente la del químico ó físico ó fisiólogo ante los suyos. En ambos casos, la cuestión estriba en descubrir las relaciones particulares de causa á efecto que entrañe una situación dada (2).

Otra indicación del mayor interés, anotada por el director de *The American Journal*, y que conviene recordar para explicar y comprender las novísimas tendencias de la Sociología, es la que supone la actual posición de ésta respecto de las ciencias sociales particulares (3). La oposición más tenaz contra la

(1) Cons. loc. cit.

(2) Idem.

(3) Este problema de las relaciones de la Sociología y las ciencias sociales particulares se ha estudiado muy detenidamente en estos últimos años. V. Durkheim y Fauconnet, *Sociología y Ciencias Sociales* (*Revue*

admisión de la Sociología, como una ciencia, ó contra la necesidad de *una* ciencia social *distinta* de las ciencias sociales tradicionales (Economía política, Ética, Historia, etc.), partió de los cultivadores de estas disciplinas. Distribuída la realidad social entre ellas, no quedaba objeto propio para una *Sociología:* ó ésta se reducía á ser la *suma* enciclopédica de las ciencias sociales especiales, ó no tenía explicación posible; y siendo la mera suma de tales ciencias, en rigor no constituía una ciencia verdadera, por falta de problema propio, de método específico, de función teórica y de finalidad práctica. No hace falta recordar los esfuerzos realizados desde Comte para determinar el carácter específico é irreductible de lo social, ni los ensayos hechos desde Spencer para analizar la estructura del sér social—objeto de la Sociología: la labor de Lilienfeld, Schäffle, Fouillée, Espinas, Roberty, Mackenzie, Durkheim, Tarde, Bouglé, Simmel, Barth, Giddings, Richard, Asturaro, Azcárate y otros (1) representará en la historia del pensamiento sociológico, el período de tanteos y sugestiones preparatorias para cimentar la Sociología científica, y definir su objeto mediante el estudio específico, y á veces exclusivo, de los diversos aspectos y determinaciones de lo social y de la sociedad. La tendencia convergente y sintética que ahora se observa, en virtud de la cual la Sociología adquiere sustantividad y relieve, y se convierte en una disciplina omnicomprensiva de los fenómenos sociales ó de la realidad social, no habría sido posible sin esa labor intensa y específica de puntos de vista parciales y exclusivos.

---

philosophique, Mayo 1903; en español, en la *Revista de Legislación* de Febrero y Abril de 1904). V. además extractos de los cursos de Durkheim y Tarde sobre el asunto en la *Revue internationale de Sociologie* (Febrero, Marzo, Abril, 1904). V. *Sociological Papers*, 1904, de la *Sociological Society* de Londres, pág. 199 y sig. He tratado el asunto *Sociología contemporánea*, capítulo II.

(1) Puede consultarse *Literatura y problemas de la Sociología* y *Sociología contemporánea*. V. Worms: *Philosophie des Sciences Sociales*. Ward: *Contemporary Sociology*.

Poco á poco la posición de los cultivadores de las disciplinas sociales, especiales ante la Sociología, ha cambiado. Sin darse cuenta acaso, se han ido colocando dentro de la corriente sociológica, que entraña, de una parte, el supuesto de que la relación especial considerada: el arte, la religión, el derecho, la economía, está comprendida en el proceso social general; y de otra, la necesidad de referir tal relación especial al total proceso de la experiencia ó de la evolución humana. «Hace diez años se admitía que existía una rivalidad (por ejemplo) especial entre la Sociología y la Economía. La relación entre la Sociología y la Economía no es hoy de competencia, sino complementaria... La Economía política no puede mantener una sociología peculiar para sí, ni la Sociología una economía política peculiar. Los problemas sociológico y económico no son alternativos, sino parte y todo...» (1).

Análogas consideraciones pueden hacerse sobre las relaciones entre la Sociología y la Historia. «Hablando en términos amplios, los historiadores de hoy parecen ser de dos tipos: primero, aquellos que tratan la Historia como ciencia; segundo, los que la cultivan como un arte. Los últimos son meramente fenómenos para los sociólogos, no colaboradores. Entre los primeros y los sociólogos hay intereses mutuos é interdependientes...» (2). Nada más urgente para la Sociología que determinar adecuadamente sus relaciones con los historiadores científicos.

Adviértese, además, en los cultivadores actuales de la Sociología, el predominio de un sentido realista y omnicomprensivo, en virtud del cual el objeto de la ciencia social, como ciencia general y sintética, no puede circunscribirse á una relación, á una característica de lo social, sino al conjunto de la realidad social entera, al total proceso de la humana experiencia: el punto de vista sociológico, por tanto, tiene que ser un

(1) *The American Journal*, loc. cit.
(2) Idem.

punto de vista que abarque, en unidad orgánica, cuantas indicaciones ofrezca el análisis del proceso social. Y nótese, del «proceso», es decir, de la «acción», de la vida, del movimiento, en suma, de un término que lleve implícito el supuesto de que la Sociología tiene que proponerse la investigación de las «fuerzas» que obran en las distintas manifestaciones de la realidad social.

Lo cual explica el sentido dinámico de la Sociología novísima, de base psicológica—dinámica en definitiva,—y además su tendencia práctica ó de aplicación manifiesta en la indicación del valor aprovechable de los resultados del conocimiento sociológico para la «reforma social», ó sea para continuar, con acción reflexiva, de influjo positivo, el *proceso social* estudiado—comprendido y explicado—en la *Sociología pura*.

III

Los ensayos de sistematización doctrinal á que más arriba me he referido, y de una manera especial los de Small, Dealcy y Ward y Ross—los cuatro sociólogos norteamericanos (1), —responden de un modo muy adecuado, en su estructura y finalidad, no obstante las naturales diferencias de criterio sobre puntos esenciales, á las condiciones de hecho que acabamos de exponer, como reveladoras de la evolución más reciente del pensamiento sociológico, y á la actitud de la opinión sabia ante la Sociología. Por otra parte, los tres ensayos ó tratados propenden á considerar el lado político y práctico y educativo de sus conclusiones y enseñanzas. Recogiendo de una manera sintética la tendencia novísima reinante, parécenos que entraña los siguientes supuestos:

(1) Small es el director de *The American Journal of Sociology* y jefe del Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago; Ward es de la Institución Smith, de Washington; Ross, profesor de Sociología en la Universidad de Nebraska; y Dealcy, profesor de Ciencia Social y Política en Brown University.

1.° La Sociología tiene un objeto definido.

2.° Hay un fondo común en las opiniones de los sociólogos acerca de este objeto, en razón del cual es posible la labor cooperativa, la construcción de la doctrina, la orientación práctica, el influjo renovador.

3.° La Sociología tiene su método, es decir, posee aquel instrumento de investigación científica indispensable para obtener resultados de conocimiento, verdades reales, demostraciones positivas; en otros términos: la realidad objeto de la Sociología puede ser conocida de una manera directa, y puesta de relieve en la doctrina mediante el esfuerzo intelectual adecuado y la aplicación de este esfuerzo según la naturaleza del objeto exige.

4.° La Sociología tiene una función útil teórica y prácticamente considerada. «La solución de los más grandes problemas sociales—dice Ross (1)—pide no sólo datos especiales, sino también la luz de los principios generales.»

Y precisamente la Sociología es la que puede procurar esa luz indispensable, porque ella es la que ha de considerar *lo social* visto *en conjunto; en unidad*. Hablando Small del objeto de la *General Sociology,* escribe que este tratado es un argumento para demostrar que «el conocimiento de una porción ó aspecto de la experiencia humana es engañoso si no se correlaciona con el conocimiento de todas las demás fases de la experiencia, que ayudan á comprender la totalidad de la vida, y si no está colocado en su lugar propio en un grado de conocimiento que abarque desde el detalle más menudo de la experiencia individual á la filosofía más comprensiva. La Sociología será abortiva si no entraña una superior correlación y generalización de todas las clases de conocimientos sobre el hombre, derivados de la observación intensiva de las distintas fases de la vida. Las ciencias sociales especiales son meras disecciones de tejido muerto si no se relacionan en definitiva con

(1) *The Fondations of Sociology,* p. VIII.

la sociología común» (1), esto es, si no tienen en cuenta «el proceso de la asociación humana», que es para Small la materia de la Sociología (2). En el respecto práctico, Dealey y Ward advierten que «cuando la verdadera ciencia de la sociedad resulte establecida y aceptada como otras ciencias, su influjo sobre los intereses de los hombres y el destino de la raza, será mucho mayor que el de las ciencias más simples, pues la Sociología se acerca más al hombre y está más íntimamente relacionada con todo lo que se refiera á su bienestar. La Sociología, por esto, será estudiada primeramente con el objeto de informar acerca de las leyes de la asociación humana y de la acción cooperativa, y además con el propósito de determinar de qué modo y hasta qué límite los fenómenos sociales pueden, mediante el conocimiento de las leyes, ser modificados y dirigidos hacia los ideales sociales. El fin supremo es el mejoramiento de la sociedad» (3).

5.° El actual momento de la evolución del pensamiento sociológico es oportuno para trabajar en una construcción sistemática doctrinal, que todavía no existe; «un cuerpo autorizado de teoría social, dice Ross, por ahora existe más como aspiración que como hecho» (4); es indispensable abrir los cimientos, ya que «la edificación sobre ellos de una fuerte superestructura es una tarea del porvenir» (5). Aun sin proponerse la edificación de una superestructura sociológica, parece de gran oportunidad intentar concentraciones de doctrinas, síntesis armónicas que procuren significar la labor común ó la coincidencia creciente de las labores dispersas y parciales. «Innumerables sociólogos, escribe M. Small, han afirmado, y todavía afirman, no sólo que la porción de su saber, ó la fase

(1) Ob. cit., p. VIII.
(2) Ob. cit., p. 3.
(3) *Text-Book of Sociology*, p. 21-22.
(4) Ob. cit., p. IX.
(5) Ross: L. c., p. IX.

del conocimiento, que en primer término les ha interesado, es una parte de la Sociología, sino que ella, y sólo ella, es la Sociología. Esta lucha de profetas tiende á dividir sus discípulos en sectas estrechas é intolerantes, ó á confundir todo ensayo de reconciliación de las aparentes contradicciones de sus doctrinas. El objeto de este resumen no es explotar la competencia de otro de esos sistemas de Sociología, sino presentar el campo del conocimiento que todos los sociólogos han intentado instintivamente considerar. Su propósito más bien consiste en mostrar cómo los diferentes ensayos para acrecentar el conocimiento de ese campo al presente se complementan y refuerzan unos á otros (1). Por lo demás, las coincidencias son evidentes, las aproximaciones oportunas, la labor de armonización fecunda y necesaria. Y no hace falta copiar declaración alguna de los textos indicados. Ellos mismos son una demostración viva de la realidad del supuesto enumerado; lo que en los trabajos de Small, Dealey y Ward y Ross, se hace, de una manera más comprensiva y general en los dos primeros, no es otra cosa que una ordenación doctrinal del saber sociológico, realizada según un principio unitario, que en Small se traduce en el estudio del total «proceso de la asociación humana» (2); en Dealey y Ward, en el de la *obra humana — human achievement,* — y en Ross, en el «fenómeno social» (3). Alrededor del «proceso» (acción) de la «obra»— que entraña un proceso—ó del «fenómeno»—que es algo activo

(1) Ob. cit., p. VI y VII.

(2) Ob. cit., p. 3.

(3) Compárese Small, ob. cit., Introducción y especialmente cap. I. Dealey Ward, ob. cit., Parte I y, sobre todo, cap. V. *The subjet-matter of sociology.* «La materia objeto de la Sociología, dice, es el *human achievement.* No es lo que los hombres son, sino lo que hacen»; p. 32. Ross, ob. cit., I. *The scope and task of Sociology.* «Psicología social, Morfología social, Mecánica social — todos son, á mi ver, segmentos de una ciencia cuyo objeto es el *fenómeno social.* Y digo *fenómeno* con preferencia á *actividades,* porque abraza las creencias y sentimientos al par que la acción»; p. 6.

y se genera en proceso,—gira el estudio sociológico humano, y se organiza el saber actual de los sociólogos en los tratados á que me estoy refiriendo.

6.° La Sociología ha llegado á aquel punto de sazón y de defusión que permite pensar en estas dos operaciones: *a)* la enseñanza científica de la misma, bien sea como cuerpo de doctrina, bien como elemento incorporable á una educación integral ó especial, según que se trate de infundir el punto de vista sociológico en la cultura general, ó de formar el sociólogo teórico ó de acción; y *b)* la aplicación de un arte sociológico, mejor, la aplicación práctica del saber que la ciencia sociológica y el punto de vista sociológico procuran. Basta leer, á título de ejemplo, el prefacio del tratado de Dealey y Ward para darse cuenta de la posición de estos sabios cultivadores de la Sociología ante esas operaciones importantísimas. «Esta obra—dicen—responde á la demanda de un resumen que contenga en esencia una exposición clara y sencilla del objeto de la Sociología, de sus bases científicas, sus principios, tal cual hoy se conocen, y sus designios. En la preparación de este libro se ha insistido sobre estos tres puntos: primero, sobre las fuerzas sociales como agente dinámico que obra inconscientemente cerca de los fines individuales naturales, y conscientemente en la acción colectiva, bajo la dirección de la inteligencia; segundo, sobre la importancia de la acción material como base del desenvolvimiento psíquico, y sobre la *necesidad de la instrucción general sistemática en los principios fundamentales del saber, como base de una recta vida social;* y tercero, *sobre la ordenación del material para facilitar su uso en las lecciones de asociaciones y clases*» (1). Y luego añade: «Ciertamente, la justificación de estos textos elementales en Sociología debe buscarse en el deseo actual de presentar en una forma sencilla y popular aquellos principios científicos que deben, en último

(1) Ob. cit., p. V.

término, emplearse como guías de la actividad colectiva. La acción fundada en su conocimiento cabal es la clave del éxito social» (1).

IV

Hay también en los libros de Small y Dealy y Ward una cierta orientación común en cuanto al fondo de la doctrina. En las citas copiadas y en algunas de las observaciones hechas se contienen indicaciones de esa orientación común. No es posible ya en este artículo analizarla con el detenimiento necesario: sólo cabe presentar en términos muy breves las notas más salientes. Los sociólogos citados están, á mi ver, en el nervio mismo de la corriente sociológica novísima antes definida; más exacto, ellos la representan en estos momentos con extraordinario relieve. La Sociología, de analítica y estática, según la idea spenceriana del organismo social y la concepción biológica, de Lilienfeld, se ha transformado merced al influjo de la psicología en dinámica y viva. No se trata ya de ver si la sociedad es un organismo natural, ni de sutilizar, con Tarde ó Durkheim, en busca del puro hecho elemental característico; gracias precisamente á la labor de estos sociólogos y, más especial y directamente, á las concepciones más amplias y comprensivas de Schäffle y de Simmel, de Gumplowicz y Ratzenhofer, la corriente teórica dominante se caracteriza por estas notas, según hemos visto: primera, la Sociología abarca la totalidad del proceso social, de la experiencia humana y de la actividad colectiva, de los fenómenos sociales; segunda, el objeto de la Sociología es la vida social, el movimiento, las fuerzas que obran produciendo las instituciones, las estructuras, cuanto constituye el contenido de la Historia y el medio activo de las sociedades; tercera, la Sociología influye, debe influir, en la marcha del proceso social actual.

(1) Ob. cit., p. VI.

La transformación evolutiva del pensamiento sociológico á que acabo de referirme la sintetiza de una manera muy exacta el propio Small, cuando afirma que «la línea central en el camino del progreso metodológico, desde Spencer á Ratzenhofer, se señala por el cambio gradual del esfuerzo enderezado á la representación analógica de la estructura social, hacia el análisis real del proceso social» (1). La Sociología se inclina en el sentido que entrañan las notas indicadas, por las mismas exigencias de la evolución progresiva de sus métodos; del propio modo que la necesidad de la unidad de los conocimientos especiales en Química y en Biología impuso la constitución de la «Química como la ciencia de la materia en su proceso atómico, y de la Biología como la ciencia de la materia en su proceso orgánico» (2), la necesidad de la unidad de los conocimientos especiales sobre la sociedad ha hecho que «la experiencia humana pida una *ciencia del hombre en su proceso de asociación*» (3). Y esa ciencia es la Sociología.

ADOLFO POSADA

(1) Ob. cit., p. IX.
(2) Loc. cit., p. 7.
(3) Idem, p. 7.

LA CIVILIZACIÓN, ESTORBO DE LA INDEPENDENCIA

Una de las cosas que parece que estiman más los hombres es su independencia. De ella blasonan á menudo los que se tienen por «más hombres» que los otros. El sumo de la aspiración en este orden es no depender de nadie ni estar á nadie sometido, «campar uno por sus propios respetos». Hay una porción de sentencias y proverbios que lo expresan así: «el buey suelto bien se lame»; «cada uno es un rey en su casa»; «nadie es más que nadie». Gentes hay que pregonan mucho la independencia referida, y aseguran que para rendirla el debido culto es preciso decir y hacer siempre todo lo que uno siente, sin arredrarse por nada, exíjalo ó no la oportunidad, oféndase ó no se ofenda con ello al prójimo. Sólo de esta manera se figuran que puede conducirse uno como hombre realmente digno, como hombre de verdad independiente, y por independiente leal y sincero.

Y al pronto, la cosa parece muy fundada y aceptable. Seduce, sin duda alguna. Hay tanta doblez, tanta falsía y tanta mentira en el mundo, que un fuerte huracán que tienda á barrerlas, ó cuando menos á contrarrestarlas, parece muy necesario y lo recibe uno con los brazos abiertos y á pleno pulmón. Aparte de que las actitudes airosas y las posturas arrogantes suelen ser simpáticas.

Pero si miramos un poco despacio el asunto, fácil es que se desvanezca bien pronto esta primera impresión. Ocasiones hay en que se trata de una farsa más, tan repugnante como cualquiera otra, si es que efectivamente y en último caso debiera

repugnarnos nada. Ciertas personas explotan la comedia y el disfraz de la independencia, la lealtad, la sinceridad y cosas parecidas, como otras se agarran á otros resortes y medios de engaño. Es un modo de ir embaucando á muchos incautos y á personas crédulas ó de buena fe, para explotarlas más cómodamente y como á mansalva. De la multitud de formas de mimetismo psíquico y social que por ahí abundan, ésta es una de ellas.

Mas, aun dejando tales casos á un lado, y no pensando sino en los más favorables, en los que suponen un tributo sentido á la verdad desnuda y á la autonomía completa del espíritu, preciso es decir que tales condiciones no se realizan nunca, y que lo que á veces tomamos por manifestaciones de ellas no es sino pura ilusión. Todos, absolutamente todos, nos hallamos hundidos, y hundidos de manera irremisible, en un abismo de sumisión, de esclavitud, de convencionalismos, de mentira.

La vida humana está amasada con contradicciones, y una de ellas, á la cual yo no le encuentro salida, es la de la lucha constante é inevitable en que los hombres—igual que todos los otros seres—tienen que moverse. La vida es lucha, se dice; y es verdad, y sin lucha no se vive. Lo que viene á significar que el amor, la solidaridad y la cooperación entre los humanos, cosas que tanto se preconizan y se alaban, son fundamentalmente imposibles, ó sólo se efectúan subordinadamente á la lucha y como trasformaciones y modos derivados de ella. La lucha es lo primitivo é irreducible, es el desplegamiento del llamado instinto de conservación; sólo que, entre sus múltiples modalidades, adopta á menudo la de la solidaridad, el auxilio recíproco, el altruísmo, y aun el sacrificio.

El orden social, ambiente indispensable de la vida humana, es un orden de lucha, sin remedio. Los seres de la naturaleza se comen, se persiguen y se acometen unos á otros. Los hombres no hacen excepción á esta ley, sino que están sujetos á ella como los demás seres, con los cuales han estado y están

luchando continuamente, acometiéndoles y siendo por ellos acometidos, comiéndoselos y siendo comidos por ellos. Y luego, entre sí, tampoco se comportan los hombres de otra forma. El orden de su vida social es un tejido de luchas, sujeciones, imposiciones, hipocresías, transacciones, convencionalismos, regateos, engaños... Los hombres se persiguen y se defienden mutuamente por todos los medios y con todos los recursos de que pueden disponer. Están realizando constantemente asaltos de esgrima, sirviéndose al efecto cada cual de distintas armas, según las inclinaciones, las aptitudes, los gustos, las condiciones externas. Unos se ponen «la piel del manso cordero», y otros la del «fiero león», ó el «leal perro»... Hay quien se esfuerza por aparentar de rico, de sabio, de arrogante, y quien, al revés, de humilde, de pobre, de ingenuo, conforme le conviene ó cree que le conviene para sus fines de dominación ó explotación de los semejantes, sus enemigos. En la esgrima de referencia, el toque está en ocultar al adversario los puntos flacos que todos tenemos, y en cambio, en descubrirle los suyos, dirigiendo contra éstos preferentemente nuestras estocadas. La guerra, igual la grande que la chica, la internacional como la civil y la individual (duelo, lucha, competencia mercantil, concursos y oposiciones...) se compone de sorpresas, de estratagemas, de encrucijadas. Y en los pleitos, las polémicas y demás sucede lo mismo: ocultamos ó callamos lo que nos perjudica, y sólo hacemos ostentación de lo que tenemos por favorable á nuestros fines. Presentamos los argumentos como en orden de batalla, entremezclando, v. g., los más débiles ó insustanciales con los más fuertes, redondeando párrafos para producir efecto, dejando para lo último lo más sensacional ó llamativo. Los mismos tratados de retórica nos dan estas reglas de lucha ó esgrima, cuyo objeto no es otro sino enseñar á uno á salirse con la suya, aun con perjuicio de los demás, mintiéndoles, deslumbrándoles, engañándoles. El mundo no se compone de otra cosa sino de esto...

De lo cual resulta, en cada momento y para cada grupo

de hombres, una determinada situación de hecho, un régimen de dominación y de lucha, variable sin duda, ó más bien variabilísimo, que es lo que se llama moral y derecho.

Dentro de este régimen vivimos todos, y vivimos como él lo exige: en lucha. Lucha, bajo formas violentas unas veces, y bajo formas más suaves otras; pero lucha siempre. El régimen de que se trata, esto es, el orden del derecho, el orden de la moral, el orden de la convivencia, que es todo ello una misma cosa, no consiente que nadie viva dentro de él sin luchar. Todo individuo que participe de él y de sus beneficios ha de acometer ó ha de defenderse, según los casos. En paz completamente no pueden ser aquellos beneficios gozados. Lo que quiere decir que, más ó menos, todo el mundo está pendiente de los demás y sujeto á ellos. Aun los más empingorotados y más poderosos dominadores, dependen de sus súbditos y procuran captarse las simpatías y benevolencia de éstos, tenérselos propicios y conquistarse su adhesión. Nadie puede hacer la vida solo ni alimentarse de su propia sustancia; toda persona ha menester el concurso de aquellos con quienes se halla en relación, aun cuando sean esclavos suyos. Y para obtenerlo, hace lo que cree que á éstos ha de agradarles, con lo que se torna á su vez en esclavo y súbdito de ellos. Y si esto pasa con los dominadores, que parece son los que se hallan en condiciones más propicias para ser independientes, ¿qué ha de suceder con los dominados y esclavizados? ¿Qué independencia podrán los mismos gozar y conservar? ¿No estarán aherrojados de mil modos?

De hecho, no hay hombre alguno independiente. Sobre todos nosotros pesa la red de concesiones mutuas, de transacciones, de miramientos y demás á que damos el nombre de costumbres y orden moral, la red de relaciones y leyes sociales, cuyo respeto se hace indispensable. De esa red no escapamos ninguno; por eso se dice que todos los asociados tenemos frente á los demás derechos y deberes, esto es, exigencias y ligaduras, por las primeras de las cuales sometemos, y por las segun-

das somos sometidos. Todos luchamos, y en esa lucha quedamos debajo unas veces y encima otras; no siempre debajo ni siempre encima.

Es de advertir que, con la denominada civilización, la lucha entre los hombres modifica sus formas, pero no desaparece. Esa modificación sirve justamente para hacerles perder más y más su independencia. El salvaje y el animal fiero son, seguramente, más independientes que el hombre civilizado y el animal doméstico. Son más dueños de sí. Pueden dar mayor desahogo y más suelta rienda á sus impulsos. Es poco lo que tienen que disimular ó que simular con respecto á otros; sólo, v. g., lo que imponen las necesidades de la caza, bien la de la presa alimenticia ó bien la de la presa sexual. Apenas nada les contiene. Disfrutan de la mayor libertad apetecible. Tienen en sí mismos su propia ley. Sus instintos es lo único que mueve sus actos... á menos que se tropiecen con otro salvaje ú otro animal fiero á quien teman. ¿De quién dependen estos individuos? ¿Habrá nadie más sincero y más amante de la verdad escueta *(in puris naturalibus)* que ellos? Difícilmente.

Lo que quiere decir—terrible y paradójica antinomia—que la civilización, que humaniza á los hombres, según se afirma de ordinario, es un gran enemigo de la independencia y sinceridad de los mismos. Cuanto más civilizado, más atado (solidaridad), más entregado y sujeto á los otros, menos dispone uno de sí. Civilización y ligadura son términos equivalentes por cierto respecto. La civilización despoja á los hombres de sus armas naturales (las uñas y los dientes), embota sus naturales tendencias, pone cortapisas al desplegamiento de sus impulsos, les obliga á ser mirados y considerados con los demás. La civilización es un sistema incesante de trabas y obstáculos á la sinceridad, á que cada uno se presente tal cual sea y se entregue enteramente, con el alma y el cuerpo, á sus semejantes y convecinos. Es una conspiración continua contra la naturaleza. El ambiente civilizado es un caldo de cultivo del microbio hombre, donde se atenúa la fiereza nativa de éste,

donde se le desfigura (como se desfigura al animal doméstico) y se le hace degenerar (?). Hombre civilizado y hombre degenerado es, al parecer, todo uno.

Por comprenderlo así es por lo que en todos los tiempos ha habido cierto horror y cierta antipatía á la sociedad, igualmente que á los más grandes factores del orden dentro de ella, ó sea á las costumbres, las reglas de cortesía, el ceremonial de toda especie, las autoridades y las leyes. En las cuales, y en la sociedad en general, se ha visto el gran enemigo de la naturaleza humana. Recuérdese al efecto las quejas de los románticos contra los dañosos efectos deprimentes y degeneradores de la vida social, y su nostalgia de la naturaleza. Pensemos, v. g., en Rousseau y tengamos en cuenta que lo más contrario á la naturaleza, según Leopardi, son las obras humanas guiadas por la razón. Todas estas gentes deseaban que la naturaleza humana volviera á recobrar sus (para ellas) antiguos fueros, su verdadero y debido imperio, su imperio presocial, primitivo. Así la concebían íntegra, en la plenitud de su poder, verdaderamente independiente, no deformada por consideraciones ni elementos sociales de ningún género, cumpliendo la fundamental ley radicada ó inmanente en ella. Y ¿no es esto mismo lo que apetecen también hoy muchísimos defensores de la vida natural, del naturismo, de la comunión con la naturaleza, los que se sienten asfixiados por los infinitos vínculos y convencionalismos que la vida social impone, los libertarios de toda especie...?

Son, sin embargo, inútiles, á mi parecer, todas las protestas. O renunciar á la vida social, cosa que parece imposible, ó la vida social irá realizando inevitablemente su obra, obra de degeneración ó atenuación de la independencia del hombre. De esta otra antinomia tampoco parece fácil salir. La vida social no puede realizarse sino á condición de que los miembros que la hacen se dobleguen ante los imperativos que dentro de su seno residen: leyes, autoridades, miramientos mutuos, conveniencias, costumbres, moral, opinión pública, convenciones, cortesías... El que no quiera adaptarse á estas exigencias no

podrá vivir dentro de la sociedad cuyo ambiente ellas constituyen; ó si se empeña en vivir dentro de la misma, se le forzará á la adaptación.

Así, la infracción de ciertas condiciones, cuyo respeto impone la paz social de un grupo determinado, tales, v. g., como las leyes promulgadas por el poder público, convierte al infractor en enemigo de ese grupo y de los elementos de que está formado su ambiente. A esos individuos se les denomina criminales, y como á criminales se les trata. El grupo emplea la fuerza de que dispone para someter á semejantes rebeldes. Sin embargo, ¿quién más independiente ni más sincero que los criminales? ¿Quién da como ellos desahogo libre á sus propensiones nativas, y se somete menos á leyes, reglas ó exigencias exteriores? ¿Quién se atiene menos á ajenas imposiciones y menos respeta los diques puestos por la vida en común? ¿Quién obra con más verdad? ¿Quién pone más al ventistate su alma? ¿Quién engaña menos que ellos? ¿No cumplen ellos, tanto como el que más, ó acaso más que nadie, con la que se dice ley universal de la lucha? Pues á pesar de eso, ó mejor aún, justamente por eso, no se respeta su *naturalidad,* su culto y sumisión á las leyes naturales. Se les constriñe á sujetarse á las leyes sociales, leyes que los hombres han hecho para torcer el curso de aquéllas y para contravenir á las mismas. ¿No será más bien esto último, esta contravención, el verdadero crimen, el crimen *natural,* en lugar de serlo el otro, el social, hijo de imposiciones sociales, y artificial por lo tanto? Si tan respetables y hasta dignas de elogio fuesen las cualidades dichas, la sinceridad, la independencia en todas sus manifestaciones, la rebeldía contra todo artificio, el culto y el respeto á la naturaleza, ¿por qué razón se habría de motejar de delincuentes á los que las desplegaran en su mayor grado, rebeldes é insumisos quizá como nadie?

Pero el mundo marcha adelante, sin hacerse mucho caso de estos distingos. Al delincuente se le persigue á causa de su insumisión, y no se le alienta para que siga cultivándola. No

se quiere su *sinceridad* y su *naturismo*. En su lucha contra el medio social que respira, ó se aparta de él ó lo apartan por la fuerza; y de continuar respirándolo, lo ha de respirar tal y como se lo den y no tal y como él lo querría. ¿Que se le obliga á degenerar con ello y á decaer? Sea; mas no se puede pasar por otro punto. La sociedad y sus varios elementos se le imponen, y no tiene él otro remedio sino respetarlos. Será una imposición brutal, sin duda, y un respeto á regañadientes; pero la disyuntiva es clara: el que quiera, que lo tome, y el que no, que lo deje. Manda quien manda, y á callar.

Ni se comporta la sociedad con relación á los otros individuos de manera distinta á como se comporta con los delincuentes. En realidad, delincuentes son para ella todos cuantos se apartan de las reglas que la misma impone. Serán delincuentes más ó menos grandes, de intensidad mayor ó menor; pero delincuentes al cabo, es decir, insumisos, independientes, no adaptados. En la sociedad hay, como queda indicado, muchísimas más reglas que las leyes que promulga y hace cumplir el poder público, empleando la coacción en caso necesario. Hay costumbres, hay fórmulas de cortesía, hay respetos mutuos, hay todo lo que suele ser llamado «convencionalismos»; cosas frente á las cuales se requiere el mismo sacrificio de la personalidad y la independencia que frente á las leyes propiamente penales. Para garantizar ese respeto no funcionarán los llamados tribunales ordinarios, ni tampoco acaso tribunales de jurisdicción privilegiada; funcionarán tribunales de honor, funcionará la prensa, funcionará la misma opinión pública, con protestas, con mitins, con manifestaciones, con votos de censura, con murmuraciones.

La independencia no es consentida en nada, y en realidad de verdad nadie la tenemos. Podría hablarse á este efecto de una multitud de esferas, donde somos casi del todo esclavos de los demás: en lo económico, en lo intelectual, en mil otras cosas. Pero no me quiero alargar mucho, y he de reducir todo lo posible.

La sociedad, fuerza más poderosa que el individuo, dícele á éste: «Hay que someterse, ó dimitir. El que no guarda las conveniencias sociales es un salvaje, y, ó se va á vivir con los salvajes, en un medio distinto del que ahora goza, más acomodado con los gustos del sujeto (y en donde este mismo entrará, por consecuencia, en una nueva cárcel), ó de lo contrario tiene que someterse á mis exigencias. Seguir viviendo en mi seno sin acomodarse á mi caldo de cultivo, no es posible. Aquí no manda nadie más que yo, y ante mis prescripciones, ténganse por buenas ó por malas, tiene que doblegar la cerviz todo el que desee aprovechar los beneficios que yo presto. Yo no consiento que nadie me levante el gallo hablando de su independencia; donde yo esté, no hay ninguno independiente más que yo; los demás gozarán de aquella independencia que yo les otorgue ó les permita, no de otra». Y, efectivamente, los individuos se someten, y cuando hay alguna esfera social en que no pueden ó no quieren someterse, se les expulsa ó aparta de ella, por insociables, por intratables, por insoportables, por incorrectos, por insumisos, por rebeldes ó revoltosos, por salvajes, por groseros, por descocados, por cínicos, por delincuentes. Nos sometemos todos, absolutamente todos, quién á unas esferas, quién á otras; si bien quizás fuese más exacto decir que nos sometemos todos á todas, aunque en grado diverso. Nadie va desnudo por la calle, ni aun los días más calurosos del verano, y no por falta de deseos. Nuestra independencia queda en esto, como en tantísimas otras cosas, sacrificada. Tampoco nos vestimos como queremos, ni con arreglo á nuestro gusto exclusivamente, sino conforme lo exige la moda, la costumbre ó el gusto de los demás. No vamos adonde queremos, ni vivimos como y donde nos place; vamos y vivimos adonde y en donde nos lo exige nuestra categoría social, nuestras amistades, nuestra posición, nuestro empleo. Mal que le pese, y aun contra toda su voluntad, tiene uno que conducirse por caminos que otros le trazan, renunciando á los que él mismo quisiera elegir.

Preciso es «guardar las formas», ser corteses, urbanos, bien educados, tener miramientos. Los alardes de fiera independencia son, de ordinario, insufribles, y el que los tenga se halla expuestísimo á que se le moteje de orgulloso y pedante, de descarado ó de misántropo, según las ocasiones. Se considerará imposible la convivencia y el trato con él; se formará el vacío en torno suyo; se le hará la vida imposible.

Esa necesidad de convivir supone una infinidad de respetos mutuos. No puede uno hacer ni decir cuanto tenga por conveniente. Bien frecuentemente formamos de cosas y personas juicios que no conviene ni es lícito publicar. Aunque tengamos á uno por torpe, imbécil ó malvado, no debemos decírselo, porque le mortificamos; y, en efecto, no se lo decimos, á no ser en momentos de excitación ó acaloramiento, v. g., en riña ó disputa, ó cometiendo indiscreción ó grosería. A los enfermos se les oculta regularmente su estado, y se les oculta por delicadeza y caridad, aparte de por otros motivos. Lo exige la deontología médica, y aun la más elemental deontología y la prudencia ordinaria. Las indiscreciones en este punto son tan censurables como en otra multitud de materias. Ya se sabe lo que exige el secreto profesional, que es una ley de nuestra vida; secreto profesional que más ó menos á todos nos obliga, aun cuando haya profesiones en que se presenta con mayor frecuencia y apremio que en las demás. El que por no guardar las conveniencias dichas dejase de observar tales secretos profesionales (pensemos en el confesor, el médico, el abogado, el industrial, el prestamista, el jefe militar, el policía, el juez, etc., etc.) caería con razón en el desagrado, la censura y la repulsa de las gentes, lo mismo que caen por análogos motivos quienes, descocados ó cínicos, no saben ó no quieren contenerse en la manifestación ilimitada de sus juicios.

No se puede ni se debe hacer ni decir cuanto á uno le plazca. ¡Oh, Dios mío, si así fuese! Pero las gentes, que no se avergüenzan de recibir alabanzas inmerecidas, ni tienen una palabra de protesta contra ellas, se ofenden y se irritan ante las

censuras que se les dirigen, aunque estén muy puestas en razón. No sufrimos siquiera que nos digan una «verdad amarga»; ya procuramos entonces sincerarnos y defendernos á toda costa, aun apelando á subterfugios y tergiversaciones. El resultado de la censura ó el reproche es á menudo contraproducente; y esto aun en el mejor caso, cuando aquéllos buscan tan sólo corrección y mejoramiento, cuando van inspirados en loables propósitos. ¿Qué hemos, por consiguiente, de decir del caso contrario, frecuentísimo, de aquel en que se publican las faltas ó defectos de alguien con el exclusivo fin de herirlo, de mortificarlo y ponerlo en evidencia ante los demás? En semejantes ocasiones, vale más, creo yo, no darse gusto á sí mismo, desahogándose, que molestar al prójimo y envenenar más la vida, ya harto envenenada. Demasiado vivimos y hemos vivido en lucha y en pelea, en ofensas y recriminaciones recíprocas; no estará de sobra introducir un poco de paz, de indulgencia, de suavidad y tolerancia para con los otros, aun sacrificando una parte de la fiera y egoísta arrogancia personal, que á menudo decoramos con otros nombres más agradables á nuestra vanidad menguada...!

La reserva de juicios y palabras es una de las más severas exigencias en la sociedad civilizada. Se requiere, dentro de ella, guardar mucha discreción y mucha cautela, para no herir susceptibilidades y no causar injurias ó daños de otra especie. Sólo así se hacen posibles las relaciones de amistad, las confidencias, los puestos de confianza... «En la boca de los niños y de los borrachos está la verdad», suele decirse. Y es que los borrachos y los niños son indiscretos é inoportunos, y carecen de aquella inhibición que no debe faltar nunca á los adultos y á los hombres normales y dueños de sí. Una sociedad de borrachos y de niños, ó en la que todo el mundo se condujera como los niños y los borrachos, diciendo «cuanto se les viniera á la boca» y haciendo no más que su santísima voluntad, no sería una sociedad civilizada, si es que acaso era posible que existiese de algún modo. En la sociedad civilizada

predomina la inhibición. Es una sociedad donde hay que contenerse, moderarse y reprimirse mucho. Hay que tener muchas veces cara de pascuas, aun cuando por dentro esté uno irritado ó poseído de intensa tristeza. Hay que hacer á menudo de tripas corazón, envalentonándose el cobarde, mostrándose esperanzado ante los demás el pesimista, alentando el desconfiado á empresas de cuya eficacia él mismo duda, ó en las que no cree. Hay que ser complaciente, obsequioso, hasta adulador, con el enemigo ó con personas á quienes uno no puede ver con buenos ojos. Hay que callar lo que está pugnando por salir de la boca, ó, al contrario, decir y aparentar lo que no se siente ni se tiene. Hay que simular unas veces y disimular otras. Hay que ser falso é hipócrita, y no creo que haya nadie que, en mayor ó menor grado, no lo sea. ¿Quién no ha procurado y sigue procurando alguna vez engañar á los demás, ocultando cuanto le es posible sus defectos, ó las cualidades y actos que le parece afean y censuran otros, ó bien haciendo ostentación de condiciones de que en realidad carece: sabiduría, poder, riqueza y vigor, pobreza y desvalimiento, cuando el desvalimiento y la pobreza pueden ser la base de algunas ventajas?

De la discreción aludida pueden prescindir menos que nadie acaso las autoridades. No hay autoridad que no se calle muchas cosas. A menudo, no sólo las callan, sino que las desfiguran, y mienten como cosa que lleva consigo el cargo. Los hombres de gobierno dicen con suma frecuencia las mayores mentiras, pero como por exigencia indispensable y tratando con ello de hacer un beneficio general. De aquí lo laxo y tolerante de la moralidad pública, donde se permite y aun requiere lo que no se consiente por lo regular en el campo de la moralidad privada. Autoridad que sin recato alguno pusiera al descubierto todas las interioridades de su departamento, y que no se escudase, al ser interrogada por ellas, con la coraza de la discreción que el cargo impone, ó contestando con medias palabras y frases ambiguas, ó diciendo la verdad legal y oficial, pero

callando la verdad verdadera, tan distinta casi siempre de la otra, ó alegando su condición de subordinado que tiene que cumplir las órdenes de su superior, aun creyéndolas desacertadas, no podría sostenerse en su puesto un solo día. Hay en esto un cúmulo de cosas, de consideraciones, de intereses sociales, que impiden, con mayor intensidad que en otra alguna esfera acaso, pagar tributo incondicional á la verdad escueta. Todo gobierno se alimenta, á mi ver, quiérase ó no, entre otras cosas, de mentira, porque sin mentira no puede haber sujeción ni dominación. Todo el que manda y gobierna, sea en la esfera que quiera, calla unas veces la verdad, la tergiversa ó desfigura otras, y dice y hace á todas horas cosas que no siente ni le parecen bien.

Civilización, falsía, fingimiento, artificio, esclavitud, mentira, son, á lo que parece, por el aspecto que aquí se trata, términos sinónimos; ó, más bien, lo son todos ellos de este otro: vida social. No hay vida social sin mentira: como que de la mentira se alimenta. Cuanto más acentuada é intensa sea esa vida, es decir, cuanto más civilizada, cuanto más refinada, tanto más dominará la mentira en ella. Los círculos sociales del «gran mundo», por ejemplo, son, como es bien sabido, los en que mayores convencionalismos existen. Igual hay que decir de las clases «altas», en general, con relación á las bajas, y de la vida urbana ó civil (de las ciudades), con relación á la vida rural. En los campos y en las clases sociales «inferiores» se vive más «al natural», más cerca de la verdad primitiva y verdadera, sin los *requilorios* (como allá dicen) de la civilización; pero también más toscamente, más bárbaramente. Un individuo «bien educado», fruta que no se da sino en plena civilización, significa generalmente un sujeto fino, pulcro, en ocasiones meloso inclusive, que con todo el mundo vive bien, que á todos saluda y á todos da la razón ó á ninguno contradice ni se la quita; que no hiere jamás, y si lo hace no es con palo ni palabras gruesas, sino con guante, con puñal riquísimo y perfumado, con ironía delicada... Pero así lo queremos nosotros y así exi-

gimos que sea, y entre un individuo como él, educado, de buenas maneras, cortés y gentil, aunque sus procederes no sean muy leales, sino al revés, ladinos, y otro que muestre las cualidades contrarias, por ejemplo un buen labriego, apenas hay necesidad de decir de qué lado caen nuestras preferencias. La tosquedad del último se nos hará insoportable; el trato con el primero nos parecerá agradabilísimo.

De los productos de la civilización, uno de los más delicados es el arte. Y el arte consiste casi siempre en alterar la verdad. Los productos artísticos son por más de un concepto ficticios: no ya tan sólo por ser artificiales, y no hijos espontáneos de la naturaleza y sus energías, sino porque con ellos se busca de propósito el desfigurar ésta. Un arte que se limitara á copiar escuetamente los productos naturales, tal y como ellos son, con la parte bella y buena que presentan, lo mismo que con la mala y fea, no sería arte, ni nadie lo resistiría, ni lo tendría por tal. El arte más verista, realista ó naturalista falsea. Ni en el teatro, ni en la novela, á pesar de la verosimilitud que á las respectivas obras se exige, toleramos el naturalismo crudo, no obstante toda la verdad que en él haya. Igual sucede con los trabajos literarios de otra índole, con los cuadros pictóricos, las estatuas y demás productos de las bellas artes. Nos repugna ver en ellos ciertas cosas, que se dan, sin embargo, harto frecuentemente, en la realidad, pero que creemos debe cubrir el artista, cuya misión suponemos que consiste precisamente, fuera de otras cosas, en eso: en presentarnos no más que el aspecto agradable de la vida, el que nos deleite y produzca emoción estética, prescindiendo de todo otro. Decir arte es decir labor de artificio, de arreglo, adobo, desfiguramiento, ilusión, engaño. Y atribuímos la cualidad de artista, celebrándola como un mérito que nos seduce, al que, no ya sólo en la materia llamada estrictamente artística, sino en su vida toda ó en algún orden particular de ella, se conduce de manera análoga. La habilidad, aun para lo más malo, es objeto de nuestras preferencias. Y así estamos acosados por co-

rrientes de artificio, que no nos desagradan, sino muy al contrario, por todas partes. El adorno y el embellecimiento corporal de la persona, el de la mesa, el de la habitación y el dormitorio, para que nos produzcan sensaciones placenteras, que tienen muy á menudo base ilusoria, son formas de artificio, contrario al puro y verdadero imperio de la naturaleza. Nuestra conversación y nuestra escritura están llenas también de manifestaciones semejantes. ¿Y en la industria? Los objetos «bien presentados» *aparentan* mucho más que sin esa «presentación», y se venden mejor y más caros. Y la buena presentación suele ser falsía y artificio; es el mueble chapeado, el objeto hueco que se da como macizo, la píldora dorada para que se trague sin el menor reparo ni escrúpulo.

Cuando hablamos despectivamente de las mentiras convencionales de la civilización, no nos hacemos bien cargo, me parece á mí, de que tales mentiras son probablemente indispensables, porque no hay civilización sin mentira. La mera acción de presencia es ya suficiente para modificar nuestros impulsos y tendencias nativas, nuestra ingénita condición, nuestras palabras, nuestros propósitos, nuestros actos. Desde el instante en que nos encontramos en presencia de alguien, ya empezamos á ceder algo de nuestra independencia, á hacer concesiones; ya entonces no nos conducimos igual que cuando estamos completamente solos, ó que nos conduciríamos si fuésemos los únicos seres del mundo. Entramos en tratos é inteligencias, más ó menos tácitas, con los individuos que nos ven ó con los que pueden fácilmente vernos, juzgar nuestra conducta, exigir algo de nosotros. Comienza la inhibición, la moderación, la prudencia, las reservas mentales. Deja uno de ser todo de sí mismo para ser algo de los demás. Y esto ocurre con la mayor parte de nuestra vida. Ni en su propia casa (ni aun en su propia habitación íntima) es uno un rey; siempre sacrifica algo de su individualidad propia en aras de los otros. Nos vestimos y nos peinamos pensando en los otros, y no hay que decir si pensamos en ellos cuando hacemos otras cosas que

el mundo ha de ver; por ejemplo, cuando escribimos para el público. Difícil es que conservemos entonces nuestra total entereza, nuestra sinceridad, nuestra independencia. No la conservamos tampoco en el seno de la familia, que es la sociedad más adherida á nosotros, aquella cuya comunidad de vida requiere mayor lealtad, donde parece que no deberían consentirse engaños ni ocultaciones de unos miembros para con los demás. Sin embargo, los hay. No mostramos enteramente al descubierto nuestro pecho al otro cónyuge, á los padres, á los hijos, á los hermanos. Por muy cordiales que sean las relaciones entre los componentes de la familia, hay en todo caso algo que no se comunica, un remanente reservado, algo que se cuida de poner aparte, como en un cofre cerrado á las miradas indiscretas de los compañeros. Siempre, siempre, es uno, más ó menos, un secreto impenetrable para con los otros. No se explaya ni se confiesa uno totalmente y con sinceridad absoluta con parientes ni con amigos. Uno es siempre uno, inconfundible, incomunicable, inidentificable con cualquier otro: es siempre un engañador de aquellos con quienes se relaciona.

Si en las relaciones más privadas acontece esto, ¡calcúlese lo que ocurrirá en las que ya no lo son tanto! A medida que crece el número de personas, en presencia de las cuales creemos hallarnos cuando hablamos ó cuando obramos, crece también nuestra propensión al engaño y la falsía, crece la facilidad y no sé si diga también que la necesidad de ella. El desarrollo de los medios de publicidad y de comunicación es aquí un factor de grandísima fuerza. Ese desarrollo nos va haciendo más y más cosmopolitas, más y más ajenos á nosotros mismos y más esclavos de los demás, en cuyo océano inconmensurable de opiniones, de juicios, de exigencias mentales disolvemos casi entera nuestra propia personalidad, quedándonos con escasa cantidad de ella. Cuando sabemos que nos escucha un público numeroso, en el espacio ó en el tiempo, no obramos igual que cuando este público es escaso; sin embargo, lo mismo en un caso que en el otro nos dejamos arrastrar por el deseo de

contentar al auditorio, y procuramos satisfacer las peticiones ó la espectativa de los oyentes ó lectores, dándoles lo que piden, aun con peligro (frecuente) de engañarles y de «darles el pego». Nuestra sinceridad padece entonces gravemente; no nos presentamos tal cual somos; no obramos con lealtad; no desnudamos nuestra alma ante las gentes, entregándosela tal cual es, por completo. De aquí provienen tantos desengaños como á veces sufrimos cuando á personas de quienes vivimos muy alejados les juzgamos por sus discursos ó escritos: al acercarnos luego á ellas y ver un poco cómo son, nos coge un gran desencanto.

Todo lo dicho me parece que obliga á ser un poco más parsimoniosos de lo que solemos serlo en nuestras censuras del convencionalismo social, de las llamadas «mentiras convencionales» de la civilización. Esta última no puede existir, como no puede existir acaso ninguna especie de vida social, de vida común entre los hombres, sino á condición de ser ella un tejido de mentiras y de convenciones, de «valores entendidos». Lo que hay es que, regularmente, nos fijamos sólo en algunos de éstos, y no en todos; nos fijamos, v. g., en los de más bulto, ó en los que tales nos parecen á nosotros, y los anatematizamos. Pero nuestra autoridad es muy escasa para lanzar semejantes anatemas, porque nosotros, que lamentamos ciertos convencionalismos en que intervienen los demás, practicamos á nuestra vez otros muchos. Es muy general la censura, v. g., contra los convencionalismos del Parlamento, y aun de toda la política; se califica á ésta de comedia; se truena contra las transacciones y acomodos que constituyen su sustancia y contra los efectos engendrados por tales factores; se lleva muy á mal que en los pasillos de la Cámara se hable de un modo y en el salón de sesiones de otro distinto, convirtiendo ambas cosas, respectivamente, en conversación de entreactos y entrebastidores, y en representación ante el gran público desde el proscenio. Pero los que así hablan, hablan así porque no son políticos (si es que no lo hacen despechados porque no consiguen me-

terse en la «sentina» de la que tantas pestes echan). Si fuesen políticos, ya se convencerían de que en la política hay que hacer lo mismo que en tantísimas otras cosas hace todo el mundo; hay que transigir, recomendar, entrar en tratos y componendas, atender las indicaciones del jefe ó los ruegos del correligionario, sacrificar algo para que á uno le den algo... Y el único modo de no hacerlo así es no meterse á político, y dejar que otros hagan lo que tan mal nos parece. Pero para conservarse completamente ileso y puro, no habría otro remedio que seguir en todo una conducta idéntica, ó lo que es lo mismo, renunciar á todo género de vida social.

Yo no veo salida para el problema. La vida social se alimenta fundamentalmente del engaño. El que quiera hacerla no puede ser sincero ni independiente; tiene que quemar incienso en el altar de la mentira; se constituye en esclavo de las exigencias sociales que se llaman leyes, costumbres, reparos, conveniencias, cortesía, maneras... todo lo cual conspira contra la verdad seca, que podríamos decir, contra la verdad radical é irreducible. Y de no hacerlo así, dejar la vida, escapándose de ella.

No me convence tampoco la solución de los que preconizan la vuelta á la naturaleza. De ser esa vuelta posible, que quizá no lo sea, porque no es igual la rusticación que el retorno á un estado presocial; de ser ella posible, no lograríamos otra cosa sino una repetición del mismo proceso hasta ahora seguido. Se recomenzaría á hacer concesiones, tan pronto unos individuos se encontrasen con otros semejantes suyos y empezasen á hacer vida común con ellos. La civilización iría inevitablete echando raíces otra vez, y otra vez iría tramando el ambiente de la ficción, de la mentira y del dolo, que sirve de soporte y de alimento á la vida social. Un ciclo sucedería á otro ciclo, pero sin cambiar de naturaleza.

¿Cómo salir de este *in pace?*

P. Dorado

LAS ÚLTIMAS NEGOCIACIONES

DE

MATRIMONIOS REGIOS ENTRE INGLATERRA Y ESPAÑA

EN 1623

I

Para realizar todo alto fin humano, es dón del talento saber aprovechar con oportunidad las circunstancias favorables, pues no suelen repetirse con frecuencia. Dos momentos supremos se han presentado en la historia moderna para haber podido rehacer el edificio de nuestro porvenir, convirtiendo una política históricamente sistemática de inhábil reacción y desprovista de pensamientos nacionales, en política esencialmente nacional, progresiva y reparadora. ¿No es ésta la política que ha distinguido á los pueblos que, mientras España ha estado en constante disminución de iniciativas, de fuerzas y de poder, ellos se han engrandecido? Aunque entre uno y otro momento crítico de los que aquí se denuncian mal podría encontrarse una escrupulosa analogía, pues en la historia tampoco se repite nada de un modo absoluto, los puntos de comparación existen, á pesar de que, con la diversidad de los tiempos, las ideas, los medios y las circunstancias siempre cambian, y de que toda nueva situación requiere las formas nuevas que le son adecuadas. En las dos situaciones históricas que marcan los puntos de partida para una completa regeneración, por nuestra parte ejercen una influencia de gran peso, con relación á la marcha

general de la política, cuestiones de índole matrimonial, que en materia de Estado nunca pueden concretarse á cuestiones de índole puramente doméstica, y, ¡coincidencia particular!, en una y otra ocasión estas cuestiones se liquidan para España en Inglaterra. El primero de estos momentos, de que aquí vamos á ocuparnos, se refiere á los principios del siglo XVII, en que comenzó nuestra decadencia nacional. El segundo se resuelve en estos mismos instantes.

Comparar la España de hoy con la España de los tres Felipes consecutivos de Austria sería tocar los límites de la paradoja. No hay, en efecto, entre las dos Españas, términos de comparación. Pero lo mismo, aunque en sentido inverso, ocurre con Inglaterra. La Inglaterra de los comienzos del siglo XX, tan poderosa, tan sabia, tan opulenta, no es la Inglaterra que dejó á su muerte la reina Isabel á la herencia del hijo de su rival, María Estuardo, Jacobo VI de Escocia, aunque con la política de aquella mujer, también admirable, y la unión de las dos grandes coronas insulares, coincidiera el principio del engrandecimiento colosal de la Gran Bretaña con el principio de la colosal decadencia del imperio español en el mundo. España entonces se hallaba en la cúspide de su grandeza política. Disfrutaba toda la soberanía del solar ibérico en la posesión de su antigua monarquía y la de Portugal. Súbditos de su corona ó dependientes de su poder gobernaban en el resto de Europa otros cinco Estados. Ocupábamos militarmente una gran extensión del litoral africano, y casi exclusivamente éramos los árbitros de América, cuya navegación facilitaban los archipiélagos lusitanos del Atlántico, además de su importante imperio colonial del Asia, en cuyos términos orientales las naves españolas que seguían tenaces sus derroteros de exploración, se perdían en la inmensidad de todos los mares aún no conocidos. ¿Cómo, entonces, no se nos había de considerar como los árbitros del mundo?

El rey Jacobo VI de Escocia lo consideraba así. La reina Isabel de Inglaterra, llegada á los términos de su vida, sin

haber contraído matrimonio, ni haber tenido sucesión por lo tanto. El recuerdo de la larga prisión y el suplicio de Fontheringay le hacían desconfiar de que la soberana, que tanto había hecho prosperar y engrandecer sus Estados, le designara como sucesor de ellos, y dominado por sus pensamientos, puso gran esmero en averiguar los propósitos que España tenía respecto á aquella herencia en perspectiva, cuidando á la par de hacerse de su partido al rey Felipe III de España, para que le apoyase en su pretensión de obtenerla para sí. La dificultad mayor para entenderse con el rey católico provenía, no sólo de la mucha cautela de su ánimo, sino de los embarazos que dentro de sus propios Estados le creaba un partido bastante numeroso y con hondas raíces en la opinión general, que repugnaba todo vínculo de unión entre las dos coronas de Inglaterra y Escocia, bajo el temor de que ésta fuese absorbida y anulada por aquélla. Mas por encima de estas consideraciones, de orden interior, que él se congratulaba de poder dominar por sí solo, puesta su vista en los pretendientes que hacían valer sus derechos para una herencia tan apetecida, para que el rey católico obstruyera á su vez con su influjo los avances de cualquier otro candidato, los caballeros de Escocia enviaron agentes á Valladolid, adonde se había trasladado la corte, en unión de otros caballeros de Irlanda, los cuales ofrecieron á Felipe III y á su ministro, el duque de Lerma, ciertas condiciones á cambio de sus auxilios, que hoy parecerían hasta inverosímiles de no testificarlas nuestros documentos de archivo (1). Entre estas condiciones se hallaban la de abrir, de

(1) Es imposible hacer aquí una enumeración de los fondos de Estado en que se halla dispersa la copiosísima documentación de las negociaciones políticas y matrimoniales entre España é Inglaterra de 1603 á 1624. El *Archivo Histórico Nacional*, en que se encuentran todas las Consultas al Consejo de Estado; Simancas; la Biblioteca Nacional, en su Sección de Manuscritos; la de S. M. el Rey, que posee en una parte de la correspondencia particular del Conde de Gondomar cartas autógrafas interesantísimas del Príncipe de Gales (Carlos I de Inglaterra); la Real Academia

acuerdo con los católicos de Irlanda, sus puertos á las escuadras españolas para que intentaran desde ellos un golpe sobre Inglaterra; costear en la Península y en Flandes fundaciones y colegios, como los que disfrutaban los irlandeses, para sesenta jóvenes de las primeras familias patricias de Escocia y para ciento cincuenta de las de calidad inferior, y hacer otros sacrificios análogos á compás de las exigencias del monarca castellano. Los agentes de estas pretensiones eran lord Maxwel, conde de Morton, y lord Lewinstone. Las instancias que para el rey trajeron venían firmadas por el conde de Huntlye, por el conde d'Arrol y por lord Claudio Hamilton, hijo del duque de Chastellerault, todos católicos, y por los presbiterianos el conde de Crawford, el conde de Montrose y lord Forbes. Estos eran del partido que sacrificaba hasta sus creencias religiosas á la exaltación que le producía el sentimiento de la patria independiente sostenido contra Inglaterra.

El rey Jacobo, no ignorante de estas determinaciones, envió por su parte otro emisario para que conferenciara en Roma con el embajador de España, D. Luis Fernández de Córdova, quinto duque de Sessa, el cual, luego que se informó de las pretensiones del monarca escocés, se apresuró á despachar correo á Valladolid con noticia detallada de todo. Ofrecía Jacobo VI, á cambio del auxilio que también demandaba, dar á Felipe III en rehenes al príncipe heredero de sus Estados, el cual recibiría su educación en la Península, bajo el patrocinio del rey de España. Le entregaría, además, algunas plazas fuertes de la banda de Irlanda, y todas las que los ingleses tenían ocupadas en los Estados Bajos. Como remate de capitulaciones, se procuraría casar á los príncipes de Escocia á voluntad del rey católico, aunque Jacobo se proponía,

---

de la Historia; los Archivos del Ministerio y del Consejo de Estado; hasta el Municipal de Madrid, ofrecen un arsenal documentario en tal número y de tal interés, que desconfiamos de que ningún otro asunto español de Estado pueda ser ilustrado con más rico material. El resumirlo, el organizarlo es tarea para años.

desde luego, emparentar indirectamente con Felipe III por medio de la casa de Saboya. Vinieron de Roma, y regresaron de España los correos tan rápidamente como los medios de comunicación por aquel tiempo permitían. Se contestó que en Valladolid serían oídas con interés las demandas de Escocia, dándolas un carácter regular, y poco tardó en presentarse á Felipe un nuevo mensajero suficientemente acreditado, Sir John Graton, barón del título romano de Iunertini, recomendado además al secretario de Estado, D. Juan Idiaquez, á fin de que no fueran estériles ni premiosas sus negociaciones. Favorablemente se le recibió y oyó en la corte castellana; ajustáronse con él algunos puntos de conveniencia y seguridad mutua; y como en los mares del Norte debieron hacerse los preparativos para la empresa, se remitió á Graton con pliegos á Bruselas para los archiduques gobernadores, asistiéndole además con 1.500 escudos para viático. Así andaban estas secretas negociaciones entre España y Escocia, cuando inopinadamente ocurrió la muerte de la reina Isabel.

La súbita exaltación de Jacobo al trono de Inglaterra echó al abismo todos estos proyectos. Catorce pretendientes se disputaban la herencia de aquella corona, é insepulto aún se hallaba su cadáver, cuando, para prevenir otros males, los barones espirituales y temporales del reino, los consejeros de Estado, los lores y señores del Parlamento, el maire y los ciudadanos de Londres se apresuraron á instituir sucesor de la corona al hijo de María Estuardo por medio de un acta solemne. Para Edimburgo partieron al instante, comisionados de llevar la noticia, Sir Charles Persy y Sir Thomas Somerset. Jacobo púsose en marcha al momento con rumbo á Inglaterra, y se presentó en Berwick el mismo día que en la abadía de Westminster se daba sepultura á la reina muerta. Viéronse juntas entonces las tres coronas que aún forman el Reino Unido de la Gran Bretaña; y elevada con esto la consideración del nuevo Estado, vino á pesar de un modo muy distinto en los asuntos generales de Europa.

Así lo comprendió Francia desde el primer momento. Apresuradamente se resolvió á enviar embajada, no tanto por felicitar al nuevo monarca, cuanto para explorar sus intenciones é interesarle en el vasto plan de la política que, como un golpe mortal, concertaba contra España. El embajador á quien Enrique IV confió tan delicada empresa fué Maximiliano de Bathune, duque de Sully, amigo y consejero del primero de los Borbones (1). Llegó éste á Londres en Junio de 1603; presentóse al rey Jacobo, y cumplidas las etiquetas reales, desde luego espontaneó el objeto de su misión. Francia deseaba vivir en alianza con Inglaterra. «La unión política de las dos coronas—decía — bastaría para decidir en la paz y en la guerra de los destinos de Europa; y Enrique IV revolvía en su mente y tenía ya en proyecto un sistema de organización del equilibrio europeo, mediante el cual, conteniendo el poder avasallador de España, se aseguraría la paz á los demás Estados.» El decantado plan del equilibrio europeo, atribuído á este rey, no era sino la máscara con que ante la ambición y los intereses de los demás disfrazaba su propio interés y su ambición. La crítica le ha declarado fuera de los límites del espacio y del tiempo en que la realidad se encierra.

Después de comunicar Sully á Jacobo I las combinaciones europeas en que procuraba interesarle, y para cuya ejecución y éxito tanto le ponderaba la necesidad de la alianza franco-inglesa, penetró en otro nuevo orden de cuestiones, conducidas á despertar un vivo deseo en el ánimo indeciso del monarca británico. Estas cuestiones de índole doméstica se reducían á la proposición de un proyecto de enlaces entre Inglaterra y Francia, mediante el cual el Príncipe de Gales uniría sus destinos conyugales á los de la princesa Isabel de Borbón, y el Delfín se casaría con lady Isabel. Nunca gestión diplomática alguna fué planteada con más hábil destreza ni con mayor

(1) *Œconomies royales ou Memoires de Sully.*

sagacidad. Pero Jacobo I, ignorándolo Francia, tenía pendientes sus compromisos con España: sentía hacia nuestro país seductora inclinación; y si bien su prudencia le impidió descorrer el velo del asunto, estimando la consideración de Francia, en lo de los matrimonios se mostró tibio, adivinando la viva penetración del embajador francés que alguna oculta causa inspiraba aquella frialdad.

Aunque Sully llevó á Londres el encargo de espiar en la nueva Corte lo que España negociara, tuvo que abandonar la capital de Inglaterra en Julio del mismo año; es decir, dos meses antes de la llegada de la primera embajada que Felipe III envió á cumplimentar á Jacobo. Procuró, sin embargo, dejar partidarios del enlace franco-inglés, aunque con este motivo tuvo ocasión de observar que el sentimiento público en Inglaterra, así entre católicos como entre protestantes, se inclinaba á casar los hijos del nuevo monarca, principalmente á su heredero, con una infanta española.

Hiriendo estas noticias su sutil perspicacia, le inspiraron un ardid nuevo con que acabar de explorar el ánimo del rey. En efecto: en unas fiestas celebradas en Greenwich, y á las que fué invitado el embajador francés, Sully, respondiendo á un brindis del rey, bebió por el nuevo parentesco entre Francia é Inglaterra; y viendo que en Jacobo no produjo el mejor efecto su osadía, tornó á hablarle de las deferencias que se complacía en guardarle el rey, su amo, puesto que habiéndole ofrecido el de España la mano de la infanta D.ª Ana para el Delfín, Enrique IV había preferido su enlace con los príncipes de Escocia. Esta pérfida insinuación, que no tenía por entonces fundamento alguno de verdad, picó, en efecto, el amor propio del rey Jacobo. Sully adivinó en su rostro todo el misterio; y al volver á Francia, antes de que se hubiese hablado entre España é Inglaterra nada de matrimonios reales, ya llevó el propósito decidido de aconsejar á Enrique IV opusiera todo el aparato de su poder político para impedir una alianza que inutilizaría por completo los planes concebidos contra España.

«Desde este momento—dice Mr. Guizot (1),—la cuestión de un matrimonio francés ó de un matrimonio español para el Príncipe de Gales quedó planteada en Londres, en París y en Madrid, y la suerte de la política de Europa parecía depender del nuevo rey de Inglaterra, quien se creyó el árbitro por permanecer indeciso.»

II

La primera embajada que Felipe III envió á Londres fué encomendada á D. Juan de Tassis, conde de Villamediana. Además del parabién al rey Jacobo, llevaba misión de procurar se estrechasen las relaciones de amistad entre los dos países, dando seguridad de que nada estaba más distante del ánimo del rey como hacer valer sus derechos á aquella corona, sobre la cual su deseo se reducía á que «Jacobo dejara público albedrío á los católicos con pública y descubierta libertad de conciencia». Si el rey de Inglaterra insistía en sus antiguas ofertas, debía significarle que «sólo la religión abriría camino á las alianzas y casamientos que sobre este fundamento se podrían concluir»; y sobre los demás puntos antes conferidos, decía la Instrucción Real que «importará á su hijo y sucesor mi protección, y si viene á fiar, como puede, que se críe en mi Corte, como será instruído, regalado y acariciado». La última parte de la *Instrucción* que se dió á aquel diplomático se refería á la devolución de las plazas que guarnecían los ingleses en los Países Bajos y en Zelanda.

Villamediana fué recibido ostentosamente en Wintchester, donde el rey Jacobo se le descubrió por entero. Su más grato deseo era la amistad de España; mas, habiéndose engrandecido su corona, sus proyectos sobre la educación y los matrimonios de sus hijos también habían variado. Desde que en la Abadía de Westminster recibió sobre su frente la corona de

(1) *Un projet de mariage royal.*

los Guillermos y Ricardos; desde que en el palacio de Windsor tuvo instalada su familia, y él, por su propia mano, pudo imponer á su primogénito, el príncipe Enrique Federico, la calificada insignia de la Jarretera; en una palabra, desde que real y verdaderamente se sintió poseedor de la ambicionada corona de Inglaterra, su pensamiento en la colocación de sus hijos subió á mayores alturas, fijándose en la infanta española doña Ana María, que cifraba ya en nueve años de edad, para el Príncipe de Gales; destinando la mano de lady Isabel, preciosa niña de siete abriles, para uno de los archiduques, hijos del emperador Rodolfo, ó bien para el duque de Baviera, procurando hallar esposa proporcionada para el príncipe Carlos, nacido en 1600, en la casa de Saboya, entre los hijos de la infanta Catalina Micaela y de Carlos Manuel, duques soberanos del Piamonte.

No llevaba Villamediana instrucciones para meterse en tanto. Limitóse á comunicar á la Corte de España lo que de parte del ministro Roberto Carr, á la sazón barón de Rochester y después de Somerset, le individualizó por escrito Henry Howard, conde de Northampson; y cuando Felipe estuvo enterado del asunto, se dispuso una embajada extraordinaria con más amplias facultades en la persona del condestable de Castilla D. Juan Fernández de Velasco, duque de Frías, que salió de Valladolid para Flandes á postreros de aquel año.

En la pompa, número y calidad de las personas que compusieron aquella espléndida expedición diplomática, fácilmente se echa de ver la importancia de su misión. La Corte de Felipe III había recibido con aura grata las proposiciones de Jacobo. Todos querían formar parte de la comitiva del condestable, el cual llevaba al salir de España el más brillante séquito, compuesto de D. Manuel de Zúñiga, hijo del conde de Monterey; de D. Javier de Cárdenas, segundogénito del duque de Maqueda, y de D. Melchor de Borja, que lo era del de Gandía, todos sobrinos del embajador español. Le acompañaban, además, D. Alonso de Velasco, señor de la Revilla, vee-

dor general de las galeras y armada de España; D. Blasco de Aragón, de la casa ducal de Cardona; D. Felipe de Arellano, heredero del conde de Aguilar; D. Manrique de Silva, portugués, hermano del marqués de Portalegre, y D. Carlos de Sangro, italiano, hijo del duque de Torremayor. A éstos se agregaron en Bruselas, para embarcarse en Dunquerque, otros caballeros flamencos y castellanos y los innumerables oficios y criados de la casa ducal de Frías (1).

La recepción suntuosísima que se hizo en Londres á la segunda embajada española dejó en todos recuerdos indelebles. Celebróse con grandes bailes y festines públicos, y se concertaron ejercicios caballerescos, carreras y cacerías para obsequiar á tan insignes huéspedes. Roberto Carr fué el que, en nombre del rey Jacobo, llevó el hilo de las negociaciones. Después de algunas conferencias, se asentaron como bases preliminares para cualquier suerte de estipulaciones posteriores los capítulos sobre que había de girar la negociación. Inglaterra quería que, á falta de varones en la sucesión del rey Felipe, la infanta D.ª Ana María pudiese optar á la herencia de la corona española con todos los Reinos y Estados que la componían, tomando en tal caso el príncipe su esposo el título de rey de España y, recíprocamente, el de reina de Inglaterra su presunta mujer. Por dote para la infanta, se renunciaban desde luego en ella y en perpetua soberanía los Estados de Flandes, así por carecer de sucesión los archiduques

(1) Hay una *Relación de la jornada del Excmo. Condestable de Castilla á las pazes entre España é Inglaterra*, impresa en Valladolid por los herederos de Juan Iñiguez, en 1603, y otra *Segunda parte de la embajada de Don Juan de Tassis, Conde de Villamediana, al nuevo rey Iacobo de Inglaterra*, impresa en Sevilla, por Bartolomé Gómez, en 1604, que con la *Relación* de la Imprenta Plantiniana, de Amberes, por *Iean Moreto*, constituyen la descripción de los actos exteriores de las dos embajadas españolas á Londres; pero las negociaciones secretas se encuentran en la *Correspondencia diplomática de España con Inglaterra*, en el Archivo de Simancas, y en algunos papeles sueltos de la sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional y de la Real Academia de la Historia (*Jesuitas*).

gobernadores, cuanto por «hallarse malcontentos de su gobierno los súbditos de aquellas provincias». En todo lo demás se observarían las mismas reglas que para los pactos nupciales de la infanta D.ª Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, con el malogrado príncipe Arturo.

Para ir allanando el despojo de los archiduques en Flandes y no despertar en nadie sospechas acerca de los propósitos que animaban al rey Jacobo, éste se comprometía á promover, juntamente con Enrique IV de Francia, el tratado y confederación firmado luego en Hampton-Court, por el cual los referidos monarcas se obligaban á interponer su mediación simultánea con Felipe III á fin de que fuesen reconocidos como vasallos los habitantes de los Países Bajos; y, por último, á activar el de paz, alianza y comercio entre España, Inglaterra y los Estados de las Provincias Unidas, que fué concluído en Londres en Agosto de 1604. Todas las demás concesiones que Inglaterra hacía á España se referían del mismo modo á proteger los derechos de nuestro comercio en los mares del Norte y á asegurar nuestra nevegación en el vasto derrotero de las Indias.

Cuando se concluyó la misión del condestable, túvose por notabilísimo servicio el prestado en Inglaterra, y para allanar en París dificultades en el cumplimiento de los tratados mercantiles, y para comenzar á limar en Bruselas las asperezas sobre el artículo secreto convenido, concerniente á aquellos Estados, continuó el duque de Frías su misión diplomática antes de regresar á España. Desde Bruselas dió el ilustre embajador cuenta detallada de sus actos, y advirtió al rey que la persona que le sustituyese en Londres, «aunque descendiese de puestos mayores, fuese cuerdo y cristiano, informado del mundo y cortes de príncipes, caballero y buen galán con las dámas, espaciado y afable, lucido y liberal», y que «asistiera á las casas y á los festines, donde solían ofrecerse en aquella corte ocasiones de negociar mejor que en las audiencias aplazadas». Por último, en cuanto á los intereses religiosos, que

era inexcusable tarea en aquellos tiempos, tratándose de dos países tan contrarios en la materia, el condestable decía: «El designio que tiene el rey Jacobo de casar á su hijo, el príncipe, con la señora infanta, es el medio más poderoso para facilitar esta gran empresa (la vuelta de Inglaterra al seno de la Iglesia católica), por dos razones: la primera, porque tendría justa causa para declararse, sin nota de liviandad y con utilidad evidente; y la otra, porque se aseguraría de cualquier movimiento de los puritanos, los cuales, viéndole unido con V. M., no osarían sentar nada, antes se irían extinguiendo muy aprisa» (1). Júzguense como se quiera hoy estos dictámenes, ello es que el mismo Sully, en sus *Memorias*, no pudo menos de consignar resueltamente que, á pesar de las diferencias de religión, «*la reine et la majeure part du conseil et de la nation, herétiques comme catholiques, desirent, quoique par des motifs différents, que le prince se marie avec une princesse d'Espagne*» (2).

Mientras no se trató sino de intereses morales, ni una voz de oposición se levantó contra aquellos proyectos de matrimonio. La única nación á quien convenía impedirlos y que se obstinaría en estorbarlos por todos los medios era Francia, y Francia acechaba astuta el pretexto y la ocasión con que agitar los Gabinetes en contra de aquel pensamiento. No tardó en ofrecérsele oportunidad, viniendo las armas con que había de herir de muerte el asunto de la misma familia real de España. Antes que el condestable llegase á Bruselas, los embajadores de los archiduques en Inglaterra, Juan de Richardot y el príncipe Carlos de Arembergh, duque de Aesrchoot, avisaron á la infanta Isabel Clara Eugenia del despojo de que estaba amenazada. Media Europa se conmovió ante las lágrimas de aquella mujer. El papa Clemente VIII, el emperador Ro-

(1) *Respuesta á S. M. volviendo el condestable de Inglaterra,* hecha la paz.—(Bibl. Nac., Mss. Número 6949.)

(2) *Œconomies royales.*

dolfo, el duque de Saboya, el duque de Baviera y todos los príncipes católicos de Alemania y de Italia se escandalizaron con las querellas de la hermana de Felipe III. Corrió la voz de los pactos matrimoniales en proyecto por toda la cristiandad, ortodoxa y no ortodoxa, y entonces Enrique IV y Sully aparecieron en la palestra excitando todos los temores y fomentando todas las desconfianzas. Ponderaron al Papa, al Emperador, á los príncipes católicos de Alemania el peligro de que el rey católico enlazase con una familia protestante, en cuya autoridad desde la reina Isabel venía representado cierto vicariato general sobre todas las sectas disidentes. Se describió la cuestión como la ruina del Catolicismo y del Imperio, y nunca como en aquella ocasión parecieron los reyes de Francia más celosos defensores de la unidad de la Iglesia. A Holanda y á los países protestantes, por otra parte, les sobrexcitaba Francia á la vez con el ruido de los propósitos que á la Gran Bretaña podría llevar el hijo de Felipe II, el rey de la Inquisición, de los procesos secretos y de los suplicios ignorados; y tanta era también la solicitud de Enrique IV respecto de estas naciones, que no parecía sino que había transmigrado á él el espíritu de la muerta Isabel de Inglaterra.

Entretanto, y por si la codicia desvanecía al saboyano, Enrique IV le envió agentes que le ofrecieron la mano de su hija para el príncipe Víctor Amadeo, y aun á la misma España mandó sus embajadas para negociar un cambio recíproco de príncipes y princesas casaderas que llegasen á ocupar simultáneamente los dos tronos de San Luis y de San Fernando. Así la campaña diplomática reemplazó inmediatamente á la campaña militar, siendo su agudo ardid en este negocio levantar toda clase de armas extrañas en contra de su rival español, privándole de las que podían amparar su brazo, sin que en tan aleve complot se descubriera la mano que movía toda aquella máquina de intrigas. Holanda estuvo para romper con Inglaterra, y los Estados Bajos á dos dedos de confederarse con Holanda. El duque de Saboya se encerró indiferente en la

reserva. El Papa, el Emperador y el bávaro menudearon sus instancias al rey Felipe para hacerle desistir de los enlaces con los Estuardos; para que volviera los ojos hacia los de los Borbones ó destinase la infanta para la corona del Imperio, y, en fin, para que desagraviara á los enojados archiduques, gobernadores de Flandes, confirmándoles en la posesión absoluta de aquellos Estados, que les fueron concedidos al casarse por su padre el rey Felipe II.

Ni el duque de Lerma en Madrid, adonde ya se había trasladado de nuevo la corte de España; ni D. Iñigo de Cárdenas, que se hallaba de embajador en París; ni el condestable, aún en Bruselas, pudieron penetrar la bien combinada intriga de Francia, de los archiduques y de Roma. Tampoco en Inglaterra se penetraron de esta trama. Solamente se notó un súbito enfriamiento en las relaciones diplomáticas de España, á pesar de la obsequiosa amistad que en la corte de Londres se dispensaba á nuestro embajador, el marqués de Flores-Dávila, cuya esposa tan prendada estaba del príncipe Enrique Federico, que escribía «*era el más lindo que se puede pensar*». Felipe III, débil de carácter hasta un punto inconcebible, sin saber cómo faltar al compromiso pendiente con Inglaterra, y asediado en contra de este matrimonio por toda suerte de influencias, vacilaba en tomar una última resolución. Refugiábase para con Jacobo en la religión y sus exigencias, y el rey de Inglaterra, á su vez, se defendía con las estipulaciones firmadas entre Carr y el condestable. En estas perplejidades, mandó el de Austria al secretario Aróztegui que se enviase al marqués una instrucción secreta sugerida por las indicaciones de Roma, y éstas atizadas por Francia, para conferirse con el príncipe, al cual debía hacer entender la necesidad de que abrazara el catolicismo, ofreciéndole que en haciendo esto tendría en su mano, y para sus propias cosas, todas las fuerzas de España.

«En llegando á estar de acuerdo, añadía la Instrucción, en tal secreto el príncipe y el embajador, éste le preguntará qué

prendas dará de lo que le toca, y las que querrá que se le den acá», avisando Flores-Dávila al instante de lo que pidiese, para que se le enviara sin falta; y estando estas prendas dadas de una parte y de otra, «precediendo en todo la licencia de Su Santidad, que era necesaria y forzosa», se escogería uno de dos caminos para la pronta realización del enlace: «ó pasarse acá el príncipe, seguro de la buena acogida y efecto del matrimonio, *viniendo católico*», ó declarar paladinamente en Londres que, para casarse con la infanta de España, en lo que había hecho resolución absoluta, tenía propósito de volver al gremio de la Iglesia católica. Entre estos dos medios Felipe III prefería el segundo, tanto «porque arguye valor, conserva la justificación y gana crédito», cuanto porque desembarazaba á España «de la falta de justificación que se nos podía atribuir en la salida del príncipe á hurto de su reino». De las vicisitudes que el asunto ofreciese el embajador debía dar cuenta á Madrid, despachando correos para España, sin duelo, para que se respondiese aprisa, viniendo éstos por París á Bruselas para mayor disimulación, y sin dar aviso ni aun á Roma, «porque en Roma no guardan bien los secretos» (1).

Con qué profunda pena supo el príncipe estas decisiones, no hay para qué ponderarlo. Lo que se le proponía estaba fuera del círculo del honor. Por menores temeridades era fama que, en España, el príncipe D. Carlos se había hecho merecedor de la indignación de Felipe II, su padre. Algo del doloroso secreto llegó á trascender al rey Jacobo; el cual, por otra parte, hallábase alarmado con las noticias que los embajadores de la señoría de Venecia sabían y divulgaban por todo Londres, de que entre la corte de la reina regente de Francia, María de Médicis, y la de Felipe III de España, adelantábanse muy aprisa otros convenios del mismo orden, que dejaban anuladas las negociaciones con Inglaterra, siendo el alma de

(1) *Puntos para la instrucción secreta del marqués de Avila, Don Pedro de Zúñiga.* (Arch. de Simancas.)

ellas el mismo Paulo V, por medio de su legado en Madrid, monseñor Antonio Gaetano, arzobispo de Capua, y Cosme de Médicis, gran duque de Toscana, que fué el primero en provocar estos conciertos con su embajador conde Orzo d'Elzi.

No eran inexactos estos rumores. El 30 de Abril de 1611 se firmaron en Fontainebleau, por Nicolás de Neufville, marqués de Villeroi y por D. Iñigo de Cárdenas, los preliminares para los matrimonios franco-españoles. De manera que cuando, en Julio del mismo año, llegó á Madrid sir Charles Cornwallis, embajador del rey Jacobo, todas sus gestiones fueron ya infructuosas; pues Francia, dispuesta á impedir por todos los medios la alianza de España con Inglaterra, llevaba á todo viento sus negociaciones, decidida á no dejar al católico un momento de respiro. La indignación del rey de Inglaterra contra España fué vehemente. Jacobo se desató en ultrajes y sangrientos sarcasmos contra el rey Felipe. Recordando el papel que la reina Isabel le había dejado de cabeza del protestantismo, reanudó sus relaciones con todos los Estados disidentes, pensando en una alianza que le vengara, á costa de España, de la conducta de un monarca débil é irresoluto. De estas alianzas resultó el enlace de su hija lady Isabel con Federico, conde palatino del Rhin, el cual pretendía colocarse, como había estado colocado su padre, á la cabeza de toda la Liga protestante. Todavía, juguete de Francia, hubiese casado Jacobo á su primogénito, Enrique Federico, con la princesa Cristina de Borbón, si antes de llegar á término los comenzados conciertos no hubiese muerto en Richmond, en la flor de la edad, aquel hermoso príncipe, cuyas bellas prendas de carácter habían recomendado cuantos españoles de nota tuvieron ocasión de conocerle en Londres.

Casi con esta sensible pérdida coincidieron las solemnidades reales con que se proclamaron en París y en Madrid y se celebraron en Burgos y en Burdeos los desposorios de los príncipes franceses y españoles. En efecto, el 26 de Enero de aquel año se verificó un gran Consejo en París para la aprobación de

las estipulaciones matrimoniales; el 25 de Marzo, Henry de Loraine, duque de Mayenne, de la sangre real, con suntuosa pompa, condujo al embajador español desde su posada al Louvre, donde el canciller Brulart de Sillery, en presencia de la corte entera, hizo la solemne proclamación de las dobles bodas, y en 22 de Agosto se firmaron los contratos por la reina regente, María de Médicis, ante el vizconde de Puissieux y el barón de Vaucelles, y en Madrid tres días después por el rey Felipe, siendo testigos el duque del Infantado, el de Alburquerque y el de Uceda, el almirante de Castilla y los marqueses de Villafranca y de Castell Rodrigo. Este mismo día llegó á felicitar á los infantes D. Felipe y D.ª María el mismo duque de Mayenne. Con igual misión cerca del Delfín y de madama Isabel de Borbón, cruzó los Pirineos D. Rodrigo de Silva y Mendoza, duque de Pastrana, el cual se encontró en aquella corte en las espléndidas fiestas decretadas por tan fausto suceso. Estas fiestas fueron dirigidas, en unión con los demás príncipes de la sangre, pares del reino, señores y pueblo, por el egregio Carlos de Loraine, duque de Guisa, y por el duque de Montmorency, de la más antigua nobleza (1). Sin embargo, el matrimonio religioso y la entrega de los príncipes respectivos no se verificó hasta Octubre y Noviembre de 1615, por no hallarse los contrayentes en estado núbil.

Todavía flotaban por los aires las nubes de aquellos inciensos, cuando nuevos agentes franceses volvieron á aconsejar á Inglaterra que, hecha la Liga con los protestantes de Alemania y Francia, «rompiese la guerra contra el rey de España, dándole para esto algunas tropas y razones de conveniencia», como dice un ilustre diplomático español de aquel

(1) M. Guizot ha tenido el desventurado gusto de falsificar todo lo que se refiere á este matrimonio; costumbre añeja é incorrecta de los escritores de Francia en lo que se relaciona con España. El legajo 140 de Simancas (Estado), los fondos de la B. Nac.—MM.—números 6.156 y 18.723, y otros muchos documentos de todos nuestros archivos, permiten rectificar los errores del escritor francés.

tiempo (1), «mediante las cuales el rey de Inglaterra se haría señor de las Indias ó de las flotas que fuesen y viniesen, y que por lo menos no podría ninguna entrar ni salir de Sevilla sin pelear con la armada inglesa». El rey Jacobo, pasado el primer ímpetu de la cólera, y herido en el alma por la muerte de su primogénito, lejos de atender aquellos consejos, mandó á París á lord James Hay á felicitar á la reina Ana María de Austria, con orden de ser en aquella corte pródigo y magnífico.

III

Cuando los matrimonios con Francia fueron ya un compromiso invencible para Felipe III, á D. Alfonso de Velasco, en Londres, y á D. Juan de Ciriza, en Madrid, dióseles orden de comunicar, aquél directamente con el rey Jacobo, éste con el embajador británico Cornwallis, que todavía, si los asuntos religiosos se arreglasen, quedaba al rey de España otra princesa, aunque muy niña, con quien Inglaterra emparentara. Era ésta la infanta D.ª María, nacida en 1606. Contaba cinco años cuando el príncipe heredero frisaba en los diez y ocho «y podía ya engendrar». Jacobo opuso esta seria dificultad (2), y continuó en Francia sus gestiones en pro de madama Cristina, cuando en París se concertaba el matrimonio de esta princesa con la Casa de Saboya. Hallóse el rey de Inglaterra solo con las pretensiones del conde palatino, de quien ya lady Isabel se había enamorado, y aunque con alguna oposición en la reina y en la corte, y sólo con satisfacción del partido revolucionario, se dispuso la celebración de aquellas bodas.

Era el conde Federico V hijo del jefe de la Liga protestante contra los católicos. La consideración de su origen y los

(1) El conde de Gondomar: *Despacho á Felipe III.* Nov. 16 de 1619. (*Arch. de Simancas.*—Estado.—Est. 2.590.)

(2) Winwood: *Memoires of State in the reigns of Queen Elisabeth and King James I.*

humos de su nuevo enlace aumentaron su soberbia, lo que dió motivo á disensiones en Londres entre él y el embajador español, que ya lo era el famoso D. Diego Sarmiento de Acuña, después conde de Gondomar. Por todas las condiciones de su posición, educación y carácter, era éste el verdadero diplomático, de antiguo aconsejado para aquel puesto por el condestable de Castilla en la cuenta que desde Bruselas dió á Felipe III de su embajada extraordinaria en 1604. Desde su más floreciente edad, Sarmiento de Acuña se había dedicado al servicio del rey. Después de hallarse fuerte en letras y aleccionado en armas y artes caballerescas, en 1583 tomó á su cargo la frontera de Portugal en las comarcas del obispado de Tuy, riberas del Miño. Al año siguiente defendió aquel punto del corsario inglés Francis Drake. A los veintiséis años era corregidor de Toro. Con el mismo cargo político, Felipe III le trajo á su corte en Valladolid, y cuando este monarca pensó girar una expedición regia á Andalucía, le nombró asistente y capitán general de este reino, de cuyo destino no tomó posesión para ir de embajador á Inglaterra. El 19 de Julio de 1613 se embarcó en Bayona de Galicia con tres navíos de España, y como la ruptura de los matrimonios había causado un descontento general en Inglaterra y cierta animosidad contra nosotros, al llegar á Portmouth, como el gobernador le exigiera saludase á la plaza amainando el estandarte español, no desembarcó sin despachar correo acelerado á Londres, y cuando vino orden real por mano de sir Walter Schutz, mediante la cual se le dieron las satisfacciones pedidas, hechos los honores de su rango con salvas de artillería, pisó entonces tierra, y fué muy festejado, así del gobernador del castillo y vicealmirante de la mar, como del maire de la ciudad. Muy mermada hallló en Londres la autoridad de España, y el pueblo tan inclinado á la guerra (1), que D. Alonso de Velasco,

(1) Mr. Samuel Rawson Gardiner: *Prince Charles and Spanish marriage*, cap. I.

que desde su partida había sustituído á Flores Dávila, y el embajador de Flandes, que salió con el anterior á recibirle, le dijeron que «no duraría seis meses sin que se declarase la guerra entre Inglaterra y España». A los pocos días no sólo Gondomar había presentado sus credenciales, sino comido con el rey Jacobo, «que le recibió con mucho agrado» (1).

Penetrado de su posición, conoció que su primer deber era imponerse, y para ello no desperdició ocasión oportuna, provocando cuestiones de escasa trascendencia en asuntos de pura etiqueta. De aquí acaeció su discusión con el conde palatino. Antes de visitarle, al llegar á la corte del rey Jacobo, cuidó el embajador español de prevenirse lo que correspondía respecto de las cortesías. El palatino resolvió llamarle de vos, y que Gondomar le tratase de alteza, «y, por ser esto tan fuera de propósito», le visitó sin darse por entendido, y hablándole en francés y en tercera persona, «sin llamarle nada». El embajador de Francia le dió el tratamiento que él quería, y, argüído Gondomar de su proceder, contestó: «*El embajador de Francia no me hace á mí consecuencias para nada, ni yo me meto en aprobar ni condenar sus acciones: sólo procuro acertar las mías*». Con esto no visitó más al palatino, y, cuando fué invitado por el rey Jacobo, excusóse, por enfermo, de asistir á las ceremonias oficiales del matrimonio, verificado en el palacio de Whitehall. Acto continuo, promovió con el embajador francés la cuestión de la precedencia en los actos oficiales, con motivo de la llegada del rey de Dinamarca á Londres, y después que salió victorioso de su empeño reclamó contra la presencia de los embajadores de Holanda adonde el de España pudiera asistir, por no estar aquel país reconocido.

Desde los tiempos de Fernando V, la política diplomática de España estaba conceptuada por toda Europa de poco sincera, mañosa y sutil; pero no gozaban de la misma fama nues-

(1) Sarmiento de Acuña: *Carta al secretario Juan de Ciriza*: 5 de Septiembre de 1613.—(Simancas.)

tros diplomáticos. Francia, á fuerza de oro, diligencia y perfidia, había logrado sorprender casi siempre nuestros secretos y entorpecer, como es consiguiente, los proyectos políticos españoles. Pero Gondomar se propuso que los 80.000 ducados que repartían sus embajadores en la corte de Inglaterra para espiar los pasos de España fueran instrumento estéril de sus argucias. La vigilancia y el recato de Gondomar fueron invencibles. En cambio, él logró en breve tener en la mano los secretos de los demás Gabinetes. Todos los grandes señores católicos de Inglaterra buscaron su amistad, y él la aceptó bajo el amparo de mistress Drummond, la amiga y confidente de la reina Ana de Dinamarca. Sus grandes maneras, su bizarro porte, su reposada finura, su esmerada atención, sus epigramas, su abundante y atractiva locuacidad, sus elegantes galanterías con las damas, los convirtió en otros tantos instrumentos de su influjo. No era posible tratarle sin brindarle afable familiaridad. El rey le reclamaba á su trato íntimo. Hablábanse entonces en latín, y salpicaba sus conversaciones de agudas vivezas. Con las damas gozaba Gondomar tal crédito de galán, aunque no mozo, que cuando hacía visitas públicas salían á las ventanas á verle pasar y saludarle. Todo Londres, en sus diferentes clases sociales, se había convertido en su confidente oficioso, excepción hecha del partido popular puritano, que le odiaba por extranjero, por español y por católico. Él con unos se mostraba espléndido, con otros abierto, y esto era en él una nueva forma de su exquisito disimulo. Con tales dotes, pronto se posesionó del ánimo del rey Jacobo; se hizo capaz de su posición verdadera; destruyó las maquinaciones de los enemigos de España, y, si en Madrid hubiera habido al lado de Felipe III un ministro que correspondiera á la habilidad de aquel embajador, otros habrían sido en aquel siglo y los siguientes los destinos de nuestra patria. La clave de la política europea se hallaba entonces, sin saberlo Jacobo I, en la capital de su Reino. Allí se la disputaban Francia y España. Ésta tuvo un Gran Capitán para aquella empresa diplomá-

tica, como dos siglos antes le tuvo para las militares de Italia; pero el antiguo Gonzalo de Córdova descansaba en la política y el corazón de un gran rey, Fernando V de Aragón, y Gondomar no tenía detrás de sí en España sino al inexperto duque de Lerma y al pusilánime Felipe III.

Dos meses después de su salida de España, Gondomar, en una misma fecha (5 de Septiembre de 1613), escribía al rey dándole cuenta del estado de Inglaterra; al valido duque de Lerma relatándole su viaje, y al secretario Juan de Ciriza sobre intimidades de amistad. Desde el primer momento fué de parecer que convenía dar oídos á las pretensiones del rey Jacobo sobre el casamiento de la infanta D.ª María con el serenísimo Príncipe de Gales. Catorce años tenía éste, ocho la hija de Felipe III, y harto tiempo quedaba por delante para buscar el equitativo acomodo de los tratos. Propicia disposición halló la indicación del embajador en el ánimo del rey; aunque cediendo al ciego error de aquel tiempo, después de las consideraciones políticas de un orden superior que le planteó tan avisado ministro, siempre se fijó más en la terca manía de ser en Inglaterra el restaurador de la religión que el centinela vigilante de los intereses políticos de la nación que gobernaba. Así, pues, aunque admitió á nuevas pláticas sobre este negocio al embajador británico sir John Digby, que luego fué conde de Bristol, y aunque á las cartas y demandas que éste trajo del rey de Inglaterra puso Felipe buena cara, con todo, para acallar escrúpulos de su conciencia mandó al secretario Ciriza escribiera á nuestro embajador en Roma, conde de Castro, con el objeto de recabar el parecer de Su Santidad.

Debía el conde de Castro exponer á Paulo V los sumarios antecedentes de la cuestión, al mismo tiempo que las intenciones del monarca inglés, las cuales determinadamente eran que la infanta y su familia tuviesen en Londres capilla y culto católico, y para los católicos ingleses un tácito pacto de libertad de conciencia, que era lo que por entonces pedían los fieles de aquel reino y lo que á su juicio bastaba para acabar en él con

la herejía. La resolución del rey de aceptar en principio lo que el rey Jacobo y su embajador en Londres le proponían, se encerraba en estas frases del mencionado escrito: «Por mi parte—decía Felipe III á Castro y al Papa,—yo estoy dispuesto á hacer todo lo posible por el bien y aumento de nuestra santa fe».

Dos conferencias celebró en Roma el conde de Castro con Su Santidad. En la primera comenzó éste por manifestar la repugnancia que le causaba tratar este negocio. Reservó por entonces su parecer; pero ofreció el secreto, y pedía á Dios inspiración para el mejor consejo. Hubo quien pensó que la deidad en quien Paulo V había de aconsejarse no estaba en el cielo, sino en París. De todas maneras, y aunque dilató algo la contestación, conminado por las instancias del embajador español, que á su vez lo era por las de la corte de Madrid, el Papa no disimuló que aquel matrimonio ofrecía para la cristiandad muy graves inconvenientes. Eran éstos el escándalo que se daría y el peligro en que se pondría la fe casando una infanta tan católica con un hereje. En este terreno puramente moral el daño caería en los hijos que hubiera de aquel enlace, los cuales serían herejes como su padre. Siempre mirando por el bien de la cristiandad, y con absoluto olvido del de España, Paulo V objetó también que aquel matrimonio no podía menos de «abrir la puerta al comercio y á las comunicaciones entre los dos pueblos, cosa muy perjudicial á la fuerza de la religión, cuya unidad sólo permanecía viva en España». Aunque estaba aquí el secreto verdadero de la ruda oposición que se hizo á los proyectos de matrimonio entre Inglaterra y España, el Papa, con sutil política italiana, todavía tuvo un argumento con que impresionar celosamente el corazón del rey como padre. Recordó que en Inglaterra se conservaban en vigor las leyes del divorcio, mediante las cuales aquellos reyes podían disolver los vínculos conyugales en no teniendo hijos. En cuanto á la libertad de conciencia, tácitamente convenida con el inglés, el Papa la estimó de escaso interés.

Comunicó todo esto á España Castro. Los ladinos algo se dieron á discurrir sobre la influencia que en estos dictámenes hubiera podido ejercer la enemiga política de Francia, de quien Paulo V era muy adicto; y en las plazas de la murmuración no se disimuló que era inútil la reserva de Gondomar en Londres si Felipe III mandaba poner en Roma los secretos á merced de los que nos odiaban. Alguien creyó que más acertado hubiera sido, caso de hacer consultas, oir las opiniones nacionales; y Felipe III, que si quería acceder á la de los enlaces no quería cargar su conciencia timorata con la responsabilidad ante Dios, también se agarró á este asidero, convocando una Junta de teólogos que presidiera el arzobispo de Toledo, y promoviendo otra consulta de igual género al Consejo de Estado.

La primera de estas Juntas se reunió el 21 de Septiembre de 1614. El Consejo de Estado emitió dos dictámenes consecutivos, uno el 12 de Agosto y otro el 10 de Septiembre. A qué estado de enervación había llegado el fiero carácter español con la ausencia de la libertad política y el peso del poder absoluto del rey y del Papa, fácilmente puede adivinarse por el abatimiento de espíritu y la falta de valor que transfieren estas consultas. Cuando sobre las diferencias entre España y Paulo IV se dirigió Felipe II á otros teólogos españoles, á aquellos que habían sido la maravilla del Concilio de Trento, todavía existían en España corazones valerosos, alto espíritu de justicia, noble independencia patria, con que sin temor alguno se emitieron las opiniones más libres, consideradas todavía hoy como ejemplos de patriótica energía. Todo aquello parecía acabado. Sin embargo, justo es confesar que los teólogos, en su mayor parte frailes de las diversas órdenes monásticas, mostraron también esta vez alardes de independencia, que en vano se hubieran podido encontrar en las opiniones vagas y ambiguas de los cortesanos y leguleyos de los Consejos. Los frailes y los teólogos ni bajo el punto de la religión siquiera creyeron que aquel matrimonio comprometería la fe en España; antes

por el contrario, los Padres de la Compañía de Jesús fueron de dictamen que con una princesa católica española en el trono de Inglaterra, y con lícita libertad de conciencia, el catolicismo en aquellos reinos insulares tenía cuanto había que apetecer. Los que no se mostraron tan resueltos fueron los políticos y los estadistas, que trataron de obtemperar con todas las opiniones sin decidirse por ninguna. Un solo punto práctico tocaron en sus dictámenes: el del temor de que, desairada segunda vez Inglaterra, se uniera en amistad común con Francia para dañar nuestro poder, y ésta fué la única consideración bajo la que se estimó el asunto digno de ser meditado (1).

Mientras que con estas y otras lentitudes se procedía en Madrid, y en Roma se acumulaban obstáculos sobre obstáculos, Francia y los protestantes tramaron dos intrigas políticas, procurando de que influyesen de la manera más desastrosa sobre el asunto. Los estudios que M. Samuel Rawson Gardiner ha dedicado á la empresa aventurera del famoso navegante sir Walter Raleigh (2), reflejan el rayo más luminoso sobre el verdadero motivo de las aventuras temerarias que llevaron al suplicio á este marino audaz, abriendo un profundo abismo de odios seculares contra la nación que pidió el duro escarmiento de que aquél fué objeto.

Para el conde de Gondomar, á cuya vigilante solicitud nada pasaba desapercibido en su elevada misión en Londres, no fué desconocido desde el primer momento el complot que se tramaba. De todo dió noticia al rey Jacobo, y éste dispuso lo que creyó conveniente para evitar cualquier agravio que pudiera causar el divorcio contra España. Hartas pruebas tenía recibidas Gondomar de las condescendencias del rey para con él. Era notorio que á su intercesión muchos procesados católicos, que tenían la vida al filo del verdugo, debieron el ser

(1) *Consultas del Consejo de Estado sobre los matrimonios con Inglaterra.*—(Simancas, Est. 2.830.)

(2) *Prince Charles and Spanish marriage,* tom. j, págs. 37 á 150.

indultados. De un solo golpe consiguió se perdonara á sesenta sacerdotes que pasaron á refugiarse en Francia. La artillería que el corsario francés Drake tomó en Cádiz y otros navegantes sacaron de nuestras naves de las Indias y de la isla española de Santo Domingo, y cuyo valor ascendía á más de 200.000 ducados, fué devuelta por orden del rey al embajador, quien dispuso embarcarla para Flandes. Sin estas mercedes, otras grandes muestras de su liberalidad recibió Sarmiento de Acuña, que patentizaban, así su celo en servicio de su rey y de la religión, como la consideración y amor que le profesaba el monarca británico. No menos quiso éste revelarle su aprecio en el asunto de Raleigh, sobre el cual se acordó que «antes de la partida diese fianzas de que no pondría pie en tierra que estuviese por V. M., ni haría á vasallos de V. M. el menor daño del mundo», según Gondomar escribió (1), y confirmó al mismo tiempo en Venecia el embajador Lionello en despacho al dux, que decía:—«*Che era firmèmente dal Rè che il Ralé* (Raleigh) *andasse il suo viaggio, nel quale se avesse contravenutto alle sue instruttioni che li sono date, aveva la testa con che pagharebbe la disubbidienza.*»

No se hallaba todavía muy distante de las aguas británicas Sir Walter Raleigh, cuando ya eran notorios en todo Londres, no sólo los pensamientos hostiles que contra las colonias españolas llevaba, sino los motivos de la impunidad con que se jactaba de poder salir en sus empresas. El complot de aquella expedición marítima, que tenía por objeto inferir á España tal agravio que hiciera inevitable el rompimiento, se había urdido en París. Aquel duque de Montmorency, que con el de Guisa dirigió las fiestas reales cuando el enlace de la infanta Doña Ana de Austria con Luis XIII, fué quien llevó el hilo de la conspiración por medio del embajador de Francia en Londres y del secretario de Estado del Gobierno británico, Sir Ralph Winwood. A esto último debió Raleigh la libertad que consi-

(1) Simancas.—Estado.—2.514, 2.550 y otros.

guió, hallándose preso por la muerte dada al conde de Essex, y las promesas de seguridad sobre el pirático proyecto que llevaba de aprovechar «*ogni occasione di ataccare le flotte o li Stati del re catholico, da che ne nascesse non solo la diffidenza tra questa dite corone, ma anco causa di rottura*» (1). El mismo reo, en medio del proceso de que fué objeto, se presentó al rey Jacobo, confesándole la verdad de lo ocurrido, y le decía: «Yo tuve una comisión del duque de Montmorency, almirante de Francia, para ir á la mar, la cual me dió un francés llamado Faggio, que me dijo que el embajador de Francia, Mr. de Maretz, me favorecería con sus cartas para el duque de Montmorency para el dicho efecto» (2). El suplicio de aquel desgraciado, ciego instrumento de la perfidia francesa, causó, en efecto, una gran excitación popular en Londres, que fué explotada por los enemigos de España y del partido de la corte.

A otro hecho de más lamentables consecuencias y de solución más embarazosa dieron también lugar las dilaciones de España, adrede explotadas en Roma y, sobre todo, por Francia. Este país, llamado á promover á España, como representante de la casa de Austria, cuantos obstáculos fueran imaginables para avasallar su poder, hacía años venía fijando su mirada en la sucesión del Imperio, por carecer de descendencia el emperador Matías. No fué Francia pretendiente directa, como en los tiempos de Francisco I, á la corona imperial. Su intento no pasó del afán de la destrucción de aquel cetro. Para esto debía favorecer, por todos los medios, las pretensiones de un príncipe protestante, y procurar ó que la nueva investidura recayese en un hereje ó en un príncipe católico de otra casa que la de Styria. La política dinástica, imperial y católica de España acarreaba á Felipe III los cuidados que celoso puso en la elección del rey de romanos, y luego en la sucesión de las coronas de Hungría y Bohemia. Cayeron estas dignidades,

(1) Il Contarini.—*Relazzioni.* (Venecia; Mss. de Estado.)

(2) *Copia de la carta de Raleigh al rey Jacobo:* 25 de Septiembre de 1618.—(Simancas.—Mss.—Est. 2.597.)

por designación del emperador Matías, en su primo Fernando, hijo de Carlos de Austria, duque de Styria, y de Ana María de Baviera. Mas aunque jurado oficialmente en 7 de Julio de 1617 rey de Bohemia, y un año después de Hungría, los protestantes bohemios, protegidos por el conde de la Thurn, al salir de Praga Fernando para dirigirse á Presburgo, celebraron juntas en protesta contra el quebrantamiento de sus privilegios y por hollarse las leyes de su Constitución. A la insurrección de Praga sucedió la de todo el reino. Los príncipes y ciudades protestantes congregaron nueva dieta en Retenburg, donde ofrecieron la corona de Bohemia al conde palatino del Rhin, que no titubeó en aceptarla, persuadido de que le ayudarían en su empresa la Alemania luterana, la casa de Sajonia-Weimar, Mauricio de la Hesse, Juan Federico, duque de Wurtenburg, Cristierno de Anhalt, los marqueses de Auspach y de Durlac, las ciudades anseáticas, el príncipe de Transilvania, Holanda é Inglaterra, ésta como cuna de su esposa lady Isabel, la hija del rey Jacobo.

Mal podían imaginar los que inflamaron este volcán el número de desdichas que seguirían á un hecho al parecer de escasa importancia; pues aunque desde el principio los mismos coligados dudaron del éxito, ninguno contó con las venganzas imperiales y sus consecuencias. Entretanto Francia, que con su política había contribuído muy eficazmente á aquel suceso, espantada de su propia obra y adivinando sus alcances, al ver encendida la mitad de Alemania en lucha contra la otra mitad, excusó el embarazo de sus cuestiones domésticas para declararse neutral.

No es de este lugar hacer la historia de la desoladora guerra de los treinta años. Basta recordar aquí las complicaciones que sobre los asuntos pendientes en Inglaterra produjeron aquellos sucesos. No aprobó el rey Jacobo las temeridades de su yerno, y sólo ofreció mantenerle en la integridad de sus dominios, para lo cual envió al Palatinado cuatro mil soldados ingleses. Y, ciertamente, había en él más prudencia que en el

conde Federico, en quien tan súbito fué el encumbramiento como rápida la caída. Roto y maltrecho en la batalla de Praga, que libró contra los imperiales, fué despojado de sus Estados, y pronto se vió fugitivo de su patria y proscrito en Holanda. Baviera ocupó el alto Palatinado; España, el bajo; el Emperador y el Papa le degradaron de la dignidad electoral que fué transmitida al bávaro, y por último, hasta la opulenta biblioteca de Heidelberg, tesoro del saber de todas las edades clásicas del estudio, fué saqueada y transportada, parte á enriquecer las de Roma, y parte á que la devorasen las llamas. Entonces yerno é hija volvieron los ojos al rey Jacobo, y éste al rey de España. Hallábase, á la sazón, Gondomar ausente de Inglaterra, agravado de una enfermedad adquirida en los húmedos climas del Norte. Reclamólo de nuevo el rey Jacobo, el cual, por el conde de Bristol, á quien desde el primer momento envió á Viena á negociar con el emperador sobre la sumisión del Palatino, adquirió el convencimiento de que sólo la influencia del rey de España con Austria y con Roma podría sosegar la exaltación de los espíritus. Bristol entonces fué trasladado á Madrid para negociar esta intermediación y para conseguir más resueltamente las diligencias sobre los matrimonios, y de Madrid, á su vez, salió Gondomar para Londres á fines de Febrero de 1617, con ánimo de prestar propicio oído á la negociación. Desde esta fecha hasta últimos de 1622, en que regresó á España, su actividad diplomática fué prodigiosa.

España ofreció intervenir en la cuestión del Palatinado, y Jacobo, en cambio, llevó la cuestión de los matrimonios al Parlamento. Con todo, España no lograba salir airosa de su pretensión, aunque se llegó á ofrecer al emperador no sólo la sumisión absoluta de Federico, sino que en sus Estados en lo sucesivo no se permitiría más culto que el católico. Contra los intereses del Palatino había creado el duque de Baviera los del nuevo electorado que se le otorgó. Este, para sujetar al emperador si flaquease, recordó préstamos hechos al Imperio con hipoteca sobre el ducado de Austria, por valor de doce

millones de florines. Así, pues, nada bastó para que se devolviesen sus Estados y sus derechos al conde destituído: ni la oferta de entregar sus dos hijos en rehenes al emperador hasta que cumplieran veinte años, con obligación de proveerlos al padre de todo lo necesario. La ambición era más grande que la piedad, como se observa generalmente en las acciones humanas.

En Londres, donde cada día llegaban nuevas instancias de lady Isabel y su esposo, á indolencias de España se atribuían las largas dilaciones del remedio. En efecto: sin resolverse nada, llegó el año 1621, en el cual dos sucesos importantes vinieron á cambiar el lento curso de las cosas. Fué el primero la muerte de Felipe III, ocurrida en 28 de Enero; y el segundo la del papa Paulo V, en 31 de Marzo. Con nuevo rey, Felipe IV; nuevo papa, Gregorio XV, y nuevo emperador, Fernando II, hubo esperanzas de que Madrid, Roma y Viena se mostrasen más benignas y diligentes. Jacobo I ordenó á su agente en Madrid, sir Walter Aston, que tratase del casamiento aparte de la del Palatinado; propuso á Viena treguas de quince meses para los asuntos domésticos de Alemania, y á Roma mismo envió de negociador secreto á George Gage, á fin de recabar del Papa la dispensa que el rey de España le anunciaba había pedido y recomendado á aquella corte. En tan satisfactorio estado creyó Jacobo ver las negociaciones, sobre todo desde que los embajadores Bristol y Aston, en 23 de Noviembre de 1622, le escribieron expresando que en su conciencia muy en breve tendrían que dar una cumplida enhorabuena al príncipe y otra á la condesa palatina, que dando libres vuelos á su imaginación y propagando la exaltación de su pensamiento al Príncipe de Gales y á su gallardo favorito el duque de Buckingham, diéronse á meditar una empresa, digna de la ficción de la novela más que de la severa realidad de la historia.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

(*Continuará.*)

CICERÓN Y LOS ESPAÑOLES

XI

A los pocos días, el 7 de Junio, Cicerón, que había renunciado á ir á Malta, marchaba repentinamente al campo de Pompeyo; uníase sin entusiasmo al ejército del Senado: en lo sucesivo, debía compararse él mismo al personaje de la tragedia de los *Siete Jefes*, el adivino Anfiaras, el cual se dirigía con pleno conocimiento de causa, de propósito deliberado, hacia el precipicio abierto ante él. Como llegaba muy tarde, le acogieron con frialdad. Mientras que César, que había sido proclamado dictador, derrotaba en España á los lugartenientes de Pompeyo é iba á Roma para reunir los comicios y despojarse de la dictadura, después de haberse hecho designar para el consulado de 706-48 con P. Servilio Valia Isáurico, el ejército del Senado permanecía casi inactivo.

En Enero del 48, César se embarcaba en Brindisi con seis legiones, pasaba á Iliria y ponía sitio al campamento fortificado que Pompeyo había establecido bajo los muros de Dirraquio. Balbo Menor estaba en el ejército de César; Veleyo Patérculo cuenta la habilidad que desplegó Balbo para llegar hasta Léntulo, á quien perseguía desde hacía mucho tiempo—como se ha visto por las cartas de Cicerón—para entregarle

los mensajes del procónsul de las Galias. «Entonces fué cuando Cornelio Balbo, con una temeridad que pasa de los límites de toda creencia humana, se introdujo en el campo enemigo para celebrar numerosas conferencias con el cónsul Léntulo, que vacilaba sobre el precio que podía poner á su traición. Tales fueron los comienzos con los que aquel joven, que no había nacido en España de un ciudadano romano, sino que era un verdadero español de nacionalidad, se abrió camino hasta los honores del triunfo y del pontificado, y llegó, de simple ciudadano, á cónsul.»

En una carta á Cicerón, Asinio Polion refiere que cinco años después, en 711-43, Balbo Menor, cuestor en España, hizo representar en Gades una *praetexta* en la que se desarrollaba toda su misión cerca de Léntulo; durante la representación, el cuestor lloraba de emoción ante el recuerdo de sus altos hechos.

César no dice nada de la temeridad de Balbo Menor; pero el *De Bello Civili* refiere que aquel joven fué herido durante una de las conferencias celebradas entre los oficiales de los dos ejércitos. P. Vatinio, *legatus* de César, y el pompeyano T. Labieno discutían las condiciones de una paz posible, cuando su conferencia fué interrumpida por una granizada de flechas lanzadas de todas partes. «Protegido por los escudos de su escolta, Vatinio salió ileso; pero hubo numerosos heridos, entre otros Cornelio Balbo, M. Plocio, L. Ticenturiones y varios soldados.»

La falta de víveres apremiaba más todavía al ejército de César que al de Pompeyo; así fué que, tras un descalabro que los sitiados le causaron en una salida, el procónsul de las Galias levantó el sitio y se retiró á Tesalia. Pompeyo partió en su persecución; enfermo y descorazonado, Cicerón permanecía en Dirraquio; no asistió á la batalla de Farsalia. Pompeyo, vencido, huía á Egipto, en donde había de morir asesinado. Cicerón continuaba en Macedonia. Como era el decano de los consulares, le ofrecieron el mando del ejército y de la flota

pompeyana que se encontraba en el puerto de Dirraquio. Se negó, bajo pretexto de que la guerra estaba terminada; Catón hubo de librarle del furor del joven Pompeyo y de las violencias de los pompeyanos y de embarcarle para Brindisi, adonde llegó y se detuvo á fines del 706-48.

En Roma, Opio y Balbo se ocupaban activamente de los intereses de César, que les estaban confiados durante la larga ausencia de aquél; Cicerón escribe desde Brindisi á Atico, el 19 y el 27 de Diciembre del 706-48: «Es preciso que Balbo y Opio sostengan mi causa, que no dejen de escribir á César para confirmarle en sus buenas disposiciones para conmigo; emplea toda tu actividad en hacer que obren en este sentido... Es necesario que trabajes cuanto puedas con los que se interesan por mí y tienen influencia con César, sobre todo Balbo y Opio; que escriban en mi favor de la manera más apremiante... Decide á Balbo á que envíe á César algún correo.»

César ratificaba todo lo que Balbo y Opio decidían en su ausencia. Pero Antonio, elegido como *magister equitum* por César, al que de nuevo le habían investido con la dictadura para el año 707-47, debía hacer que se observasen las severas órdenes dadas por el dictador; estaba prohibida la entrada en Italia á todo el que hubiese formado parte del ejército pompeyano; todo lo que Antonio consentía en permitir á Cicerón era que permaneciese en Brindisi, pero le prohibía que fuese á Roma.

Así, pues, Cicerón se ve obligado á permanecer en Brindisi; César, bloqueado en Alejandría, no puede recibir las numerosas cartas que le envía Balbo hablándole de Cicerón ni darles una respuesta favorable. El consular ve prolongarse su destierro, en el que le consumen el tedio y las angustias de todo género, le apremian graves dificultades pecuniarias; su yerno Dolabella se entrega á excesos escandalosos; su hija Tulia está enferma de tristeza; su hermano Quinto se ha convertido en uno de los más ardientes partidarios de César. Cicerón se agría; se lamenta de la conducta de Atico, de Opio y de

Balbo; duda de la abnegación de éstos. En Enero del 707, se queja de que las cartas de Balbo son cada vez más frías. En Abril, se queja de que Balbo y Opio no le dan cuenta de las cartas que han debído de recibir de César referentes al asunto; ruega á Atico que vaya á verlos y que le comunique lo que le digan. En Junio y en Julio, no concede ya confianza alguna á las noticias que le envían Opio y Balbo. No cesa de dirigirse á Antonio, á Opio, á Balbo, para obtener el permiso de salir de Brindisi; pero no ve en ellos sino falsos amigos cuyos manejos teme. A fines de Agosto escribe á Atico diciéndole que el mensajero de Balbo le ha entregado fielmente un paquete de cartas, pero que hubiera preferido no haber recibido nunca semejantes cartas. Todas estas recriminaciones prueban, sin embargo, que el confidente de César no cesaba en sus gestiones, más ó menos útiles, en favor de su antiguo abogado; parece que en medio de sus numerosas ocupaciones Balbo da pruebas de una abnegación meritoria hacia su amigo, exigente é ingrato, que no hace más que quejarse de su celo y poner en duda su afección.

Llegó la carta de César. Cicerón, que había escrito el 11 de Agosto á su mujer Terencia para quejarse una vez más de no haber recibido ningún mensaje del dictador, podía, al día siguiente, anunciarle esta nueva tan impacientemente esperada: «Por fin me han entregado una carta de parte de César; sus términos son bastante generosos *(sortis liberales)*. Parece que llegará más pronto de lo que se esperaba; ¿iré á su encuentro ó lo esperaré en Brindisi? Cuando lo haya resuelto te informaré.»

A los pocos días, desembarcaba César en Tarento, cargado con los despojos de los pueblos de Oriente; en todas partes se había apoderado de los tesoros reunidos en beneficio de Pompeyo; en todas partes realizó venganzas implacables sobre las ciudades sospechosas de simpatizar con el partido de su rival. Un ejemplo prueba hasta qué punto, en estas mismas venganzas, era poderosa la influencia de Balbo; de las dos ciudades

fenicias, célebres por sus santuarios de Melkarth, la una, Tiro, vió saqueado su templo; la otra, Gades, lejos de sufrir la misma profanación, fué tratada honrosamente. Los conciudadanos de Balbo, fieles como éste á la causa de César, recibieron el derecho de ciudadanía *optimo jure;* de *peregrini* pasaban á *municipes.*

El dictador volvía á Italia animado de las mejores disposiciones hacia los amigos de Balbo; quiso evitar á Cicerón la humillación de verse confundido con la multitud que se agolpaba á su paso para felicitarle. Cuando vió al consular, se apeó del caballo, corrió á abrazarle y marchó un gran rato á su lado, prodigándole testimonios de estimación y de amistad.

Gracias á Balbo, que le ayudó durante el penoso período de la guerra civil, como en otro tiempo durante las amarguras de su destierro, Cicerón podía volver honrosamente á Roma á fines del año 707-47. Esta vez prometía mantenerse alejado de los partidos políticos; al año siguiente (46), podía escribir á Varrón, el antiguo *legatus* de Pompeyo, vuelto á la gracia del vencedor de Farsalia. «...Desde que he vuelto á Roma, has de saber que me he reconciliado con mis antiguos amigos, es decir, con mis libros. Nuestro trato había cesado, no porque tuviera queja de ello, sino porque me avergonzaba en su presencia. Parecíame, desde que me mezclé en asuntos llenos de enredos en compañía de aliados sin fe, que había desconocido demasiado los preceptos de dichos amigos. Me perdonan y se dignan volver á admitirme en su amistad.»

César se hacía nombrar cónsul para el año 708-46 con M. Emilio Lépido; conservaba la dictadura y mantenía á Lépido en su cargo de *magister equitum.* Embarcábase en seguida en Lilibea para África, adonde iba á combatir á los últimos jefes del partido de Pompeyo, Escipión y Catón, y á su aliado Juba, rey de Mauritania.

Dejaba en Roma, para defender sus intereses, á sus agentes de siempre, Opio y Balbo; y con ellos, á Hircio, que fué uno de sus mejores *legati* durante las guerras de las Galias; á

C. Marín Calverra, uno de los hombres más distinguidos y más dignos del orden ecuestre; á C. Vibio Pausa, cuestor en las Galias en 695-59, tribuno de la plebe en 703-51, epicúreo amable y benévolo, que intervino varias veces con buen éxito en favor de los partidarios de Pompeyo, amenazados de algún peligro; á Postuenio, que desde su juventud fué un hombre grave y serio, tan cuerdo como un viejo. Cicerón estaba en los mejores términos con todos los amigos del dictador. A fines del 707-47, escribe al antiguo tribuno T. Ampio Balbo, pompeyano fiel, indultado por César: «Después de él, á mí es á quien más quieren. Tales son los sentimientos de Pausa, de Hircio, de Balbo, de Opio, de Mancio, de Postuenio. Me quieren todos particularmente; ninguno lo oculta». Pero entre todos estos hombres, Opio y, sobre todo, Balbo son los preferidos... Escribirá á Atico en Marzo del 709-45: «Veo que le das cuenta de todo el afecto que Opio y Balbo me profesan». Todos, por lo demás, se apresuran á hacerle favores. «¿Puede decirse que estoy dominado?—escribía en 709.—¿En dónde está ese dominio? Nadie, en los tiempos en que me acusaban de ser un rey, me respetó nunca como lo hacen hoy los familiares de César.»

X

César combate en África hasta fines de Julio del 708-46. Los agentes del dictador, que han quedado en Italia, no se preocupan gran cosa, al parecer, por las noticias que llegan del teatro de la guerra. En Abril, Cicerón comunica á Atico que Hircio pasa el tiempo en los juegos de Provesta, en festines y en diversiones de todo género, y que Balbo se ocupa en edificaciones. En Junio, escribe á Varrón que Balbo le es tan afecto como Opio á Hircio; el mismo Cicerón es íntimo de esos tres amigos de César: es el confidente de todos sus proyectos. En Julio, confía á Atico que, en el caso en que Balbo necesitara dinero, César se apresuraría á ayudar á su querido *tartamudo*.

A fines de Julio, después de haber terminado la guerra de Africa, César vuelve á Roma, en donde permanece hasta Septiembre; se hace nombrar dictador por cuarta vez; en Agosto, celebra cuatro triunfos sucesivos para consagrar sus victorias sobre Galia, Egipto, Ponto y África, y poco después se pone en camino para España, adonde va á tomar la dirección de la guerra contra los hijos de Pompeyo.

Cicerón continúa manteniendo con Balbo las relaciones de una afectuosa amistad. En Agosto del 708-46, escribe á L. Papirio Peto, epicúreo amigo de la broma: «Eres muy divertido; tú, que acabas de recibir á la mesa á nuestro amigo Balbo, me preguntas lo que pienso de lo que decidirá César sobre los municipios, sobre los territorios que se han de atribuir á sus soldados... ¡Como si yo supiera algo que Balbo no supiese! ¡Como si lo poco que sé por casualidad no fuera merced á Balbo! Por el contrario, si me aprecias, tú eres el que puede decirme lo que se ha decidido conmigo, porque has tenido á Balbo en tu poder; en ayunas ó, por lo menos, en el período de embriaguez que sigue á la comida, ha podido informarte... Y qué, ¿no das tregua á tus malicias? Me das á entender que Balbo se ha contentado con una comida modesta. Y parece que dices que cuando los reyes dan pruebas de tal sobriedad, los consulares deberían ser mucho más sobrios todavía. Pero no sabes que le he echado el anzuelo y que le he sacado todos sus secretos. Balbo ha venido directamente desde la puerta de Roma á mi casa; que no haya estado primeramente en la tuya, no me choca; pero me asombra que no haya empezado por ir á casa de su amigo César. Mis cuatro primeras palabras fueron: «¿Y nuestro amigo Peto?» Me juró que en parte alguna se había encontrado mejor que en casa de Peto. Si tu bello lenguaje es el que ha producido ese resultado, te prestaré dos oídos tan amantes del lenguaje bello como los de Balbo; si es la excelencia de tu festín, te ruego que creas que los oradores son tan capaces de apreciarle como los tartamudos (*ne pluris eise balbos quam disertos putes*).

Durante la estancia de César en Roma, Cicerón obtuvo un triunfo oratorio. El dictador presidía el Senado; C. Claudio Marcelo le suplicó—y todos los senadores unieron sus ruegos á los de él—que levantase el destierro que se había impuesto en Mitilene, desde la batalla de Farsalia, á su hermano M. Claudio Marcelo, uno de los jefes más influyentes del partido aristocrático, uno de los hombres que con mayor ardimiento y más eficacia hicieron la oposición á la política cesariana. Marcelo ya no era de temer; César podía ser clemente; no deseaba otra cosa que serlo. Rogó á todos los senadores que expresaran individualmente su opinión sobre el indulto de Marcelo; después de los unánimes ruegos que se acababan de dirigir al dictador, aquello no era más que una fórmula. Cuando le llegó el turno para hablar, aprovechando la ocasión que se le ofrecía de romper el silencio en que se mantenía encerrado desde hacía tiempo, Cicerón pronunció un discurso en el que manifestó que estaba en el deber de dar las gracias á César, alabó por encima de las virtudes guerreras del dictador su clemencia, y aseguró que Marcelo era digno de tal clemencia y que todos los buenos ciudadanos se agruparían en torno de aquel de quien esperaban el fin de los males de la República.

Alentado por el buen éxito de su *intercessio* en favor de Marcelo, Cicerón solicitó y obtuvo del dictador el indulto de otro pompeyano, el senador Q. Ligario, el cual, legado del procónsul C. Considio Longo en África, combatió contra Curión y contra el mismo César (49-46).

Vuelto á marchar para sus lejanas expediciones, el dictador quiso leer la redacción del discurso *pro Ligario* que, pronunciado ante él en el Foro, le arrancó el perdón del pompeyano acusado de traición. Balbo le envió un texto probablemente retocado, según costumbre del orador; y Cicerón se apresuró á escribir á Atico, en Julio del 709-45: «Veo que la autoridad de tu aprobación ha hecho maravillas en lo referente á recomendar mi discurso en favor de Ligario. Balbo y

Opio me han escrito diciendo que les ha asombrado; así es que han enviado ese insignificante informe á César».

Puede suponerse que el envío se hizo á petición del mismo Cicerón; desea que César esté al corriente de todas sus producciones, aun de las más fútiles; de sus epigramas, de sus frases de ingenio, que habían de coleccionarse en un *Liber jocularis* mencionado por Quintiliano.

Escribía á Peto, en Julio del 708: «No me privo del epigrama y de la frase aguda: esto sería abdicar de mi reputación de hombre de ingenio... César, que á su vez escribe volúmenes de frases humorísticas, conoce tan perfectamente, á lo que me aseguran, mi clase de ingenio, que tiene la costumbre de rechazar como no mías las agudezas que no me pertenecen. Puede, por lo demás, hacerlo con tanta mayor seguridad, cuanto que sus familiares viven conmigo en una intimidad casi diaria. En el curso de nuestras conversaciones se me escapan frases que no les parecen á mis oyentes las de un tonto ó de un iletrado; todo esto se lo comunican al mismo tiempo que los informes serios. Tal es la orden que ha dado».

Mientras que el orador de las *Catilinarias* prodigaba su ingenio en aguzar epigramas, se abstenía de toda oposición política; César no podía por menos de animarle por mediación de Opio y Balbo á que perseverase en aquel género de distracciones tan pueriles como inofensivas. El dictador consentía hasta en entablar con Cicerón una polémica inesperada que apasionaba á los espíritus en Roma y les desviaba la atención de la guerra de España. A petición de Bruto, sobrino de Catón, el consular se ocupó en componer el elogio del héroe estoico que se suicidó en Utica para no sobrevivir á la ruina de la libertad. Bruto estimó que el panegírico de Catón era demasiado mediocre, y escribió él mismo un *Cato* que tributaba un brillante homenaje á las virtudes de su tío. Pero César juzgó que Cicerón se extralimitaba; componer un elogio de Catón era, como Cicerón se lo decía á Atico en Julio del 702, «era resolver un problema de Arquímedes. No llegaré

nunca á escribir un libro que tus compañeros de mesa puedan leer, no digo con gusto, sino con paciencia». Sin embargo, el autor está entusiasmado con su Catón. César se halla lejos de entusiasmarse, y Cicerón escribe á Atico en Mayo del 709-45: «Tengo un anticipo de la réplica de César á mi elogio de Catón por el libro que me envía Hircio, en el que recoge todo lo malo que se puede decir de Catón, pero hablando muy bien de mí».

César encargó á Hircio que redactara una respuesta al tratado de Cicerón; se reservaba escribir él mismo dos *Anti-Catones,* que publicó, dice Suetonio, en tiempos de la batalla de Munda, es decir, en Marzo del 709. Encontraba el medio de alabar hábilmente á Cicerón con detrimento de Catón; además hizo saber á Cicerón lo que alababa su libro: «Me he encontrado con Balbo... Sus primeras palabras han sido: Tengo una carta de César... He leído la carta; habla mucho en ella de mi *Catón;* dice que cuanto más se le estudia tanto más gana». Cicerón, por su parte, escribe á César «de igual á igual», manifestándole que tiene en la mayor estima su *Anti-Catón.* Opio y Balbo comunican también á César que Cicerón ha leído el *Anti-Catón,* y que le ha complacido en extremo. El autor del *Catón* escribe una larga carta de felicitación dirigida al dictador; pero antes de enviarla la somete á la censura de Opio y Balbo, que la dan curso después de declarar que nunca leyeron nada mejor.

Es un perpetuo y notable cambio de atenciones: César no se cansa de admirar el *Catón,* y Cicerón colma de alabanzas al *Anti-Catón.* Balbo es el intermediario de toda la correspondencia literaria de César y Cicerón; también él se interesa por las letras y la filosofía. La composición y la publicación del *De Finibus bonorum et malorum* le apasiona; quisiera ser el primero en poseer lo que se llamaría hoy «las primicias».

En Julio del 709, Cicerón escribe á su amigo Atico, que se encargaba de procurar las ediciones de las obras de aquél: «¿Te parece oportuno que posea alguien el *De Finibus* antes

que Bruto, cuando, por consejo tuyo, se lo dedico á Bruto? Y Balbo me escribe que tiene por tí una copia del quinto libro. Si no he corregido por completo, he apartado en él, sin embargo, algunos cambios. Así, pues, harás bien en guardar los otros en tu poder, sin lo cual recibiría Balbo un texto incorrecto, y Bruto una cosa ya conocida». Atico se excusa y Cicerón le contesta: «Comprendo que te era imposible no complacer á Balbo; pero me desagradaba saber que Bruto no recibía más que una obra ya vieja, y Balbo una obra apenas esbozada».

El *De Finibus* estudia y compara las enseñanzas de las principales escuelas griegas sobre el soberano bien y el soberano mal, refutando las doctrinas epicúreas y haciendo el elogio de las doctrinas estoicas en su concordancia con las doctrinas académicas. No parece que Balbo se cuidase mucho de filosofía, sobre todo de las doctrinas estoicas y académicas. A creer á Cicerón, se entregaba á las prácticas epicúreas; buscaba el placer antes que la virtud *(Nomini non recta sed voluptaria quaerenti)*; hallaba ese placer en los festines, en los que estaba lejos de observar las reglas de una perfecta sobriedad; y tal vez á esta falta de templanza obedecían las crisis de gota á las que alude en cartas escritas en 709 y en 710; en el mes de Agosto del 709 le es imposible á Cicerón ver á Balbo, el cual no admite visitas por lo mucho que sufre de la gota; en Abril del 710 un acceso con manifestaciones fluxionarias ataca de tal manera á Balbo, que no puede hablar; en Marzo tiene que ir á tomar aguas, ó, por lo menos, se encuentra lo suficientemente enfermo para que su marcha de Roma se justifique por la necesidad de una cura termal.

Al epicúreo Balbo le interesaba sin duda el *De Finibus* mucho más que el *Pro Ligario,* ó que el panegírico de Catón, porque comprendía que la filosofía, mejor que cualquiera otra ocupación literaria, le apartaba á Cicerón de la política.

XI

Durante la larga ausencia que retiene alejado de Roma un año entero á César ocupado en la guerra de España, de Septiembre del 708-46 á Septiembre del 709-45, Balbo se ocupa, con su habitual celo, de los intereses particulares y políticos del dictador. Opio continúa siendo su colaborador, su suplente, cuando los accesos de gota impiden al gaditano dirigir los asuntos. A fines del 708, Cicerón escribe á Cecina: «Sé por experiencia que César ratifica en todo lo que hacen Balbo y Opio mientras que está ausente».

Balbo está encargado de administrar la fortuna adquirida por César con el pillaje de todos los países de sus campañas, Galia, Egipto, Asia, España, y la confiscación de los bienes de los pompeyanos muertos en los campos de batalla. Balbo se ocupa también de la fortuna de Cicerón, que se encuentra en una situación mucho menos próspera que la de César. Cicerón se ve siempre apurado cuando llegan las calendas, fecha de los pagos, las *tristes kallendae,* como las llamará Horacio. «He tenido que huir de Roma para evitar las calendas», escribe desde su casa de Túsculo á Atico, en Julio del 708. Sus deudores le causan tantas molestias como sus acreedores. Háblase á menudo, en las cartas escritas en 709 y en 710, de un tal Q. Faberio que debe y no paga. Se necesita el concurso de Balbo para cobrar las sumas adeudadas por Faberio. Cicerón escribe á Atico, en Mayo del 709: «Es indispensable que nos pague Faberio; no sería malo que indicases algo á Balbo». También Balbo Menor se ocupa en apremiar á los deudores de Cicerón y de Atico.

Un procedimiento muy de moda en los últimos tiempos de la República, para reparar las pérdidas de dinero, era el hacerse inscribir en el número de los herederos de algún rico personaje. La vanidad del personaje rico se complacía en poner en las listas del testamento los nombres de los hombres

notables que parecían estar unidos al testador por lazos de amistad; un opulento banquero de Puzoles, M. Cluvio, dejó sus bienes á César y Cicerón. Balbo se ocupa activamente en liquidar esta herencia á la mayor conveniencia de los dos amigos; le ayuda en la tarea el jurisconsulto A. Ofilio. Cicerón escribe á Atico, en Julio del 709: «Quisiera, si te parece bien, que consultases con Balbo y con Ofilio. He hablado con Balbo respecto á la publicación de la venta de los bienes de Cluvio; está dispuesto á ello. Creo que Ofilio tiene el estado detallado de los bienes; Balbo lo posee también. Balbo desearía que la venta fuese pronto y se verificase en Roma, sin perjuicio de retrasar la fecha si César tardase en volver; pero viene».

César ha anunciado su llegada para los *Ludi Romani,* que se celebran en el mes de Septiembre. Al proceder al inventario, Balbo ha encontrado en casa de Cluvio mucho dinero contante, cuya participación habría que hacer lo más pronto posible, y una gran cantidad de plata; es de parecer que se proceda inmediatamente á la venta en pública subasta de dicha plata, sin ocuparse aún de la venta de los bienes inmuebles. Cicerón ha tenido una entrevista con Balbo respecto á la sucesión de Cluvio. El testador fijó un plazo de sesenta días *(cretio),* durante el cual los herederos tenían derecho á rechazar ó aceptar la herencia. Se han ocupado de la cuestión de los bienes inmuebles de Cluvio, y Balbo ha prometido escribir inmediatamente á César. Sabemos que en el mes de Mayo del 710-44, Cicerón estaba en posesión de los jardines de Cluvio situados en Puzoles. Pero en Julio del mismo año, le preocupaba el reunir, antes de las calendas de Agosto, los fondos necesarios para saldar con los coherederos lo que le quedaba por pagar de las propiedades de Cluvio.

Balbo está encargado de todos los asuntos contenciosos de Cicerón, y, á lo que parece, por su cuenta y razón. A fines del 46, el viejo consular tuvo que decidirse al divorcio: el carácter áspero y los gastos de Terencia hacían necesaria esta separación. Pero era preciso que el esposo restituyera su dote á la

esposa divorciada; Balbo consintió en recibir por delegación los poderes de su amigo, y en reemplazarle para el arreglo de cuentas; Cicerón se queja de que, para la transferencia de crédito, Balbo le ponga condiciones tiránicas.

Cicerón recrimina; pero no deja de recurrir siempre, con toda confianza, para todo asunto, al parecer discreto de su fiel consejero. Balbo y su sobrino Balbo Menor le tienen al corriente de los acontecimientos, y le indican la conducta que debe observar.

A principios del 45, la hija muy querida del orador, Tulia, repudiada por Dolabella, muere de parto; el padre, desconsolado, se retira por algún tiempo á su posesión de Astura, en donde quiere elevar un templo á la memoria de la muerta amada.

Del mismo modo que se ocupó del arreglo de cuentas con Terencia, se ocupa Balbo del templo que se ha de construir en honor de Tulia. A fines de Marzo del 709, Cicerón escribe á Atico lo agradecido que está á Balbo y Opio por su simpatía y la ayuda que le prestaban para la elección del lugar en donde había de construirse el templo.

En Marzo del 709, M. Apuleyo, nombrado augur, ofrece el festín de costumbre á los miembros del colegio que le acababa de admitir por *cooptatio*. Cicerón encarga á Opio y Balbo que presenten á Apuleyo sus excusas, motivadas por su luto reciente, y á Opio y Balbo encarga Apuleyo que digan á Cicerón que acepta sus excusas, y que no querría, á ningún precio, serle desagradable.

Balbo Menor toma parte, como su tío, en las angustias domésticas de Cicerón. El hijo único de Q. Tulio Cicerón y de Pomponia, hermana de Atico, era la desolación de su familia. Durante la guerra de España, en la que acompañaba á César, del que se había declarado, desde el 49, ferviente partidario, perjudicaba cuanto le era posible á Cicerón cerca del dictador. Dolabella, que fué marido de Tulia, no advertía sino con palabras encubiertas á su ex suegro de la indigna conducta de su

sobrino. Balbo Menor, sin duda con autorización de César, envía al interesado noticias precisas sobre las peligrosas infamias del joven Quinto. También Balbo menor es el que presta á Cicerón el servicio de advertirle confidencialmente que ha incurrido en el desagrado de Tigelio, aquel músico de Cerdeña que gozaba de gran crédito cerca de César.

Sus apuros pecuniarios, sus distracciones literarias, los enojos de su divorcio y su dolor paternal por la muerte de Tulia no impedían á Cicerón seguir apasionadamente los acontecimientos durante el año en que César estaba retenido por la guerra lejos de Roma. Y por Opio y, sobre todo, por Balbo recibe noticias; á ellos se dirige para obtener informes y consejos. Julio César acababa de promulgar la *lex Julia municipalis,* que reformaba todas las constituciones de los Municipios y de las ciudades federadas con arreglo á un plan uniforme, á ejemplo de la Constitución romana. Un amigo de Cicerón se preocupa de algunas disposiciones de la nueva ley que no le parecen bastante claras. Cicerón ruega á Balbo las necesarias aclaraciones, y en Enero del 709 Cicerón responde á Lepta: «En cuanto recibí tu carta, escribí á Balbo para preguntarle cuáles son exactamente las disposiciones de la ley. Me dice que los pregoneros en ejercicio no pueden ser decuriones, pero que no es impedimento para los que han dejado de serlo. Así, pues, que tus amigos y los míos se tranquilicen. Sería, en efecto, intolerable, cuando el Senado de Roma admite entre sus miembros á gentes que ejercen el aruspicismo, que no se permitiese ser decuriones en los Municipios á los ex pregoneros públicos».

Cicerón no podía dirigirse á un hombre mejor informado que el español de Gades, que sin duda colaboró en la *lex Julia municipalis,* como se ha podido suponer que aconsejó un proyecto de ley encontrado en los papeles de César después de los Idos de Marzo; aquella ley hacía ciudadanos romanos á todos los habitantes de Sicilia; en su calidad de extranjero convertido en ciudadano, Balbo hubo de sugerir á César el proyecto de

extender progresivamente á los habitantes de los países de fuera de Italia el principio conveniente de la incorporación á la ciudad romana.

Sea como fuere, por Balbo sabe Cicerón todo lo que conoce de la *ley municipalis* y del proyecto que César había formado de distribuir á sus veteranos unos territorios en Campania.

Parece que Cicerón es incapaz de obrar sin los pareceres de sus consejeros ordinarios. En Marzo del 709 se muestra inquieto por la repentina llegada de Artonio á Roma, y no se tranquiliza hasta que Opio y Balbo, á petición de Atico, le hacen saber que no hay motivo para inquietarse. En el mes de Julio del mismo año, el *magister equitum* de César, Lépido, del que desconfía, le pide que acuda á la sesión del Senado el día de las calendas de Agosto. Cicerón supone que no habrá sesión aquel día, porque á falta de Balbo, que está enfermo, Opio le hubiera prevenido.

La absoluta confianza de Cicerón en Opio y Balbo no le impide diferir á veces del parecer de ellos. M. Licinio Craso Dives, amigo de Cicerón y colega de César en el triunvirato, murió á manos de los partos en la desastrosa campaña del año 53. Cicerón quería que César, después de terminar la guerra de España, vengase á la República de su antigua derrota dirigiendo una expedición contra los partos. Con esta idea, prepara para el dictador una hermosa carta de elogios en la que le felicita por sus triunfos en España, le da consejos sobre la organización de la República y le exhorta á llevar la guerra contra los partos. Escribe á Atico en Mayo del 709: «Me esfuerzo en redactar una Memoria que dé consejos políticos; no lo consigo, y tengo, sin embargo, á la vista los discursos que Teopompo y Aristóteles dirigieron á Alejandro. ¿Pero es la misma situación? Aquéllos podían escribir de una manera á la vez honrosa para ellos y agradable para Alejandro. ¿Encuentras tú algún medio para que haga yo lo que ellos? En cuanto á mí, no se me ocurre nada».

Algunos días después, por consejo de Atico, queda redactada la Memoria. «Ayer he escrito mi carta á César; tal ha sido tu deseo; tenía, pues, razón en escribirle, puesto que pensabas que podría ser útil. Por ahora no es necesario enviarla; haré, sin embargo, lo que te parezca acertado.»

Pero no bastaba á Cicerón tener la aprobación de Atico; necesitaba el parecer de Balbo y de Opio; este parecer no era favorable al envío del escrito. «Por lo que concierne á mi carta á César, tenía mucha razón en querer que la leyeran mis amigos. Obrar de otra manera hubiera sido una falta de atención, y tal vez un peligro en el caso en que la carta le hubiese desagradado. En cuanto á ellos, sus observaciones han sido muy francas, y les agradezco que hayan expresado sus sentimientos sin reticencias. Pero la mejor de sus críticas es el pedirme tantos cambios, que necesitaría rehacer por completo mi trabajo. Excelente excusa para abstenerme. Y, sin embargo, yo estaba seguro de que deseaba la guerra contra los partos; mi carta no tenía otro fin que halagarle en sus ideas. Si hubiese querido hacer adoptar por persuasión las ideas que me parecían mejores, ¿me hubieran faltado argumentos oratorios? En fin, la carta ya no tiene objeto... ¿Qué quieres? El esfuerzo me costaba; me desaprueban: nada podía serme más agradable.»

Atico insiste en vano: aun reconociendo con orgullo que era muy digno para él dar á César necesarios consejos, Cicerón se abstiene de mandar la carta. Balbo y Opio la desaprueban; se consuela diciendo que se alegra mucho de verse desembarazado de una cuestión difícil. Pero no cesa de hablar de ella á Atico. «En cuanto á la carta á César, es cosa decidida; escribe manifestando, según dicen sus amigos, que no marchará contra los partos hasta haber puesto en orden sus asuntos. He aquí precisamente lo que le aconsejaba, dejándole en libertad de obrar de otra manera, si tal era su gusto. Este era, al parecer, el consejo que esperaba, ¡y no quiere hacer nada sin mi opinión! Pero te ruego que dejemos esto. Go-

cemos por lo menos de la semilibertad que obtendremos callándonos y recatándonos.»

Cicerón tenía el consuelo de ver que César obraba como se le pedía que obrase en la carta, cuidadosamente redactada, y que no se le envió. En Junio del 709, escribía: «César anuncia su firme voluntad de permanecer en Roma; permanecerá en ella, como en mi carta le aconsejaba, para impedir que no se cumplan sus leyes durante su ausencia». Balbo comunicó probablemente á César parte de la carta, cuyo envío impidió; procuraba á Cicerón la satisfacción á medias de ver que el dictador adoptaba una parte de sus ideas. Pero el sutil consejero de César era demasiado inteligente y apreciaba demasiado á su jefe para dejarle emprender una aventura que hubiera satisfecho el ardor guerrero del vencedor de las Galias, de Egipto y de España, y reducido la sensibilidad oratoria del amigo de Creso; la guerra contra los partos hubiera paralizado todas las reformas administrativas gratas al espíritu prudente de Balbo; hubiera alejado inútilmente á César de Roma, en donde su presencia era necesaria, para llevarle á una expedición aventurera y tal vez funesta.

Balbo sirvió bien los intereses del dictador, al no comunicarle de la carta proyectada de Cicerón sino el pasaje en que el consular recomendaba á César que no saliese de Roma hasta haber constituído sólidamente la República.

XII

César vuelve á Roma en el mes de Septiembre: en Octubre celebra su quinto triunfo por sus victorias de España; se hace nombrar cónsul por cuarta vez, sin colega, dictador por quinta vez, conservando á Lépido como *magister equitum*.

Al finalizar el año, con motivo de un viaje á Campania, va en compañía de Balbo á visitar á Cicerón, que se encontraba entonces en su posesión de Puzoles. Atico recibe un intere-

sante relato de esta visita en una carta fechada el 19 de Septiembre del 709-45:

«Pues bien: estoy lejos de quejarme de un huésped que debía serme tan incómodo, porque se ha mostrado muy simpático. Cuando llegó á casa de Filipo (1), en la tarde del segundo día de las Saturnales, la casa se encontró tan llena de soldados, que apenas si pudo quedar libre el *triclinium* en donde había de cenar César; había dos mil hombres. Yo estaba muy inquieto. ¿Qué iba á suceder al día siguiente? Pero Barba Casio vino en mi ayuda; un puro guardia. Los soldados permanecieron acampados, y mi casa se vió libre de su invasión. El tercer día de las Saturnales, César permaneció en casa de Filipo hasta la hora sétima, y no recibió á nadie; me figuro que estaría arreglando cuentas con Balbo. Después dió un paseo por la ribera; á la hora nona tomó un baño. Le leyeron unos versos sobre Mamurra, pero no cambió de expresión. Hízose ungir, y se puso á la mesa; había tomado emético; así fué que bebió y comió con tanto apetito como alegría... Por lo demás, en la conversación no se hizo alusión alguna á los asuntos políticos. Conversación puramente literaria. ¿Qué más te diré? Parecía satisfecho, y se ha mostrado muy amable.»

Cicerón no dice si en la conversación aquella, de la que estaba descartada la política, tuvo ocasión de abordar indirectamente el asunto de la guerra contra los partos, que Balbo le prohibió que tratase en sus cartas á César. Pero Suetonio y Plutarco nos dicen que el dictador meditaba una campaña en Asia, que debía empezar por la sumisión, ya de los dacios, ya de los partos. Es probable que el entusiasmo con el que Cicerón aprobaba aquella expedición, cuya idea se le ocurrió á él mismo, fuese una de las causas principales de la gran amabilidad que le dispensó su huésped. Balbo tenía el valor y la habilidad de desviar á César de aquella expedición impolítica y

(1) L. Marcio Filipo, cónsul en 698-56, marido de Atia, hija de la hermana de César, Julia, y madre de Octavio, el futuro emperador Augusto.

peligrosa. El discreto consejero hubo igualmente de permanecer ajeno á la preparación de los impopulares actos de principios del 710-44 que habían de ocasionar el drama de los Idos de Marzo. Al decir de Suetonio, «he aquí el hecho que atrajo á César el odio más violento y más implacable. Los Padres Conscritos fueron en corporación á presentarle un gran número de decretos que le conferían nuevos honores; los recibió ante el templo de Venus Genetrix, sentado. Imagínese que cuando fué á levantarse para saludarles, Balbo le contuvo». Plutarco, refiriendo la misma escena, afirma que César quería levantarse para saludar al Senado, pero se lo impidió uno de sus amigos, ó más bien de sus aduladores, Cornelio Balbo, que le dirigió estas palabras: «¿No te acuerdas de que eres César y que debes recibir los honores que son debidos á tu dignidad?»

Es imposible admitir que el sutil caballero de Gades se hiciera cómplice del torpe Antonio en la loca tentativa de restaurar en provecho de César la monarquía aborrecida de los romanos. Mientras que inhábiles aduladores, para hacer la corte al dictador, que preparaba su campaña de Oriente, repetían una predicción de los libros sibilinos, según la que los partos no podían ser vencidos sino por un rey, Balbo trataba de combatir el efecto de tal profecía en el ánimo de César, oponiéndole otra. Suetonio refiere, en efecto, que unos obreros, ocupados en la cimentación de unas casas que se habían de construir en territorio de Capua, descubrieron en una tumba, en la que decían que estaba sepultado Capis, el fundador epónimo de Capua, una plancha de bronce que llevaba esta inscripción en lengua y caracteres griegos: «Cuando se hayan descubierto los huesos de Capis, un descendiente de Julio perecerá á manos de sus allegados, y no tardará en ser vengado por las desgracias de Italia». El historiador añade: «Para que no se vaya á creer que se trata de una fábula ó de una leyenda inventada á capricho, citaré mi autoridad: Cornelio Balbo, uno de los amigos más íntimos de César».

Balbo comprendió todos los peligros de la política inaugu-

rada por César desde su vuelta de España; se esforzaba, por todos los medios, en evitarlos. Pero si le fué posible, en 709, detener la imprudente carta de Cicerón que halagaba la manía belicosa del dictador, le era imposible, en los primeros meses del 710, luchar contra la influencia creciente de Antonio, que no temió, en las fiestas de las Lupercales, ofrecer la diadema real á César, á pesar de los murmullos del pueblo.

El asesinato de César hacía muy difícil la posición de Balbo, privado de su protector y aislado en medio de los partidos adversos que se disputaban el poder.

Los conjurados, que prepararon el drama de los Idos de Marzo, y los *optimates,* que se alegraban del hecho realizado, en el que veían la esperanza de una vuelta á las tradiciones de la república aristocrática, consideraban unos y otros como sospechoso al favorito del tirano. Los conjurados y los *optimates* olvidaban los servicios que Balbo les había prestado, para acordarse solamente de que aquel hombre obsequioso era un *peregrinus* introducido en la ciudadanía romana y enriquecido por el régimen derrumbado; le acusaban de haber recogido los despojos de los pompeyanos.

De otra parte, nada bueno podía esperar de Antonio, cuya funesta influencia sobre César trató de combatir. Se indignaba al ver á Antonio robar el tesoro público, obrar como tirano y falsificar los documentos del antiguo dictador. Pero su prudencia habitual le vedaba manifestar demasiado ostensiblemente su indignación. Cicerón, que permanece fiel á su antiguo cliente, en sus cartas á Atico, al mismo tiempo que declara el odio de los *optimates* hacia Balbo, no puede por menos de acusarle de malicia, de complacencia por Antonio, casi de traición á la causa de la libertad. Escribe en Mayo del 710: «Balbo ha venido á verme. ¡Divinos dioses! ¡Qué fácil te sería ver hasta qué punto teme el permanecer en la inacción! Ya le conoces; ya sabes su reserva; me ha contado, sin embargo, los proyectos de Antonio... Se ha quejado del odio de que es objeto (*questus est etiam de sua invidia*). No hay una palabra

suya que no denote á un amigo de Antonio. ¡Qué quieres! No hay nada sincero en él... Bien quisiera librar á Balbo del odio (*invidia*) de que es objeto por parte de nuestros amigos. Pero él mismo reconoce que la cosa no es posible; así es que pone sus miras en otro lado».

Continuando en la amistad de los cesarianos, Balbo, Opio, Macio, Pancia, Hircio, Cicerón se da cuenta de que si detestan á Antonio, no menos que á los *optimates,* temen al sucesor de César. «He penetrado á fondo en los sentimientos de Hircio; le he hablado, le he exhortado á trabajar por el mantenimiento de la paz. Él no podía decir que no quería la paz. Pero me ha declarado que temía nuestros preparativos de guerra tanto como los de Antonio; reconocía que los dos partidos tenían razón para mantenerse en guardia; pero repetía que de una y de otra parte temía esos preparativos de guerra. ¡Qué quieres! No veo en esto nada de bueno.» Le era imposible á Cicerón, reducido á sus solas fuerzas, provocar la evolución de los amigos de César hacia los *optimates,* cuyo odio á Antonio compartían, sin embargo. Esta reconciliación debía ser obra de un hombre que Balbo tuvo el mérito de adivinar, y al que puso en relaciones con el anciano consular, el cual iba á ser el introductor de dicho hombre cerca de los jefes de la aristocracia republicana.

H. de la Ville de Mirmont

(Continuará.)

ALMA DE NIÑA

(CONCLUSIÓN)

Un día entré en la biblioteca (en mi vida olvidaré ninguno de los detalles de esta aventura); tomé una novela de Walter Scott, *Los votos de San Román,* única obra de aquel autor que no había leído aún. Recuerdo que tenía el corazón oprimido; me encontraba como atormentada por un presentimiento.

La habitación estaba iluminada por los oblicuos rayos del sol poniente, cuyas ondas luminosas se deslizaban al través de los ventanales y se extendían sobre el piso reluciente. El silencio era completo. En las habitaciones inmediatas no había alma viviente. Peter Alejandrowitch había salido, y Alejandra Mikailowna, enferma, guardaba cama. Me eché á llorar, sin poder resistir á mi agitación interior. Abrí la segunda parte del libro, y empecé á hojearlo distraídamente, tratando de dar un sentido á las frases que pasaban ante mis ojos. Me parecía buscar una predicción de la suerte, como se hace al abrir un libro al azar. En ciertos momentos, todas las fuerzas intelectuales y morales se ponen mórbidamente en tensión, como si una luz viva iluminase de repente la conciencia, como si una visión profética se impusiera al alma turbada; sufre y languidece, en espera de algo misterioso; animada por una ardiente esperanza, se pone á expirar la vida.

Me encontraba en esta particular disposición.

Cerraba el libro expresamente para volver á abrirle al azar

y buscar en él mi horóscopo; y leía la página que se presentaba.

Pero he aquí que al hojearle encontré un papel escrito, doblado en cuatro partes y comprimido como si hubiera estado allí olvidado durante varios años. Examiné curiosamente mi hallazgo. Era una carta sin dirección, firmada con las iniciales S. O.; la abrí. Las páginas, pegadas casi unas á otras, habían dejado una señal blanca en las amarillentas páginas del volumen. Adivinábase que la carta aquella había sido frecuentemente leída y cuidadosamente guardada; la tinta, descolorida, azuleaba; parecía de fecha lejana. Algunas palabras llamaron mi atención. Mi corazón latió violentamente.

Dí vueltas al papel como si vacilase en leerlo. Me acerqué á la ventana. ¡Sí! Las lágrimas habían dejado su huella sobre las palabras medio borrosas. ¿De quién eran aquellas lágrimas?

Ansiosa, leí la mitad de la primera página. Se me escapó un grito de asombro. Cerré el armario, después de volver á colocar el libro, y escondiendo la carta corrí á mi cuarto y me puse á leerla. Pero mi corazón latía con tanta fuerza, que los caracteres saltaban y huían ante mi vista. Permanecí mucho tiempo sin poder enterarme de nada. Por fin descubrí el principio del misterio, al ver á quién estaba dirigida la carta. Sabía que era un delito leer aquellas líneas, pero la tentación era más fuerte que mi voluntad. La carta estaba dirigida á Alejandra Mikailowna.

Eran algunas palabras de adiós, de un adiós eterno. Después de leer la carta sentí un sufrimiento, como si fuese yo misma la que acababa de perderlo todo, como si me hubiesen arrancado para siempre mis sueños y mis esperanzas, como si no me quedase más que la vida, que ya no necesitaba. ¿Quién era el autor de aquella carta? ¿Cuál había sido la existencia de aquella mujer? Aquellas líneas contenían hechos y alusiones sobre los que no cabía engaño. Pero al mismo tiempo se encontraban allí problemas en los que me perdía. Sin embargo,

los comprendí poco más ó menos. Además, el estilo sugería muchas ideas, y revelaba el carácter de aquellas relaciones cuya ruptura había destrozado dos corazones. En fin, leíanse claramente entre líneas los pensamientos y los sentimientos del escritor. He aquí la carta; la transcribo palabra por palabra:

«¡No me olvidarás! Lo has dicho: te creo. Y de esas palabras vive toda mi vida desde el día aquel. Es forzoso que nos separemos: la hora ha llegado. Yo lo sabía desde hace mucho tiempo, dulce y triste hermosa mía. Pero hasta hoy no lo he comprendido. Durante todo *nuestro* tiempo, el tiempo en que me quisiste, mi corazón se angustiaba y sangraba pensando en nuestro amor. ¿Lo creerás? ¡Siento que ahora sufro menos! ¡Todo debía concluir así; era nuestro destino; lo sabía, Alejandra; no éramos *iguales;* siempre lo comprendí, *¡siempre!* No era digno de ti. Sólo yo hubiera debido soportar el castigo de mi felicidad. Di: ¿qué era yo para ti hasta el día en que me comprendiste? ¡Dios mío! Dos años han transcurrido, y todavía no comprendo hoy por qué me quisiste, por qué *tú* me quisiste á *mí*. ¿Cómo llegamos á semejante locura? ¿Recuerdas lo que era yo comparado contigo? ¿Podía siquiera ser comparado? ¿Qué es lo que hizo que te fijases en mí, cuando nada me distinguía de los demás? Antes de que tu mirada y tu sonrisa viniesen á iluminar mi vida, yo era simple y vulgar, tenía un aspecto triste y sombrío; no ambicionaba más existencia que la mía, tan mezquina, sin embargo; no pensaba, ni quería pensar en ello. Todo me oprimía y me sometía; consideraba mi labor diaria como la cosa más importante del mundo. Lo único que podía ponerme en cuidado era el mañana; y aun esto me dejaba indiferente. Antes, hace mucho tiempo, hubo una época en que aspiraba á la felicidad y soñaba como un imbécil. Pero pasaron muchos días, y me dediqué á vivir solitario, grave, concentrado, sin sentir siquiera el frío que helaba mi corazón entumecido.

»Sabía, y me había resignado á ello, que nunca se levantaría para mí un sol mejor.

»Estaba convencido de esto por adelantado, y no me lamentaba; *porque así debía ser.* Cuando te vi por primera vez, no sospeché que me atreviera nunca á alzar los ojos hacia ti. Estaba en tu presencia como un esclavo. Mi corazón mientras tanto no temblaba, no languidecía, no te presentía: dormía aún. Aunque mi alma encontrase la serenidad al lado de su radiosa hermana, no adivinaba la tuya.

»Y cuando lo supe todo, ¿te acuerdas?—después de aquella reunión, después de aquellas palabras que me trastornaron, quedé perdido, aniquilado; todo se confundió en mí, y, ¿lo creerás?, en lugar de sentirme transportado, tenía tan poca confianza en mí, que no comprendí. Nunca te he dicho esto.

»Si hubiera podido, si me hubiera atrevido, te lo hubiera confesado hace mucho tiempo. Pero callé. Hoy te digo todo pára que no te avergüences de mi recuerdo, para que sepas de qué hombre te separas.—¿Sabes cómo te vi al principio? La pasión me había invadido como una llama; penetró en mi sangre como un veneno; confundió todos mis sentimientos y todos mis pensamientos; estaba embriagado y correspondía á tu puro amor de *piedad,* no como un igual á otro igual, no como un sér que mereciera tu amor, sino con un deseo desenfrenado y sin conciencia. No te había comprendido. Te correspondía como á una mujer *caída hasta mí,* no como á la mujer que quería elevarme hasta ella. ¿Sabes lo que sospechaba en ti? ¿Sabes lo que quiere decir ese *caída hasta mí?* No, no te ofenderé explicándotelo. Solamente te diré que te engañaste respecto de mí. ¡Nunca, jamás hubiera yo podido elevarme hasta ti! Podía contemplarte de lejos, con una adoración infinita, cuando hubiese penetrado en tus nobles sentimientos; pero este sacrificio no hubiera borrado mis faltas contigo. Mi pasión, elevada por ti, no era un amor verdadero. Temía al amor. No me hubiera atrevido á amarte. En el amor hay mutualidad, igualdad, y yo no era digno... E ignoraba lo que sentía. ¡Oh! ¿Cómo decirte esto para que me comprendas?... ¡Oh! ¡Si te acordaras de cuáles fueron mi asombro, mi confusión, mi temor, cuan-

do, calmada mi primera agitación, aclarada mi situación, no quedó en mí otra cosa que un sentimiento puro! Recordarás también que me arrojé llorando á tus pies y que, asustada, me preguntaste la causa de tan gran desconsuelo... Como no podía contestarte, guardé silencio. Pero mi alma se desgarraba, mi felicidad me abrumaba como una carga, y mis sollozos gritaban en mí: ¿Cómo he merecido esta alegría? ¡Oh hermana mía, hermana mía! ¡Cuántas veces—siempre lo ignoraste,—cuántas veces besé furtivamente tu vestido; furtivamente, porque estaba convencido de mi indignidad! Faltábame la respiración; mi corazón latía lenta y fuertemente como si quisiera pararse, morir en mi ardoroso pecho. Cuando cogía tu mano, palidecía y temblaba. Turbábame la pureza de tu alma. ¡Oh!, no puedo contarte todo, todo lo que se amontonó en mí, y, sin embargo, quisiera decírtelo. ¿Sabes que tu ternura y tu piedad me fueron á veces dolorosas? Cuando me besaste (no sucedió esto más que una vez, y lo recordaré toda la eternidad) pasó una nube por mis ojos y sentí que se fundía mi alma. ¿Por qué no morí á tus pies en aquel instante? Digo *tú*, por primera vez, aunque ya me lo habías permitido desde hacía tiempo. ¿Comprendes lo que quiero decir? ¡Quiero decirlo todo! Te diré que me has amado mucho, que me has querido como una hermana quiere á su hermano, que me has amado como á tu creación propia, porque resucitaste mi corazón, despertaste mi espíritu, derramaste en todo mi sér un bálsamo de esperanza. Pero no podía entonces hablarte así, no me atrevía. No te llamé hermana mía, porque hasta ahora no fuí tu hermano. No éramos iguales. Te habías engañado respecto de mí.

»Ya lo ves; aun en estos momentos, en estos momentos terribles, no me ocupo más que de mí solo, aunque tú pienses en mí y te atormentes por mí. ¡Oh!, no te inquietes, mi querida amiga. ¡Si supieses lo rebajado que me encuentro á mis propios ojos!

»¡Y qué ruido ha hecho el descubrimiento!—Te rechazarán por culpa mía, te despreciarán, se reirán de ti, porque yo soy

bajo á los ojos del mundo. ¡Ah! ¡Qué culpable soy por haber sido indigno de ti! Si por lo menos hubiese mostrado alguna valía, si me hubiera hecho estimar, te habrían perdonado. Pero soy bajo, nulo, ridículo, y tras de ridículo ya no hay nada. ¿Y por qué tanto escándalo? Se pusieron á gritar, y me descorazoné. Siempre fuí débil. ¿Sabes mi situación en este momento? Me burlo de mí mismo, creo que dicen la verdad, que soy ridículo, y me odio. Sí, odio mi rostro, mi sér entero, mis costumbres, mis maneras vulgares, y siempre los he odiado. ¡Oh!, perdóname mi grosera desesperación; tú misma me has enseñado á decírtelo todo. ¡Te he perdido! He atraído sobre tu cabeza la animosidad y la hilaridad generales, porque era indigno de ti. Y este pensamiento me tortura; hiere, desgarra, mata mi corazón. Creo que no has amado al hombre que realmente había en mí, ¡te has engañado!—Esto es lo que me hace sufrir. Esto me perseguirá hasta la muerte ó hasta la locura.

»Así, pues, adiós, adiós. Ahora que todo se ha descubierto, que el mundo ha hecho oir sus clamores y sus murmuraciones (los conozco); ahora que estoy rebajado á mis propios ojos, avergonzado de mí, avergonzado hasta de la elección que tú hiciste; ahora que me he maldecido, necesito huir, bajo el anatema, por tu reposo, por tu tranquilidad... Lo exigen, y no me volverás á ver. Es preciso. Había sido demasiado feliz; mi destino se había extraviado; repara su error arrebatándome lo que me diera. Nos acercamos después de habernos comprendido, y ahora nos separamos... ¿Nos volveremos á encontrar alguna vez? ¿En dónde y cuándo? ¡Oh!, di, ¿en dónde nos volveremos á encontrar? ¿En dónde te volveré á ver? ¿Y cómo te reconoceré? ¿Me reconocerás tú? Toda mi alma está llena de ti. ¡Oh! ¿Por qué, por qué esta desgracia sobre nosotros? ¿Por qué nos separamos? Explicámelo: yo no lo comprendo, no lo comprenderé nunca, no puedo comprenderlo. ¿Crees que se pueda hacer de una vida dos existencias, que se pueda arrancar uno el corazón del pecho sin morir?... ¡Oh! ¡Cuando pienso que no te volveré á ver nunca, nunca, nunca...!

»¡Dios mío! ¡Qué gritos han dado las gentes! Tengo mucho miedo por ti... He encontrado á tu marido... Los dos somos indignos de él, aun cuando no seamos culpables. Lo sabe todo, y desde hace mucho tiempo.—Se ha puesto heroicamente de tu lado; te salvará, te defenderá contra los juicios y contra los clamores de la multitud. Te quiere, te estima, es tu salvador, mientras que yo huyo.

»Me arrojé á él; quería besarle la mano... Me dijo que marchara en seguida. Está decidido. Se asegura que ha reñido con todo el mundo por causa tuya.

»Todo el mundo le censura. Le echan en cara su debilidad y su connivencia. ¡Dios mío! ¿Qué más dirán aún? Ignoran, no pueden saber, son *incapaces* de *comprender*. Perdónalos como yo les perdono. Y me han arrebatado más que á ti.

»No sé lo que te escribo. ¿De qué te hablé ayer cuando nuestro último adiós? Todo lo he olvidado ya. Estaba fuera de mí. Tú llorabas... Perdóname esas lágrimas, perdóname esas lágrimas: ¡soy tan débil, tan cobarde!

»Quería decirte algo más... ¡Oh! Bañar otra vez más, otra vez solamente, tus manos con mis lágrimas, como riego esta carta. Ponerme una vez más á tus pies. ¡Si supieran *ellos* la pureza de tu sentimiento! Pero son ciegos.

»Su corazón es orgulloso y altivo.

»No verían y no comprenderían.

»No te creerían inocente, aunque todo lo que vive en la tierra jurase que no eres culpable. Y, además, ¿acaso es asunto suyo el comprender? Pero ¿quién se atreverá á tirar la piedra? ¿Cuál será la primera mano que se alce sobre ti? ¡Oh! No se andarán en miramientos para coger miles de piedras; y se atreverán á lanzártelas, porque saben cómo hay que hacerlo. Te ejecutarán todos juntos; asegurarán al mismo tiempo que están sin pecado, y piadosamente tomarán el nuestro á su cuenta. ¡Oh! ¡Si supieran lo que hacen!

»¡Si pudiésemos decirles todo, sin ocultar nada, para que vean, oigan, comprendan y se convenzan de nuestra sinceridad!

»Pero no, no son tan malos... Estoy en este momento desesperado, y los calumnio tal vez. Te asusto con mis terrores. No temas nada, no temas nada. Te comprenderán. Te han comprendido ya... tu marido... espera.

»¡Adiós, adiós! *No te doy gracias.* ¡Adiós para siempre!

S. O.»

Quedé atónita, sin comprender lo que pasaba en mí. Abrumábame el terror. La realidad acababa de sorprenderme como un rayo en medio de la soñadora existencia que llevaba desde hacía tres años. El misterio que tenía en mi poder me encadenaba para toda la vida. ¿Cómo? Todavía no podía explicármelo. Pero sentía que en aquel momento empezaba para mí una nueva existencia. Desde aquel día entraba en un mundo que los que me rodeaban me habían cuidadosamente disimulado, ocultado... ¿Qué perturbación iba á aportar en la vida de mis bienhechores, yo, una extraña, á la que nadie pedía nada? ¿Adónde me llevaría el azar que me entregara aquel secreto? ¿Qué sabía yo? Tal vez mi nuevo papel iba á llegar á ser insoportable tanto para ellos como para mí. Me era imposible callarme y encerrar para siempre en mi corazón lo que acababa de descubrir. Pero ¿cómo lo diré? ¿Qué será de mí después de haberlo dicho? ¿De qué me había enterado, en fin? Miles de preguntas, aún confusas, surgían ante mí y me oprimían dolorosamente el corazón. Estaba convulsa.

Además, sentía otras impresiones que nunca había experimentado. Me parecía que sufría una transformación. Que mis antiguas angustias habían desaparecido y eran reemplazadas por un no sé qué, del que no podía alegrarme ni entristecerme. Mi situación presente parecía la de una persona que sale para siempre de una casa en la que llevó una vida apacible y tranquila: va á alejarse, y antes de marchar dirige un largo adiós á todo su pasado, mientras que un sentimiento triste la acongoja ante un porvenir desconocido, árido y tal vez peligroso.

Por fin estallé en sollozos y tuve una crisis de nervios. Ex-

perimentaba la necesidad de ver, de oir á alguien, de abrazarle muy fuerte. No podía, no quería permanecer más tiempo sola. Corrí á las habitaciones de Alejandra Mikailowna, y permanecí toda la velada con ella. Estábamos solas. Le pedí que no tocase el piano, y me negué á cantar, á pesar de todas sus instancias. Todo se me antojaba penoso, de repente. No podía fijar mi atención en nada. Creo que lloramos juntas. Pero de lo que me acuerdo solamente es de que la asusté. Trató de tranquilizarme. Me observaba con temor; me aseguraba que yo estaba enferma, y que no me cuidaba bastante de mi salud. Por fin, la dejé, cansada y atormentada. Me acosté, con fiebre.

Varios días pasaron sin que lograra tranquilizarme ni darme cuenta de mi situación. Por entonces, Alejandra y yo vivíamos en una soledad completa. Peter Alejandrowitch había marchado, por asuntos particulares, á Moscou, en donde había de permanecer unas tres semanas. Aunque la separación no era larga, Alejandra Mikailowna estaba muy triste. En los momentos en que estaba menos apenada, se encerraba sola: sin duda yo le era importuna. También yo buscaba la soledad. Mi cerebro trabajaba en una tensión malsana, mientras que permanecía inerte, presa de una especie de sopor. A veces transcurrían horas en largas é inquietas meditaciones. Soñaba que alguien me observaba irónicamente, que algo en mí espiaba todos mis pensamientos y me censuraba. No podía librarme de obsesiones que me torturaban sin descanso. Forjábame una idea horrible de aquella interminable vida de sufrimiento y de sacrificio que con tanta resignación había aceptado Alejandra Mikailowna, y que tan poco merecía. Parecíame que el sér á quien se había consagrado la despreciaba y se burlaba de ella. Me parecía que el criminal perdonaba al justo, y mi corazón se angustiaba. Hubiera querido librarme de tales sospechas. Anatematizaba al desconocido de la lucha, y me detestaba por esperar semejante sentimiento respecto de un hombre á quien no debía juzgar por tan débil prueba.

Analizaba aquellas frases, aquellos últimos gritos de supre-

mos adiós. Me representaba á aquel hombre, *á aquel sér inferior,* y trataba de adivinar el sentido inquietante de estas palabras: «No soy tu igual», y, sobre todo, éstas me sorprendían: «Soy ridículo, y hasta yo mismo me avergüenzo de la elección que has hecho». ¿Qué significaba esto? ¿Cuáles eran las personas á que aludía? ¿De qué se desconsolaba? ¿Qué perdían ella y él? Y haciendo un violento esfuerzo, me puse á releer aquella carta que me trastornaba el alma, pero cuyo sentido íntimo era tan extraño y tan enigmático para mí. La carta se me cayó de las manos, y permanecí en una agitación febril...

...Todo aquello debía seguramente desenlazarse de una manera ó de otra; pero cuando entreveía una salida, me parecía temible.

Estaba casi enferma, cuando vi un día que regresaba de Moscú Peter Alejandrowitch. Su mujer corrió á su encuentro con un grito de alegría. Yo no me moví. Recuerdo que me sorprendió desagradablemente mi repentina agitación. No pudiendo contenerme, me refugié en mi cuarto. No comprendía mi temor, pero tenía miedo. Al cuarto de hora de la llegada me llamaban para entregarme una carta del príncipe.

En la sala encontré á un desconocido que había llegado de Moscú con Peter Alejandrowitch, y, por lo que se dijo, supe que el recién llegado iba á pasar algún tiempo en casa. Era un hombre de confianza enviado por el príncipe á Petersburgo para arreglar algunos importantes asuntos de familia, de los que se había ya ocupado mucho Peter Alejandrowitch.

Al entregarme la carta del príncipe, añadió aquel hombre que la princesita había querido escribirme también. Afirmó hasta el último momento que tendría la carta escrita sin falta en el momento oportuno. Pero á última hora manifestó que no tenía nada que decir, que no se podía expresar lo suficiente en una carta, que había emborronado cinco pliegos para después romperlos, y que además era preciso volver á ser amigas para mantener una correspondencia regular. La princesita encargó también al mensajero que me anunciase su pró-

xima visita. La esperé durante mucho tiempo... y no la volví á ver nunca.

A mis impacientes preguntas el enviado me respondió que, efectivamente, toda la familia iba á venir á Petersburgo. Esta noticia me colmó de alegría. Me apresuré á volver á mi cuarto, me encerré, y, llorando, abrí la carta del príncipe. Me prometía una entrevista próxima y me felicitaba con gran bondad por mi nuevo talento. Bendecía mis futuros triunfos, comprometiéndose á facilitarlos. Redoblaron mis lágrimas con la lectura de tan gratísima carta, y al mismo tiempo me sentí invadida por una punzante tristeza. ¿Por qué? No lo sabía, y temblaba como ante un funesto presentimiento.

Transcurrieron varios días. En el cuarto próximo al mío, en donde se instalaba el secretario de Peter Alejandrowitch, trabajaba ahora por la mañana, y á veces por la noche hasta las doche, el forastero. Encerrábase á menudo con Peter Alejandrowitch en el despacho de éste, y permanecían mucho tiempo juntos.

Un día, después de comer, Alejandra Mikailowna me envió á buscar á su marido para preguntarle si quería tomar el té con nosotras. No encontrándole en el despacho, y suponiendo que no tardaría en llegar, me senté á esperarle. En una pared había un retrato del dueño de la casa. Me estremecí de repente al ver aquel retrato, y en medio de una incomprensible turbación me puse á mirarle con fijeza. Estaba colocado muy alto, cerca del techo. La habitación, además, estaba tan á obscuras, que para verle mejor acerqué una silla y me subí á ella. Quería encontrar allí algo como una solución de mis dudas. Recuerdo que los ojos del retrato me impresionaron sobre todo. Me dí inopinadamente cuenta de que nunca había visto los ojos de Peter Alejandrowitch, ocultos constantemente tras las gafas.

Aquella mirada velada me había sido siempre antipática é insoportable: era como una prevención que se justificaba en aquel momento. Mi imaginación estaba sobrexcitada en alto grado.

Me pareció, de repente, que sus ojos se apartaban de los míos y trataban de evitarlos; se recataba para que no se viese su mentira y su falsía. Creí haber adivinado algo. Me inundó una secreta alegría. Se escapó de mi pecho un débil grito. En aquel mismo instante percibí un roce tras de mí. Me volví, y me encontré enfrente de Peter Alejandrowitch, que me miraba atentamente. Me pareció que se ruborizaba. Mi rostro se puso como la grana, y salté de la silla.

—¿Qué hace usted aquí?—me preguntó severamente.—¿Por qué está usted aquí?

No supe qué responder. Algo repuesta, le transmití penosamente la invitación de Alejandra Mikailowna. No recuerdo lo que me contestó, ni cómo salí del despacho. Pero al llegar al lado de Alejandra Mikailowna había olvidado por completo la respuesta de su marido, y declaré, al azar, que iba á venir.

—Pero ¿qué tienes, Netochka?—preguntó ella.—Estás sofocada. Mírame. ¿Qué tienes?

—No sé... he venido de prisa...—contesté.

—Pero ¿qué te ha dicho Peter Alejandrowitch?

Guardé silencio.

En aquel momento se oyeron los pasos de Peter Alejandrowitch, y me marché de la habitación.

Esperé dos horas, presa de profunda angustia. Vinieron, por fin, á decirme que Alejandra Mikailowna me llamaba. La encontré silenciosa, preocupada.

Cuando entré me miró con viveza y fijamente, pero en seguida bajó los párpados. Parecía confusa.

Noté que se encontraba en mala disposición de espíritu; habló poco, evitó mirarme y, para eludir la contestación á las preguntas de Buvarov, se quejó de dolor de cabeza. Peter Alejandrowitch hablaba con animación, pero únicamente con Buvarov. Alejandra Mikailowna se acercó distraídamente al piano.

—Cántenos usted algo—me dijo el gran músico.

—Sí, Annetta; canta eso nuevo que sabes—añadió Alejandra Mikailowna.

La miré: me contemplaba con ansiedad.

No pude decidirme; en vez de acercarme al piano y de cantar cualquiera cosa, no me moví de mi sitio, y me negué terminantemente.

—¿Por qué no quieres cantar?—me preguntó Alejandra Mikailowna, mirándonos alternativamente á su marido y á mí.

Aquellas palabras concluyeron con mi paciencia. Me levanté muy agitada; pero ya sin ocultarlo, y con la voz temblorosa, repetí con arrebato que no quería, que no podía, que me sentía mal. Al hablar así, miré curiosamente y con aire de desafío á todos los que me rodeaban. Dios sabe lo que hubiera dado por encontrarme sola en mi cuarto en aquellos momentos.

Buvarov pareció asombrado. Alejandra Mikailowna, visiblemente contrariada, guardó silencio. Peter Alejandrowitch se levantó de pronto, pretextando que tenía que hacer, y, descontento por haber perdido el tiempo, se retiró en seguida, diciendo que tal vez volvería. Estrechó, sin embargo, la mano de Buvarov en señal de despedida, por si acaso.

—¿Pero qué tiene usted?—me preguntó Buvarov.—La verdad es que parece que está usted enferma.

—Sí, me siento mal, muy mal—respondí con brusquedad.

—Efectivamente, estás pálida. Y hace un momento estabas muy encarnada—observó Alejandra Mikailowna.

—¿Y qué?—dije mirándola fijamente á los ojos.

La pobre mujer no pudo soportar mi mirada; bajó los ojos como una culpable, y se colorearon sus mejillas pálidas.—Le cogí una mano y se la besé. Pareció muy contenta.

—Perdóname el haber sido hoy una niña mala—exclamé profundamente conmovida.—Pero aseguro que me siento mal. Permíteme que me retire.

—Todos somos unos niños—declaró ella con tímida sonri-

sa.—Sí; también yo soy una chiquilla, peor, mucho peor que tú—añadió en voz baja en mi oído.—Adiós, que te alivies. Te ruego que no te enfades conmigo.

—¿Por qué había de enfadarme?—pregunté asombrada por aquella confesión ingenua.

—¿Por qué? ¿Por qué? Porque soy así, Netotchka. No sé lo que digo... Adiós; eres mejor que yo. Eres más inteligente que yo... Soy peor que una niña.

—Bueno, basta—exclamé con emoción.

La volví á besar, y salí apresuradamente de la sala.

Me encontraba á la vez muy irritada y muy triste. Me echaba en cara el ser tan impaciente y saber tan poco dominarme; me dormí, por fin, descontenta de mí misma y llena de inquietud.

Al despertarme por la mañana, recordé en seguida lo ocurrido la víspera: nos habíamos engañado mutuamente; de nada habíamos forjado una historia. Todo lo sucedido debía ponerse á cuenta de nuestra inexperiencia en analizar nuestras impresiones anteriores. Comprendía que lo que me preocupaba era la carta, que excitaba mi imaginación, y resolví no volver á pensar en ella. Ante una solución tan fácil, y convencida de que cumpliría la promesa que me había hecho, marché á la lección muy bien dispuesta. El aire de la mañana refrescaba mis ideas. Me gustaba mucho aquel paseo matinal. A eso de las nueve, la ciudad comenzaba á animarse y tomar su aspecto diario. Por lo general, atravesábamos las calles más animadas. La decoración en que empezaba mi vida artística me entusiasmaba. Pasaba entre los transeuntes de severos y preocupados rostros, con el cuaderno bajo el brazo y con la vieja Natalia á mi lado, preguntándome cuáles podían ser las reflexiones de mi acompañante. Por fin llegaba á casa de mi profesor: era medio italiano medio francés; no se sabía á punto fijo su nacionalidad. A veces se mostraba entusiasta; pero, por lo general, era pedante. Todo me distraía y me hacía reir ó reflexionar. Aunque tímida, la vida de artista me complacía. El

contraste entre la vida cuotidiana, llena de menudos cuidados, y el arte á que me dedicaba, me agradaba, me entusiasmaba.

Con la esperanza apasionada de triunfar, hacía castillos en el aire; me forjaba un porvenir magnífico, y á menudo, al volver de la lección, me sentía inflamada por mis fantasías. En una palabra: era casi feliz.

Aquella mañana me encontraba precisamente en dicha disposición de espíritu cuando volví á casa, á las diez. Lo había olvidado todo soñando con magníficos proyectos. De repente, al subir la escalera, me estremecí como si me hubiera quemado algo. Oía la voz de Peter Alejandrowitch, que bajaba. La sensación desagradable que me invadió fué tan fuerte, me volvió con tanta viveza el recuerdo de la noche anterior, que no pude ocultar mi turbación. Le saludé con una ligera inclinación de cabeza, pero mi rostro estaba sin duda expresivo; se detuvo ante mí, asombrado. Al ver aquel movimiento, me puse encarnada y subí apresuradamente. Murmuró él algo que no entendí, y siguió su camino.

No podía comprender lo que experimentaba. Mis ojos se llenaban á cada instante de lágrimas de despecho. Sentía que odiaba al marido de Alejandra Mikailowna, pero al mismo tiempo desesperaba de mí misma. Esta perpetua agitación me ponía seriamente enferma. No era dueña de mí. Estaba irritada contra todo el mundo. Me encerré en mi cuarto.

Alejandra Mikailowna vino á verme. Por poco lanza un grito de espanto cuando me vió. Estaba yo tan pálida, que al mirarme en el espejo me asusté yo misma. Alejandra Mikailowna pasó una hora cuidándome como á una hija.

Pero sus cuidados me entristecían, sus caricias me eran penosas; no tardé en rogarla que me dejara sola. Salió muy asombrada. Por fin, mi tristeza se disipó en un torrente de lágrimas. Por la noche me encontraba mejor.

Me encontraba mejor porque había tomado la resolución de ir á ver á Alejandra Mikailowna, echarme á sus pies, de-

volverle la carta perdida y confesarle todo: mis torturas, mis dudas; quería estrechar con infinita pasión á la pobre mártir, repetirle que era yo su hija, su amiga, que mi corazón se abría ante ella, que debía mirarse y ver todo el ardiente é inquebrantable cariño que por ella atesoraba. Sabía, presentía que era yo el único sér en quien pudiera ella explayar su corazón. Comprendía su pesar, pero mi corazón se llenaba de indignación ante la idea de que pudiera avergonzarse delante de mí... Mi pobre... mi pobre... ¿serás una pecadora?

Esto es lo que quería decirla llorando á sus pies. Experimentaba una inmensa necesidad de justicia, y una especie de delirio guiaba mis resoluciones.

Un azar inesperado impidió esta explicación.

He aquí lo que sucedió:

Al dirigirme á las habitaciones de Alejandra Mikailowna, encontré á Peter Alejandrowitch; pasó ante mí sin verme. Me paré. Era el último á quien hubiese pensado encontrar en semejante momento. Iba á retirarme: la curiosidad me detuvo.

Se paró un momento ante el espejo, se arregló el pelo, y, con gran asombro mío, se puso á tararear una canción. En el mismo instante acudió á mi mente un recuerdo oscuro de mi infancia.

Para comprender la extraña sensación que experimenté, necesito contar ese recuerdo.

En el primer año de mi estancia en aquella casa, un acontecimiento insignificante me produjo una profunda impresión. Y justamente aquel hecho se reproducía en las mismas circunstancias.

Ya he dicho que el aspecto sombrío y reservado de Peter Alejandrowitch me había llamado penosamente la atención desde luego. ¡Cuánto sufrí en las horas transcurridas durante el té de Alejandra Mikailowna, y qué pena sentí al presenciar en varias ocasiones escenas muy frecuentes entre los dos esposos! Recordé que ya una vez le había encontrado, como entonces, en el mismo cuarto, á la misma hora. Nos di-

rigíamos los dos á las habitaciones de Alejandra Mikailowna. Me sentí llena de timidez al verle, y me oculté en un rincón como una culpable. También en aquella ocasión se paró ante el espejo, y me hizo estremecer una sensación indefinible.

Me pareció que cambiaba de cara; por lo menos le vi una sonrisa en el momento de acercarse al espejo. No le conocía esa sonrisa, porque jamás sonreía delante de su mujer. Su rostro se transformó bruscamente en cuanto se vió en el espejo. La sonrisa se trocó en un gesto de pesar. Los labios cambiaron de color. Frunció las cejas, y volvió á ser el hombre desagradable de todos los días. Por último, tras una rápida inspección de su persona, bajó la cabeza con aire abrumado.

Después de esta segunda transformación, se dirigió de puntillas al cuarto de su mujer.

En la ocasión á que aludo, como en la otra remota, se creyó solo al pararse ante el mismo espejo. Cuando le oí tararear (¡cantar él!) quedé estupefacta, con el corazón oprimido. Mis nervios estallaron y lancé una carcajada tal, que él dió un grito, se volvió muy pálido, como un criminal sorprendido en flagrante delito, y me miró lleno de ira. Aquella mirada me trastornó. Seguí riendo nerviosamente. Pasé por delante de él y entré tranquilamente en el gabinete de su mujer. Él se quedó tras el portier, vacilando. Hubiese apostado que no entraría. No entró, en efecto.

Al verme entrar, Alejandra Mikailowna me miró largo rato con aire de profunda estupefacción, y me preguntó qué me había sucedido. No supe qué contestar. Comprendió, por fin, que me encontraba mal, y me examinó con inquietud.

Me apoderé de sus manos y las llené de besos. Comprendí en aquel momento todo el daño que me hubieran hecho mis confesiones, felizmente impedidas por mi encuentro con su marido.

Entró Peter Alejandrowitch.

Le miré. Estaba grave y sombrío como siempre, y parecía no acordarse ya de lo que acababa de pasar. Pero en su pali-

dez, en un ligero temblor de sus labios, comprendí que le costaba trabajo disimular su turbación.

Saludó á su mujer en silencio y con frialdad, y se sentó. Cuando tendió la mano para tomar su taza de té, vi que temblaba. Esperé una explosión.

Se me ocurrió salir, pero no pude decidirme al observar la palidez y el temor de Alejandra Mikailowna. Evidentemente esperaba algo anormal y terrible. Por fin, la tempestad que yo esperaba estalló.

En medio de un profundo silencio, mis ojos se encontraron por casualidad con la mirada de Peter Alejandrowitch fija en mí. Me estremecí y bajé la cabeza. Alejandra Mikailowna observó mi acción.

—¿Qué tiene usted? ¿Por qué se ruboriza?—me preguntó Peter Alejandrowitch con tono seco y brutal.

Guardé silencio; mi corazón latía con tanta fuerza, que no podía pronunciar una palabra.

—¿Por qué se ha puesto encarnada? ¿Por qué se pone siempre así?—añadió él dirigiéndose á su mujer y designándome con una mirada insolente.

La indignación me oprimió la garganta. Dirigí una mirada suplicante á Alejandra Mikailowna.

—Annetta—me dijo ella con voz firme,—vete á tu cuarto. Allí iré yo en seguida. Pasaremos juntas la velada.

—Le he hablado á usted... ¿me ha comprendido?—exclamó Peter Alejandrowitch, como si no hubiese oído á su mujer.—¿Por qué se pone usted encarnada cuando me encuentra? Responda.

—Porque la obligas á ruborizarse y á mí también...—replicó Alejandra Mikailowna con voz entrecortada por la emoción.

Miré con asombro á Alejandra Mikailowna. No comprendí la viveza de su salida.

—¿Que soy yo quien te hace ruborizar? *¿Yo?*—exclamó Peter Alejandrowitch y pronunciando con fuerza la palabra *yo*.—

¿Que te pones encarnada por mi causa? Por lo demás, sí, ¡quien tiene que ruborizarse eres tú y no yo! ¿Qué te parece?

¡Qué clara era para mí esta frase! La acompañó una sonrisa tan irónica, y fué dicha con un tono tan rudo, que dí un grito y me precipité á Alejandra Mikailowna.

El asombro, la estupefacción, el reproche, el terror se pintaron alternativamente en el rostro mortalmente pálido de la pobre mujer. Miré á Peter Alejandrowitch juntando las manos en ademán suplicante. Pareció comprender que se había extralimitado. Pero la rabia que le dictó la frase no se había calmado. Sin embargo, mi silencioso ruego le dejó confuso.

Mi gesto le decía claramente que no ignoraba el sentido de sus palabras.

—¡Annetta!, vete á tu cuarto—dijo Alejandra Mikailowna con voz débil, pero segura.—Necesito quedarme sola con Peter Alejandrowitch.

Parecía tranquila, pero temía yo más aquella tranquilidad aparente que una violenta agitación. Hice como si no hubiese oído, y no me moví.

Me esforcé por leer en el rostro de la pobre mujer lo que pasaba en ella. Me pareció que no había comprendido ni mi exclamación ni mi acto.

—Ahí tiene usted lo que ha hecho, señorita—dijo Peter Alejandrowitch cogiéndome las manos y señalándome á su mujer.

¡Dios mío! Nunca había visto una desesperación parecida á la que leí en aquel abatido rostro. Me cogió de la mano y me condujo afuera de la habitación. Les miré por última vez: Alejandra Mikailowna estaba apoyada en la chimenea, y se oprimía la frente con las manos. La torsión de su cuerpo revelaba un espantoso sufrimiento. Estreché fuertemente la mano de Peter Alejandrowitch.

—¡En nombre de Dios, en nombre de Dios!—exclamé con voz convulsa.—¡Piedad!

—No tenga usted cuidado—respondió con acento particular.—Es una crisis. Váyase.

Me eché en el diván de mi cuarto, y me tapé la cara con las manos para estar en la oscuridad. Así estuve tres horas, sufriendo todos los tormentos del infierno. Por fin, no pudiendo contenerme, mandé á pedir permiso para ver á Alejandra Mikailowna. La señora Leotard me trajo la respuesta.

Envióme á decir Peter Alejandrowitch que la crisis había pasado, que no había peligro, pero que el estado de Alejandra Mikailowna exigía un reposo absoluto. Permanecí en pie hasta las tres de la mañana, yendo y viniendo por mi cuarto. Mi situación era más problemática que nunca. Sin embargo, me sentía más tranquila, tal vez porque era la más culpable. Me acosté, esperando el día con impaciencia.

Al día siguiente observé con asombro en Alejandra Mikailowna una inexplicable frialdad hacia mí. Creí al principio que aquel puro y noble corazón experimentaba cierta contrariedad en volverme á ver después de la escena de la que fuí testigo involuntario. Sabía que aquella criatura era capaz de avergonzarse ante mí y de excusarse por el escándalo de la víspera. Pero no tardé en encontrar en ella signos de otra preocupación y de un despecho que me mostraba con gran torpeza. Respondíame secamente, ó bien sus palabras tenían un doble sentido ofensivo para mí; y á veces se mostraba tierna y parecía arrepentirse del daño que acababa de hacerme. Le pregunté, por fin, en qué pensaba y si no tenía algo que confiarme. Esta repentina pregunta la turbó; pero en seguida, alzando hacia mí sus ojos grandes y serenos, me contestó con cierta sonrisa:

—Nada, Netotchka. Pero tu pregunta inesperada me ha turbado, porque me la has hecho con demasiada brusquedad. Oye, dime la verdad, hija mía. ¿Tienes algo en el corazón que te perturbase, si te pidiesen de una manera tan inesperada que te explicases?

—No—contesté mirándola con mirada clara.

—Tanto mejor. ¡Si supieses, amiga mía, lo que te agradezco esa grata respuesta! No es que sospeche nada malo. ¡Ja-

más! No me perdonaría el haberlo solamente pensado. Pero oye: te recogí en mi casa cuando eras una niña. Ahora tienes diez y siete años. Tú misma has visto que estoy enferma, que estoy como una niña. Necesito que me cuides. No he podido reemplazar por completo á tu madre, aunque te quiero lo necesario para haber deseado hacerlo. Si ahora me inquieta algo, no es, seguramente, culpa tuya, sino mía. Perdóname, pues, mi pregunta y el no haber podido, á mi pesar, cumplir todas las promesas que te hice, así como á mi padre, al recibirle aquí. Esto me atormenta y me ha atormentado á menudo, amiga mía.

La estreché entre mis brazos, llorando.

—¡Oh! Gracias, gracias por todo—exclamé.—No me hable usted así. Usted ha sido para mí más que una madre. ¡Que Dios la bendiga á usted y al príncipe por lo que han hecho por mí, pobre abandonada! ¡Mi pobre, mi querida madre!

—Anda, Netotchka. Abrázame más fuerte, más fuerte todavía, más. ¿Sabes que me parece que te abrazo así por última vez?

—¡No, no!—exclamé sollozando.—¡No, eso no será! Será usted feliz... Todavía lucirán buenos días para usted. Créame, seremos dichosas.

—Gracias, gracias, por quererme táuto. Hay tan poco corazón á mi alrededor... Todo el mundo me ha abandonado.

—¿Quién te ha abandonado? ¿Quién?

—Hubo un tiempo en que estaba muy atendida. Tú no sabes, Netotchka. Todos me han abandonado. Todos han desaparecido como fantasmas. Y yo he esperado siempre que volverían, he esperado toda mi vida. ¡Que Dios los perdone! Mira, Netotchka, el otoño está ya muy avanzado. La nieve va á llegar: moriré entonces. Sí, pero no lo siento. Adiós.

Su rostro estaba horriblemente pálido y tirante; en cada una de sus mejillas veíase una roseta de mal presagio; sus labios, marchitos, desecados por una fiebre devoradora, temblaban constantemente, como agitados por el postrer estremecimiento.

Se acercó al piano y tocó unos acordes. En aquel instante se rompió una cuerda, y el són expiró lentamente, como un suspiro desesperado.

—¿Has oído, Netotchka, has oído?—dijo de repente Alejandra Mikailowna con inspirado acento, mostrándome el piano.—Esta cuerda estaba demasiado tendida: ha muerto. Escucha cómo su voz expira lastimosamente.

Hablaba con dificultad. Sus dolores íntimos se reflejaban en su rostro, y sus ojos se velaban de lágrimas.

—Pero dejemos esto, Netotchka, amiga mía; dejemos esto. Vé á buscar á mis nenes.

Fuí á buscarlos. Mirándoles, pareció serenarse. Al cabo de una hora les dejó marchar.

—Cuando muera, no los abandonarás, ¿verdad, Annetta?—me dijo en voz baja, como si temiera ser oída.

—No diga usted esas cosas: me acongoja usted—la contesté, sin fuerza apenas para articular estas cuantas sílabas.

—Era en broma—me dijo, sonriendo, tras un silencio;—no lo tomes en serio. ¿No sabes que á veces hablo Dios sabe cómo? Soy una niña: hay que perdonarme todo.

Me miraba tímidamente. Se hubiese dicho que tenía que hacerme alguna penosa confidencia. Esperé.

—Ten mucho cuidado de no asustarle—dijo de pronto, poniéndose encarnada y con voz tan baja que apenas la oí.

—¿A quién?—pregunté con asombro.

—A mi marido. Tal vez se lo irás á decir todo.

—¡Cómo! ¿Por qué?—dije, en el colmo del asombro.

—También puede ser que no le digas nada: ¿quién sabe?—contestó, tratando de mirarme lo más maliciosamente posible, aunque su sonrisa cándida permaneciese en sus labios y se pusiera cada vez más encarnada.—No hablemos más de esto. Es una broma.

Mi corazón experimentaba una sensación dolorosísima.

—Pero oye—añadió; y su rostro se puso serio y misterio-

so:—¿les querrás, no es verdad, cuando haya muerto? Les querrás como si fueran tus propios hijos, ¿no es así? Acuérdate de que te he querido siempre como á uno de mi familia, que no te he separado de los míos.

—¡Sí, sí!—respondí sofocada por el esfuerzo que hacía para contener mis lágrimas, y sin saber lo que decía.

Un ardiente beso quemó mi mano antes de que hubiera tenido tiempo para retirarla. La estupefacción me cortó la palabra.

—¿Qué tiene?—pensé.—¿En qué piensa? ¿Qué ocurrió ayer entre ellos?

Inmediatamente se quejó de una gran laxitud.

—Hace mucho tiempo que estoy enferma—me dijo,—pero no quería asustaros. Me queréis tánto... Ahora déjame; hasta luego, Netotchka. Pero no dejes de venir esta noche. ¿Vendrás?

Lo prometí. Tenía prisa por salir: no hubiera podido contener mis lágrimas por más tiempo.

—¡Pobre, oh pobre mujer!—exclamé sollozando.—¡Qué sospechas te acompañan á la tumba! ¡Qué nuevo pesar martiriza tu corazón! Ni te atreves á hablar de él... ¡Dios mío! ¡Quién podría explicar ese prolongado sufrimiento que me acaba de confesar, esa vida sin luz y ese amor tímido que no se ha atrevido nunca á pensar nada! Aun ahora mismo, ahora, casi en su lecho de muerte, con el corazón lleno de angustia, está ahí, como una culpable, evitando el menor ruido, prohibiéndose toda queja é imaginándose, inventándose un dolor nuevo, para someterse, para resignarse á él...

Al atardecer, aprovechando la ausencia de Ovroff (el enviado de Moscou), entré en la biblioteca; abrí un armario, y me puse á elegir un libro para leer en alta voz á Alejandra Mikailowna. Quería, para quitarla sus negras ideas, algo ligero...

Busqué largo rato, distraídamente. A medida que aumentaban las sombras, mi tristeza se hacía más abrumadora... Me

encontré en la mano el mismo libro, abierto por la misma página en donde estaba la carta que no se apartaba de mi memoria, la misteriosa carta que había partido mi vida en dos partes, terminando la una y empezando la otra.

¡Cuánto me había perturbado el corazón! ¡Qué mundo de desconocida desolación me había revelado!

—¿Qué va á suceder?—pensé.—El rincón en que he sido feliz va á serme extraño. El espíritu puro y sereno que protegía mi juventud me abandona. ¿Qué es lo que me espera en el porvenir?...

Y me puse á pensar en aquel pasado que me era grato y en aquel terrible porvenir que trataba de adivinar... Recuerdo aquel instante como si lo viviese en este mismo momento: de tal manera se quedó grabado en mi memoria.

Continuaba con el libro abierto por el sitio de la carta, y mi rostro estaba bañado de lágrimas. De repente me estremecí de terror. Oí detrás de mí *la voz demasiado conocida,* y sentí, al mismo tiempo, que me arrebataban la carta. Dí un grito y me volví. Peter Alejandrowitch me cogió y me apretó fuertemente un brazó para que no me moviera. Con la mano derecha acercaba la carta á la luz y se esforzaba por descifrar las primeras líneas... Me puse á gritar. Hubiera preferido la muerte antes que dejarle aquella carta. Veía en su sonrisa triunfante que había conseguido leer las primeras líneas, y me desesperaba... Transcurrió un minuto; de pronto, sin saber lo que hacía, me arrojé sobre él y le arranqué la carta. Todo esto había sido tan precipitado, que ni yo misma me explicaba cómo me encontraba de nuevo en posesión del fatal papel. Viendo que quería volvérmelo á quitar, lo guardé en mi pecho y retrocedí tres pasos. Durante medio minuto nos miramos sin hablar. Por fin, lívido, con los labios temblorosos y azulados por la cólera, fué el primero en romper el silencio.

—Vaya—dijo con voz ahogada por la ira y la emoción,—supongo que no querrá usted que emplee la fuerza. Entréguemе esa carta.

Me repuse. La repugnancia contra aquella violencia, la indignación, la vergüenza me sofocaban.

Lágrimas ardientes corrían por mis mejillas. Mi agitación era tan violenta, que tardé en poder contestar.

—¿Ha oído usted?—dijo él dando un paso hacia mí.

—¡Déjeme, déjeme!—exclamé.—Se ha conducido usted con bajeza, innoblemente... Déjeme usted pasar.

—¿Cómo? ¿Qué significa esto? ¿Cómo se atreve usted á emplear ese tono después de...? ¡Entrégueme esa carta, le digo!

Dió otro paso. Pero él mismo leyó en mis ojos una decisión tan firme, que se contuvo y tomó tiempo para reflexionar.

—Está bien—dijo por fin, como si hubiese tomado un partido. Pero se veía que se contenía á duras penas.—Todo se andará—añadió,—y por de pronto...

Miró en rededor.

—¿Quién la ha dejado entrar en la biblioteca? ¿Por qué está abierto el armario? ¿En dónde ha cogido usted la llave?

—No le responderé, no quiero hablarle. Déjeme.

Y me dirigí hacia la puerta.

—Permítame—dijo cogiéndome una mano:—no saldrá usted así.

Desprendí silenciosamente mi mano é hice un nuevo movimiento hacia la puerta.

—Bueno, perfectamente; pero no puedo permitir á usted que reciba las cartas de sus amantes en mi casa.

Lancé un grito de horror.

—Por consiguiente...—añadió.

—¡No siga!—exclamé.—¿Cómo puede usted decirme...? ¡Dios mío, Dios mío!

—¿Qué? ¿qué es esto? ¿Me amenaza usted otra vez?

Le miré, pálida, con la muerte en el corazón. No me explicaba cómo aquella espantosa escena había podido alcanzar tan pronto un grado tal de intensidad. Le supliqué con la mirada que no continuase. Estaba dispuesta á perdonarle la

ofensa, con tal de que no siguiese. Me miró fijamente y pareció vacilar.

—No me haga usted perder el juicio—le dije en voz baja.

—No, hay que acabar—dijo con tono decidido.—La confieso—añadió con sonrisa extraña—que al pronto me ha hecho vacilar su mirada. Por desgracia, el asunto es demasiado claro. He podido leer el principio de la carta: es una carta de amor; no me hará usted creer lo contrario; que se la quite eso de la cabeza. Si he vacilado, esto prueba solamente que á todos sus talentos hay que añadir el de representar bien una comedia. Por consiguiente, la repito...

A medida que hablaba, el furor descomponía su rostro. Se ponía cada vez más lívido. No pudo sino balbucear las últimas palabras.

Hacíase noche. Yo estaba sin defensa, sola, ante un hombre capaz de ultrajar á una mujer. Por lo demás, todas las pruebas estaban contra mí. Me moría de vergüenza, me sentía perdida; pero no podía comprender el furor de aquel hombre. Sin contestarle, loca de terror, salí de la habitación y llegué, sin saber cómo, hasta la puerta del gabinete de Alejandra Mikailowna. En aquel momento oí los pasos de Peter Alejandrowitch, y quise entrar para librarme de él; pero me paré en seco.

¿Qué va á ser de ella?, pensé. ¡Esta carta!... No; todo antes que este último golpe sobre su corazón... Y retrocedí; pero ya era tarde: él estaba á mi lado.

—Vamos adonde usted quiera, pero no aquí—le dije en voz baja y cogiéndole una mano.—Evítela usted esto. Vamos á la biblioteca ó adonde se le antoje... La mataría usted.

—Usted es quien la mata—respondió rechazándome.

Todas mis esperanzas se desvanecieron. Comprendí que precisamente quería continuar la escena ante Alejandra Mikailowna.

—¡Por Dios!—le dije una vez más, conteniéndole con todas mis fuerzas... Pero se alzó el tapiz y apareció ella. Nos

miró con estupor. Su rostro estaba más pálido que de costumbre. Sosteníase trabajosamente en pie. Se veía que había hecho un gran esfuerzo para llegar hasta nosotros cuando oyó mi voz.

—¿Qué hay? ¿de qué hablabais?—preguntó examinándonos con una especie de vago temor.

Hubo un silencio de algunos instantes. Ella palideció más. La estreché con fuerza entre mis brazos, y la llevé al fondo del gabinete. Él nos siguió. Escondí el rostro en el pecho de Alejandra, y la estreché más fuertemente.

—¿Qué tienes? ¿Qué tenéis?—preguntó por segunda vez.

—Ruégale que te lo diga... Ayer mismo le prohibiste...—dijo Peter Alejandrowitch, sentándose pesadamente en una butaca.

—Pero ¿qué hay?—dijo Alejandra, aterrorizada.—Tú estás irritado, ella está asustada, llora... Annetta, dime todo lo que ha pasado entre vosotros.

—No; permite antes—dijo Peter Alejandrowitch adelantándose y separándome de Alejandra Mikailowna.—Permanezca usted ahí—añadió, indicándome el medio de la habitación.—Quiero que la que la ha servido de madre la juzgue. Y tú tranquilízate, siéntate—dijo á su mujer, conduciéndola á una butaca.—Me es penoso no poder dispensarte de una explicación desagradable, pero necesaria.

—¡Dios mío! ¿Qué va á suceder?—dijo Alejandra Mikailowna mirándonos alternativamente á su marido y á mí.

Me retorcía las manos en espera del minuto fatal. Sabía que no me perdonaría.

—En una palabra—dijo Peter Alejandrowitch,—vas á juzgar conmigo. Hace tiempo que, no sé por qué, se te ocurrió una idea... Ayer mismo... La verdad es que no sé cómo expresarme, porque tus suposiciones me avergüenzan. En una palabra: la defendías, te ponías contra mí, me censurabas una severidad fuera de lugar, y hasta aludías á *otro sentimiento* que podía ser la causa de esa severidad fuera de lugar. Tú... No comprendo por qué no puedo hacerme superior á... Me sonrojo al pensar en

tus suposiciones. ¿Por qué no he de decir abiertamente delante de ella? En una palabra, tú...

—¡Oh! No dirás eso, no lo dirás—dijo, interrumpiendo, Alejandra Mikailowna, en el colmo de la inquietud y roja de vergüenza.—No digas. Todo ha sido una invención mía; pero ya no tengo sospechas, ni una sola. Perdóname, estoy enferma. Hay que perdonarme y no decir eso, no... Annetta—añadió, dirigiéndose á mí,—Annetta, vete; estaba de broma, y la única culpable soy yo.

—En una palabra, estabas celosa de ella por mí—dijo Peter Alejandrowitch, lanzando sin piedad la frase.

Alejandra dió un grito, y se agarró al sofá casi desfallecida.

—Dios te perdone — murmuró. — Perdóname, Netotchka; perdónanos. Yo soy la primera culpable; estaba enferma, yo...

—Esto es una tiranía vergonzosa, la más vil—grité fuera de mí, y comprendiendo por qué quería humillarme tanto á los ojos de su mujer.—Esto es indigno, caballero; usted...

—¡Annetta!—imploró Alejandra Mikailowna cogiéndome las manos.

—¡Comedia, y nada más que comedia!—dijo Peter Alejandrowitch adelantándose hacia nosotras con extraordinaria agitación. — Comedia te digo—añadió, mirando á su mujer fijamente y con cruel sonrisa,—y la engañada en esta comedia eres tú. Créeme—añadió, tartamudeando de rabia y designándome con la mirada.—No somos tan inocentes que nos ofendamos, nos ruboricemos y nos tapemos los oídos cuando se habla de ciertas cosas. Perdona mi manera sencilla, franca y tal vez brutal de expresarme, pero es preciso. ¿Estás segura de la buena conducta de esta... señorita?

—¡Dios mío! Pero ¿qué dices?—exclamó Alejandra Mikailowna como petrificada por el asombro.

—Nada de escenas, te lo ruego—dijo Peter Alejandrowitch con desdén:—no me gustan. El asunto que nos ocupa no puede ser más vulgar. Te pido informes sobre la conducta de esta señorita. ¿Sabes...?

Pero no le dejé concluir. Le cogí de una mano y le llevé rápidamente aparte. Un momento más, y todo estaba perdido.

—No hable usted de la carta—dije apresuradamente en voz baja.—La mataría usted instantáneamente. Las censuras que me dirigiese usted la herirían á ella. No puede juzgarme, porque lo sé todo... ¿Comprende usted? lo sé *todo*.

Miróme fijamente con ardorosa curiosidad, y pareció confuso. Se le subió la sangre á la cara.

—Lo sé *todo, todo*—repetí.

Vacilaba aún; flotaba una pregunta en sus labios: me adelanté.

—Diré lo que ha pasado—dije en alta voz y dirigiéndome á Alejandra Mikailowna, que nos examinaba con creciente inquietud.—Yo soy la culpable. La estoy engañando desde hace cuatro años. Cogí la llave de la biblioteca, y hace cuatro años que leo libros á escondidas. Peter Alejandrowitch me ha sorprendido con un libro que no debía tener en mis manos. Temblando por mí, ha exagerado el mal á los ojos de usted... No me defiendo—me apresuré á añadir, al ver una sonrisa en los labios de Peter Alejandrowitch.—Repito que soy culpable. La tentación era demasiado fuerte; y como ya me han reñido por la misma falta, tenía vergüenza en confesarla... He aquí, poco más ó menos, todo lo que ha sucedido.

—¡Oh, oh, qué de prisa va usted!—me dijo en voz baja Peter Alejandrowitch.

Alejandra Mikailowna me escuchaba con profunda atención. Su rostro acusaba una evidente desconfianza. Nos miraba alternativamente á su marido y á mí. Hubo un silencio. Me costaba trabajo respirar. Ella inclinó la cabeza, se tapó los ojos para meditar mejor, para pesar mejor cada una de las palabras que yo había dicho. Alzó por fin la cabeza y me miró largo rato.

—Netotchka, hija mía—dijo,—sé que eres incapaz de mentir. ¿Es eso todo? ¿absolutamente todo?

—Todo—contesté.

—¿Es realmente todo?—preguntó á su marido.

—Sí, todo—respondió con esfuerzo.

Respiré.

—¿Me das tu palabra, Netotchka?

—Sí—contesté con firmeza. Pero no pude por menos de lanzar una mirada á Peter Alejandrowitch. Se rió al oirme dar la palabra, me sonrojé, y mi confusión fué notada por la pobre Mikailowna. Un profundo pesar se pintó en su rostro.

—Bueno—dijo tristemente,—te creo, no puedo no creerte.

—Y espero que tales testimonios basten—replicó Peter Alejandrowitch.—¿Qué más quieres?

Alejandra Mikailowna calló. La escena era cada vez más penosa.

—Y ¿qué libro leía?—preguntó.

—¿Qué libro? Conteste usted misma—me dijo él.—Usted sabe mejor que yo *explicar* el *asunto*—añadió con intención burlona en cada una de sus palabras.

No encontré una palabra que responder.

Alejandra Mikailowna enrojeció de nuevo y bajó los ojos.

Hubo un largo silencio.

—No sé lo que hay entre vosotros—dijo por fin Alejandra Mikailowna hablando con visible timidez;—pero si no hay más *que eso*—añadió esforzándose en dar un sentido particular á sus palabras y en evitar la mirada de su marido,—si no hay más *que eso,* no sé por qué nos violentamos. Yo soy la más culpable. He descuidado su educación, y tengo que responder de ello. Pero el peligro ha pasado. Mírala, Peter Alejandrowitch, mírala y dime cuáles han sido las consecuencias de su imprudencia. Conozco á mi hija, á mi querida hija, y sé que su corazón es puro y noble. Vamos, que se acabe todo esto. Probablemente hay algo más, que me ocultáis, en el fondo de vuestra tristeza. Es una nube, una tempestad peligrosa. Apartémosla por el amor, por la buena inteligencia, y nada de sospechas, ¿verdad? Había tal vez más de una entre nosotros, y yo soy la primera en confesarlo, porque en mí tam-

bién empezaron á nacer. Disimulaba con vosotros, y ¡sabe Dios los pensamientos que pasaban por mi cerebro! Pero... puesto que ya hemos aclarado todo, perdonadme los dos... porque, al fin y al cabo, mis sospechas carecían en el fondo de gravedad real.

Miró tímidamente á su marido, esperando con ansiedad su respuesta. Por fin, tras una pausa insoportable, dijo él, después de lanzar una carcajada insultante:

—Te compadezco. Has asumido un papel superior á tus fuerzas. ¿Qué quieres? ¿Una respuesta? Tus palabras ocultan mal las nuevas sospechas concebidas, ó más bien esa antigua desconfianza que no te permitirá comprender mi respuesta. En ella todo es perdonable, incluso el haber leído libros criminales, cuya inmoralidad me parece, sin embargo, que ya ha dado sus frutos; en fin, respondes de ella. Mientras tanto, te quedas con tus sospechas, y sé á qué secreto motivo atribuyes mis investigaciones. Ayer mismo observabas—te ruego que no me interrumpas, me gustan las situaciones claras;—observabas ayer, digo, que en ciertas personas (recuerdo que, según tú, esas personas son de ordinario correctas, severas, rectas, discretas, fuertes, y no sé con cuántos calificativos más las honraste en tu acceso de generosidad); que en ciertas personas, repito, el amor (y Dios sabe por qué se te ocurrió hablar de amor) ha de ser profundo, violento, arrebatado, con mezcla de desconfianza, y que se traduce por importunidades. No recuerdo si son exactamente éstos los términos que empleaste... Te ruego que no me detengas; conozco bien á tu discípula; puede oirlo todo, todo; te lo repito por la centésima vez: todo. Te has engañado. Pero ¿por qué quieres que sea yo precisamente el individuo en cuestión? ¿Por qué quieres presentarme como un bufón? ¿Querer yo á esta señorita? Vamos, esas ya no son cosas de mi edad. Y además, señora, *conozco mis deberes:* por grande que pudiera ser la generosidad del perdón que me ofrecieses, mantengo que *los delitos son siempre delitos, que un pecado continúa siendo un pecado, vergonzoso, detestable, inno-*

ble, por mucho que se le eleve. Pero dejemos esto, y que no vuelva á oir hablar de semejantes indignidades.

Alejandra Mikailowna lloraba.

—Abrúmame, que todo caiga sobre mí—le dijo teniéndome abrazada.—Despréciame por mis sospechas, sea; ya te has burlado cruelmente de ellas... Pero tú, pobre hija mía, ¿por qué estás condenada á escuchar tales ofensas sin que pueda preservarte de ellas? ¡Que no tenga yo un poco de fuerza, Dios mío! No puedo callarme, caballero. Es superior á mi voluntad... Tu conducta es loca...

—Cállese usted, cállese—le dije en voz baja, esforzándome en calmar su indignación. Temía que exasperase á su marido; temblaba por ella.

—Pero, mujer ciega—exclamó él,—no sabes nada, no ves nada...

Se detuvo un instante, y después, de pronto, arrancando mis manos de las de Alejandra Mikailowna, me dijo:

—¡Quítese usted! No permito que se acerque á mi mujer. La mancha usted. La ultraja con su presencia... Pero... ¿qué es lo que me obliga á callar cuando es indispensable que hable? Hablaré, lo diré todo. Ignoro qué es lo que *sabe* usted, y con qué ha querido amenazarme, y no deseo saberlo. Escucha —añadió dirigiéndose á su mujer,—escucha...

—¡Silencio!—supliqué adelantándome,—¡silencio! ¡ni una palabra!

—Escucha...

—Ni una palabra, en nombre de...

—¿En nombre de qué, señorita?—exclamó interrumpiéndome y mirándome con energía.—¿En nombre de qué?... Entérate de que he sorprendido en sus manos una carta de amor. He aquí lo que sucede en nuestra casa. Eso es lo que ocurre á nuestro lado. Eso es lo que no has sabido ver.

Apenas podía sostenerme en pie. Alejandra Mikailowna se puso pálida como una muerta.

—Eso no puede ser—balbuceó.

—He visto la carta, la he tenido en la mano, he leído las primeras líneas, y no me engaño. Es la carta de un amante. Me la arrancó de las manos. La tiene ahora consigo. Esto es lo cierto, lo indiscutible. ¿Dudas todavía? ¡Mírala!

—¡Netotchka!—exclamó ella.—Pero no, no hables; ya sé lo que es... ¡Dios mío, Dios mío!

Se echó á llorar, tapándose la cara con las manos.

—No, eso no puede ser—exclamó de nuevo;—te has engañado. Vamos, Netotchka, tú no puedes mentir, no mentirás; dímelo todo, sin ocultarme nada. Se ha engañado, ¿no es verdad? Ha visto mal, es ciego... ¿No es así? Dímelo todo, Annetta, hija mía.

Oí la voz de Peter Alejandrowitch.

—Conteste, conteste pronto: ¿he visto ó no la carta?

—Sí—respondí sofocada por la emoción.

—¿Es una carta de un amante?

—Sí.

—¿Con el que mantiene usted relaciones?

—¡Sí, sí, sí!—dije sin saber lo que decía, decidida á contestar afirmativamente á todas las preguntas para concluir.

—¿Lo has oído? ¿Qué dices ahora? Créeme, alma bondadosa, corazón demasiado crédulo—dijo Peter Alejandrowitch cogiendo la mano de su mujer,—créeme, y renuncia á las ilusiones de la imaginación enferma. Ya ves lo que es esta... señorita. He querido solamente demostrarte lo mal fundadas de tus sospechas. Sabía todo esto desde hacía mucho tiempo, y me alegro de haberla desenmascarado ante ti. Me era penoso verla á tu lado, en tus brazos, en nuestra mesa, en nuestra casa, en fin. Tu ceguedad me sublevaba. Por esto, solamente por esto la estudié, la espié. ¡Sabe Dios las sospechas que te ha sugerido el interés con que la observaba! Ahora la situación es clara, ya no hay equívoco posible; y mañana, señorita—añadió, dirigiéndose á mí,—mañana mismo saldrá usted de esta casa.

—¡Basta!—dijo Alejandra Mikailowna levantándose.—No creo en nada de eso. No me mires de esa manera, no te burles

de mí. A ti mismo quiero juzgarte. Annetta, hija, ven aquí, dame la mano, así. Todos somos culpables...—Las lágrimas hacían temblar su voz, y miraba á su marido con una particular expresión de sumisión.—¿Quién de nosotros tiene derecho á rechazar una mano cualquiera? Dame tu mano, querida mía; valgo menos que tú, soy menos virtuosa. Tu presencia no puede ofenderme; también yo soy una *pecadora*...

—¡Señora!—exclamó Peter Alejandrowitch, asombrado y furioso,—repórtate: olvidas...

—No olvido nada. No me interrumpas, déjame hablar. Has visto en sus manos una carta, hasta la has leído. Dices, y ella ha... confesado que la carta es de su amado. ¿Pero prueba esto que sea culpable?... ¿Te autoriza el caso para tratarla de esa manera, para ultrajarla en presencia de tu mujer, sí, en presencia de tu mujer? ¿Lo has pensado bien?

—Todavía voy á tener que pedirte perdón. ¿Es esto lo que quieres?... Pierdo la paciencia. ¿Sabes de quién hablas? ¿Sabes lo que te dices? La cosa está bien clara, sin embargo...

—No lo has visto todo: la cólera y el orgullo te ciegan. No sabes lo que defiendo. No defiendo el vicio. ¿Eres capaz de razonar? Verías más claro si reflexionases. ¿No has pensado que tal vez no es todavía más que una niña inocente? No, no defiendo el vicio, y me apresuro á decírtelo si te agrada. Si fuese ella esposa y madre, y hubiera olvidado sus deberes, estaría contigo... Ya ves que no he perdido el juicio... ¿Pero y si recibió esa carta sin conocer el mal? ¿Y si fué arrastrada por un sentimiento instintivo, sin nadie que la contuviera? ¿Y si yo soy la única culpable por no haber cuidado bastante de su corazón? ¿Y si esa carta fuese la primera? ¡Habrás ultrajado con tus groseras sospechas su delicadeza virginal, habrás manchado su imaginación con tus cínicos comentarios! No has sabido ver, como yo lo veo ahora, brillar el pudor en su rostro, puro como la inocencia, cuando atónita, aterrada, respondió con una confesión á todas tus inhumanas preguntas... Sí, es inhumano, es cruel, no te reconozco. No te lo perdonaré nunca, nunca...

—Sí, perdóneme usted, perdóneme—exclamé, estrechándola en mis brazos,—perdóneme, no me eche usted...

Caí de rodillas ante ella.

—Si no hubiera estado á su lado—continuó diciendo con voz ahogada,—tal vez la hubieses aterrado con tus palabras, y la pobre niña se habría convencido de su culpabilidad; hubieras turbado su conciencia, destruído la paz de su corazón... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Querías echarla de casa! Pero ¿sabes con quién se hace eso? Sepa usted que si ella se marcha, nos marcharemos juntas, me marcharé yo también, téngalo entendido, caballero.

Sus ojos lanzaban relámpagos, su pecho se agitaba convulsivamente, su excitación había llegado al paroxismo.

—Está bien; lo he oído, señora—dijo Peter Alejandrowitch.

—Basta. Sí; ya sé que hay pasiones platónicas, y lo sé á mi costa, señora, á mi costa. Pero yo no puedo vivir en compañía de esos vicios dorados, no los entiendo. ¡Fuera esas cosas!... Y si se siente usted culpable, si sabe usted de algo que la concierne (no debería tener necesidad de recordárselo, señora), y si le agrada dejar mi casa..., únicamente he de decirle, he de recordarle que es lástima que no realizase ese proyecto cuando era tiempo, verdaderamente tiempo, hace algunos años de esto... Si lo ha olvidado, se lo recuerdo...

Miré á Alejandra Mikailowna. Desfallecía y se agarraba á mí, aniquilada. Si su marido hubiera pronunciado una palabra más, hubiese ella expirado en el acto.

—¡Por piedad, no siga usted!—exclamé, poniéndome de rodillas ante Peter Alejandrowitch, olvidando que así me vendía. Lo noté demasiado tarde. Un débil grito respondió á mis palabras, y la desgraciada cayó inanimada al suelo.

—Ha concluído—dije.—La ha matado usted. ¡Llame, sálvela! Le espero en su despacho, necesito hablarle, le contaré todo...

—Pero ¿el qué, el qué?

—Luego.

Los cuidados más solícitos no produjeron efecto alguno en Alejandra Mikailowna. Vino el médico... Declaró que todo había terminado.

Dos horas después, entré en el despacho de Peter Alejandrowitch. Estaba pálido, desfigurado; paseaba agitado, y se mordía los dedos hasta hacerse sangre. Nunca le había visto así...

—¿Y qué?—me preguntó con voz ruda y brutal.—¿Qué tiene usted que decirme? ¿Qué tiene usted que hablarme?

—Aquí está la carta. ¿La reconoce usted?

—Sí.

—Tómela.

La llevó á la luz. Le observé atentamente. No tardó en buscar la firma. Vi que se le subía la sangre al rostro.

—¿Qué es esto?—murmuró estupefacto.

—Hace tres años que encontré esa carta en un libro. Pensé que estaba allí olvidada, la leí, y me enteré de todo. Desde entonces la conservé, sin saber á quién devolverla. ¿A ella? No podía. ¿A usted? Usted estaba evidentemente al tanto de toda esa triste historia... ¿Por qué disimulaba usted? No sé; es esto un secreto para mí. No puedo penetrar en su alma oscura... Quería usted sin duda conservar un medio para tiranizarla, y lo ha conseguido. ¿Pero con qué fin? ¿Para triunfar de un fantasma? ¿Para perturbar la imaginación debilitada de una enferma? ¿Para probarla que se engañaba y que usted era más puro que ella? También lo ha logrado usted. Sus últimas sospechas, esa idea fija de un espíritu que se extinguía, eran la suprema queja de un corazón roto por el juicio único del mundo con el que se unió usted contra ella, ¡hombre orgulloso, egoísta, celoso, implacable! Adiós, y nada de explicaciones. Pero tenga cuidado, lo sé todo; no olvidé usted que lo he visto todo.

Diciendo esto, volví á mi cuarto, sin saber bien lo que hacía.

.....

Dos años después, gracias á un trabajo encarnizado y á la protección del príncipe X***, conseguí entrar en la Gran Opera de Petersburgo y obtuve los más halagadores triunfos desde el principio de mi carrera.

No volví á ver nunca á Katia. A los seis meses de los terribles acontecimientos que acabo de relatar, se casó con un cónsul, y desde entonces vive constantemente en el extranjero.

DOSTOIEWSKY

CRÓNICA LITERARIA

Don José María de Pereda.

La muerte impone el asunto de esta crónica. No hay razón alguna para que yo pueda decir cosas nuevas acerca del eximio novelista D. José María de Pereda, fallecido el 1.° de Marzo último en su casa de Polanco (Santander), donde ordinariamente residía. No tuve con él amistad ni esa compenetración espiritual de ideas que ayuda á veces á interpretar la obra de un escritor, haciendo que la sienta más intensamente quien se halla con él en esa relación de simpatía. Lo cual no quiere decir que yo dejase de admirar las obras del célebre escritor santanderino, ni me deleitase menos que la generalidad del público con la lectura de ellas.

Pereda ha sido juzgado por autoridades literarias como Menéndez Pelayo (prólogo á las obras completas de Pereda), la Sra. Pardo Bazán *(La cuestión palpitante)*, Galdós (contestación al discurso de ingreso en la Academia y prólogo de *El sabor de la tierruca)*, el P. Blanco García *(Historia de la Literatura española en el siglo XIX)* y otros críticos notables. Aunque su personalidad y su obra no sean un asunto completamente agotado, lo principal que había que decir sobre Pereda está dicho, y dicho excelentemente. Es lo probable que la historia literaria tenga poco que enmendar en la apreciación general de las cualidades de dicho escritor que hicieron sus contemporáneos. Las apreciará poniendo en el juicio mayor ó menor grado de alabanza y entusiasmo; pero el concepto general de

las tendencias de Pereda, de su temperamento artístico y de los caracteres y condiciones principales de sus obras, no parece llamado á experimentar en lo futuro grandes modificaciones. Lo que aquí va á decirse será, pues, en gran parte, repetición de cosas sabidas por los que conocen la obra literaria de Pereda, y se escribe sin otro fin que el de honrar la memoria de un escritor justamente famoso y el de recordar sucintamente su vida y obras á los lectores de La España Moderna, especialmente á los extranjeros, que es racional pensar que han de estar menos enterados que los españoles, puesto que entre nosotros ha sido el autor de *La Puchera* uno de los novelistas de más público, un escritor relativamente popular. Digo relativamente, porque el pueblo lee poquísimo, y menos literatura culta. Los escritores que llamamos populares lo son entre una clase de lectores que no es estrictamente pueblo: son, en suma, escritores bastante leídos entre personas de alguna educación literaria, generalmente de la clase media.

Pereda ha muerto anciano. Había nacido en Polanco el año 34. Tenía, pues, más de setenta años. Entre sus obras figuran algunos escritos que tienen algo de autobiográficos, como las *Reminiscencias* y *Más reminiscencias,* que forman parte de sus *Esbozos y rasguños*. En ellos ha conservado el autor recuerdos de su infancia, descripciones del viejo Santander, en que pasó su niñez, y hasta la silueta del terrible dómine D. Bernabé, que, al practicar la máxima pedagógica *la letra con sangre entra,* no hacía nada desusado entonces. Estudió, pues, Pereda la primera enseñanza en Santander, y vino á Madrid á cursar Matemáticas, para dedicarse, según unos, á la carrera de ingeniero civil; con ánimo, dicen otros, de prepararse á ingresar en la Academia de Artillería. El hecho es que no llegaron á término estos estudios, y que Pereda se volvió á su tierra, donde ha pasado la mayor parte de su vida, pues era hombre apegadísimo al suelo natal y que sentía cierta prevención hostil hacia la vida cortesana. Tal vez no eran ajenas á estas preferencias suyas sus ideas profundamente tradicionalistas, que

habían de encontrar ambiente más propicio en la Montaña, y especialmente en la aldea, que no en Madrid. En la capital estuvo pocas veces Pereda, y con intervalo de muchos años entre ellas, siendo esto causa de que su ingreso en la Academia Española se retrasara mucho, pues tardaron bastante los académicos en relajar en obsequio de escritor tan peregrino el precepto que impone la residencia.

Pereda era, como digo antes, un espíritu profundamente tradicionalista. Lo fué en religión y en política y también en arte, pues aunque Galdós le califica de revolucionario por haber introducido la naturalidad en el habla de los personajes novelescos, esto era al cabo un retorno á la tradición castiza. Cervantes no recata, ciertamente, ni aun las deformidades y barbarismos del habla rústica, que convierte, al ponerlos en boca de Sancho, en fuente de chanzas y donaires. Hombre de arraigada fe en sus creencias, Pereda fué batallador é intransigente. En el discurso de contestación al de ingreso de Pereda en la Academia, refiere Pérez Galdós, unido á él por estrecha amistad de muchos años, las disputas que sostenían con motivo de su diferencia de ideas, y dice que en discusiones tales antes conquistaba Pereda extensas zonas de terreno espiritual á su contrario que éste á él algunas pulgadas, porque lo que en Galdós eran *opiniones* eran en Pereda *creencias,* distinción psicológica aguda y luminosa. Varias de las obras de Pereda tuvieron una clara tendencia de combate contra lo que él juzgaba errores modernos, y en todas ó casi todas se revela francamente su manera de pensar, aunque en las más acabadas la expresión de la belleza se sobrepone á cualquier otro género de cuidados ó intenciones.

Pereda fué muy poco tiempo político militante. Elegido diputado por Cabuérniga en 1871, después de haberse distinguido como periodista en *La Abeja Montañesa, El Tío Cayetano, El Atlántico* y otros periódicos, figuró en la minoría carlista que dirigía D. Cándido Nocedal; pero la literatura, hacia la cual le atraía su vocación, le apartó pronto de esta

otra palestra, por la cual pasó como observador y satírico más que como combatiente.

Rico por su casa, Pereda pudo ser y fué un escritor independiente que siguió con libertad sus ideas y gustos, sin verse sujeto á la odiosa servidumbre de escribir *pane lucrando*. Amaba el arte, pero amaba también la gloria y el aplauso. El éxito de sus obras le traía desasosegado y nervioso hasta que se pronunciaba respecto de ellas el juicio del público y de los críticos. Dió muestras de no ser insensible á las censuras, ni siquiera á la indiferencia, y no sin razón pudo hablar la señora Pardo Bazán de *Los resquemores de Pereda* contestando á juicios expuestos por él en *Nubes de estío*; pero esta debilidad es tan general entre escritores y artistas, que sería extremado rigor no disculparla. Sin embargo, Pereda no tenía derecho á quejarse ni del público ni de la crítica, diga lo que quiera en su Historia el P. Blanco García, pues ha sido uno de los escritores más leídos y más elogiados de su tiempo y uno de los que mejor han vendido sus libros.

La *pose* de la indiferencia es más noble en el escritor, aunque menos humana; tal vez es noble por ser menos humana. Pero en este rasgo algo pueril é ingenuo de la inquietud que sentía Pereda al publicar sus obras, respecto del acierto propio en escribirlas y la fortuna que les aguardase, se ve un signo y un pormenor de su sinceridad. Probablemente el espíritu de Pereda tenía pocos repliegues y pocas reconditeces; era claro y sencillo como el de los principales héroes de sus novelas, aunque hubiese en él un poco de malicia montañesa. A esta claridad y sencillez iba unida una gran impresionabilidad nerviosa. «Érase un hombre pegado á un sistema nervioso»—escribió de él Galdós parodiando á Quevedo; y el propio Galdós, en unos cuantos renglones del discurso académico de contestación á Pereda, ha trazado una expresiva pintura del desasosiego del novelista de Polanco cuando salían al mundo sus obras. «En esa espectación angustiosa, como la que precede á la botadura de un barco—dice,—Pereda no vive; sus nervios se en-

calabrinan y desmandan hasta lo increíble; padece ansiedades, alucinaciones, desvaríos del gusto y del sentimiento, que le llevan á considerar sus propias obras como engendros monstruosos incapaces de sacramentos. El temor de que su libro sea recibido con desdén le quita el sueño; la idea de que ha cometido un error al publicarlo le amarga la existencia.» Esta excitación mórbida denuncia que Pereda era un verdadero artista—no hay, á no ser en las épocas del anónimo, artista sin vanidad de su obra,—y un artista que no sabía ni podía disimular.

*
* *

El primer trabajo de Pereda que vió la luz pública fué un artículo titulado *¡Ya escampa!,* que apareció en *La Abeja Montañesa*, de Santander, en Agosto de 1858. En el mismo periódico escribió críticas de teatro y otros trabajos periodísticos y literarios; pero aun después de publicadas en libro (en 1864) sus *Escenas Montañesas*, tardó bastante en darse á conocer y ganar fama fuera de su círculo provincial.

Desde las *Escenas Montañesas* hasta *Pachín González* la producción literaria de Pereda ha sido constante. Las *Escenas* se publicaron en 1864, y *Pachín González* salió á luz en 1896. En ese período de más de treinta años el famoso escritor santanderino ha producido una veintena de volúmenes. No ha sido, pues, Pereda un escritor grandemente fecundo como su amigo y émulo Galdós. A las *Escenas Montañesas* siguió en 1871 la segunda serie con el título de *Tipos y paisajes. Los bocetos al temple,* de los que dice Fitzmaurice Kelly que fueron su primer triunfo indiscutible, y que por lo menos fueron el primer paso de su fama española, no ya santanderina, se publicaron en 1876, y en el mismo año *Los hombres de pro,* fruto de las observaciones que hizo en su rápido paso por la política. De 1877 son los *Tipos trashumantes* y *El buey suelto...*, inspirado en las *Petites misères de la vie conyugale,* de Balzac. Pereda quiso pintar las pequeñas miserias de la vida

de soltero. En 1878 apareció *Don Gonzalo González de la Gonzalera,* la primera novela importante del autor. En 1879-80, *De tal palo tal astilla,* con que pretendió refutar la *Gloria,* de Galdós. En 1881, *Esbozos y rasguños*; en 1882, *El sabor de la tierruca. Pedro Sánchez,* inspirada en las memorias de sus tiempos de estudiante de Madrid, es de 1883; de 1884 *Sotileza,* la mejor de sus novelas; *La Montálvez,* de 1888; *La Puchera,* de 1889; *Nubes de estío* y *Al primer vuelo,* de 1891; *Peñas arriba,* su despedida, despedida hermosa, por cierto, de la novela, de 1895, y de 1896 *Pachín González,* descripción en forma novelesca de la catástrofe producida en Santander por la voladura del vapor *Cabo Machichaco,* cargado de explosivos. En 1897 se verificó su ingreso en la Academia Española, acto en el cual disertó sobre la novela regional, haciendo la apología de este género, al que pertenecen sus obras maestras. Pereda, ingenio profundamente español y español chapado á la antigua, era regionalista, y ya en su discurso de los Juegos Florales de Barcelona, en 1892, había defendido briosamente el regionalismo. Regional y regionalista es lo mejor de su obra, y en esto como en todo amaba y seguía la tradición.

Las citadas obras pueden clasificarse en cuatro grupos: cuadros de costumbres y relatos cortos similares *(Escenas Montañesas, Tipos y paisajes,* etc.); novelas polémicas, en que domina un trascendentalismo moral ó social que excede del arte, que son las novelas de la primera época *(Don Gonzalo González de la Gonzalera, El buey suelto, De tal palo tal astilla);* novelas urbanas ó de costumbres urbanas, en que Pereda, saliendo de su habitual escenario rural y montañés, quiso pintar: en *La Montálvez,* tipos y costumbres aristocráticos que desconocía, y en *Pedro Sánchez* reflejar sus recuerdos de Madrid por los años de 1852 á 1854. En este género fué muy desigual su fortuna, pues mientras *Pedro Sánchez* fué novela celebrada como una de sus mejores entre las suyas, *La Montálvez* es de lo más inferior que ha producido la pluma de Pereda. La diferencia se explica atendiendo á que en *Pedro Sánchez* (que es,

en cierto modo, un episodio nacional) contaba Pereda cosas vistas y vividas por él, algo personal, en fin, asunto propio para que en él se ejercitara su imaginación, más reproductiva que creadora.

El último grupo de las obras de Pereda lo forman las novelas campesinas y marineras, en que el fin estético se sobrepone á cualquier otra finalidad, novelas que, ante todo, son obras de arte. Estas son las obras maestras, como *Sotileza, La Puchera, Peñas arriba.*

Fué Pereda, principalmente, pintor de costumbres y novelista regional, también de costumbres. Si bien se mira, ambas cosas se funden en una sola, pues lo más acabado en sus novelas fueron siempre los tipos y la descripción de lugares. Era un maravilloso realista que reproducía con arte extraordinario lo que veía y observaba. No hay que buscar en él psicologías delicadas y profundas, ni acciones complicadas y ricas en incidentes, ni matices crepusculares y vagos del pensamiento y la sensibilidad. Lo sensible, y dentro de lo espiritual lo llano y lo corriente, casi puede decirse que lo superficial, fué lo que Pereda supo fijar más acabadamente en sus obras, donde, por lo general, el juego de pasiones de los personajes es sencillo y elemental y los caracteres no tienen complicaciones ni dobleces. En las obras de Pereda hay más poesía de los ojos que del pensamiento.

Los méritos más sobresalientes de sus obras son de dos clases. Uno es mérito filológico y estrictamente literario, mérito de escritor. Pereda ha sido uno de los literatos que mejor han escrito el castellano en el siglo XIX. Era castizo, pero no arcaico, porque se inspiraba en la realidad y no en los libros viejos: y en este punto ha aventajado á casi todos los demás novelistas, pues apenas podrá señalarse otra excepción que D. Juan Valera. Pero como en el novelista la pureza y hermosura del lenguaje, aun siendo cualidad importante, no es la principal, de ahí que Pereda no ocupe el mismo lugar considerado como novelista en conjunto, que el que ocupa como escri-

tor entre los noveladores. De él se ha dicho, con exactitud, que era un clásico y no un imitador de los clásicos. Escribía, como dijo Galdós, el castellano que hablaríamos en la actualidad si hablásemos bien. En esta parte de su labor literaria apenas puede reprochársele más que algún exceso de provincialismos, si bien, dada la índole de su novela, entra esto en el color local.

Al mismo orden del lenguaje corresponde otro mérito muy señalado de Pereda, mérito éste de novelista más que de escritor, aunque al lenguaje se refiera. El autor de *Sotileza* supo hacer hablar á sus personajes con naturalidad, en el lenguaje apropiado á la condición y grado de cultura de cada uno, en lugar de traducir al lenguaje culto el habla propia de los personajes populares, rústicos y marineros que pintaba, y en vez de dar un giro almidonado y académico á las conversaciones familiares que forman la mayor parte del diálogo en la novela. Esto, que procuran hacer, ó hacen hoy, casi todos los novelistas, era más raro en la época en que Pereda empezó á escribir, por estar acostumbradas las gentes, aun en la novela y en los cuadros de costumbres campesinas, á un estilo muy diferente de escribir, como era el de Fernán Caballero y Trueba. Al principio chocó algo esta manera de Pereda, mas luego contribuyó mucho á la estimación de sus obras, no sólo por ser la naturalidad condición que tanto ayuda al interés de la novela, sino porque volviendo Pereda en este punto á las sanas fuentes del arte español, vieron en él algunos una representación del realismo castizo que oponer al naturalismo francés, mirado por bastante tiempo en España con grandes precauciones, más por las ideas que á él iban unidas que por lo tocante á sus procederes artísticos.

El otro orden de méritos que hallamos en las obras de Pereda toca ya y corresponde á lo novelesco más que á lo literario, en sentido formal. Consiste en el realismo vigoroso y poético con que supo presentar tipos y escenas, con la energía y el colorido de un Velázquez de la pluma. Dominaba la intuición sensible y la reproducía, conservando el sugestivo relieve

y el viviente movimiento de la realidad. La serena, sencilla y fuerte poesía de la vida rústica, y de la vida marinera de las poblaciones de la costa, tuvieron en las novelas y en los cuadros de costumbres de Pereda una expresión de soberana belleza que llega á veces á las alturas de lo épico, tal como en la novela cabe. La poesía de las virtudes cristianas y domésticas, la que en un sentido limitado é histórico podría llamarse poesía del bien, halló también en Pereda uno de sus más altos intérpretes modernos.

Sobresalió Pereda en la ejecución más que en la concepción. Hizo excelentemente, y á veces de un modo insuperable, lo que se le ocurría en la novela, aunque en punto á inventiva y á potencia creadora fuese inferior á otros novelistas, á Galdós, por ejemplo. Los principales defectos de las obras de Pereda están, por eso, aparte de la parcialidad y el apasionamiento que muestra en algunas obras, y que en cuanto perjudican al efecto estético son defecto ó vicio para la literatura, en cierta estrechez de miras y cierta limitación de horizontes que le recluye en su círculo provincial y campesino, en el cual era maestro inimitable. En su obra hay, relativamente, poca variedad. La acción de sus novelas suele ser pobre en accidentes. La señora Pardo Bazán hizo una observación exacta al hablar del huerto de Pereda, «huerto bien regado, bien cultivado, oreado por aromáticas y saludables auras campestres, pero huerto al fin, no extensa llanura ni dilatado parque».

Menéndez Pelayo ha dicho que los tipos femeniles y los diálogos de amor eran «la parte más endeble de su armadura de novelista», y que «los hacía ó trataba con frialdad y despego». La observación es exacta, siempre que no se la quiera erigir en juicio cerrado y absoluto. Había, en efecto, cierta casta esquivez rústica hacia las cosas del amor en los libros de Pereda, pero no era incapaz de pintar con delicadeza tipos femeninos, ni de expresar el sentimiento amoroso. Pruébanlo figuras como Sotileza, la Pilara de *La Puchera*, y Lita, de *Peñas arriba*.

Hacía años que Pereda no escribía novelas. Como he dicho, su último libro fué *Pachín González*, publicado en 1896 ó 1897. Pero no era un escritor muerto, un escritor de quien se hubiere apartado el público. Seguía teniendo lectores numerosos. Continuaba publicándose con éxito editorial la colección de sus *Obras completas,* de las cuales apareció un tomo poco antes de su muerte. Tenía un público propio, atraído no sólo por la pureza de su estilo y el encanto de sus narraciones, sino también por las ideas y la tendencia moral de sus obras. Porque hay que decir que esas ideas, lejos de estorbar al renombre literario de Pereda ó de retrasar su fama, la ayudaron y la allanaron el camino. Cuando Pereda se dió verdaderamente á conocer, allá por los años de 1875 á 1876, es decir, á raíz de la Restauración, dominaba cierto espíritu conservador que miraba con simpatía lo tradicional, reacción contra las recientes convulsiones del período revolucionario. Aparte de eso, ha solido haber en España desigualdad de trato entre los escritores liberales y los tradicionalistas. Los segundos han sido tratados con mayor consideración y más imparcialidad por los críticos de ideas opuestas á ellos que los escritores liberales por la crítica adversa. A Menéndez Pelayo y á Pereda no les han perjudicado sus ideas religiosas y políticas, y en cambio Galdós, Echegaray, y muchos otros del bando liberal, han tenido que luchar con enconadas preocupaciones.

La historia literaria procura relacionar al autor con las obras, á la persona con la labor artística, como términos que recíprocamente se interpretan. No será difícil establecer esta concordancia respecto de Pereda. Era, según los que le trataron, tal como escribía. Hasta su tipo español y cervantesco, que retrató Galdós en un párrafo feliz, se acomodaba perfectamente á su obra.

Las ideas y sentimientos reflejados en sus libros eran eco fiel de las normas prácticas de su vida. A él no se le hubiera podido poner en un compromiso preguntándole quién era su

confesor, como cuentan que preguntó un volteriano socarrón al autor de *El Genio del Cristianismo.*

Una tragedia doméstica interrumpió la carrera literaria de Pereda, cuando se hallaba en plena madurez de las facultades artísticas, precisamente cuando estaba corrigiendo las pruebas de *Peñas arriba,* donde hay una doliente alusión al suceso. Suicidósele un hijo mozo en quien cifraba grandes esperanzas; doble desgracia para un espíritu cristiano como el de Pereda, no sólo por la muerte del hijo, sino por el modo de morir. ¿Qué honda turbación produjo en su espíritu la inesperada catástrofe? El bloque duro y resistente de sus creencias debió de conmoverse; su concepto arraigado del mundo y de la vida se obscureció acaso con la parda nube de una duda cruel; quizás vaciló su idea de una alta y luminosa justicia. El hecho es que, desde aquel día, la pluma de Pereda quedó rota.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Estética: Ideas fundamentales de Juan Ruskin.=Costumbres: Los verdaderos parásitos.=Feminismo: La mujer creada por el hombre.=Literatura: Manzoni, Voltaire y Shakspeare.=Historia: El idilio de un rey.=Impresiones y notas: Fisiología de la lectura y de la escritura.—Embajadores rusos de antaño.—Los que dan disgustos y los que dan alegrías.—¿Son incompatibles el socialismo y el patriotismo?

ESTETICA

Ideas fundamentales de Juan Ruskin.—Dice Julio Vitali en la *Rivista d'Italia* que Juan Ruskin es una de esas personalidades fuera de la medida común, compleja en el pensar, múltiple en la acción, ora geniales y ora simples, hasta el punto de parecer extravagantes y paradójicas, renovándose y hasta contradiciéndose á veces, al menos en apariencia, siendo preciso un estudio cariñoso y duradero para poder recoger en síntesis su verdadero significado y su entero valor.

Ruskin no ha escuchado otra voz que la de la naturaleza en sí mismo: autodidacta en el sentido más absoluto de la palabra, si tuvo algún raro guía en sus estudios, no sufrió verdaderos y propios maestros: observar y meditar fué su método, las montañas de Escocia sus libros preferidos, los viajes su disciplina. Las palpitaciones mismas que siente el adolescente por su primer amor, esas mismas sintió Ruskin por la naturaleza, que le despojó de toda pasión innoble, haciéndole artista, poeta, apóstol de verdad. Muchas ideas de este genio singular podrán ser discutidas, rechazadas, corregidas ú olvidadas; él

no ha querido dar *sus* leyes al arte y á la vida, fundar una escuela, imponer un sistema; ha querido indicar la fuente de toda ley, dar libertad, despedazar los dogmatismos arbitrarios. «Sed libres—ha dicho—en la obediencia á la naturaleza.»

Su gusto y su discernimiento de crítico se encerró al principio en la pintura de paisaje, y luego en la arquitectura; Turner y Prout fueron los primeros artistas que prefirió; y los *Pintores modernos* y las *Siete lámparas de la Arquitectura,* los libros cuyo diseño concibió primero. Los preceptos de arte que entonces preconizó se encierran en esta fórmula: «Volvamos á la naturaleza con plena sencillez de corazón, sin rechazar nada, sin despreciar nada, sin escoger nada». En esta fórmula, la palabra *naturaleza* tiene un sentido preciso: equivale á *paisaje,* y ese paisaje es el paisaje virgen é intacto, «la naturaleza natural»—como él dice.

Y he aquí explicado el problema del paso de Ruskin, de una manera que parece encerrada en el realismo, á la idealística de los prerrafaelistas. De las selvas y montes de Escocia, Ruskin pasa á Italia, y un nuevo mundo se le revela en las iglesias, las pinacotecas, los monumentos de Toscana y de Venecia; y como la naturaleza le había iniciado en la belleza y en el arte, estos tesoros le guían en la historia del arte y de la humanidad, intérprete de la belleza. Entonces reconoce que su grito «tornemos á la naturaleza» está en perfecto acuerdo con las mejores tradiciones del arte, cuyas más hermosas flores se han dado en Italia en el período que va de fines del siglo XIII á principios del XVI, con los primitivos y prerrafaelistas.

¿Por qué fué grande el arte en aquel período? Porque fué espontáneo, libre, natural, ingenuo, espejo de una vida más sana, más fuerte, más bella que la nuestra. «Inmediatamente descubre que la armonía de aquellas líneas dependían de las mismas leyes que gobiernan las olas del lago, las ramas de los bosques, el oriente y el ocaso de los astros; y los asuntos eran tratados con una honestidad y una severidad, que leía aque-

llas leyes de la naturaleza *á la luz de la virtud.*» ¿Qué preceptos sacó Ruskin de la contemplación de las obras del Giotto, de Bellini, de Ghirlandajo y de Vivarini?

He aquí sus conclusiones: grande arte es el que, poseyendo forma impecable, está dominado por soberana serenidad, y desenvuelve sus representaciones con la misma calma poderosa que la naturaleza emplea en sus más admirables fenómenos; las personas aparecen en ese arte, ó en una acción continua ó mejor en completa inacción, nunca en acto brusco ó momentáneo, de modo que el espectador se interese por su personalidad, por su propia vida, no por los accidentes que le ocurran, buscando que rostros y cuerpos expresen belleza y alegría, no turbadas por ningún vicio ó dolor. El artista no es así un repetidor pasivo, sino un intérprete de la naturaleza, no arbitrario, sino obediente, atento siempre á las voces de las cosas, cuya finalidad está frecuentemente velada por el misterio. Así fueron los artistas toscanos, umbríos y venecianos del Renacimiento, y así fueron también los más grandes entre los griegos: la calma soberana, la pureza de las formas, la serenidad de los rostros son los caracteres del arte clásico.

No basta que el hombre se haga dueño de la técnica para llegar á realizar obras grandes y bellas: hoy tienen muchos esa habilidad, y los estudios están al alcance de todos; y el arte, sin embargo, ha venido á menos. ¿Por qué? Porque falta *el alma* del artista; falta el ojo puro y sereno, capaz de recoger en la pupila la imagen de la belleza; falta la costumbre de meditar y contemplar, que supone el generoso olvido de sí mismo; el hombre está demasiado agotado por el vértigo mundano, atormentado por la sed de las riquezas y del goce, por la fiebre del éxito y de la gloria estrepitosa; mira el arte y la naturaleza como instrumento, sin respetar sus altos y recónditos fines; y la naturaleza se niega á quien la interroga sin obsequio y la despoja brutalmente de sus velos. Falta la humildad y la consiguiente virtud de la paciencia; faltan la sencillez del corazón y la sinceridad de la mente, que hacen ver las

cosas como son y confesarlas como se ven; faltan la alegría del espíritu y la salud del cuerpo á causa del largo divorcio de las condiciones naturales del vivir humano.

Ruskin, á la luz de la historia, condujo al arte bajo las leyes de la moral, dedicando toda su vida, más que sus escritos, á la demostración de que «quien cumple resueltamente el propio deber concluye por amarlo». Concibió la vida como una batalla; el ideal, no hecho de sueños, sino de obras; la poesía, no en las estrellas, sino en la tierra, en el deber cotidiano embellecido por el amor. Poniendo la labor de cada artista en relación con las condiciones del tiempo en que floreció y con sus disposiciones personales, abrió Ruskin los nuevos caminos críticos de la historia del arte, que produjeron sus obras maestras: *Las piedras de Venecia, Parangón entre el Tintoreto y Miguel Angel, El reposo de San Marcos, Las mañanas florentinas, Giotto en Padua* y las *Leyes de Fiésole*.

En sociología sigue el mismo método estético adoptado en moral. El arte sirve á la vida: es vano y cruel construir palacios para Venus de mármol, cuando delicados cuerpos de muchachos y de vírgenes no tienen dónde descansar. Ruskin no se limitaba á profesar estas doctrinas en teoría, como hacen muchos apóstoles del socialismo y no pocos cucólogos, buscadores del aplauso de galerías más ó menos cultas; sabido es que Ruskin gastó los millones que le dejó su padre y los productos todos de su trabajo en adquirir obras de arte alentando á los artistas con premios, en crear museos públicos y en sostener instituciones de beneficencia y de educación popular; cuando agotó sus recursos llegó á desprenderse de sus cuadros más queridos, vendiendo sus Turners para favorecer á los obreros y á los pobres.

¿Qué causas eran las del malestar del pueblo? Las de todo el mundo contemporáneo: el pauperismo de las grandes ciudades, donde las locuras de los ricos gozadores y de los aventureros corruptores atrae otra multitud de caídos y de vencidos, de obreros sin trabajo y de miserables pordioseros corrompi-

dos, aglomerados en infectas habitaciones sin sol, donde incubau fatalmente la envidia y el odio; la deserción de los campos, fuentes primeras y seguras de honesta riqueza y de salud; la separación y el antagonismo entre el capital y el trabajo; la adoración sin freno del becerro de oro. ¿Y qué quiere decir todo eso? La inversión de los valores naturales de las cosas, artificio, convencionalismo, perversión de las conciencias, alejamiento, en suma, de la naturaleza. Para esto sólo hay un remedio: volver á la naturaleza. Siempre la misma respuesta: la naturaleza ley del arte; la naturaleza ley de la vida.

Entre las leyes de la república ideal, Ruskin pone la de que «la juventud sea educada en la belleza y en la fuerza». Muchas de sus páginas parecen un comentario á las ideas de Platón: «Todo lo que es bueno es bello; y nada hay bello sin armonía: si un cuerpo débil y enfermizo encierra un alma grande y poderosa, ó al contrario, el animal carece de belleza. Contra este doble defecto hay un remedio: no ejercitar el alma sin ejercitar también el cuerpo, ni éste sin aquélla, de modo que el equilibrio se mantenga y la salud se conserve.» Pero á esta doctrina del maestro griego, Ruskin agrega otros elementos: junto á los juegos el trabajo, y un trabajo manual para todos, en los límites de lo posible; junto á la belleza del cuerpo, la belleza espiritual de la pureza; junto á la fuerza, la caridad. La fuerza bruta, de la que sólo es un aspecto la fuerza plástica, se hace fuerza humana en el dominio de sí, en el sacrificio, en la tutela de los débiles; y la fuerza y la belleza espiritual son capaces de transfigurar hasta las formas corpóreas, de embellecer lo que plásticamente de por sí sería defectuoso.

León Tolstoi ha dicho de Ruskin: «Ese es uno de los grandes del siglo». Ruskin, en su vejez, se consolaba por su parte pensando: «León Tolstoi ejecuta la obra que yo he deseado hacer». Uno y otro llegaban á las mismas conclusiones: Ruskin decía: «País rico (en el sentido económico) es país feo», y lo demostraba sin trabajo; Tolstoi, á su vez, dice y lo demuestra también: «País rico (en el sentido de los edonistas) es país

malo». Esta coincidencia de dos almas grandes y generosas nos obliga á inclinar la frente y á meditar.

¿Recordáis, en *Guerra y paz,* aquella página, de potencia leonina, cuando el príncipe Andrés, en Borodino, en medio del ciego furor de la batalla, cae herido del caballo á tierra, y dejado solo en el campo por la fuga de los combatientes, ve al abrir los ojos, y le parece verlo por primera vez en su vida, el cielo azul sobre su cabeza, próximo á él, tocándole y envolviéndole, casi penetrando dentro de su alma, silencioso, pacífico, purísimo, y siente desprendérsele el corazón del hielo de las ambiciones, de las iras de la guerra, y de toda especie de inquietudes, y una paz, una piedad inefable, un sentido de benevolencia universal le penetra, le conmueve, le convierte en un instante en muchacho entusiasta y sencillo? En ese episodio está toda la doctrina ruskiniana del retorno á la naturaleza y del culto á las bellezas naturales.

COSTUMBRES

Los verdaderos parásitos.—Con motivo de las Pascuas, ó del cumpleaños ó del santo del dueño de la casa, los porteros y criados reciben pequeños donativos y propinas, concedidas generalmente de buen grado, á pesar del espíritu de economía. En realidad, esas pequeñas gratificaciones son bastante módicas, y no valen la pena de considerar como parásitos á quienes las reciben.

Los verdaderos parásitos de nuestra época—dice en la *Revue Bleue* Santiago Lux—son ciertas gentes de la alta sociedad enloquecidas por el gran lujo, y que teniendo rentas insuficientes—¡de quince á cuarenta mil francos!—para sostenerlo, quieren proporcionárselo á toda costa; arrastradas por su pasión, endurecidas por una educación sin generosidad, encuentran natural proporcionarse las satisfacciones deseadas á expensas de los demás, y despliegan en tal empresa egoísmos, audacias y desenvolturas increíbles.

La señora G., que goza de real opulencia, tanto más apreciable cuanto que pasa ya de sesenta años, y sólo tiene un hijo que está perfectamente colocado al frente de una lucrativa explotación, desea tener su retrato, pero gratis.—«Ya ve usted—dice á un artista de mérito, pero joven todavía,—los pintores que me han visto han expresado siempre el deseo de fijar en el lienzo mis facciones. Y es muy natural: observe usted la pureza de la frente, la finura de la boca, la corrección de la nariz, la frescura de la carnación, el brillo de los ojos. Basta una fiel reproducción para hacer una hermosa obra... que se me regala en cambio graciosamente. Crea usted que he rehusado á la mayor parte este favor; pero con usted, cuyo talento y perfecta educación reconozco, no sería lo mismo. Usted, sin duda, tendrá una satisfacción en hacer y en ofrecerme mi retrato. Yo lo colocaré en mi salón, donde será admirado, y es seguro que le proporcionará á usted ofrecimientos ventajosos.» Y así se roba el tiempo y el trabajo á un artista, sin otra compensación que la promesa de una ayuda ilusoria.

Hay en París gran número de jóvenes que tratan de vivir sacando provecho de un talento trabajosamente adquirido, y que son juguete obligado de las mundanas más en boga.—«Espero, señorita, que no me negará usted su gracioso concurso para la velada del 20, mi primera de la estación. Tendré unos cien convidados de lo más selecto, y estoy segura de que oyendo vuestra admirable voz, y en mi salón, quedarán encantados, y os pedirán lecciones y audiciones bien pagadas. Yo me cuidaré de prepararos el éxito, haciendo saber vuestro mérito y vuestra distinción; y en cuanto al programa, tendréis plena libertad de formarlo á vuestro gusto.» Llega el 20, y la adulada millonaria recibe una ovación por la esplendidez de su velada; en cuanto á la artista, la obsequian con un ramo de flores y las gracias.

A veces ni aun se guardan ciertas consideraciones. «Además, señorita—exclama una señora suntuosamente equipada,—lo que yo deseo para mi hija es un retrato muy estudiado,

de tamaño natural; claro es que no lo vamos á pagar, pero os daremos á conocer á nuestras relaciones.—Y ¿podrá venir aquí la señorita, ya que no tiene libres las tardes, á las diez de la mañana?—Es usted muy exigente, señorita; yo prefiero que vaya usted á nuestra casa.—Pero note usted que se necesita una buena luz, siempre igual, y eso lo tiene usted aquí y no en su casa; para venir aquí la señorita sólo necesita unos minutos de automóvil, mientras que á mí me costaría mucho trabajo ser exacta, por las dificultades de los tranvías y de los trenes para ir á vuestro hotel, y luego me tendría que volver sin almorzar á una hora avanzada de la tarde. —Eso nada tiene que ver, señorita.—Pero mamá—interrumpe la niña á quien se quiere retratar,—puesto que el retrato quedará mejor viniendo aquí, mejor es que venga en auto; además, el lunes almuerzo en casa de la abuela, el martes en casa de la tía, y el miércoles en casa de mi prima, que viven todas cerca de aquí; es verdad que el jueves no estoy invitada en ninguna parte; pero me quedaré aquí, y la señorita me dará de almorzar.»

Y no son sólo los artistas las víctimas de estos desahogados. ¿Quieren viajar? Asedian á los Consejos y á las Secretarías de ferrocarriles hasta obtener un permiso de libre circulación. ¿Quieren ir á un estreno? Sería una vergüenza no asistir desde uno de los mejores sitios, pero sin soltar un céntimo. ¿Quieren vestir á la moda? Tienen la desfachatez de presentarse á un modisto ofreciéndole servirle de reclamo si les hace un traje maravilloso, cuyo impecable corte alabarán á sus numerosas relaciones. ¿Quieren tener una revista? La piden lisa y llanamente al director, diciéndole que tiene especial interés para ellos y la recomendarán á sus amigos. Y así de todo lo demás.

Claro es que no hay que confundir á estos vividores con los que reclaman un servicio á la amistad ó al compañerismo. En casa del ilustre dramaturgo Emilio Fabre se ve colgado un dibujo de un artista de nota. Representa dos mujeres jóvenes:

una, desperezándose en la cama; y otra, que viene de visita.—¿Sabes?—dice una.—Esta noche se representa en el teatro del Renacimiento *La vida pública.—¿La vida pública?* — dice la otra.—Pero entonces... ¿somos nosotras?—Al pie del dibujo se lee: «A Emilio Fabre, con súplica de dos entradas para la representación de esta noche». ¡Eso ya es otra cosa! Verdad es que este modo de pedir no procede de un desocupado con 30.000 francos de renta.

FEMINISMO

La mujer creada por el hombre.—Un alemán, Weininger, que se suicidó en 1903, á los veintitrés años de edad, había publicado una obra, *Sexo y carácter,* en la que, con más aspereza que Nietzsche y más crudeza que Strindberg, atacaba á la mujer. La señora X, que parece ya averiguado ser la mujer de un célebre novelista noruego (que no es Bjornson, ni Lie, ni Kielland), leyó la obra con indignación, y al tropezar en ella con la afirmación de que «la mujer es incapaz de decir la verdad sobre sí misma», se sintió obsesionada por el deseo de dar un mentís á Weininger, y publicó, en efecto, en Cristianía, en 1904, un folleto sensacional con el título que encabeza estas líneas, traducido recientemente para *La Revue Bleue,* de París, por Tecla Hammar, con el más sugestivo título de *Mi confesión.* Lo reproducimos íntegro, en sus trozos más sustanciales, porque es realmente un curioso documento de positivo interés para el eterno proceso de la femineidad, y otro para el estudio del alma nórdica, tan distinta de la meridional.

Soy—dice la autora—mujer de un hombre de ciencia, de buena posición, bastante linda, sana y suficientemente inteligente, y tengo hijos vigorosos, guapos y bien dotados. He sido siempre lo que se llama «una buena cabeza», práctica y muy entendida en las cosas de este mundo, pero sin sólidos conocimientos. La escuela superior de señoritas, cuyos cursos seguí

en mi infancia, sólo se proponía hacer de nosotras damas presentables, lo que no implicaba mucho saber. Me casé á los veinte años, y tengo todavía el mismo marido, aunque ahora estoy «entre los treinta y los cuarenta años». Cuando digo que estoy en buena posición, no quiero decir que seamos ricos. Al contrario, el dinero que me producen mis pequeños talentos viene muy á propósito. Porque yo tengo talentos; pero desgraciadamente hay que poner esta palabra en plural, y tengo también no pocas pequeñas debilidades que cuestan dinero, y luego me gusta bastarme á mí misma, porque soy una mujer moderna.

Llevamos una vida muy tranquila, pues en casa se trabaja. A veces—¡ay, demasiado á menudo!—suspiro por el mundo de fuera, por la vida, la alegría, la luz, el aire con alas, pues la pequeña sociedad en que vivimos no me atrae ya. Mis pequeños ensayos de volar me han salido mal. Herida y profundamente mortificada me he refugiado en mi cuarto, donde hay muchas flores y donde entra el sol tamizado por cristales verdosos. Por la noche, acurrucada junto á la gran chimenea donde el fuego brilla, prestando algo de vida y de color á las cosas inanimadas que me rodean, he mirado la vida de frente.—«¿Qué queréis, señora? Ya vais siendo vieja; no es el aire el que os falta, sino las alas; habéis visto la existencia, la vida; y no es más que eso, no es otra cosa.» Y el fuego se apaga, y cansada y tiritando me deslizo en mi lecho solitario; porque, como personas bien educadas y modernas, que respetan en el matrimonio su mutua independencia, tenemos, como es natural, dos cuartos de dormir.

Mi marido vive para su ciencia. Yo le veo en las comidas y le oigo de tiempo en tiempo toser en su despacho, donde pasa días y noches en medio de sus libros. Su trabajo sedentario ha quebrantado su salud y no siente ninguna alegría por vivir. Conoce el mundo, sabe mucho y comprende muchas cosas; pero espera poco, cree poco, y su pesimismo amenaza alejarle completamente de la vida. Todos los años hace un viaje

de estudios y todos los días trabaja algunas horas en las bibliotecas públicas.

Los esfuerzos de emancipación de la mujer moderna chocan á mi pacífico marido. Le gusta la tranquilidad y el buen viejo orden establecido, pero no condena nunca. Dice simplemente: «Es fastidioso eso para nosotros; pero se explica fácilmente: cuando el hombre no puede ya conservar su puesto de amo, debe naturalmente descender al puesto de servidor». Bajo sus palabras se siente un poco de amargura, y nada más. Es un hombre perfectamente distinguido, y en el fondo esas cosas le interesan muy poco. Sueña con la paz del claustro y no desea envejecer. Permanece extraño á nuestros hijos; desde el primer momento me los ha abandonado: son «asunto mío». De tiempo en tiempo está todavía enamorado de mí, pero su amor ha sido siempre de distinto carácter que el mío. Era un amor de especie eruptiva. Entre las erupciones yo dejaba de ser mujer para él, mientras que él era siempre hombre para mí; los primeros cinco ó seis años de nuestro matrimonio he sufrido sencillamente los efectos de un amor desgraciado respecto á mi propio marido. Estaba mortificada. He necesitado mucho tiempo antes de aceptar no ser para él sino «una persona razonable», un camarada con quien se cohabita, con quien se calla y con quien se trabaja, ó bien ser tratada como ama de casa, á quien se muestra el respeto debido, á quien se dan las gracias al levantarse de la mesa y á quien se dan á recoser los botones. Su fría cortesía me exasperaba; y frecuentemente, cuando estaba amable y hablaba conmigo de cuestiones generales, yo me decía: «Pero abrázame, acaricia mis cabellos, dime que soy guapa, muéstrate enamorado». Por supuesto, me hubiera ofendido si no me hubiese hablado de cuestiones de interés general. Quizá inconscientemente pensé que más tarde tendríamos tiempo sobrado para disertar sobre ellas cuando fuésemos viejos. Pero él tenía diez años más que yo, y tenía que hacer la obra de su vida; yo no tenía más que mi amor, y mi amor me hacía exigente.

Yo inventaba mil motivos, colmándole de regalos y de flores en todas las ocasiones. Él no podía nunca acordarse de mi cumpleaños, y por Navidad nunca podía encontrar nada; entonces colgaba del árbol de Navidad un billete de Banco. ¡Ah! ¡Qué triste me ha puesto el alma ese billete de Banco! ¡Aquel pedazo de papel parecía tan pobre... tan pobre de amor! Al recibir mis regalos me daba las gracias, y parecía ocuparse de ello—¡tenía tan buena voluntad!—Pero pronto me los volvía á encontrar por el suelo, tirados en algún rincón; ni siquiera se acordaba de haberlos recibido. Y, sin embargo, yo le prodigaba regalos de fiesta, ¡y ponía en ello todo mi corazón! Una vez hizo verdaderamente un esfuerzo, y encontró algo que ofrecerme: era un bolero de tricot, atrozmente feo, pero de mucho abrigo. Vino á traérmelo, tan azorado como un niño. ¡Qué emoción! Se había acordado de que unos días antes me había quejado de frío en la espalda; él sabía lo que es sentir frío en la espalda, y había comprado aquel bolero, que debía dar calor, decía él. ¡Cuánto he querido aquel bolero, feo é informe! Lo llevaba temprano y tarde, y Dios sabe que no me sentaba, ni mucho menos. Pero mi marido había pensado en mí al atravesar la ciudad; en mí y en sus problemas; había pensado que yo estaba sentada en casa y que tenía frío en la espalda. ¡Ah, amigo mío! ¡Si hubieras podido comprender cuánto frío me dejabas también tener en el alma!

He llorado al ver que mis regalos no le interesaban: no concebía yo que nada en amor pudiera carecer de importancia. ¡Y qué agradecida le estaba cuando de tiempo en tiempo venía á sentarse un rato en mi cuarto! Yo volvía las rosas del alféizar de mi ventana hacia el interior de la habitación, encendía velas, me ponía furtivamente grandes cuellos blancos ó hermosas horquillas, y para mí todo tomaba aire de fiesta. Y cuando en aquel tiempo oía á las señoras decir que es muy agradable ver á su marido meterse en su despacho y dejarnos la libertad de nuestros movimientos, creía que era afectación. Pero ahora, debo confesarlo, cuando se queda mucho tiempo,

me ocurre pensar: «Querido amigo, harías muy bien en volverte á tu cuarto: me molestas».

«La mujer no es más que sexualidad—dice Weininger;—el hombre es sexual y algo más.» La mujer es, pues, siempre sexual, y el hombre sólo lo es por períodos, y esto explica el carácter eruptivo del amor masculino. Todo lo que llamamos amor no sería, pues, más que un grosero apetito. Toda la ternura, la bondad, la abnegación y los sacrificios, todas las mil nonadas que necesitamos hacer por el bienamado á fin de mostrarle que está siempre en nuestros pensamientos, que queremos hacerle la vida más ligera, todo eso no es más que un velo engañoso que ponemos sobre nuestra sexualidad, nunca adormecida. Acaso, ¡qué sé yo misma de la «verdadera naturaleza de la mujer»! Pero sé que, si eso es mentira, es una hermosa mentira sin la cual las mujeres no podrían vivir; es la poesía de su vida. Y nosotras compadecemos á los hombres que no la necesitan.

Los momentos en que el amor de mi marido se encendía iban espaciándose cada vez más. ¡Ah! Yo me sabía eso de memoria. Después de largos períodos de camaradería, sus ojos volvían á fijarse el mejor día sobre mí: observaba cómo estaba vestida, alababa mis trajes, trataba de cogerme la mano cuando pasaba junto á él, y yo notaba que él sentía mi presencia. Los demás días podía estar sentada á su lado, levantarme y desaparecer sin que lo notase siquiera. Y había calor en su mirada, y yo sabía que iba á abrazarme y que seríamos de nuevo marido y mujer.

Al día siguiente nuestras miradas se volvían frías y los períodos de vida célibe se prolongaban. ¡Cada vez iba yo siendo más la madre y la amiga! Pero cada vez que mi mirada pedigüeña encontraba una mirada fría, y mi mano tendida no recibía sino un apretón corto y distraído, sentía yo como una afrenta. Nos ocurría pasar horas enteras en la misma habitación, solos ó con amigos, sin que sus ojos me hubiesen buscado ni una sola vez. Entonces me retorcía las manos ante la

pobreza de la vida, y mi vanidad herida me infundía malos pensamientos y hacía nacer en mí sentimientos de hostilidad y hasta sordos deseos de venganza.

¿Conque es verdad que «en amor el hombre no ama más que á sí mismo»? Sabía que mi marido no amaba á otra mujer y que no tenía intención ninguna de mortificarme. Me olvidaba sencillamente; no me veía sino en el instante en que se despertaba en él el instinto de amor. Entonces era yo hermosa; entonces llenaba yo la casa. «Miente el que pretende todavía amar á una mujer que desea, ó no ha sabido nunca lo que es amor; son cosas muy distintas el amor y el deseo sensual: por eso me parece que es una hipocresía hablar de amor en el matrimonio.» ¡Oh, el terrible Weininger! Pero es malsano lo que dice ahí, eso no es cierto, no quiero creerlo; si no, sería preciso admitir que el hombre más vil está infinitamente por encima de la más noble de las mujeres. Nosotras, que deseamos, ¿no amaríamos nunca?

Y, sin embargo, lo que me revuelve es que precisamente el amor de mi marido, en cuanto se manifiesta con caricias, no se contenta sino con la posesión completa. Entre estos dos extremos hay todo un mundo de ternura, que es por el que yo suspiro. No es que el abandono total no me parezca un acto noble y hermoso. El calor y la intimidad, el exquisito sentimiento de armonía plena y entera que sigue á ese abandono y que dura más allá del minuto, eso es lo que me embriagaba, y por eso he pensado que quizá hay en el abandono de la mujer más amor que sexualidad, á pesar de todo.

Una vez, en un momento en que me sentía feliz con su presencia, dije á mi marido que sentía yo como cierto recogimiento, como un sentimiento religioso, y le pregunté si los hombres sienten así, y me respondió: «No; en eso creo que vosotras las mujeres sois más alma y nosotros más cuerpo». Y se diría que así es. Y, sin embargo, yo no soy una mujer fría. ¿Quién tiene razón entonces, él ó Weininger? Toda mujer normal que no está depravada no puede sentir más que asco en la

intimidad de un hombre indiferente. Es preciso que sea «él», el único hombre del mundo. Pero á los hombres, por lo visto, no les pasa lo mismo. Pero entonces... ¿no es más propio el instinto de la mujer?

Por otra parte, ¿qué es en amor cuerpo y qué es alma en amor? Para mí eso sólo hace uno, y no debe hacer más que uno. Cuando amo, es decir, cuando con un hombre he llegado al punto en que toda mi vida se concentra en él, en que mi pensamiento lo piensa, mi voluntad lo quiere, entonces sólo sé que mi cuerpo y mi alma forman un sér completo que busca otro sér completo. He oído á mujeres decir de un hombre: «No puedo casarme con él, porque sólo quiero su alma; su exterior me desagrada», ó al contrario. Pero entonces es que no aman, sencillamente. Cuando se ama de veras, se olvida uno de analizar y de calcular. Todo en la persona amada es grande. Todo es bueno y todo es uno. Se convierte en la única cosa necesaria, en la vida misma. Qué fuerza es esa que á todos subyuga bajo su voluntad y que hace de los hombres cañas que se bambolean á su soplo, lo ignoro; sólo sé que es una cosa terrible y dulce, capaz de transformar el mundo en un paraíso.

Poco á poco se operó en mí un gran cambio. La pasividad de mi marido se acentuaba cada vez más y tomaba el carácter de la indiferencia. Nuestros hijos no existían para él, y eso sobre todo me laceraba el corazón. ¡Los queridos niños, que le amaban y le miraban como un sér superior! No; yo no podía perdonarle su frialdad para con ellos: eso me mortificaba y ofendía más que todo lo demás. Acumulaba amargura, y me hacía helada. Y mil nonadas venían á agregarse á la gran causa de disgusto, y el fuego de mi corazón se apagó. ¡Había llorado tánto y había estado tan llena de impaciencia! La calma me volvió al fin, y fué como una liberación. Mi humor se hacía más igual, no atormentaba ya á mi buen amigo con lágrimas y suspiros angustiosos. (¡Ah! ¿Por qué el amor nos trae siempre tántas lágrimas?) Yo bromeaba con nuestra vejez y le dejaba tranquilo con sus libros. Parecía más á sus anchas y más

libre. Yo tenía á los niños apartados en lo posible, y redoblaba mis cuidados y ternura para con ellos.

Pero mi amor se despertaba de vez en cuando, y entonces se produjo una cosa espantosa: que yo sentía como una violación las tímidas aproximaciones de mi marido, tan delicado y tan lleno de atenciones sin embargo. Algo en mí se sublevaba. ¡Dios mío! ¿Es eso un matrimonio? Mi pudor estaba magullado; todo me parecía feo y malo, porque si *eso* no es una fiesta luminosa, sin discordia, entonces es peor que todo. Ocurría, sin embargo, que su ternura reanimaba por un corto instante mi antiguo amor, y entonces sentía yo vergüenza de mí misma, y estaba conmovida de verle á él. Venía hacia mí tan seguro, tan confiado, y me dejaba lleno de reconocimiento y de ternura. Jamás he experimentado, gracias á Dios, que la mujer, tras el abandono de su cuerpo, se sintiese tan despreciada como adorada se había sentido algunos momentos antes. ¡Sería entonces demasiado espantoso el ser mujer!

¡En fin!... Los días se pasaban trabajando, sin alegría, pero también sin verdaderos disgustos. Yo me sentía únicamente extrañamente vacía y cansada, y por las noches no podía conciliar el sueño. Mis pensamientos empezaron á buscar fuera de mi hogar. Era preciso hallar medio de llenar aquella nada. La soledad me aplastaba, y en las largas veladas del rincón del hogar yo permanecía con la mirada perdida en las llamas, sufriendo, como un hambre y un dolor físicos, la necesidad de sentir junto á mí, no seres humanos, sino *un* sér humano: un sér que pudiera limitar mis pensamientos, y mecer mi angustia ante la vida y mi angustia ante la muerte. El espacio en torno mío era demasiado infinito, los enigmas demasiado numerosos, la muerte demasiado próxima.

Yo pensaba en las buenas personas que había tratado, en los buenos amigos que había tenido, en el que había amado como una loca cuando tenía diez y siete años, en dos hombres que me habían amado y echado de menos infinitamente más de lo que yo merecía, en todas las ocasiones ligeras de la ju-

ventud y de después. A una joven alegre y linda—casada ó no, pero mejor si es casada—el uso quiere que se la haga la corte, y allá abajo en el Sur, cuando estaba de viaje, hubo uno, sí, y hubo hasta dos que me cortejaron. Uno de estos casos fué hasta bastante serio. Pero ¡qué ridículos me parecían! Jamás he podido comprender el placer de ser cortejada por indiferentes. Bostezo de aburrimiento al oirles. No estoy hecha para el flirt ni para las tonterías sentimentales; no me contento con tan poco. Y luego el flirt de salón, con situaciones picantes y entretenimientos en los rincones, me parece cosa malsana y fea que me repugna. O el simple y franco compañerismo, ó el amor. Pero el amor y las sensacioncitas pimentadas no tienen nada de común. El amor lo exige todo y lo da todo. Es cosa atrozmente grave el amor. El que puede contar y calcular y responder con «si es que» ó «pero», no sabe lo que es. Tampoco lo sabe quien se da á pedacitos y habla de «deberes» y de «razón», porque en amor no se tienen los pensamientos de diario ni se hacen cálculos de utilidad. No se es virtuoso y espiritual, se es genial. Inconsciente, se eleva uno en voluntad y en ideas hasta las cimas de la existencia. Sólo el amor forja lazos. Cuando el amor manda, todas las demás cadenas se rompen, porque es soberano y debe serlo.

LITERATURA

Manzoni, Voltaire y Shakspeare. — Que Manzoni haya podido emitir un juicio sobre Shakspeare es cosa—como dice A. Dragonetti en la *Rivista d'Italia*—que á nadie puede chocar; pero que ese juicio se haya emitido en un libro que ha corrido por todas las manos durante tres cuartos de siglo sin que nadie se haya fijado en ello, eso es cosa que merece realmente ser consignada. En el capítulo VII de *Los novios*, Inés, Renzo y Lucía se ponen en camino para sorprender á D. Abundio y hacerle celebrar, á pesar suyo, el suspirado matrimonio; entonces es cuando Manzoni dice lo siguiente: «En-

tre la primera concepción de una empresa terrible y su ejecución *(ha dicho un bárbaro que no carecía de ingenio),* el intervalo es un sueño lleno de fantasmas y de miedos». Pues ese «bárbaro» que, según Manzoni, no carecía de ingenio, era precisamente Shakspeare.

He aquí el pasaje á que se hace referencia: es la escena primera del acto segundo de *Julio César.* «Lucio: Señor, el décimocuarto día de Marzo ha expirado. *(Se oye clamar dentro.)*— Bruto: Muy bien. Vé á ver. *(Lucio sale.)* Desde que Casio viene á excitarme contra César, no he dormido. Entre el concebir y el realizar una empresa feroz, el intervalo es siempre un sueño lleno de fantasmas y terrores».

Como se ve, la duda no es posible. Pero ¿por qué Manzoni juzgaba tan severamente á Shakspeare? ¿Había realmente leído todas sus obras, ó era un juicio de segunda mano? Dragonetti sostiene lo segundo, y culpa á Voltaire de las apreciaciones de Manzoni. Sabido es que una de las grandes cuestiones literarias de la segunda mitad del siglo XVIII fué la disputa sobre el valor de las obras de Shakspeare, cuya traducción al francés había publicado Le Tourneur en 1776. En cuanto apareció el primer tomo, Voltaire creyó ver en la publicación el propósito de rebajar el mérito de Corneille y Racine, y escribió á D'Alembert una carta, en la que decía que «convendría poner en la picota á aquel villano que intenta darnos mamarrachadas inglesas como obras dignas de figurar al nivel de las de Corneille y Racine»; el mismo La Harpe decía: «Esa traducción ha sido hecha con la intención de envilecer á los más grandes dramáticos franceses».

Le Tourneur no hizo caso; pero Voltaire, picado en lo vivo, hizo del asunto una cuestión personal, pretendiendo haber sido el primero que había dado á conocer á Shakspeare, y dirigiéndose á la Academia Francesa en dos cartas famosas, hizo la crítica del dramaturgo inglés, empezando por afirmar que el *Otelo* «está sacado de la novela de *Cintio,* y del antiguo teatro de Milán»; jamás ha existido tal novela, ni el teatro de Milán

ha tenido ningún drama de donde pudiera salir *Ótelo;* Voltaire contaba con la ignorancia de sus colegas de Academia, y con la mayor desfachatez afirmaba sus invenciones. *Otelo* está tomado de la novela VII, década III, de la *Hecatommiti* de Giraldi. La primera escena de *Otelo* la juzga Voltaire indigna de un poeta trágico, sin considerar que el lenguaje grosero de Yago es el que corresponde á la persona que lo emplea: «Señor, dice á Brabanzio, nos tomáis por unos bribones porque venimos á prestaros un servicio; pues bien, ya que lo queréis, tendréis á vuestra hija cubierta por un caballo de Berbería; los nietos os relincharán, y tendréis potros por primos y yeguas por parientes. — Brabanzio: ¿Qué miserable profanador eres tú?—Yago: Soy, señor, uno que viene á deciros que vuestra hija y el moro están haciendo la bestia de dos espaldas.—Brabanzio: ¡Sois un malvado!—Yago: Y vos un senador».

Luego la emprende Voltaire con *Macbeth* y critica vivamente la escena tercera del acto segundo, al aparecer el portero que «borbota chistes de polichinela», si no peores. — «El beber, señor, provoca tres cosas. — ¿Y cuáles son esas tres cosas?, pregunta Macduff.—¡Por Baco, señor! El enrojecimiento de la nariz, el sueño y la orina. La lascivia, señor, la provoca y la refrena; provoca el deseo, pero impide la ejecución. Por eso puede decirse que el beber mucho burla la lascivia; la excita y la abate; la promueve y la acalla; da ganas y trunca los nervios; la crea y la destruye». Claro es que este lenguaje no tiene disculpa, como no lo tiene el de la *Celestina* ni el del *Quijote*, en ciertos pasajes; pero hay que contar con los gustos del tiempo para juzgar debidamente de una obra; en otro caso, desde Moisés hasta Cervantes merecerían críticas acerbas. El refinamiento literario del siglo xviii, pura hipocresía, puesto que coincidía con la depravación de costumbres de la Regencia y de Luis XV, no podía tolerar crudezas como las que se encuentran en Shakspeare, y de ahí la filípica de Voltaire, que si en otras cosas sabía despreciar la opinión del vulgo, en esta ocasión se aprovechaba de ella, adulándola.

Así sigue Voltaire criticando la dramaturgia shaksperiana, y en la segunda de sus cartas dice: «La verdad, que no se os puede ocultar, me obliga á confesaros que este Shakspeare tan bárbaro, tan bajo, tan desenfrenado y tan absurdo, tenía chispas de genio». ¿No es verdad que este juicio corresponde exactamente al de Manzoni, cuando aludía á aquel «bárbaro que no carecía de ingenio»? La única objeción que pudiera hacerse es la de que no parece probable que sin conocer las obras de Shakspeare se pudiera citar una de sus frases; pero precisamente la frase citada se encuentra en el *Diccionario filosófico* traducida por Voltaire en el artículo dedicado al *Arte dramático*. Es, pues, lo más probable que el juicio de Manzoni sobre Shakspeare no refleje sino la impresión dejada en el cerebro de Manzoni por la lectura de las críticas de Voltaire.

HISTORIA

El idilio de un rey.—La publicación de la obra *María Fitzherbert y Jorge IV,* de Wilkins, para la que se han aprovechado, con autorización del rey Eduardo VII de Inglaterra, los archivos reales, ha puesto en claro la verdad sobre las relaciones entre los dos personajes de que trata el libro, verdad que afecta á la legitimidad de un matrimonio y á los derechos del actual monarca inglés. El rey Eduardo, con amplitud de espíritu que le honra, lejos de poner obstáculos á revelaciones tan trascendentales, ha manifestado, según dice en *La Revue,* de París, Ch. Simond, que la verdad es imprescriptible, y que importaba iluminar el pasado, controvertido y obscuro, de su abuelo, antes que dejarlo envuelto entre dudas y sombras.

Mal hijo, mal padre, mal marido, mal amigo, Jorge IV fué, como lo ha pintado Thackeray, el tipo odioso de la falsedad y de la villanía. Es posible que la culpa de tal conducta estuviera, como quiere Wilkins, menos en su natural, agravado por los estigmas atávicos, que en el medio corrompido en

que vivió: su trisabuelo Jorge I, grosero y brutal, se dejó guiar por las calumnias de sus queridas, y tuvo treinta y dos años encarcelada á su mujer y arrojó á su hijo de palacio; su bisabuelo Jorge II dejó una memoria cubierta de oprobio, á pesar de la expansión colonial de su reinado; Jorge III se volvió loco después de provocar el descontento que llegó á terminar en la pérdida de la América del Norte; y Jorge IV vino al mundo cuando Londres se jactaba de imitar, exagerándolas con grosería, las costumbres pervertidas del París de la Regencia y de Luis XV, y siendo Príncipe de Gales, ascendía á 250.000 francos anuales sólo la cuenta de sus sastres.

Por entonces vivía en Londres María Fitzherbert, portento de gracia, de hermosura y de virtudes, viuda por segunda vez á los veinticinco años, apetecida por los más nobles señores ingleses, como el duque de Bedford, que no quiso casarse nunca por ser fiel al amor sin correspondencia que la tenía, y suficientemente rica para poder vivir con independencia y con holgura. Cuando el Príncipe de Gales vió por primera vez á María en Richmond, quedó prendado de ella, y su encuentro fué para su corazón como el efecto del rayo, que todo lo abrasa. Jorge no estaba todavía podrido; sus vicios eran los de su tiempo: el juego, la bebida y las mujeres. Todas le gustaban, y la mayor parte se le rendían por el prestigio de su nombre y por su buena figura. Pero al encontrarse con María parece que su pasión tuvo otro carácter, ya porque realmente sintiera verdadero amor, ya por la resistencia con que tropezó en aquella conquista, para la que nada significaban las lisonjas, las súplicas, los ofrecimientos ni las amenazas.

María era católica, y el príncipe no la era indiferente; pero tenía plena conciencia de sus deberes, y, respetándose á sí misma, sabía defenderse contra su propio corazón, negándose á responder á todo lo que no fuese un afecto puro y noble, del que no tuviera que avergonzarse. El príncipe estaba desesperado; en casa de Fox, su mejor amigo, se exaltaba hasta tirarse en el suelo, arrancarse los cabellos y jurar que renuncia-

ría patria y corona por huir con el objeto de su amor. María permanecía serena ante tales demostraciones, y conservaba toda su dignidad, haciendo saber á Jorge que jamás se sacrificaría á un arrebato de pasión. Desesperado el príncipe, acudió al recurso supremo.

Una mañana cuatro amigos del príncipe fueron á casa de María, consternados, y la hicieron saber que Jorge había atentado contra su vida, y que no quería morir sin verla por última vez. María se angustió; pero supo conservar su serenidad, y, temiendo alguna emboscada, dijo que iría á ver al príncipe, pero siempre que la acompañase la duquesa de Devonshire, cuya edad y respetabilidad eran firme garantía contra toda sorpresa. La duquesa accedió, y ambas entraron en la habitación del herido, al que encontraron, en efecto, cubierto de sangre. Les dijeron que se había clavado su puñal en el costado; pero los escépticos suponen que se trataba de una sangría del médico. Verdadera ó falsa, la escena produjo su efecto: María se conmovió, y las tiernas miradas del herido vencieron su resistencia. Por segunda vez pidió su mano, con labios pálidos y temblorosos, y María se la otorgó, celebrándose el matrimonio en casa de María el 15 de Diciembre de 1785, conforme al rito anglicano, aunque sin abjurar María de su religión católica, uniéndoles un sacerdote anglicano con todos los requisitos de validez.

Don Juan había consumado su plan siniestro: la pobre María, á quien el príncipe llamaba su «rosa blanca», fué sacrificada á las maniobras de la política y á la perfidia del príncipe. El odio contra el catolicismo era entonces tan grande en Inglaterra, que el país entero se hubiera sublevado contra el heredero del trono antes que sancionar su matrimonio con una católica. Interrogado Fox, el confidente del príncipe, ante el Parlamento, negó descaradamente los hechos, diciendo que «no sólo aquella pretendida unión no podía considerarse admisible ante la ley, sino que jamás había tenido lugar». Y el Príncipe de Gales, que había dictado aquellas palabras, decía

con la mayor frescura á María al día siguiente: «¿Sabes lo que ha hecho Fox ayer? Ha asegurado al Parlamento que no éramos marido y mujer. ¡Puede cometerse semejante impostura!» El Parlamento, desconfiando de las declaraciones de Fox, le había preguntado si hablaba por cuenta propia, ó si estaba autorizado para desmentir el rumor del casamiento. «Autorizado directamente», respondió. Y el Parlamento levantó acta de aquellas palabras sin apelación, y la Historia también.

Para afirmar su posición no le bastó esta perfidia al príncipe, y en 1795 se casó con su prima Carolina de Brunswick, que le llevaba los millones que necesitaba para acallar á sus acreedores, y de la que se separó al año siguiente, intentando un escandaloso proceso que duró veinticinco años. María había soportado su desgracia con dignidad, sin producir ni una queja. En 1800 los amigos de uno y otra obtuvieron una reconciliación, y los esposos vivieron unidos ocho años; pero en 1808 Jorge IV abandonó á su «rosa blanca» por lady Hertford. Murió en 1830, y María le sobrevivió hasta 1837.

Wilkins sostiene que Jorge IV no olvidó nunca á María Fitzherbert, citando al efecto el hecho siguiente: Al morir Jorge IV, el duque de Wellington, único que había quedado al lado del ataúd en que descansaba el cuerpo del rey, observó que éste llevaba al cuello un medallón pendiente de una cinta negra; el duque abrió el medallón, y vió en una miniatura el retrato de María Fitzherbert. Volvió á cerrar cuidadosamente aquella joya, y la ocultó bajo la camisa del difunto para que nadie la descubriese, y el rey fué enterrado con la miniatura de María sobre el corazón.

IMPRESIONES Y NOTAS

Fisiología de la lectura y de la escritura. — Tal es el título de una historia de la escritura del Dr. Javal, antiguo profesor de Óptica y miembro de la Academia de Medicina;

este distinguido profesor ha perdido la vista; pero sigue consagrando el tiempo á sus estudios favoritos, y merece ser citado al lado del naturalista Huber, que después de cegar siguió haciendo observaciones sobre la vida de las abejas; del historiador Agustín Thierry, cuyos trabajos sobre la historia de Francia tampoco fueron detenidos por la ceguera; y de nuestro D. Manuel Merelo, que, á pesar de sus años y de su ceguera, continuó explicando su cátedra de Geografía é Historia en el Instituto del Cardenal Cisneros, y pronunciando en el Senado sus hermosos discursos, asombrando á todos con la prodigiosa precisión de su memoria, que retenía con pasmosa exactitud todos los hechos y todas las fechas, por poca que fuera la importancia de los sucesos históricos.

Ya el mismo Dr. Javal—según hace notar en *La Revue* el sabio Miguel Breal—había publicado otro libro, *Higiene de las escuelas primarias y de las escuelas maternales,* en el que, suponiendo que su auditorio fuese ciego, daba consejos viriles é inteligentes para la mejor organización de su vida, mostrando cómo los otros sentidos pueden suplir el de la vista, y no temiendo entrar en los detalles más íntimos, llegando á dar consejos sobre el capítulo mismo del matrimonio. En su nuevo libro, Javal, aparte del estudio de los órganos de la visión y de su funcionamiento, indica las precauciones que deben tomarse para leer y escribir sin menoscabo de la vista, y señala los errores más corrientes en la construcción de edificios escolares por efecto de las falsas teorías reinantes sobre la difusión de la luz. Trata ampliamente de la miopía, declarando que la herencia debe contarse entre los casos relativamente raros, y dice que las verdaderas causas son: la insuficiencia de la luz, los caracteres de imprenta demasiado pequeños y las líneas demasiado largas.

*
* *

Embajadores rusos de antaño. — Son curiosas algunas anécdotas sobre las primeras embajadas rusas, recogidas por Leopoldo Lacour. En 1655, la república de Venecia envió á

Rusia una embajada para hacer una alianza contra el Gran Turco, y en justa correspondencia Rusia decidió enviar otra embajada á Venecia, eligiendo al efecto al Voivoda Tchemonadoff (1) de embajador, y al diácono Postnikoff de adjunto, con un séquito de 36 personas y un limosnero; para los gastos no llevaban dinero, sino mercancías, gran cantidad de pieles y 4.000 libras de ruibarbo.

Después de un largo viaje llegaron á Liorna, y como tenían alta idea de su importancia, no consintieron en saltar á tierra sino después de haber sido recibidos con salvas. Con sus trajes persas y tártaros, sus gorras de piel, sus trajes flotantes y su larga barba, no dejaban de hacer sensación cuando no se emborrachaban, cosa en ellos frecuentísima. Aunque destinados á Venecia, pretendían ser recibidos en todas partes con grandes honores y alojados gratuitamente, no comprendiendo que tuvieran que pagar á nadie por nada. A los cocheros que les llevaban á recorrer las ciudades ó á visitar á los personajes de nota les hacían subir á sus habitaciones y, en lugar de dinero, les daban á beber aguardiente, eso sí, en copas de oro. Después de un concierto, les dijeron que convendría recompensar á los músicos; pero Tchemonadoff se disculpó diciendo que no tenía suelto, y mostró dos monedas de oro. Aparentaron creer que las ofrecía, las cogieron y se las dieron á los músicos, con tal disgusto del embajador, que estuvo toda la noche de hocicos, como un chiquillo.

Cuando el dux pudo recibirlos, exigieron que les diese á conocer la fórmula del saludo para ver si en ella se omitía alguno de los títulos del czar, que había adoptado una interminable retahila de títulos. El ministro de Francia les hizo una visita, y como eso no estaba previsto, no se la pagaron. Un poeta florentino hizo un soneto en honor de Tchemonadoff sin

(1) El nombre en francés es *Tchémonadoff;* pero como nuestra *ch* castellana es la equivalente fonética del *tch* francés ó alemán, no hay para qué conservar la forma *tche*, que en castellano es completamente falsa y superflua.

mencionar á Postnikoff; éste se incomodó, y á punto estuvieron de batirse si el marqués Corsini no hubiera prometido que se haría otro soneto parecido en honor de Postnikoff; lo hicieron, en efecto, pero lo pusieron en un papel más grande y mejor que el anterior; y de aquí nuevas disputas y disgustos, hasta que los dos sonetos quedaron escritos en papel exactamente igual y diciendo exactamente lo mismo.

Cuando estuvieron en Florencia visitaron al gran duque Fernando II con gran pompa; pero cuando les dijeron que tenían también que visitar á la gran duquesa se negaron en redondo, y no hubo modo de convencerles ni por súplicas ni por precedentes de ninguna clase. Ni siquiera habiéndoles escrito el gran duque se rindieron. «No es conveniente que vayamos á ver á la princesa: nosotros hemos sido avisados para ver al príncipe, pero no á su familia», contestaron invariablemente. Y, bien mirado, no dejaban de tener razón en este punto.

*
* *

Los que dan disgustos y los que dan alegrías.—La psicología ordinaria y popular—dice Nemi en la *Nuova Antologia*—clasifica á los hombres en buenos y malos, sabios y locos, fuertes y débiles, puros é impuros, ateos y creyentes, etc. Una simpática escritora, Dora Melegari, propone distinguirlos, desde el punto de vista moral y social, en dos grupos bien caracterizados, según el bien ó el mal que cada uno ocasiona al prójimo: «los que dan disgustos y los que dan alegrías».

Hasta el Cristianismo—dice Dora en el prefacio de su reciente libro *Faiseurs de peines et faiseurs de joies*—parece dispuesto á volver hacia las fórmulas simples y á concentrarse en dos nociones principales: la de un padre divino del cual procedemos y al cual hemos de volver, y la de la fraternidad de los hombres. La práctica de esta fraternidad tiende á convertirse—mil síntomas lo indican—en la verdadera piedra de parangón de la vida religiosa. La Melegari quisiera que lo llega-

se á ser hasta para la existencia común y que se la considerase como regla de sabiduría.

Realmente, la nueva teoría es una de tantas formas del criterio epicúreo de la moralidad, criterio que seduce al pronto por su aparente sencillez, pero que resulta tan complejo en la práctica como el que más. Porque ¿qué es el que causa una alegría? ¿Un bienhechor? No. En mil casos, las alegrías producidas en un momento dado se tornan en positivos perjuicios. Un amigo me convida y me obsequia con los vinos más exquisitos: ¿no me causa una alegría? Evidentemente. Pero esos vinos me hacen daño, porque soy diabético, porque padezco del corazón ó del hígado ó de los riñones. ¿No me causan un disgusto? Evidentemente también. Y entonces, ¿dónde está el criterio para la clasificación? ¿En la intención? Salimos de los límites de lo puramente externo y visible, para penetrar en arcanos de difícil exploración.

***

¿Son incompatibles el socialismo y el patriotismo?—C. Bouglé trata en la *Revue Bleue* de tan interesante cuestión, dejando á un lado con razón los argumentos sacados en pro ó en contra de la actitud personal de tales ó cuáles más ó menos caracterizados socialistas, y plantea el problema en su verdadero terreno: el terreno doctrinal.

Artículo primero de la nueva organización: En la sociedad nueva no hay capitalistas. Es decir, que, sea por su lento decrecimiento hasta reducirlos á nada, sea por un decreto que los suprima, toda renta, alquiler, provecho ó riqueza no creada ó recreada por nuestro trabajo personal, desaparece. Aparte de los inválidos—únicos rentistas tolerados y servidos por la colectividad,—todo el mundo vive de su trabajo y sólo de su trabajo; se acaban los zánganos, para no quedar más que las abejas. Claro es que la industria seguiría haciendo valer los fondos que se pusieran á su disposición, pero sus productos irían á la colectividad; claro es también que cada cual sería dueño

de sus alimentos, de sus vestidos ó de su casa, pero nadie poseería ni una tierra, ni un taller: nadie podría explotar á nadie.

Para repartir mejor los huevos, se dice á esto, matáis la gallina. Porque si nadie tiene interés personal en producir más y mejor, ¿no se corre el riesgo de que las abejas se duerman? Por otra parte, esa sociedad así organizada, ¿se aislará de las demás sociedades todavía no preparadas para el nuevo régimen? Y si no se aísla, ¿no correrá el riesgo de una invasión de productos extranjeros que mate la vida nacional? A esto dicen los socialistas (véase Vandervelde) que la organización colectivista es superior á la capitalista precisamente en la producción más que en la distribución, pues sería menos costosa y no temería la competencia.

Habría que verlo, diga lo que quiera Vandervelde; pues una cosa es la teoría y otra la realidad. Pero ¿y si las sociedades individualistas mantuvieran su estado actual de preparación para la guerra? ¿No obligaría esta situación á organizar otro estado semejante de cosas? Sí; pero limitado á preparar la *defensa* nacional, y sobre su suelo, en torno de riquezas que serían patrimonio de todos (pero que por ser de todos en general no eran de ninguno en particular), la nación armada sería invencible, según Bouglé. El Estado se vería libre del cuidado de defender el privilegio de las clases *poseyentes*—su principal oficio hoy, según los socialistas,—pero tendría que seguir poniendo su fuerza al servicio del derecho. Y esto basta para tener plena conciencia de su personalidad y de su misión, y por consiguiente para mantener vivo el patriotismo, el sentimiento del amor á la patria, organismo viviente de que cada ciudadano forma una parte integrante.

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Dizionario di sociologia (contenente circa 350 vocaboli e 150 nomi di autori), pel Dott. Fausto Squillace. Palermo, Remo Sandron, editore, 1905. Dos liras.

La sociología va marchando, no obstante sus contradictores. Los ha tenido y los tiene, como toda ciencia en formación, y aun puede añadirse que como todo invento y como todas las innovaciones. En el día de hoy puede decirse que ha superado ya las pruebas más difíciles. Nadie se atreve ya, sino á lo más de una manera tímida, á negarle, cual ocurría hace poco, el derecho á existir. Sus cultivadores, y hasta sus apasionados, son legión. A la hora presente cuenta con una literatura abundantísima. Quizá no haya otra alguna disciplina que la tenga tanto.

Sin embargo, el tecnicismo de que se sirve, como es fácil de comprender, se halla muy lejos de estar formado, y menos aún fijado. Cada cual se atreve á inventar vocablos nuevos para conceptos nuevos ó relaciones antes no estudiadas. Los mismos que han entrado ya en el lenguaje corriente de la ciencia se hallan lejos de tener para todo el mundo igual significación. Unos les dan un valor y un sentido, y otros otro. Y así no es fácil entenderse, y los equívocos menudean. Convendría por eso algo así como una definición clara y estable de los aludidos términos. Esto es lo que se persigue con los diccionarios de una lengua. Esto y el vulgarizar el caudal de palabras que han empezado á usar los sociólogos es así bien lo que busca el

Sr. Squillace con su diccionario de sociología, bastante imperfecto aún, cosa disculpable por ser el único en su género publicado hasta ahora.

Es, sin duda, obra útil. En pocas páginas traza un cuadro de las más sonadas y conocidas teorías é ideas sociológicas y de los principales sociólogos de nuestro tiempo.

Diritto e personalità umana nella storia del pensiero, per Giorgio del Vecchio. Bolonia, 1904. Folleto de 32 páginas.

Se trata de una de esas prolusiones, frecuentes en Italia, sobre todo entre profesores que se encargan por primera vez de sus cátedras, ora al entrar en el profesorado, ora al ser trasladados de una á otra Universidad. El presente folleto es la prolusión leída por el profesor Del Vecchio, el 19 de Enero de 1904, al dar comienzo á su curso de filosofía del derecho en la Universidad de Ferrara.

Contiene un bosquejo breve, pero bien trazado, de la evolución que ha sufrido á través del tiempo el concepto de la personalidad humana, y tras del concepto de la misma su reconocimiento en el orden legislativo y práctico. El autor indica á grandes rasgos la elaboración del concepto referido y la parte que para determinarla ha correspondido á los principales pueblos y épocas, á partir de los griegos y los romanos hasta nuestros días.

I presupposti filosofici della nozione del diritto, per Giorgio del Vecchio. Bolonia, 1905. Un volumen de 192 págs. en 4.°, 4 liras.

El libro este reacciona, y reacciona de un modo poderoso, contra el empirismo y el positivismo jurídico. Su autor, en quien no hay más remedio que reconocer un temperamento verdaderamente filosófico, á la vez que una muy sólida cultura

respecto á la materia que trata, parece un kantiano. A veces se da la mano también con Aristóteles y el escolasticismo aristotélico. Y de cualquier manera se halla dentro de la corriente idealista y racionalista. Aprecia y concede no poco valor á las escuelas y direcciones más ó menos contrarias á la suya (empirismo, positivismo, escuela histórica, sociológica, realista, jurisprudencia comparativa, doctrina general del derecho...); pero, á juicio de él, ninguna de estas escuelas puede dar la noción propiamente filosófica del derecho, noción que no puede menos de ser universal y valedera siempre y en todo caso. Esta noción, que ha de ser—dice muy repetidamente—formal y no de contenido, es la única que puede poner al investigador en disposición de saber lo que sea esencialmente el derecho. Y esa noción antecede á toda experiencia, según el profesor Del Vecchio, y proviene de la razón misma, gracias á lo cual puede el sujeto encontrar lo jurídico y calificarlo en las relaciones concretas é históricas.

Se trata, pues, de un nuevo defensor del derecho natural ó racional, con sus consabidos caracteres de absoluto, etc. Acaso no logre convencer con sus razonamientos á muchos lectores, á no ser á los que ya de antemano estén convencidos; mas no creo que haya nadie que deje de reconocer el valor real de este libro, ya por lo sereno y firme de su doctrina y su argumentación, ya por la amplitud de las referencias y citas que contiene, principalmente de escritores modernos y contemporáneos. Traza un cuadro bastante completo del estado actual de la filosofía jurídica, sobre todo en el país en que más se cultiva: Alemania. A través de estas pocas páginas se da uno cuenta suficientemente clara del estado presente del problema capital de la filosofía jurídica, esto es, la noción del derecho.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

Recuerdos, por José Echegaray..... 5
La nueva artillería de campaña de tiro rápido, por Ramón Varela. 17
Novísimas tendencias de la Sociología, por Adolfo Posada..... 39
La civilización, estorbo de la independencia, por P. Dorado..... 55
Las últimas negociaciones de matrimonios regios entre Inglaterra y España, en 1623, por Juan Pérez de Guzmán..... 73
España fuera de España.—Cicerón y los españoles, por H. de la Ville de Mirmont..... 103
Alma de niña, por Dostoiewsky..... 125
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 162
Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 173
Notas bibliográficas, por P. Dorado..... 201

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGIA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey.—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa.—Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor.—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.

Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne.—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, y Garofalo Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.—La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen. 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida).—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littre y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. — Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. — Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 18. NUM. 209.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

MAYO 1906

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

10.886

LA GUERRA Y LA VIDA

CONCEPTO DEL VALOR, APLICADO A ESPAÑA

«*Audaces fortuna juvat.*»

I

La vida es un continuo riesgo, y la guerra no es otra cosa que un agudo compendio de la vida. Todas las leyes de la guerra son una simple expresión de las leyes compendiadas de la vida. En la lucha armada de los pueblos, como en la lucha económica, idénticos principios llevan á los pueblos al triunfo ó al desastre. El vigor moral de los pueblos se desarrolla en las luchas armadas ó en las luchas económicas por métodos de educación análogos. En uno y en otro caso, antes que atender al ejercicio de las armas hay que atender á vigorizar los espíritus.

Al decir Shakespeare que somos de aquella materia de que se forman los sueños, consideraba la vida como una cosa esencial y nuestro cuerpo como la expresión modular de aquella esencia. Los cambios esenciales en los hombres y en los pueblos han de obrarse en su espíritu. Todos los planes de educación para los hombres y los pueblos han de tender á variar aquella esencia, prescindiendo de las formas: éstas ya se modificarán y plegarán por sí á las fuerzas esenciales.

La vida es un continuo riesgo, y la guerra es una vida compendiada. Nuestro pueblo ha perdido este concepto esen-

cial de la vida. Se quiere obstinadamente sustraer á la lucha, y como éste es forzosamente el medio en que se ha de desenvolver su espíritu, éste se desvigoriza más y más. A un concepto pacífico de la vida corresponderá un espíritu blando; é inversamente, á un espíritu blando corresponde un concepto pacífico de la vida.

Nada puede hacer la inteligencia para salvar al hombre desvigorizado moralmente. El hombre blando zozobra en la vida, fueren cuales fueren la suma de sus cualidades físicas ó intelectuales. En las borrascas de la vida sólo nos puede mantener á flote la capacidad moral. El que lleva dentro de sí una capacidad mayor que el volumen del riesgo que le rodea, sobrenada invariablemente. Y pudiéramos añadir que en el medio borrascoso de la naturaleza y de la vida los pueblos alcanzan la escala de flotación que corresponde á su capacidad moral.

¿Qué da á los hombres y á los pueblos esta capacidad moral? Exclusivamente el ejercicio del valor. Oigamos á Clausewitz: «El valor contra el peligro personal es de doble naturaleza: puede ser, en primer término, indiferencia contra el peligro, ya procedente del organismo del individuo, ya del menosprecio de la vida, ó bien de un hábito, aun cuando en cualquier caso denote un estado de ánimo permanente. En segundo lugar, puede el valor originarse de motivos positivos, tales como la ambición, el amor patrio ó un entusiasmo cualquiera. En este caso el valor no es un estado de ánimo, sino un movimiento del ánimo; esto es, un sentimiento. Se comprende que ambas clases son diferentes. La primera es la más segura porque, constituyendo una doble naturaleza, no abandona nunca al hombre; la segunda produce resultados más vastos. A la primera corresponde particularmente el estoicismo; á la segunda, la audacia: la primera deja la razón más reposada; la segunda la exalta muchas veces, pero también suele deslumbrarla» (1).

(1) *De la guerra*, tomo I, cap. 3.°

Nosotros hemos dado en otra parte una definición del valor que, aun cuando aproximada, es más concreta. Decíamos: «el valor es la resultante de la lucha entablada por la voluntad con el instinto de conservación». Así obran sobre el valor dos causas, las espirituales y las físicas, y parecen darle una doble naturaleza. El salvaje que por indiferencia hacia el peligro, por organización nerviosa ó por hábito no sienta con agudeza el instinto de conservación, habrá de necesitar muy escasa fuerza de voluntad para reaccionar contra el miedo y producirse valor. Pero el hombre civilizado, con una organización nerviosa totalmente distinta y sin los hábitos del peligro agudos en el salvaje, habrá de necesitar una mayor dosis de voluntad que éste para producir una idéntica ecuación de valor. Ahora bien: no se crea por esto que el salvaje posee cualidades de valor superiores á las del hombre civilizado; porque si en el salvaje disminuye el instinto de conservación, en cambio no posee aquella energía de voluntad que busca sus raíces en el espíritu.

La obra de la civilización, como la obra del progreso, tienden á hacer más fácil la vida corporal, y por esa razón menos enérgica; pero en esta debilidad de la energía física hay una compensación en la energía moral. No habría otra manera de sostener á la humanidad en un plano superior.

«Si consideramos—dice Clausewitz—un pueblo inculto y guerrero, veremos que en sus individuos el espíritu militar es más habitual que en los pueblos ilustrados, porque en aquéllos posee este espíritu cada individuo, casi sin excepción, mientras que en los ilustrados no se arrastran las masas sino por necesidad y nunca en virtud de un impulso interno.» Pudiéramos decir que en aquel pueblo inculto su cualidad militar arranca de condiciones corporales, en tanto que en el civilizado ha de arraigar en convicciones morales. Pero la convicción moral en el pueblo no es una cosa abstracta de manifestación colectiva y que sólo á la colectividad mueve; es un producto de las condiciones morales de todos y de cada uno en particu-

lar, como en el salvaje la cualidad guerrera colectiva es la suma de las cualidades guerreras individuales. Si éstas disminuían disminuiría el conjunto, sin que hubiera fuerza humana capaz de hacer recobrar artificialmente mayor valor á la suma, perdido el valor de los sumandos. Esto, que parece tan evidente tratándose del esfuerzo físico, se olvida en lo moral. Y así vemos frecuentemente repetirse en un pueblo, por sus elementos directores, el medio de querer combatir el general descaecimiento atacando con filípicas ó leyes el desfallecimiento colectivo y dejando intacta en su desmoronamiento la labor individual de sus condiciones morales.

Descuidada por sus clases directoras esta labor de educación moral enérgica é individual, colocan á un pueblo en las condiciones del salvaje, y al pedirle valor lo piden al desarrollo de cualidades negativas, como son las del desprecio á la vida, las de la resignación, las del hábito del sufrimiento; y por eso se dan en pueblos civilizados esos casos de estoicismo salvaje. Rusia y España son al presente dos casos elocuentes de pueblos que carecen de valor moral colectivo por no existir una convicción moral, y en cambio son de una convicción corporal extremada para resistir. Todo el proceso educativo individual de estos dos pueblos tiende á anular sus convicciones morales, sus grandes fuerzas positivas del espíritu, y en cambio á desarrollar las negativas de su resistencia corporal, de su resignación, de su hábito de mal vivir.

Estos pueblos han sido abandonados de todo espíritu. Carecen de esa fuerza de voluntad para combatir ofensivamente los riesgos. Son pueblos que resisten á la vida con sus cualidades corporales. Y estos pueblos pronto toman una organización y una estructura defensiva. Su economía política y su política económica es defensiva, y defensiva es toda su organización social en sus diversos miembros. Estos pueblos son todavía de una condición inferior al salvaje, porque aquéllos sufren el influjo de la vida moderna con sus blanduras corporales, y les va faltando cada vez más el asiento del valor que

para acomodarse necesita las rudezas del cuerpo ó las del espíritu.

Un pueblo así es un terreno yermo: ni tiene la lozanía del terreno virgen, ni puede producir las especies superiores del terreno cultivado. Por eso dice Clausewitz: «Pero en los pueblos incultos no se encuentra jamás un gran caudillo, y en contadas condiciones puede hallarse *un genio militar,* porque para esto es preciso el desarrollo de facultades que nunca puede tener un pueblo inculto». Menos fácil es, decimos nosotros, que en estos otros casos de pueblos yermos se pueda dar un hombre de estado; para él hacen falta cualidades superiores, y sin producir «un género diferente de espíritu ó una cualidad de cultura distinta» sólo se producirá comúnmente en este pueblo el tipo del hombre *eludivo,* del *hombre hábil,* de aquel que quiere resistir á todas las cuestiones eludiéndolas, y que entiende, como su pueblo, que vivir es eludir la lucha, y cuando ésta se impone á todo trance resistirla sin afrontarla.

En estas dos frases hemos expresado todo el concepto: las cualidades del espíritu son afrontar; las del cuerpo, resistir. Pero esta resistencia, muy á pesar nuestro, viene aminorada por la falta de hábito, y el hombre civilizado, á medida que es menos apto para resistir la vida, ha de ser más capaz para afrontarla. ¿Cómo dudar de que, á medida que la vida es más compleja, son más complejos los riesgos del espíritu? Desde el salvaje, que no tiene otra cosa que responsabilidades corporales, hasta la inmensa complejidad de responsabilidades morales del hombre civilizado, media toda la inmensidad del espacio histórico que les separa.

Para afrontar toda la responsabilidad moral que al hombre civilizado le viene impuesta, necesita el ejercicio del valor, y los grados de él han de corresponder á los grados de su responsabilidad. Sólo el cobarde no acepta estas responsabilidades y alardea envidiar la suerte del salvaje, pero sin sus arrogancias.

En cada hombre que os hable de fiera independencia hay un timorato y un vencido que desertó de las filas de la responsabilidad. Cada pueblo que alardea de neutralidad ó de independencia social absoluta es pueblo que desertó por no afrontar el progreso, y que elude cobardemente su responsabilidad histórica. El hombre defensivo, como el pueblo defensivo; el hombre y el pueblo que resisten la vida sin ánimos de afrontarla, han perdido la dignidad de su existencia.

Un hombre y un pueblo pueden acudir al manantial de sus resistencias corporales y luchar estoicamente, para con esta resistencia vigorizar su espíritu quebrantado. Pero jamás abandonar el espíritu para entregarse á las resistencias del cuerpo. El cuerpo puede pedir treguas: el espíritu ó lucha siempre ó se entrega á discreción.

En el ejercicio del valor las resistencias corporales son limitadas; no así las del espíritu: por esto á medida que aquéllas decaen ó se consumen, hemos de robustecer éstas.

Es indudable que las cualidades estoicas, cuando son removidas por el espíritu son tan dignas, y el valor que en èllas se cimente es tan heroico como aquel otro movimiento puramente del espíritu que produce la audacia. Pero cuando el estoicismo lo produce, no una propulsión del espíritu, sino un simple caso de desfallecimiento ó abandono, el hombre ó el pueblo han caído en lo más hondo de su abyección moral. He aquí cómo por la simple intervención del espíritu, cualidades negativas se convierten en positivas.

Hemos dicho antes que el valor sólo puede alojarse entre las rudezas del cuerpo y las del espíritu. Ambas le sirven de sostén, y á las dos hay que atender á medida que las gasten las circunstancias. Vive, pues, el valor entre la audacia y el estoicismo, y unas veces se inclina de un lado y otras de otro; para obrar bien ha de haber entre los dos la holgura que consienta su elasticidad.

*
* *

En los hombres de mérito, pidiéndole al valor su máxima tensión, unas veces se apoyará del lado de la audacia y otras del estoicismo: esto depende de que sea en el hombre más ó menos fuerte el resorte moral ó el físico. Pero en los hombres verdaderamente extraordinarios, en los grandes caudillos y en los grandes hombres, no es posible distinguir de qué lado se apoya su valor supremo, porque salta elásticamente de uno á otro resorte, según las circunstancias; y así, la audacia impulsa al estoicismo y el estoicismo á la audacia, sin poder determinar cuándo el valor recibió el máximo impulso de uno ó de otro. En los hechos de estos grandes hombres lo audaz y lo estoico se confunden, pareciendo en ocasiones el estoicismo una prolongación de la audacia ó la audacia una prolongación del estoicismo.

Aníbal, llegando audaz á las puertas de Roma sin asaltarla, y manteniéndose dueño de la Campania y de los Abruzos durante años, sin apoyo moral y sin recursos de Cartago, mostró, en su estoicismo y en su ánimo para resistir, más audacia que la que fué menester para invadir á Italia. Hernán Cortés, rebelde dos veces y alzado en armas contra el mandato de Diego Velázquez, sale de Méjico, derrota á las tropas de Pánfilo de Narváez; y cuando vuelve á Méjico, hallándole sublevado, aún topa medios para resistir, y cuando se retira no abandona la empresa, y lo hace para ganar más aliados y emprender una campaña de nuevo. Alejandro el Grande se sirve en ocasiones del estoicismo en Asia como de una nueva propulsión audaz.

Juliano el Apóstata, imitando á Alejandro en sus audacias, se pierde cuando intenta apelar al estoicismo, y esta división que él hace es la división de sus dos naturalezas de valor.

En Federico el Grande tampoco asoma la línea divisoria entre su audacia concebible y su estoicismo en la desgracia. Esta unidad de valores, si recorriéramos la historia, veríamos que era la característica de los grandes caudillos y de los grandes hombres. Puramente á esta unidad de valor, mezcla de es-

toicismo y de audacia sin desentrañar, se han debido éxitos históricos que eran en buena lógica inadmisibles. Estos caudillos ganaron campañas que parecieron perdidas, y en el curso de sus gloriosos sucesos abundan de igual modo las batallas que, perdidas materialmente, se convirtieron en apuestas victorias alcanzadas exclusivamente por el vigor de su ánimo. De aquí aquella frase de Suvaroff de que «una batalla perdida es aquella que se considera como tal»; ó aquella otra de Blüme: «La historia militar enseña que, al terminar un día de batalla, raras veces el vencedor conoce la magnitud de la derrota del adversario; y no es menos raro que tenga la batalla por perdida, mientras huyen las masas del enemigo».

Por esta consideración, escribió aquel de nuestros clásicos inmortales: «El ánimo que piensa en lo que puede temer, empieza á temer en lo que empieza á pensar. Y muchas veces á sí mismo se persuade el miedo, y se le hace el discurso receloso, porque no hay quien no se crea á sí mismo, y es blasón grande del temor, siendo tan ruin, hacer de nada algo y de poco mucho. Crecen con él las cosas sin añadirlas, y su aritmética cuenta lo que no hay. Es el testigo falso más pernicioso del mundo, porque siendo falsario de ojos ve lo que no mira». El ánimo ha de ser el victorioso ó el vencido, antes que la fuerza del contrario. Si tras un hecho audaz, que la fortuna tuerce en adverso, no se tienen fuerzas para resistir la desgracia, aquel impulso audaz sólo fué un impulso de perdición. Ya hemos dicho que á la acción audaz en los grandes caudillos se sucede la reacción estoica, provocada la una por la otra como un simple fenómeno de elasticidad. Pero ésta no es cualidad que abunda entre los humanos, y de aquí que al hablar del hombre de valor sin llegar al mérito extraordinario, conviene tener muy presente la acción y reacción de estos dos resortes en que se apoya el valor para equilibrarlos, y ajustar la alta presión de la audacia con la depresión que ha de producir la borrasca, para que no naufrague para siempre con el valor el ánimo.

Hablamos aquí de cualidades de caudillo, de general en jefe.

No de aquellas del lugarteniente ó del simple soldado. En éstos, para la audacia, hasta la temeridad, no les son indispensables contrastes. Son simples resortes que el mando sabe hábilmente emplear y oponer unos á otros. Sea cualquiera la tensión del resorte, es mejor cuanto más intensa; en la mano del jefe está la habilidad para regular su empleo. Un caudillo que no tenga las condiciones de aquel hombre extraordinario aludido antes, no procederá de idéntica manera empleado en las tropas como lugarteniente ó como generalísimo. De aquí los grandes fracasos de generales subalternos que, con grandes cualidades como subordinados, de otro las perdieron al tener un mando independiente. Los generales de Napoleón son un ejemplo elocuente, pero no un hecho insólito, porque lo mismo había ocurrido muchos siglos antes con los generales de Alejandro. Se explica el hecho cuantas veces se repite en la historia. Aquellos dos grandes caudillos emplearon las cualidades de sus generales en toda su gran tensión: quiénes con su predominio audaz; cuáles con su vigor estoico. Para combinar estas cualidades aguzaron su máxima tensión sin cuidarse de equilibrarlas. Así pudo decir Napoleón á su hermana, hablando de Murat, el rey de Nápoles: «Vuestro marido, que es un león en el campo de batalla, sirve para las acometidas, pero tiene para resistir menos vigor que una mujer ó un cordero». Del mismo modo Alejandro, puesto en el trance de la muerte, no supo á quién elegir por heredero de entre sus generales. Conocía las cualidades de ellos para mandarlos él; pero, puesto en confusión al obligarle á designar un sucesor que le reemplazara, contestó, puesto en razón y sin resolver sus dudas: «El más digno».

No es extraño que el audaz pierda sus cualidades en el mando supremo, ó que las pierda el estoico. Si el elegido carece de aquellas condiciones del gran caudillo, en la empresa difícil de equilibrar su valor, suele ganarle la irresolución; y cuando la irresolución se hace sistema, la timidez despeña invariablemente al valor. No es otra la historia de los fracasos

de aquellos hombres que en su airoso empleo subalterno prometían como caudillos. En nada la naturaleza puede proceder por saltos, sino por gradaciones. El lugarteniente que posea unas cualidades y carezca de otras ha de servirse de las circunstancias y buscar las ocasiones en que pueda ir dando lentamente desarrollo á aquellas cualidades que posee en menor grado. No se pueden dictar reglas: el hombre dueño de sí mismo hace la regla en la ocasión, y provoca la ocasión en cuantas circunstancias le conviene aprovechar la regla.

No solamente son las circunstancias ocasionales las que pueden obligar al caudillo á impulsar su valor, unas veces con el apoyo del estoicismo y otras con el de la audacia; hay otras circunstancias esenciales: aquellas que se refieren á la calidad ó á la cantidad de las tropas. El mando se sirve de las tropas como de un útil, y á medida de su empleo va introduciendo en él las perfecciones y modificaciones que le dicta su habilidad. Con unas tropas que carezcan de audacia y sean aptas para resistir, sería insigne locura acometer de golpe operaciones arriesgadas. Igualmente disparatado sería llevar tropas audaces deliberadamente á operaciones pasivas y penosas. En ambos casos se corre el riesgo de romper por torpeza de uso sus bellas cualidades. Una tropa perfecta es la que posee en igual grado estas dos cualidades, y esta tropa es siempre imagen y hechura de un gran caudillo. Pero tan escasas andan en la historia estas tropas, como escasos son los caudillos extraordinarios que las forman. El general ha de servirse de su tropa según se la deparen las circunstancias, y, á semejanza del artista, en el camino de su empleo va perfeccionando el útil. El mismo equilibrio que ha de buscar el general en sus cualidades personales ha de buscar en las cualidades de su tropa. Con idéntica perseverancia con que atendió á asentar bien su valor entre la audacia y el estoicismo, tenderá á asentar el valor de sus tropas. Todas las ocasiones han de servirle para dar desarrollo á aquellas cualidades menos salientes de sus soldados. Siempre las empleará en aquella ocasión en que su cuali-

dad saliente asegure el éxito, pero dentro de ella en todas las circunstancias hará progresivamente poner en juego la cualidad contraria. De este modo hará progresivamente que el valor vaya confiadamente apoyándose y robusteciendo aquel resorte debilitado. Si son tropas acostumbradas á la pasividad de una absoluta defensiva, procurará parcialmente colocarlas en riesgos y trances de no dudosa temeridad que no malogren las empresas, para que con el recuerdo sucesivo de pasadas osadías despierte en ellas el dormido sentimiento de la audacia. Procurará el capitán experto, cumplidos estos trances, poner de manifiesto, de una manera aguda y alentando á la emulación, que parte principalísima de la victoria corresponde á las tropas encargadas de la difícil empresa; y acentuando la temeridad hará girar sobre ella todo el concierto del éxito. Es esta empresa delicada para el curso de un combate, y en ella, estorbando la prudencia, ha de salir la sagacidad del jefe al amparo de la resolución. No puede malograrse uno solo de los ensayos sin desbaratar aciagamente todos los esfuerzos anteriores. En su consecuencia, al jefe toca exclusivamente medir el peligro con las ocasiones. La historia está llena de ejemplos, y haríanse interminables las narraciones de tropas obligadas á la pasividad de la defensa y preparadas en el curso de una campaña para la más brillante acción ofensiva.

Si, por el contrario, son tropas habituadas á una audacia impetuosa, constreñidas por circunstancias insuperables á operaciones pasivas y penosas, la tarea, aun cuando menos difícil, debe acometerse también de una manera gradual. Sin restarlas ni anular aquel su primer impulso, ha de redoblarse el riesgo de las operaciones, para que acostumbrándose á buscar apoyo en el terreno, vean cómo puede confiarse á la tenacidad aquello mismo que parecía insuperable á su primer aliento. No de otro modo procedió Aníbal en Italia; y cuando, convencido del abandono de su metrópoli, decidió mantenerse á las puertas de Roma con sólo sus recursos y el apoyo del terreno, dió á aquellas sus tropas impulsivas de Trebia, de Trasimeno

y de Cannas toda la inmensa tenacidad que admiraran los siglos.

Nada más peligroso para un general que exigir á una tropa por transición brusca el desarrollo de cualidades que no tiene, á pretexto de que así lo exigen las circunstancias. La habilidad de un general estriba en preparar éstas para desarrollar en ellas la mayor suma de cualidades de su tropa, y en asir todas las ocasiones que se presenten para paulatinamente modificarlas. De aquellas mismas tropas hechas para la defensiva en Roma sacó Escipión sus huestes, y antes de pasar á Cartago se sirvió de España para forjarlas y emprendió con ellas aquella serie de campañas, de batallas y aun de escaramuzas audaces que produjeron en sus tropas el inmenso aliento que las llevó á Zama. Al amoldarse un caudillo á las circunstancias para sacar provecho de la cualidad más saliente de sus tropas ha de tener presente que estas circunstancias cambian; y en previsión de estos cambios, ha de producir el cambio de cualidades de sus soldados. Cuando sea árbitro de esta elasticidad en sus tropas, será en la guerra árbitro de las ocasiones, y en ellas aprenderá á redoblar esforzado la audacia como la cualidad más imperiosa para vencer. Esta audacia viene á redoblarla siempre el convencimiento de saber resistir á la adversidad. Quien no teme á la caída, poco puede peligrar en la altura; y no embargado del recelo de caer, empleará hasta el último trance sus cinco sentidos en afirmarse. Es condición humana que embarguen más los sentidos y embaracen la resolución las consecuencias que han de sobrevenir, que el hecho mismo, por dificultoso que sea. Para proceder resueltamente en toda empresa hay que dar por sobrevenidas las consecuencias, y aligerados de este temor redoblar los esfuerzos en el empeño del presente.

Creer que el fracaso de una empresa sólo dará origen á un simple cambio de plan es llevar ya la empresa, si no vencida, dominada.

Un espíritu audaz que considera su fracaso como un simple

cambio en las fases de la lucha, para el cual se haya dispuesto y preparado, llevará sobre su contrario todas las ventajas favorables del jugador que esgrime dos barajas.

La elasticidad en los resortes del valor es tan preciada en el caudillo como en la tropa. Mal podrá hacerla aquel general que no ha sabido ajustarla proporcionadamente dentro de sí. Mal puede un artista realizar una obra que no supo de antemano concebir en todas sus partes y proporciones.

* * *

Una de las cualidades más salientes de los grandes caudillos—dice Clausewitz—consiste en desanimarse lo menos posible en medio de la desgracia y de las situaciones comprometidas, *y muy especialmente en no dejarse tentar por la idea de llegar á mejores tiempos sin grandes pérdidas*. Cuando en estas circunstancias logran un éxito, atribuímos siempre á un cálculo seguro y á una clara conciencia *lo que no fué más que producto de un atrevimiento ciego*.

El «perdido por uno, perdido por mil», es para el hombre de guerra el mejor consejero en sus situaciones comprometidas. Llegar á mejores tiempos sin esfuerzos y sin pérdidas es tratar de empeorar la situación prolongándola. Para los trances difíciles son las resoluciones heroicas. Allí donde la consideración no es de tregua en el pensar, la inteligencia, que no procede por saltos, desfallece, y sólo puede salvaros un corazón acostumbrado á proceder por impulsos.

El soldado ha de estar familiarizado con la idea del sacrificio, tanto como el general con la idea de la derrota. Sólo á este precio lograrán vencer uno y otro. Descontado este accidente, uno y otro se entregarán á la tarea de vencer, libres de cuidados. El soldado y el general que por convicción íntima no se hubiesen aligerado de la carga de la vida ó de la carga de la responsabilidad, entrarán en toda empresa de guerra abrumados y embarazados por el mayor peso; y atentos, an-

tes que á vencer, al peso que les abruma, cuidarán: aquél de salvar su piel, y estotro su responsabilidad.

Todo se puede salvar en la guerra, todo, menos la vida y la responsabilidad, cuando no se lleva otro propósito que el deliberado de salvarlas. En la guerra, defenderse para asir la ocasión de ofender es un recurso y un ardid que conviene emplear en ocasiones; pero hacer de este método, sólo apto para algunas circunstancias, un sistema, y defenderse por defenderse, es hacer estériles los esfuerzos y la guerra sólo por salvar la responsabilidad y la vida que indefectiblemente se han de perder. Las guerras se emprenden para amparar intereses, y éstos se pierden cuando el general intenta amparar su responsabilidad; como pierde el soldado el campo cuando intenta amparar su vida.

Son muchas las tropas y han sido algunos en la historia los pueblos en que se ha sistematizado la defensiva. Para dar carta de naturaleza á este mal sistema que sólo debe ser un recurso, se ha llegado á hablar por algunos del *espíritu defensivo*. No existe tal espíritu. El espíritu es ofensivo en todas sus manifestaciones. Esto que se llama espíritu defensivo es la carencia de todo espíritu: su más absoluta negación. Llámese, si acaso, *instinto defensivo,* y se expresará con sus justos términos. Porque sólo un instinto puede dictar el acorralarse voluntariamente de rincón en rincón y abandonar el campo para defender la vida á zarpazos. El espíritu es algo más noble, que no encuadra con esta sistemática bajeza.

Cuando hemos hablado antes de tropas habituadas á la defensiva, nos referíamos al hábito impuesto por las circunstancias, pero tropas que no carecieran de espíritu. Este fenómeno de *instinto defensivo* sólo se da en pueblos que carecen de alma y que viven una vida de bajezas corporales ó una vida de groseros instintos. Este instinto acusa también en primer término una larga carencia de caudillos en el ejército ó de generalísimos que hayan merecido el nombre de tal.

El espíritu de una tropa ó de un ejército es el de su país;

mas aun cuando éste careciera de él ó estuviera mal definido, el espíritu de una tropa es el de su generalísimo.

Son frecuentes los casos históricos de pueblos que, careciendo de un espíritu vigoroso, dieron tropas admirables al influjo de un solo caudillo. Cartago y Aníbal son un ejemplo. Muy lejos del espíritu de aquella república el aliento espiritual con que Aníbal inflamó á sus tropas para realizar las proezas de Italia. Muy lejos de las circunstancias y trastornos interiores por que atravesaba España y de sus disputas religiosas en el exterior, aquel espíritu con que Hernán Cortés embargó á un puñado de soldados para realizar la proeza de Méjico. La revolución francesa dió un nuevo espíritu á sus tropas, y perdido al final de las campañas ya se acorralaban por instinto de conservación, cuando surgió el genio colosal de Bonaparte y dió á las tropas por aliento su propio espíritu. Acudiendo á tiempos más presentes, Scharnod y Clausewitz, Bismark y Molke dieron á Prusia el aliento que les alzó de Jena, y aquel mismo espíritu que animó al ejército en el 70-71, es el que hoy anima á la Alemania para disputar en todas las manifestaciones de la vida un primer puesto en el mundo.

Es que, invariablemente, sirve el espíritu de los pueblos, como en Roma república, para producir un ejército admirable que acabe por coronar un César que se enseñoree del mundo, ó es un caudillo ó una asamblea de hombres los que producen un espíritu distinto en el ejército é inflaman con él á la nación: la Grecia, de Alejandro; Francia, con Bonaparte, ó la Alemania moderna.

Una nación puede vivir una vida grosera del instinto todo el tiempo que le permitan los pueblos fuertemente espirituales; pero un ejército no puede vivir esta vida grosera, que va en pugna con la razón de su existencia. No puede vivir groseramente lo que se creó para funciones elevadas, sin que con su vida grosera atente á su razón de ser.

No hay espíritu defensivo: no puede existir con él un ejército. Y cuando un pueblo carece de espíritu y no halla á mano

caudillo adecuado para dar nuevo y personal espíritu á su ejército, más le valiera ahorrarse éste y organizar su defensa instintiva en milicias ó en concejos.

Al hablar de las modificaciones que un general ha de introducir en sus tropas y en sus hábitos y maneras de combatir, será condición primordial exagerar el espíritu patrio, y si éste no existe ó fuese tibio, amoldarlas á su propio espíritu.

Tarea y empresa fácil para el caudillo si en éste existe una verdadera intensidad de espíritu. Las tropas han obedecido siempre por sugestión. El alma de las tropas, el alma de la muchedumbre y, á falta de alma, la naturáleza íntima de ellas, es de esencia femenina, como su nombre indica, y nada puede sugestionarla tanto como la audacia. La audacia es el primer elemento de seducción de las tropas y de las muchedumbres, aun cuando parezcan carecer de alma.

Si fascináis con vuestra alma á otro sér, aquél os secundará en todos vuestros actos como una prolongación de vuestra naturaleza. Conocieron así los caudillos el pulso de su tropa por sus propias pulsaciones, el vigor moral por su propio vigor, y el desfallecimiento por el desfallecimiento propio. La Historia está llena de ejemplos: Hernán Cortés, quemando sus naves, antes que un recurso á sus tropas quitaba un recurso á sus propias flaquezas. Ciro el Grande, antes que el desfallecimiento en sus soldados, conocía el desfallecimiento en sus pulsos. Siempre que en la guerra se manden tropas de bisoños hay que redoblar los esfuerzos hasta hacerles sentir vuestra propia alma.

Por días y por grados vais observando la influencia creciente de la sugestión. Con un solo gesto, con una actitud, lográis lo que en un principio os pareció insuperable y os costó redoblados esfuerzos. Una honda preocupación que durante el combate os aparte de aquella comunicación espiritual con vuestra tropa, y notáis en seguida, con aquella simple rotura, la tardanza en obedecer y el esfuerzo que os cuesta volver á

reanudar su ánimo al vuestro entre la incertidumbre de los semblantes. Toda atención y toda tensión de vuestro espíritu ha de parecer poca para mantener el de una tropa con toda aquella intensidad que pidan las circunstancias. Si os falta á vosotros en momento de apuro, y no reaccionáis violentamente, veréis aquella tropa, antes serena, súbitamente proceder por instinto y escapar en rebaño. Los grandes pánicos lo mismo pueden obedecer á falta de vigor en el mando que á una prolongada desatención.

Más que nunca necesita el mando llenar hoy sus exigencias. No las intelectuales, que ésas se presuponen por lo sencillas: las morales, las de poder sugestivo sobre la tropa y las de gran tensión de espíritu para arrostrar las largas fases del combate moderno.

De entre todas ellas, la más esencial es la audacia. Digamos lo que dice Clausewitz: «La audacia es, desde el soldado al general, la virtud más noble, el acero duro que da brillo y afila las armas... La audacia es el resorte siempre preparado á la expansión». «La extremada prudencia se ha de buscar en la extremada audacia, y la audacia tiene en la guerra prerrogativas propias. Por encima del cálculo combinado, el espacio, el tiempo y la magnitud, debemos reconocer á la audacia una superioridad considerable, obtenida de las debilidades de los otros.»

«Aunque en el jefe la audacia individual excesiva puede degenerar en falta, es, sin embargo, una hermosa falta que no ha de juzgarse como otras. Feliz el ejército en el que se revele con frecuencia una audacia inoportuna: es un exceso de vida que descubre un suelo feracísimo. Hasta la audacia loca, es decir, la audacia sin objeto, no puede menospreciarse: es en esencia la misma fuerza del ánimo, aun cuando sin la intervención de la inteligencia degenere en una especie de pasión.» «Sólo cuando la audacia esté en conflicto con la obediencia, y menosprecie una voluntad superior, claramente manifiesta, debe considerarse como un mal, no por ser audacia, sino por-

que es inobediencia, y en la guerra nada está por encima de la obediencia.»

¡Qué bien responde el valor ante las propulsiones de la audacia! Como hemos dicho al principio de este trabajo, la audacia es una cualidad del espíritu, y sobre ella obran sólo causas espirituales. El otro resorte en que se apoya el valor, el estoicismo, depende de causas corporales, y sobre él obran más bien condiciones de naturaleza física, cuando las dos no son una sola, como en el hombre excepcional..

Es el espíritu el primer factor que hay que desarrollar en los pueblos para obtener en él, por métodos de cultivo intensivo, un grado de audacia que dé cualidades positivas. Dentro del mismo concepto hay que combatir en él, por todos los medios imaginables, aquellas cualidades negativas del cuerpo, producto de una historia anterior desventurada, de una naturaleza inclemente, que dieron origen á un desarrollo orgánico-económico ruin y deleznable. El estoicismo, la resistencia, el desprecio á la salud y á la vida, que estos organismos llevan en sí para apoyar el valor, son como la resistencia del sifilítico ó del escrofuloso á la propagación de las enfermedades. A estos pueblos ó á estos enfermos no les entra la muerte de sopetón, porque desgraciadamente hizo antes la muerte presa segura en ellos para prolongar gozosamente la agonía.

Las cualidades estoicas, cuando no las impulsa el espíritu y son consecuencia de una propulsión de la audacia antes que un apoyo del valor, son una expresión derrocada del mismo. Resisten lo que resiste una cosa vencida ó una naturaleza caída. Ese estoicismo no es otra cosa que el abandono: es la vida hecha materia y sometida á las leyes de la inercia; es la vida abandonada á las circunstancias, entregada al proceso de descomposición del tiempo, rebelde á todo concepto de dignidad porque es simplemente una expresión de fuerza. Sólo hay un medio de reaccionar contra estas blanduras: lo enseña la naturaleza y lo conocen los caudillos. Sólo hay un medio de hacer

de una naturaleza blanda una materia dura y compacta: aquella que dictan las leyes de mecánica más elementales.

Dejemos la palabra á Clausewitz, corroborando nuestras ideas: «El espíritu de la audacia puede poseerlo un ejército, porque esté encarnado, ó bien porque se haya producido en una guerra audazmente dirigida; pero en este caso no lo tendría el pueblo al principio.

»Ahora bien: en nuestra época no hay otro medio de educar el espíritu de un pueblo en este sentido más que valiéndose de la guerra, mejor dicho, de la audaz dirección de la misma. Por medio de la guerra se contrarrestarán aquellos decaimientos del ánimo, aquellas tendencias á la vida muelle y blanda que rebajan á un pueblo en la plenitud de su prosperidad.

»Sólo cuando el carácter nacional y los hábitos guerreros se mantienen en constante acción recíproca, podrá un pueblo esperar un sólido puesto en el mundo político.»

Aquí acaban estas primeras y elementales consideraciones de la guerra, que tienen una amplia aplicación al sentido de la vida, porque, como hemos dicho, la guerra no es más que una vida compendiada.

Párrafo aparte merecen la aplicación y universalización á la vida de estos principios nuestros, apoyados unos y deducidos otros de aquellos de Clausewitz.

Y vendremos á la lógica conclusión de que no hay *otro modo de educar el espíritu de un pueblo más que valiéndose de la lucha por la vida en toda su dureza, mejor dicho, en la audaz dirección de esta lucha. Por medio de la vida misma, con sus vigorosas exigencias, se contrarrestarán aquellos decaimientos de los ánimos, aquella tendencia á la vida blanda y cómoda á que aspiran los órganos del cuerpo humano como los órganos de las naciones.*

Sólo cuando el carácter nacional disciplina las desarregladas funciones de los órganos del cuerpo, y les obliga á luchar en constante emulación y apoyo recíproco, haciendo de su lucha y

progreso el fin superior de su vida, puede un pueblo esperar un sólido puesto en el mundo político.

Y esta empresa es locura insigne hacerla radicar en ninguno de los órganos: ni el cerebro, ni el vientre, ni las piernas, ni los brazos tienen derecho á dirigirnos. Sólo al espíritu toca nuestra dirección superior; y la primera arma que ha de esgrimir el espíritu, la audacia. Con razón dijo aquella sabia sentencia latina:

Audaces fortuna juvat.

RICARDO BURGUETE

(*Continuará.*)

MADRID EN 1833

(RECUERDOS DEL PASADO)

MESA REVUELTA: Las sillas de posta.—Las reales diligencias.—Las mensajerías aceleradas.—Las casas de huéspedes y las fondas.—Las calles. Los aguadores.—Los mercados.—Las tiendas.

El famoso y ya olvidado escritor D. Agustín Azcona, émulo que quiso ser del insigne D. Ramón de la Cruz, con llevar ha más de sesenta años á las tablas y hacer en ellas representar á la sazón, no sin aplauso, *La venganza de Alifonso, El suicidio de Rosa, El parto de los montes,* y otras varias producciones dramáticas por el estilo, de que no guardan en la actualidad memoria los contemporáneos, y en las cuales se preconizaba la gitanería entonces andante, como hoy la golfería,—decía, no falto de razón seguramente, en un artículo sin firma publicado en la gaceta literaria *El Panorama,* puesta bajo su dirección el año 1840, que Madrid había «desarrollado su vitalidad en los treinta últimos, de una manera prodigiosa», conforme también aseguraba en 1833 Mesonero Romanos.

«Su aspecto—escribía Azcona—es hoy tan diferente del que tenía en principios del siglo, que no la conocería (á la Villa) un hortera de la calle de Postas, de los finados allá por los tiempos en que la revolución francesa expidió patente de invención y consagró ventajas y glorias en honor de la guillotina.» «Madrid tenía entonces tantos empleados, lo menos, como ahora (1840), muchos propietarios, numerosísimo clero secular y regular, curia innumerable, guarnición escasa, tal

cual comerciante, algunos mercaderes, pocos artistas, insuficiente número de artesanos, un café, cuatro malas botillerías, ocho ó diez alojerías, cien tabernas, algún juego de trucos, varios de bolos, dinero en abundancia, industria nominal, tranquilidad, procesiones con trompeteros, rosarios de aurora y de noche, saetas de la Hermandad del Pecado Mortal, toros por mañana y tarde, y plaga de pretendientes, con *todo lo demás* que omito y *otras cosas* que callo.»

Cuando tal se afirmaba encomiando la transformación de la Corte,—como siempre ha sido y continúa siendo Madrid objeto de sátiras más ó menos justas y de mejor ó peor gusto,—hacíase constar burlescamente por distinto escritor del propio tiempo, que era la Villa del Oso y del Madroño «otro paraíso, á diferencia de hallarse aquí no una miserable culebra, sino grandísima copia de culebritas y culebrones», que en aquella época, lo mismo que en las anteriores, la presente y las venideras, afluyen y afluirán de todas partes, mientras continúe siendo la pretendida *Mantua Carpetanorum* centro de España, asiento de la soberanía y residencia de los gobiernos. «Desde dos ó tres leguas antes de llegar á la Corte ya se encanta el viajero con la hermosura de los alrededores, y lo que sobre todo le pasma es la vigorosa lozanía de la vegetación», en lo que, *mutatis mutandi,* poco en realidad ha variado; y habida cuenta, como es natural, á determinadas circunstancias, con arreglo á los medios de locomoción actuales,—ocurría entonces lo que hoy, pues apenas «entra en Madrid [el viajero], y aún no tiene, vamos al decir, los dos pies de la parte de acá de los venturosos umbrales, cuando ya le saludan, *visitan,* obsequian y agasajan los dependientes del resguardo», quienes, á juzgar por estas frases del articulista, no eran en 1840 menos finos, atentos, políticos y deferentes que lo son en el día los consumeros.

No es de comprender que en la fecha indicada—en la cual debía ya ser en relación por extremo frecuente el viajar, las *sillas de posta* y las *reales diligencias,* así como la *dili-*

gencia de caleseros, se detuvieran para que los viajeros se apeasen á la puerta de una posada. La *Real Casa de Postas* estaba, en 1833, situada detrás del edificio de *Correos,* actualmente Ministerio de la Gobernación, y de la Dirección de Correos dependía. Para correr la posta era indispensable solicitarlo de la Dirección indicada, la cual, después de la presentación oportuna del *pasaporte,* autorizaba al solicitante, previo el pago de la licencia, que costaba 40 reales vellón (10 pesetas), y otros 40 por cada persona, si habían de ir varias en el carruaje. Eran desde Madrid las carreras de posta en aquella fecha las siguientes:

		Paradas	Leguas de posta
1.ª	De Madrid á Irún.....	35	91 ½
2.ª	» á Barcelona, por Zaragoza..	42	110
3.ª	» á Barcelona, por Valencia...	42	110
4.ª	» á Cádiz, por Sevilla.....	43	111 ½
5.ª	» á Cartagena, por Murcia....	25	73 ½
6.ª	» á Badajoz.....	25	64
7.ª	» á la Coruña.....	34	98

Los precios marcados por leguas eran:

	Para el real servicio	Para los particulares
Por cada caballo, en viaje á la ligera (1).	5 rs.	7 rs.
Por las sillas de posta	6 »	7 »
Por cada caballo para éstas	5 »	6 »
Agujetas en cada posta (2).....	4 »	6 »
Portazgo y barcas.....	Nada.	De cuenta del viajero.

El importe de cada carrera, fuera de los portazgos y barcajes, y en el supuesto de que la silla no llevase sino dos caballos de tiro, que también podían ser más ó sólo uno, venía á resultar en esta forma:

(1) Los que viajaban á la ligera pagaban su caballo y el del postillón, antes de salir de cada parada.

(2) Los derechos del postillón.

	LEGUAS	POR LA SILLA DE POSTAS						POR D		
		REAL SERVICIO			SERVICIO PARTICULAR			REAL SERVICIO		
		Reales	Ptas.	Cts.	Reales	Ptas.	Cts.	Reales	Ptas.	Cts
Primera carrera.....	91 ½	549	173	25	640 ½	160	13	915	228	75
Segunda.....	110	660	165	»	770	192	50	1.100	275	»
Tercera.....	110	660	165	»	770	192	50	1.100	275	»
Cuarta.....	111 ½	669	167	25	780 ½	195	13	1.115	278	75
Quinta.....	73 ½	441	110	25	514 ½	128	63	735	188	75
Sexta.....	64	384	96	»	448	112	»	640	160	»
Séptima.....	98 ½	591	147	75	686 ½	171	63	985	246	25

Menos costoso era el viaje en las llamadas *Reales diligencias,* especie de navíos con *Berlina, Interior, Cabriolé* y *Rotonda,* que discurrían en días dados por las polvorientas carreteras, produciendo estrépito insoportable, y causaban la admiración y el asombro de los campesinos, con el postillón montado á la cabeza del tiro de mulas ó caballos, el mayoral y el zagal en el pescante, y el enorme bulto del carruaje ruidoso. No queda ya memoria de estos armatostes, que han desaparecido de Madrid para siempre, y hacían las carreras de Valencia y Barcelona, saliendo para ambos puntos los martes y los sábados, y los lunes y jueves para Valencia sólo, mientras regresaban los lunes, miércoles, viernes y domingos. Los lunes y los jueves salían con el correo para Bayona, haciendo en Vitoria escala, y para este último punto los días de la semana restantes, entrando todos los días; y para Sevilla partían los miércoles y sábados, así como para Cádiz con el correo, deteniéndose en la antigua capital de Andalucía los martes y los viernes, llegando los lunes y los jueves. El servicio de Valladolid y Burgos hacíase á la ida los martes y los viernes, y los miércoles y los sábados á la venida, días en que regresaban los coches de Badajoz, para donde salían los

ABALLOS			POR AGUJETAS						TOTAL					
SERVICIO PARTICULAR			REAL SERVICIO			SERVICIO PARTICULAR			REAL SERVICIO			SERVICIO PARTICULAR		
Reales	Ptas.	Cts.	Reales	Ptas.	Cts.	Reales	Ptas.	Cts.	Reales	Ptas.	Cts.	Reales	Ptas.	Cts.
1.098	274	50	366	91	50	549	137	25	1.830	457	50	2.287½	571	88
1.320	330	»	440	110	»	660	165	»	2.200	550	»	2.750	687	50
1.320	330	»	440	110	»	660	165	»	2.200	550	»	2.750	687	50
1.338	334	50	446	111	50	669	167	25	2.230	557	50	2.787½	696	88
882	220	50	294	73	50	441	110	25	1.470	367	50	1.837½	459	38
768	192	»	256	64	»	384	96	»	1.280	320	»	1.600	400	»
1.182	295	50	394	98	50	591	147	75	1.970	492	50	2.459½	614	88

jueves y domingos. Señalados para Zaragoza eran los lunes y los viernes, regresando de allí los miércoles y sábados, y para Alcalá de Henares y Guadalajara salían los domingos, martes y jueves, y estaban de vuelta los lunes, miércoles y viernes. Todos los días, por último, había coches para Aranjuez, y de aquel Real Sitio volvían, llegando los lunes, miércoles y viernes hasta Toledo, de donde los martes, jueves y sábados entraban en la coronada Villa.

Hoy cuesta ir á Irún, en primera, 75 pesetas con 75 céntimos, es decir, 381 pesetas 75 céntimos menos que para el real servicio costaba en 1833 la posta, y 496 menos que le importaba á un particular el viaje. Por lo que hace á las *Reales diligencias,* es curiosa la nota de precios en comparación con la de los del ferrocarril, aun con el impuesto del Tesoro, el cual impuesto, si tuvo, por la necesidad de allegar recursos, razón de ser en momentos determinados, es gabela inaguantable que debe desaparecer, como otras muchas que se han hecho crónicas, y cuya supresión nadie procura. Dicha nota, que hacemos comparativa con la de los precios en ferrocarril, consta en el *Manual* publicado á la sazón por la empresa de diligencias, y es la siguiente:

	EN DILIGENCIA												EN FERROCARRIL					
	BERLINA			INTERIOR			CABRIOLÉ			ROTONDA			1.ª CLASE		2.ª CLASE		3.ª CLASE	
	Rs.	Pts.	Cts.	Rs.	Pts.	Cts.	Rs.	Pts.	Cts.	Rs.	Pts.	Cts.	Pts.	Cts.	Pts.	Cts.	Pts.	Cts.
1.° Á Valencia	460	115	»	400	100	»	340	85	»	260	65	»	59	15	45	65	27	65
2.° Á Barcelona	780	195	»	675	168	75	»	»	»	470	117	50	82	20	61	70	39	5
3.° Á Burgos	160	40	»	138	34	50	116	29	»	106	26	50	43	60	32	70	19	65
4.° Á Vitoria	244	61	»	212	53	»	180	45	»	166	41	50	58	35	43	75	26	25
5.° Á Sevilla	840	210	»	700	175	»	600	150	»	500	125	»	68	80	52	90	32	30
6.° Á Cádiz	1.000	250	»	840	210	»	720	180	»	600	150	»	87	»	66	25	40	30
7.° Á Valladolid	180	45	»	160	40	»	120	30	»	100	25	»	29	5	21	80	13	10
8.° Á Badajoz	400	100	»	360	90	»	320	80	»	280	70	»	61	20	45	90	30	60
9.° Á Zaragoza	300	75	»	260	65	»	240	60	»	180	45	»	40	95	31	75	19	45
10.° Á Alcalá de Henares	18	4	50	16	4	»	14	3	50	12	3	»	4	10	3	20	1	95
11.° Á Guadalajara	36	9	»	30	7	50	26	6	50	24	6	»	6	85	5	35	3	25
12.° Á Aranjuez	24	6	»	20	5	»	18	4	50	16	4	»	5	90	4	60	2	80
13.° Á Toledo	48	12	»	40	10	»	36	9	»	30	7	50	9	15	6	90	4	55

Hablando de estos medios y procedimientos locomotivos, tan lejanos de nuestros días, sobre todo en las capitales y poblaciones de importancia, no es posible prescindir ni dejar de consagrar un recuerdo á las célebres *Mensajerías aceleradas;* á aquellas enormes galeras atestadas de bultos, mercaderías y personas, unos y otras de todas clases, que lentamente caminaban por nuestras carreteras y que, arrastradas por largo rosario de soñolientas mulas, recordarán con nosotros todavía muchos, aunque no hayan viajado, para fortuna suya, en ellas. Tenían establecida las de Madrid sus oficinas en el número 17 de la *calle de las Huertas,* y de allí en días señalados partían para Sevilla, Cádiz y Málaga, costando cada plaza 50 pesetas para Sevilla, es decir, poco menos que hoy, con el impuesto del Tesoro, cuesta ir en un departamento de segunda en el tren correo y en pocas horas; 60 para Cádiz, seis menos que también en segunda importa el billete del ferrocarril, y 55 para Málaga, 60 céntimos menos que en la clase indicada lleva la Compañía de Madrid, Zaragoza y Alicante. Era cierto el día de salida; pero no se hacía posible señalar el de la llegada de las galeras á su destino, ofreciendo la ventaja tal sistema de que el viaje se efectuaba parte andando por los caminos, parte tumbados sobre las mercaderías los viajeros, y era como una especie de emigración de la tribu formada por aquéllos al acaso.

Tampoco es justo olvidar la que con volumen y pretensiones menores que las *Reales diligencias* recibía nombre de *Diligencia de caleseros,* la cual, desde la *Red de San Luis,* donde estaba la administración, hacía el viaje á Bayona por poco más de 139 pesetas en berlina, 119 en el interior y 94 en la rotonda. Había diligencia especial para Aranjuez, despachándose los billetes en el *Café del Sol,* que existía en la *Carrera de San Jerónimo,* y cuya pista se ha perdido; para Alcalá de Henares, el Escorial, Torrelaguna, el Pardo y los Carabancheles, con administración propia en la calle de las Huertas, número 2; para Toledo, en la *calle de la Merced,* número 2, ca-

lle que resultó embebida en la *Plaza del Progreso*, al ser el Convento de aquella orden demolido, y otra más para Alcalá de Henares, que arrancaba de la única lonja de ultramarinos que en la *calle de Alcalá* figuraba.

Como exageración humorística hay, pues, que conceptuar sin duda en el articulista de *El Panorama* en 1840—esto es, siete años después del de 1833 en que estas diligencias, estas sillas de posta y estas *Mensajerías aceleradas* tenían administración, y por tanto punto fijo de parada—la afirmación de que al llegar á Madrid el viajero «apéase en una posada, donde reconoce al instante los legítimos trasuntos de Maritornes y de su famoso señor»; acaso si el forastero hizo su viaje en un carromato, ó en cualquiera de los muchos con que los *ordinarios* á Madrid acudían de todas las provincias del reino, la cosa no sería para extrañada. En el caso contrario, resulta en realidad inadmisible, y debe estimarse burla del escritor á costa de esta pobre Villa y Corte, tan necesitada de benevolencias y de protección, ya que nadie se ha cuidado de ella más que para motejarla, explotarla y abominarla sin culpa suya.

No ya tan desprovisto de verosimilitud, por falta seguramente de los anuncios que hoy invaden la cuarta y aun la tercera plana de los periódicos y llenan las *Guías*, aparece el hecho de que el viajero, una vez apeado del carruaje en que llegó á la Corte, se viera obligado á tomar «el camino de la agencia pública más inmediata» para informarse «acerca de un buen alojamiento en las llamadas *Casas de huéspedes*». Era ésta industria ya extendida por Madrid á la sazón, y que la vida moderna ha desarrollado sobremodo y hasta el punto de que hoy sea incontable casi el número de personas que se dedican á ella en todos los géneros y categorías sociales. Más módicas que los *hoteles* y las *fondas*, ofrecían las *Casas de huéspedes*, y aun para honra suya ofrecen algunas, «la ventaja de verse [el forastero] asistido con mayor interés y por personas de otra clase» que en las *fondas* referidas, y en 1833 las había

«en todas las calles de la población», variando los precios entonces como ahora, «según la situación, dimensiones, mueblaje y demás comodidades, por lo que» no se podía ni se puede «fijar regla general», si bien con asombro no injustificado de los lectores, en aquella época, *in illo tempore*, «por 4 á 8 reales», se encontraba «cuarto y cama decente».

El articulista de *El Panorama* decía que «por siete reales» daban al forastero «cama y luz para mientras se acuesta, y le hablan de cosas de comer tres veces lo menos cada día», exclamando: «¡Es una delicia esto de las casas de huéspedes baratas! Por casi nada vive un hombre, sin que le falta más que sarna para divertirse; no cría humores gruesos, y olvida la maldita costumbre de mascar, con positiva economía del esmalte de la dentadura». Aun hay hoy casas de esta especie que se anuncian en *La Correspondencia* y *El Imparcial,* y admiten los que llaman *huéspedes, con ó sin,* por dos pesetas. En tales casas forzosamente ha de ocurrir lo que consignaba en 1840 el escritor festivo mencionado y tantas veces han dicho muchos años después Eduardo de Palacio y Luis Taboada, porque la carestía de que disfrutamos, lo mismo en Madrid que en todas partes, hace imposible que por una peseta setenta y cinco céntimos en aquella fecha, y por dos en la presente, se dé á nadie cuarto, luz, cama, comida y asistencia.

«Las fondas» en 1833 reunían, «en general, mayor elegancia en el servicio», conforme escribía el inolvidable Mesonero Romanos; «pero en ellas, á proporción de la habitación y el trato, sube el precio, *que suele ser bastante alto,* porque además del cuarto y cama, que se paga bien, puede regularse la manutención en unos 20 reales diarios». Compárese lo que podría importar en junto todo esto en aquellos felices tiempos en que cinco pesetas constituían una cantidad respetable, con los precios de los hoteles de nuestros días, y causará maravilla lo que la prudencia económica de Mesonero Romanos hacía notar no sin cierto escándalo, bien que para disculpar la enor-

midad resultante alegara que «el aseo y finura en el trato» recompensaban de tal «sacrificio, á pesar de que las fondas no están en Madrid—confesaba—tan brillantemente montadas como otros establecimientos».

Fuera de los de segunda y tercera categoría, muy superiores con todo á las *Casas de huéspedes,* ó con mayores pretensiones que ellas, la principal, entre las principales fondas conocidas en 1833 y visitadas por los elegantes, era la famosa de *La Fontana de Oro,* que tan brillante papel desempeñó en los acontecimientos políticos de nuestra pobre España durante el primer tercio del pasado siglo XIX, y que ha sido inmortalizada por Galdós dando título á una de sus primeras novelas, en las cuales reveló su genio. Estaba *La Fontana* establecida en la *Carrera de San Jerónimo,* y para saber lo que eran la Fonda y el Café, basta con lo que de ellos dice el autor de los *Episodios Nacionales* en la producción citada y en algunos de estos incomparables libros suyos.

Figuraba en la *calle del Caballero de Gracia* con no menor importancia política *La Gran Cruz de Malta,* y con la *Fonda de San Luis,* en la *calle de la Montera,* compartían según los vientos el crédito la *de Genieis* en la *calle de la Reina,* la *de Europa* en la *del Arenal,* y en la *de Alcalá,* la *de los Dos Amigos* y la *de Perona,* nombre éste del fondista, á quien hemos conocido anciano. Júzguese de la situación económica de Madrid en los tiempos aludidos cuando en estas fondas, las de mayor categoría social y política, pues respecto de algunas de ellas así puede decirse, ¡se servían comidas desde diez reales el cubierto! *Hosterías* eran apellidados los establecimientos de esta índole y de segundo orden. En ellas, el precio del cubierto era de seis reales en adelante; y de las varias que existían merecían ser citadas como las mejores la *del Caballo Blanco,* que hemos alcanzado á ver en la *calle del Caballero de Gracia,* esquina á la *del Clavel,* inmediata al caserón donde largos años estuvo en esta última vía, frente á las casas de Maquieira, establecido el *Colegio* del Dr. D. Luis García Sanz, de buena me-

moria; la *del Carmen,* en la calle de este nombre; la de la *calle del Carbón,* la del *Postigo de San Martín* y la del *Arco de San Ginés,* de la que existen sucesores, pues el local parece consagrado á esta clase de industrias.

Ha inmortalizado Mesonero Romanos en sus *Escenas Matritenses* gran número de las que caracterizaron la vida cortesana en aquellas lejanías, que nadie de los vivos probablemente alcanzó, y ha puesto al par de relieve muchos de los inconvenientes que Madrid á la sazón ofrecía, y aún, á pesar del tiempo transcurrido, sigue ofreciendo para desdoro de las autoridades. Porque si bien no ocurre hoy como en 1840, y con mayor motivo en 1833, que «en la primera esquina» tropiece el transeunte «con la cesta de una frutera, quien, amén del porrazo que le ha abierto un boquete en la espinilla, le regala con media docena de desvergüenzas»,—esquinas y sitios sigue habiendo todavía en los cuales se corre aquellos peligros, sobre todo en las calles que cual las de ambas *Correderas de San Pablo,* la del *Arco de Santa María,* la de *Toledo,* las de *Santa Isabel* y *Torrecilla del Leal* y otras más ó menos céntricas, para ignominia del Madrid moderno, se hallan convertidas en africanos *zocos* por las mañanas, é invadidas por cestas, tablados y puestos de todos los modelos concebibles, donde el transeunte tropieza, es acosado por la abigarrada muchedumbre, y recibe como salutación, si se atreve á quejarse, no media docena de desvergüenzas, sino un ciento, cuando mejor librado sale, pues casos se dan en que las salutaciones toman carácter más activo, sin amparo de los uniformados munícipes, á quienes sólo interesa y mueve la cobranza del impuesto que el Ayuntamiento por aquella incalificable manera de vender cobra y disfruta.

Pero si no «en la primera esquina», en la primer calle, cualquiera que ella sea, y á veces sin exceptuar las principales, donde instala sus riquezas la aristocracia del comercio, ha de tropezar de por fuerza el transeunte con las cestas de las fruterías, colocadas de modo que exceden de la línea de los

edificios, desbordando por las puertas de la tienda; con las cubas y los cajones de los pescaderos, que invaden con ellos de igual modo las aceras, y saturan las ropas de las gentes del olor del pescado y las sardinas no muy frescas; con los pabellones flotantes de telas de colores y de mantas, que forman en las portadas de sus tiendas los comerciantes de géneros, y las sartas de ovillos, los corsés y los peleles de punto, de los de sedas y mercerías; con los maniquíes vestidos que presentan los sastres; con las carnes que expenden los carniceros en las que ellos llaman, estropeando el idioma, *carnecerías,* sin protesta del Municipio, á quien tiene la Gramática sin cuidado; con la mesa que asoma por la puerta de algunas tabernas, y donde alineadas figuran las copas para el aguardiente, contenido en el barril de loza allí también colocado; con la de las churrerías y las buñolerías; con los hornillos de las castañeras, que hacen lugar de asiento á la puerta de los templos de Baco; con las columnas que sostienen los alambres de los tranvías eléctricos, y las torrecillas de hierro de los teléfonos, y con tantos y tantos obstáculos como el tránsito dificultan y entorpecen por las vías públicas, las cuales, según las *Ordenanzas,* debían estar libres y desembarazadas por completo.

Repare el lector cómo, ya que no todo lo que en tono satírico refiere con marcada hipérbole el articulista de *El Panorama,* mucha parte de ello ocurre en nuestros días: «Abochornado nuestro hombre—dice después del lance de la frutera,—sin chistar siquiera, y con la resignación de un novicio, pasa de largo, y da de hocicos con un vendedor de fósforos que, haciéndose atrás y adelante alternativamente, como los doctores de danza prima en la *Fuente de la Teja*, á guisa de columpiamiento, le estorba, y políticamente le disputa la acera, y con tan plausible motivo tiene que abandonar el forastero (el transeunte, sería más propio) los dominios del marqués de Pontejos», á quien fué debida la colocación de las aceras, «y echar por encima de los multiformes pedernales», es decir, el arroyo, donde si «ya no se tropieza allí con fruteras ni vendedores de

fósforos, no hay más riesgo que el de caer debajo de las ruedas de algún coche que á la sazón atraviese».

Por bienaventurados se darían hoy los madrileños, si al verse obligados á abandonar por cualquier accidente la acera, no corriese otro riesgo que el de ser atropellado por un coche. No son éstos los que inspiran temor al habitante de la corte, familiarizado con ellos: son los tenderetes de los expendedores de postales, más ó menos artísticas, y de los vendedores de baratijas á bajo precio, desde el sonajero de hoja de lata, la pastilla de jabón transparente de los Príncipes del Congo, las botonaduras, los imperdibles, las sortijas y las cadenas de latón dorado, las boquillas de ámbar ó de cuerno, los juegos de peinecillos de asta, las muñecas de cartón y biscuit, los collares de abalorios, las petacas, los cuchillos de cocina, los cubiertos de peltre, los anteojos, las navajas y un sin fin de cosas por el estilo; las cestas de los que vocean pañuelos y corbatas de seda, piezas de algodón y cintas de colores; los tranvías eléctricos; las bicicletas, los automóviles terribles, los volquetes cargados de cascotes, ó los pesados carros de mercancías, ya estacionados éstos delante de las tiendas, oprimiendo á las gentes, ya marchando sin que el conductor se apee del interior, en contravención de lo prevenido en las *Ordenanzas Municipales,* que para nada útil sirven, pues son, por lo común, letra hace mucho tiempo muerta.

«Un poco más allá—continúa el articulista de 1840,—la ondeante cortina de una tienda le envuelve el sombrero y se lo tira»; hoy pagan los comerciantes contribución al Municipio por las cortinas, cuyos brazos os golpean, cuya barra de tensión os impide andar, y cuyo ondeado volante, si hace un poco de viento, os azota el rostro, y en toda ocasión os mortifica y ofende... El personaje de la historia de *El Panorama* se baja para recoger el sombrero, «y al levantarse pega con la coronilla en los pies de una mesa que, con otros trastos procedentes de mudanza, conduce un gallego». Hay aquí que confesar hemos prosperado bastante en esto: ya no se hacen

así tan á lo primitivo las mudanzas. En nuestros días hay más expansión, y en tanto que los enormes carros de mudanza van hidrópicos rellenándose con los enseres de una casa, buena parte de ellos se muestran pintorescamente colocados en la calle, estorbando el paso, y el transeunte goza no sólo con este que suele ser curioso espectáculo, sino con el de los espejos, las galerías y los cuadros recostados en los muros próximos á la puerta del edificio, agradeciendo el poder sortear los mozos que bajan cargados y fatigosos con muebles de peso, que desean cuanto antes y sin reparar en nada depositar en el vientre del carro.

Prohiben las *Ordenanzas* vaya nadie con carga por las aceras, y si antes no era peregrino accidente el de que al volver una esquina un aguador diese con la pesada cuba un golpe al transeunte (y ya de esto hizo una caricatura Alenza que publicó el *Semanario Pintoresco Español*), hoy los dependientes de las tiendas de comestibles, con las cestas al hombro; los empleados de las compañías de luz eléctrica, con los contadores; los mozos que portean los sacos enormes de las lavanderas, y todos, en fin, los que por oficio llevan sobre sí objetos de peso y de volumen, por la acera discurren libremente sin que nadie se lo impida, como discurren las carretillas de los barrenderos, y éstos con sus escobones á guisa de fusil, ocasionando molestias innecesarias al público, y muchas veces golpes y disgustos. No digamos nada de cuando hay un entorpecimiento en la vía pública entre coches, carros y tranvías, ocasión en la cual rompen por todo cocheros y conductores de carros, y entran con sus vehículos por las aceras, como Pedro por su casa, ni tampoco paremos mientes en lo que ocurre cuando, próxima á los rieles del tranvía, avanza la valla, pintada de azul y blanco, de un edificio en construcción, pues los peligros entonces se multiplican y agigantan.

Quejábase el articulista de «la turba numerosa de burros de yesero que marchan al trote, levantando una nube de blan-

co polvo», con lo que las ropas de los transeuntes quedaban «como nevadas en un abrir y cerrar de ojos». Esto ocurría entonces, y ocurre hoy en mayor escala con los carros dedicados á aquel tráfico, y ni extraña ni sorprende á nadie, como otras muchas cosas; pero el articulista recuerda que «á todo esto es sábado y hay limpieza doméstica, y están en movimiento centenares de escobas»; que «aquí sacuden un ruedo, y cubren» al que pasa «de curiosas bedijitas de esparto; allá recorren por la parte exterior el *rodapié* [del balcón], y le regalan (se entiende que al feliz transeunte) los productos de la operación, mientras una fámula de cuarto bajo, sacando *la tremenda* por entre hierro y hierro de la reja, le echa en la cara (se sigue entendiendo que es la del transeunte) lo que ella (la fámula) no quiere conservar en el suelo...»

Por fortuna, esto último de *la tremenda,* que debía, en realidad, de serlo, aunque podría aún acontecer en ciertos distritos del extrarradio de la Corte, ya no es un peligro en ella; pues no se hace... por innecesario, habiendo como hay en cada cuarto lugares adecuados y propios, por modesta que sea la casa. No en todas se sacude ruedos por los balcones, pues la suntuaria moderna ha variado mucho; pero sí son sacudidas las alfombritas, las mantas de las camas, las faldas que han lucido en los paseos las señoras y las señoritas, y en el verano, además, las esterillas de junco de las alcobas, con lo cual se puebla el aire de los terribles microbios, causa y origen de todas las enfermedades habidas y por haber en nuestros días.

No dice el articulista nada del riego de tiestos y macetas de los balcones, que continúa sin novedad y á la orden del día; pero habla de la limpieza á punto de escoba de los *rodapiés* de los balcones. Y como acaso haya lectores que no hagan memoria de los tales *rodapiés,* porque en los balcones modernos han sido reemplazados por la orla inferior de los volados antepechos de hierro, conveniente será recordar eran unos tablones de pino, articulados en sus extremidades para acomodarse al

suelo del balcón, y que pintados de verde se colocaban en él para impedir que desde la calle fueran vistos los bajos y algo más de las mujeres que se asomasen.

Al riesgo de que taberneros en todo tiempo y horchateros en verano os arrojen sobre las piernas el agua contenida en los lebrillos donde han recogido la que les sirvió para limpiar mostradores y enseres, acompaña hoy, como debía acompañar entonces, el de la descarga de los serones de carbón vegetal, y además actualmente la de los sacos de cok y de antracita, con la ventaja de que no disfrutaron nuestros padres de los baños que nos hacen tomar, lo mismo en los días lluviosos del invierno, que en los secos de la estación estival, los mangueros de la Villa, encharcando las calles, y siendo con la humedad y con la evaporación acuosa que producen, causa de muchas enfermedades en las mujeres, ya que se prescinda del lodo de que llenan nuestras ropas y del deterioro insalubre que ocasionan en el calzado los riegos.

Si no son en las calles céntricas tan frecuentes las recuas «de robustos machos arreatados» que en interminable fila impiden por largo rato el pasar de una á otra acera, ni faltan en ocasiones «una coleccioncita de cincuenta carretas que caminan más despacio que pleito entre pobres», y obligan al transeunte á insoportable espera, si no quiere «aventurarse á dar un salto entre zaga y astas, con riesgo inminente de morir como Pepe-Hillo, sin ser torero», ni visitas afectuosas hechas por familias enteras en las esquinas, ni ociosos que colocados en el encintado de las aceras impiden el paso, principalmente en la desembocadura de la *calle de la Montera,* donde la parada de los tranvías, los coches que suben y bajan, las caballerías cargadas ó sin cargar, los carros, y ahora precisamente los deliciosos que llevan la carne muerta á la *carnicería* de Niembro, contra todo discurso establecida en la *Puerta del Sol,* hacen el paso de uno á otro lado más peligroso que el del fantástico puente, estrecho como un cabello, por el cual han de cruzar, según la doctrina mahomética, los fieles, cayendo

desde él al infierno los condenados, y salvando los justos toda dificultad para entrar en el Paraíso.

«Pues supongamos que de repente se nubla y empieza á diluviar» — propone el articulista. «Entonces es de admirar la previsión que ha presidido al empedrado de las calles, que se convierten media hora después en impracticables balsas; entonces se reconoce y se bendice, y se ensalza y se encomia la oportunidad verdaderamente maravillosa de los canalones que, sin duda para complemento de los designios de la Providencia, vierten en junto y á torrentes el agua que de otra suerte no caería sobre nosotros sino á gotas.» En balsas precisamente no se convierten las calles en nuestros días: lo uno, por el alcantarillado; y lo otro, por la convexidad que para recoger las aguas pluviales se les ha dado; pero que son por extremo resbaladizas las asfaltadas, y que las restantes, ya de cuña de basalto, ya berroqueña, ya de otro sistema de los varios utilizados, se encharcan y se ponen intransitables, no hay para qué decirlo: no siendo por dicha frecuente que un individuo que se disponga «á saltar el crecido arroyo», por «fijar mal el pie» tome «un baño sin desnudarse en medio de la *calle Mayor*», ni tampoco ocurre ya «se agrupen y se apiñen cincuenta personas para pasar el improvisado río sobre malseguro banquillo de madera; y aunque pasan algunos con toda felicidad, á lo mejor—escribe el autor á quien se alude—vuélcase el endeble y estrecho puente, y dan otros con sus cuerpos en el lodo».

Eran, con verdad, incómodos los canalones, aún no desaparecidos en muchas provincias y poblaciones de orden secundario. Para el desagüe de tejados y cubiertas en los edificios, bastaba el *goterial*, de que tantas veces habla Pereda en sus novelas de la Montaña, y que subsiste todavía, no sólo en los casucos de ella, sino en los de los pueblos; procedimiento sencillo, pues las tejas salientes del alero vertían con insistencia gota á gota el agua de los cielos sobre el transeunte, á la linde misma de las casas. En las construcciones de cierta importancia, y á fin de conseguir la rapidez mayor posible en el des-

agüe, desde el siglo XII fueron empleadas las *gárgolas,* las cuales utilizó como elemento de ornamentación el estilo ojival, labrándolas en mármoles ó piedras, y ya en los siglos XV y XVI eran de plomo, y á las veces de barro cocido, contribuyendo grandemente, por lo fantástico de sus representaciones, á la decoración de las fachadas en los palacios principales.

A la postre, hechas de zinc, y conservando por tradición algo de lo que fueron en las dos centurias últimamente citadas, las *gárgolas,* convertidas en *canalones,* figuraron en todos los edificios, y derramaban el agua pluvial á modo de surtidores en lo que se dijo *el arroyo,* ó centro de las calles, pues antes de que se hiciera el alcantarillado en verdadero arroyo se convertían, tal y como lo pinta el articulista de *El Panorama.* Los inconvenientes que para la circulación y el tráfico resultaban de los *canalones,* obligó á reemplazarlos por las bajadas de agua que, recogiendo las de los tejados en cada edificio, las vertían en las cunetas de la calle, junto al encintado de las aceras, para lo cual se practicaron en éstas las canales convenientes, que cubrían planchas de hierro colado. Después se ha abandonado este procedimiento, y las bajadas de agua de los edificios abren sus bocas sobre la acera, y según la importancia de la lluvia, vierten á borbotones sobre aquélla, inundándola y mojando persistentes y terribles los pies de los transeuntes. De manera que, en realidad, no se sabe qué sea peor: si los antiguos *canalones,* que arrojaban el agua ruidosamente sobre la cabeza y los paraguas de los transeuntes, ó el sistema de nuestros días, que nos proporciona abundantes baños de pie y pierna, con peligro de la salud y de la indumentaria.

A la caída de la tarde del memorable día 24 de Junio de 1858, vieron con inusitado regocijo los madrileños que de la fuente provisional, colocada al extremo superior de la *calle Ancha de San Bernardo,* en lo que es hoy próximamente desembocadura de la *calle del Divino Pastor,* y frente á la *de San Hermenegildo,* brotaba de un surtidor, á más de 90 pies de altura, el agua del Lozoya, traída por fin á la Corte después de

muchos planes y proyectos, cuantiosos dispendios, costosas obras y largos años de vicisitudes y de espera. La musa popular, aunque ramplona, trató de solemnizar el acontecimiento, verdaderamente fausto para Madrid, en una copla cuya intención y cuyo propósito se han desvanecido, pues aun en el corro cantan las niñas, sin saber qué dicen ni á qué aluden:

«La calle Ancha
de San Bernardo
tiene una fuente
con doce caños.»
«Las ricas aguas
son del Lozoya,
para las niñas
de Zaragoza, etc.»

Claro que nada tienen que ver las niñas de Zaragoza con las aguas del Lozoya, salvo la asonancia del nombre de este río con el de la invicta ciudad aragonesa; pero ello es que la musa popular se creyó en el deber de consagrar el hecho, llamado á variar con el tiempo la fisonomía de la Villa y Corte, y á alterar sus condiciones higiénicas, mejorando unas y haciéndola perder otras, como acontece con los riegos, los cuales, á vueltas del beneficio que puedan proporcionar en un sentido, son grandes protectores del reuma y de otras varias dolencias que el vecindario de Madrid padece y antes no padecía. Sea como quiera, la traída de las aguas de aquel río, hasta que en las edificaciones modernas de poco más del último tercio del siglo XIX, llamado de las luces, se ha adoptado el procedimiento de colocar fuentes para el surtido de los inquilinos en cada cuarto, no modificó gran cosa las costumbres madrileñas.

Recordarán muchos cómo en torno del pilón de *la Cibeles*, del de la fuente de la *Red de San Luis,* del de la de *Antón Martín,* del de la *de los Galápagos,* y, en general, alrededor de todas las fuentes que no eran exclusivamente para uso del vecindario en particular, formaban círculos concéntricos cientos de cubas, depositadas en el suelo, con las cuales, como decía

Azcona en el artículo primeramente citado de *El Panorama*, «las falanges de Asturias y de Galicia, que militaban bajo nuestras gloriosas banderas», trasegaban «miles de arrobas de agua de las fuentes á nuestras cocinas», donde era la panzuda *tinaja* enser indispensable, que no ha desaparecido todavía, pues las turbias frecuentes del Lozoya, y las interrupciones y roturas de las cañerías, con otras causas que no siempre se cuidan de evitar los propietarios, le hacen necesario como depósito de reserva para casos tales. Suele aún, por los barrios extremos, discurrir de vez en cuando, como sombra desvanecida de otros tiempos, la figura del aguador; pero ya, ni es siempre asturiano, ni lleva la clásica montera y el traje provincial que antes le distinguía, ni hay aquel mercado de *cubas,* el cual era una especie de institución á modo de las vinculaciones, ni los mozalbetes y graciosos le hacen las jugarretas de antaño, ni el día de Reyes va —mucho menos después de la acertada y nunca bastante ponderada supresión de tan salvaje fiesta—con la escalera al hombro y la antorcha en la mano, corriendo harto de vino por esas calles al son de cencerros y sartenes, á esperar la venida de aquellos regios personajes.

Por 20 reales al mes, una ó dos veces al día, los forzudos hijos de Asturias subían las estrechas, sucias, malolientes y empinadas escaleras de las casas de Madrid, para verter en la tinaja el precioso líquido inodoro, incoloro é insaboro, que tomaban de las fuentes principales; platicar con la maritornes, paisana suya ó alcarreña, y majestuosa y solemnemente, con rigidez hierática, ó la prosopopeya del funcionario público de mayor copete, la colilla en la comisura de los labios; las greñas desbordando por bajo de la gentil montera, el remendado traje chorreando en incomprensible consorcio agua y mugre, y la vacía cuba al hombro, descender de nuevo, para volver á lo mismo en otro piso de la propia casa ó en los de la inmediata que tenía concertados. No era éste, sin embargo de su importancia, el único menester que el aguador, ó los hijos de As-

turias y Galicia, descendientes de los suevos, cumplían en Madrid por los años de 1833 y en los siguientes; demás de que ellos eran quienes sacudían las esteras de pleita y las alfombras en sazón oportuna, lo mismo en las afueras que en las callejuelas y aun vías mayores de la población, fama gozaban, no sin justicia, de honrados, y, como en Andalucía aún, veíaseles «porteando por doquier providenciales esportillos, elementos de aquella necesaria bucólica que todo el mundo saborea, aunque jamás haya saludado las de Virgilio»; ó lo que es lo mismo, en menos palabras, haciendo la compra cuotidiana.

En esto ha mejorado sensiblemente el aspecto plástico de Madrid por las mañanas. En lugar de los estirados y patilludos rostros de los astures; de la nota poco agradable de su figura y de sus ropas; de sus famosos esportillos de palma, sujetos y colgados del hombro, henchidos de vituallas, rebosando verdura, y en que se confundían los comestibles,—más agradable es, de cierto, la bandada movible de airosas Menegildas que pululan y bullen por calles y mercados, con el cabello bien peinado, reluciente y adornado de peinecillos de brillante pedrería; la amplia toquilla de vivos colores envolviendo el busto y cayendo por delante sobre el blanco delantal; la falda de percal, de franela ó de lanilla, recogida señorilmente lo bastante para enseñar la falda bajera, las enaguas y el pie, por lo menos, calzado con lustrosas botinas de tacón Luis XV; la enorme cesta de blanco mimbre al brazo; el bolsillo, indispensable ya, en la mano libre, cuyos dedos adornan las sortijas de *doublé* y de plata; el torso inclinado hacia atrás por el peso de la cesta, y la cara, más ó menos bonita, más ó menos juvenil y picaresca, coloreada por el ambiente fresco de la mañana.

A estas horas del día refería con muy mal gusto en los calificativos el escritor citado «el Madrid grosero, prosaico y estacionario»; en ellas reinaba la que con desprecio incalificable llamaba «la plebe», asegurando, aunque no sin excepciones, que en ellas Madrid pertenecía «al dominio de la chaqueta y del sombrero calañés; al del zagalejo corto y de la manti-

lla manola». Ni la chaqueta, ni el sombrero calañés, ni el zagalejo corto, ni la mantilla de tira ó de casco de la manola existen ahora, sustituídas aquellas prendas por la cazadora, la pelliza y la blusa la primera; por la gorra peluda ó de seda, de varia forma, la segunda; por la falda de percal, de franela, ó de lanilla la tercera, y por el peinado artístico y lustroso la última; pasando así á los dominios de la arqueología las que menciona y enumera como constituyentes de la indumentaria popular en 1840, y que con corta diferencia debieron en 1833 constituirla.

Mercados propiamente tales y con este título no había en aquella época. Hasta poco antes de ella, y mientras con más ó menos constancia continuaban las obras de reconstrucción de lo arruinado por terrible incendio en la *Plaza Mayor* la noche del 16 de Agosto de 1790, sirvió la *Plaza* de mercado general de comestibles, como sirven sus análogas en las capitales de provincia. Aún, para descrédito y rubor de la que lo es de España, presenta el aspecto repugnante de los *zocos* marroquíes la *Plazuela de San Miguel,* como en 1833 lo presentaba. Cajones estrechos, mal olientes y alineados á guisa de calles formaban entonces y forman hoy el mercado, donde hay de todo, siendo á la sazón el más surtido de la corte. Ideada por D. Antonio Regás, á espaldas del *Convento del Carmen Calzado,* cuyo emplazamiento ocupa un Juego de pelota, hízose la *Plazuela del Carmen.* A ella, en 1830, fueron trasladados los malhadados *cajones* que existían en el anchurón de la *Red de San Luis,* y, á pesar de que los expendedores de carnes, de pescados, de caza y de verduras han procurado hermosear con cuanto han podido los dichosos *cajones,* el aspecto de aquel mercado es tan repugnante como el de los otros.

No sin razón el ilustre montañés D. Ángel Fernández de los Ríos, infatigable y entusiasta propagandista que fué de todo elemento de cultura, activo político y escritor culto, de quien eran *El Siglo Pintoresco, La Ilustración* y *Las Novedades,* como lo fué el *Semanario Pintoresco Español,* fundado en

1836 por Mesonero Romanos, no sin razón, repetimos, pedía en 1876 desapareciese de paraje tan principal y céntrico la *Plazuela del Carmen,* diciendo: «De cuantos lunares afean á Madrid, no hay, por el sitio en que se halla, uno que más de priesa haga salir los colores al rostro del madrileño, cuando el forastero, que forzosamente ha de tropezar con él, puesto que su paso por las calles del Carmen y de la Montera es inevitable, se pára á contemplar la vergonzosa plazuela y algunas de sus avenidas».

Cajones, puestos y tenderetes obstruían de un modo horrible la *Plaza de la Cebada,* que ha recobrado su nombre, después de recibir en 1868 el de *Plaza de Riego;* y aunque de 1870 á 1875, en que fué inaugurado, se ha construído allí un Mercado de hierro, cuya superficie mide 6.326 metros cuadrados, no por ello ha mejorado el aspecto de la *Plaza,* ni han desaparecido los puestos, que por las calles *de la Ruda* y *de las Velas* en confusión inaguantable se corren hacia el *Rastro. Cajones* tuvo la *Puerta del Sol; Cajones* la *Plaza de Antón Martín,* la de *Santo Domingo,* que, «aunque irregular y costanera, es el mercado más desahogado de Madrid», como decía en 1833 Mesonero Romanos; *Cajones* la *de los Mostenses,* hasta la construcción insuficiente del Mercado actual, que no ha resuelto ni evitado nada, y ¿á qué seguir?, pues los *cajones* fueron y continúan siendo la obsesión de ediles y de mercaderes, á quienes nadie persuade de lo primitivo, inconveniente y horrendo de tan ridículas casetas, «que, ó abiertas y sucias para reclamo de toda especie de insectos» sirven, «ó cerradas y privadas de aire exterior, como si tuvieran por objeto la putrefacción inmediata de las carnes» aparecen.

Construyó el interés particular, años hace, cual un gran adelanto, pero siempre por el sistema de *cajones,* faltos de condiciones higiénicas, el mercado *de San Ildefonso,* entre la *Plaza* de este nombre, la *calle de la Corredera,* y la confluencia de la de *San Joaquín* y *Santa Bárbara,* y el *de San Antón* entre las calles del *Arco de Santa María, de Pelayo* y *de San Barto-*

lomé, con otros por el estilo; pero pequeños, insuficientes, sin ventilación, están pidiendo en balde la ampliación indispensable que les haga dignos de la población y aptos para el fin que les es propio, si ha de desaparecer el aspecto africano y afrentoso que ofrecen con las calles que les circundan. Esta falta de mercados en Madrid justifica la frase, aquí corriente, de *ir á la plaza* para expresar la de hacer la compra diaria, en lugar de la de *ir al mercado,* que se emplea en otras partes.

Con cuánto dolor hay que reconocer que desde 1833 hasta el presente, en el concepto á que venimos aludiendo, la Villa del Oso y del Madroño no ha prosperado lo suficiente para ponerse al nivel de las poblaciones de su categoría en el extranjero! Las costumbres se templan y se modifican y se varían por la educación; y falta hace educar á los pobres mercaderes que pululan en torno de las mencionadas *plazas,* para convencerles de la conveniencia y de la utilidad de emplear otros procedimientos para la venta, como hace falta facilitarles sin menoscabo y daño de sus intereses locales adecuados para ello. Otros mercaderes, los tablajeros y pescaderos, señores absolutos de la mercancía y del dinero del parroquiano—á quien obligan á recibir lo que ellos quieren,—como realizan pingües ganancias por éste y otros caminos provechosos, no se muestran propicios á alterar sus hábitos inveterados; y el Ayuntamiento, sea cual fuere, no cuidando sino de la cobranza y percibo de las licencias de puestos ambulantes, que deben producir cantidades no despreciables, deja con incalificable pereza sigan las cosas en tal estado, sin preocuparse de la dignidad de la Villa, y lo que es ó debía ser también de superior importancia: del interés del vecindario.

No con entero respeto á la verdad, sino con pesimismo depresivo incomprensible en él, decía hace justamente treinta años Fernández de los Ríos en su *Guía,* que tan útil es para conocer los progresos de la Corte, que «todavía el año 1834 no había en Madrid otras que tiendas mal surtidas, cuya apariencia exterior en nada se diferenciaban de las que se veían en los

pueblos más atrasados: todas carecían de escaparates, y se cerraban á las dos de la tarde para que comieran los dueños y dependientes, no abriéndose hasta dos horas después en el verano para que tuvieran tiempo de dormir la siesta, patriarcal costumbre que, extendiéndose á todas las casas y personas, daba á la Villa, á la mitad del día, el triste aspecto de una Pompeya voluntaria».

«En 1835—prosigue—llamaron la atención general la *Perfumería de Diana*», que aún en 1876 existía en la *calle del Caballero de Gracia,* pero que de allí ha desaparecido, «y una tienda de quincalla, que con este apellido por muestra, *Lacombe,* se abrió en el número 1 de la *calle de la Montera,* casa que ha sido derribada para ensanche de la *Puerta del Sol;* colocaron ambas las primeras portadas y escaparates al uso de París, remedando los mostradores, las anaquelerías y los accesorios de los almacenes extranjeros; excitaron vivamente la curiosidad, obligaron á salir de su apatía á los tenderos, acabaron con la huelga á pretexto de la comida y la siesta, y extendieron rápidamente hasta los más apartados barrios la completa reforma de las tiendas madrileñas, que bien lo necesitaban.»

Triste sería el cuadro, si fuera en todas sus partes cierto; pero por más que los almacenes y las tiendas de hace setenta y tres años no pudieran racionalmente resistir la competencia con las instalaciones de nuestros días, no todas ellas de igual modo lujosas,—bueno será, para que el lector se halle en disposición de formar idea, ya que hemos reproducido las palabras de Fernández de los Ríos en 1876, reproducir también aquellas otras con que en su *Manual de Madrid* daba Mesonero Romanos en 1833 noticia de las tiendas á la sazón existentes en la Corte, aun descontada la pasión que al insigne pintor de nuestras costumbres hubiera de haber inspirado su nativa patria. Dice, pues, así Mesonero Romanos:

«...Se encuentran en Madrid infinidad de tiendas de toda especie donde puede cualquiera satisfacer sus gustos ó necesidades en proporción al gasto que quiera hacer.» «Los produc-

tos y manufacturas de esta Villa se mezclan en ellas á los más célebres de las provincias, del extranjero y de ultramar.» «*Grandes almacenes elegantemente adornados* y servidos por diestros y amables jóvenes convidan con todos los objetos del lujo más delicado.» «*Las brillantes tiendas* de las calles *Mayor, Carretas* y *del Carmen* ofrecen todos los caprichos de la moda en punto á *vestido,* y allí es adonde concurren á tributar sus sacrificios la elegante beldad y el almibarado *petimetre.*» «*Los surtidos almacenes de paños* y *las lindas tiendas de quincalla* de las calles *del Carmen* y *de la Montera* ofrecen á los mismos los refinamientos de la industria extranjera y los esfuerzos de la nacional.» «*Fruto exclusivo de ésta* son los almacenes de la *Puerta del Sol, calle de la Montera* y otros; los *galones* y *cintas* de la *Plazuela de Santa Cruz;* los *botones* de las calles *de Carretas* y *de Atocha;* las *flores* y *plumas* de las calles *de la Montera, Carrera de San Jerónimo* y otras; los *percales* de la *Fábrica de San Fernando,* que se despachan en las calles *de Carretas* y *Plazuela del Angel,* como asimismo otros objetos del vestido de la más elegante sociedad; al mismo tiempo que los *almacenes de paños* en la *calle de Toledo, Mayor* y otras muchas, los *lienzos* de la *calle de Postas* y las *roperías* de la *calle Mayor* y *Atocha* surten de géneros del reino, que compiten con los extranjeros, á aquellas clases á quienes una preocupación ridícula no obliga á sacrificar su fortuna á una vana apariencia.»

«Otras infinitas tiendas derramadas en todas las calles de la capital *y decoradas más ó menos,* ofrecen el *surtido de todos los objetos;* entre ellas citaremos los *almacenes de muebles de casa* de las calles de *Hortaleza, Caballero de Gracia, del Carmen, Jacometrezo* y otros muchos; los de *papel* de la *Plazuela del Angel, calle de Majaderitos* (1), *del Carmen, del Arenal,*

(1) Había dos: *Angosta* y *Ancha de Majaderitos,* formando parte de la que hoy se llama *de Espoz y Mina,* y saliendo frente al *Teatro de la Cruz* la *Angosta,* que torcía en dirección á la *calle de Carretas,* y lleva hoy nombre de *calle de Cádiz;* la *Ancha* es la actual *de Barcelona.*

del Prado, Atocha y otros muchísimos; los *despachos de alfombras* y *alabastros* de la Compañía de Empresas varias, en la *calle de la Reina;* las *tiendas de hierro, acero, metal* y otros objetos de la *Subida de Santa Cruz»,* hoy calle *de Esparteros*; las de *vidriado* y *porcelana* de la *Plaza Mayor, calle del Arenal* y *del Desengaño;* las de *cristal* y *loza* de las Reales Fábricas de La Granja, Moncloa y Aranjuez, sitas en la *calle de Alcalá* y *Carretas;* las de *estampas,* en las calles de *Atocha, Jacometrezo, Carmen, Majaderitos, Carretas,* y el *almacén de mapas* de la *calle del Príncipe;* los *de música* de la *calle de la Gorguera, Carrera de San Jerónimo* y frente á las *Gradas de San Felipe»,* esto es, en la *calle de Esparteros; «las Covachuelas»,* en las mismas *Gradas,* «donde se venden *juguetes de niños* y otros objetos; y las muchas y abundantes *lonjas de sedas».* «Por último, encontraremos también *la riqueza y elegancia* de las *boticas* de todas las calles, y *la provisión admirable* de los artículos de los tres reinos que encierran las *droguerías* de las calles *de Postas»*, donde en edificio nuevo subsiste la famosa de Trasviñas, «*Tudescos* y *Subida de Santa Cruz».*

Esta curiosa relación que hace Mesonero Romanos, y que nos facilita hoy el conocimiento de la distribución comercial en Madrid el año de 1833, contradice en mucha parte, cual habrán reparado los lectores, lo afirmado por Fernández de los Ríos; pero aún más todavía, la ampliación que el propio Mesonero consigna, diciendo á renglón seguido: «Toda esta reunión de tiendas y comercios, *que desde las magníficas columnas y brillantes cierros de cristal van descendiendo hasta los portales y rincones más obscuros,* prestan al aspecto de Madrid una animación singular». «Sin pretender establecer comparaciones ni preferencias, séanos lícito indicar *como una prueba de lo que el buen gusto ha ganado últimamente en el adorno de esta clase de establecimientos* las tiendas siguientes: *almacén de géneros* de Carrillo, *calle de Carretas;* los de la *calle Mayor* frente á la casa del conde de Oñate», edificio cuya reedificación se hace actualmente; «las *tiendas de quincallería* de Du-

til, hermanos, y otra, número 29 de la *calle de Carretas;* la de *Scrop* y demás de dicha clase de la *calle de la Montera*», establecimiento que muchos recordarán en el número 4, donde hoy se halla la *Camisería de Ventura López;* «la *platería* de Huidobro, calle de *Carretas;* la de la *Plazuela del Angel*», que era de Moratilla; «la de la *calle del Príncipe,* y dos en la *calle del Carmen;* todas las *confiterías* en general, y particularmente la *de los Andaluces, Carrera de San Jerónimo;* la de la *calle de Alcalá,* la de la *del Príncipe* y la de la *calle Mayor;* las *peinerías* de la *calle de Carretas;* las *boticas* de la *Plazuela de Santa Ana, calle de la Montera* y *calle del León;* la *Florista* de la *calle de la Montera;* el *Almacén de Mapas* de López, *calle del Príncipe;* Rulla, *constructor cronometrista, calle del Carmen;* una *perfumería* y una *sombrerería* en la misma calle, y otras infinitas tiendas que sería prolijo enumerar, sin que muchas de las que se dejan por citar desmerezcan en nada á las que al pronto han ocurrido».

El propio Mesonero, celebrando desde las columnas de *El Semanario Pintoresco Español* en Mayo de 1836 el establecimiento de una *Fábrica de guantes* en la *calle de la Montera* «conforme entramos por la siniestra mano viniendo por la *Puerta del Sol»,* escribía largo artículo encomiástico y humorístico como todos los suyos, é incluía un grabado de la portada, en la cual se pretendía remedar la belleza de las líneas ojivales; de ella decía el articulista era una «composición *romántica»,* donde «bajo el aspecto y formas arquitectónicas de la Edad Media, se observan todos los progresos, todos los encantos del arte civilizador», y en ella hallaba «una larga serie de siglos, una cadena de progresos, una historia escrita en madera, cristales y cabritilla, parecida á la que Víctor Hugo traduce del original de piedra al francés, en *Nuestra Señora de París*». En Mayo también, pero del año 1837, conmemoraba el *Semanario* la apertura de la *Perfumería de Diana* en la *calle del Caballero de Gracia,* y publicaba un grabado de la portada, manifestando: «el interior es correspondiente á esta

elegancia, y siendo ella tan esmerada, aun se distingue más este establecimiento por la prodigiosa reunión de artículos correspondientes á su siglo».

Fernández de los Ríos censura ciertos ensayos hechos aquí por el Comercio, citando el del titulado *Villa de Madrid,* «que fué causa de considerables quebrantos de fortuna». Pero si no prosperó aquella tentativa—añade—contribuyó poderosamente á dos cosas, una buena y mala otra: á que el interés individual fundara excelentes almacenes, tiendas y bazares, y también á una terrible invasión de la charlatanería francesa que lo ha atropellado todo, muestras, títulos y anuncios, llegando á hacer del vocabulario mercantil un manantial de galicismos, que va tomando todas las proporciones de grave enfermedad para la lengua de Cervantes. «Da grima—concluye—tropezar á cada paso con tiendas que tienen por título *A la Villa de París,* y con las frases: *alta novedad, confecciones, artículos en blanco, liquidación forzada* y otros por el estilo.» Qué no habría dicho, si hubiese leído que *se plisan telas,* y otras muchas locuciones que prueban es el lenguaje comercial tan híbrido como los géneros, y que, penetrando en el uso, por él habrán de tomar carta de naturaleza, pues el uso es señor soberano del idioma.

En la actualidad «el comercio madrileño es muy importante, pues no existen español ó extranjero que visiten á la Corte, sea por recreo ó curiosidad ó por negocios, que no compre algo de lo que necesita si le llama la atención», reconociendo quien esto escribe en Barcelona, que «el comercio de Madrid es el más importante de España, y el que en mayor grado contribuye á sostener las cargas del Estado»; que «Madrid tiene comercios muy lujosos, muy bien surtidos, muy bien acondicionados; tiene también bazares importantes, como el de *La Unión* y el que se titula *Bazar X;* posee asimismo grandes bazares de ropas hechas, como el de *El Águila* y de *Isern;* zapaterías muy lujosas», etc., etc. Pero si todo esto es verdad, falta por hacer mucho todavía en pro de la Villa y Corte, la cual, poco á

poco y como puede, se esfuerza por sacudir el peso de las ajenas culpas que sobre ella gravitan y la aplastan, sin que nadie la ayude, sin que nadie la compadezca, sin que nadie se interese realmente por ella, afanosos todos por hacer su negocio personal, sin cuidarse de otra cosa, y subordinando cuanto existe al mencionado negocio, que es el que impera en nuestros tiempos como dueño y señor de las conciencias.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

EVOLUCIÓN PENITENCIARIA

Todo el que haya seguido con atenta observación el movimiento penitenciario en España no podrá menos que convenir en que se han dedicado tiempo, trabajo y medios materiales al planteamiento y solución de los trascendentales problemas que la materia entraña, y en que la Administración de Prisiones, aunque lenta y penosamente, ha evolucionado en sentido progresivo, sobre todo desde mediados del siglo anterior hasta la fecha.

Es cierto que si se establece un paralelo entre el estado en que se hallan tales cuestiones en los países más cultos de Europa y de América y el que presentan en el nuestro, la resultante es poco placentera, porque acusa una diferencia extraordinaria y pone de relieve nuestra deplorable situación actual.

A este fin han contribuído la falta de fijeza en las orientaciones, la volubilidad en los propósitos, la carencia de pensamiento perseverante y reformador, de carácter nacional y de naturaleza colectiva, que elevándose sobre las mudanzas de personas llamadas á dirigir este Ramo desde los puestos más altos de la Administración, y sobre los criterios individuales y, por lo general, contrapuestos que la sucesión en los cargos trae aparejados, marcara una norma estable, producto de las necesidades que se sienten, de los procedimientos que rigen ó se acarician, y de las aspiraciones de cuantos anhelan su reforma, mejor aún, su transformación urgente, á cuya norma, por su bondad y eficacia, por señalarla el bien general y por

imponerla la opinión pública, hubieran de sujetarse los encargados de la dirección superior de tan importantes y trascendentales problemas.

Así ha hecho Bélgica, y desde 1771, en que Vilain XIV inicia la reforma en Gante, y se da comienzo á la Penitenciaría central de esta floreciente población, hasta la fecha presente, en nada ha variado lo esencial del plan que aquel reformador ideara, no obstante haber pasado por la administración penitenciaria belga figuras de tanto relieve como Ducpetiaux, Stevens y Prins; y Bélgica, que á fines del siglo XVIII se avergonzaba de sus hediondas Prisiones y del estado abyecto en que los prisioneros yacían, hoy ha transformado las 29 que cuenta en celulares, excepto las de Nivelles, Tournhout, Audernaerde y una de las dos de Bruselas, en cuya transformación trabaja, en edificios higiénicos y en centros reformadores; y á la población reclusa, en ordenada, laboriosa y productiva.

No era mejor el estado de los establecimientos ingleses que el de los belgas cuando John Howard levantó su filantrópica voz y emprendió su apostolado para redimir á los caídos en los inhumanos encierros penales y carcelarios de la Gran Bretaña. Y aun cuando se decretó más tarde la deportación á la Australia, y aun cuando el laborioso capitán Maconochie y el insigne penitencionista Crofton modificaron los planes de Howard para adaptarlos á la realidad y á las necesidades del medio y de las nuevas tendencias sociales de aquella nación, lo esencial del pensamiento se ha conservado á través de la pasada centuria, y cada situación política y las personalidades administrativas más salientes, han procurado y conseguido empujar la reforma y acelerar los adelantos, tomando por base los sólidos principios y el meditado plan de aquel gran reformador.

Francia emprende briosamente la reforma con la publicación del Código de 1810, y sobre esta base levanta su legislación punitiva, cuya expresión más completa y perfeccionada se

encuentra en las leyes de 1888 y 1891, debidas á la iniciativa del senador Beranger; establece sus nuevas instituciones penitenciarias, las desarrolla con perseverancia y alcanza un grado de perfección que con justicia la coloca en preferente lugar entre los países más adelantados y cultos.

No ha existido en el proceder de Francia un criterio unitario. Desde que las reformas se inician, dibújanse en esta nación dos tendencias que dan origen á dos escuelas rivales en lo que atañe á la ejecución de las penas: la escuela que defiende la reclusión en recintos adecuados en territorios de la Metrópoli, y la que aboga por la transportación á sus lejanas colonias de los delincuentes más pertinaces y peligrosos. Mas no obstante esta dualidad de criterios, en los cuales han perseverado y perseveran los partidarios respectivos, con ellos han conseguido una buena organización penitenciaria en Francia y una acertada colonización penal en sus posesiones ultramarinas, sobre todo en la Nueva Caledonia, que hace poco más de medio siglo era una isla semidesierta y selvática, y hoy se la tiene por sus poseedores como la «Perla del Pacífico», cuyo cambio se ha conseguido por virtud y eficacia del trabajo de los contingentes penales á la misma deportados.

En Italia, en Alemania, en Portugal y en otros países europeos, existen también orientaciones definidas, que se siguen con constancia, como sucede en América, así en la sajona, que ha construído sus grandes reformatorios y planteado la traslación al Oeste de los delincuentes habituales y de los malhechores que ofrecen mayor peligro, como en la latina, que en varias Repúblicas ha acertado á organizar satisfactoriamente la administración que tratamos, y cuenta con espléndidos edificios carcelarios y penitenciarios en capitales como Méjico, Buenos Aires, Quito y otras, de nueva construcción y de estructura celular, que, tanto en arquitectura cuanto en su régimen, responden á las exigencias de los progresos modernos.

España no se ha reducido en esta materia á persistente

quietismo; pero como el movimiento se ha operado en direcciones distintas unas veces y con rumbos contrarios otras, y como en la marcha ha habido períodos de estacionamiento más ó menos prolongados, nos hemos movido, sí, y en ocasiones bastante más de lo que un discreto criterio aconsejaba y las circunstancias consentían; pero hemos avanzado muy poco, por las razones expuestas, en comparación con los pueblos á que se hace referencia. Por esto, si se exceptúa alguna que otra Prisión de nueva planta en que se aplica el sistema celular, el régimen de aglomeración impera en los establecimientos, aun en varios celulares, y en ellos domina la ociosidad, con todos los vicios y daños que de la misma dimanan; por esto, el sistema penitenciario español, científica y racionalmente considerado, aún se encuentra en el período de su iniciación, según lo consideraba no ha mucho mi ilustre amigo M. Rivière, secretario general de la Asociación de Prisiones de París; por esto no se han implantado la libertad condicional, ni la sentencia indeterminada, ni existen las sociedades de patronato para los cumplidos, ni las colonias penitenciarias agrícolas, ni las escuelas industriales y de beneficencia para los jóvenes, que en los pueblos citados tanto abundan y tan fructíferos resultados producen desde la ya larga fecha en que se establecieron y vienen, con éxito cumplido, funcionando.

Dolorosa impresión causa el cuadro precedente; pero la sinceridad de un lado, y la persuasión de que para curar las llagas sociales debe comenzarse por estudiar las causas que las producen, su verdadera etiología, y precisarse su intensidad y extensión, de otro, obligan á presentar la realidad tal cual es: que más útiles resultan para los intereses generales las exposiciones francas que las manifestaciones veladas, en toda clase de problemas, pero especialmente en lo que á los penitenciarios atañe, por el evidente atraso en que en España se encuentran.

Y no es, ciertamente, porque hayan faltado ni falten iniciativas y buenos deseos; lo que ha faltado ha sido fijeza en las orientaciones y perseverancia en el trabajo.

Dos siglos antes que Howar (1775) comenzara su cruzada contra los vicios reinantes en las Prisiones inglesas, el canónigo Sandoval, en Toledo (1564), publicaba su *Tratado del cuidado que se debe tener con los presos;* el doctor y consejero real Cerdán de Tallada, en Valencia (1575), escribía su libro *Visita de la cárcel y de los presos;* Chaves (1585) daba á luz la *Relación de la cárcel de Sevilla,* impresa en esta capital, y los tres echaban las bases de un tratamiento penitenciario racional, caritativo y filantrópico. En 1804 se publicó en España la *Ordenanza de los Presidios de los arsenales de Marina,* en la cual se establece el sistema de clasificación y se bosqueja el progresivo, que Crofton desarrolla y perfecciona y hace célebre más tarde (1853) en la Gran Bretaña, su patria. El tratamiento protector de los penados adultos, el educativo de los jóvenes delincuentes, que han tomado tanto vuelo durante el pasado siglo en las naciones mencionadas, fué presentido en la nuestra y se llega á delinear su implantación en los estatutos de la Sociedad *Dulcísimo Corazón de Jesús* (1572), que se reproduce por la *Real Asociación de la Caridad* (1779), por la del *Buen Pastor* (1802), por la *Filantrópica* (1839) y por otras iniciativas posteriores. Todas estas doctrinas se sostienen y propagan por notables publicistas españoles, á cuya cabeza figura la eximia pensadora D.ª Concepción Arenal, secundada en su tiempo por Romero Girón, Lastres, Armengol y otros, y seguida hasta el día, aunque adoptando distintas direcciones, por Canalejas, Dorado Montero, Salillas, varios individuos del Cuerpo de Prisiones y otros extraños á él, que en esta obra de regeneración social y de tan subida importancia toman parte.

Tampoco el elemento oficial ha permanecido inactivo. Estimulado por la bienhechora acción de pensadores y propagandistas que, á partir de 1870, comenzaron la meritoria labor de importar á nuestro suelo y sistematizar en sus libros las nuevas ideas que en el extranjero se agitaban, hombres de gobierno, aunque en reducido número, procuran condensar las teorías, las traducen á la realidad y las hacen cristalizar en

atinados proyectos. Romero Robledo, como ministro de Gobernación, concibe el propósito de demoler la vieja Cárcel de Villa, el inmundo *Saladero,* y construir de nueva planta un edificio que respondiese á las exigencias de la capital de España y á los anhelos de nuestros publicistas. Y uniendo al pensamiento la acción, con la energía, la constancia y la decisión que en el ilustre repúblico eran características, dicta la ley de 1876, comienzan las obras, y en 1883 se inaugura la Prisión Celular de Madrid, que se fija como tipo y modelo para nuevas construcciones. Don Venancio González, ministro también de Gobernación en 1881, sustituye, con acierto que siempre será aplaudido, el rutinario y viejo personal de cárceles y presidios por el Cuerpo de Prisiones, técnica y especialmente organizado, exigiendo á sus individuos la capacidad necesaria para llenar cumplidamente su difícil cometido. Canalejas, el elocuente tribuno é insigne sociólogo, al ocupar la cartera de Gracia y Justicia en 1889, promulga varios decretos, entre los cuales descuellan el de 21 de Octubre que estatuye el servicio de estadística, y el de 23 de Diciembre dedicado á convertir el secular Presidio de Ceuta en colonia penitenciaria, siguiendo la dirección que habían marcado el de 26 de Enero del mismo año estableciendo la deportación de los que extinguían más graves condenas á la isla de Mindoro (Filipinas), y la Real orden de la misma fecha iniciadora de la colonización penitenciaria interna.

Sufren después un estancamiento las reformas, hasta que en 1901 el ilustre marqués de Teverga, ministro, como el anterior, de Gracia y Justicia, acomete con plausible brío la transformación de lo caduco, y, maridando con fortuna la tradición y el progreso, basándose en aquélla y estimulado por éste, publica, entre otras disposiciones, tres decretos: uno relativo al personal de empleados, otro concerniente al sistema penitenciario aplicable á los reclusos adultos, y el tercero referente al tratamiento tutelar y educador á que deben someterse, á que se hallan sometidos en otros países los jóvenes

delincuentes; cuyas tres disposiciones, en las que se recoge la experiencia de las anteriores y se fija una nueva orientación, constituyen en su conjunto orgánico un completo sistema penitenciario. Otro gobernante de merecimientos indudables, D. Eduardo Dato, publicó en 1903 una serie de decretos en los que palpita un notorio buen deseo, acaso muy superior á la eficacia que tienen y á la que puedan tener en la práctica realidad de los servicios.

La experiencia con sus enseñanzas, y los servicios con sus exigencias, demandaban de consuno una atinada clasificación de Prisiones. Desde largo tiempo se venía trabajando para introducir tan necesaria reforma, y en Enero del año anterior fué decretada. No parece que al traducir el pensamiento en preceptos hubiera toda la previsión y el acierto necesarios para adaptar la idea á la realidad, á juzgar por las dificultades que para su aplicación se presentan, cuya reforma y cuyas dificultades requieren para su estudio mayor espacio que el señalado á este artículo.

***

En comprobación de cuanto se deja expuesto, vamos á ampliar aquí algunos de los puntos que á la ligera se indican en las precedentes líneas.

Jóvenes culpables.—Los más elementales principios de tutela jurídica y de previsión social requieren que al joven delincuente, al desvalido ó al vicioso, se le coloque en un medio y se le someta á un tratamiento que le aparte de las malas influencias, que le eduque y le reforme, porque del menor de hoy, revuelto en la confusión carcelaria con los culpables adultos, entregado á sus instintos, saldrá necesariamente el criminal de mañana. Y este capital problema, que tanto preocupa en otras partes, se encuentra en España en lamentable abandono.

Los esfuerzos de las sociedades mencionadas antes resultaron por completo estériles; la iniciativa privada, salvo alguna rara y muy honrosa excepción, como Barcelona, no ha to-

mado parte en cuestión tan vital, y el Estado ha permanecido poco menos que inactivo en toda la pasada centuria. La *Ordenanza de Presidios* de 1834 y el Reglamento dictado diez años después disponen que los delincuentes jóvenes estén separados de los adultos. Pero como habían de permanecer en el mismo edificio penitenciario, y ni su estado de conservación ni su estructura eran á propósito para cumplir el precepto, y como el régimen imperante tenía carácter general, no era dable la separación y á todos se aplicaba el mismo procedimiento. Uno de los artículos, el 4.°, del Real decreto de 11 de Agosto de 1888, mandó que los menores de veinte años cumplieran sus penas en Alcalá. Mas como el sistema presidial no se cambió y los que ingresaban jóvenes con largas condenas permanecían allí, por regla general, hasta que las extinguían, la promiscuidad de edades y de penas era permanente y el tratamiento aplicable igual al de los demás Presidios.

A poner remedio al mal, vino el decreto de 17 de Junio de 1901, cambiando el nombre de penal por el de escuela de reforma, disponiendo el traslado de los jóvenes reclusos á otro establecimiento y fijando con minuciosidad y con acierto el sistema que se les debía aplicar. No llegó este pensamiento al período de ensayo, porque la disposición se derogó al poco tiempo por otra que dió al viejo Presidio el nombre de reformatorio, y es en realidad lo único en que ha cambiado.

Tal ocurre con los sentenciados desde presidio correccional hasta cadena perpetua que se albergan en el establecimiento de Alcalá de Henares. Los recluídos en las Prisiones preventivas y correccionales (hombres) arrastran vida más triste, porque la comunidad con los adultos de todas clases, delitos y condenas es forzosa y permanente. Para los mismos de la Prisión celular de Madrid, es bien deplorable su suerte y harto dañosa su estancia en el recinto carcelario. No se hallan en el confuso montón que en las ruinosas bóvedas del inmundo *Saladero;* sufren en celda su reclusión, pero la celda no tiene para ellos más que la severidad de material aislamiento, que

si en los adultos es de resultados dudosos, cuando, como aquí sucede, se reduce á dura y desesperante soledad, para los jóvenes resulta de efectos contraproducentes, verdaderamente nocivos, así en la parte puramente física, por el quietismo á que se les condena, como en la fisiológica, por el vicio que suele dominarlos. Cierto que asisten á la escuela en común y en común también practican los paseos; mas los efectos bienhechores de la escuela de letras y el ejercicio del paseo son impotentes para contrarrestar la acción de la dura celda, que debiera servir solamente para el reposo nocturno; y falta lo más esencial, que es el trabajo en el taller, la enseñanza de un oficio en el que ejerzan su actividad durante la reclusión y del que puedan valerse para no reincidir una vez libres. A más de esto, se hallan en el edificio carcelario sometidos á su atmósfera, que es lo más perjudicial para su edad y condiciones; tienen la vecindad de los adultos; de continuo respiran el vaho de la delincuencia; y los efectos de la escuela y del paseo quedan desvirtuados por la acción continua de los otros elementos. Se precisa el perseverante esfuerzo y el vivo interés que su situación reclama, no sólo para atender á los que se encuentran reclusos, sino para protegerles cuando salgan de la reclusión, y, sobre todo, es necesario apartarlos del Presidio y de la cárcel, y colocarlos en establecimientos que sólo para ellos se hayan construído y sólo por ellos sean habitados.

Edificios.—La plausible iniciativa y la actividad desplegada para la construcción de la Cárcel Celular de Madrid, se detuvieron pronto y llevan lento y penoso desarrollo. En 1889 existían 16 Prisiones celulares; desde entonces á la fecha se han construído, por las corporaciones locales, 13 más; pero el Estado ha hecho muy poco para empujar la reforma y lograr adelantos. Sobre los cimientos de un derruído castillo feudal ha levantado en Chinchilla un edificio penitenciario, y transformado en penal el convento de la Victoria, del Puerto de Santa María. En cambio ha suprimido los de Valladolid y Zaragoza, que eran los mejores en su clase, y los de San Agus-

tín de Valencia, y Palma de Mallorca, que encerraban un crecido contingente de reclusos.

Consecuencia de estas supresiones son los apuros en que se encuentra la Administración para dar albergue al crecido contingente de penados que hoy existe.

De los edificios de vieja planta que quedan, son muy pocos los que reúnen condiciones para el objeto á que se hallan destinados. La mayor parte de ellos fueron construídos en lejana fecha, en remota algunos, para fines muy distintos del que ahora deben cumplir. Más de la quinta parte se levantaron para conventos, otros para casas consistoriales, algunos para pósitos, varios para fortalezas, hospitales, posadas, casas particulares, etc., no pasando de la cuarta parte los hechos para Prisión. Así se explica la falta de condiciones higiénicas, de seguridad y penitenciarias de que la mayoría adolecen; los insuperables obstáculos que presentan para la aplicación de los sistemas más en uso, como el progresivo y de clasificación; las dificultades para implantar y sostener un buen régimen; las insubordinaciones colectivas que á menudo se producen, y las numerosas evasiones que tienen lugar.

Colonización por penados.—Cuando los pueblos que hoy ostentan los mayores adelantos en problemas de Prisiones no pensaban ó se cuidaban poco de utilizar la fuerza y las aptitudes de los reclusos en las faenas del campo ó en trabajos de obras públicas, España colonizaba con ellos en Orán y en Ceuta, levantando en esta población los reductos y defensas, que han hecho de ella una de las plazas de guerra mejor fortificadas, y entraban en cultivo su campo exterior, convirtiendo en tierra labrantía y productiva el terreno montuoso y estéril de aquel territorio.

Más que por disposiciones legales, por la costumbre se fué desarrollando en Ceuta un régimen, un verdadero sistema de colonización penitenciaria, que vino á reglamentarse por el decreto de 1889, ya citado. Con la misma tendencia que este Real decreto, se dictó el que organizaba la colonia de penados

en la isla de Mindoro. El cambio de situación política, poco después acaecido, detuvo las reformas decretadas: la colonia de Mindoro no se llegó á establecer, y la de Ceuta no tuvo el desarrollo ni la eficacia que el autor de la disposición anhelaba, y los resultados han correspondido á los buenos propósitos que inspiran sus preceptos.

Queda indicado que la falta de fijeza en las orientaciones y de perseverancia para seguirlas es la causa de nuestro atraso penitenciario con relación á otros pueblos, y quizá en ningún problema, cual en este de la colonización penal, se evidencian tanto las afirmaciones precedentes. Al convertirse, con carácter preceptivo y por disposiciones emanadas de la Administración central, el Presidio de Ceuta en colonia penitenciaria, se querían transportar á aquella plaza africana la mayor parte de los contingentes penales que en la Península había. Pretendíase entonces transferir allende el Estrecho hasta 4.000 condenados, y hubo quien á la sazón propuso la creación de un establecimiento para todos los que extinguían condena. Al presente, cuando apenas ha transcurrido un cuarto de siglo, cuando todavía no se ha aplicado en toda su latitud el decreto orgánico de la colonia penal, por razones que no caben en los límites del presente trabajo, pero que á mi ver carecen de sólido fundamento, se aspira á que la población confinada desaparezca de allí, y que siga la misma suerte la de los otros establecimientos de nuestras plazas de Africa.

Bueno será que antes de disponer la ejecución de tal proyecto, se mediten y prevean las consecuencias que puede tener. En Ceuta se ha hecho el penal tan necesario á la plaza, que sin él sería, por de pronto, imposible ó muy difícil la vida en aquella población. Los reclusos ejecutan trabajos de indiscutible importancia, así en lo que atañe al orden militar como en lo que afecta á la vida civil. «Al cabo de tantos años de convivencia—se dice en el bien escrito preámbulo del decreto orgánico de la Colonia—el Presidio, tal como se halla constituído, ha llegado á ser tan indispensable á Ceuta, que apenas

se concibe que pueda existir sin él. Pasando por una serie gradual de estados, desde el de reclusión en algunos de los cuarteles (1) á los talleres, y de éstos á los servicios en la vía pública, en los recintos fortificados, en las casas y en los terrenos contiguos, dondequiera que se tiende la mirada, se deja ver el penado ó se advierten las huellas de su constante actividad. Penados son los que llevan á cabo las difíciles é importantes obras de fortificación; penados los que abren los caminos, trabajan el campo y cuidan de los muelles y fosos; penados los que desempeñan las duras faenas de la Maestranza de Artillería; penados los que atienden á la limpieza y empedrado de la población, acarreo de agua, elaboración de pan, y otros mil oficios, urbanos y de carácter municipal ó privado; penados los que asisten á los enfermos en los hospitales y los que desempeñan en el servicio doméstico cargos de la mayor confianza; y hasta hay, por fin, penados que ocupan parte de su tiempo en la instrucción de la infancia. No puede darse, pues, mayor y más íntima compenetración del elemento libre y del elemento penitenciario, caso venturoso y quizá único, que, sin menoscabo del hombre honrado, contribuye sobremanera á regenerar al culpable.» Las líneas transcritas bastan y sirven, por el sólido fundamento en que descansan y por la autoridad técnica y oficial que tienen, para robustecer el criterio que venimos sosteniendo.

Otra orientación atinada fué la de emplear presidiarios en trabajos de obras públicas. A mediados del pasado siglo y hasta varios años después, las de mayor riesgo y de labor más dura las ejecutaban los penados. En los canales de Aragón y de Isabel II, en las carreteras de Valencia, Las Cabrillas y Motril, en el puerto de Tarragona y en la construcción de edificios penitenciarios, se aprovecharon el esfuerzo, la actividad y las aptitudes de los condenados, con manifiestas ventajas

(1) El penal de Ceuta le constituyen siete edificios, separados unos de otros, algunos por más de dos kilómetros de distancia.

del Tesoro público, por la baratura de la mano de obra. Pero llegó á estimarse como contrario á los fines de la pena el trabajo del recluso á la vista de la gente libre; se creyó que la ejecución de las sentencias se desvirtúa si el sentenciado salía de las estancias penales, y se dictaron distintas disposiciones para impedirlo y para mantener con rigor á la población delincuente intramuros de los establecimientos.

Las consecuencias inmediatas que del cambio de proceder se tocaron, fueron la pérdida de los beneficios que la mano de obra penal producía al Estado, y la ociosidad en que quedaron sumidos los reclusos. Para librarlos de ella se pensó en crear industrias fabriles en el interior de las Prisiones, intentando unas veces implantarlas y desenvolverlas por el sistema de contratas, otras por el de administración, y en no pocos casos dejándolas á la libre iniciativa de los mismos confinados. No han logrado coronarse con el éxito las reformas que á tal fin se han planeado; la industria presidial ha arrastrado vida lánguida, y hoy se aspira á establecer nuevamente el trabajo al aire libre.

La concisa reseña que precede, evidencia, como al principio se dice:

1.° Que en España han progresado los servicios de Prisiones á partir de 1870 á la fecha, si se los compara con lo que antes existía. Hasta entonces era moneda corriente ver á los reclusos salir de las cárceles y Presidios; con dolorosa frecuencia se repetían las insubordinaciones colectivas *(plantes)* de los presidiarios, y con general y justificada protesta se tenía noticia de sangrientas colisiones en los patios y en las cuadras presidiales. «¿Acaso los ataques á la moral—escribía Armengol y Cornet en 1880—no son diarios y repetidos hasta un punto que despierta la ira por tanta tolerancia en quienes deberían tomar medidas protectoras? ¿No hay presos y penados que disfrutan de privanza cerca de los jefes, en detrimento de la justicia y de la disciplina? Pues quien lo ponga en duda ó tache de pasión estas preguntas, in-

fórmese de los delitos sin cuento cometidos en el *Saladero* de Madrid, en Serranos de Valencia, en la cárcel de Barcelona; registre las agresiones á mano armada de que han sido teatro todos los presidios españoles, sin excepción, y víctimas no pocos empleados y reclusos; y fíjese tan sólo en que, según datos oficiales recientes, en un año se han cometido cuatro homicidios en la cárcel de esta capital, y en pocos meses han sido procesados dos jefes, dos subjefes y seis ó siete empleados subalternos del *Saladero*, habiéndose formado *noventa y tres causas* durante el año 1878 por delitos cometidos dentro de dicha cárcel» (1).

La amovilidad de los empleados en sus cargos; la persuasión de que, debiéndolos al favor y á la influencia, sólo les durarían el tiempo que imperase la situación política que los nombraba, y la falta de competencia técnica y de espíritu corporativo, llevaban á la desidia, á la negligencia, á la venalidad y al desenfreno, evidenciándolo las líneas preinsertas y las afirmaciones hechas por otros publicistas de que «las personas que no servían para ningún otro empleo se las destinaba á los de Presidios y á cárceles», y en los preámbulos de los mismos decretos orgánicos, especialmente en el de 23 de Junio de 1881.

Los quebrantamientos de condena de los sentenciados y las evasiones de los reclusos preventivos menudeaban de un modo alarmante, más que por la incapacidad de los edificios por las complacencias y censurables concesiones de los empleados blandos ó conniventes, que en cierto modo justificaron las expresiones de que «España era un Presidio suelto», y de que «en la cárcel no estaban más que los que tenían buena voluntad». Las estafas conocidas con el nombre de *entierros,* fraguadas en el interior de los establecimientos, no cesaban, y las comunicaciones de los reclusos con el público constituían permanentes

(1) Armengol y Cornet: *Necesidad de la Asociación general para la reforma penitenciaria.*—Barcelona, 1880.

atentados á la moral y eran propicio y eficaz medio para planear y llevar á cabo en no pocas ocasiones nuevos delitos, tramados en los recintos penales y ejecutados por gentes libres, de mala ralea, que recibían la dirección y el impulso de los astutos y duchos presidiarios...

Todo esto ha cambiado con las disposiciones reformadoras de que se deja hecho mérito; pero falta mucho para llegar á la perfección relativa á que se debe aspirar en las circunstancias precarias por que atraviesa el país, y, fuerza es confesarlo, más que por escasez de medios materiales, por desconocimiento de la realidad y por falta de acertado y perseverante criterio.

2.° Que es palmario nuestro atraso en comparación con los progresos que allende nuestras fronteras se han realizado y realizan. Francia, en sus Prisiones de reclusión, que nosotros llamamos aflictivas, tiene un sistema uniforme, así en lo que respecta al régimen interno de los establecimientos, como en lo que concierne á la inspección de los mismos y á los elementos organizadores que en la Administración central superior existen. En las colonias penales de Argelia y Gabón, de Guayana y de Nueva Caledonia, procede con acierto y satisfactorios resultados. En la colonización penitenciaria interna, creada para los jóvenes delincuentes y abandonados, cuenta con nueve establecimientos públicos y veinte de carácter privado, debidos éstos á la iniciativa particular y á sus esfuerzos para dar solución á este problema eminentemente social. En la vecina República, la laboriosidad es la regla, la ociosidad la excepción. En la *Maison Centrale* de Montpellier, una de las tres destinadas á la extinción de condenas impuestas á mujeres, se confeccionan los uniformes para los funcionarios que sirven en los establecimientos de esta clase. En Melun, reclusión de hombres, entre otras industrias que se hallan en estado floreciente, existe una imprenta montada á la moderna, que facilita toda clase de impresos á los establecimientos similares y á las oficinas de la Administración central. Frenes, nueva Pri-

sión construída cerca de París, es un amplio y bien surtido almacén de trajes de penados, que á allí se envían de las de Clerveaux, Rennes y otras, como producto de la industria fabril penitenciaria, dedicada á servicios oficiales, para evitar la competencia á la libre, dar ocupación á los reclusos y obtener economías al Estado. De la colonización penal quedan hechas indicaciones someras, pero suficientes á demostrar lo acertada que fué su implantación y los beneficios que reporta, así en el orden económico, por la riqueza que crea, como en el moral, por lo que ha disminuído la delincuencia en la metrópoli, según comprueban sus detalladas estadísticas. De las colonias agrícolas de jóvenes, se presenta como tipo, con razón y con justicia, la famosa de Mettray, que no sólo atiende al fin educador de los internos, sino que trabaja por ilustrarlos, saliendo varios con título de bachiller y en disposición de emprender con fruto estudios superiores, cumpliéndose así la máximade Howard: «Haced al hombre trabajador, y será honrado».

Fieles á este tipo, se han establecido las de St. Hilaire, agrícola, la marítima de Belle-isle-en-mer, en la goleta *Sirena,* y otras que acabarán por cambiar radicalmente el tratamiento aplicado en sus celdas solitarias á los menores de la *Petite Roquette.*

Bélgica, con su sistema celular para los adultos y su interés por el desarrollo de aquél, ha logrado transformar cada celda en un taller, y cada Prisión en una fábrica y en centro de corrección. Las de Lovaina, Gante y Amberes, y la de St. Gilles, en Bruselas, son ejemplos y modelos del sistema. Las colonias penitenciarias (*Ecoles de bienfaisence*) de Ruysselede, Beernem y Namur constituyen tipos acabados de tutela, de protección, de reforma y de instrucción de la infancia desvalida, abandonada ó delincuente. Los establecimientos de Aszod, Kolozsvar y Rakospolota, en Hungría, son dignos ejemplos copiados de los belgas, como lo son también las escuelas industriales de Inglaterra, las casas de corrección de Italia y los

reformatorios de los Estados Unidos, construídos con el mismo fin y dedicados al mismo importante cometido.

3.° Que en España ha habido felices iniciativas; pero que se han marchitado en flor, por falta de calor en la opinión pública y de interés colectivo para formarlas ambiente, y han muerto con sus autores, ó tenido vida lánguida, sin dar aquí el fruto que se apetecía, y que han producido en las naciones á que fueron trasplantadas, como premio y lógica consecuencia de su celo y de su perseverancia.

Fernando Cadalso

LAS ÚLTIMAS NEGOCIACIONES

DE

MATRIMONIOS REGIOS ENTRE INGLATERRA Y ESPAÑA

EN 1623

IV

El viernes 17 de Marzo de 1623, entre diez y doce de la noche, llegaron dos bizarros caballeros á las puertas de la posada donde á la sazón en Madrid vivía lord John Digby, conde de Bristol, embajador extraordinario en la corte de España del rey Jacobo I de Inglaterra. Llamaron luego á un gentilhombre que muy acaso cruzaba por la calle, y, dándose con él á entender en pésimo castellano y con bien acuñado doblón de á ocho, encamináronle arriba á suplicar al conde que bajase, que ellos en el zaguán esperaban, para hablarle. Movidos de curiosidad los criados del embajador, salieron apresuradamente al encuentro de los improvisos huéspedes, de los cuales el más joven entretuvo con ellos pláticas de espera, preguntándoles en su lengua nativa, más correctamente hablada que la castellana, qué tal cerveza bebía el conde y si en Madrid vendíanla buena. Contestáronle que al conde traíansela directamente de Inglaterra, y que en Madrid se encontraba con dificultad, y mala, pues aquí las gentes no bebían más que vino, que era delicioso, y que gustaban más ser *borrachos* que *peleles*.

Entretanto, el embajador, que acababa de cenar y estaba

para recogerse, instaba al emisario á que subiesen los viajeros á su aposento; mas advirtiéndole el agradecido hidalgo, con recurso de su propia ingeniatura, que uno de ellos venía tullido de un tropiezo en el camino, y que ambos deseaban secretamente conferirle, precedido de dos pajes con sendas hachas encendidas, descendió uno y otro tramo de la ancha escalera, entre aturdido y confuso de la extraña novedad del lance. Grande fué su sorpresa y turbación, en efecto, al hallarse inopinadamente en presencia de lord George Williers, antes marqués y ya duque de Buckingham, presidente de Consejo privado y favorito omnipotente de la Majestad británica, que traía á Madrid, en su compañía, nada menos que al Príncipe de Gales, Charles Stuart, hijo varón único y heredero de los Estados del rey Jacobo, su amo.

Súbito mandó el de Bristol avisos al embajador, que había sido tan querido en Inglaterra, D. Diego Sarmiento de Acuña. Este, con mayor diligencia, corrió precipitado al regio alcázar á dar conocimiento del suceso á D. Gaspar de Guzmán, conde de Olivares y duque de Sanlúcar, que poseía la privanza omnímoda de Felipe IV, y Baños de Velasco, en su *Historia Pontifical*, aún manuscrita, cuenta que cuando Gondomar entró en la cámara de Olivares, á quien halló ya reposando, al verle éste tan á deshora y tan satisfecho, le dijo: —¿Qué trae V. S. por acá á estas horas y tan placentero que parece que tiene al rey de Inglaterra en Madrid?—A lo que Gondomar contestó: —Al rey, no; pero al Príncipe de Gales, su hijo, sí.—La admiración del ministro fué correspondiente á lo inesperado del suceso; juntos subieron á dar al monarca la noticia, y mientras que en la real cámara se decretaba reunir inmediatamente Junta consultiva de varones autorizados, prudentes y doctos, que instruyesen á la Corona de lo que las obligaciones del caso la imponían, el conde de Gondomar, llevando consigo á frey D. Fernando Girón, marqués de Sofraga, del Consejo de Estado, acudió á la casa de las siete chimeneas, al llamamiento del lord embajador, y á dar la bienvenida á los egregios

huéspedes. Allí mostró el de Gales, pasadas las primeras cortesías y calurosas norabuenas, impacientes deseos de que se llevase aviso de su llegada al rey; pero Gondomar lo excusó por lo intempestivo de la hora, y fué luego común dictamen aplazarlo hasta venido el día, quedando el antiguo embajador de España en llenar á satisfacción tan agradable encargo.

Sábado siguiente, á las nueve de la mañana, concurrían á las habitaciones que ocupaba el Conde-Duque en Palacio, además de los mencionados conde de Gondomar y marqués de Sofraga, D. Juan Manuel de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros; D. Fray Íñigo de Brizuela, obispo de Segovia; don Agustín Mejía, del Consejo de Estado; y el confesor del rey, fray Antonio de Sotomayor, de la Orden de Santo Domingo. Despertó universal admiración en los de esta asamblea la llegada á la corte del príncipe jurado de la Gran Bretaña, rey ya de Escocia, no solamente sin previo conocimiento de los ministros españoles, sino, según el valido significó, con plena ignorancia de los consejeros británicos y del Parlamento inglés, y, de unánime sentir, se convino en la necesidad de adoptar un temperamento altamente circunspecto para las resoluciones difíciles que habrían de reclamar los intereses y arduas cuestiones que agitaría, sin duda, la sorprendente visita. Orden mandó desde allí el confesor dominico á las religiones de que se hiciese oración en los conventos para que Dios diera acierto á S. M. en caso grave, que por entonces no se declaró; comisión se otorgó del mismo modo al conde de Gondomar de avistarse con el duque de Buckingham para indagar más á fondo las intenciones de la venida, y en el ínterin se prometió solemnemente por todos guardar secreto hasta que el curso de los sucesos persuadiese á la notoriedad.

Inquieto y vigilante, á la misma hora que esto sucedía, el Príncipe de Gales, en unión de Buckingham, Bristol y el embajador ordinario, sir Walter Aston, aguardaba la llegada del prócer castellano. Con noble familiaridad tendióle, al verle, los brazos al cuello. Más explícita y difusa que en la noche an-

terior fué entonces también la conferencia; y como al cabo de ella Gondomar expresase la voluntad que en el Conde-Duque de Olivares había de avistarse con el duque consejero, gran almirante de Inglaterra, envióse á la caballeriza del rey por coche de la real casa, en que Buckingham, Gondomar, Bristol y Aston, entre cuatro y cinco de la tarde, se dirigieron camino de palacio, quedando con el Príncipe otros dos caballeros, antiguos agentes suyos en Madrid, los Knight-baronets sir Francis Cottington y sir Endymion Porter, y otros de la comitiva del de Gales, entre los que los papeles de aquel tiempo nombran al conde de Arundel, al de Pembroke, al barón de Hamilton y á sir Thomas Crew.

Esperaba Olivares á Buckingham en la puerta de la Prioría. Desde allí pasóse á la Casa de Campo, que fué primer sitio de desnuda inteligencia entre los dos grandes ministros de ambos Reinos; y de regreso, después de anochecido, el consejero inglés fué presentado con sus embajadores en la cámara real. Recibióles Felipe IV con gran agasajo, y, aunque mozo á la sazón de diez y seis años, hallábase rodeado, por más majestad, del venerable D. Juan Hurtado de Mendoza, duque del Infantado; del espléndido D. Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, duque de Rioseco y almirante de Castilla; de D. Diego Méndez de Haro, marqués del Carpio, de la egregia casa de los Guzmanes; de D. Jaime Manuel de Cárdenas, marqués de Belmonte, hermano del duque de Maqueda y persona de cuya virtud y experiencia hacía el rey mucha suposición; y, finalmente, de los condes de Alcaudete y Portalegre, D. Luis de Córdova y D. Juan de Silva, magnates de las altas casas de Sessa y de Híjar y gentileshombres de su servicio. No fué larga la visita, ni hubo en ella sino cumplimientos y plácemes. Dos veces mandó el rey á Buckingham que se cubriese, honor sólo concedido á los grandes del Reino. Rehusólo el magnate inglés por ofrenda de mayor acatamiento al monarca de Castilla, y al salir de la regia estancia acompañóle á su posada el Conde-Duque, con orden de besar la mano al Príncipe en nombre de S. M.

Entretanto, á pesar del secreto prometido, se había derramado profusamente por Madrid la peregrina nueva. Increíble parecía á los más entendidos, por hallarse fuera de discurso. Pero robustecía las señales de su evidencia la agitación que se notaba en las antecámaras de palacio, entre príncipes, magnates, frailes, consejeros y ministros. Los noticieros de San Felipe diéronse todo el día á atisbar menudamente cabildos y chichisveos. A cada instante, el Mentidero, las gradas y las casas de conversación se henchían con los rumores que, animando la curiosidad, agrandaban el camino del crédito. Súpose, en esto, que, á todo correr la posta, había llegado aquella mañana á Madrid un correo despachado en Londres por el embajador D. Carlos Coloma, avisando de la resolución del Príncipe y de su embarque en Portsmouth hacia la costa de Francia para dirigirse á España. Rugióse luego que á la puerta de la Embajada inglesa acababa de apearse larga cabalgata de más de ochenta caballeros ingleses de la cámara del Príncipe de Gales. A la oración de la tarde era notorio que el Consejo de Estado había celebrado prolongada sesión para deliberar sobre el recibimiento que convenía hacer al regio huésped; y cuando, á cosa de las Ánimas de la noche, se divulgó sin tapujos que la Corte disponía solemne salida al convento de los Agustinos Recoletos para el día siguiente, ya nadie pensó más que en las galas que habría de lucir, pues todos deseaban presentarse á conocer al Príncipe de la Gran Bretaña; con tanto más empeño, cuanto que era cosa resuelta conservaría el riguroso incógnito hasta su entrada pública en la corte.

Contribuyó á la celeridad con que se extendió la noticia de todas estas novedades, la publicación del pregón que se dió en los sitios de costumbre, por mandato del señor presidente de Castilla, que decía:

«*Pregon.*—Manda el rey nuestro señor que, no embargante las leyes y prematicas destos Reynos, y de las vltimamente promulgadas en razon de los trages, en significacion del contento de auer uenido á estos Reynos el señor Principe de Ga-

les, por el tiempo que estuuiesse en ellos, se suspenda, como desde luego se suspende, la execucion dellas, y se permite el vso de oro, plata, y sedas en telas, guarniciones, bordaduras de uestidos de hombres y mugeres, y en las libreas de las fiestas, y en las gualdrapas, y generalmente en todas cosas de trage: y que las mugeres pvedan lleuar en las lechuguillas, puños y mantos puntas y guarniciones, y los mercaderes uender y comprar libremente las cosas referidas, aunque no sean de quenta y ley, y los plateros, bordadores y passamaneros vsar libremente y sin limitacion svs oficios, como solian; quedando qvanto al vso de las valonas y cuellos en su fuerça para que se guarde puntualmente lo dispuesto por las dichas prematicas: con qve se permite que en las valonas y cuellos se pvedan traer puntas y azul, almidon y goma; con que el tamaño de los cuellos sea el contenido en la dicha prematica, que es el dozauo, sin entrar en la dicha medida las puntas, y con que no se pueda abrir con molde, todo lo qval se entiende por aora para en esta Corte. Mándase pregonar públicamente para que venga á noticia de todos.—Hernando de Villegas.»

Fué el domingo 19 de Marzo, fiesta eclesiástica de San José. Concurrió la corte toda por la mañana á asistir al rey en la capilla real, donde sostuvo Fray Juan de San Agustín el honor de la elocuencia sagrada. Pero cuando Madrid en masa se esmeró en ostentar el lujo y la grandeza que entonces daban universal reputación á la capital de esta vasta Monarquía, fué en la cabalgata de la tarde, «para asistir á la procesión de los niños»; pues la población entera de la heráldica villa bullía y se apiñaba en las afluencias de la carrera de antemano demarcada.

A las cuatro apareció el primer coche real á las puertas del alcázar. En él iba Felipe IV, llevando á su diestra á la reina Doña Isabel de Borbón, cuya proverbial hermosura hacía más interesante el adelantado embarazo en que se hallaba de la que fué infanta Doña Margarita. Al testero de esta espléndida carroza reclinaban los infantes, hermanos del rey: Doña María

de Austria, de diez y seis años de edad, prodigio de elegancia y hermosura; Don Carlos, cuya temprana muerte había de llorar en breve, con sentidos acentos, la inspirada musa del Fénix de los Ingenios, Frey Lope de Vega Carpio, y Don Fernando, aquel cardenal-infante de las guerras de Alemania y de los Países Bajos, que en Nordlinghen había de compartir gloriosamente con el rey de Hungría los laureles del triunfo sobre el gran duque Bernardo de Sajonia-Weimar y Gustavo de Horn, insignes generales de su siglo y corifeos de la Liga protestante. Otras cinco carrozas henchidas de damas, dueñas, meninas, mayordomos y grandes seguían al coche real, y en pos, dispersa en ancha banda y compactos pelotones, magnífica y numerosa comitiva de grandes, títulos y primogénitos, cada cual con su respectivo ejército de gentileshombres, pajes y lacayos bizarramente galoneados, y todos precedidos del lucido y gallardo valido de España, D. Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, como lo dibujó á caballo el pincel de Diego Velázquez de Silva, y á la sazón popularísimo en toda España, en la primera brillante llamarada de su luego versátil fortuna.

Dilatábase la carrera señalada por la calle Mayor, hasta la Huerta de Lerma, en los parques que hasta hace poco han sido ducal palacio de Medinaceli, y luego, subiendo por el Prado de San Fermín, hasta el convento de los Agustinos Recoletos. Toda se hallaba nutrida por la multitud; mas hacia la puerta de Guadalajara, casi al principio de la línea, era aún más extraordinario el apiñado concurso que allí se estrujaba, no sólo por lo principal del paraje, sino porque se sabía que en el coche *nuevo,* apostado del duque de Cea, D. Francisco Gómez de Sandoval, iba, bien que velado á media cortina, el príncipe inglés con sus embajadores, con el marqués de Flores Dávila, D. Pedro de Zúñiga, y con el conde de Gondomar. Desde aquel sitio, en efecto, Carlos Stuart vió por vez primera á toda la familia real de España, con quien cruzó expresivas cortesías de coche á coche, alzándose todos de sus asientos y quitándose los sombreros; escena que después se repitió junto á San Jeró-

nimo del Buen Retiro, pues acortando el de Gales la vía, cruzándola á toda rienda por los Caños del Peral, vino á ponerse á la cabeza del Prado por presenciar dos veces más el desfile de su amada. El regreso de Recoletos se verificó algo entrada la noche, y como al conde-duque se le ocurriera que se diesen hachas de cera encendidas al ejército inmenso de los pajes y lacayos, la exaltada imaginación de Carlos acabó de aturdirse ante aquella graciosa escena, que se le representó como la realización de un sueño de fantasía.

Aquella noche abrazáronse también el rey y el príncipe. Para preparar la entrevista, Olivares se presentó en la posada del britano á anunciarle la visita del rey Felipe. Resistiólo de todo punto el de Gales, y se convino en darse cita para el Prado á las diez de la noche. Ofrecióse entonces reparar en las personas que respectivamense llevarían, y como Carlos designase á muchos de los de su cámara, el conde-duque, con cortés galantería española, le interrumpió diciendo:—«*Muchos ingleses son para el desafío: y así, aunque es cierto que S. M. habia de venir con el duque del Infantado y D. Agustin Mexia, como es tarde, no será justo desacomodallos. Yo,* añadió seguidamente con viveza, *no me atrevo á que el rey venga sin españoles: vaya V. E. con sus dos embajadores, que el rey vendrá con el duque de Buckingham y conmigo, para que estemos tres á tres*». No menos atento se mostró Felipe IV con su egregio huésped. Cuando, al verle, le hubo abrazado, también áticamente le dijo: — «*Quejoso estoy de las finezas de V. A., y vengaréme cogiéndole en Londres tan desprevenido*». En aquella entrevista, el príncipe entregó al rey Felipe la carta á mano que traía de su padre el rey Jacobo. La del rey decía: «*Señor, mi hermano: por cosa muy nueva tendrá V. M. que yo le escriba. La ocasión hace al ladrón. Ahí envío á V. M. á mi hijo, príncipe jurado y rey de Escocia, para que V. M. haga de él lo que fuere servido, y lo mismo de mi persona y de mis reinos, que todo está á servicio de V. M.* Londres, 23 de Febrero de 1623.—*Señor, mi hermano.—Todo vuestro de corazón:*—JACOBO, REX.»

Ya el rey Felipe había leído la que el príncipe trajo para Gondomar, á quien el rey Jacobo escribió:—«*Ahí va ese enamorado: tenedme mucha cuenta de él, y lo que por él hiciereis lo haréis por mí*».—Baños de Velasco, en su *Sexta parte de la Historia Pontifical*, las incluyó ambas.

Al volver á palacio, y á pesar de la hora, el rey Felipe mandó expedir hasta 15 decretos que desde el día siguiente habían de empezar á tener ejecución. Al presidente de Castilla ordenaba «que, habiendo de hacer su entrada pública en su corte y alcázar el príncipe de Inglaterra el domingo 26, el rey disponía que los Consejos todos pasaran al convento de San Jerónimo, donde se hallaría aquel día, á hacer con él la misma ceremonia que con su persona se acostumbraba: á D. Agustín Mexía, el marqués de Montesclaros, el conde de Gondomar y don Fernando Girón, que el día 26, desde las primeras horas de la mañana, pasasen á acompañar y servir del mismo modo al príncipe en el referido convento; al conde de Gondomar, además, se le encomendaba hacer aderezar, desde luego, los aposentos de San Jerónimo, que estaban á su cargo, y para que previniera con oportunidad la comida del príncipe y sus agregados; al presidente del Consejo, que dispusiera prepararlo todo para que la entrada del príncipe revistiera la misma grandeza y solemnidad que cuando se verificaban las entradas de los reyes nuevos; al conde de Olivares, como caballerizo mayor de S. M., que ordenara en la Real caballeriza cuanto fuese necesario para el Príncipe de Gales, y nombrando á D. Francisco Zapata caballerizo del mismo, con mandamiento de ir inmediatamente á asistir á su cargo y á tomar las órdenes del duque de Buckingham. Para el aderezo de costas, sillas y otras cosas pertenecientes al servicio de equitación del príncipe inglés, se mandó al presidente del Consejo de Hacienda se pagasen al furrier de la caballeriza 4.000 ducados, cuya inversión se había de hacer con la intervención del marqués de Flores Dávila y del veedor de palacio. Al presidente de Castilla se le ordenó también que, con el objeto de

evitar ocasiones de pendencias y encuentros con los ingleses de la servidumbre del príncipe y sus acompañantes, se pregonase un bando para que nadie osase decirse palabras de que se pudieran ofender, y para que si alguno lo hiciese se le castigase con toda severidad. El conde de Alcaudete, D. Pedro Fernández de Córdova y Velasco, quedó encargado de proponer sin demora los tratamientos y cortesías de que recíprocamente habían de usar el Príncipe de Gales y los infantes don Fernando y D. Carlos, y al marqués de Montesclaros de que advirtiese al duque de Cea, D. Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, al marqués de Velada, D. Antonio Sancho Dávila, al conde de Tendilla, D. Íñigo López de Mendoza, al duque de Híjar, D. Rodrigo Sarmiento de Silva y Villandrando, y al almirante de Castilla, D. Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, viniesen aceleradamente á Madrid para regocijar la corte y festejar al Príncipe de Gales con carrozas, lanzas, rejones, comedias y toros y toda clase de entretenimientos, en los cuales habían de tomar parte por propia cuenta el corregidor y el Ayuntamiento de la capital. Para la asistencia personal del príncipe se dieron órdenes á D. Agustín Mexía, á D. Fernando Girón y al marqués de Montesclaros, los cuales, por riguroso turno, habían de visitar cada día dos veces al príncipe, una por la mañana y otra por la tarde. El conde de Olivares, don Gaspar de Guzmán, tomó sobre sí el encargo de encaminar á D. Cristóbal de Gaviria y á D. Gaspar de Bonifaz y á otros caballeros, para que, avistándose por su mandato con el duque de Buckingham, les expresase éste el gusto del príncipe respecto á los ejercicios de á caballo que eran más de su agrado. Por último, al conde de Monterrey, D. Manuel de Acevedo y Zúñiga, se le mandó que visitase con frecuencia al príncipe, proporcionándose ocasión de estrechar amistad con Buckingham, sirviéndose para esto de los convites frecuentes, de los paseos y jiras de caza, ó ya haciéndole comedias y otros festejos en su casa. Después de estos decretos se redactó la larga nómina de la servidumbre ordinaria que el príncipe había de

tener durante su estancia en Madrid, de los particulares relativos á la entrada solemne y de los alojamientos que se habían de dar á su numerosa comitiva.

Mientras que en palacio se disponían todas estas cosas, el príncipe y Buckingham, al retirarse del Prado á la casa de las siete chimeneas, hallaron constituído en ella á Luis Vergel, el famoso alguacil de corte de los epigramas de Villamediana, el cual, con otros amigos suyos, todos grandes bailarines, iban «para entretener al príncipe con un sarao». Todos estaban vestidos ricamente con trajes de tabí de oro. El príncipe se alegró mucho del agasajo; y después de haber danzado, haciendo muchas cabriolas en competencia unos con otros, se bailó con castañetas, siendo el fin y remate de la diversión, que duró toda la noche. El príncipe pidió comediantas, y algunas que fueron buscadas vinieron á pesar de la deshora; y en la embriaguez de aquel festejo, el vino y la cerveza corrieron en abundancia. Al llegar el día, el príncipe los despidió con muchos regalos; y Luis Vergel se pavoneaba luego con una cadena que el de Gales le mandó dar, de valor de 400 ducados de plata, y con otros diamantes y baratijas.

Mientras ocurrían todas estas cosas entre los príncipes y sus allegados, ¡cuánta diversidad de juicios atropellaba el vulgo! Todo el mundo creía que en tales empeños debía mediar una alta razón de Estado, y la sagaz astucia de los perspicaces, aunque ajenos á lo que se negociaba en las regiones más altas, en breve echó á volar por las plazas de la ociosidad el rumor de sus sospechas; y desde entonces, y partiendo del punto de simpatía que generalmente había inspirado la confiada nobleza del britano al venir á entregarse en brazos de la lealtad española, la plebe y la no plebe hicieron objeto de continua controversia si un príncipe hereje de Inglaterra podía santamente aspirar á la mano de una infanta católica de España.

V

Cuando la determinación del Príncipe de Gales fué comunicada desde Madrid á todas partes, no pudo menos «de llenar de cuidado á toda Europa», según la feliz expresión de nuestro Baños de Velasco. El embajador de la Señoría de Venecia en Inglaterra, Luis Valaresso, al día siguiente de la salida de los incógnitos de Londres, así se expresaba con los ministros del dux: «Este señor príncipe, en compañía del marqués de Buckingham y un solo criado, ha marchado ayer por la mañana por la posta; y atravesando el mar, tomará la vuelta de España, para donde antes salieron Cottington y Porter. Tanto tiene la noticia de increíble como de cierta; y á decir verdad, yo no la daba asenso la vez primera que se me comunicó. Un grande estupor se ha apoderado de los ánimos, pues ahora Inglaterra puede asegurarse que está en manos de España. El asunto ha sido manejado secretísimamente, sin dar participación alguna al mismo embajador de España. El consejo de este viaje ha sido del rey, el cual ha querido que su hijo le imite en lo que él hizo cuando fué á Dinamarca. Se ha hecho la más severa prohibición á los señores de esta corte para que ninguno siga al príncipe sin licencia de S. M., y se ha escrito á Holanda procurando apaciguar su mal humor cuando esta noticia llegue á su conocimiento y á la reina de Bohemia, lady Isabel, á quien serán devueltos sus Estados. Puede decirse que todas las correspondencias de Europa no quedan cifradas más que en este matrimonio y en la restitución del Palatinado» (1). El em-

(1) *Dispacci di Alvissi Valaresso.*—Archivio veneto-generale.—Senate III.—*Secreta.*—Nicolás Barozzi y Guillermo Berchet, en la Sección IV de *Le relazioni degli Ambassiadori veneziani nel secolo decimo settimo* (Venecia, 1863), correspondiente á Inglaterra, no han podido insertar la de Luis Valaresso al dux Antonio Priuli, por no encontrarse en los archivos de aquella Señoría. Valaresso desempeñó la embajada de Inglaterra desde 1621 hasta 1624, y su relación debía ser muy importante. Sin em-

bajador véneto tenía razón: era cierto que desde últimos de 1622, en Roma y Viena, en Francia y en Alemania, en Italia y en los Países Bajos no se hablaba sino de que el rey Felipe IV y el conde de Olivares habían dicho á sir Walter Aston y á sir Endymion Porter, hallándose de estación de verano en el Escorial, que en lo del Palatinado el rey de España ofrecía ayudar con sus armas al de Inglaterra contra el mismo emperador y la Liga católica, hecho que tenía alguna verdad; pues así Felipe III en sus últimos años, como Felipe IV, que acababa de ascender al trono, estaban muy ofendidos del Papa y del Emperador, ya por lo de la Valtelina, ya porque en la sucesión del Imperio se procuró dar preferencia á la Casa de Baviera sobre la del Austria, obrando con el palatino en términos que parecía que había propósito de engrandecer al bávaro á costa de los demás.

Las circunstancias más minuciosas de la salida de Londres y del viaje del Príncipe de Gales á Madrid fueron recogidas por el mismo conde-duque de Olivares, el cual hizo relación de todo al rey de su propia mano (1). Aunque por acción más ga-

---

bargo, á su autoridad recurrimos frecuentemente, porque si carecemos de aquel documento, hemos tenido á la vista los 140 despachos dirigidos á la Señoría en el tiempo de su misión diplomática. Es un curioso manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid (núm. 8.542), y antes perteneció á la librería del conde de Miranda. Nos complacemos en ser los primeros en darlo á conocer; pues ni en España, ni en Londres, ni en París ha sido conocido, y á él nos referimos cuando acudimos al testimonio de este embajador.

(1) *Relación de los primeros días después de la venida del Príncipe de Gales, hecha por el Conde-Duque.*—Biblioteca Nacional de Madrid.—*Mss.*—Número 9.405, fol. 170.—Otras muchas relaciones se escribieron para el rey y los infantes, unas que se publicaron y otras que quedaron manuscritas. D. Pedro Venegas de Granada, gentilhombre de la cámara de S. M., hizo una para la infanta D.ª María; D. Jerónimo Gascón de Torquemada, secretario de S. M., otra para el infante D. Carlos, y muchas para la publicidad Andrés Almansa de Mendoza, el fundador del periodismo en España, que se publicaron en Sevilla (por Francisco de Lira), en Valencia (por Miguel Sorolla) y en otras partes. Relaciones manuscritas de la llegada del príncipe quedan, aún inéditas, en la *Biblioteca Nacional*

llarda que cuerda la estimó este monarca, joven como el príncipe, de resuelto corazón y altos arranques, formó desde aquel momento el propósito de favorecer la noble empresa del britano. Como expresión de ello, desde luego dijo al ministro favorito:—«Cuanto el príncipe quiera, ha de concedérsele, según es la obligación en que nos ha puesto su venida» (1).

Es preciso entrar aquí bien en pormenores de cuanto en el asunto ocurrió después, pues siendo innegable la viva simpatía con que el rey Felipe y la opinión general de Madrid y de toda España acogió á aquel príncipe y sus proyectos; el gran asentimiento que en Inglaterra merecieron éstos y la infanta española hasta fuera del círculo de la corte del rey Jacobo, que los patrocinaba, para que España cometiera entonces el más grave de los grandes errores políticos de nuestra historia, vinieron á pesar sobre las determinaciones de su gobierno tres poderes extranjeros, cuya influencia fué la perdición de nuestra antigua preponderancia. Estos tres poderes fueron: Roma, con sus imposiciones intransigentes; el emperador, el duque de Baviera y la infanta gobernadora de los Estados de Flandes, con su aciaga política de familia, y Francia, con su astucia y sus intrigas, como opositora constante y tenaz de las ambiciones dominadoras, que nos hacía representar en Europa esa misma política desventurada de familia tan aciaga y tan resistente.

El embajador veneciano en Londres, Luis Valaresso, estaba bien informado. Cottington y Porter precedieron un día en su viaje al Príncipe de Gales y al duque de Buckingham, con voz de que llevaban despachos del rey Jacobo. El príncipe con su valido salió luego, el 28 de Febrero: el uno, como

---

de Madrid, núm. 9.087, fol. 245 vto.; núm. 9.405, fol. 185, y en la Sección de Varios.—Fondo de Felipe IV en folio.—P. 32 y P. 33.—En la *Academia de la Historia*.—Colección de Jesuítas.—Tomo 105, números 55 y 18; y en el *British Museum* (Kalendar: tom. j, pág. 484, y tom. iij, pág. 362.—Add. 28. 470).

(1) Andrés de Mena: *Discursos y relaciones*.—Mss. de la Biblioteca Nacional de Madrid.—Número 6.156.

que iba de caza á Theobalds; y el duque, á curarse á Chelsea. Para tomar el incógnito confluyeron en Newhall, posesión que recientemente había adquirido Buckingham en el condado de Essex. Allí se disfrazaron con los sobrenombres de John y Thomas Smith; pusiéronse barbas postizas, y con un criado fiel del duque, sir Richard Graham, marcharon á buscar en Dover á Cottington y Porter.

Al salir de Rochester estuvieron á punto de ser conocidos por el conde Tillières, embajador de Francia, cuya carroza encontraron en los alrededores de la ciudad, y al atravesar el Támesis por Gravesend, habiendo dado una moneda de oro al batelero que los condujo en su barca, los denunció al maire de Cantorbery creyendo que eran dos caballeros que iban desafiados. En Dover se embarcaron, después de algunas peripecias, en que los hicieron entretener las alegrías y las inclinaciones de la juventud de que iban poseídos. Hecho rumbo á las costas de Francia, arribaron á Boulogne, y desde allí se dirigieron á París, donde llegaron el 3 de Marzo. Era Carnaval, y la capital ardía en sus entonces bulliciosas fiestas. Para el día 5 se disponía en Palais Royal un gran baile alegórico, en el que había de tomar parte la joven reina, infanta de España, doña Ana de Austria. En este baile, Juno, rodeada de las divinidades del Olimpo, venía á humillarse ante María de Médicis, madre de Luis XIII, y de la reina Ana, su mujer. Juno las decía declamando:

Je ne suis plus cette Junon
Pleine de gloire et de renom:
Pour deux grandes Princesses
Je perd ma royauté.
L'une a fait le plus grand des rois;
L'autre le tient dessous ses lois.
Pour vous, grandes Princesses,
Je perd ma royauté.

En estas fiestas, á que los incógnitos viajeros hallaron medios de asistir sin descubrirse al embajador inglés, lord Herbert de Cherburg, se hallaba la princesa Enriqueta María, tercera

hija de Enrique IV, á la sazón de catorce años de edad. Sobre este hecho casual, que por entonces no preocupó lo más mínimo el ánimo de Carlos Stuart, la fantástica invención de los franceses ha tejido una novela romántica que carece de fundamento. A quien su curiosidad le llevó á conocer allí era á la hermana de su prometida, la reina Ana María de Austria. Así lo atestigua el mismo príncipe en carta escrita desde París á su padre el rey Jacobo; en la cual, después de la descripción de este baile, dice, hablando de las damas de la familia real, que entre ellas la reina Ana de Austria era la más bella, lo que le inspiró un deseo aún más vivo de conocer á su hermana (*«There danced the queen and madame, with as many as made up nincteem fair dancing ladies; amongst which the queen is the handsomest, which hath wrought in me a greater desire to see her sister»*) (1).

El 6 de Marzo tornó de nuevo el príncipe la posta para España, sin hallar impedimento alguno hasta Vitoria, en Alava, donde tuvo que dejar las joyas que traía, por las trabas de la Aduana. La esplendidez con que se hizo su camino por Castilla hasta Madrid fué muy ponderada entonces. A los pobres que le pedían limosna, en lugar de moneda de vellón dábales doblones de oro. En las posadas y hosterías pagaba repartiendo doblones en vez de reales. Al postillón que corrió con él hasta Madrid le regaló veinticinco doblones de á ocho. Se mostraba muy alegre y contento en las poblaciones, y reía de burlas de las malas camas, de las malas comidas, de los malos caminos y del general desaseo. Detrás de él salió de Londres para la capital de Francia James Hay, conde de Carlisle, comisionado por el rey Jacobo para sincerarse con Luis XIII

(1) Sir Henry Ellis (*Original letters illustrative of english History:* t. iij, pág. 121) rectifica el error cometido en este punto por el conde de Brienne (*Memoires de Brienne*, col. Petitot: t. XXXV, pág. 374), que fué el autor de la novela. El testimonio del príncipe es irrecusable, y arriba queda copiado original el texto de su carta. Véase, además, Goodmann's: *Court of King James:* t. ij, pág. 253.

por no haber roto el príncipe con él el incógnito ni dádose á conocer. Sin embargo, para esta expedición hubo de llevar orden expresa del rey, pues que, al dejar el príncipe las costas de Inglaterra, se dió orden prohibiendo la salida de otros buques en seis días, para que se ignorase en los reinos vecinos aquella determinación.

Después de las vistas de Felipe IV con el príncipe, su huésped, en el Prado, quedó á su arbitrio señalar día para la recepción solemne acordada en el Consejo, pues el de Gales esperaba la llegada de otros caballeros de su corte. En efecto, más de doscientos vinieron en los tres días sucesivos, y entretanto el mismo conde-duque, en persona, se entregó «á formar de su mano la planta del hospedaje y recibimiento del príncipe, con elección de los criados que habían de servirle; cosa ardua, porque la pretendían todos los caballeros y títulos de la real servidumbre». Gondomar, «á quien todo se debía», se mostraba tan solícito en amenizar la estancia de los britanos en Madrid, que el príncipe quiso pedir al rey gracia para el antiguo embajador, y aunque éste le contestó:—«Si V. A. no me da palabra de honor de no tratar de esto, me iré de la corte», Felipe IV, que tuvo conocimiento del caso, envió á advertir á su egregio huésped «le hiciese merced del Consejo de Estado», gracia que el de Gales agradeció tanto «como la mayor que se pudiese hacer á su mesma persona». Con todo, al expresar su agradecimiento al rey Felipe, le decía:—«¿Y cómo quiere V. M. meter un inglés en el mayor de sus Consejos?» Con esta merced, también se dió, por mano del príncipe de Inglaterra, la llave dorada al conde de Monterrey y el empleo de mayordomo mayor de la reina D.ª Isabel de Borbón á D. Pedro Venegas de Granada.

Como todos los grandes querían sin duelo obsequiar al britano, hubo que buscar el medio de proporcionar dinero á muchos, cuyas casas no se hallaban en completo desahogo: así al marqués de Velada se le adelantaron 25.000 ducados; 20.000 al duque de Cea; 18.000 al marqués del Carpio, y otros 18.000 después; al marqués de Alcañices 14.000, y otros 14.000 al de

Malagón; 15.000 al de Fromista; 8.000 al de Montesclaros; 6.000, respectivamente, al conde de Montalbán, al de Mejorada, al de la Puebla y al de Coruña; 4.000 al duque de Híjar, al conde de Puñonrostro, al de Villafranqueza y á D. Pedro de Porras Vozmediano; 3.000 á D. Antonio de Toledo, á don Francisco de Eraso, á D. Cristóbal de Porras y á D. Luis de Córdoba y Ponce de León, y 2.000 á D. Alonso de Toledo, D. Luis Ponce de León, D. Gonzalo de Monroy, D. Juan Enríquez y D. Alvaro Pérez de Guzmán. Además, al almirante de Castilla se le dió licencia para valerse de 13.499.492 maravedís, que pertenecían á la duquesa de Medina de Rioseco, su mujer, y después de ella á la casa, estado y mayorazgo del almirante, con obligación de volverlos al depósito donde estaban, en veinte años, pasados diez; al marqués de Fromista, para que dispusiera 18.000 reales de plata, poniendo luego en el depósito en que estaban 500 ducados cada año, pasados seis; al conde de Peñaflor, para disponer en igual forma de otros 3.000 ducados, y á otros magnates y caballeros, por análogo medio, otras cantidades de auxilio.

Con esto menudearon las fiestas privadas con las demás atenciones obsequiosas para entretener el tiempo hasta la entrada solemne; y porque el príncipe deseaba ver de nuevo á la familia de S. M., y sobre todo á la infanta D.ª María, el lunes 20 el conde-duque le llevó á casa del banquero genovés D. Juan Gaetano, frente al Salvador, esquina á la Plaza de la Villa, donde, aunque tras de celosía, pudo realizar su deseo. El martes fué á caza de volatería con el duque de Pastrana, cazador mayor de S. M., y á su vuelta le fué presentado Francisco López de Zárate, ingenio que en su siglo fué más conocido que premiado, el cual le recitó aquella composición en octavas reales que comienza:

> Digno blasón de amor, cuyo trofeo
> es más noble por ti, cuyo triunfante
> carro se adorna ya con tu deseo,
> enseñando al amor á ser amante...

y que escribió á instancias del conde de Gondomar; y cerca de la media noche volvió á recibir á Luis Vergel, «el mejor mozo de España», como los galanes de su mujer le llamaban, que le llevó gitanas y bailarinas de máscara que le entretuvieron hasta el amanecer con cantos, danzas y títeres. Así, de día con partidas de caza y jiras de campo con el rey, los infantes y los grandes, y de noche con bailes y entremeses de cuatro compañías de comedia que se trajeron á Madrid, pasóse la semana; en la cual, además de los decretos de suspensión de las pragmáticas de los trajes, se expidieron otros para suspender la Inquisición para los ingleses, y se pusieron en libertad por centenares los presos de las cárceles.

Aunque pudieran parecer excesivos tantos obsequios, en vista de estos agasajos, bien puede por ellos colegirse cuál, en el primer momento de la llegada del Príncipe de Gales, fué la disposición de ánimo del rey Felipe IV y de su ministro don Gaspar de Guzmán acerca de la pretensión que de manera tan romántica trajo de Londres el Príncipe de Gales á Madrid. Todas estas fiestas, sin embargo, palidecen ante la ostentación con que se hizo la entrada solemne en la corte y la instalación de Carlos Stuart en las habitaciones del real alcázar, que antes había ocupado el famoso ministro D. Baltasar de Zúñiga. Verificóse la entrada oficial el domingo 26 de Marzo. Se aderezaron y atajaron las calles, y se armaron cinco tablados para representaciones, músicas y bailes gratuitos y al aire libre en la Plaza de Palacio, en la del Salvador, á la boca de la calle de San Ginés, á la puerta del Buen Suceso, en la del Sol, y á la del hospital de los Italianos, en la Carrera de San Jerónimo. En estos diversos puntos trabajaron toda la tarde las compañías de Valdés, Vallejo, los Valencianos, Avendaño y Morales. En otros seis lugares convenientes se levantaron otros tantos tablados para atabales, trompetas y chirimías, destinados del mismo modo para alegrar al pueblo.

Como la comitiva había de salir del cuarto real de San Jerónimo, el conde de Gondomar lo decoró con suma grandeza

de tapicerías ricas, de cuadros de personas principales de Inglaterra, que se trajeron de los que Felipe II puso en el Pardo, y otros muchos de señores y consejeros de Estado, entre los que sobresalían muchos de señoras inglesas y flamencas, hallándose á la entrada, como para recibir al príncipe, los de Felipe II y la reina María Tudor. A los lados de la puerta se hallaban las cámaras para el Consejo de Estado y las damas de la real servidumbre, y en la destinada al príncipe, por si quería descansar, se colocó una magnífica cama de tapicería que había pertenecido al duque de Lerma, ministro de Felipe III. Su hijo, del mismo título, fué el encargado de la colación, para la que las cocinas del real monasterio enviaron además ocho platos espléndidos y admirablemente aderezados. A la mesa del Príncipe de Gales asistieron aquel día el duque de Buckingham, el marqués de Montesclaros, el conde de Bristol y su hijo, sir Francis Cottington y su hijo, D. Fernando Girón, D. Agustín Mexía, el conde de Gondomar y su hijo, D. García Sarmiento y sir Endymion Porter. Tres veces se cubrió la mesa de manjares suculentos, y los brindis entusiastas correspondieron á la ocasión y al objeto.

Terminada la comida, llegaron las guardias española y alemana. Era de la primera capitán D. Fernando Verdugo, y vestía bizarramente de leonado y oro. A la segunda la mandaba el marqués de Rentín, y llevaba el traje verde con los bordados de plata. Inmediatamente inundaron el local al besamanos los Consejos, con su infinito acompañamiento de alguaciles, escribanos, relatores, fiscales, alcaldes y consejeros, y el presidente de Castilla con su ropón de terciopelo liso. Vino el inquisidor general con todo el personal del Santo Oficio; sucediéronle en la ceremonia el Consejo real, el de Aragón, el de Indias, el de Ordenes y el de Hacienda. Entró en pos la Villa con veintidós alguaciles á caballo, cuatro maceros, tres escribanos, treinta y seis regidores y el corregidor D. Juan de Castro y Castilla; los últimos con sus ropones rozagantes de brocado blanco guarnecidos de oro, forros de tela carmesí, cal-

zas y cueros blancos de oro, jubones de tela rica blanca, media carmesí, zapatos de terciopelo y gorra con pluma. Por último, llegó S. M. en coche cubierto, y bajó al patio á recibirle el príncipe. Hizo luego la entrada la guardia, así como los grandes y caballeros; en seguida los oficiales mayores y menores de la caballeriza, á pie, y luego los pajes y caballerizos. Los caballos del rey y del príncipe estaban aderezados regiamente: el del rey de noguerado y oro, y el del príncipe de rosa seca, y en la misma forma los de Olivares y Buckingham.

Así que se puso la comitiva en marcha, el rey dió al príncipe de la Gran Bretaña la mano derecha. Al emparejar con la huerta de Lerma, salió de nuevo la Villa á recibirlos bajo palio de brocado blanco, entre los acordes de bien adiestrada variedad de finos instrumentos. No recordaban los vivientes haber visto en España mayor esplendidez, lujo y riqueza que las de aquel brillante espectáculo. En pos de la atabalería y de los alcaldes de casa y corte, de cuatro en cuatro y de seis en seis venían los caballeros de hábito, los señores de título y los primogénitos de los grandes. Precedidos de cuatro maceros les seguían otros veinte grandes de España, y en pos cuatro reyes de armas, con sus cotas, todos los oficiales de la caballeriza, el marqués del Carpio como caballerizo mayor de Su Majestad, y el marqués de Belmonte como caballerizo mayor del príncipe. Seguía la Villa con el palio, y debajo Felipe IV, vestido de noguerado, cubierto de bordadura de oro todo el campo, llevando á la derecha al príncipe Carlos, vestido de rosa seca, y pendiente de una cinta azul la insignia de la Jarretera. Olivares y Buckingham, el Consejo de Estado en masa, los embajadores de Inglaterra, los gentileshombres de la cámara, la guardia de á caballo y los coches del rey y de los señores, en fila interminable, cerraban la lujosa comitiva.

Dos horas tardó en llegar á palacio, en donde seguidamente fueron el rey y el príncipe á besar la mano á la reina. Bajando de la tarima, salió la reina Isabel hasta la puerta de la cámara, y después de las cortesías los tres príncipes sentá-

ronse bajo el dosel. Allí permanecieron como un cuarto de hora, y terminadas las ceremonias, el príncipe, acompañado del rey, retiróse á su aposento. A la puerta trocó Felipe IV el puesto, y tomando al príncipe la mano derecha, le dijo:—«¡Ea! Ya está V. A. en su casa: yo soy el huésped agora».—A la escalera salieron SS. AA. á recibir al inglés, y entonces por vez primera tuvo éste el gusto de hablar media hora seguida con la infanta su prometida. Como era anochecido, todo Madrid puso luminarias en las ventanas y balcones, y este obsequio se repitió por tres noches. Durante el largo trayecto, varias veces el rey y el príncipe quitáronse los sombreros: primeramente á las esposas de los embajadores de Inglaterra, junto al Espíritu Santo; luego á la condesa de Gondomar y señoras que con ella estaban, en la calle Mayor; y por último, á la reina, á la infanta María y á sus damas, junto á la Armería Real. Al llegar á palacio, los archeros dispararon las pistolas.

También Gondomar con Olivares se había encargado de dirigir el adorno de las habitaciones para el de Gales y su ministro en el regio alcázar. La primera pieza estaba tapizada de blanco; la segunda con la tapicería llamada *Los triunfos de Petrarca;* la tercera con la de *Los dioses de la gentilidad* y el dosel de *Faeton*, de tapicería rica de oro, y por cielo *El robo de Ganimedes;* la cuarta con la tapicería de *Noé* y el dosel de *La Fama*. El dormitorio se hallaba cubierto con la tapicería de *Los pecados mortales*. La cama era de brocado carmesí de tresaltos, con cenefas, cielo y masteletes recubiertos de terciopelo bordado de oro de realce. Otras tres piezas de riquísimas tapicerías se destinaron á Buckingham, y cama de rosa seca embutida de ámbar.

Luego que los egregios huéspedes estuvieron alojados en su aposento, la reina mandó al príncipe un azafate de oro, de peso de trescientos escudos y dos de hechura, y en él ropa de levantar; un escritorio de tortuga, con aldabas, bisagras y clavazón de oro; y en cuatro cajones, pastillas, bolsas, juguetes y pedazos de ámbar de excesivo tamaño; además, dos cofres

grandes barreteados de oro, y aldabas, bisagras y guarnición de lo mismo, el uno con ropa blanca, y el otro con ciento cincuenta cueros de ámbar, cien pares de guantes, cien faltriqueras y otras cosas de uso común y frecuente. También el conde de Gondomar envió al príncipe cuatro fuentes de guantes, bolsas, faltriqueras, pastillas y alcorzas; la condesa de Olivares, D.ª Inés de Zúñiga, cuatro cofres de ropa blanca, terciopelos y terlices carmesíes, y un escritorio muy rico de cosas de olor. Por último, el duque de Cea mandó al príncipe de regalo el coche nuevo en que el día 19 vió por vez primera á la infanta, y una cama de valor de 4.000 escudos.

Desde el siguiente día comenzó el servicio de la casa que el rey montó al britano. Fué su mayordomo mayor el duque del Infantado, y mayordomos el conde de Gondomar y el conde de la Puebla de Llerena; caballerizo mayor el marqués de Belmonte, y doce gentileshombres de boca, titulados, para el servicio. Se le situaron veinte mil escudos para su gasto cada mes, y mandóse que en las comidas se sirvieran veinte platos al príncipe, veinte á su valido, treinta y seis á su estado y veintiséis á los ayudas. S. M. le envió tres llaves doradas: la maestra para sí y las otras para Buckingham y Bristol. Para tomar posesión de su mayordomía el duque del Infantado hizo la entrada á visitar al príncipe con todos los de la casa de Mendoza: iban dos grandes de España, tres primogénitos de grandes y veinte títulos. Un consejero de Estado, por turno, concurría cada día á ver al príncipe y quedaba á comer con Buckingham. Los grandes, los consejos y los señores recibieron del mismo modo orden de pasar á cumplimentarle. El obispo de Segovia, como presidente del de Flandes, fué el primero, y su acompañamiento no fué inferior al que llevó el duque del Infantado. En veinticuatro carrozas acompañaron sus deudos al regio alcázar al duque de Cea. Fueron con el conde de Benavente al besamanos tres grandes de su familia y cuatro primogénitos, y durante la ceremonia sirvió la toalla el duque de Híjar. El almirante y el condestable de Castilla an-

duvieron en competencia en el esplendor de su visita, y el arzobispo de Evora mostró la gran calidad de su casa, de la sangre real de Portugal. Por último, el sábado, 1.° de Abril, pasó públicamente á visitar al Príncipe de Gales el cardenal Spínola; hizo una entrada como no se había visto en el discurso de la vida, y toda la corte y el pueblo dieron gran importancia á aquel suceso.

Tras de las cortesías vinieron los festejos. En los primeros días, después de su instalación en Palacio, gustaba el príncipe salir al parque con Buckingham, Olivares y Pastrana á correr lanzas y á jugar sortijas y estafermos. Por la noche se les plantaban delante de sus balcones en el regio alcázar curiosos artificios de fuegos y diversiones. Fué la primera invención que se le hizo *La ciudad de Troya,* de ciento veinte varas castellanas de circuito y doce de altura. Estaba almenada de fuego con bombas, girándulas y ruedas. Vinieron los griegos con el *Palladium,* de tanta grandeza que superaba los muros; y el fuego fué tan nutrido, que asemejaba un gran incendio y los truenos una horrorosa tempestad. Otras noches se imitaba una montaña de fuego y una gran montería, y al ruido de los petardos salían vivos toros, jabalíes, caballos, corzos, cabras y perros, con grande alegría y algazara de la muchedumbre.

Con las fiestas populares alternaban los banquetes aristocráticos. Dió el primero el conde de Monterrey, en su propia casa, adornada toda de tapicerías flamencas y de pinturas italianas, como de quien mandó en Nápoles y allí refinó el gusto de las artes. Tenía dispuestos cinco aparadores, unos con vajilla de oro y de cristal, vidrio y búcaro, otros con cántaros, bacías y cantimploras de plata. Aderezó la mesa Hernando Espejo, caballerizo de la reina. Templado estaba éste á la grandeza del cardenal duque de Lerma, á quien antes había servido, y así la tenía cubierta de extraña variedad de platos exquisitos. Con todo, aliñáronse y sirviéronse además sesenta platones dobles de pescado, de tanto mayor regalo cuanto más lejos del mar sirvióse á tiempo. No era costumbre de España

que á casa de los vasallos asistieran entonces los reyes: así el honor de la fiesta fué para el duque de Buckingham y el conde de Bristol, y los lores y magnates que vinieron para estar aquí dando brillo y autoridad á su príncipe, mientras el de Gales con el rey y los infantes se fueron al campo. La tarde en casa de Monterrey, después de la comida, se pasó buena, pues hubo cuatro coros de música de excelentísimas voces, lo mejor de la corte y aun del reino, en cuya distracción discurrió el tiempo, hasta que Olivares llegó aprisa á llevarse la gente á Palacio por la llegada del condestable de Inglaterra.

Con este motivo volvieron á agitarse las negociaciones políticas. El príncipe escribió al rey Jacobo con menuda relación de los obsequios recibidos; al Santo Padre, Gregorio XV, el rey Felipe IV; Olivares al cardenal Ludovici, nepote del Papa, y para llevar estas cartas á Roma se nombró embajador extraordinario al duque de Pastrana, quien sin pérdida de momento salió para su destino, acompañado de fray Diego López, agustino, electo arzobispo de Otranto. A los prelados, á los cabildos y á los priores de las órdenes monásticas se dirigió también Felipe IV, con carta de ruego y encargo para que encomendasen en sus oraciones á la mejor inspiración del cielo los negocios á que daba ocasión la inesperada venida á España del serenísimo Príncipe de Gales, hijo único varón del rey de la Gran Bretaña, el cual desde que fué visto y conocido se conquistó las simpatías más ardientes de todo el pueblo y de todas las clases en la corte. Al cardenal de Toledo, el infante D. Fernando, á los grandes del reino, á los presidentes de los Consejos, á las chancillerías, á los reinos y ciudades con voto en Cortes, se les participó del mismo modo el gran suceso; y el rey y la infanta, y Olivares y el príncipe, y Buckingham y Gondomar, comenzaron á tratar entre sí y con Roma, Viena y Londres, el arduo negocio, inclinado el monarca español con vehementes deseos á que la alianza de sangre y de política entre España é Inglaterra consumara victoriosamente

los anhelos de sus gloriosos abuelos Fernando V de Aragón, Carlos V el Emperador y Felipe II.

Todo cuanto al príncipe atañía estaba previsto y resuelto esmeradísimamente; sólo una cosa se notaba. Fuese omisión casual ó voluntaria, en Palacio no se había preparado nada, ni lugar siquiera para que el príncipe pudiera cumplir con sus ritos religiosos. El príncipe disimuladamente escapaba á casa del embajador lord Digby, que para su servicio evangélico tenía en Madrid al doctor Mayre, á Sandford, canónigo de Cantorbery, y á Trewin, lector que llegó á ser de Teología en el Colegio de Santa María de la Magdalena de Oxford. En cuanto al otro embajador inglés, sir Walter Aston, con su mujer y sus hijos, y el adjunto sir Francis Cottington, todos se hicieron católicos en el colegio inglés de la Compañía de Jesús, que había en Madrid, en los primeros días de la llegada del príncipe. Mistress Aston se lisonjeaba de haber contribuído en Inglaterra á más de cuatrocientas conversiones, según una carta del corregidor de Valladolid al presidente de Castilla, D. Juan Queipo de Llano, que se conserva en la Real Academia de la Historia *(Jesuítas,* tomo iij, fol. 129). Bien es verdad que, al decir de los embajadores vénetos, durante el tiempo en que se esperó en Londres que los matrimonios con España tuvieran el apetecido éxito, se declararon católicos en la capital del Reino Unido sobre veinte mil familias. ¿Qué hubiera sido, bajo este punto de vista, si el matrimonio se hubiera llegado á realizar?

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

RECUERDOS

Avanzaba la primavera de 1868, y el director de la Escuela de Caminos me propuso para una comisión en París durante los meses de verano.

La Dirección de Obras públicas y los jefes del Cuerpo querían mostrarse amables conmigo, en compensación del doble sacrificio que me habían impuesto al no permitirme abandonar el Cuerpo para dedicarme á la enseñanza particular de las matemáticas, y al negarme licencia cuando D. José Salamanca me quiso llevar para la construcción de los ferrocarriles de Italia.

Sin duda pensaban: ya que hace falta en la Escuela de Caminos y que le condenamos á trabajos forzados en la enseñanza, procuraremos endulzarle la pena y el sacrificio.

Yo agradecía la intención, y continúo agradeciéndola; pero la compensación no existía, porque la enseñanza particular de las matemáticas me hubiera proporcionado algunos millones de reales en ocho ó diez años, con lo cual á los cuarenta años había resuelto el problema económico para toda la vida: hubiera podido dedicarme tranquilamente á las matemáticas, que eran mi afición decidida, y por mi cuenta hubiera podido hacer viajes al extranjero á mi gusto, á mi satisfacción y en plena libertad.

Pero el Estado y sus dignos representantes, aun cuando quieren ser benévolos, son tiranos.

En fin, ya pasó todo aquello; mi vida fué por otros cauces; no me queda ni malquerencia ni enojo contra los que creían

cumplir su deber al recluirme en la Escuela de Caminos, y sólo me queda un recuerdo de gratitud por la protección que á su manera me dispensaban.

De todas maneras, y desde el punto de vista económico, estas comisiones constituían un gasto para mí; porque como iba siempre con mi mujer, las indemnizaciones, que no eran muy espléndidas para uno, eran insuficientes para dos, y siempre se mermaban mis ahorros: ahorros bien modestos, á saber, unos treinta y tantos mil reales colocados en la Caja de Depósitos; y gracias á que en aquel año había tenido un pequeño suplemento de ingresos por un informe sobre aguas que tuve que dar con motivo del abastecimiento de Jerez.

Me preparé con tiempo para mi viaje á París, que era, si mal no recuerdo, el tercero que hacía.

El primero fué el año de eclipse total, es decir, el 60.

El segundo fué el año 62, ó sea el de la Exposición Universal de Londres.

Y creo que ya no volví hasta el año 68.

Pero mis alegrías de viajero se entristecieron grandemente desde los comienzos.

Mi padre no estaba bueno.

Dos ó tres años antes, en un día de invierno y después de una extraordinaria nevada, se empeñó en salir porque tenía un enfermo de mucha gravedad, y como no circulaban coches salió á pie, dió una caída, y yo creo que aquella caída fué su muerte, porque debió sufrir una gran conmoción cerebral.

No se resintió al pronto; pero se entristeció su carácter, quedaba silencioso horas y horas, y, á no dudarlo, él, que era gran observador, algo debía sentir y algo debía observar que hondamente le preocupaba.

Un año después, y por el mismo tiempo en que había dado la caída, yendo por la calle á sus visitas experimentó un ligero vahido, se apoyó en la pared, y el vahido pasó brevemente. Después fué, según costumbre, á la peluquería.

Al sentarse y mirar al espejo que tenía delante, vió que su boca estaba ligeramente torcida.

Todo esto nos lo contó algún tiempo más tarde. Y el pobre, desde aquel instante, dictó su sentencia de muerte.

Sus sentencias eran inapelables: ni para sí ni para los demás se equivocó nunca.

Su experiencia era inmensa: como que á los catorce años había entrado en el Hospital General, según he referido en otra ocasión.

Era un hombre de ciencia teórica, conocía toda la de su época, y estaba al corriente del movimiento en el extranjero; y para complemento, su práctica era una práctica de más de cincuenta años.

Cuando él decía «este enfermo no se muere», no se moría; así sucedió con el cura de San Bartolomé, de Murcia, á quien todos daban por tísico en tercer grado, como entonces se decía, y que mi padre curó en un par de meses.

Así sucedió con una parienta nuestra, que parecía estar completamente buena, y de quien dijo:—Dentro de dos años se muere, y se muere de tal modo;—y así murió.

Eso pensó sin duda de sí mismo en la triste ocasión á que me refiero.

Volvió á casa, pidió un vaso de agua, intentó beber y no pudo: tenía una ligera parálisis en la laringe.

Desapareció en pocos meses aquella molestia, pero la sentencia estaba dictada.

Hizo su vida de siempre: sus clases, sus enfermos, sus lecturas por la noche; pero cada vez más triste y más silencioso.

Así transcurrió un año ó algo más; y precisamente á fines de la primavera del 68, cuando yo estaba preparando mi viaje, sintió un ligero entorpecimiento en una pierna, y dijeron los médicos lo que se dice en estos casos:—Un poco de reuma, eso no es nada; debe usted ir este verano á Alhama, á Fitero, á algunos baños calientes.

—Eso no es nada—repetíamos todos, sin creerlo, por lo menos yo.

Y él sonreía, diciendo:

—Es la *tercera advertencia.*

Estábamos en la época napoleónica, y era una frase corriente: cuando Napoleón III quería suprimir un periódico, le dirigía la primera, la segunda y la tercera advertencia; la tercera era la supresión del periódico; por eso decía mi padre: es la tercera advertencia.

Por no alarmarnos, y para que yo no suspendiese mi viaje, no daba importancia á aquella pequeña dolencia.—Sí, tendrán razón, un poco de reuma—repetía sin creerlo. Y al principio salía como siempre, y hacía su vida ordinaria.

Después de marcharme yo al extranjero, creo que desde el día siguiente, ya no salió más.

Yo tenía tristes presentimientos; de suerte que aquel viaje no fué muy alegre para mí, y lo hice más lentamente que de costumbre: me detuve en Valladolid, en Burgos, en San Sebastián y en Burdeos, para recibir carta más pronto y recibirla á diario.

Y recibía carta, naturalmente tranquilizadora, aunque no había motivo para ello; en que me decían que estaba preparándose para ir á los baños en compañía de mi hermano Miguel.

En esta disposición de ánimo llegué á París, en donde estuve Julio y Agosto.

¿Qué comisión llevaba?

Ya no me acuerdo.

¿Qué me ocurrió de particular durante esos dos meses?

Tampoco me acuerdo.

No tenía más que una preocupación. Recibir carta de España. Y la recibía casi á diario; y mi hermano me escribió desde los baños cartas muy alegres, muy despreocupadas, asegurándome que mi padre estaba mucho mejor.

Yo nada creía: lo veía todo negro; ni él lo creía tampoco, como sucede en tales casos: todos queríamos engañarnos.

La edad de mi padre no era muy avanzada; tendría sesenta y dos ó sesenta y cuatro años; su salud había sido siempre buena: la esperanza era natural; pero yo, que para todo lo demás soy optimista, soy pesimista en alto grado para las enfermedades.

De todas maneras, no era cosa de entristecer á mi padre y á mi hermano, y les escribía también cartas muy regocijadas hablándoles de París y diciéndoles que me divertía mucho: hasta creo que le escribí una carta en verso á mi hermano.

Todo pura comedia.

Procurábamos engañarnos á nosotros mismos, y no hay comedia más triste que aquella en cuyo fondo hay un drama.

De todas maneras, como la enfermedad de mi padre parecía estacionaria y por el pronto no tomaba caracteres agudos, yo continué en París los meses de Julio y Agosto cumpliendo mi comisión, que, vuelvo á repetir, no recuerdo cuál era; y sin divertirme como otras veces en aquella ciudad maravillosa, única en el mundo para toda clase de estudios, enseñanzas, goces y emociones.

No, esta vez no gocé en París: la alegría no la encuentra uno fuera; la lleva dentro de sí mismo.

De suerte que yo no recuerdo de aquel viaje á la gran metrópoli más que dos circunstancias, y ambas repulsivas, siniestras, y casi me atrevería á decir macabras.

La primera fué mi visita á las alcantarillas, ó mejor dicho, á los grandes colectores, que son grandes canales subterráneos. Fuimos una porción de españoles y algunas señoras, porque nos aseguraron que era una visita curiosa, que no tenía nada de repugnante, y que, por de contado, no había peligro alguno.

En efecto: fuimos en una gran barcaza navegando á lo largo de un par de kilómetros.

Realmente, en todo ello nada había de curioso, aunque la curiosidad era grande, ó mejor dicho, la limpieza.

Las señoras vestían trajes claros de verano, y sin embargo,

al salir á la superficie de la calle y cruzar el boulevard, nadie hubiera sospechado que salíamos de una alcantarilla.

En suma: me alegré haber hecho este pequeño viaje, que no fué molesto ni siquiera por el mal olor.

La segunda visita fué á las catacumbas.

Las catacumbas de París constituyen, en rigor, un París subterráneo, el París de las sombras, tan inmenso como el París de la luz.

Una red interminable de calles ó galerías, con sus encrucijadas, sus extensas arterias, sus callejas y plazas.

Las arterias principales tienen gran anchura, y á un lado y otro, de trecho en trecho, hay fuertes macizos de tierra que sostienen la parte superior del terreno: algo así como una calle de Rívoli, tosca y siniestra y hundida en las sombras.

Formábamos los visitantes varios grupos, y á cada uno acompañaba un guía con su correspondiente farol; en la parte alta de la bóveda habían trazado una gran línea negra y gruesa, con flechas de trecho en trecho, para indicar el sentido en que debía marcharse.

Según se afirma, estas catacumbas son el resultado del trabajo de excavación de muchos siglos.

A medida que crecía París, para las argamasas y los morteros de las construcciones que se iban elevando en la superficie del suelo, se socavaba el subsuelo como mina inagotable de arena, piedra y materiales de construcción.

Puede decirse que una gran parte de París ha brotado de las profundidades de su formación geológica, que, harta ya sin duda de tinieblas, subió á buscar el aire y el sol, cristalizando en edificios de todas clases, desde la humilde casa del burgués hasta los grandes palacios y admirables monumentos que hoy asombran al mundo.

La tierra, que se echa fuera de sí misma buscando la luz, la vida y la alegría; y allá abajo quedan las catacumbas para los tristes, los afligidos, y al fin para los muertos.

Y esto último no es una imagen, es una realidad.

A medida que á través de los siglos se iba ensanchando París, la nueva población iba desbordándose sobre los antiguos cementerios, y los muertos estorbaban á los vivos, y los vivos les expulsaban de sus nichos y de sus fosas.

Pero ¿qué hacer de tantos restos humanos, de tantas antiguas generaciones convertidas en esqueletos ó en osamentas dispersas?

La solución era fácil.

Los vivos, á la luz, al nuevo París, á sus multiplicadas zonas de ensanche. Los muertos, á las catacumbas.

Y á medida que la población llegaba á los cementerios, las viejas osamentas bajaban á las galerías de las catacumbas.

Pero los franceses son eminentemente artistas, aman la decoración, procuran embellecer lo más siniestro, buscan la armonía estética, aun para las osamentas humanas; así es que las grandes galerías de las catacumbas de que antes hablaba presentan en lo posible un aspecto artístico, pero de arte macabro; entre pilar y pilar, rellenando el hueco de la arcada, se han construído muros singulares, extraños, fantásticos.

De igual suerte que se construyen muros con diferentes materiales para la distribución arquitectónica de las masas, material menudo de ladrillo ó de mampostería y grandes fajas de sillería encima, y otro gran paño de material menos noble y nueva faja de sillares, y así todo el muro, dividido en grupos y en paños, así los muros de las grandes avenidas en este París subterráneo están formados de diferentes clases de huesos.

Los grandes huesos de la cadera, las cabezas del fémur, se han colocado ordenadamente, como piezas de un muro de mampostería, y encima, enrasando horizontalmente la línea, una, dos ó más filas de calaveras á modo de sillares: es el material más noble de la osamenta.

Sobre estas filas de cráneos viene otra vez el material menudo, los huesos de la parte inferior de las piernas, presentando el nudo de la rodilla, y todavía encima, para un nuevo enrase, nuevas filas de calaveras.

De este modo el muro de huesos humanos llega á mucha altura, pero sin rellenar el hueco de la arcada.

Detrás, en masas enormes, se han hacinado los desperdicios de las osamentas: costillas, vértebras, pedazos de huesos que no eran utilizables para la decoración, los esqueletos triturados por el tiempo, las últimas virutas de armazones que fueron seres vivos en otros siglos.

Y el viaje por estas galerías era penoso, angustiosísimo; marchábamos entre cráneos en fila, que parecían salir de las sombras y asomarse para vernos pasar.

Y de trecho en trecho, las desembocaduras de otras calles y otras callejas, cerradas por cadenas para que nadie pasase, porque el desdichado que hubiera penetrado en aquel laberinto de esqueletos jamás hubiera vuelto á la luz: hubiera sido otro esqueleto más en aquella siniestra mansión de la muerte; no de la muerte de hoy, sino de la muerte de muchos siglos, que se iba deshaciendo en polvo.

Y el que se atrevía á asomarse para ver lo que había detrás de aquellos muros veía entre sombras hacinamiento informe de costillas y vértebras.

Y así seguimos recorriendo aquella ciudad en la cual no piensan los que viven encima de ella, con sus alegrías absurdas, sus tristezas insensatas, sus esperanzas, jirones colgados de una osamenta, y sus ambiciones, que acabarán en las catacumbas, completando una fila de cráneos en la ornamentación de aquellos muros terribles, grotescos y repugnantes.

Todos íbamos silenciosos y preocupados.

Las señoras querían salir pronto de aquellas tumbas sin majestad ni poesía.

Todos pensábamos que había mal olor, olor de podredumbre lenta, y apretábamos el paso; pero los malditos guías, con su farol, marchaban lentamente, como recreándose en nuestros sufrimientos.

Y ninguno se atrevía á separarse del guía: la impresión era de horror y hasta de miedo.

Si nos quedábamos un poco atrás, echábamos á correr para alcanzar al hombre del farol, no fuera á dar la vuelta por alguna de aquellas calles, y le perdiéramos de vista.

A cada momento levantábamos la mirada hacia el techo para ver si caminábamos como era debido en la dirección de las flechas, y las señoras preguntaban con angustia á cada momento:

—¿Falta mucho? ¿saldremos pronto? Basta ya; ya está visto: todo es igual.

Yo me acerqué un momento para observar las filas de calaveras que formaban las grandes hiladas arquitectónicas de aquellos muros sepulcrales, y vi en uno de los cráneos un agujero redondo, perfectamente redondo, que yo me figuré ser del tamaño de una bala: acaso era que la polilla empezaba á devorar el cráneo; pero ¿quién sabe si el sér humano á quien había pertenecido aquel cráneo habría recibido muerte violenta?

Acaso murió en la Saint-Barthelemy.

¿Cuál sería la historia de aquel sér? ¿Qué pensamientos hubo dentro de aquel cráneo? ¿Por qué no se asomaban por la ventanita redonda para contarme su historia?

Y observaba una y otra calavera, y á todas las interrogaba con el pensamiento.

¡Pero había tántas! Centenares; mejor dicho, miles: unos eran cráneos nobles; otros, cráneos bestiales; en las hiladas menos solemnes había cráneos de niños.

No, no podía detenerme mucho, porque el hombre del farol se alejaba, y me parecía que por las callejas iban á salir, á medio armar, los restos de los esqueletos hacinados, para detenerme y que no alcanzase la luz del día.

No me sentía bien. Una inmensa curiosidad, eso sí; un goce siniestro por ver lo que ya no había de ver nunca; pero horror y repugnancia al mismo tiempo.

Me dolía la cabeza, cosa extraña en mí, y pensaba instintivamente: También habrán sentido dolor esos cráneos dentro de su hueco. Ahora no sienten nada.

Una calavera rellena de sombras no tiene pensamiento, pero tampoco tiene dolores. La sombra negra no duele.

¡Cuánto tardábamos en salir!

Las señoras tenían razón: ¿para qué más?

Ya no éramos curiosos, ni turistas, ni extranjeros que desean visitar las catacumbas de París: éramos ejército de vivos que se siente perseguido por un ejército de muertos, y que temen que les alcancen ó que les corten la retirada.

En retirada íbamos, y muy aprisa, apelotonados alrededor de los hombres de los faroles, y preguntando con mal disimulada angustia:

—¿Falta mucho? ¿falta mucho?

En fin, todo se acaba en la vida, y al cabo divisamos á lo lejos de la galería un círculo de luz en el techo.

Era la boca de la salida, la de aquel inmenso cementerio que imitaba grotescamente los primores arquitectónicos de los que viven á la luz del sol.

Llegamos al pie de la escalera; subimos apresuradamente, y al fin vimos la luz.

Todos respiramos como debió de respirar Lázaro al salir de su sepulcro, y, sin despedirnos unos de otros, nos fuimos en diferentes direcciones.

Yo me fuí con mi mujer, buscando un coche para volver al hotel.

Pero no encontrábamos coche; el calor era sofocante, el sol nos abrasaba y estábamos rendidos.

Algunos años después, yo hubiera dicho: al fin, escapamos del *seno de la muerte*.

Pero *En el seno de la muerte* vagaba aún en las profundidades de la nada.

Nos sentamos á la puerta de un café, para descansar y para beber algo.

Yo sentía tan secas las fauces como secas debían estar las de todas aquellas calaveras que habíamos dejado en los siniestros laberintos de las catacumbas.

La imagen horrible aún me perseguía. La tenía ante mis ojos.

Treinta y ocho años han pasado, y aún la veo.

Por el boulevard cruzaba mucha gente, llena de vida, de pasiones, de tristezas y de esperanzas.

Y á mí se me ocurría preguntarles: —Pero ¿adónde van ustedes tan aprisa? ¿Qué insensatez es la de ustedes? ¿No ven que les están esperando ahí abajo?

Todos aquellos seres humanos me parecían grotescos y ridículos, y además impíos: ¡con qué desembarazo y qué despreocupación pisaban un suelo que era techumbre de un subterráneo convertido en cementerio!

Después de descansar un rato, tomamos el primer coche que pasó y volvimos al hotel.

***

Era un hotel en que había muchos españoles, y por ellos teníamos noticias á diario de lo que ocurría en España.

Todavía nada: ninguna noticia alarmante; pero el tema de siempre: pronto estallaría la revolución; la gorda se preparaba.

Que Prim estaba en Bruselas.

Que Prim no estaba en Bruselas, que había desaparecido.

Que no era cierto, que el día antes se le había visto.

Que el Gobierno de González Bravo le vigilaba de día y de noche, y no podía escapar sin que en Madrid tuvieran aviso.

Que los generales desterrados seguían en Canarias.

Que se sabía por conducto fidedigno que habían desaparecido de Canarias.

Que habían querido escapar, pero que habían tenido que volver.

Que en muchas poblaciones se sentía agitación.

Y otras veces lo contrario: que en toda la Península reinaba una calma completa.

Que nadie pensaba más que en veranear.

Que la reina D.ª Isabel estaba pasando el verano tranquilamente en San Sebastián, y que los emigrados tenían para rato.

Los emigrados eran los prohombres del partido progresista, los jefes del partido democrático, que aún se confundían con los que pocos meses después habían de ser jefes del partido federal.

Así estaban en la emigración Olózaga, Fernández de los Ríos, Sagasta, Zorrilla, Martos, Rivero, Pi, Figueras: una lista interminable de personas ilustres, muchos de ellos bajo el peso de una sentencia de muerte.

Yo aquel día no tenía ganas de oir noticias.

El estado de mi ánimo era sombrío. Por una parte, las cartas que recibía de Madrid, de mi familia, que, aunque pretendían ser tranquilizadoras, no lo eran.

Mi padre había vuelto de los baños, y me aseguraban que había vuelto muy mejorado y que estaba animadísimo. Pero no debía ser cierto. No me decían si al fin salía de casa, y esto era para mí lo de más importancia.

Por otra parte, mi visita á las catacumbas me había causado una impresión penosa, triste, desesperada casi.

Y además, aquellas noticias de la próxima revolución, aunque yo era muy demócrata y revolucionario platónico, no contribuían á tranquilizarme.

Decían que la revolución iba á ser terrible.

¡Qué sería de todos nosotros!

En fin, cansado de París, con el alma llena de sombras y de temores, y buscando alivio en el movimiento, como les sucede á todos los enfermos, quise cambiar de postura, y le propuse á mi mujer que nos fuéramos á pasar los pocos días que nos quedaban de expedición á San Juan de Luz.

Allí estábamos próximos á España, cerca de San Sebastián y de Biarritz; gozaríamos del mar y del campo, y tendríamos noticias más ciertas de nuestra querida España.

Mi mujer aceptó, y á San Juan de Luz nos fuimos á fines de Agosto ó principios de Septiembre.

Parecía que la revolución nos estaba esperando, y por hoy que espere hasta el artículo próximo: que me parece que he retrocedido á aquellos días, y estoy de mal humor, sin saber por qué, como en aquellos días estaba.

José Echegaray

LA POLÍTICA AGRARIA

El primero, y sin duda el más fundamental, de los problemas que ha tenido que abordar la moderna política agraria, ha sido el que se refiere á la constitución de la propiedad rural. La parcelación ó las acumulaciones de la propiedad de la tierra no son cuestiones indiferentes ni secundarias del problema agrario.

Es precisamente ahí donde está toda la entraña del problema social, y ha sido ése el punto de mayor debate que, al tratar de política agraria, han sostenido los hombres más eminentes de todas las escuelas económicas y de todos los matices políticos. Y han sido, por último, aquellos que con mayores entusiasmos defendieron la superioridad y las ventajas económicas de la propiedad acumulada, los que al tocar la vida de la realidad y de los hechos, apartándose de la ortodoxia socialista, se convirtieron en los más ardientes defensores de la propiedad parcelaria, persiguiendo y alcanzando una serie de medidas legislativas encaminadas á amparar, desenvolver y consolidar las medianas y pequeñas propiedades.

No han confirmado los hechos aquellas predicciones del socialismo clásico representado por Marx y sus inmediatos sucesores.

La desaparición inevitable del pequeño cultivador la anunciaba Marx en estos términos: «Es en la esfera de la agricul-

tura—decía—donde la gran industria es más revolucionaria al destruir el baluarte de la vieja sociedad el «labrador» y sustituirlo por el asalariado». Marx no tiene ningún entusiasmo por la pequeña propiedad. «La pequeña propiedad—sigue diciendo — crea una clase de bárbaros, viviendo á medias fuera de la sociedad, sometidos á todas las imperfecciones de las formas sociales primitivas, y á todos los males y á todas las miserias de los países civilizados» (1).

En formas parecidas han sostenido esa misma tendencia de la absorción de la pequeña propiedad por la grande, bajo la acción de nuevas formas capitalistas, Benoît Malon, Henry George y otros. Economistas que no pertenecen al campo del socialismo, como Molinari, también veían los peligros que encerraba la pequeña propiedad ante el portentoso desarrollo de la empresa colectiva, anunciando en su *Evolución económica del siglo XIX* que los días de la agricultura individual eran contados; «el porvenir—dice—es de la empresa colectiva».

Aparece el neo-socialismo representando la transición hacia unas doctrinas menos absolutas que las de Marx. M. Vandervelde, de la nueva tendencia, manifiesta la necesidad de proteger al pequeño propietario, reclamando la adopción de medidas legislativas que tiendan á afirmarlo (2). J. M. Jaurés manifestaba sus temores y pedía los remedios que pudieran levantar la inferioridad en que se encontraba el pequeño proletariado rural, que de día en día veían desaparecer sus tierras absorbidas por las grandes propiedades (3).

Ch. Gide, el más ilustre representante de la escuela cooperativa, su activo propagandista y preclaro jefe, manifiéstase decidido partidario de la pequeña propiedad. «La propiedad de la tierra — dice — ha evolucionado siempre de la forma colectiva hacia la individual». «La explotación del suelo bajo

(1) Capital. Cap. III, lib. 1.° y 2.° del lib. 3.°
(2) *Essai sur la question agraire en Belgique.*
(3) Discur. 1897, sobre crisis agrícola en Francia.

formas colectivas no ha dado siempre más que unos resultados miserables, y absolutamente insuficientes para hacer vivir en una región cualquiera una población medianamente densa» (1). Ha sido Gide uno de los que más han clamado contra aquellas disposiciones del Código civil francés que comprometían gravemente á la agricultura, obligando á la venta de las pequeñas haciendas, que eran adquiridas á vil precio por los grandes propietarios.

CRITERIO QUE HA PREVALECIDO EN LOS HECHOS

Un ilustre economista, M. Cauwes, dice al tratar esta cuestión de las formas de la propiedad (2): «El acaparamiento del suelo por una clase privilegiada es para toda sociedad una causa de su decadencia y un motivo de discordias civiles. No se cita un solo país—continúa—en que la pequeña propiedad lo haya conducido á la ruina. Los abusos de las grandes fortunas inmobiliarias, al contrario, han sido funestas á la antigua Italia, y en nuestros días crearon en Inglaterra un malestar profundo».

Otros ilustres economistas, al observar el sentido en que evolucionaba la propiedad de la tierra, cada vez más acentuado, hacia su mayor fraccionamiento, han dicho: «Nunca como en nuestros tiempos han tomado tanta vida en la realidad de los hechos aquellas frases de Columela: *Laudato ingentia rura, exiguum colito*. Se alaban, se defienden y se ponderan las ventajas económicas de las grandes propiedades, mas están en la miseria los países que no cultivan las pequeñas.»

Es lo cierto, que el mediano y el pequeño patrimonio rural, la mediana y la pequeña explotación agrícola, cultivados los unos directamente por sus propietarios, labradas las otras por colonos á quienes prestan el más firme y decidido apoyo las

(1) Lib. IV, *Principes d'Economie Politique*.
(2) En su *Economie Politique*, lib. 5.°

modernas legislaciones sobre arrendamientos, son las formas dominantes de propiedad de la tierra y de su explotación en la moderna agricultura, no sólo en el escaso, viejo y cansado suelo de Europa, sino en los extensos, nuevos y fértiles territorios de América.

Gran atención prestaron los legisladores norteamericanos para el desenvolvimiento de su poderosa agricultura al problema de la constitución de la propiedad rural. A ello obedece una serie de medidas encaminadas á afianzar y á proteger las medianas y las pequeñas explotaciones agrícolas. La ley de 1862 es, sin duda, la de más trascendencia social, política y económica, y la que puso más poderoso dique á los excesos de los acaparadores de la tierra (1).

Según el Censo decenal de 1900, de 45,4 hectáreas que eran en 1850 las extensiones medias de las explotaciones agrícolas en la Atlántica del Norte, alcanzan en 1900 la de 36,6 hectáreas. De 150,6 eran las de la del Sud, que ofrecen en 1900 la de 43,4. En la región Centro Norte eran en 1850 de 57,3, y son en 1900 de 37,8. En la del Centro Sud, de 116,4, y ahora de 62,2. En la región Oeste, de 278 y 154,4, respectivamente. Y por último, en los Estados Unidos, de 91 en 1850 y de 58,6 en 1900.

El número de explotaciones agrícolas, según su cabida, ofrecen en 1900 el resultado siguiente:

	Explotaciones.
De 0 á 1 hectárea.....	41.882
De 1,2 á 4 »	225.568
De 4 á 8 »	407.012
De 8 á 20 »	1.257.785
De 20 á 40 »	1.366.167
De 40 á 70 »	1.422.328
De 70 á 104 »	490.104
De 104 á 200 »	377.992
De 200 á 400 »	102.547
De más de 400 »	47.276
TOTAL.....	5.739.657

(1) Esta ley vino á fijar el límite de la apropiación de los baldíos. En 56 hectáreas se fija la extensión que de esas tierras puede apropiarse

Una explotación rural (1) *(farm)* comprende todas las tierras cultivadas bajo una misma dirección, bien estén destinadas á la producción de cosechas (cereales, leguminosas, etc.) ó á la de pastos para el ganado, comprendiendo los bosques, prados y huertas, etc., que se encuentren juntos, aunque estas tierras sean ó no de un solo propietario. Si la tierra que es de la propiedad de un individuo ó de una asociación es explotada en parte por el propietario y en parte por uno ó varios colonos ó administradores, ó si ella es enteramente explotada por uno ó varios colonos ó administradores, la porción de tierra ocupada por cada uno de éstos es una explotación *(farm)* y debe ser llevada á nombre del individuo que la explota.

Alcanza la superficie cultivada en los Estados Unidos la fabulosa suma de 336 millones y medio de hectáreas, repartidas, según el Censo, en las 5.739.657 explotaciones antes apuntadas. La agricultura americana se caracteriza por el predominio, como se ve, de las explotaciones pequeñas y medias. El grado de división del suelo resulta mejor aún de la repartición de las explotaciones, que producen esa inmensa variedad de cultivos y esa rica variedad de productos que tan abundantemente ofrece aquella agricultura.

Semejantes resultados ofrecen aquellos países nuevos y de tan extensos territorios en que lo que más abunda es precisamente el capital tierra. En Europa, como veremos, las grandes propiedades decrecen rápidamente, aumentando en cambio las de extensiones medias y pequeñas. Toda la legislación de nuestro continente se inspira en el mismo principio. El más

---

cada ciudadano norteamericano ó extranjero que allí tome carta de naturaleza, y en 260 hectáreas lo que como máximum puede apropiarse una familia. Al ocupante se le concede el título de propietario si á los cinco años ha sometido las tierras á cultivo, las ha rodeado de arbolado y ha levantado vivienda. Si en esa época sólo ha explotado las fuerzas naturales de la tierra, quedan *ipso facto* sometidas á las leyes generales sobre apropiación.

(1) Según el Censo de 1900.

firme y decidido apoyo á los cultivadores de la tierra, con lo cual el colonato adquiere cada día mayor importancia.

Es cierto que mucho contribuyen á este resultado las fuertes organizaciones de los agrarios para la defensa de los derechos de los que cultivan la tierra, frente á los abusos de los grandes propietarios. En Alemania, según Blondel (1), han perseguido y alcanzado el establecimiento de una serie de medidas protectoras á sus propios intereses, proclamando bien alto los agrarios que trabajan y defienden los intereses del pequeño cultivador; lo mismo ocurre en Francia y Bélgica. En Inglaterra persiguen los agrarios medidas idénticas á las adoptadas en Escocia; y en cuanto á Irlanda, el Land Compulsory Purchase, fundado en 1898, es la expresión más acabada de aquellas reivindicaciones que reclaman de los Poderes públicos los que trabajan y cultivan la tierra.

Muy variable y discutido es en Europa el tipo de las explotaciones rurales medias y pequeñas.

En Francia, según las últimas estadísticas publicadas por el Ministerio de Agricultura (2), son pequeñas explotaciones agrícolas las que tienen una extensión de menos de diez hectáreas.

A. de Foville (3) considera pequeña explotación la que alcanza una superficie máxima de seis hectáreas. Otros asignan ocho á la pequeña, y hasta veinte á la media.

M. René Henry (4), considerando esta cuestión de la pequeña propiedad con un criterio social más que económico, dice que es pequeña propiedad aquella tierra ó porción de tierra que, bien sea directamente por sus productos ó bien indirectamente por el precio de su venta, permiten á la familia que la cultiva vivir sin hacerse ayudar de extraños.

---

(1) *Etudes sur les populations rurales de l'Allemagne et la crisis agraire.*

(2) La última información agraria es de 1892.

(3) *Le Morcellement,* 1895, p. 23.

(4) *La petite propieté rurale en France,* 1895.

En Francia el número de explotaciones agrícolas, según su cabida, en la fecha de la información antes citada arrojaba el resultado siguiente:

	Número de explotaciones.
Muy pequeños cultivos (de 0 á 1 hectárea).....	2.167.667
Pequeños cultivos (de 1 á 10 hectáreas).....	2.635.030
Medios cultivos (de 10 á 40 hectáreas).....	727.222
Grandes cultivos (de más de 40 hectáreas).....	142.088
TOTAL.....	5.627.000

La superficie que alcanza cada uno de dichos cultivos es la siguiente:

	Hectáreas.
Los muy pequeños cultivos (de 0 á 1 hectárea).	1.083.833
Los pequeños cultivos (de 1 á 10 hectáreas)...	11.366.274
Los medios cultivos (de 10 á 40 hectáreas).....	14.845.650
Los grandes cultivos (más de 40 hectáreas)....	22.266.104
TOTAL.....	49.561.861

Los cereales ocupan una superficie media de 28.300.000 hectáreas, y la producción media anual alcanza á 189.531.000 hectolitros (trigo, cebada, centeno, avena, etc.) (1). El rendimiento medio por hectárea cultivada es de 17 á 22 hectolitros por hectárea cultivada. La población alcanza una densidad de 72 habitantes por kilómetro cuadrado.

En Alemania (2), las explotaciones medias y pequeñas adquieren cada día mayor desarrollo. Según la última información agraria, las explotaciones agrícolas medias alcanzan una extensión de ocho hectáreas, comprendiendo los bosques; y de seis solamente, si se tiene en cuenta la parte cultivada. En Baviera es donde las pequeñas explotaciones rurales alcanzan mayor extensión, llegando á nueve hectáreas.

(1) *Diccionario de Agricultura*, Hidalgo Tablada. Madrid, 1897.
(2) La última información se llevó á cabo en 1882.

Dedica la agricultura alemana á los cereales una superficie de 34.083.000 hectáreas. La producción media alcanza á hectolitros 212.000.000 (trigo, cebada, avena, etc.) (1). El rendimiento medio por hectárea cultivada varía de uno á otro de los Estados del Imperio. En general, son 22 hectolitros por hectárea cultivada. Baviera llega á 26; el Estado de Hesse cosecha 35 por hectárea cultivada. La densidad de población alcanza en el Imperio á 104 habitantes por kilómetro cuadrado.

La pequeña Bélgica, que, como dice Emm de Meester (2), «Hace sesenta años, cuando las grandes potencias convinieron en reconocer la existencia de la Bélgica independiente, estaban muy lejos de imaginarse que daban nacimiento político á una nación que con tan exiguo territorio vendría á ser rápidamente la primera nación económica del mundo», desenvuelve su hermosa y rica agricultura sobre la base de unas explotaciones tan pequeñas como pequeño es su territorio. Casi pulverizada está la propiedad rural, y pequeñísimas son las explotaciones agrícolas, y, sin embargo, su riqueza y su prosperidad acrece en rápido progreso.

Según la última información agrícola llevada á cabo en 1880, en Bélgica se registran 910.000 explotaciones, de las cuales 293.000 son cultivadas directamente por sus propietarios y 617.000 por colonos. La extensión media de las explotaciones alcanzan á tres hectáreas. El suelo de Bélgica presenta grandes analogías con el de nuestra región gallega, pues la información antes citada registra un gran número de explotaciones de una y aun de media hectárea de superficie.

Dedica á los cereales una extensión de 1.805.000 hectáreas (3), y la producción media es de 11.506.000 hectolitros. El rendimiento medio por hectárea cultivada es de 26 á 28 hectolitros. La densidad de población es la mayor de Europa: alcanza la de 237 habitantes por kilómetro cuadrado.

(1) *Diccionario de Agricultura*, antes citado.
(2) *Revue des questions scientif.*, mes Julio 1905.
(3) Dicc. citado.

En Inglaterra la última publicación del departamento de Agricultura (1) da á conocer el número de explotaciones agrícolas, no comprendiendo las inferiores á ¼ de acre, y llegan á 556.000 (Inglaterra, 415.000; País de Gales, 60.000, y Escocia, 81.000), siendo la repartición por su cabida la siguiente:

	Número de explotaciones.
De ¼ de acre á 1 acre	23.512
De 1 á 5 acres	135.736
De 6 á 20 »	148.806
De 21 á 50 »	84.149
De 51 á 100 »	64.715
De 101 á 300 »	79.573
De 301 á 500 »	13.875
De 501 á 1.000 »	4.826
De más de 1.000 »	663
TOTAL	556.000

A los cereales dedica Inglaterra 23.725.499 de superficie (2), y la producción media anual es de 223.940.000 hectolitros. El rendimiento medio es por hectárea cultivada de 27. La población alcanza una densidad de 136 habitantes por kilómetro cuadrado.

En cuanto á Irlanda, todas las etapas por que ha pasado su problema agrario han sido para favorecer á los colonos, facilitando el Estado á los cultivadores de la tierra la adquisición de su propiedad.

Las leyes de 1870, de 1891 y del 96 han convertido á más de 70.000 colonos en pequeños propietarios. Y la última de 1903 ha venido á colmar las aspiraciones de los colonos irlandeses.

Lo mismo resulta de las últimas informaciones de los Países

(1) De 1897. Y sobre todo, una Memoria de la Sociedad de Estadística de Londres, publicada posteriormente con el título de «Agricultural Holdings in England and abroad».

(2) Dicc. citado.

Bajos. Y en cuanto á Italia, según el último Anuario Estadístico de 1900, se observa la misma tendencia. De veintiocho millones y pico de hectáreas que alcanza el antiguo reino, están sometidas á los diversos cultivos más de veinte millones de hectáreas.

EL ESTADO ACTUAL DE LA AGRICULTURA EN ESPAÑA

Ardua y penosísima tarea es siempre entre nosotros la de emprender cualquiera clase de estudios que tengan por base el conocimiento de la Estadística y el de otros datos y noticias oficiales. Apenas si nuestros departamentos ministeriales han prestado atención á este servicio, el más indispensable sin duda de toda buena administración (1). Pero de algún tiempo á esta parte viénense publicando, por los distintos Ministerios, interesantes estadísticas que, además de estar confeccionadas con gran esmero, ofrecen una completa garantía, en cuanto es personal facultativo y técnico los encargados de realizar tan importante servicio.

No presenta nuestra agricultura un carácter uniforme y general que de antemano pudiéramos señalarlo. La constitución de la propiedad, el estado de los cultivos, la densidad de población, etc., etc., ofrecen aspectos bien diferentes, no sólo de región á región, sino de provincia á provincia, y á veces dentro de una misma provincia se observan radicales y profundas diferencias.

Procuraremos, sin embargo, agrupar aquellas regiones que más analogías ofrezcan por el estado de su agricultura, aprovechando cuantos antecedentes, datos y noticias nos suministren todas las publicaciones oficiales referentes á la materia,

(1) Por lo que respecta al Ministerio de Hacienda, dió gran impulso al servicio de Estadística, y es autor de la de Presupuestos generales del Estado, donde se contiene una rica literatura fiscal, el que fué Interventor general de Hacienda, y posteriormente director general de Contribuciones, D. Angel González de la Peña.

dando á conocer la densidad de población en cada una de las provincias, así como la población obrera minera que en los ramos de laboreo y beneficio retengan anualmente cada una de ellas.

Hecho este estudio de nuestra agricultura, y ya realizado el de la extranjera, podremos, como resultado, sacar al menos una orientación seria y segura de nuestra imperiosa é indispensable reforma agraria.

A.—*La agricultura en Levante.*

Alcanza esta región agronómica, que comprende las provincias de Valencia, Alicante, Castellón y Murcia, una extensión superficial de 3.441.295 hectáreas, de las cuales hay que deducir, como superficie improductiva para la agricultura, la de 441.439 hectáreas que ocupan las poblaciones, caminos, sendas, ríos, minas, etc.; el resto es la superficie productiva (1).

Una extremada división de la propiedad y una gran repartición en los cultivos es la característica principal que ofrece la agricultura de esta región.

«Fácil sería — dicen los ingenieros agrónomos (2) — el aumento de la ganadería en esta región. Sin gran trabajo y poco coste podrían establecerse prados artificiales para la obtención de los forrajes á este fin necesarios; pero á ello se opone—continúan—el predominio que en toda esta región tiene el cultivo intensivo» (3).

Muéstranse, en efecto, los habitantes de toda esta región con grandes aptitudes y poderosas aficiones hacia el cultivo de la tierra. Es cierto que antiguas costumbres, cada vez más

(1) Estos datos los consigna la Junta Consultiva Agronómica, tomados del Instituto Geográfico y Estadístico.

(2) En la obra publicada por la Junta Consultiva Agronómica, *Prados y pastos*, 1905.

(3) Idem.

arraigadas, han venido á constituir en esa región como una especie de código rural, en donde el cultivador de la tierra encuentra su más completa garantía y toda clase de estímulo para las labores del suelo.

Pequeñas y medianas propiedades cultivadas directamente por sus dueños; medianas y pequeñas explotaciones agrícolas labradas por colonos; medianas y pequeñas haciendas rurales forman el conjunto de esta floreciente y rica agricultura.

Bien puede asegurarse que no hay frutos en la tierra que ahí no se produzcan; ni existen cultivos, por delicados que sean, á los cuales su labrador no sepa prodigarles toda clase de cuidados hasta hacerlos prosperar y florecer. Es cierto que mucho contribuye á ese resultado la riqueza de su suelo y la bondad de su clima, pero no es menos cierto que el elemento principal de su progreso agrícola débese á la laboriosidad y al trabajo de su inteligente labrador.

A esa división de la propiedad le corresponde una gran división en los cultivos y una perfecta división también en el trabajo agrícola. A todo lo cual le acompaña una rica y variada producción.

Ahí se producen toda clase de cereales, y entre ellos el arroz tiene una grandísima importancia; alternan dichos cultivos con una gran variedad de leguminosas; á la vid dedica la región levantina una superficie de 290.833 hectáreas (1), mayor que la de ninguna región de España (2). Renace el cultivo de la morera, se produce el cáñamo, se cultiva el azafrán, el algarrobo y el cacahuet. Se cultiva el olivo y el almendro, y los naranjales constituyen principalísima riqueza. Existen grandes higuerales, hermosos granados y una rica variedad de árboles frutales. Hermosas palmeras, inmensos pinares, las mejores huertas. La alfalfa, el esparto y toda clase de forrajes

(1) Junta Consultiva. Estadística. Cosecha 1904.

(2) Es la superficie del viñedo más de cuatro veces mayor que la que al mismo cultivo dedican las ocho provincias andaluzas reunidas.

ahí se cultivan, y con usura recompensan á su labrador los afanes y las fatigas del trabajo.

La distribución de la superficie por grandes masas de cultivos en cada una de las provincias es la siguiente (1):

	Forestal y pastoral. — *Hectáreas.*	Sistema cereal. — *Hectáreas.*	Cultivos arbustivos, arbóreos y horticolas. — *Hectáreas.*	Improductivos. — *Hectáreas.*
Valencia.....	451.190	247.300	263.190	113.437
Alicante.....	300.000	51.420	137.050	77.501
Castellón.....	250.579	114.642	196.561	84.755
Murcia.....	311.390	550.056	126.474	165.746
TOTAL....	1.313.159	963.418	723.279	441.439

La superficie destinada á pastos se reduce considerablemente merced á las roturaciones de esos terrenos, siendo cada día mayor los sometidos á cultivos, lo cual indica el predominio de la agricultura sobre la ganadería.

Y teniendo la primera materia, ¿cómo no había de aparecer la industria?

Ésta cada día adquiere más vigor: florecen la sericícola en Murcia y Valencia y, en general, la de los residuos de los orujos de la uva, de la aceituna y del cacahuet, la de las pulpas de la fabricación de granos, y otras varias.

La minería tiene importancia en Murcia. Ocupan las concesiones mineras una extensión de 44.209 hectáreas, y el número de obreros empleados llega á 18.241 en dicha provincia. En las tres restantes sólo alcanza á 676 los obreros que trabajan (2).

La densidad de población es de 75 habitantes por kilómetro cuadrado en Valencia, de 82 en Alicante, de 48 en Castellón y de 50 en Murcia (3).

(1) Según la Junta Consultiva Agronómica. Ob. cit.

(2) Estadística minera de 1904.

(3) Según los resultados que arroja el Censo de 1900 del Instituto Geográfico y Estadístico.

B.—*Cataluña.*

El *Anuario* que acaba de publicar la Dirección general de los Registros, dedicado especialmente al estudio de la propiedad de esta región, ofrece interesantes datos acerca de la tendencia, cada vez más acentuada, hacia su mayor fraccionamiento, así como de la importancia que tiene en esa agricultura el colonato, la aparcería y el arrendamiento.

Mide la región catalana, según el Instituto Geográfico y Estadístico, una extensión superficial de 3.219.660 hectáreas. Las poblaciones, minas y caminos, etc., ocupan la de 394.219 hectáreas.

No es en general esta región la de la industria pecuaria. Sin embargo, en algunas de sus comarcas esa riqueza tiene gran importancia. La ganadería propia de la región es aquella que, unida á la agricultura, forman una sola y misma riqueza. El ganado vacuno, el lanar y el cabrío abunda en los montes altos de Tarragona, produciendo carne, leche, lana y los abonos de tan general empleo, con los que en poco tiempo han formado esa agricultura tan floreciente.

El área de cultivo progresa extraordinariamente, no sólo en extensión, sino también en la excelente calidad de los cultivos.

La superficie del suelo catalán se distribuye así (1):

	Forestal y pastoral. — *Hectáreas.*	Sistema cereal. — *Hectáreas.*	Cultivos arbustivos, arbóreos y hortícolas. — *Hectáreas.*	Improductivos. — *Hectáreas.*
Barcelona.....	293.512	182.864	189.008	103.666
Tarragona.....	315.502	86.500	205.281	45.752
Gerona	326.419	115.269	51.969	92.839
Lérida.....	509.876	366.362	186.610	152.231
TOTAL....	1.441.309	750.995	632.868	394.488

(1) Junta Consultiva. Ob. cit.

En los cereales es sin duda Barcelona donde se hacen los cultivos más esmerados, alcanzando en el secano un rendimiento medio por hectárea cultivada de 15,87 quintales métricos, en tanto que en las otras provincias fluctúa entre 8 y 9 (1).

La superficie de viñedo, que pasa en esta región de 200.000 hectáreas, aumenta considerablemente. Tiene gran importancia la riqueza olivarera, y existe una gran variedad de árboles frutales. Pero la agricultura de Barcelona es, sin duda alguna, la que tiene toda la importancia de la región.

La minería ocupa una extensión de 39.833 hectáreas; el número de obreros empleados sólo llega en toda la región á 2.179 (2).

La propiedad se encuentra dividida en general, y el colonato tiene grandísima importancia, representando en algunos distritos el 97 por 100 del suelo lo que cultivan los colonos. La aparcería es también contrato de frecuente celebración, alcanzando en algunos distritos el 25 por 100 de los explotadores de la tierra. La forma dominante de explotación es directamente por el propietario.

La tendencia de la propiedad, excepto en los distritos de Manresa y Sort, donde tiende á agruparse, en general se acentúa cada vez más la disgregación de la propiedad; y si en muchos puntos permanece estacionaria, es porque, como dicen los registradores, está tan subdividida que ya no es posible dividirla más.

La *rebassa morta* son subdivisiones que hace un propietario de su finca entre varios colonos, y hay distritos donde anualmente se hacen más de 135 segregaciones de fincas (3).

Los arrendamientos de fincas rústicas, regidos la mayor

(1) Estadística cosecha cereales de 1904.
(2) Estadística minera, 1904.
(3) *Anuario de la Dirección de los Registros*, 1905.

parte por la costumbre, están inspirados en el más grande respeto al colono. De hecho son vitalicios, y aun los hay que se transmiten de padres á hijos.

La densidad de población es de 138 en Barcelona, de 52 en Tarragona, 50 en Gerona; decayendo notablemente en Lérida, que sólo alcanza 22 (1). Es ésta la provincia menos cultivada, dedicando al pasto 509.856 hectáreas, en tanto que á los cereales y leguminosas dedica 366.362, de las cuales siembra anualmente poco más de 100.000 hectáreas.

C.—*Aragón y Rioja.*

Agrícola y pecuaria llaman los registradores de la Propiedad á esta región (2). Su estado general de miseria, no tanto la deben á las desapacibles condiciones de su clima y á la naturaleza montañosa y accidentada de su suelo, como al predominio que en toda esa región tiene la ganadería sobre la agricultura, las dehesas de pastos sobre los terrenos cultivados.

A 5.243.220 hectáreas alcanza la extensión superficial de toda la región (3). Deducida la superficie improductiva para la agricultura, que es de 682.474 hectáreas, quedan en estado de producción 4.560.748 hectáreas, que se distribuyen en la forma siguiente:

	Pastos. — *Hectáreas.*	Sistema cereal. — *Hectáreas.*	Cultivos arbustivos, arbóreos y hortícolas. — *Hectáreas.*	Improductivos. — *Hectáreas.*
Zaragoza.....	645.500	563.426	340.508	193.000
Huesca	841.450	315.200	108.230	250.000
Teruel.....	748.230	417.000	118.000	198.000
Logroño	286.583	119.274	57.347	40.908
TOTAL....	2.521.763	1.414.900	624.085	682.472

(1) Según el Censo de 1900.

(2) En las Memorias y Estados publicados por el Ministerio de Gracia y Justicia en 1890.

(3) Según el Instituto, la región agronómica comprende las provincias de Zaragoza, Huesca, Teruel y Logroño.

La propiedad aparece muy dividida en Zaragoza, y sus cultivos ofrecen también alguna variedad.

El colonato tiene gran importancia en esta provincia; así es que, como puede verse, es mayor que en las restantes la superficie cultivada. El cultivo del olivo y de la vid es común á toda la región, siendo la superficie que se le dedica al primero de 46.056 hectáreas, y de 206.423 á la segunda (1).

Los cereales donde mejor se cultivan es en Logroño, que alcanza en el secano un rendimiento medio por hectárea cultivada de 13,17 quintales métricos, no pasando de 4 en las provincias restantes (2).

La minería apenas si tiene importancia en esta región. Las cuatro provincias sólo ocupan á 923 obreros (3). En cuánto á la densidad de población, alcanza á 24 habitantes por kilómetro cuadrado en Zaragoza, 37 en Logroño, 16 en Huesca y 16 en Teruel (4).

D.—*Vascongadas y Navarra.*

Representa la superficie cultivada de estas cuatro provincias el 26,95 por 100 de su área total, que es de 1.760.146 hectáreas, deduciendo la superficie que ocupan minas, poblaciones, sendas, caminos, etc., que alcanza á 36.987 hectáreas (5).

Los pastos ocupan una extensión de 1.248.660 hectáreas; los cereales 401.185, y los demás cultivos 73.114 (6).

La propiedad aparece muy dividida y con gran esmero cultivada. Guipúzcoa es la provincia que tiene mayor zona de cultivo, el 33 por 100 de su superficie. Le sigue Álava, con el 29 por 100; después Navarra, con el 26, y por último Vizcaya, con el 20 por 100, haciéndose cultivos tan esmerados que

(1) Junta Consultiva. Estadística olivarera y mosto, 1904.
(2) Idem íd. Cereales, 1904.
(3) Estadística minera, 1904.
(4) Según el Censo 1900. Instituto Geográfico y Estadístico.
(5) Junta Consultiva, obra citada.
(6) Idem íd.

cosecha en el secano 16,04 quintales métricos por hectárea cultivada (1).

La superficie minera es de 59.439 hectáreas. El número de obreros empleados asciende á 21.389, de los cuales diez y nueve mil y pico están reconcentrados en Vizcaya (2).

La densidad de población es de 143 habitantes por kilómetro cuadrado en Vizcaya, de 103 en Guipúzcoa; decae bastante en Alava y Navarra, que llegan á 32 y 29, respectivamente, por kilómetro cuadrado (3).

E.—*Región leonesa* (4).

Las cinco provincias que comprende esta región agronómica alcanzan una extensión de 5.239.578 hectáreas. 301.823 es la superficie improductiva para la agricultura. El resto es lo que se dedica á los diversos cultivos, que se distribuyen en esta forma:

2.395.035 hectáreas es la superficie dedicada á dehesas para pastos, y 2.542.720 es la superficie cultivada, que se descompone en: 4.439.128 dedicadas al sistema cereal, 65.990 la vid, 3.702 el olivo y 33.900 los demás cultivos.

En León y Santander existen extensas praderas, sierras y cañadas que proporcionan nutritivos alimentos, no sólo á la ganadería de dichas provincias, sino también á la de Castilla, Extremadura y hasta á la de Portugal.

Zamora y Palencia se caracterizan por las grandes planicies, que dedican al cultivo de cereales y leguminosas, y sobre todo por sus dilatadas dehesas, que tanto abundan también en la provincia de Salamanca (5).

En cuanto al estado de la propiedad, apenas si el colonato tiene importancia; el escaso número de ellos que existe no ce-

(1) Estadística cosecha 1904.
(2) Idem minera, 1904.
(3) Según el Censo 1900.
(4) Comprende las provincias de León, Palencia, Zamora, Salamanca y Santander.
(5) *Prados y pastos*, de la Junta Consultiva.

lebra ninguna clase de contrato escrito, y cuando lo celebran es en documento privado. El contrato de arrendamiento por escritura pública se celebra, el de las grandes dehesas inscribiéndose en los registros, formando de este modo grandes concentraciones por medio del arrendamiento (1).

La minería retiene un número de obreros de 10.868, de los cuales 7.700 trabajan en Santander (2).

En cuanto á la densidad de población, es de 50 habitantes por kilómetro cuadrado en Santander, 25 en Zamora, Salamanca y León y de 22 en Palencia (3).

F.—*Galicia y Asturias.*

Un extraordinario fraccionamiento del suelo, que convierte á todos sus habitantes en pequeños terratenientes, es la principal característica de la propiedad de esta región.

La superficie que ocupa es de 4.004.786 hectáreas. La improductiva para la agricultura es de 110.789, y la superficie productiva está cultivada con tal esmero que convierten en un jardín la agricultura de algunas de sus comarcas.

Las 2.583.650 hectáreas que esta región dedica al pastoreo no es el que espontáneamente produce las fuerzas naturales de la tierra, sino que se cultivan una gran variedad de forrajes que alimentan no sólo á la importante ganadería de esta región—que ofrece exquisita leche, carnes y otros productos que se exportan en gran parte,—sino á las cabañas trashumantes de León y Extremadura.

Los otros cultivos ocupan 1.309.347 hectáreas, cuya superficie se distribuye en:

806.318	hectáreas	dedicadas	á los cereales.
363.355	»	»	á los prados permanentes.
23.287	»	»	al viñedo.
116.387	»	»	á los frutales y hortícolas.

(1) Según las Memorias-estados de los registradores de la Propiedad publicados por el Ministerio de Gracia y Justicia en 1890.

(2) Estadística minera, 1904.

(3) Según el Censo de 1900.

La pesca, la minería y una multitud de industrias completan la riqueza de esta región, que alcanza una densidad de 110 habitantes por kilómetro cuadrado en Pontevedra, de 82 en Coruña, de 57 en Orense, de 56 en Oviedo y de 47 en Lugo (1).

La minería ocupa una extensión superficial de 157.185 hectáreas. De esta región, Oviedo es el centro minero que retiene una población obrera de 22.444 en los ramos de laboreo y beneficios, en tanto que sólo alcanzan á 1.183 los que trabajan en la minería en las demás provincias.

G.—*Las dos Castillas* (2).

Grandes extensiones de terrenos dedicados al cultivo de los cereales, casi todos explotados por el sistema de los tercios (3), y grandes dehesas explotando las fuerzas naturales de la tierra, es, salvo una que otra comarca de alguna provincia, la característica principal de esta agricultura.

La extensión superficial de estas dos regiones agronómicas es bastante considerable. Llega á 9.934.520 hectáreas el territorio que ocupan; 1.124.427 es la superficie improductiva para la agricultura: quedan, por consiguiente, en estado de producción 8.810.093 hectáreas (4).

La Junta Consultiva Agronómica distribuye esta superficie en la siguiente forma (5):

3.792.531	hectáreas	ocupan	las dehesas de pastos y montes.
4.140.151	»	»	los cereales (sistema tres hojas).
330.098	»	»	la vid.
84.881	»	»	el olivo.
461.429	»	»	los demás cultivos (6).

(1) Según el Censo de 1900.

(2) Nueve son las provincias que comprenden las dos regiones agronómicas de ambas Castillas: Madrid, Toledo, Guadalajara y Cuenca es la central, ó de Castilla la Nueva; Valladolid, Burgos, Segovia, Ávila y Soria es la de Castilla la Vieja.

(3) Las tres hojas en que se divide son: una de siembra, la otra de barbecho y la otra de descanso.

(4) Junta Consultiva, ob. cit.

(5) Junta Consultiva, ob. cit.

(6) Junta Consultiva, ob. cit.

La minería es insignificante en estas dos regiones, pues sólo emplea 835 obreros (1).

La densidad de población es de 97 habitantes por kilómetro cuadrado en Madrid, de 75 en Valladolid, de 27 en Segovia y Burgos, de 24 en Toledo, de 25 en Ávila, de 14 en Soria y Cuenca y de 13 en Guadalajara (2).

H.—*La Mancha, Extremadura y Andalucía* (3).

Grandes analogías ofrecen el estado del suelo y de la agricultura de estas dos regiones con la de las dos Castillas.

No es solamente en Andalucía y en Extremadura donde el obrero agrícola se siente expropiado de su trabajo y en donde los pastos sustituyendo á los cultivos, y los ganaderos á los labradores, convierten los terrenos más feraces en inmensas dehesas, explotando las solas fuerzas naturales del suelo y sobrándole, por consiguiente, toda clase de trabajo humano; sino que el mal se extiende rápidamente por todas las comarcas de España, arrojando á la miseria á ejércitos de obreros, en tanto que más de la mitad del territorio se encuentra convertido en una inmensa y dilatada dehesa.

La región que describimos alcanza una cabida de 16.392.812 hectáreas, muy cerca de la tercera parte de la total superficie de España.

Pues bien: deduciendo lo que ocupan poblaciones, ríos, sendas, minas, etc., que son 1.402.546 hectáreas, quedan en estado de producción y de cultivos una cifra de 14.866.266 hectáreas (4).

Las grandes acumulaciones, de propiedad unas y de cultivos las otras, es la general característica del suelo de estas

(1) Estadística minera, 1904.

(2) Según Censo 1900.

(3) Ocho son las provincias andaluzas y dos las extremeñas; las de Ciudad Real y Albacete componen la Mancha.

(4) Junta Consultiva, ob. cit.

regiones. Excepto Málaga, algo en las provincias de Córdoba, Granada y Cádiz, donde el colonato tiene alguna importancia, lo general son los grandes predios, convertidos en dehesas unos y dedicados al cereal los otros.

Una idea bastante aproximada dará la distribución de la superficie que hace la Junta Consultiva Agronómica, y es la siguiente:

7.541.251	hectáreas	ocupan	las dehesas de pastos y montes.
4.349.865	»	»	los cereales (tres hojas) (1).
270.913	»	»	la vid.
919.850	»	»	el olivo.
569.250	»	»	los demás cultivos.

Total cultivos: 6.709.984 hectáreas. Total superficie pastos: 7.541.251.

La población obrera ocupada en la minería alcanza á 52.704 trabajadores. Huelva es la que retiene el mayor número: ocupa 15.500; le sigue en importancia Ciudad Real, con 7.060; Jaén, con 7.000; Córdoba, 6.400; Almería, 5.446; Sevilla, 3.442; Málaga, 1.362; el resto, en pequeños números, se reparte entre las demás provincias (2).

En cuanto á la densidad de población, es de 72 habitantes por kilómetro cuadrado en Málaga, de 60 en Cádiz, de 39 en Sevilla, de 38 en Granada, de 35 en Jaén, de 34 en Córdoba, de 25 en Huelva, de 23 en Badajoz, de 16 en Ciudad Real y Albacete y de 14 en Cáceres (3).

***

Resumiendo. El Instituto Geográfico y Estadístico asigna al territorio una extensión superficial de 50.451.688 hectáreas. Deduce como superficie improductiva para la agricultura, ocupada por las poblaciones, caminos, ríos, sendas, minas, et-

(1) La tercera parte es lo que anualmente se siembra y produce.
(2) Estadística minera citada.
(3) Según el Censo 1900.

cétera, 4.693.261: quedan, por consiguiente, en estado de producción 45.758.827 hectáreas (1).

La total área de cultivos en España, según la Junta Consultiva Agronómica, no pasa de diez y ocho millones de hectáreas, y la distribuye en la forma siguiente:

	Hectáreas.
Los cereales ocupan una total extensión de	12.800.500
El viñedo	1.450.000
El olivar	1.360.000
Las leguminosas	999.500
Raíces y tubérculos	860.000
Huertas y frutales	640.000
Prados cultivados	250.000
Plantas industriales	235.000
TOTAL HECTÁREAS	18.595.000 (2)
Dehesas de pastos y montes	24.055.547 (3)
TOTAL GENERAL	42.650.547

La población obrera minera de España en 1904 es la siguiente:

Ramo de laboreo	118.661 obreros.
Idem beneficios	15.567 »
TOTAL	134.228 (4)

Promedio de habitantes por kilómetro cuadrado de España, 37.

FRANCISCO ESPINOSA Y GONZÁLEZ PÉREZ

(*Concluirá.*)

(1) Junta Consultiva, ob. cit.

(2) *El regadío en España*, de la Junta Consultiva.

(3) *Prados y montes*, idem.

(4) De la estadística citada, según la cual ha descendido la total población obrera minera en el año de 1904, con relación al anterior, en más de mil cuatrocientos obreros.

CICERÓN Y LOS ESPAÑOLES

XIII

Cicerón había quedado fuera de la conjuración formada por los hombres públicos que querían desembarazarse de César. Tenía que temerse todo de la indecisión de su carácter; además, desde que su divorcio y la muerte de su hija le ocasionaron penosas dificultades domésticas, sumiéndole en un gran duelo, él mismo se mantenía apartado de los asuntos de la República; abandonaba la política por la filosofía, en la que buscaba consuelos.

Pero cuando, después del asesinato de César, ya no hubo que temer las vacilaciones posibles de Cicerón, como su nombre era el más grande de Roma, se quiso sustraerle á sus dolores y á sus trabajos. A él recurrieron para que tomara la dirección de los negocios. Esta dirección no era más que nominal; veíase anulada por la creciente influencia de Antonio, su enemigo desde hacía mucho tiempo. El profundo odio que separaba á Antonio de Cicerón ocultábase mal bajo las apariencias de una afectada amistad.

A principios de Abril, el consular, que comprende que su presencia en Roma, inútil para la República, puede ser peligrosa para él, se retira á sus posesiones, en donde reanuda sus

trabajos filosóficos y sus ocupaciones de propietario. Se dedica á edificar en su propiedad de Túsculo; el 9 de Abril habla á Atico de sus albañiles *(structores)*, y añade: «Hasta ahora no ha llegado el liberto de Balbo, Corumbo. Su nombre me es muy conocido; se dice que Corumbo tiene un buen talento como arquitecto».

Pero á Cicerón le absorbían otras preocupaciones distintas de la tardanza del arquitecto que Balbo había de enviarle. De lejos, seguía los acontecimientos; creyó, por un instante, haber encontrado el salvador de la República en Dolabella; escribió al que fué su yerno una carta felicitándole. La reconciliación de Dolabella y Antonio no tardó en quitarle la ilusión aquella. Engañado en sus esperanzas, hubo de buscar en otra parte al que pudiera ser en sus manos el hombre necesario para la salvación de Roma. No había ya que contar con los *liberatores patrice,* Bruto y Casio, á quienes el temor de los veteranos fieles á Antonio tenía alejados del Foro. Cicerón creyó encontrar el providencial salvador en la persona de un joven hasta entonces desconocido, que se insinuaba respetuosamente cerca de él.

En efecto, acababa de llegar á Roma un individuo cuya intervención no temía ó no esperaba ningún personaje político. Era el heredero que César inscribió en primera línea en su testamento, C. Octavio, hijo de C. Octavio pretor en el 61, muerto en el 58, y de la hija de la hermana de Julio César, Julia, y de M. Acio Balbo, Acia, casada después con Filipo. El joven Octavio nació en el 63; á la muerte de su padre, fué educado en casa de su abuela, y César se encargó de terminar la educación de su sobrino. Cuando Octavio se puso la toga viril en el 48, recibió la laticlave, insignia de la dignidad de senador. A principios del 44, cuando César preparaba su expedición contra los partos, envió á Octavio á Apolonia, en Epiro, en medio de las legiones que allí se concentraban, para que se diese á conocer de los soldados. En Apolonia fué en donde aquel joven de diez y nueve años supo la muerte de César y tuvo conocimien-

to del testamento que le instituía en heredero principal é hijo adoptivo del dictador.

Inmediatamente, según la regla que requería que el hijo adoptivo añadiese su nombre como *cognomen* al nombre de quien le había adoptado, toma el nombre de C. Julio César Octavio; se pone en camino para Italia, declara que se encarga de la ejecución de todas las voluntades de César, y se afirma como candidato á su herencia política. Con este título ofrece á su costa, y en nombre del dictador asesinado, combates de gladiadores en las *Palilia,* el 21 de Abril, y en las fiestas de Venus Victrix, el 24 de Julio.

Llegó á Nápoles el 16 de Abril; su primera visita fué para Cicerón, que se encontraba en Cumes. Cautivó con su afectuosa cortesía al anciano, cuyo apoyo deseaba. A su llegada á Roma, muy mal recibido por Antonio, que le trata altivamente, el heredero de César trata de constituirse un partido atrayéndose á los senadores viejos á fuerza de halagos—procedimiento que le salió bien con Cicerón, — y ganándose con larguezas á los veteranos y á las legiones reunidos en Brindisi. De Balbo fué la iniciativa para poner en relaciones á su antiguo amigo con el hijo adoptivo de César. El gaditano, poco seguro en Roma, se unió á la persona del que fué su abogado, cuya protección le era más necesaria que en los tiempos en que se trataba de defender sus derechos de ciudadano romano. Le siguió á su casa de Puzoles. El 19 de Abril del 710-44, Cicerón escribe á Atico: «Balbo está conmigo, y nos encontramos muy á menudo juntos». El 21 de Abril: «Octavio llegó á Nápoles el 20 de Abril. Balbo le vió al día siguiente por la mañana; en el mismo día le vimos juntos en mi casa de Cumes; está dispuesto á aceptar la sucesión de César». El 22 de Abril: «Tengo conmigo, en mi casa de Cumes, á Balbo, Hircio y Pausa. Octavio acaba de llegar; se ha hospedado en casa de Filipo, que está junto á la mía. Octavio me es completamente afecto». En un verdadero consejo de gabinete se reunieron en casa de Cicerón Balbo y Octavio, el confidente íntimo y el heredero de

César; y A. Hircio y C. Vibio Pausa, los dos probados partidarios que el dictador designó para ser cónsules en el 43, y los cuales habían de morir, en el ejercicio de su cargo, al frente de los ejércitos de la República enviados contra Antonio. Cicerón no parece tener una confianza absoluta en los sentimientos de Octavio respecto de él. El 24 de Abril escribe á Atico: «Octavio me trata aquí con tanta distinción como simpatía. Sus íntimos le saludaron con el nombre de César; Filipo no lo hizo, y, por consiguiente, tampoco yo. Es imposible, lo declaro, que Octavio sea un buen ciudadano, porque está rodeado de gentes que no cesan de amenazar de muerte á nuestros amigos, que no cesan de repetir que no puede tolerarse lo que nuestros amigos han hecho. ¿Qué piensas que va á suceder cuando ese joven llegue á Roma, en donde no pueden estar seguros nuestros libertadores?»

Octavio, mientras tanto, dejó á Cicerón para ir á Roma; Balbo acompañó al heredero de César. A fines de Abril, Cicerón escribe á su liberto Tirón que Balbo le comunica que está enfermo de la gota. Esta enfermedad le impide informar á su amigo sobre los acontecimientos que se desarrollan en Roma. Hircio, á quien el anciano orador se complacía en dar lecciones de elocuencia, hace compañía á Balbo. El 11 de Mayo, Cicerón escribe á Atico: «En cuanto á Hircio, á quien Bruto y Casio me piden que le haga mejor, me ocupo de él con gran solicitud; ciertamente, es muy elocuente. Pero vive, habita con Balbo, que es muy elocuente también». El 23 de Mayo, escribe desde su casa de Arpino á Atico: «No he recibido aún ninguna noticia de Balbo». Las recibe algunos días después, por varias cartas. Hircio había salido de Roma en dirección á Túsculo. Por su parte Balbo va á Aquino, en donde no tardará en unírsele Hircio; se supone que ambos van á tomar las aguas. Tal vez el viaje tenía un fin político; en Mayo del 710, Antonio, que en su calidad de *septemvir agris asignandis* conducía á Capua una colonia de veteranos, acampaba en los alrededores de Aquino. Sábese que Octavio logró separar de Antonio

á una parte de los veteranos de César; puede suponerse que Hircio y Balbo habían ido á Aquino no tanto para tomar las aguas como para hacer tentativas cerca de los veteranos de Antonio.

El 1.° de Junio, Cicerón recibe cartas de Balbo y de Hircio; vuelve á recibirlas de Balbo al día siguiente, pero continúa desconfiando de Octavio; y escribe á Atico el 11 de Junio: «He comprobado que Octavio no carece ni de corazón ni de inteligencia; respecto á nuestros héroes, tiene los sentimientos que nos agradan. Pero ¿qué confianza se puede conceder á su edad, á su nombre, á sus disposiciones. hereditarias? Es una grave cuestión».

Cicerón no se atrevía á confiar por completo en Octavio, y tenía razones serias para desconfiar en absoluto de Antonio, que se conducía como tirano. Incapaz de presenciar el espectáculo de ilegalidades y desórdenes que se multiplicaron en Roma, se decide á marchar á Grecia.

Pero se aleja de Italia con disgusto. Permanece algún tiempo en su casa de Arpino, de la que no sale hasta principios de Julio, cuando Antonio, que ha suprimido la dictadura, se conduce con más absolutismo que un dictador. El 7 de Julio está Cicerón en Puzoles. El 13 escribe á Atico lo apurado que está de dinero. «Así es—añade—que no creo haber hecho mal en confiar mi situación á Balbo; le he rogado que me ayudase en el caso de que los cobros no coincidiesen exactamente con los vencimientos. Le he dicho que en este caso se entendiera contigo. No dudarás en hacerlo si reconoces que es necesario». El 20 se embarca en Velies; rechazado por vientos contrarios á la costa, en las cercanías de Regio, las noticias optimistas que le dan en casa de su amigo P. Valerio le animan á volver á Roma, de donde se había alejado con pena. Vuelve á la ciudad el 31 de Agosto; el 2 de Septiembre pronuncia su *Primera Filípica;* después escribe y publica la *Segunda;* y, por temor á Antonio, se retira á sus posesiones, en donde pasa los últimos días de Octubre, todo el mes de Noviembre y los pri-

meros días de Diciembre. El 5 de Noviembre escribe desde su casa de Puzoles á Atico que Balbo le ha hecho saber que puede prolongar su estancia lejos de Roma; los días declarados feriados por Lépido duran hasta el 30 de Diciembre; el Senado no reanudará sus sesiones hasta dicha fecha.

Esta es la última mención del nombre de Balbo que se encuentra en la correspondencia de Cicerón.

En el 43, el menor de los hijos de Pompeyo, Sexto, continuaba en España la resistencia contra los lugartenientes de César. C. Asinio Polión, que estaba encargado de dirigir la guerra, tenía por cuestor á Balbo Menor. Durante el ejercicio de esta cuestura fué cuando se le ocurrió al sobrino del antiguo *praefectus fabrum* hacer que se representase en Gades una *praetexta* que ponía en escena toda la historia de su misión cerca del procónsul Léntulo. El 8 de Junio del 711-43 Polión envía desde Córdoba á Cicerón una carta muy larga, requisitoria en forma contra aquel joven—un verdadero monstruo *(hujusce modi portentum)*—que acababa de fugarse llevándose una fuerte suma sacada del producto de los impuestos, y sin haber pagado siquiera el sueldo de las tropas. Balbo Menor se esforzaba en imitar en todos los actos de su cuestura los actos de la dictadura de César. Después de haber obligado á su adversario político, el caballero Laberio, autor célebre de mimos, á subir á la escena y desempeñar por sí mismo una de sus obras, César le entregó el anillo de oro, distintivo de los miembros del orden ecuestre; y el poeta pudo irse á sentar, frente á la escena en que había representado, en uno de los bancos reservados á los caballeros; el cuestor Balbo entrega el anillo de oro al histrión Herenio Galo y le asigna en el teatro de Gades un puesto en el sitio destinado á la orden ecuestre. César prorrogó su dictadura; Balbo prorroga el *quatuorvirat*, la más importante de las funciones municipales de Gades. Cuando se disponía á marchar á la guerra contra los partos, César nombró magistrados que habían de permanecer en su cargo durante dos años; Balbo celebra en dos días los

comicios de dos años y nombra á quien le place para ejercer durante dos años las magistraturas municipales.

Pero el cuestor se entrega á crueles caprichos desconocidos del dictador. Se convierte en imitador de Verres más aún que de César; hasta aventaja á Verres, porque el propretor de Sicilia no era oriundo de la provincia en donde realizaba sus crueldades; y en la misma ciudad de Gades, en donde nació, se muestra cobardemente feroz con sus compatriotas el cuestor de Polión. Como Verres, el joven Balbo roba, saquea, maltrata á los aliados; afecta la misma indiferencia que el propretor de Sicilia en presencia de un veterano de Pompeyo condenado á ser quemado vivo en medio del circo, y el cual agota sus fuerzas gritando—como, treinta años antes, P. Favio, en medio de la plaza pública de Mesina:—«¡Soy ciudadano romano!» Entrega á las fieras á otro ciudadano romano, dignísimo, empleado en las rentas públicas, bajo pretexto de que su fealdad le desagrada... Polión termina esta larga carta, llena toda con la enumeración de los atropellos y delitos de Balbo Menor, ofreciendo á Cicerón comunicarle, si desea conocerla, la famosa *praetexta* representada en Gades.

En el mes de Junio del 43, Cicerón no estaba de humor de leer aquella obra. Octavio acababa de hacer traición á la causa de los *optimates* para reconciliarse con Antonio y Lépido. El segundo triunvirato se constituía en Octubre. El orador de las *Filipicas,* en las que se dirigían los mayores elogios á Octavio y Lépido, veíase abandonado á la venganza de Antonio, el cual, el 7 de Diciembre, hacía asesinar al ilustre proscrito.

XIV

En el año 58, cuando Cicerón hubo de emprender el camino del destierro, Balbo pudo prodigar á la familia del desterrado los testimonios del más eficaz interés; en el año 49, en los momentos de comenzar la guerra civil, Balbo hizo cuanto

pudo para que Cicerón conservase una imparcial neutralidad; en los últimos meses del año 49, Balbo obtenía de César que Cicerón pudiese volver honrosamente á Roma; en Diciembre del 45, Balbo arreglaba una entrevista muy cordial entre César y Cicerón; en Abril del 44, Balbo tomó la iniciativa para poner en relaciones á su viejo amigo, á su antiguo defensor, con el heredero de César, el joven Octavio. Cuando los triunviros formaron la lista de proscripción en Octubre del 43, le fué aparentemente imposible á Balbo impedir que el nombre de Cicerón figurase en ella. La fría voluntad de Octavio era más poderosa que las apasionadas cóleras de César.

Se está en el caso de suponer que si Balbo hubiese ejercido sobre Octavio la misma influencia que ejerció sobre César, Cicerón se hubiera salvado. Pero Octavio no había tenido á Balbo por *praefectus fabrum;* no le unía lazo alguno á aquel servidor abnegado de la fortuna y de la gloria de César. Parece que durante el período de revueltas en que Octavio vacila entre los enemigos y los partidarios de su padre adoptivo, Balbo se consagra, sin esperanza de recompensa, á la fama de César, su muy querido protector. Si se afilia á Octavio, es porque Octavio es el heredero de César; se da cuenta de que la herencia de César constituirá la fortuna de Octavio. En su XIII *Filipica,* pronunciada el 20 de Marzo del 711-43, Cicerón se indignaba contra la opinión común que proclamaba que el joven Octavio debía toda su autoridad al nombre de César, que le eligió por hijo adoptivo.

Después de la muerte de César, el autor del libro VIII de los *Comentarios* sobre la guerra de las Galias escribía á Balbo:

«He tenido que ceder á tus instancias, mi querido Balbo; puesto que mis diarias negativas te parecían, más que una excusa sacada de la dificultad de la empresa, una derrota procedente de mi pereza, me he impuesto una tarea muy difícil. He continuado los *Comentarios* que nuestro César escribió sobre sus actos en la Galia, sin tener la pretensión de comparar mi

trabajo con los libros precedentes y con los que siguen al período que he tratado. He concluído también el último de los *Comentarios* de César, que dejó sin terminar; lo he tomado desde los acontecimientos de Alejandría, para llevarle no hasta el fin de las disensiones civiles, cuyo término no nos está permitido prever, sino hasta el fin de la vida de César».

Balbo recibía la dedicatoria de un suplemento de las obras históricas de César, compuesto probablemente por Hircio, que había de morir en la guerra contra Antonio, poco más de un año después del dictador, el 27 de Abril del 711-43. Se cree que el mismo Balbo es también autor de un tratado de Historia. Fúndase esta opinión en una afirmación de Julio Capitolino, uno de los colaboradores de la *Historia Augusta,* que dice en la biografía de D. Celio Balbino, emperador durante algunos meses del año 238:

«Balbino pertenecía á una familia muy antigua: decía él mismo que descendía de Balbo Cornelio Teófanes, el cual mereció obtener, gracias á Pompeyo, el derecho de ciudadanía romana, por ser á la vez muy noble en su patria y autor de obras históricas».

Para sentar que el antiguo *praefectus fabrum* de César fué historiador, no hay que conceder gran confianza al texto de Capitolino, que establece una confusión entre Teófanes, agraciado con el derecho de ciudadanía por Pompeyo, en agradecimiento á los panegíricos que debía al historiador de Mitilene, y el hijo adoptivo de Teófanes, Balbo, demasiado joven para haberse dado ya á conocer como *scriptor historiae,* cuando se hizo ciudadano romano. Bayle es tal vez, entre los historiadores de Balbo, el último que se obstina, á pesar de la autoridad de Casaubon, de Vassius y de Fillemont, en admitir que, en el pasaje de Capitolino, «vale más ver al hijo adoptivo que al padre»; es decir, Balbo y no Teófanes. Es seguro que si Balbo hubiese escrito alguna obra histórica en vida de Cicerón, el autor del *Pro Balbo* y de las *Cartas á Atico* no hubiera dejado de aludir á ella en su informe ó en su correspondencia, ya pa-

ra llenarla de elogios, ya para burlarse de ella, según sus disposiciones respecto al autor, en el momento de haber hablado al caso.

Pero en el siglo v, en una *Carta* en la que enumera á los autores que elogiaron á César, el galo-romano Sidonio Apolinario alaba el bello estilo de la *Ephemeris* de Balbo. Sabido es que en tiempos de César y de Cicerón la palabra griega *ephemeris,* que corresponde, poco más ó menos, á la palabra latina *commentarius*, significa un *diario.*

La sinonimia de estos dos términos ha hecho creer á Nipperdey y á Roth que la *Efeméride* de Balbo no es otra cosa que el libro VIII del *De Bello Gallico,* cuyo *Prefacio*, como se ha visto, está dirigido á Balbo por el autor, probablemente Hircio. Pero, entre los historiadores cuya autoridad invoca para atestiguar la exactitud de ciertos episodios de su biografía de César, Suetonio cita á Balbo: *Cujus rei... auctor est Cornelius Balbus, familiarissimus Coesaris.*

Puede conjeturarse que la obra á que alude Suetonio es la misma cuyo estilo había de admirar, tres siglos después, Sidonio Apolinario. La *Balbi Efemeris* era, sin duda, un escrito apologético de los actos de César, mucho más parecido al *Journal* de Dangeau que á las *Memoires* de Saint-Simon.

Si Cicerón hubiera conocido esa *Efemeris*, que no se publicó hasta después de su muerte, es probable que no la hubiese tenido por una autoridad, como lo hace Suetonio; es seguro que no hubiese admirado su bello estilo, como lo hace Sidonio Apolinario. El autor de *Pro Harchia* hubiera tenido, sin duda alguna, buenas razones para notar en la prosa del historiador de Gades la grosería exótica *(pingue quiddam atque peregrinum)* de que se burlaba en los versos de los poetas de Córdoba.

No conocemos de Balbo—y por Cicerón lo conocemos—nada más que las cartas dirigidas al orador y comunicadas á Atico. En esas cartas, dirigidas *tali et tanto viro,* el énfasis español abusa de los superlativos, de las palabras más expresi-

vas y de las exclamaciones más exageradas del vocabulario latino. Balbo afirma que no pide sino morir, con tal de que se salve César; que habrá vivido bastante el día en que haya sido restablecida la paz entre César y Pompeyo. En espera de tan feliz momento, sufre las torturas y el suplicio de la cruz ante el espectáculo de aquellos dos rivales que tiran violentamente en sentido contrario, como los miembros de un cuerpo que se descuartiza; se espanta de la cruel tensión que los cuidados de la política ejercen sobre el espíritu de César. Todas estas hipérboles hacen pensar en las «exclamaciones y admiraciones castellanas» de aquellos «aduladores de la Corte» de Enrique IV, quienes, con gran indignación de Sully, «reiteraban los *¡Jesús Señor!*, y gritaban con voz doliente: ¡Hay que morir!» Balbo, que «reitera» los *me dius fiduis!* y los *mahersule!*, está lejos de descuidar las antítesis preciosas que el *estilo culto* (1) de Góngora había de introducir en el *Hôtel de Rambouillet:* ¿no habla tan congruentemente como podía hacerlo en la cámara azul de la bella Artemisa, de una esperanza desesperadísima, *spes desperatissima?*

Cicerón se burla de las sonoras palabras de su desgraciado amigo, siempre en tortura. Y en una carta á Atico, después de haber hablado de Balbo, añade: «No te digo más, para no someterte á ti también al suplicio de la cruz».

Hay motivo para suponer que la obra histórica de Balbo era un panegírico sincero, pero exagerado, de César, redactado en un estilo del que las cartas conservadas por Cicerón nos permiten formarnos una idea. Si se puede fijar entre el mes de Marzo del 710-44, fecha de la muerte de César, y el mes de Abril del 711-43, fecha de la muerte de Hircio, la dedicatoria del libro VIII de la *Guerra de las Galias*, dirigida á Balbo, es imposible establecer en qué año publicó el último su *Efeméride.*

(1) En español en el original.

XV

Los datos sobre los últimos años de la vida de Balbo son muy raros. Sábese por los *Fastos Consulares* que, habiendo abdicado los dos cónsules del año 714-40, Cn. Domicio Calvino y C. Asinio Polio, L. Cornelio Balbo y P. Canidio Craso fueron *consules suffecti* para el resto del año. El tratado de Brindisi acababa de poner fin á la cruel y estéril guerra de Perusa. Octavio y Antonio querían estar representados en el consulado por hombres abnegados que fuesen *hominos novi,* sin pasado político. El antiguo *praefectus fabrum* de César no había ejercido ningún cargo. Lugarteniente de Lépido en Galia, luego de Antonio, tampoco C. Canidio Craso ha recorrido el *cursus honorum* que conducía regularmente al consulado. En la época de perturbación que siguió á la muerte de César, no era raro ver llegar de un salto al consulado á hombres que no habían desempeñado ninguna magistratura, que ni siquiera tenían la edad legal que se requería para los candidatos á tan elevada función. Así, para no tomar ejemplos sino en la familia de Cicerón, que llegó regularmente al consulado en el 697-63, á los cuarenta y cuatro años de edad, el yerno y el hijo del gran orador, P. Cornelio Dolabella y M. Tulio Cicerón, fueron cónsules, el primero en 710-44, á los veinticinco años, el segundo en 724-30, á los treinta y cinco, sin haber pasado ni uno ni otro por las magistraturas que debían preceder al consulado. Pero, lo que es de notar, sobre todo en el caso de Balbo, es que el *consul suffectus* del año 714-40 no era de origen latino: «Balbo Cornelio mayor—escribe Plinio—fué cónsul; es el primer extranjero, ¿qué digo?, el primer hombre nacido á orillas del Océano que obtuviera un honor negado por nuestros antepasados hasta á los habitantes del Lacio».

No conocemos nada de los actos del cónsul Balbo. Una inscripción prueba que, durante un año de magistratura, fué elegido como *patronus* por los habitantes de Capra, á los cuales,

sin duda, con su habitual bondad hubo de prestar algún servicio notable.

Uno de los *consules suffecti* del año 714-40, C. Canidio Craso, condenado por Octavio después del suicidio de Antonio, fué muerto en el año 30; marchó á la ejecución, dice Veleyo Patérculo, con menos energía de la que se hubiera podido esperar de sus declamaciones. Ignoramos si el colega de Canidio en el consulado vivía aún en el año 30. La última mención que se refiere á Balbo es del año 722-32. Por esta fecha fué cuando Atico, presa de los intolerables dolores de una enfermedad mortal, recurrió á sus parientes y amigos para anunciarles su resolución de dejarse morir de hambre. Sobrevino, en efecto, la muerte al cabo de cinco días, el 31 de Marzo. L. Cornelio Balbo fué uno de los íntimos llamados por Atico el 26 de Marzo de 722-32. Nacido por el año 654-100, Balbo tenía unos setenta años á la muerte de Atico; no se sabe si sobrevivió mucho tiempo á su amigo.

Dion Casio, que nos indica el año en que murió Balbo, habla de la generosidad de sus disposiciones testamentarias respecto al pueblo romano. César legó 300 sestercios; el antiguo *praefectus fabrum* de César dejó 25 dineros á cada uno de los ciudadanos de Roma. El *denarius numenus*, que valió al principio 10 as, valía 16 al final de la República; en la misma época el valor del *numenus sestertius* pasó de 2 as ½ á 4 as. Si César legó 1.200 as, ó sean 60 pesetas, Balbo legaba 400, ó sea 20 pesetas, á cada uno de los ciudadanos romanos; es decir, como observa M. Jullien, con razón, á cada uno de los ciudadanos indigentes que tomaban parte en las distribuciones de trigo. Según el monumento de Ancira, durante el principado de Augusto, los ciudadanos indigentes eran 250.000. Si el testamento de Balbo asignaba 25 dineros á cada uno de aquellos indigentes, el conjunto de las liberalidades del caballero de Gades convertido en romano para con sus nuevos conciudadanos se elevaba á unos cinco millones de pesetas. Es probable que Balbo hiciese, como era costumbre, importan-

tes legados á sus amigos, y sobre todo al emperador, que—Suetonio lo dice—recibió de sus amigos sumas inmensas á título de legados.

Los bienes personales del caballero de Gades, los regalos hechos por Pompeyo y por César á su amigo, la hábil administración de una fortuna aumentada constantemente, permitían al antiguo intendente del procónsul de las Galias dejar, además de los cinco millones de pesetas distribuídos al pueblo, legados, cuyo valor ignoramos, pero que debían de ser considerables, á sus amigos y al emperador, sin dañar, sin embargo, los intereseses de Balbo Menor, su sobrino, que debía de ser también su hijo adoptivo.

En el *Pro Balbo,* Cicerón reconoce que su cliente, una vez adoptado por Teófanes, sacó de esa adopción la ventaja de recoger las herencias de personas unidas por parentesco al hijo adoptivo del favorito de Pompeyo. Se ha supuesto que hasta heredó de personas que le eran completamente extrañas; dícese que se vió enriquecido, en circunstancias extraordinarias, por el testamento de uno de sus enemigos, ó más bien de una de sus víctimas. Valerio Máximo habla de un tal L. Valerio Heptacordo, el cual, después de haber sido víctima durante toda su vida de los malos procederes de Cornelio Balbo, con la razón extraviada por estas continuas persecuciones, designó como único heredero al enemigo que le suscitó numerosos procesos é intentó una acusación capital. Abraham Torrenius, en las notas de la edición de Valerio Máximo, que dió á Leyde en 1726, admite que se trata de Balbo Mayor: la bondad bien conocida del *praefectus fabrum* de César no permite semejante suposición: aquel hombre amable y benévolo no pudo ser el perseguidor de L. Valerio Heptacordo.

Pero lo que la carta de Asinio Polión á Cicerón nos enseña del carácter de Balbo Menor autoriza á suponer que el émulo de Verres pudo muy bien tratar á L. Valerio como trataba á sus compatriotas de España. De todos modos, cualesquiera que sean los orígenes de su riqueza, el hijo adoptivo de Balbo Me-

nor era uno de los ciudadanos más ricos de Roma en tiempos del principado de Augusto.

Cuestor en España el año 711-43, Balbo Menor volvió á la provincia como propretor en 715 ó 716, después de haber ejercido la pretura en 114 ó 715. Conócese un *numenus denarius*, acuñado en España, cuyo anverso lleva la efigie de Octavio con esta inscripción: C Caesar III Vir R. P. C.—y el reverso, la maza de Hércules rodeada de las palabras Balbus Pro Pr. Desde José Eckhel hasta Alois Heiss, todos los numismáticos que se han ocupado de esta moneda admiten que la inscripción Balbus Pro Pr. se refiere á Balbo Mayor, que ejercería la propretura en España. Pero M. Jullien hace observar, con razón, que España no fué asignada al triunviro Octavio hasta el año 712-42, en virtud de un convenio estipulado con Antonio después de la batalla de Filipos, y que los propretores enviados por Octavio á la provincia fueron C. Albio Carrinas para el año 713-41 y L. Antonio para el año 714-40. Balbo Mayor, cónsul durante este mismo año de 714-40, no pudo, por consiguiente, antes de su consulado, haber sido propretor de la provincia de España, que no se asignó á Octavio hasta fines del 712-42. De otra parte, á partir del año 716-38, Octavio dejó de usar el nombre de *Cayo* que lleva la inscripción del *numenus denarius*, en que se trata del propretor Balbo. El Balbo que fué propretor en España, siendo triunviro C. César, no puede ser otro que Balbo Menor, que ejerció su cargo en 715-39 ó en 716-38, después de haber sido pretor el año precedente. Cuestor en España el año 686 68, César volvió á la provincia como propretor en 693 61. L. Cornelio Balbo Menor volvió en 715 ó 716 á la provincia en que fué cuestor en 713. Pero si sabemos por la carta de Asinio Polián á Cicerón de qué manera ejerció la cuestura, nos faltan en cambio en absoluto los datos sobre la propretura.

En 722-32—el año mismo en que Balbo Mayor asistía á los últimos momentos de su amigo Atico—nos encontramos á Balbo menor de *consul suffectus*. Más adelante, como procónsul de

Africa, dirigió contra los garamantes una expedición memorable, cuyos triunfos relata Plinio.

«En el camino que conduce á los desiertos de Africa se encuentra la Fazania. Allí nuestras armas sometieron á la nación de los fazanios y á las ciudades de Atelés y de Cilaba, así como Cidamo, enfrente del territorio de Labrata. De esta región parte una cadena de montañas que, en una larga extensión del país, va de Oriente á Poniente. Le hemos dado el nombre de Montañas Negras, ya porque naturalmente esas montañas parecen quemadas, ya porque deben tal apariencia á la acción de los rayos del sol. Más allá están los desiertos; después Matelgae, ciudad de los garamantes; Debrir, en donde brota un manantial, cuyas aguas hierven de medio día á media noche, y están muy frías de media noche á medio día; la célebre ciudad de Garama, capital de los garamantes. Todas estas comarcas fueron vencidas por las armas romanas; esta victoria valió el triunfo á Cornelio Balbo, el único extranjero que haya obtenido los honores del carro triunfal. Nacido en Gades, recibió el derecho de ciudadanía al mismo tiempo que su tío Balbo Mayor. Es de notar que los autores romanos no han citado como ciudades por él conquistadas sino las que yo he mencionado. Pero en su triunfo, además de Cidamo y Garama, Balbo hizo figurar los nombres y las representaciones de las ciudades que sometió, según este orden: la ciudad de Tabidio, la nación Niteris, la ciudad de Negligemela, la nación ó la ciudad de Bubeyo, la nación de los Aripos, la ciudad de Tuben, la Montaña Negra, las ciudades de Nitibro y de Rapsa, la nación Dricera, la ciudad de Debris, el río Natabur, la ciudad Tapsago, la nación de los Nanagos, las ciudades de Boin y de Pegé, el río Daribari; seguían después las ciudades de Bauzcum, de Bulula, de Alari, de Balsa, de Galla, de Maxala, de Zizama; iban precedidas por el monte Giro, en donde, según el cartel de su representación figurada, nacen las piedras preciosas. Hasta entonces no había ningún camino trazado que condujese al país de los garamantes, porque los bandidos de

esa nación llenaban de arena los pozos que se encontraban sin cavar mucho, por poco que se conozcan los lugares. En la última guerra de los romanos contra los oecus, bajo los auspicios del emperador Vespasiano, se ha encontrado una ruta que acorta el trayecto en cuatro jornadas. Esta ruta se llama *Más allá de la cabeza de la roca* (*prater caput saxi*).

Cornelio Balbo fué el que condujo la primera expedición romana al través del Fezzán (Fazania), y el que abrió un camino militar hasta Garama. La importancia de esta expedición la ha apreciado la Geografía moderna. «Balbo—dice Duruy—avanzó sobre las huellas de los antiguos mercaderes cartagineses hasta Fezzán, vasto oasis protegido contra el desierto por una cadena de montañas que no se abre hasta el Occidente. En todas las épocas, ese oasis, situado á catorce jornadas de camino de Trípoli, ha sido el principal mercado del África septentrional. Es el punto de encuentro de todas las caravanas procedentes de Marruecos y de Egipto, del Sudán y de las márgenes del Mediterráneo; cuenta cien poblados. Balbo incorporó este país al África romana, y todavía hoy se ve en su frontera, en el pozo de Bonjem, un edificio romano construído por enormes bloques de roca; era una estación de las tropas imperiales».

Los *Fasti Triumphales* colocan en el año 735-19 el triunfo otorgado á Balbo, *proconsul ex Africa,* por su victoriosa expedición contra los garamantes y los fazanios. Virgilio asistió probablemente á ese triunfo, que se celebró en los últimos días del mes de Marzo, y cuya magnificencia había de evocar Plinio. En la *Égloga VIII,* compuesta en 715-39, el poeta había hablado de los garamantes, habitantes de las comarcas situadas en el extremo del mundo conocido, *extremi garamantes.* En uno de los últimos pasajes que escribió el autor de la *Eneida,* que había de morir el 21 de Septiembre del 735-19, hacía que Anquises predijera á Eneas que César Augusto, hijo de un dios, volvería á traer la edad de oro al Lacio, gobernado en otro tiempo por Saturno, y extendería su imperio sobre los garamantes y los

indios, en aquellas regiones colocadas más allá de los signos celestes, más allá de los caminos del sol y del año, en donde el poderoso Atlas lleva sobre sus hombros el cielo en el que están fijas las centelleantes constelaciones. Los indios designan aquí á los pueblos del extremo Oriente; la predicción de Anquises alude á la sumisión de Fraates, rey de los partos, que entregó á Augusto los estandartes de Creso en 734-20, el mismo año en que un procónsul, oriundo de Gades, recogía la tradición de sus remotos antepasados, los colonizadores fenicios, para explorar, al frente de un ejército romano, y someter al Imperio los oasis de la Tripolitana y del Fezzán, en donde, muchos siglos antes, los audaces comerciantes de Tiro establecieron sus mercados é hicieron penetrar la civilización.

A los seis años de haber obtenido los honores del triunfo, en 741-13, bajo el consulado de Tiberio Claudio Nero—el futuro emperador Tiberio—y de P. Quintilio Varo, Balbo inauguró un teatro que construyó al lado del Pórtico cenimcio, á orillas del Tíber, por invitación de Augusto, que no cesaba de exhortar á los principales ciudadanos á que ornasen la ciudad, cada cual según sus medios, con nuevos monumentos. El emperador pedía á los grandes personajes que consagrasen al embellecimiento de Roma lo superfluo de sus riquezas ó una parte del botín conquistado por ellos sobre los enemigos. El sobrino de Balbo Mayor, el vencedor de los fazanios y de los garamantes, no se negó á gastar una parte de las inmensas riquezas heredadas de su tío ó conquistadas en su expedición á África en edificar un vasto teatro que podía contener treinta mil espectadores. Roma poseía ya el teatro de Pompeyo, el primer edificio de este género construído de piedra, que databa del 693-61, y el teatro de Marcelo, dedicado por Augusto en memoria de su sobrino, muerto en el año 731-23. Plinio habla de cuatro columnitas de ónice que Balbo puso en su teatro, y que los contemporáneos admiraron como maravillas; tales columnas procedían sin duda del Fezzán. En el siglo IV el galo-romano Ausonio, uniendo en un mismo elogio á los fundado-

res de los tres teatros de Roma, recuerda que, «cuando los hombres poderosos, que no retrocedían ante el gasto, creyeron eternizar su nombre elevando sobre cimientos de piedra los edificios que habían de permanecer para siempre abiertos á los juegos de la escena, aparecieron esos inmensos teatros de innumerables gradas dados al pueblo por Pompeyo, por Balbo, por Augusto, que rivalizaban en magnificencia».

Treinta años antes de donar su teatro, Balbo había hecho representar en Gades una *praetexta* que celebraba sus hazañas durante la guerra civil entre César y Pompeyo. En el año 741-13 ya no estaban de moda las *praetexta*. En la *Epístola* que dirige á Augusto, en el año 14 ó en el 13, Horacio declaraba con pena que todo, en una obra teatral, se sacrificaba al placer de los ojos, que los poetas dramáticos renunciaban á que se representase una tragedia ante un pueblo tan atento como podía serlo un asno sordo. La pompa del triunfo de Balbo, tan teatral al decir de Plinio, hubiera proporcionado fácilmente los motivos de una de aquellas obras de gran espectáculo, cuyo aparato encantaba al público, incapaz de seguir la acción de una tragedia ó de una comedia: desfile de infantes y de jinetes del Fezzán y del país de los garamantes; largos cortejos de prisioneros con trajes pintorescos; abundancia de animales feroces de los desiertos africanos; nada hubiera faltado para mantener durante más de cuatro horas—*quattuor ant plures in horas*—maravillados los ojos del pueblo romano.

Es probable que la gravedad del procónsul de Africa se abstuviese de inhibiciones en las que se hubiera complacido, treinta años antes, la juvenil exuberancia del cuestor de España. Por lo menos, los autores antiguos no nos dicen que el vencedor de los garamantes hiciese representar en su teatro una obra referente á su triunfo.

Sabemos que Balbo se ocupaba en obras literarias de un género serio; publicaba trabajos sobre arqueología religiosa. Macrobio cita un pasaje del Libro XVIII de las *Exegetica* de Cor-

nelio Balbo, en el que se dice que los preceptos religiosos prohibieron siempre la institución de un *lectisternium* en el Ara Máxima. Este pasaje de las *Exegetica* parece el comentario de los versos de la *Eneida* que refieren el origen del sacrificio anual ofrecido á Hércules en el Ara Máxima. En su *Comentarius in Virgilius,* Servio cita, á propósito del dios Himeneo, una tradición particular, que probablemente la toma de las *Exegetica*. «Cornelio Balbo dice que el hijo de Magnas, Himeneo, hábil músico, dotado de femenina belleza, murió en los momentos en que celebraba con sus cantos religiosos la unión del dios Liber y de Antea. Al hacerla morir así, los dioses la asignaron el honor de que su nombre fuese en adelante el de la divinidad que presidiera las ceremonias imperiales.»

El sabio exégeta de las antiguas prácticas del culto latino y de las tradiciones mitológicas de la religión greco-romana fué, al decir de Veleyo Patérculo, miembro del colegio de los pontífices. La afirmación del historiador, poco segura en sí misma, puesto que se encuentra en un pasaje que contiene numerosos errores, se encuentra, sin embargo, confirmada por unas medallas de Gades.

Ignoramos hasta qué fecha se prolongó la vida de Cornelio Balbo. De unos veinte años cuando negociaba con el cónsul Léntulo, en 705-49, debía de tener cerca de sesenta años cuando dedicó su teatro en 741-13. Después de esta fecha, no encontramos ninguna mención de Balbo. Pero el recuerdo del procónsul de Africa y de los servicios que prestó á César, y sobre todo á Augusto, debía sobrevivirle.

XVI

Cuando publica los anales, entre el año 115 y el año 117, Tácito recuerda á la vez que Balbo Mayor fué uno de los hombres á quienes la voluntad de César instituyó en árbitros soberanos de la paz y de la guerra, y que Balbo Menor construyó,

á instigación de Augusto, un teatro magnífico. El historiador une al tío y al sobrino en un mismo elogio. En el año 48, el emperador Claudio pronunció en el Senado un discurso en el que pedía para los habitantes de la *Gallia Conata* el derecho de llegar á los honores en Roma. Este discurso se encontró en Lyon, en 1528, grabado en una plancha de bronce. El emperador habla de los extranjeros que llegaron á ser reyes de Roma en los tiempos más remotos, después de ciudadanos eminentes de las colonias, á los que Augusto y Tiberio hicieron que entrasen en el Senado: «Ved, dice, la colonia de Viena, tan distinguida, tan poderosa, que desde hace años da senadores á esta asamblea. En esa colonia nació uno de los más notables ornamentos del orden ecuestre, L. Vestino, á quien deseo conservar en mi intimidad; os pido que sus hijos disfruten desde luego de los honores por los que se empieza en el sacerdocio, en espera de que con la edad lleguen á puestos más elevados.» El discurso arreglado por Tácito modifica esta frase, en la que no se hablaba más que de L. Vestino, oriundo de Viena, en la Galia Narbonense, de la siguiente manera: «¿Nos lamentamos de haber visto pasar por Roma á los Balbos, que procedían de España, y á otros hombres no menos ilustres que pertenecían á la Galia Narbonense? Sus descendientes permanecen entre nosotros, y en tocante á amor á la patria romana no nos lo ceden en nada.» No es el emperador Claudio, que no hablaba más que de L. Vestino, sino el historiador Tácito quien hace esa lisonjera alusión, sin duda á algunos descendientes de Balbo, que, en el año 115, hubieran de distinguirse por su abnegación al imperio.

Nada sabemos del papel de los Balbos bajo Trajano; pero medio siglo después encontramos un Cornelio Balbo, que ocupaba una elevada posición en el ejército y que gozaba de gran crédito cerca de Marco Aurelio. Este Balbo se interesaba por Pescenio Niger, que había de llegar al Imperio en 193; escribió en su favor una carta de recomendación á Marco Aurelio, que le respondía: «Me hacen el elogio de Pescenio; reconozco su

mérito, porque ya tu predecesor me dijo que era bravo, de una conducta austera, y que merecía ser más que simple soldado. Así, pues, he enviado para que se lean ante las tropas unas cartas que, con arreglo á mis órdenes, le pondrán al frente de trescientos armenios, cien sármatas y mil soldados romanos. Te incumbe el que expliques bien al ejército que no es la intriga—cosa que no convendría á nuestras costumbres,—sino el mérito de ese soldado lo que eleva á Pescenio á un grado que mi abuelo Adriano y mi bisabuelo Trajano no concedieron nunca sino á los hombres de relevantes servicios.»

En tiempos de Marco Aurelio, un descendiente de Balbo podía recomendar con buen éxito á un soldado que había de llegar á emperador. A los cincuenta y ocho años de la muerte del príncipe filósofo, un hombre que se jactaba de contar entre sus antepasados al antiguo prefecto de obras de César debía ser á su vez emperador. D. Celio Balbino sucedía á Gordiano, cuya hija Mecia Faustina se había casado con el consular Junio Balbo, que descendía tal vez del caballero de Gades. El nuevo emperador se jactaba de ser muy noble, de pertenecer á una antiquísima familia (*nobilissimus, vetustissimae familiae*). Al decir de su biógrafo, Balbino confundió á Balbo con Teófanes, puesto que se daba como antepasado al historiador que mereció obtener, gracias á Pompeyo, el derecho de ciudadanía romana.

Sea como fuere, el sexagenario que era llamado al Imperio en el año 238 fué cónsul como Balbo Mayor y como Balbo Menor. Como Balbo Mayor, supo por su bondad, por su discreción, por su moderación, granjearse el afecto de todos (*bonitate, iniuria sanctitate ac veracundia ingentem sibi amorem conciliaverat*), y no le faltaba nada de lo que había de hacerle grato al pueblo y al Senado (*nec quidquam defuit quod illum populo commendabilem redderet; amabilis etiam Senatui fuit).* Era, como parece que lo fué Balbo Mayor, amigo de todos los géneros de voluptuosidad: el vino, la comida, los placeres del amor *(in voluptatibus minuis... praecipiti usu vini, sibi rei ve-*

nera avidus). Como los dos Balbos, y más aún, sin duda, que los primeros de su raza, se vió ayudado por la inmensa fortuna que recibió de sus antepasados, y aumentada merced á las numerosas herencias que recogiera (*quem quidem adjuvabat divitiarum abundantia, nam erat a majoribus dies et multa haereditatibus per se ipse collegerat)*. Como Balbo Mayor, autor de la *Efemeris;* como Balbo Menor, autor de las *Exegetica,* D. Celio Balbino gustaba y cultivaba las letras: distinguido por su elocuencia, ocupaba el primer puesto entre los poetas de su tiempo *(eloquentia clarus poemate inter sui temporis poetas precipuus)*.

*
* *

Cicerón se indignaba en su tiempo ante la idea de que su amigo Balbo, aquel caballero oriundo de Gades, en España, tuviese la pretensión de entrar en el Senado; unos trescientos años después de las proscripciones del 43, en las que el orador de las *Filípicas* había de hallar la muerte, y de las que debía salir el poder imperial, uno de los descendientes de Balbo era llamado á ser *princeps Senatus* y á ejercer, como sucesor lejano de Augusto, aquel *imperium* que César no pudo constituir para sí mismo.

Cicerón se burlaba de los versos latinos compuestos por los poetas de Córdoba, aquellos versos cuya ruda latinidad se resentía, según él, de su origen exótico; cosa de un siglo después de la muerte del gran orador, un joven poeta español, de Córdoba, Lucano, componía una epopeya histórica cuyo brillo oratorio hacía resaltar la penosa latinidad del poema *De temporibus suis,* en el que el cónsul del año 63 pretendía escribir para la posteridad la historia poética de su gran año. Algún tiempo después de la muerte de Lucano, otro poeta español, Marcial, de Bílbilis, en la Tarraconense, debía distinguirse en Roma en ese género del epigrama que el orador de *Pro Murena* probó con mejor celo que éxito.

Cicerón se burlaba de los oradores españoles de la Tarraco-

nense, que componían groseramente sus discursos en latín. Cuando la elocuencia política, pacificada por el Imperio, hubo de ceder definitivamente el puesto á la declamación, la familia española de los Séneca, de Córdoba, se hace famosa en los ejercicios de la escuela que ha sucedido á las luchas del Foro, en donde Cicerón triunfaba. En filosofía, uno de los Séneca, tío del poeta Lucano, es el verdadero sucesor latino de Cicerón, cuyas doctrinas retóricas combate. En fin, durante los últimos años del primer siglo de la era cristiana, el representante más eminente de la prosa latina es un español, de Calagurris, en la Tarraconense, Quintiliano, quien, en su *Institutio oratoria,* pretende completar y adaptar á su tiempo los preceptos dados en otra época por el autor del *De orature* y del *Orator*. El compatriota de los oradores de la Tarraconense, puestos por Cicerón en ridículo, es el autor de la restauración ciceroniana. Proclama que el estudiante de retórica debe tener siempre á la vista las obras de Cicerón, y proponérselas como ejemplo; cuando se apasione por el maestro, será una prueba de que ha aprovechado la enseñanza de Quintiliano, discípulo y sucesor del orador romano.

H. de la Ville de Mirmont

EN LA NIEBLA

Desde el amanecer, y durante todo el día, se extendió por las calles una niebla singularmente inmóvil. Era una bruma ligera y trasparente que no ocultaba las cosas, pero que revestía cuanto tocaba de un matiz amarillento turbio, al través del cual el encarnado fresco de las mejillas de las mujeres y los colores vivos de sus galas aparecían sombríos y precisos, como un velo negro.

Hacia el Sur, allí en donde una cortina de nubes interceptaba el paso del sol bajo de Noviembre, el cielo estaba claro, más claro que la tierra, mientras que por el Norte palidecía y se ensombrecía progresivamente, y, semejante á un amplio ropaje, presentaba, al acercarse al suelo, un tono amarillo negruzco y opaco como la noche. Sobre aquel fondo oscuro resaltaban, con matices de un gris claro, los edificios lejanos, y las dos blancas columnas que marcaban la entrada de un jardín, azotado por el otoño, parecían dos pálidos cirios erguidos junto á un cadáver. Pies groseros habían hollado los macizos de aquel jardín, y en sus quebrados tallos agonizaban lentamente, entre la niebla, flores tardías de enfermizo tinte.

Los transeuntes apresuraban el paso por las calles; todos los rostros se mostraban sombríos y taciturnos. Era triste y extraordinariamente angustioso aquel día espectral que desfallecía entre la bruma.

En el comedor habían dado ya las doce; sonó después la media, y en el cuarto de Pablo Ribakof apenas si entraba la

luz de un crepúsculo amarillento. Amarilleaban también como marfil viejo los cuadernos y los papeles diseminados en una mesa. Un problema de Algebra no resuelto, trazado sobre una hoja, ofrecía un aspecto tal de vetustez, de abandono y de inutilidad, con sus embrolladas cifras y sus enigmáticas letras, que no parecía sino que pesaban sobre él numerosos años de tedio; un aspecto semejante ofrecía el rostro de Pablo, tumbado en la cama.

Tenía sus robustos brazos, que mostraba desnudos hasta cerca del codo, cruzados bajo la cabeza, y un libro abierto, con el canto hacia arriba, descansaba sobre su pecho; sus ojos melancólicos miraban obstinadamente las molduras pintadas del techo, cuyos tonos chillones tenían algo de enojoso, de cansado, y evocaba á docenas las personas que vivieran en aquella casa antes de los Ribakof, que allí durmieron, hablaron, pensaron en cosas que les eran propias, y que dejaron en toda la habitación su huella extraña. Y aquellas gentes recordaban á Pablo cien otras cosas: los profesores y los compañeros, las calles animadas y ruidosas, por las que pasan mujeres.

—¡Cuánto me aburro!... ¡Cuánto me aburro!...—dijo Pablo, arrastrando las palabras; cerró los ojos, y se estiró hasta tocar con las puntas de sus zapatos los barrotes de hierro de la cama. Frunció las cejas, y todo el rostro se contrajo en un gesto de dolor y de disgusto, que alteró y deformó extraordinariamente sus facciones. Cuando desaparecieron las arrugas, el rostro de Pablo apareció tal como era: joven y bello. Eran, sobre todo, bellos los pronunciados contornos de sus gruesos labios: tenían la delicada pureza de los de una joven.

Pero lo más penoso era permanecer echado, y ver, en la oscuridad de los ojos cerrados, la misma cosa horrible que hubiera querido olvidar para siempre; los ojos de Pablo se abrieron con esfuerzo, y su mirada vaga dió á su rostro cierta expresión de envejecido y de inquieto.

—¡Pobre muchacho! Soy un pobre muchacho.

Compadecíase á sí mismo en alta voz, y, volviendo los ojos hacia la ventana, buscó la luz con avidez. Pero no la había, y la amarillenta sombra, deslizándose obstinadamente al través de los cristales, se esparcía por la habitación como una cosa tangible, que se hubiera podido palpar con los dedos. De nuevo el techo atrajo la mirada de Pablo.

La moldura de la cornisa representaba una aldea rusa; resaltaba el ángulo de una choza absolutamente contraria á la realidad: al lado había un campesino con una pierna alzada y empuñando un bastón mayor que él, mientras que el mismo campesino era, á su vez, más alto que la choza; venía después una iglesia estrecha, colocada al sesgo, y al lado de un carro enorme, tirado por un caballo tan pequeño que se le hubiera tomado por un perro corriendo, más bien que por un caballo; tenía, por lo demás, un hocico puntiagudo como el de un perro. Luego se repetían de nuevo, en el mismo orden, la choza, el corpulento campesino, la iglesia y el enorme carro; y así sucesivamente alrededor del cuarto. El conjunto sucio de la cornisa se destacaba sobre un fondo rosado, sucio también, desagradable y obsesionante, que recordaba no el campo, sino una vida triste y desprovista de sentido. Inspiraba repulsión aquel obrero desconocido que moldeó una aldea sin ponerle un árbol.

—¡Si pudiera almorzar en seguida!—murmuró Pablo, aunque no tuviese nada de hambre; y se movió con impaciencia.

Este movimiento hizo que cayera el libro, cuyas hojas pasaron rápidamente; pero Pablo no extendió la mano para recogerle. En el lomo negro se leía: *Buckle, Historia de la civilización,* y esto recordaba algo viejo: una multitud de gentes tratando, desde los tiempos más remotos, y sin lograrlo, de organizar su existencia, esa existencia en la que todo nos es incomprensible, y que se realiza como movida por una necesidad cruel.

Entonces apareció también la cosa dolorosa, abrumadora

como un crimen cometido, en la que Pablo no quería pensar. Deseó tan ardientemente la luz amplia y clara, que hubo como relampagueos en sus ojos. Saltó de la cama, y evitando el libro, que yacía por el suelo, se puso á tirar de los cortinones que adornaban la ventana, tratando de apartarlos lo más posible.

—¡Al diablo!—murmuró; y lanzó el paño hacia atrás; pero como los cortinones eran pesados, volvieron á caer suavemente en pliegues iguales é indiferentes. Después, fatigado, agotada toda su energía, Pablo alzó con negligencia el paño, y se sentó en el borde frío de la ventana.

Seguía reinando la niebla, y por encima de los tejados grises el cielo era de un amarillo lúgubre, que proyectaba una sombra sobre las casas y sobre la calzada. Una semana antes habían caído las primeras nieves, se habían fundido, y desde entonces el piso estaba cubierto de un lodo viscoso, espeso. Aquí y allá, algunos charcos reflejaban el cielo y lucían con un brillo sombrío y equívoco; los coches temblaban y trepidaban al rodar por aquel piso. No subía el ruido: moría entre la niebla, impotente para alejarse del suelo, y aquel movimiento silencioso, bajo el cielo oscuro, entre las casas sombrías y húmedas, parecía sin objeto y enojoso. Pero entre los transeuntes y en los coches había mujeres, cuya presencia daba á la escena un sentido inquietante y secreto. Iban á cualquiera clase de asuntos, eran semejantes á seres vulgares y poco dignos de interés, pero Pablo percibía la individualidad misteriosa y terrible de aquéllas; permanecían ajenas al resto de la multitud, y no se disolvían en ella; pero eran semejantes á chispas en las tinieblas. Además, todo convergía hacia ellas: las calles, las casas y las gentes; todo aspiraba á ellas; todo las codiciaba, y, sin embargo, permanecían enigmáticas. La palabra «mujer» estaba impresa con caracteres de fuego en el cerebro de Pablo; era la primera que veía en cada página vuelta; las gentes hablaban en voz baja; pero cuando les acudía á los labios la palabra «mujer», se hubiera dicho que gritaban,

y era para Pablo la palabra más incomprensible, la más fantástica y la más terrible.

Con mirada viva y recelosa examinaba á cada mujer, considerándola como si estuviese dispuesta á acercarse á una casa para volarla con todos sus habitantes ó realizar alguna acción más atroz todavía.

Sin embargo, cuando su mirada caía por casualidad sobre un bonito rostro femenino, Pablo se inclinaba hacia la transeunte, tomaba una expresión seductora y graciosa, y sus ojos le ordenaban que se volviese hacia él. Pero la mujer no obedecía, y entonces el pecho del joven volvía á quedar vacío, sombrío y siniestro como una casa desierta por donde la peste ha pasado, matando cuanto en ella vivía y cerrando puertas y ventanas.

—¡Cuánto me aburro!—volvió á exclamar Pablo con perezoso acento; y dejó de contemplar la calle. Al lado, en el comedor, se oían desde ya hacía tiempo ruidos de pasos, de voces, de vajilla entrechocada. Después se calló todo y repercutió la voz del amo: era la de Sergio Andreievitch, el padre de Pablo; tenía una voz grave, gutural, condescendiente. Desde las primeras entonaciones, agradables y suaves, se sentía, por decirlo así, un olor de cigarros buenos y de ropa blanca limpia. Pero en aquel momento la voz resonaba como si se hubiese roto ó resquebrajado algo en ella, como si la desagradable bruma, de un amarillo sucio, hubiese penetrado en la garganta de Sergio Andreievitch.

—¿Y nuestro joven, descansa todavía?

Pablo no oyó la respuesta de su madre.

—¿Y no se ha dignado, por lo visto, ir al oficio divino ó á sus clases?

Tampoco se oyó la respuesta.

—Naturalmente—continuó el padre con ironía,—la costumbre ha arraigado, y...

El fin de la frase no llegó hasta Pablo, porque Sergio Andreievitch se debía de haber vuelto de espaldas; pero sin duda

se dijo algo gracioso, porque Lilia se echó á reir ruidosamente. Cuando el padre de Pablo experimentaba contra éste un descontento oculto, le reñía por levantarse tarde los días de fiesta y faltar á misa, aun cuando fuese él mismo completamente indiferente á las cosas religiosas y no hubiera estado en la iglesia desde hacía veinte años, es decir, desde que se casó. Desde principios de verano, cuando llegaron al campo, mostrábase enojado con Pablo, y éste creía haber adivinado el porqué.

Sin embargo, aquel día el joven se encogió de hombros, exclamando:

—¡Que diga lo que quiera!

Cogió un cuaderno de la mesa y simuló leer. Pero sus ojos se dirigían hacia el comedor con una expresión hostil y vigilante, como la de un hombre habituado á ocultarse y á estar constantemente en guardia.

—Llama á Pablo—dijo el padre.

—¡Pablo! ¡Pavlucha!—llamó la madre.

Pablo se levantó con tal viveza que tropezó y se hizo probablemente mucho daño; su cuerpo se dobló, un gesto de sufrimiento alteró sus facciones, y apoyó convulsivamente las manos en el vientre. Se enderezó lentamente, apretó los dientes, lo que hizo que los ángulos de la boca descendieran hacia la barbilla, y se arregló la blusa con temblona mano.

Después su rostro palideció y perdió toda expresión, como el de un ciego, y el joven se dirigió al comedor con paso seguro; pero en su andar se notaba el agudo dolor que acababa de experimentar.

—¿Qué has hecho?—preguntó secamente Sergio Andreievitch (no acostumbraban á saludarse entre ellos por la mañana).

—He leído—respondió con igual sequedad Pablo.

—¿Qué?

—Buckle.

—¡Ah! Buckle—dijo Sergio Andreievitch con tono de desafío.

Y contempló á su hijo al través de sus lentes.

—¿Y qué?—preguntó Pablo con tono seguro y provocador, mirando de frente á su padre.

Éste se calló, y al cabo de un rato dijo con aire significativo:

—Está bien.

Entonces Lilia, que se compadecía de su hermano, se interpuso.

—¿Te quedarás esta noche en casa, Pablo?

Pablo guardó silencio.

—A los que no contestan cuando se les interroga, se les llama habitualmente mal educados. ¿Qué opinas tú de esto, Pablo?—preguntó el padre.

—Déjale en paz, Sergio Andreievitch—dijo la madre.—Come, porque se van á enfriar las chuletas. ¡Qué tiempo tan malo! ¡Habría que encender las lámparas! No sé cómo iré...

—Sí...—respondió Pablo á Lilia.

Y Sergio Andreievitch, ajustándose los lentes, dijo:

—No puedo soportar esa melancolía, ese odio del mundo. Un joven debe ser bueno y alegre.

—No se puede estar siempre alegre—respondió Lilia, que no estaba nunca triste..

—No exijo que las gentes se diviertan á la fuerza—dijo el padre.—¿Por qué no comes? Te lo pregunto á ti, Pablo.

—No quiero.

—¿Por qué no quieres?

—No tengo ningún apetito.

—¿En dónde estuviste anoche? ¿Estuviste correteando?

—Estuve en casa.

—¿En casa?

—¿Y en dónde hubiera podido estar?—preguntó Pablo con tono insolente.

Sergio Andreievitch replicó con mordaz cortesía:

—¡Como no puedo conocer todos los lugares—acentuó la palabra «lugares»—que Pablo Sergievitch se digne frecuen-

tar! Pablo Sergievitch es ya un mozo; Pablo Sergievitch tendrá pronto bigotes; Pablo Sergievitch bebe tal vez aguardiente; ¿cómo voy yo á saberlo?

El almuerzo continuó en silencio, y todas las cosas sobre las que se esparcía la luz de la ventana parecían amarillas y extraordinariamente tétricas. Sergio Andreievitch examinaba el rostro de Pablo, le escrutaba con atención y pensaba: «Tiene ojeras... ¿Será, pues, cierto que tiene tratos con mujeres este chicuelo?»

Esta pregunta terrible é inquietante, en la que Sergio Andreievitch no había tenido la fuerza de pensar hasta el fin, se había formulado poco tiempo antes, durante el verano, y se acordaba tan claramente de la manera como había ocurrido la cosa, que no la olvidaría nunca. Detrás de un cobertizo, en donde la hierba era espesa y en donde un abedul blanco proyectaba una sombra fresca y azulada, vió por casualidad una hoja de papel rota y arrugada. Había en el estado de aquella hoja algo inquietante y particular: así es como se arrancan y se arrugan los papeles que excitan el odio ó la cólera. Sergio Andreievitch la recogió y desarrugó para verla. Era un dibujo. Al pronto no comprendió; sonrió y pensó: «Es un dibujo de Pablo. Dibuja bien». Después dió vueltas al papel y distinguió claramente lo que representaba: una imagen infame y cínica.

—¡Qué suciedad!—dijo enojado, y tiró el papel.

A los diez minutos volvía á buscarlo para llevárselo á su gabinete, en donde le examinó despacio, tratando de resolver el enigma torturante que le atormentaba. ¿Era Pablo quien había dibujado aquello, ó algún otro? No podía admitir que Pablo pudiese ser el autor de una cosa tan repugnante y vil, porque para ejecutar tal dibujo había que conocer todo lo bajo y depravado que contenía. Lo atrevido de las líneas acusaba una mano experimentada, la mano de un libertino, que representaba sin vacilar lo más secreto que hay, aquello en que los hombres puros no piensan sin avergonzarse; en el ingenuo celo con que

se había corregido el dibujo con la goma y coloreado con el lápiz rojo, se adivinaba una caída inconsciente, pero profunda. Sergio Andreievitch miraba y no podía creer que su Pablo, aquel muchacho inteligente y bien educado, del que conocía todos los pensamientos, hubiese podido con su mano, con su tostada mano de adolescente cándido y robusto, dibujar semejante horror y saber y comprender lo que aquel dibujo representaba. Y como era terrible suponer que Pablo hubiese hecho aquello, Sergio Andreievitch decidió que era otro, pero escondió el papel. Y cuando vió á Pablo bajar de la bicicleta, alegre y vivo, aún impregnado del aire fresco de los campos que había atravesado, se confirmó en la idea de que no era Pablo quien lo había hecho, y se regocijó.

Sin embargo, su alegría no tardó en disiparse, y media hora después Sergio Andreievitch miraba á Pablo y pensaba: «¿Quién es este adolescente extranjero y desconocido, singularmente desarrollado y parecido á un hombre? Habla con gruesa voz viril, come mucho, con avidez, se sirve vino en su vaso con ademán de tranquila independencia y da bromas á Lilia con aires protectores. Se llama Pablo, tiene el rostro de Pablo y su risa es la de Pablo, acaba de comerse la corteza de su panecillo como Pablo lo hace..., pero Pablo no está en él».

—¿Qué edad tienes, Pablo? — preguntó Sergio Andreievitch.

Pablo se echó á reir.

—Ya soy viejo, papá. Pronto cumpliré diez y ocho años.

—No tan pronto—rectificó la madre. — No los cumplirás hasta el 6 de Diciembre.

—¡Y no tienes bigotes!—dijo Lilia.

Todos se pusieron á dar broma á Pablo por su carencia de bigote, y él fingió llorar. Después de comer se pegó unos pedazos de algodón en los labios, y exclamó con voz cascada:

—¿En dónde está mi viejecita?

Y andaba como un anciano decrépito. Entonces Lilia observó que Pablo estaba extraordinariamente alegre; después

de lo cual se enfurruñó, se quitó los bigotes y se encerró en su cuarto. Y desde aquel día el padre buscaba á su querido hijo de antes, al que conocía tan bien; pero tropezaba con alguien nuevo y enigmático, y vivía en un estado de perplejidad moral.

Hizo, además, otro descubrimiento: Pablo cambiaba continuamente de humor. Un día se mostraba alegre y decidor; después se absorbía en sí mismo horas enteras, se manifestaba irritado é insoportable, y aunque se contuviese, se veía que sufría, pero se ignoraba la causa de su mal. Era muy penoso y desagradable el ver á un sér querido entristecerse sin que se diera con el motivo de su melancolía; con esto desaparecía la intimidad, y Pablo se mostraba como un sér extraño y alejado. Nada más que con ver entrar al joven, con observar su manera de tomar el té sin ganas, desmenuzando el pan entre sus dedos y mirando vagamente hacia el cercano bosque, el padre adivinaba su mal humor, y esto le inquietaba. Hubiera querido que Pablo lo advirtiese y comprendiera lo que semejante mal humor desagradaba á su padre; pero Pablo no se daba cuenta de nada, y se marchaba después de tomar el té.

—¿Adónde vas?—preguntaba Sergio Andreievitch.

—Al bosque.

—¡Al bosque otra vez!—exclamaba el padre, enojado.

Pablo se asombraba un poco y replicaba:

—Allí voy todos los días.

Callaba el padre, se alejaba Pablo, y se veía en su descuidada manera de andar que no reflexionaba sobre las causas del descontento de su padre, y que hasta había olvidado por completo la existencia del último.

Mucho tiempo hacía que Sergio Andreievitch deseaba tener una explicación franca y decisiva con Pablo; pero la perspectiva de esta explicación era un suplicio para él, y la aplazaba de día en día. Desde que regresaron del campo, Pablo se mostraba más tétrico y nervioso, y su padre temía no saber abordar el candente asunto con bastante sangre fría y delica-

deza. Pero aquella vez, durante el almuerzo enojoso y largo, decidió hablarle aquel mismo día. «Tal vez se encuentre sencillamente enamorado como lo están todos estos chiquillos y chicuelas—se decía para tranquilizarse.—La misma Lilia siente inclinaciones por cierto Avdeief, del que no me acuerdo siquiera: creo que es un alumno del gimnasio.»

—Lilia, ¿vendrá hoy Avdeief?—preguntó Sergio Andreievitch con afectada indiferencia.

Parpadearon los ojos de Lilia, se asustó, dejó caer una manzana y murmuró:

—¡Ah!

Después se deslizó bajo la mesa para recoger la manzana, y cuando se levantó estaba completamente roja; hasta su voz parecía estar roja.

—Vendrá Tinof, vendrá Pospelof, y Avdeief vendrá también...

*
* *

El cuarto de Pablo estaba algo más claro, y el relieve de la moldeada aldea del techo se destacaba con mayor audacia. Furioso Pablo, cogió un libro, que no tardó en dejar sobre su pecho; después se puso á pensar en lo que había dicho Lilia: vendrían las muchachas de su escuela. Esto significaba que Katia Reimer vendría también. Katia Reimer, siempre seria, siempre pensativa, siempre sincera. Esta idea fué como una llama sobre la que hubiera caído su corazón, y con un gemido se volvió rápidamente y hundió su rostro en la almohada. Después, volviendo con igual rapidez á su posición primera, se enjugó dos lágrimas ardientes y miró al techo; pero no veía al corpulento campesino de la tranca, ni al enorme carro. Se acordaba del campo en una noche de Julio.

Era una noche oscura, una noche sombría en que las estrellas brillaban en el abismo azul del cielo, mientras que una nube compacta, que subía del horizonte, las apagaba poco á

poco. Y en el bosque, en donde se había tumbado entre malezas, reinaba tanta oscuridad que no se veían las manos; parecíale á veces que ni él mismo estaba allí, que allí no había más que las tinieblas silenciosas. Y muy á lo lejos, por todas partes, se extendía el mundo, infinito y misterioso, y Pablo, con todo su corazón solitario y afligido, experimentaba la impresión de aquella inmensidad desmesurada, que le era extraña.

Estaba allí tumbado y esperaba el momento en que su hermana y Katia Reimer pasaran por el sendero con otra gente joven, descuidada y alegre, que le era tan extraña como el resto del mundo. No había ido con ellos, porque amaba á Katia Reimer con un bello amor triste y puro; ella no sabía nada de semejante amor, y no podría compartirle nunca. Y deseaba estar solo con Katia, á fin de experimentar aún más completamente la impresión de su belleza inaccesible y toda la profundidad del dolor y de la soledad que le abrumaban. Estaba allí, tendido en el suelo, entre malezas, indiferente á todos, como fuera de la vida, de aquella vida que iba á pasar ante él con toda su exuberancia, con cánticos y alegría, en aquella oscura noche de Julio.

Durante mucho tiempo permaneció así tumbado, y las tinieblas se iban haciendo más negras y más opacas, cuando se oyeron á lo lejos rumores de voces, de risas, el crujido de las ramas secas bajo los pasos, y se hizo evidente que se adelantaba un grupo de gente joven y alegre. Y todo aquello se acercaba como en una sinfonía de jubilosas notas.

—¡Oh Dios mío! — dijo Katia Reimer, con su voz de contralto, llena y sonora.—Aquí se puede romper la cabeza. Enciende una cerilla, Tinof.

En la oscuridad se oyó una voz estrafalaria y cómica de polichinela:

—He perdido las cerillas, Catalina Eduardovna.

Sobre las risas se alzó otro timbre de bajo, joven y contenido:

—Permítame usted que le alumbre, Catalina Eduardovna.

Katia Reimer respondió, y su voz era seria, como trasformada:

—Se lo ruego, Nicolás Petrovitch.

La cerilla brilló, y ardió durante un instante con resplandor blanco y vivo, no iluminando entre las tinieblas sino la mano que la tenía, como si ésta colgara del aire. Después la oscuridad se hizo aún más intensa, y los jóvenes se alejaron con risas y bromas.

—Déme usted el brazo, Catalina Eduardovna—dijo la misma voz de bajo, joven y contenida. Hubo un instante de silencio, durante el cual Katia Reimer le dió el brazo; luego resonaron los seguros pasos de un hombre, mezclado á un modesto roce de faldas. En seguida la misma voz preguntó, dulce y tierna:

—¿Por qué está usted tan triste, Catalina Eduardovna?

Pablo no oyó la respuesta. Los que pasaban le habían vuelto la espalda; las voces se hicieron de repente más sordas, repercutiendo todavía una vez, como el reflejo que arroja la moribunda llama de una hoguera; luego se extinguieron. Y cuando parecía que ya no había nada más que las tinieblas densas y el silencio, resonó una carcajada de mujer con una vivacidad inesperada, y una voz aguda de tenor comenzó á cantar:

Mi corazón está alegre,
maravillado.
¡Viva María Petrovna,
mi bien amado!

La canción resonaba vibrante y alegre, y la sombra densa parecía querer ahogar á los paseantes. Después todo quedó tranquilo y vacío, como lo fuera un espacio desierto situado á miles de verstas sobre la tierra. La vida había pasado ante Pablo con sus alegrías, sus cantos y su belleza; pasó en aquella noche de Julio.

Entonces Pablo se levantó, y murmuró en voz baja:

—¿Por qué está usted tan triste, Catalina Eduardovna?—y lágrimas silenciosas acudieron á sus ojos.

—¿Por qué está usted tan triste, Catalina Eduardovna?—

clamó de nuevo, y echó á andar hacia adelante, sin objeto, en la oscuridad de la noche, que se ensombrecía cada vez más. Una vez tropezó con un árbol, y se detuvo perplejo. Luego rodeó el tronco con sus brazos, apoyó en él su rostro, como si hubiese sido un amigo, y se entregó á una desesperación muda, sin gritos y sin lágrimas. Después se alejó lentamente del árbol que le había acogido, y siguió andando.

—¿Por qué está usted tan triste, Catalina Eduardovna?— repitió como un estribillo quejumbroso, como un débil ruego de piedad; y toda su alma palpitaba y gemía en tales palabras. La oscuridad amenazadora rodeaba aquella alma llena de un gran amor, que rogaba á fin de obtener algo luminoso que ni ella misma conocía; y por esto era su súplica tan ardiente.

No había ni silencio ni calma en el bosque; el hálito de la tempestad conmovía el aire; las copas de los árboles murmuraban, y el viento que corría entre las hojas sonaba como una risita seca. Cuando Pablo salió del bosque, el viento estuvo á punto de arrebatarle la gorra y le azotó violentamente el rostro, aportándole el fresco olor del heno. La decoración era de una majestad amenazadora. Detrás, el bosque se alzaba como una masa negra que gemía sordamente; delante, densas y sombrías como tinieblas que hubieran tomado forma, avanzaban nubes de mal augurio. A lo lejos se extendía un blanco campo de centeno, y de aquella blancura que rompía la oscuridad, en la que no se manifestaba luz alguna, se desprendía un temor místico é incomprensible.

Cuando brilló el relámpago y se delinearon las nubes en una fina masa de agitadas sombras, se extendió por el campo, de un extremo á otro, una llamarada de un rojo de oro, y las espigas se pusieron á correr con la cabeza baja; semejantes á un rebaño espantado, ondulaban en aquella amenazadora noche de Julio.

Pablo subió á un ribazo, extendió los brazos como si hubiera querido r eunir sobre su pecho el viento, las nubes negras y todo el cielo, tan bello en su furor. Y el viento giraba sobre

su rostro, como para palparle, y penetraba con un silbido en el espesor de las hojas, que le obedecían; el trueno estallaba y retumbaba, y las espigas seguían corriendo, muy inclinadas al suelo.

—¡Anda, ven!—exclamó Pablo; y el viento cogió sus palabras y se las volvió á meter furiosamente en la garganta, de suerte que, entre los rumores del cielo, no se pudieron oir aquellas palabras de rebelión y de súplica que el hombre débil dirigía al gran *Incógnito*.

Fué en verano, durante una sombría noche de Julio...

Pablo miró al techo, sonriendo con sonrisa tierna y animosa, y las lágrimas brotaron de sus ojos. «¡Qué llorón me he hecho!», murmuró meneando la cabeza; y, como un niño, se enjugó las lágrimas con los dedos. Se volvió lleno de esperanza hacia las ventanas; pero allí, sombría y tétrica, se condensaba siempre la horrible niebla, con su eterno reflejo amarillento, proyectado sobre el techo, las paredes, la arrugada almohada. Y las imágenes puras del pasado quedaron como espantadas, vacilaron, palidecieron y se hundieron en algún profundo agujero, entrechocándose y gimiendo.

—¿Por qué está usted tan triste, Catalina Eduardovna?—repitió Pablo como un conjuro; pero esta piadosa impetración quedó sin fuerza ante nuevas imágenes, todavía confusas, pero ya familiares y terribles. Como un vapor infectó sobre aguas estancadas se elevaban de aquel negro agujero, y la memoria despierta evocaba con autoridad escenas recientes.

—¡No quiero, no quiero!—murmuró Pablo; y su cuerpo se retorcía por el dolor.

Volvió á evocar el campo, pero esta vez de día, un día extraño, malo, inquietante. Hacía un calor ardoroso; el sol brillaba; un olor húmedo y angustioso llegaba no se sabía de dónde. Pablo estaba oculto entre unos arbustos, al borde del río, y temblando de miedo miraba con unos anteojos á unas mujeres que se bañaban. Y volvía á ver los rosados tonos de sus cuerpos, el cielo azul, que parecía rojo, y se veía á sí mismo

lívido, con las manos temblonas, con las rodillas manchadas de tierra. Después vió la ciudad, y de nuevo mujeres, indiferentes, fatigadas, de mirar insolente y frío. Subían de la profundidad del pasado, con sus rostros pintados y pálidos, entre los que aparecían caras de hombres barbudos, botellas de cerveza, vasos medio llenos, y, como al través de una humareda, bailaban sombras, mientras que resonaba un piano importuno, que lanzaba las fatigosas é importunas notas de una polka.

—¡No quiero!—murmuró Pablo dulcemente; pero ya se rendía.

Ahora los recuerdos penetraban en su alma como un cuchillo agudo en la palpitante carne. Y eran siempre mujeres, de cuerpos privados de alma, repugnantes como el viscoso fango de los establos y extraordinariamente hechiceras, á pesar de su evidente suciedad y de su venalidad. Y estaban en todas partes. Estaban en las conversaciones cínicas, cáusticas como vitriolo, en las anécdotas estúpidas que oía en torno suyo y que á su vez sabía contar tan bien; estaban en los dibujos que hacía para enseñarlos á sus compañeros; estaban en los pensamientos y en los sueños, agitados como pesadillas y como éstas atrayentes.

Y cual si hubiera estado viva, como todo lo que no puede olvidarse nunca, se alzó ante él una noche llena de vapor y de bruma. Aquella noche, hacía dos años, entregó la pureza de su cuerpo y de sus primeros besos á una mujer pervertida é impúdica. Se llamaba Luisa, vestía un uniforme de húsar, y no hacía más que quejarse del crujir de sus pantalones. Hoy, Pablo se acordaba apenas de cómo ocurrió la cosa; no recordaba bien sino la casa paterna, á la que volvió tarde, casi al amanecer. La casa estaba silenciosa; en el comedor le esperaba la cena: una gran chuleta recubierta de una capa de grasa fría. La cerveza le había dado náuseas; y cuando se acostó, el moldeado techo, mal iluminado por la bujía, se puso á ondular, á dar vueltas y á balancearse. Varias veces salió de su cuarto vacilando, tratando de no hacer ruido, agarrándose á las sillas.

Bajo sus pies descalzos, el piso estaba muy frío y resbaladizo, y aquel frío inusitado evidenciaba que la noche reinaba desde hacía mucho tiempo, que todos dormían y que solamente él iba y venía, presa de un sufrimiento extraño á aquella casa pura y honrada.

Con un sentimiento de odio Pablo examinó su cuarto y la odiosa moldura del techo; después, resignado ante los recuerdos que afluían, se abandonó á su poder terrible.

Se acordó de Petrof, un hermoso joven, lleno de aplomo, que hablaba de mujeres venales con perfecta tranquilidad, sin pasión, y que decía á sus compañeros:

—Jamás beso á una mujer pública. No se besa más que á las que se ama y se respeta, pero no á esa basura.

—¿Y si ellas quisieran besarte?—preguntó Pablo.

—¡Que lo intenten!... Me apartaré.

Pablo sonrió con amarga tristeza. No sabía hacer lo que Petrof, y besaba á aquellas mujeres. Sus labios tocaban aquellos cuerpos fríos, y hasta una vez—era horrible pensar en ello,—por un raro desafío hacia sí mismo, besó una mano blanda, que olía á cerveza y perfumes. La besó, como para castigarse, como si sus labios hubiesen podido realizar un milagro y trasformar á la mujer venal en una criatura pura, bella y digna del gran amor de que su corazón estaba sediento. Y ella dijo:

—¡Cuánto lames!

Y ella le puso enfermo. Le trasmitió una enfermedad repugnante y vergonzosa, de la que las gentes hablan en secreto con murmullos burlones, ocultándose detrás de las puertas; una enfermedad en la que no se puede pensar sin terror y sin asco hacia uno mismo.

Pablo se tiró de la cama y se acercó á la mesa. Allí cogió libros y cuadernos, los abrió, los volvió á cerrar, y su mano temblaba. Y, oblicuamente, sus ojos se fijaban en el lugar de la mesa en donde estaban encerrados, cuidadosamente cubiertos de papeles, los instrumentos de curación.

—Si tuviera un revólver, me mataría inmediatamente. En este sitio...—pensó, y apoyó un dedo en el costado izquierdo, en donde latía su corazón.

Después, mirando ante él con aire reconcentrado, se preguntó cuál de sus compañeros poseería un arma, y volvió á tumbarse en la cama deshecha. Reflexionó sobre la cuestión de saber si atinaría al corazón; y luego de haberse quitado la americana y la camisa, se puso á examinar con interés su pecho, todavía poco formado.

—¡Pablo, abre!

La voz de Lilia resonaba en la puerta.

Estremeciéndose de miedo, porque ahora se sobrecogía á cada ruido, á cada grito inesperado, Pablo se volvió á vestir rápidamente y descorrió el cerrojo, á su pesar.

—¿Qué quieres?—preguntó de mal talante.

—Nada... darte un abrazo. ¿Por qué estás siempre encerrado? ¿Tienes miedo de los ladrones?

Pablo se tumbó en la cama, y después de haber tratado en vano de sentarse á su lado, Liletchka dijo:

—¡Córrete! ¡Cómo eres! Ni siquiera quieres hacer sitio á tu hermanita.

Pablo se alejó un poco sin decir palabra.

—Hoy me aburro—dijo Liletchka.—No sé por qué, pero hay algo que me tiene fastidiada. Sin duda es el tiempo. ¡Me gusta tánto el sol y hace un tiempo tan malo! Estoy de tan mal humor, que tengo ganas de morder.

Y acariciándole dulcemente la cabeza, le miró con ternura y preguntó:

—¿Por qué estás tan triste, Pablo?

—Nunca he sido alegre—contestó él.

—No, Pablo; estás así desde que hemos vuelto del campo. Te escondes de todo el mundo, no ríes nunca. Has dejado de bailar.

—¡Estúpida ocupación!

—Sin embargo, antes bailabas. Bailas muy bien la mazur-

ka, mejor que todos tus compañeros; pero bailas bien igualmente todos los otros bailes. Di, Pablo, ¿por qué estás así? Anda, dímelo, queridito mío, Pablito.

Y le dió un beso en la mejilla.

—¡No me toques! ¡Vete!... Y con un movimiento de hombros, añadió en voz baja:—Mancho...

Liletchka se echó á reir, y replicó acariciándole:

—¡Qué has de manchar siendo tan limpio, Pablo! ¿Te acuerdas de cuando nos bañaban juntos de pequeñitos en la misma bañera? Eras blanco como un lechoncillo de leche; tan limpio, tan limpio...

—¡Vete, Liletchka! Por Dios, te lo ruego.

—No me iré hasta verte alegre. Tienes un lunarcillo junto á la oreja. Hasta hoy no me había fijado en él. Déjame que te lo bese.

—¡Vete, Lilia! No me toques. Te repito—dijo sordamente Pablo tapándose la cara—que mancho... ¡Soy un sucio!—Suspiró profundamente al pronunciar la torturadora palabra, y le sacudió un estremecimiento de la cabeza á los pies.

—¿Qué tienes, Pablo, querido mío?—dijo Liletchka, asustada.—¿Quieres que llame á papá?

—No, no le llames. No tengo nada. Me duele un poco la cabeza.

Liletchka le acarició dulcemente, con desconfianza, contemplándole con aire pensativo. Después dijo con tono indiferente:

—Ayer preguntó por ti Katia Reimer.

Tras un momento de silencio, Pablo habló sin volverse:

—¿Qué te preguntó?

—Una porción de cosas. Cómo vivías, qué es lo que hacías, por qué no ibas nunca á su casa. Te han invitado, sin embargo.

—No me necesita...

—No, Pablo, no digas eso. No la conoces. Es muy inteligente y muy culta, y la interesas. ¿Te crees que no la gusta

más que el baile? Lee mucho y hasta quiere organizar un círculo de lectura. Siempre me está diciendo: «¡Qué inteligente es tu hermano!»

—Es una coqueta y una indecente...

Liletchka enrojeció, rechazó á Pablo con cólera y se levantó.

—¡Qué modo de hablar! Eso es muy feo.

—¿Feo? Sí. ¿Y qué?—replicó Pablo con tono provocador, mirando á su hermana con ojos brillantes de maldad.

—¡Que no tienes derecho á hablar así! ¡No tienes derecho! —gritó Liletchka completamente roja, con la mirada tan hostil como la de su hermano.

—Puesto que soy malo...—dijo Pablo.

—Eres insolente, insoportable; envenenas la vida de todo el mundo... ¡Egoísta!

—Y tu Katia es una indecente. Y todas sois lo mismo.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Lilia. Cogió el picaporte de la puerta, y reprimiendo el temblor de su voz, dijo:

—Tenía lástima de ti, y por eso vine. Pero no la mereces. Y no volveré jamás. ¿Lo oyes?

Pablo permaneció inmóvil. Liletchka se encogió de hombros con furor y salió.

LEONIDAS ANDREIEF

(Concluirá.)

CRÓNICA LITERARIA

Tristán ó el pesimismo, novela por D. Armando Palacio Valdés. Madrid, 1906.

De los novelistas de la generación anterior, Armando Palacio Valdés es quizás el que conserva más frescas las facultades artísticas y aquel en que menos se notan, no ya los estragos, sino las variaciones que suele introducir el tiempo en la manera de escribir de los más afamados literatos, cuando éstos producen durante largos años. Armando Palacio Valdés ha variado poco. Su última novela, *Tristán ó el pesimismo,* nos le presenta tal como le aplaudimos en los días de *Maximina* y *Riverita* y de *La hermana San Sulpicio.*

Con la publicación de la novela antes citada ha coincidido la elección de Palacio Valdés para la Academia Española en la vacante que dejó el gran novelista Pereda. Así se ha reparado una preterición que se iba haciendo verdaderamente inexplicable, pues hace ya bastantes años que el autor de *Tristán* tenía ganada ante la opinión general la investidura académica; aunque, por lo visto, no la tenía aún entre los señores inmortales, tan fáciles en premiar los merecimientos literarios que adquieren en el cultivo de la oratoria parlamentaria las principales figuras de los partidos políticos. Estas elecciones tardías, como la de Palacio Valdés, tienen la compensación y la ventaja de que los méritos del electo son ya tan conocidos y notorios, que nadie se pregunta por qué le hacen académico, sino por qué no le han elegido antes.

Diez y seis novelas, traducidas todas á diversos idiomas

extranjeros (*El señorito Octavio, Marta y María, El idilio de un enfermo, José, Riverita, Maximina, El cuarto poder, La hermana San Sulpicio, La espuma, La fe, El maestrante, El origen del pensamiento, Los majos de Cádiz, La alegría del capitán Ribot, La aldea perdida* y *Tristán ó el pesimismo)* y varios libros de crítica y de cuentos forman la labor literaria á que ha estado consagrado Palacio Valdés por espacio de más de un cuarto de siglo, y con la cual hará su entrada en la Academia.

Esa labor no declina, ciertamente, en *Tristán ó el pesimismo,* que debe, á mi parecer, considerarse como una de las más felices y acabadas obras del autor, en la cual ni la composición ni el estilo presentan síntomas de decadencia. El título de esta novela puede inducir á error á los que crean demasiado en la exactitud de los títulos literarios. *Tristán* no es, en realidad, una novela contra el pesimismo, ni una novela en que se plantee la magna cuestión filosófica del pesimismo. Es la novela de un pesimista, de un disgustado de la vida, de un hombre difícil, cuya sensibilidad aumenta los dolores y las molestias inevitables, aun en una vida afortunada, y en cambio permanece inerte ó fría ante las venturas y ventajas de esa existencia.

Es, pues, la novela de un personaje cuyo temperamento es pesimista; pero la cuestión del pesimismo queda fuera de la obra. Una cuestión filosófica de tal magnitud no cabe en realidad dentro de los límites de una novela. De llevarla á un libro de esta clase, mejor que presentar á un sujeto pesimista, y que por serlo es infortunado, sería mostrar el triunfo constante del dolor en diversos lances humanos que indicasen la generalidad del fenómeno, si el novelador quería sostener la tesis pesimista, ó bien, si era al contrario, presentar la victoria de la constancia humana sobre el dolor.

Ni siquiera creo yo que Palacio Valdés haya querido demostrar que el pesimismo es un mal y que aquel que lo profesa tiene mucho adelantado para ser una confirmación viviente de su doctrina. Más que por pesimista le ocurren á Tristán

las desventuras que padece y hace padecer á las personas con quienes trata, por lo desequilibrado é imposible de su carácter. Es, en resumen, un sujeto mimado por la vida y echado á perder por ese exceso de suerte, como los niños mal criados á quienes hacen inaguantables la blandura y el regalo. Novela sin pensamiento trascendental tituló Palacio Valdés la primera de las suyas, y lo más probable es que esta de ahora no tenga tampoco pensamiento trascendental y sea, como sencillamente reza su portada, una novela de costumbres.

La composición de esta obra es muy sencilla. Está basada en el contraste, en un paralelismo de acciones y un parangón de lances de fortuna entre Tristán y su deudo Germán, hombre animoso y bueno. A Tristán todo le sale bien, y de todo está descontento. En cambio á Germán le ocurre una de las mayores y más humillantes desgracias que puede sufrir un hombre: su mujer, de quien está profundamente enamorado, le engaña. En igualdad de condiciones subjetivas, Tristán debía ser feliz y Germán desgraciado. Mas por la diferencia de caracteres sucede lo contrario. Tristán destruye la felicidad que se le ofrece, y Germán, con su buen natural y su nobleza de alma, vence la adversidad y reconstruye la arruinada dicha.

Yo no sé cómo compone y escribe el Sr. Palacio Valdés, cuál es la génesis y desarrollo de sus obras, hasta que pasan á la imprenta, ya con su redacción definitiva. Me parece ver en sus novelas, como punto de partida, un pensamiento claro y sencillísimo (en ésta el mal de la misantropía) que se encarna en un personaje ó un suceso, y en torno al cual, como partiendo de un núcleo que nunca queda obscurecido, va tejiéndose la acción, van apareciendo personajes y van surgiendo episodios.

En la novela de que ahora trato esa acción se desenvuelve con una claridad y un encadenamiento lógico que la hace parecer más sencilla de lo que es, pues no es pobre en sucesos ni carece de episodios que la amenicen y distraigan con su variedad al lector. Esa misma claridad se observa en los ca-

racteres, y no porque sean extremadamente simples (el de Tristán desde luego no lo es), sino por la clara comprensión de los mismos y la excelente expresión que les da relieve y pone todos sus rasgos salientes á la luz. Entre los personajes hay la debida proporción. No es ésta una de esas novelas en que las figuras secundarias eclipsan ó empequeñecen al protagonista. Tristán no es la figura de más enjundia moral, ni siquiera de más enjundia estética de la novela; pero el novelista la ha puesto en primera línea y logra que sea la que más cautive nuestra atención. En esto es en lo que consiste el ser protagonista, que es una cuestión de perspectiva, de punto de mira, casi podría decirse que de distancia, del lector.

Este tipo de Tristán es muy curioso. Genéricamente, es un tipo frecuente en la literatura moderna; específicamente, es original. Es un tipo de decadencia, de hombre inapto para la vida, echado á perder por un exceso de sensibilidad y de intelectualismo, que desviados de sus cauces naturales, engendran un egoísmo suicida, por virtud del cual el sujeto cuya característica mental es ésta se convierte en el peor enemigo de sí mismo. Es interesante compararar la manera que tiene de concebir y de presentar ese tipo, que hemos convenido en llamar fin de siglo, el Sr. Palacio Valdés con la que generalmente han tenido los novelistas que sacaron á luz tipos semejantes. Por lo común, el tipo del decadente fin de siglo ha sido pintado con simpatía, con cierto dejo de secreta admiración, como una flor malsana de la civilización, como un refinado y un neurótico superior, como un sér, en fin, en quien las flaquezas é incoherencias de la acción están compensadas por cierta excelencia espiritual. Palacio Valdés presenta de otro modo á su héroe: Tristán es menos brillante, pero más humano y natural que son, por lo general, esas figuras aristocráticas de decadencia. La parte ridícula de su carácter, la debilidad de su voluntad, las pequeñeces de su egoísmo y las vacilaciones de su inteligencia resaltan en la silueta novelesca. No es, con todo, un personaje concebido sin amor, con seque-

dad analítica. Hay en él un fondo de ternura inquieto y fugaz, que le salva de hacerse antipático y de caer en lo grotesco. Es odioso á veces, pero otras veces excita la compasión.

En gran parte contribuye á la amenidad de esta novela y al agrado con que se lee la variedad que ofrece, así en la índole de los personajes como en el tono general del relato y en los sucesos varios que en él vanse engarzando. Lo humorístico, lo sentimental, y hasta lo trágico—y no sólo lo trágico incruento de los conflictos psicológicos, sino lo trágico de veras,—se combinan en *Tristán* con sabia proporción, fundiéndose en armónico conjunto y alejando de la obra esa nota de monotonía que tan frecuentemente se observa hasta en libros de gran vigor artístico.

En la galería de personajes es donde es más visible y concreta esa variedad. Allí, junto al carácter enfermizo y ondulante de Tristán, vemos el carácter noble, claro, sincero, profundo en el sentir, grave sin afectación de austeridad, guiado por altas aspiraciones morales, de Germán Reynoso, un hombre bueno, que nada tiene de empachoso ni adusto, bueno con bondad simpática y abierta. La figura cómica del paisano Barragán, de un cómico serio y sin hiel, creación de un verdadero humorista, para el cual las imágenes de lo ridículo están templadas por un espíritu de humana benevolencia, resalta poderosamente en el plano secundario en que se mueve. García, el amigo fiel de Tristán, es también una excelente figura novelesca. Gonzalo Núñez, el cínico calavera, está bien visto y presentado sin exageración, con expresiva sobriedad. Buen número de personajes episódicos, que pasan por la escena novelesca permaneciendo poco en ella, se nos muestran con una naturalidad y un vigor en las líneas descriptivas, que ayuda no poco á la impresión de realidad que *Tristán* produce. El sabio del Ateneo es, por ejemplo, un tipo chistosísimo, que está rebosando vida. No diremos que sea D. Fulano ni D. Zutano; pero todos los que hemos frecuentado en algún tiempo centros intelectuales de esa clase le hemos visto y oído, y he-

mos aguantado con mayor ó menor paciencia sus pláticas.

Las figuras de mujer están trazadas con simpática delicadeza. Descuella entre ellas la de Clara, imagen de la mujer amante y buena, de alma noble y sencilla, iluminada por la sana alegría de un organismo bien equilibrado. En Elena, que es figura de menor relieve, ha pintado con delicadeza el novelista la mujer que cae por frívola y vanidosa más que por pervertida. Es un tipo, frecuente en la realidad, de heroína de adulterio. Araceli, la señorita presumida que sueña sólo con el brillo de la vida elegante y la distinción aristocrática, y Marcela Peñarrubia, la mujer distinguida, de mala cabeza, que se lanza á las aventuras galantes y anda bordeando los fronteras del *cocotismo,* sin perder enteramente el decoro exterior, están pintadas con gracia y exactitud por el novelista.

Mención particular merece también la idílica pareja de Cirilo y Visita, delicado capricho del novelista, que ha presentado con ternura compasiva y grave la fuerza triunfante del amor dominando las desdichas de la vida. Ella es ciega, él medio paralítico, y son los dos personajes más felices de la novela, porque son buenos y se aman. En el humilde jardín de aquellas almas claras y sencillas han brotado algunas de las más delicadas flores del sentimiento, violetas escondidas é ignorantes de su propio perfume.

A la variedad en los personajes acompaña la de los sucesos. Asistimos á escenas de vida literaria, al estreno de un drama, á conversaciones de Ateneo; presenciamos escenas campestres de plácido sabor horaciano, en que hay personajes rústicos tan bien trazados como los de los pastores que aman y reverencian á Clara, su bella señorita. El amor honesto y el amor culpable, el honesto en Clara, el culpable en Elena, pasan por las páginas del libro, que á veces nos provoca á la risa con las figuras de Barragán y del sabio Paredes, y otras veces, como en la escena de la noche de bodas de Tristán, en la del desafío con el marquesito del Lago y en aquella en que Germán descubre la infidelidad de su esposa, nos agita con un estremeci-

miento dramático. No elogiaré entre estas escenas aquella en que la madre del joven muerto por Tristán en duelo se presenta á maldecir al matador de su hijo, porque en ella aparece muy forzada la verosimilitud; pero en la concepción, más que en la ejecución, llega á la altura de lo trágico.

Esta variedad de elementos que en la novela del Sr. Palacio Valdés concurren la hacen aproximarse á la complejidad de la vida, cuya trama encierra tantos matices, tantas relaciones pequeñas y poco aparentes que ligan tenuemente los hechos y que requieren la mirada perspicaz de un observador para ser discernidas y una fantasía plástica y fecunda para ser imitadas en las obras de arte.

Campea en la última novela de Palacio Valdés el dón raro de la gracia. El ingenio y la donosura en el decir se cristalizan en una porción de frases ocurrentes que son como la sal de la novela, y aligeran con su donaire la narración. El chiste culto y urbano y las amenidades de la paradoja animan con frecuencia el diálogo. Por lo que toca al lenguaje, no es Palacio Valdés de los escritores enamorados de un preciosismo verbal. En ésta, como en sus anteriores obras, el estilo es llano y fácil, nada artificioso ni rebuscado, estilo, en fin, que se acuerda siempre de que es un mero medio de expresión, y aspira, ante todo, á la transparencia de las imágenes que va presentando al lector, á que no se perciba sobre ellas un velo de lindas y bien concertadas palabras, sino que éstas parezcan fundirse y disolverse en las imágenes mismas.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: Costumbres: El correo en el tiempo y en el espacio. = Cuestiones sociales: La taberna. = Psicología colectiva: Tácito y la multitud. = Cuestiones éticas: La cuestión de la felicidad en el siglo XVIII.=Estética: Lo lindo y la mujer contemporánea.=Ocultismo: La inmortalidad humana.

COSTUMBRES

El correo en el tiempo y en el espacio. — Arturo Lancelotte publica en *L'Italia Moderna*, resumiendo el hermoso libro de Clavari y Attili, un interesante artículo sobre *la vida del correo*. Cuando, al despertarnos, hojeamos nuestra correspondencia, pensamos muchas veces en el viaje que la carta que recibimos ha tenido que recorrer. Cerrada y franqueada, la vemos caer en el buzón postal, y de allí, en unión de otras muchas, en un rudo saco que, tras viajes más ó menos largos y accidentados, y pasando por multitud de manos, llega á la capital en que vivimos, para ser abierto en ella y para que su contenido se distribuya entre sus diversos destinatarios. ¡Qué gigantesco trabajo de organización supone, sin embargo, el viaje de esa carta!

Las primeras noticias que tenemos de un servicio de Correos alcanzan á dos mil cuatrocientos años antes de Jesucristo, durante la dinastía primera de los Faraones; era un servicio primitivo, ideado por los soberanos de Egipto para hacer saber sus decretos á sus súbditos. El nombre de *posta* con que se conoce el servicio en la mayor parte de Europa (con diver-

sas variantes: *posta* en Italia, *poste* en Francia, *post* en Alemania é Inglaterra) viene del latín *pósita,* del verbo *ponere,* poner; el nombre de *correo* con que se le conoce en España (con su variante *correio* en Portugal) viene del latín *currere,* correr; los griegos lo llamaban *ángelos,* anunciadores, ó *emerodromi,* corredores de día, y los árabes *berid,* de los nombres de las torres que les servían de estaciones postales.

Dejando á un lado el servicio rudimentario de Egipto, en el que los particulares se servían de palomas mensajeras, y el de los persas, mejorado por Ciro y por Dacio con estaciones para el cambio de caballos, puede decirse que la primera organización formal del correo fué la instituída por Augusto en Roma con el *cursus publicus,* dividido en *celeris* y *tardus,* como si dijéramos de grande y pequeña velocidad; en el primero iba la correspondencia oficial, en carros tirados por caballos, y en el segundo los objetos pesados, en carros llamados *birola* ó *clábula,* de dos ruedas, tirados por bueyes; á lo largo del camino había estaciones con cuarenta caballos de cambio en las cuadras, y con habitaciones para los correos. A la muerte de Augusto, el *cursus* tuvo sus alternativas: de Tiberio á Cómodo no se hizo nada por mejorarlo; Trajano, Antonino y Valentiniano lo renovaron; Atila lo destruyó, y Nerva y Diocleciano lo atendieron mucho. Después de la invasión de los bárbaros, el correo casi desapareció, hasta que Carlomagno estableció los *missi dominici* y reconstituyó el *cursus.*

Entre los árabes, Mohaviá organizó, en el siglo VIII, un excelente servicio, que fué abandonado por sus sucesores; pero á los árabes se deben las hojas de aviso con la lista de lo comprendido en cada envío, y el permiso de que los correos pudieran llevar correspondencia de particulares, cosa no consentida por el *cursus* romano. El sultán Mamelusks Ribars organizó, en el siglo XIII, un servicio tan admirable, que los agentes podían recorrer cien millas en pocas horas; y en 1146, Nureddino estableció un servicio de palomas mensajeras digno de competir con los modernos de su clase.

La Iglesia, por su parte, utilizando la experiencia adquirida para las comunicaciones secretas de los primeros cristianos, instituyó los *cursores,* escogidos entre las personas más fieles y discretas, que, con trajes de frailes ó de peregrinos, viajaban á pie llevando mensajes y propalando noticias. Las Ordenes religiosas obtuvieron privilegios para el transporte de su correspondencia, y la Iglesia, con la extensión de su poder, dió al correo su carácter internacional. Las Universidades organizaron á su vez el servicio de correspondencia entre los estudiantes y sus familias con los *magni* y *parvi nuncii,* y los *missi volantes,* que duraron hasta la revolución de 1789. En el mismo principio del privilegio se fundó el correo del comercio, especialmente desarrollado por la Liga Anseática; entre los comerciantes se distinguieron los tratantes en bueyes, que al ir á las ferias llevaban las cartas de sus paisanos. España se distinguió en el siglo XIV por el desarrollo que obtuvo la correspondencia privada, transportada por sociedades mercantiles, y los Países Bajos se hicieron notar por el servicio marítimo que establecieron con Inglaterra.

En tiempo de Maximiliano y Carlos V la familia Tasso obtuvo el monopolio del servicio postal en los Estados hispanogermánicos, y tras éste y otros ensayos, especialmente los hechos en Francia por Luis XI y Luis XIV, se llegó, en tiempo de la Revolución francesa, por la abolición de todos los privilegios, á la organización de un servicio postal del Estado accesible á todos los ciudadanos, y mucho más tarde, en nuestros días, mediante los Congresos postales, se constituyó, en 1874, la *Unión postal universal,* en la que han entrado casi todos los países civilizados, para el transporte y distribución de toda la correspondencia oficial y privada, mediante los modestísimos gastos de franqueo estipulados por las diversas naciones.

El transporte de la correspondencia se hace, naturalmente, por medios más rápidos, los ferrocarriles y los vapores; pero aunque ésta es la regla general, quedan todavía, ya en países que carecen de vías férreas, ya entre localidades que se ha-

llan en el mismo caso, diversidad de medios de transporte; sin contar los naturales y corrientes de las *diligencias,* de los caballos y de los peatones, se emplean en el Norte de Rusia, Laponia y Finlandia, los renos, y en Siberia los perros; dos renos pueden cargar con diez arrobas y andar 400 kilómetros en veinticuatro horas; doce perros enganchados á un carrito pueden transportar dos hombres y cinco quintales de correspondencia. En África se sirven generalmente de camellos; en la Nubia los correos son negros que corren agitando en una mano una campanilla y en la otra un bastón de palma con la valija. En el Japón y en China los carteros son corredores que llevan un cesto de correspondencia á cada extremo de un varal. En el Perú los carteros rurales tienen que saber nadar, pues las corrientes de agua son tan numerosas, que con frecuencia tienen que atravesarlas á nado; lo mismo ocurre en la India durante la mala estación: los carteros van en traje de baño, con vejigas de contrapeso, para echarse al agua cuando les cierra el camino; en China hay también algunos carteros acuáticos en las regiones palúdicas, pero allí tienen una canoa, sólo que es tan pequeña, que apenas puede meterse en ella con el saco del correo, haciendo de remos con los pies. En el Cáucaso todavía llevan el correo en carros tirados por bueyes; y es muy curioso el servicio de correos de las Landas de Francia, donde los carteros van en zancos. En la península de Alaska los correos tienen que recorrer 2.600 kilómetros, atravesando á nado ríos enormes, de tan rápida corriente, que nunca se hielan; pero en cambio, llegado á su destino, recibe 80 pesetas por cada carta. En la India los carteros rurales están continuamente expuestos á ser devorados por las fieras, y en Marruecos, por un puñado de pesetas, tiene el cartero que andar siete ú ocho días por el desierto sin más comida que pan é higos, y cuando se duerme se ata á las piernas una torcida de cera encendida que, al consumirse, le quema, obligándole á despertar.

CUESTIONES SOCIALES

La taberna.—París tiene para su alimentación—dice Jorge Cahen en la *Revue Bleue*—17.000 panaderos y 14.500 carniceros; pero cuenta en cambio con 33.000 taberneros, y si en toda Francia la fabricación de pan ocupa á 160.000 ciudadanos, las tabernas por sí solas ocupan cerca de 500.000. La vigésima parte de los electores, un 20 por 100 de los fabricantes de diputados, está ocupada en expender vinos, cervezas y licores. ¡Así anda ello!

La taberna es hoy lugar de reunión, y en ella, no sólo se bebe y se canta, sino que se pasa una parte más ó menos grande del día. Sobre el mostrador de zinc, antes de la comida, los compañeros de taller vienen á ofrecerse una ronda: el ajenjo maldito ó la rabiosa copita de rascatripas hacen la delicia de los obreros. El pequeño burgués, en el café del Comercio ó en el del Universo, según sus ideas radicales ó conservadoras, echa su manilla y traga también su vermut; el pilluelo de diez y seis años, como el viejo de setenta, el peón, el capataz, el rentista, el comerciante ó el empleadillo, todos, cada cual en su puesto favorito, acuden á la taberna á charlar, á jugar, á haraganear, á olvidar las miserias de su trabajo ó el aburrimiento de su desocupación.

El adulto todavía imberbe va también allí, arrastrado por sus compañeros de mayor edad ó más atrevidos. Si es vicioso, ó solamente si es débil, entrará al primer ofrecimiento; si tiene sentido moral y se resiste, las burlas de sus compañeros acabarán con su resistencia; y una vez aprendido el camino, no lo olvidará; en adelante será esclavo de su hábito, y volverá diariamente á la taberna, más que para beber, para cortar la monotonía de su trabajo, ó simplemente para disfrutar de aquella atmósfera caliente, del confort de la instalación, de la embriaguez, de la luz y del ruido.

Hay tabernas para todas las clases, para todas las bolsas,

para todas las necesidades, desde las que se ocultan en los sótanos hasta las que se ostentan en los bulevares con espejos, arañas y dorados. En unas se bebe, se charla y se juega; en otras, por 10 ó 30 céntimos, se puede dormir en los divanes ó en las mesas; en otras se ofrece cama y compañía, y en algunas cuentan con seguro asilo los vagabundos, merodeadores, rateros y presidiarios.

En los pueblos rurales, sobre todo, la taberna ejerce una influencia decisiva, convertida en campo atrincherado de los agentes electorales: allí se leen los periódicos, se comentan las noticias del día y se discuten las personalidades del país. Un parroquiano, por la fogosidad de su oratoria ó por la seguridad de sus afirmaciones, se hace el favorito de la clientela; le harán concejal, y acaso alcalde; se convertirá en agente del aspirante á diputado, estimulando el celo de la clientela con su propaganda. El tabernero será miembro influyente del comité de acción, y hasta podrá servir de vigilante y de guía, recogiendo informes, circulando órdenes y transmitiendo proposiciones. Y así se han convertido las tabernas en focos de agitación electoral, en pequeñas plazas públicas, toros cerrados de la democracia.

Todo conspira para el creciente desarrollo de las tabernas, hasta el interés aparente del Estado mismo: el tabernero es el más productivo y seguro de todos los contribuyentes; no sólo paga sus impuestos de consumos, sino también la licencia, los derechos sobre las bebidas y sobre el alcohol, sin contar las demás contribuciones generales; es un precioso proveedor del Tesoro; y si la Facultad de Medicina se lamenta cuando el año ha sido de abundante consumo espirituoso, en cambio el fisco se regocija y el ministro de Hacienda ve colmado el déficit.

Hay que pensar seriamente, sin embargo, en los estragos del alcoholismo, generador de la tuberculosis, de la locura, de la esterilidad, de la degeneración de la raza y de la despoblación del Estado. Hace cincuenta años no se consumía en Fran-

cia más que un litro y 46 centilitros de alcohol por habitante, y hoy se consumen 4 litros y 72 centilitros; hace cincuenta años apenas se conocía el ajenjo y los *bitters:* hoy se beben más de 30 millones de litros de estos venenos. Claro es que la sobriedad y la virtud no pueden decretarse; pero la experiencia demuestra que en los países donde se ha dejado plena libertad al desarrollo de la taberna el consumo de alcohol ha crecido, y con ese consumo, y paralelamente, ha crecido también la mortalidad; en cambio, en las naciones que se han preocupado del problema del alcoholismo, como Suecia y Noruega, el consumo anual ha bajado en veinte años, desde 23 y 16 litros por habitante, á 5 y á 2 litros, respectivamente, habiendo llegado á ponerse á la cabeza de las demás naciones en cuanto á disminución de la mortalidad y aumento de la longevidad.

Bien vale la pena de poner trabas al consumo del alcohol para obtener tan hermosos resultados.

PSICOLOGÍA COLECTIVA

Tácito y la multitud.—Dice Boissier, en un reciente libro sobre Tácito, que este historiador «es quizás el más grande pintor de multitudes que haya existido jamás». Brugnola, en la *Rivista d'Italia,* confirma esta opinión y procura mostrar cómo la Psicología colectiva, que hoy ha conquistado honroso puesto entre las ciencias sociológicas, tiene en Tácito un ilustre precursor, pudiéndose apreciar en el estudio de la sublevación de las legiones de Pannonia y de Germania hasta dónde llegaron las intuiciones geniales del autor de los *Anales* sobre el alma de las muchedumbres.

De las tres colectividades, Senado, pueblo y soldadesca, que se presentaban á la mirada del historiador de aquella época, la que más atraía la atención era, naturalmente, la última; el Senado, sombra de lo que fué bajo el régimen republi-

cano, estaba degradado, sin parecer tener otro oficio que la adulación y el servilismo; el pueblo, amigo de divertirse, idolatraba á quienes halagaban sus bajos instintos, y es natural que Tácito, alma viril y arrogante, despreciase aquella grey de brutos, considerándola en sus narraciones en general como espectadora pasiva á inconsciente de los hechos. La soldadesca, en cambio, había conquistado el primer puesto en el Imperio, y de su actitud dependían los destinos del mundo conocido de entonces. De ahí que Tácito prestara especial atención á su estudio.

Apenas muerto Augusto y proclamado Tiberio, las tres legiones de Pannonia comenzaron á moverse con sorda agitación, soplando en ellas el fuego de la indisciplina un tal Percennio, antiguo jefe de la *claque* teatral de Roma y experto en el arte de sugestionar á las multitudes. Ya en corrillos de soldados, ya en sabrosos apartes, les mostraba la miseria de su condición, sus fatigas, su mísera paga y sus duros castigos, excitándoles á pedir mejoras en todo por medio de instancias ó con las armas en la mano, pues, en último resultado, ellos eran los más y podían imponer su voluntad. Leyendo estas páginas de Tácito parece que se tiene entre manos un periódico moderno que da cuenta de los preliminares de una huelga, con los discursos de los jefes del movimiento á los obreros para halagarlos con risueñas perspectivas y lanzarlos á la protesta colectiva y violenta. La semejanza sigue en las demás fases del movimiento, que se propaga con rapidez desde los pocos individuos activos (*meneurs* ó agitadores) hasta los demás elementos amorfos que componen la multitud. Es necesario conocer á fondo el alma de la multitud para apreciar el momento *sinérgico* y *sinestésico* como Tácito supo apreciarlo con su poderosa intuición.

Los discursos de Percennio dieron su resultado; y, sin hacer caso de las órdenes del general Bleso, unieron las insignias de las tres legiones como una sola, y quisieron que Bleso enviara á Roma á su propio hijo para exponer sus reclamaciones.

Bleso intenta contener la revuelta, y hace prender y encerrar á los más revoltosos; pero el motín crece, y los presos son puestos en libertad con los desertores y los condenados á muerte. Entonces un tal Vibuleno, llevado en hombros ante el Consejo que preside Bleso, grita con voz potente: «Habéis devuelto la vida á estos infelices; pero ¿quién la devolverá á mi hermano, mandado matar por Bleso? ¿Dónde, Bleso, has echado su cadáver? Concédele siquiera sepultura, y hazme matar también á mí si lo deseas, pero deja á nuestros compañeros que nos entierren juntos». Puestos en busca del cadáver, parece que el tal hermano de Vibuleno ni siquiera había existido. Pero el efecto estaba logrado con aquella mentira, y el que empleó aquel ardid mostraba conocer perfectamente el alma de la multitud; cuando ésta se halla excitada acoge fácilmente todo cuanto puede empujarla en la dirección que ha tomado. La habilidad está en hacer vibrar en el corazón de la multitud la cuerda más sensible en aquel momento. ¿Qué importa la falsedad de una acusación? ¿Quién va á comprobarla en aquel instante crítico?

El mismo conocimiento de la psiquis colectiva demuestra Tácito al describir las alternativas de irritación y de abatimiento que suelen producirse en las multitudes cuando, realizado algún exceso, se muestran ante la representación de la autoridad y, aunque conscientes de su fuerza, no aciertan á sustraerse al temor de las represalias y del castigo. Tal fué el caso de las legiones insurrectas cuando se hallaron en presencia de Druso, el hijo de Tiberio, enviado por el emperador para aplacar la revuelta. «Traspuesta la empalizada—dice Tácito, —los revoltosos refuerzan en las puertas los cuerpos de guardia y mandan piquetes de armados á ciertos sitios del campamento; los demás circundan en corro imponente la tribuna del jefe; Druso imponía silencio con la mano; los cabezas de motín, cada vez que de Druso volvían los ojos á la multitud, armaban estrépito con sus gritos tremebundos, y luego, mirando de nuevo á Druso, se atemorizaban; primero un clamoreo

salvaje, y luego, repentinamente, la calma; diversos movimientos del ánimo los espantaban y aterraban». No puede retratarse mejor el estado de aquellos espíritus.

La sublevación persistía, sin embargo, y no llevaba camino de arreglarse, cuando un suceso cambió radicalmente el aspecto de las cosas: la noche siguiente á la llegada de Druso se produjo un eclipse de luna, que fué interpretado como signo de la ira divina contra los rebeldes. Druso aprovechó el estado de los ánimos malquistando á Percennio y Vibuleno y prometiendo atender las peticiones justas de las legiones, enviando al efecto á Roma una comisión; pacificados con esto los ánimos, hizo matar á los dos agitadores primero y luego á los más significados de los revoltosos, y las legiones espontáneamente se disgregaron, volviendo cada una á su puesto.

Así acabó aquella revuelta, y cosa semejante ocurrió con los dos ejércitos de Germania. Y es curioso ver con qué feliz atisbo se hallan reseñados por Tácito los momentos culminantes de esas rebeliones, coincidiendo en un todo su narración con las conclusiones que los más perspicaces cultivadores de la psicología colectiva han formulado en nuestros días.

CUESTIONES ÉTICAS

La cuestión de la felicidad en el siglo xviii.—«La felicidad—decía en 1772 Saint-Lambert—es objeto de los deseos de todos los hombres, y no de sus reflexiones. Buscándola sin cesar se instruyen poco de los medios de obtenerla, y no les ha hecho producir hasta ahora más que algunas máximas, unas canciones y pocas obras». Quiere decir con esto Saint-Lambert—añade en *La Grande Revue* Mauricio Pellisson—que no se ha escrito ninguna obra maestra sobre la felicidad, y eso es cierto; pero en el mismo siglo xviii se han publicado varias obras que no carecen de interés ni de mérito sobre este asunto, especialmente *El templo de la dicha,* de Castillon y Robinets.

El Cristianismo, acentuando el rigor de su disciplina moral, había dejado la felicidad para la otra vida, como recompensa de la presente. Para un cristiano austero, querer gozar de la dicha aquí abajo es rechazar el dogma fundamental de que esta vida no es más que la expiación de la falta original. La alegría es funesta, y sólo el dolor santifica; la tierra no es para el cristiano, y no debe ser, otra cosa que un valle de lágrimas.

Este concepto triste de la vida produjo en el siglo XVIII una reacción. El nada sospechoso P. Buffier estudia en su *Tratado de la sociedad civil* «los medios de hacerse feliz en la sociedad contribuyendo á la dicha de los demás», afirmando que no por ser incapaces de una felicidad perfecta debemos despreciar la que está en nuestras manos. Levesque de Pouilly no entiende que nuestra existencia terrestre sea un tiempo de destierro, sino de preparación, y afirma que «por la gracia divina el cristiano es infinitamente más feliz por lo que espera que por lo que posee, siendo las flores que goce aquí abajo los gérmenes de la dicha eterna». Maupertius quizá no sea tan ortodoxo, pero es profundamente cristiano también, y sostiene que «es un error y un fanatismo creer que los medios de llegar al mismo fin deben ser opuestos ó diferentes en esta vida y en la otra, y que para ser eternamente feliz sea preciso sumirse en la tristeza y en la amargura». A fines del siglo el gran vicario de Burdeos, Gourcy, declara que no podemos aspirar á la perfecta dicha sino en Dios, pero que ya que no podamos disfrutar de esta dicha nos queda otra de segundo orden, por decirlo así: que la compasión de Dios ha sustituído á la primera y que debemos aceptar con reconocimiento.

El protestantismo en el siglo XVII tuvo el mismo concepto de la vida terrestre que el catolicismo, pero en el siglo XVIII dulcificó también sus asperezas. Formey cree que la verdadera dicha no está prohibida al hombre; Luis de Beausobre, pastor en Berlín, repudia del modo más terminante y vivo el pesimismo de los teólogos antiguos; no se digna discutir siquie-

ra las máximas y principios de los ascetas, lugares comunes de retórica, y nada más; y dice: «los placeres tienen su utilidad, dan nuevas fuerzas al espíritu, dejan á la economía animal una libertad necesaria, alivian nuestras penas y hasta nos las hacen olvidar, estrechando los lazos que deben unir á los hombres».

En el siglo XVII, la palabra misma de *placer* no sólo era sospechosa, sino mal notada; se proscribían los placeres en bloque, sin distinguir los honestos de los demás. Cincuenta años más tarde, Lemaistre de Claville, personaje grave, escribía un libro sobre *El verdadero mérito,* que estuvo muy en boga, y en el que se contiene esta declaración de principios: «Aconsejo el uso de los placeres, pero no quiero que se embriaguen en ellos; para prevenir esta embriaguez y garantizarse contra ella, lo mejor es consultar con la prudencia y con el gusto en la elección misma de los placeres». Es la filosofía de Horacio, en la que también se inspira el abate de Saint-Pierre en sus dos tratados sobre los *Medios de vivir feliz* y *Medios de ser más felices en la vida privada,* cuya tesis es la de que debemos divertirnos, pero con moderación.

Puede decirse que al comenzar el siglo XVIII el concepto medioeval de la vida tendía á desaparecer: la civilización material se extendía, y todo conspiraba al mismo fin. La doctrina antigua se mantenía en pie, sin embargo; y aunque los hechos la contradijeran, no bastaba que se hubiera dejado de practicar el ascetismo y el pesimismo: era preciso combatirlos de frente, doctrinalmente, y eso es lo que hizo Voltaire en 1728, escribiendo sus *Observaciones sobre los pensamientos de Pascal* en los momentos en que todo debía hacerle pesimista, pues estaba en la mayor miseria: «Nuestra existencia —decía— no es tan desgraciada como nos lo quieren hacer creer: mirar el universo como un calabozo y á todos los hombres como criminales á quienes van á ejecutar, es idea de fanático; creer que el mundo es un lugar de delicias, donde sólo debe haber goces, es sueño de sibarita; pensar que la tierra, los hombres y los animales

son lo que deben ser en el orden de la Providencia, es propio de un hombre cuerdo». Se ha dicho que Voltaire, á pesar de estas ideas, ha escrito *El poema de Lisboa, Cándido* y *El marsellés y el león,* donde aparece como el más desesperado de los pesimistas; pero esos son rasgos y excesos de su humor satírico. Juzgar mala la vida es, según él, el peor de los errores; y á la afirmación de Pascal, que dice: «Si hay un Dios, sólo él debe ser amado y no sus criaturas», Voltaire replica: «Hay que amar también, y muy tiernamente, á las criaturas; hay que amar á su patria, á su padre, á su mujer, á sus hijos; hay que amarlas tanto como que Dios nos las hace amar, á pesar nuestro». Así planteaba Voltaire la tesis que luego desarrollaron Vauvenargues, Diderot, Toussaint y tantos otros.

Pero no bastaba decir que en la tierra puede haber felicidad: faltaba saber en qué consiste esa felicidad y cómo debe alcanzarse. La antigua tesis rigorista lanzó á la tesis opuesta á los espíritus exagerados: al idealismo puro se opuso el sensualismo refinado. La Mettrie en 1740 resucitó en su *Antiséneca* el peor de los hedonismos, afirmando que «la felicidad está, ante todo, en la satisfacción de los órganos», opinión compartida por la señora del Chatelet al decir en sus *Reflexiones sobre la dicha* que «Lenôtre tenía mucha razón para pedir al Papa tentaciones en lugar de indulgencias». Más discretos ó menos escandalosos, otros hicieron consistir la felicidad en el reposo; así la define Fontenelle: «un estado, una situación tal, que se desearía su duración sin cambio»; «la mayor parte de los cambios que hace un hombre en su estado para mejorarlo—añade—aumentan el sitio que ocupa en el mundo: su volumen, por decirlo así; pero ese volumen mayor ofrece mayor espacio á los golpes de la fortuna; el que quiere ser feliz, se reduce y se estrecha todo lo posible». Según esto, el mejor modo de vivir es no hacer nada; este concepto está calcado en el de la beatitud celeste, estado de reposo eterno é inalterable.

En su *Ensayo de filosofía moral,* Maupertius se aproxima

á las ideas de Fontenelle: «Llamo placer—dice—á una percepción que el alma gusta más experimentar que no experimentar; llamo pena á una percepción que el alma gusta más no experimentar que experimentar; el tiempo que dura un placer es un momento feliz; el tiempo que dura una pena, un momento desgraciado; la vida es un deseo continuo de cambio de percepciones, y se pasa en deseos, no en placeres; todo el intervalo que separa un deseo de su ejecución quisiéramos aniquilarlo; este intervalo sólo está compuesto de momentos desgraciados»; la vida debe, pues, pasarse en evitar *el mal de vivir*. Esta idea es semejante á la sostenida por Edmundo Scherer, de que «la felicidad es una idea que se disuelve en el análisis», porque «la dicha no es más que la satisfacción, y lo propio de la satisfacción es desvanecerse en cuanto existe; una vez que se ha obtenido, no se desea ya, puesto que se posee; el goce se encuentra, por otra parte, inferior á lo que uno se había imaginado, precisamente porque se había creído permanente; se queda uno así engañado é infiel, y se pone uno á desear otros objetos», con los que ocurre lo mismo. Por eso Scherer niega la existencia de la dicha, y esta especie de quietismo laico subsiste en muchos espíritus.

El concepto vislumbrado por Voltaire y bosquejado por Vauvenargues, de que la felicidad está en la acción, se define en teoría completa por Elías Luzac en su libro sobre *La felicidad,* en el que, partiendo de que la existencia es una sucesión continua de estados, el reposo es contrario á ella, y la dicha está en la actividad, en las transiciones de un estado desgraciado á otro feliz, y de éste á otro más feliz aún. La consecuencia práctica de este concepto es que hay que prevenir y evitar todo lo que sirva de traba á la libre acción; por eso la primera condición de la felicidad es la salud, y de ahí la fórmula definitiva de Cabanis en este orden de ideas, estimando la felicidad como «el libre ejercicio de las facultades, el sentimiento de la fuerza y de la facilidad con que se las pone en acción, en el bienestar físico, del que resulta el bienestar moral, que

no es más que el mismo bienestar desde otro punto de vista». Pero obrar no es agitarse, sino avanzar; no se aspira á retroceder ni á bajar; se aspira á marchar adelante y á subir; la dicha consiste, pues, no sólo en retener el bien, sino en perseguir y alcanzar lo mejor. La felicidad implica, por lo tanto, el progreso, y en Voltaire estaba ya depositado el germen de las ideas que Condorcet desarrolló sesenta años después. Y otra consecuencia de la teoría de la acción es que entre los dos motores que nos impulsan á la acción, el interés personal y el interés general, el que más felicidad nos proporciona será el que abra mayor campo á nuestra acción, que es el interés general. Y si la práctica de los deberes sociales es la causa principal de la felicidad, la dicha consiste en el deber: «ó la moral no es nada—decía Formey,—ó es la ciencia de la felicidad».

ESTÉTICA

Lo lindo y la mujer contemporánea.—Así se titula un artículo publicado por Peladan en la *Revue Bleue*.—¿Es lo lindo un diminutivo de lo bello?—se pregunta. El arte griego nos muestra á la vez sus Victorias y sus Minervas y las figurinas de Mirrina y de Tanagra; no preside la misma concepción en las estatuas que en los muñecos de Atica: en unas se busca el tipo, sin contingencias de tiempo ni lugar; en otras se expresa la visión accidental de la forma.

El carretero que al ver á la señora Recamier soltó una interjección admirativa, no hubiera dicho «¡qué hermosa mujer!» al encontrarse con la modistilla más vivaracha. En labios del obrero, *bella* quiere decir alta, fuerte, análoga á los modelos de dibujo, es decir, típica, alegórica de la especie; *linda* designará, por el contrario, una bachillerilla, quizá bajita, pero graciosa, pizpireta, de expresión encantadora muy viva. El siglo XVIII es lindo, y nadie lo llamará hermoso; los hombres mismos son coquetos en aquel período en que la mu-

jer domina, y Querubín, bajo el traje del indiferente de Watteau, simboliza la plástica de entonces. La Revolución dispersó y degolló la sociedad más cumplida que haya existido jamás; y esta sociedad se había especializado tan bien en el arte de agradar, que no supo defenderse y prefirió perecer á luchar fuera de las reglas y groseramente.

No hay actualmente una joven y linda mujer que no sueñe con el automóvil, es decir, con un traje informe, incoloro, que tiene algo del buzo y del esquimal, un traje que borra el sexo y que suprime el deseo de agradar; cuando baja de la máquina, el hambre, la sed y el sueño la agobian, come con gorra y no piensa en manejos de coquetería que pasarían desapercibidos para sus caballeros: la higiene aplaude; pero ¿quién ignora las innumerables antinomias que existen entre la belleza y la salud? Las reuniones mundanas no ofrecen tampoco al artista circunstancias favorables; después de la comida, los hombres se van á fumar, y las tertulias se reducen á conciertos aburridos, en donde las damas están alineadas en sillas y los caballeros agrupados á las puertas. Con estas separaciones, la mujer pierde la voluntad y la costumbre de agradar, y el hombre permanece indiferente hasta el momento en que se inflama.

Lo lindo, resultante de las costumbres, ha desaparecido: la prueba es el corsé recto, que suprime el vientre, pero también el talle, en provecho de la salud y en detrimento de la belleza. Desde los señores del bosquecillo del *Triunfo de la muerte* hasta las obras venecianas y boloñesas, los caballeros están mejor vestidos que las damas. Compárese el traje de los *mignons*, de los mosqueteros, de los marqueses de Molière, con el de las mujeres, y sienta mucho mejor y está tan adornado, y así lo sigue siendo hasta la Revolución. El bello sexo, según los museos y las estampas, data del momento en que el hombre abandonó su traje y se hizo feo, por abdicación inexplicable; desde el punto de vista decorativo se suicidó, y desde entonces la mujer pudo afirmar su privilegio por la demostración más completa cuando sale bien: la demostración *ad absurdum*.

La desproporción ornamental que agobia el aspecto masculino exalta, por el contrario, la gracia femenina, y cada moda se basa en la exageración de una dimensión: ora la vertical triunfa adelgazándose hasta el exceso, ora la crinolina ensancha la grupa hasta lo grotesco. ¿De dónde viene que el absurdo, en lugar de dañar á la coquetería, la da un picante imprevisto? De un factor poderosísimo: la sexualidad. Entre nosotros y la mujer, la corriente de concupiscencia falsea las relaciones del juicio, y el fenómeno de atracción abole la crítica: desde Cleopatra hasta las más seductoras contemporáneas, la belleza, verdadera ó supuesta, no ha desempeñado papel alguno en las pasiones inspiradas por la mujer. ¿Quién puede soñar con la Pompadour del Louvre, á pesar del prestigio histórico?

¿Qué obras del pasado podían rehacerse hoy, sirviendo de modelo la mujer contemporánea? La *Yoconda* de Vinci. En esta tela inmortal todo concurre á un efecto prodigioso, desde el fondo imprevisto, irreal, fabuloso, hasta el conjunto, que participa del de las Madonas, hasta la mirada omnisciente, que es la mirada propia de Vinci; hay en Yoconda poco que sea propio de su tiempo y de su lugar, y la obra maestra no es más que un juego divino de expresión entre la boca y los ojos: extinguió esos dos puntos de irradiación, y el alma de la esfinge desaparece; la Yoconda no es más que una mirada, pero que sólo tiene igual en la órbita de la esfinge líbica. La Yoconda, sin embargo, puede rehacerse hoy; hoy pueden encontrarse pupilas para incautarlas hasta lo infinito. La Yoconda es una concepción del misterio; y el misterio, que no tiene otro asiento que el alma humana, espera en 1906 como en 1500 al encantador que sepa evocarlo. En las razas latinas se encuentran siempre Monna Lisas; lo que no se encuentran son leones á lo Vinci que sepan pintarlas. Fuera de la belleza típica, no hay más que una mujer, la bella del corazón durmiente, que no se despierta si el dedo imperioso de la pasión no viene á despertarla.

El pintor ó el escultor de hoy cree más semejante su obra sorprendiendo á su modelo en el momento más flojo de su vida ordinaria, cuando los resortes morales se han distendido. Un rostro es una linterna, y hay que encenderla para hacerla mágica; sólo la sensibilidad preside á la significación de la mirada y de la sonrisa, y nuestros artistas carecen de sensibilidad; no ven más allá de la exterioridad, y tomando el medio por el fin, se les verá titular las figuras de mujeres por el color de su traje: «retrato blanco», «señora de amarillo». Los procesos intentados al arte contemporáneo se reducen á uno solo: la sensibilidad de los artistas se rebaja ó, más bien, se embota: no ven más que el cuerpo, y lo ven feo, difuso y enfermizo.

OCULTISMO

La inmortalidad humana.—William James ha dado en Ingersoll una interesantísima conferencia sobre el tema que encabeza este trabajo, y multitud de revistas extranjeras la han reproducido.

La inmortalidad—dice W. James—es una de las mayores necesidades espirituales del hombre. Bien sabemos lo que dicen á esto, no sólo los fisiólogos, sino muchos laicos que están al tanto de la ciencia popular: ¿Cómo podemos creer en otra vida, cuando la ciencia ha demostrado terminantemente que nuestra vida íntima es una función de la materia gris de nuestras circunvoluciones cerebrales? ¿Cómo puede subsistir la función después de la descomposición de los órganos?

«El pensamiento es una función del cerebro.» La ciencia ha llegado á esta conclusión, y habremos de callarnos ante sus afirmaciones. Pero la cuestión es ésta: ¿es verdad que esta doctrina científica nos obliga á *no creer* en la inmortalidad? Reconozcamos que la inmensa mayoría contestará que *sí*, y que los que contesten *no* parecen ser unos inconsecuentes. La verdadera objeción contra la inmortalidad está, en efecto, ahí, y

lo que hay que demostrar es que, aunque la vida de nuestra alma sea literalmente la función de un cerebro que perece, es posible que la vida continúe, muerto el cerebro. Vamos á verlo.

Cuando el fisiólogo piensa que su ciencia corta toda esperanza de inmortalidad, afirma que «el pensamiento es una función del cerebro», y piensa lo mismo cuando asegura que «el vapor es una función de la ebullición», y la luz «una función del circuito eléctrico», y la fuerza «una función de una cascada de agua». En este último caso los diversos objetos materiales tienen la función de crear ó engendrar sus efectos, y su función puede llamarse *función productiva*. El fisiólogo piensa que lo mismo ocurre con el cerebro, que engendra en su interior la conciencia, como produce la colesterina, la creatina y el ácido carbónico; su conexión con la vida del alma debe también llamarse función *productiva,* y claro es que al morir el órgano, como la producción no puede continuar, el alma tiene que morir.

Pero en el mundo de la naturaleza la función *productiva* no es la única; hay también funciones *transmisivas* ó *permisivas*. La ballesta de un arco tiene función *transmisiva:* quita el obstáculo que tiende la cuerda y permite al arco volver á su forma natural; en el caso de un cristal coloreado, de un prisma ó de lentes de refracción, tenemos la función *transmisiva:* la energía de la luz es filtrada y limitada en colores por el cristal, como los tubos de un órgano dejan salir el viento de la cámara de aire por diversas vías y produciendo diversos sonidos: las voces de todos los tubos están contenidas en la columna de aire que tiembla al salir de ellos, pero el aire no es engendrado por el órgano.

La tesis de W. James es ésta: cuando pensamos en la ley que asevera que el pensamiento es una función del cerebro, no estamos obligados á pensar en la función *productora* únicamente; «tenemos el derecho y el deber de tener en cuenta la función *permisiva* ó *transmisiva*»; y eso es lo que olvidan los psi-

cofisiólogos comunes. Supongamos, por ejemplo, que el Universo entero de las cosas materiales sea una mera masa de fenómenos, y que la gran cúpula que nos oculta la gran antorcha supersolar pudiese hacerse menos opaca á ciertas horas y en ciertos sitios, y dejara pasar algunos rayos por este mundo sublunar: estos rayos serían rayos finitos de la conciencia, y variarían en cantidad y calidad. Llamaradas de sentimiento, visiones clarividentes, corrientes de percepción, fluyen en el Universo infinito. Supongamos que nuestros cerebros sean como pequeños puntos, casi transparentes, donde está extendido el velo. ¿Qué sucederá? Que así como el aire atraviesa mi tráquea, mientras hablo, determinado y limitado en su energía y en sus vibraciones por la peculiaridad de las cuerdas vocales que forman mi voz, la materia genuina de la realidad atravesará nuestros cerebros con todas las limitaciones y formas de nuestra individualidad.

Cualquier hipótesis abstracta parece irreal: la idea de que nuestros cerebros sean tantos puntos transparentes en el gran velo ó que sean tantos lentes colocados fijos en el muro de la Naturaleza, transmitiendo luz de la surgiente supersolar, parece en verdad una imagen fantástica. ¿No es más verosímil comparar nuestra conciencia á una especie de vapor, de perfume, de electricidad nerviosa generada en el propio recipiente? La función no significa sino una simple variación concomitante. Cuando la actividad del cerebro muda de un modo, la conciencia muda de otro. Cuando las corrientes penetran en los lóbulos occipitales, la conciencia *ve* las cosas; cuando penetran á través de la región frontal interior, la conciencia *dice* las cosas á sí misma; cuando las corrientes se cierran, la conciencia se adormece; científicamente hablando, no podemos anotar más que el simple hecho de la concomitancia; y todo discurso, en pro ó en contra de la *producción* ó de la *transmisión*, ó sobre el modo con que se producen, es una hipótesis más, y una hipótesis metafísica. Cuando vemos el vapor que sale de una caldera, podemos imaginar que allí sólo hay una altera-

ción molecular. Pero en la producción del pensamiento por el cerebro los términos son heterogéneos, y nada podemos afirmar con seguridad.

La teoría de la *producción* no tiene más ventaja que la de ser más popular; la de la *transmisión* tiene cierta superioridad positiva. Es verdad que no puede concebirse exactamente cómo se efectúa el proceso de la transmisión; pero las relaciones *externas* del proceso alientan nuestra fe: la conciencia en este proceso no está obligada á ser engendrada de nuevo en gran número de casos; existe ya, coeva del mundo, tras los telones del teatro de la vida; esa teoría evita la repetición de los milagros, y está de acuerdo con la filosofía idealista, mejor que la de la producción; se armoniza también con la concepción de un límite, de un «umbral», cuya altura varía según las circunstancias; está también de acuerdo con esos fenómenos obscuros, conversiones religiosas, inspiraciones providenciales, vocaciones, presagios, curaciones, apariciones y toda la escala de las facultades medianímico-místicas, ocurridas en todas las edades de la Historia.

La acción de los sentidos es la que vence la resistencia del cerebro: mi voz y mi cara, por ejemplo, excitan vuestros oídos y vuestros ojos; por ellos vuestro cerebro se hace más permeable al conocimiento de lo que yo digo. Pero en los fenómenos misteriosos es difícil ver cómo los órganos de los sentidos pueden intervenir; un *médium,* por ejemplo, mostrará saber cosas que parece imposible que las haya sabido por conducto del oído ó de la vista. Por la teoría de la transmisión no ocurre que tales hechos sean producidos: existen ya en el mundo trascendente, y todo lo que ocurre para que aparezcan es un anormal descenso del «umbral» del cerebro para dejarlos pasar. En los casos de vocaciones, conversiones y alucinaciones mentales, parece como si una fuerza extraordinaria de fuera, distinta de la acción de los sentidos, hubiera entrado en la vida; todo lo cual se explica naturalmente por la teoría de la transmisión, y es paradójico y sin sentido en la de la producción. En la transmisión

sólo necesitamos suponer la continuidad de nuestras conciencias personales con un océano generador de todas las conciencias que permita á veces á las olas excepcionales saltar el dique.

Pero ¿de qué modo *positivo* la teoría de la transmisión ayuda á concebir nuestra inmortalidad? El espíritu moderno vacila en la fijación de los límites de esa inmortalidad. Si el hombre vive eternamente, ¿por qué no han de vivir lo mismo los animales? Y esta suposición nos aterra. William James confiesa que ha intentado representarse la cosa, y ha sufrido inexplicable opresión con la sensación de tal experimento; pero luego ha visto que en el fondo de esta concepción había un gran error, siendo lo maravilloso que nadie lo ve, y que resulta de una ceguedad que todos padecemos: la de nuestra inmensa vanidad, que pretende proyectar nuestra incapacidad en la vastitud del Cosmos y quiere medir las necesidades de lo absoluto por la mezquindad de nuestras personales necesidades. A nosotros nos asusta que la inmortalidad pueda extenderse á todos los seres animados, y ni siquiera comprendemos que hayamos de codearnos *per saecula saeculorum* con millones de hotentotes y zulús; nuestros antepasados iban más lejos todavía, y, cortando por lo sano, no admitían que los demás hombres que no fueran ellos pudieran tener otra aplicación que la de servir de combustible para las llamas del infierno.

La cultura moderna nos ha hecho más humanos, pero no nos ha despojado de prejuicios. Podemos admitir la inmortalidad para nosotros; pero nos agobia pensar que los demás vayan á gozar también de ella. ¿Para qué han de ser inmortales los chinos? Dios mismo no sabría qué hacer con tanta gente. Y engolfándonos en el asunto, nos sentimos presa del vértigo; comenzamos por dudar que la gran masa humana pueda ser inmortal, y luego perdemos la fe en nuestra misma personalidad. Ese es el estado de ánimo en que nos ponemos: pensamos que la multitud innumerable de seres es tal como se nos aparece, y cada uno dice para sí: «no necesito á ésos, y, por consiguiente, ésos no son necesarios».

Abramos los ojos, y veremos á cada uno de esos seres que nos parecen repulsivos, ó por lo menos indignos de la inmortalidad, vivir, con la alegría del vivir, una vida tan viva como la nuestra, y todos cumplen su misión. Cuando un hombre se despierta ó nace, no está otro obligado á dormirse ó á morir para mantener constante la suma de todos; la ley de la «conservación de la energía» del mundo físico no tiene aplicación al mundo espiritual. No hay límites al aumento positivo de los seres en su vida espiritual; y como el sér espiritual *desea* su continuación, la *oferta* de la vida nunca podrá exceder á la *demanda*. Dios, por otra parte, es fuente inagotable que no puede venir á menos; El, que tolera la existencia de nuestra pequeñez, puede también tolerar la existencia de infinidad de seres y cosas que nos son extrañas ó nos parecen despreciables. ¿No debemos querer que todo ramo y toda hoja de la selva salvaje de este mundo sea inmortal? El corazón del Sumo Sér no puede sufrir ni una sola de esas exclusiones que nos causan placer á nosotros, mínimos seres de corazón mezquino. El significado *cósmico,* el significado *íntimo* de las otras vidas excede á toda nuestra potencia de simpatía y facultad de visión.

Fernando Araujo

ÍNDICE

Págs.

La guerra y la vida, por Ricardo Burguete 5
Madrid en 1833, por Rodrigo Amador de los Ríos 25
Evolución penitenciaria, por Fernando Cadalso..... 55
Las últimas negociaciones de matrimonios regios entre Inglaterra y España, en 1623, por Juan Pérez de Guzmán..... 72
Recuerdos, por José Echegaray..... 98
Movimiento económico-social de España.—La política agraria, por Francisco Espinosa y González Pérez..... 111
España fuera de España.—Cicerón y los españoles, por H. de la Ville de Mirmont..... 134
En la niebla, por Leonidas Andreief..... 158
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 178
Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 185

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 18. NUM. 210.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

JUNIO 1906

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

10.920

RECUERDOS

Quedamos, si no recuerdo mal, en los primeros días de Septiembre del año 1868, el célebre año de la revolución.

La revolución de Septiembre se llamó entonces, y sigue llamándose todavía, y creo yo que este nombre conservará en la Historia.

Había dado fin á mi comisión en París, y había venido con mi mujer á San Juan de Luz para estar más cerca de la frontera, recoger noticias más directas del estado de España y aprovechar los últimos días de libertad que mis obligaciones en la Escuela de Caminos me concedían.

Ya cuando salí de París, como dije en mi artículo anterior, se anunciaban graves acontecimientos en España.

Ya cuando llegué á la frontera, parecía un hecho fuera de toda duda que Prim había desaparecido de Bélgica, sin que nadie supiera dónde estaba.

En San Juan de Luz nos reunimos uña colonia de españoles de todas clases, de todos colores y de todos los matices políticos: desde los ultra-revolucionarios hasta los ultra-conservadores.

Claro que entonces no se llamaban conservadores; así es que mejor dijera desde los revolucionarios hasta los defensores á todo trance del ministerio González Brabo, sin contar los indiferentes, que siempre en España forman una gran masa.

Digo mal al decir indiferentes, porque todos ellos siguen con interés sumo las peripecias de nuestros trastornos políti-

cos; pero como espectadores de un drama, sin tener empeño en representar ningún papel.

Yo era, como he explicado otras veces, revolucionario, pero teórico; y en la práctica, un revolucionario pacífico que jamás tomó parte activa en ninguna conspiración ni en ningún trastorno.

Amaba la revolución, porque amaba la democracia, en la región de las ideas; porque estaba profundamente convencido de que en cuanto triunfasen en España la democracia y la revolución, el país forzosamente había de transformarse, ó, por mejor decir, había de regenerarse.

Deseaba la revolución sin interés alguno, pues jamás me ocurrió la idea de que con la revolución triunfante pudiera yo mejorar mi posición social.

El lector podrá creerme ó no creerme, pero yo afirmo que éste era el estado de mi espíritu.

Es más: personalmente, es decir, atendiendo á mis intereses de ciudadano pacífico, yo creía positivamente que iba á perder casi todo lo que tenía y que iba á pasar por una crisis muy angustiosa.

Porque yo razonaba de este modo:

En los partidos avanzados hay una gran enemiga contra todos los organismos oficiales, y muy particularmente contra los ingenieros.

En cuanto triunfe la revolución, seguía pensando yo, la primera medida del Gobierno revolucionario será suprimir el Cuerpo de Ingenieros de Caminos, y suprimir, por consiguiente, su Escuela; y adiós mis cátedras, y mis modestos sueldos, y mi posición.

Sin que me quedase el recurso de dedicarme á la enseñanza; porque, no habiendo ingresos en las Escuelas especiales, suponía yo, y no sin motivo, que había de quedar mermadísima la enseñanza particular.

¿Y á qué me dedicaba yo, que por entonces no sabía hacer otra cosa que enseñar Matemáticas, si el nuevo Estado re-

volucionario decía con voz solemne: basta de Matemáticas?

Serían estos pesimismos exagerados; pero yo, que en lo abstracto soy el mayor de los optimistas, en lo concreto, que á mi persona se refiere, soy el pesimista más fúnebre.

¿Será esto cobardía? Es muy posible; yo no lo discuto: señalo hechos é impresiones con absoluta verdad y sinceridad absoluta.

En suma: yo deseaba la revolución como demócrata, individualista y librecambista por añadidura; pero no hay para qué ocultarlo: la revolución me daba mucho miedo.

Y hay más todavía: mis escasos ahorros de catorce ó quince años de trabajo, que eran por junto unos treinta ó cuarenta mil reales, los tenía impuestos en la Caja de Depósitos, creación de Salaverría, allá en los años prósperos de la Unión liberal, si la memoria no me es infiel.

Y la Caja de Depósitos, según todo el mundo afirmaba, estaba en quiebra completa.

De los dos mil millones de reales no había un céntimo.

Cuando yo pensaba en mi posición, me veía en la ruina y en el desamparo, y, no obstante, el triunfo de la revolución me producía estremecimientos de placer, bien desinteresado por cierto, según colegirá el lector de mis anteriores explicaciones.

El que esto lea quizá no entienda mi negro pesimismo. ¿No había yo de obtener una buena colocación en el nuevo estado de cosas?

No, seguramente; jamás me ocurrió esta idea.

Yo no merecía ninguna recompensa, puesto que ningún sacrificio había hecho por la revolución. Ni había conspirado, ni había sufrido persecución en la prensa, ni había acudido á las barricadas, ni había perdido mi cátedra por mis campañas políticas, que eran nulas, ni había tenido que huir de España, ni había sido condenado á muerte, como Sagasta, Zorrilla, Rivero, Martos, Castelar, Figueras y tantos otros.

Abominando de todos aquellos gobiernos, había respetado siempre la ley, había desempeñado á conciencia mis cátedras, y

á lo más á que me había lanzado era á pronunciar discursos librecambistas en la Bolsa ó discursos democráticos en el Ateneo.

Y, francamente, yo, que soy hombre de conciencia, y que, aunque siempre he sido individualista, no fuí egoísta jamás, no pretendía que sólo el buen deseo fuera digno de recompensa positiva.

Hablo con el corazón en la mano.

Bien es verdad que muchas veces he encontrado en la vida personas que me han hablado con entusiasmo de los sacrificios que ellos y yo hicimos por la revolución de Septiembre, recordándome hazañas y peligros que yo jamás realicé ni corrí.

Supongo que ellos habían realizado las mismas hazañas que yo, y habían corrido peligros muy parecidos.

En suma: yo era por entonces un ciudadano pacífico que amaba la democracia, pero que jamás había expuesto por ella la vida.

¿La hubiera expuesto á ser necesario?

Me parece que sí; pero por entonces nadie puso á prueba mi heroísmo, aunque después de triunfar la revolución pusieron sus jefes en mi hoja de servicios: «heroísmo democrático, se supone».

Y después de todo, allá en el fondo de mi conciencia no dejaba de agitarse cierto heroísmo modesto, obscuro y desconocido: deseaba la revolución; si en mi mano hubiera estado su triunfo, hubiera abierto mi mano; y, sin embargo, creía firmemente que la revolución iba á ser para mí y para mi familia la ruina y la miseria.

Vamos, bien miradas las cosas, voy pensando que yo era un héroe anónimo que en la sombra, sin ostentación ni aplausos, se sacrificaba por sus ideales.

***

Todos los días á la hora del correo íbamos los de la colonia española á la estación del ferrocarril á recoger noticias de los viajeros, si era posible, y cartas y periódicos.

Todavía recuerdo que formaban parte de la colonia la familia del Sr. Villalobos, con sus dos preciosas hijas, Luisa y Angelita; y recuerdo otros muchos; pero, es claro, en las lejanías sólo brillan las estrellas fijando con luz sus recuerdos.

Peregrinación á la hora del tren, después lectura de las cartas particulares, cambio de noticias y comentarios, y por las tardes alguna excursión á Biarritz.

Al fin un día llegó la gran noticia: la revolución era un hecho: era un hecho que Prim había salido de Bruselas; era un hecho que los generales habían desembarcado en Cádiz, y que el general Izquierdo con toda la guarnición había iniciado el movimiento.

Se aseguraba que el general Prim iba á recorrer la costa y á propagar en todas las ciudades del litoral la agitación revolucionaria.

Las noticias llegaron en manojo, como manojo de rayos y centellas.

Aseguraban los ministeriales que el Ministerio estaba resuelto á resistir á todo trance, que tenía recursos, y que como González Brabo era tan bravo como su apellido, la lucha sería formidable.

Y aquí recuerdo, á propósito de la salida del general Prim de Bruselas, un episodio que oí en labios del mismo general, y que acaso interese á mis lectores.

Lo referiré con bastante exactitud, porque yo para estas cosas tengo buena memoria, y aún me parece estar oyendo al general Prim.

*
* *

Residía el general, en los meses que precedieron al movimiento, en la misma capital de Bruselas, si mal no recuerdo, que para nombres y fechas mi memoria es poco segura; pero el sitio y el día importan poco para el suceso que voy á referir, que por lo demás parece arrancado de un melodrama moderno.

Los conspiradores, sobre todo los jefes, tienen una amplia correspondencia; al menos así me lo figuro, porque yo nunca he sido conspirador.

En algunas de sus cartas claro es que revelan hechos y propósitos secretos y planes y medios: esto también es inevitable.

Y el general observó que muchas de las cosas que consignaba en sus cartas llegaban, sin saber cómo, á conocimiento del Gobierno de Madrid. Lo sabía, naturalmente, por las disposiciones que el Gobierno tomaba, que era como salirle al encuentro y destruir todas sus combinaciones.

El general se volvía loco buscando á su alrededor el traidor ó los traidores que descubrían sus planes, pero no encontraba la clave del problema.

Que alguien le hacía traición era evidente; pero ¿quién podía ser? No sospechaba de nadie: cuantas personas le rodeaban eran de absoluta confianza; ni era él tan cándido que la depositara en quien no fuera un amigo íntimo de absoluta lealtad.

Al fin y al cabo, después de discurrir mucho y de hacer mil pruebas sin resultado, se fijó en determinada persona, sin creer, por de contado, que aquél fuese el traidor y el espía.

Era que había agotado todos los demás.

La persona á que me refiero era un joven extranjero á quien él conocía hacía muchos años, perteneciente á una familia distinguida, no sé si de Bélgica ó de Francia, caballero perfecto en la apariencia, recibido en todas partes por familias distinguidísimas, que frecuentaba el gran mundo, y era socio correcto de uno y otro club de los más aristocráticos.

A juzgar por la vida que llevaba, debía de poseer buena fortuna, y gastaba coche y caballo de montar, y vestía con elegancia, y vivía casi con lujo.

Y el general se preguntaba: ¿será ése? Y se contestaba á sí mismo: imposible, de todo punto imposible; y además, ¿cómo puede hacerme traición si yo, aunque él alardea de liberal y simpatiza con la revolución, jamás le revelo ningún secreto ni tengo con él ningún género de confianzas políticas?

Me visita á diario, acude á mi salón todas las noches, entra con libertad en mi despacho y come á veces en mi mesa; pero nada más: ¿cómo de este modo puede descubrir mis cartas íntimas y transmitir al Gobierno mis más secretos pensamientos?

Y no encontraba la clave, y aun desechaba una y otra vez sus sospechas, sobre mal fundadas, injustas.

Y aquí empieza la parte melodramática.

El general, según nos dijo más de una vez, tenía una costumbre funesta para quien hacía, siquiera excepcionalmente, oficios de conspirador.

Y la costumbre era ésta:

Para cartas ó notas de interés escribía siempre un borrador, á fin de corregirlo, precisarlo y darle claridad y exactitud al ponerlo en limpio.

Y, una vez puesto en limpio, rompía descuidadamente el borrador en dos ó tres pedazos, los apelotonaba maquinalmente, y convertidos en una bola los arrojaba al cesto de los papeles.

Jamás se le había ocurrido, á pesar de ser hombre de tanto talento y de tanta experiencia, que esto pudiera ser peligroso.

Pero al fin se le ocurrió, y quiso hacer una prueba.

Una noche que estaba de visita el sospechoso personaje, se separó de él diciéndole:

—Dispénseme usted: voy á mi despacho á escribir unas cartas de interés; éntre usted luego, que tenemos que hablar de política y de las cosas de España, que, según me escriben, aquello se va poniendo muy turbio.

A su despacho se fué, en efecto; se sentó á su mesa, colocó al lado el cesto de los papeles, los arregló cuidadosamente, de modo que formasen una superficie bastante igual, y empezó en seguida á llenar de garabatos, más ó menos parecidos á letras, unos cuantos pliegos de papel, poniéndolos delante de sí y fingiendo que los copiaba.

Al cabo de un rato entró, en efecto, el joven en cuestión,

dando excusas y queriendo retirarse; pero el general le detuvo.

—No se marche usted: en cinco minutos acabo de copiar esto, y soy suyo por completo.

El joven empezó á pasearse por el despacho.

Y bien decía yo que la escena era melodramática.

Acabó la supuesta copia el general; la metió en un sobre, que cerró y selló con mucha calma.

Rompió el borrador, hizo de los pedazos una bola y la arrojó al cesto, en el cual quedó visible y sin confundirse con los demás papeles.

Se levantó, cogió la carta y, dirigiéndose al joven, le dijo con su tranquilidad habitual:

—Espere un momento: voy á dar esta carta, que es urgente, y vuelvo en seguida.

Volvió al cabo de dos minutos; el joven estaba paseándose y fumando un puro.

El general miró al cesto de los papeles, y la pelotilla de papel ya no estaba.

La prueba era evidente: el ratón había caído en la ratonera.

Sin decir el general una palabra, se dirigió á la puerta y la cerró con llave.

El melodrama llega al período álgido, y así como lo voy contando lo contaba Prim.

Se dirigió al traidorzuelo, lo cogió con manos de acero por los brazos y le aplastó materialmente contra la pared, llamándole canalla, miserable, traidor, villano y todo aquello que exigían las circunstancias.

El general aún se reía al recordar la cara de espanto de aquel desdichado, que sabiendo cómo las gastaba el general cuando la bilis se le revolvía, los nervios se desataban y se le desencadenaba la ira, creyó llegada su última hora.

—Saque usted, saque usted esos pedazos de papel que ha recogido para enviarlos á Madrid; sáquelos usted en seguida,

ó le juro á usted por mi nombre que ahora mismo le parto el corazón.

Todo esto, ó cosas parecidas, se lo decía en francés, porque D. Juan hablaba este idioma admirablemente y con tanta ó más facilidad que el castellano.

El hombre se daba ya por muerto, y sacó el cuerpo del delito, y lo entregó con la humildad de un cordero, y empezó á rogar y á suplicar, poniéndose casi de rodillas.

—Sí, es verdad, soy un miserable; pero mi situación era horrible. Usted tiene derecho para matarme; yo no me defenderé.

—Ni le serviría á usted de mucho—le interrumpió don Juan.

Y el otro asintió con extremos de humildad.

—Haga usted de mí lo que quiera—dijo por último;—á su generosidad me encomiendo; pero, por Dios, no me deshonre usted públicamente.

El general se había quedado frío, impasible, con aquella impasibilidad aristocrática que en él seguía á todos los grandes movimientos pasionales.

Muchas veces presencié estos cambios.

A la fiereza del tigre sucedía el ademán tranquilo del hombre de estado y del hombre superior, que, después de dominar lo que le rodea, sabe dominarse á sí mismo.

El joven traidorzuelo continuaba pegado á la pared, sin atreverse á dar un paso. D. Juan paseaba tranquilamente por el despacho.

Al fin, el desdichado espía, el ladronzuelo de secretos, el vendido á la policía de Madrid, murmuró en voz baja y, según el general nos refería, mirando de reojo á la puerta:

—Perdóneme usted, D. Juan; perdóneme usted, señor conde; ya no volveré á esta casa, ya no volveré á presentarme ante usted.

—¿Por qué?—le dijo el general.—De ninguna manera: usted continuará visitándome como hasta aquí; hasta le convi-

daré á comer algunas veces, y entrará usted en mi despacho con tanta libertad, con más libertad que antes. De lo que ha pasado entre nosotros nadie sabrá nada, y aun nosotros mismos nunca hablaremos de ello. Yo le compadezco á usted aún más que le desprecio, y si alguna vez se ve usted en algún apuro de dinero, no tenga usted reparo en acudir á mí.

El miserable comprendió al punto la situación, y se separó con cierto desahogo de la pared.

—¡Qué bueno, qué bueno es usted y qué generoso!—dijo con afectada ternura.

Pero el general le interrumpió diciéndole:

—Nada de farsas: comprenda usted su situación; mucha prudencia, y arréglese usted la pechera y la corbata, para que al salir de aquí nadie sospeche lo que ha sucedido.

El general continuaba paseándose; el otro corregía cuidadosamente los desperfectos de su *toilette*.

—¿Puedo marcharme, señor conde? — preguntó al fin, en tono sumiso.

Y le contestó el general:

—Cuando usted quiera.

—Por de contado, que mis relaciones con Madrid han concluído, se lo aseguro á usted.

—De ninguna manera — le repitió D. Juan Prim: — usted continuará prestando á la policía española el mismo servicio que venía prestando, y cobrará usted lo que le paguen, que no será poco.

El joven mostró cierta admiración, y D. Juan explicó sus palabras de este modo:

—Usted entrará en este despacho siempre que quiera; yo me marcharé para dejarle á usted el campo libre; usted encontrará en el cesto de los papeles pedazos rotos, fragmentos de cartas: en fin, todo lo que ha encontrado usted hasta ahora; los recogerá usted, como los ha recogido otras veces, y se los entregará usted á la policía española, como se los ha entregado hasta aquí.

Y nada más. Nosotros no hablaremos más de este asunto: yo me aparto de él con asco; usted cumple á conciencia con quien le paga, y usted y yo olvidamos para siempre esta escena desagradable.

El joven se dió una palmada en la frente, y por primera vez se atrevió á sonreir.

—¡Admirable, admirable, general!

Ya comprendo su idea: usted escribirá lo que quiera hacer creer en Madrid, y de este modo, por mi conducto, tiene usted á la policía española en perpetuo engaño.

—¡Basta! — le interrumpió el general con tono desabrido.—Lo que yo piense, lo que yo haga, ó cuáles sean mis propósitos, no le interesa á usted, ni le aconsejo que se mezcle en ellos más que en la forma que le he impuesto. Usted hace su oficio, y cobra; yo me olvido de quién es usted, y sigo tratándole en público como antes; cuando estemos solos, no me dirija usted la palabra. Ya está la puerta abierta: puede usted marcharse al salón.

*
* *

He procurado reproducir la escena anterior, que le oí dos ó tres veces al general, porque se regocijaba contándola, y la contaba con sus detalles más minuciosos, con toda exactitud y fidelidad.

Por esta razón, creía la policía española que el general Prim continuaba en Bruselas, cuando ya estaba de viaje para unirse á los generales desterrados en Canarias.

Y por otros conductos he sabido que cuando al elemento oficial de Madrid se le decía que el general Prim había salido de Bruselas, se reían de la noticia, asegurando que por buen conducto sabían que el conde de Reus no se había movido de su casa.

Pero ya era un hecho: la revolución había estallado en España, y la colonia española de San Juan de Luz se dispersó en breves horas, procurando volver cada uno á su casa, como

al estallar la tempestad huye una bandada de pájaros, buscando cada cual su nido.

Y yo también regresé apresuradamente á Madrid, á mi casa, á mi Escuela de Caminos, á mis obligaciones, regocijado, inquieto y curioso, y preguntándome á cada momento: ¿En qué parará todo esto? ¿Cuál será el desenlace del drama? ¿Triunfará la revolución? Y si triunfa, ¿qué clase de escenas vamos á presenciar? ¿Serán días de gloria, ó días de tristeza? ¿Qué harán los hombres que han de gobernarnos?

Jamás pensé que ni aun en la esfera más modesta sería yo uno de aquellos hombres, que en aquellos momentos supremos había de tener una parte en la gran empresa de la reconstitución revolucionaria.

Ni lo pensé, ni lo sospeché jamás, ni tampoco lo deseaba.

¡Contribuir yo á la gobernación del Estado! ¡Qué locura, qué contrasentido!

Resolver una ecuación, resolver un problema geométrico, explicar unas cuantas lecciones: todo eso, bueno; pero ¡gobernar al país!

Juro por mi honor que jamás se me ocurrió tal idea.

Si otros lo pensaron y hubo quien me obligó, en él declino la responsabilidad de las consecuencias.

Y entremos ya resueltamente en los años de la revolución.

José Echegaray

LA GUERRA Y LA VIDA

CONCEPTO DEL VALOR, APLICADO Á ESPAÑA

II

Sufre España una inmensa, una hondísima depresión moral, y esta depresión moral se mantiene artificiosamente por aquellos mismos que debieran estar encargados de corregirla. Escribo para un pueblo totalmente acobardado, vergonzosamente acobardado; y si esta cobardía fuera congénita, me ahorraría escribir estas páginas, y considerando este mal como irremediable, desertaría de su forzoso contagio.

España es uno de los pueblos que posee mayor suma de cualidades físicas de resistencia ó de estoicismo y que poseyó en otra época la mayor suma de cualidades morales, entre las que despuntó la audacia como el norte más seguro de todas sus empresas. Circunstancias históricas ajenas á este lugar, y explicadas en libros anteriores, colocaron á España en aquel trance del ejército que se ve obligado á batirse á la defensiva en espera de mejores tiempos ó en acecho de ocasiones ventajosas. Tardaron éstos en llegar, y por hacer ocasión de la ventaja se olvidó la ventaja de la ocasión, y golpe tras golpe, perdiendo terreno, fuimos abandonados del espíritu; y confiados en nuestras condiciones de resistencia y en la robustez de nuestro cuerpo gigante, á él entregamos nuestra salvación. Aquel espíritu y aquel aliento poderoso de la guerra de la Re-

conquista, acosado en España por distingos eclesiásticos, huyó del solar en aquel largo éxodo de emigrantes y conquistadores. La propia religión que había formado nuestro espíritu en la cruzada secular de la reconquista se vió suplantada por otra novísima importada de Roma y que, con el pretexto de venir á salvar las almas, antes las ahuyentaba para á su placer enseñorearse de los cuerpos. Enseñoreada de los cuerpos, el noble y audaz espíritu religioso de otras veces, perdido el asiento de las almas, degeneró en instinto, y el instinto religioso llegó á convertirse en un sexto sentido corporal. Ya no necesitamos más para perder todo norte y todo rumbo. A fuerza de mortificar el cuerpo como origen de nuestros males, materializamos la religión, y el instinto religioso, invadido de otro instinto defensivo, luchó con la carne defensivamente, no vigorizando el espíritu para someterla audaz y ofensivamente, sino dejándose ganar el campo, y luego luchando rabiosamente entre zarpazos y disciplinas. La obra de nuestra vigorización espiritual no aparecía por parte alguna, pero sí la obra de lucha en nuestro enflaquecimiento carnal surcado de desgarrones. No era una obra espiritual y audaz la que nos llevaba á luchar contra el mal; era simplemente el instinto defensivo. El propio cuerpo era el que quería vencer á fuerza de resistir, y así empezaron á desarrollarse en él todo género de cualidades negativas. En primer término, el abandono para resistir sin pecado de soberbia; después, la resignación, el sufrimiento hasta convertirlo en voluptuoso; después, las hambres, la suciedad, las pestes: todas las miserias fisiológicas nos abrían el camino de la santidad y el del triunfo. Faltos de un norte, tomábamos el medio por los fines y luchábamos por luchar, creyendo nuestro instinto defensivo que el que lucha ya hizo lo bastante. Las hambres suelen ser en ocasiones heroicas, y son indispensables para el triunfo en una plaza sitiada; pero esto no autoriza á creer que todo hambriento es un heroico. Del mismo modo la vida superior del hombre espiritual exige disciplina y privaciones estrechas al cuerpo; pero

jamás por el simple hecho de extenuar ó de mortificar el cuerpo se puede hacer un hombre espiritual. Este instinto defensivo, convertido en una ética, se hizo, como era lógico, moral y política del Estado. La nación empezó á vivir defensivamente, y dejando campar por sus respetos las circunstancias, sólo oponía á ellas las resistencias del cuerpo y á todos los golpes aciagos la resignación. No se llegó á dudar del porvenir; la suma de golpes y de infortunios parecía asegurar nuestros grandes destinos, como la mortificación y las disciplinas nos aseguraban las puertas del cielo. En este abandono é indiferencia, el enemigo triunfaba de nosotros y se enseñoreaba de territorios españoles, como el pecado se enseñoreaba de nuestro cuerpo á sus anchas, para, en un rapto de furor, combatirle rabiosa y despiadadamente, con daño de nuestra piel y quebrantamiento de nuestra carne. Viendo al lado de aquella sociedad penitente y mortificada la invasión virulenta de sus monstruosos vicios, no se acierta uno á explicar si no se dejaba invadir el pecado por el placer de combatirlo para volver á la derrota voluptuosa, como no se explica uno si en aquellos desaciertos político-militares, con aquellos derroches de heroísmo, estaba la íntima satisfacción en la victoria ó en la derrota. La historia de nuestro proceso político, desde los Austrias hasta el presente, pasando por los Borbones, sería muy larga de hacer y ha de estar, por otra parte, presente en la memoria de mis lectores. Es la historia acelerada de la caída de un grave que subió muy alto y que carece de aquel espíritu, de aquella fuerza impulsora que le eleva. Es la historia de la descomposición de un cuerpo que estanca de pronto todas sus energías vitales, y en el cual no afluye la vida, obrando exclusivamente el tiempo en la labor de su descomposición. Pareció por un momento que con los Borbones se iba á cambiar de método de vida. No; sólo variaron los procedimientos de defensa. Se organizó la defensa y se robusteció algo el cuerpo, activando en él con su vigor el instinto de conservación; pero se cerró rotundamente toda esperanza al cultivo del espíritu, y á título de nueva épo-

ca se atendió exclusivamente á dulcificar los rigores que de antemano se habían tenido con el cuerpo. Así hemos llegado á las circunstancias del presente y hemos esperado que la salvación viniese, poniendo mano en todos los resortes y órganos del cuerpo para robustecerlos y esperar la salvación de la acción defensiva, ora de unos, ora de otros.

Derrocada en buena lucha la *religión instinto,* se ha entronizado en su puesto la *cultura instinto*. Como carecimos en la época anterior de espíritu religioso, hoy carecemos de espíritu de cultura. No podía suceder de otro modo, careciendo en ambas épocas de espíritu. El instinto de la cultura combate rabiosamente en el cuerpo, como combatió á su vez el instinto religioso. Combate á la defensiva, como combaten todos los instintos. Siguen esgrimiéndose todas las cualidades estoicas, todos los valores de resistencia, de pasividad, de resignación, que puso en nuestro cuerpo la naturaleza, y que aguzaron cuatro siglos de infortunio. Para luchar negativamente, para luchar á la defensiva valen todos los valores negativos, y se esgrime la sobriedad del obrero, la carencia en todo orden de sus necesidades, su pasividad resignada, el legado de su dura resistencia fisiológica y de su dura resistencia al clima, su falta de emulación y de estímulos para el trabajo, la mayor penuria del país y sus crisis climatológicas, que le entregan metódicamente á merced del capital por cualquier precio. Y por último, y más interesante que ninguna, su falta de espíritu como resumen de todas sus cualidades negativas y que hacen de él un sér inepto para la asociación y apto para el rebaño. De entre todos sus míseros dones es el más apreciado uno: el de la docilidad ó casi domesticidad. El más apreciado igualmente en los ejércitos defensivos. El encarecimiento de la vida, la depreciación de la moneda, las guerras y hasta los cataclismos, son acogidos como instrumentos de defensa de este *instinto de cultura,* como un ejército defensivo acoge por recurso el asolamiento del país y aun las hambres y las pestes.

En este cuadro tan pavoroso como real los mantenedores

de este instinto de cultura, tan ventajosamente situados como las órdenes monásticas de otra edad, se entretienen en entontecer con sus sofismas al rebaño, y, dueños exclusivos de todos los púlpitos de la propaganda, gritan á toda voz: va bien, va bien; otro esfuerzo, otra mortificación más, otra abstinencia nueva, y venceremos al cabo. Pero ¿á quién vamos á vencer, ¡Dios mío!, si lo que estamos venciendo y acabando aceleradamente es el propio cuerpo nacional? No, no; ya el rebaño no puede más. Se rebela contra su muerte, contra su rendición inmediata, y á dos dedos de la agonía tócale alguien en su corazón y alcanza á ver que lo que le han robado en estos siglos es el espíritu. El espíritu, que en este trance necesita para resistir; el espíritu, que invocan para que haga el último esfuerzo sus propios salteadores, aquellos mismos que viven y medran de su infortunio, precipitado hoy por aguijonear su instinto de cultura, como se aguijoneó en otra ocasión su instinto religioso.

No hay verdadero espíritu de cultura. El espíritu de cultura es ofensivo en todas sus manifestaciones. Se apodera de un pueblo, de un ejército, y marca la aurora de su renacimiento. No importa que dé comienzo á su labor modesta luchando ventajosamente y con idéntica cautela que firmeza; pero el espíritu tiene el dón de polarizarse, de orientarse siempre, y en todas y en cada una de sus empresas asoma un vigor dinámico que persigue invariable un objetivo y un fin más trascendente que el de la defensa del cuerpo, y que por su propia elevación, asegurando el triunfo, asegura la mejor de las defensas.

¿Quién ha visto por algún lado este espíritu ofensivo? Todos gritan: hay que defenderse, hay que asegurarse contra la invasión de la vida con toda clase de mortificaciones económicas, como otras veces nos aseguramos contra la invasión del pecado con toda suerte de mortificaciones y abstinencias. Ni una voz vigorosa y autorizada se alza para decir: «No; no se puede seguir así: hay que afrontar la vida sometiéndola, y sometiéndola por medio de la elevación del espíritu.» Hay que lu-

char de una vez ofensivamente, no apoyándose en las resistencias del cuerpo, sí en la vigorización del espíritu. Hay que darle al valor sus lógicos apoyos. No queremos el valor derrocado, el valor de resistencia, sino el valor impulsado por la audacia, y para esto hay que empezar por combatir en los hombres aislados el instinto de conservación y en la masa el instinto de cultura; porque el uno sirve para anular el valor de un hombre, y el otro para anular el valor de un pueblo. La resistencia del cuerpo ya dió de sí cuanto podía dar, y un paso más nos conduciría á la muerte. Hay que combatir esta resistencia por todos los medios. No hay que apoyarse más en la baratura del obrero: sí en el vigor del obrero; como no hay que apoyarse en la fuerza de resistencia del soldado: sí en su impulso. Al mando toca despertar éste y combatir aquélla, pero es preciso que el mando use de audacias para proceder ofensivamente; como toca al capital educar á su obrero ó impulsarle, pero es preciso que aquél use de audacia y sienta la dignidad ó la necesidad del impulso.

*
* *

Derrocado nuestro valor del lado del estoicismo, del de la resistencia física, no es á la inteligencia á quien toca contrarlo. La inteligencia nada puede contra la corte de las potenciales sensuales, ni contra los imperiosos mandatos del instinto, como dice Spencer. La inteligencia le servirá sumisa ó protestará estérilmente, dando el tipo del hombre ó del pueblo que piensa bien y procede mal.

Y es que la inteligencia es, como dice Rossi, el poder *estático* de la psiquis, no el *dinámico*. La inteligencia es una de nuestras grandes fuerzas pasivas, no activas; la actividad sólo corresponde al sentimiento. El instinto de la cultura despierta en nuestro cerebro ideas poderosas, pero ni un solo sentimiento de actividad. Sólo la audacia, que nace y arraiga en el corazón, es capaz de impulsarnos, de movernos para proceder activa y ofensivamente. Dar capacidades á la inteligencia fal-

tas de toda impulsión sentimental, equivale á la labor perjudicial de aumentar el calibre de un proyectil sin aumentar su fuerza impulsora. En este caso y en aquel, sólo se logra aumentar una fuerza pasiva en perjuicio del impulso. Esto no quiere decir que se desatienda el calibre intelectual ó el del proyectil, no; pero éste viene sometido siempre á la fuerza de proyección.

El instinto de la cultura, no arraigando en el sentimiento, no hecho espíritu con toda su fuerza dinámica para servir de ecuación entre la fuerza impulsora y el calibre cerebral, desarrollará el cerebro, como el instinto genésico desarrolla su órgano, y su acción será la de una simple función orgánica, tanto más estéril cuanto más desequilibrada.

Los pueblos son viejos ó jóvenes, según el grado de su dinamismo espiritualista. En los hombres y en los pueblos uno de los síntomas más ciertos de senectud es ver convertirse en acciones cerebrales todo aquello que corresponde á las acciones afectivas. Para los hombres este fenómeno es irremediable, porque ellos no pueden alterar el desgaste de su alma. Pero en la vida de los pueblos, este alma de las muchedumbres se renueva tantas veces como se renuevan sus hombres ó sus elementos celulares. Para llamar á un pueblo viejo sería preciso que no hubiera en él más que ancianos. Y no es así: sus elementos se renuevan á diario, y, por tanto, su alma puede modificarse en todos los instantes. Me valdré de un ejemplo: un niño vive como un anciano cuando, rodeado de personas de edad, no pone en ejercicio otras funciones del alma que las de la inteligencia. Así es un pueblo, y su ancianidad es una ancianidad artificial, precoz y provocada por los métodos de educación. El caso del niño que no se arriesga, que no corre, que no ríe, que no llora, pero que discurre con lucidez; ese caso de alma macilenta que acaba indefectiblemente á los primeros embates de lucha y á los primeros sinsabores en una *psicoastenia*, es el tratamiento de cura que nuestros intelectuales quieren dar á la nación. Mal éste de *golfo* desordenado, de cuer-

po acardenalado y macilento, pagando su abandono con hambres y dolores, resistiendo con su cuerpo desmedrado todas las inclemencias, pero sin vigor para combatirlas; pero aun así y todo, con toda la inutilidad de su vigor salvaje, es preferible esta nación á ese otro tipo de niño encanijado y *sabijondo* que vive entre la tutela de unas almas viejas, soñolientas y lloronas. No, no; las viejas no nos pueden salvar. Pueden cobijar con sus cuidados nuestro cuerpo, rodearnos de atenciones, pero será para prolongar nuestra cobardía, para entretener la agonía y acabar en el mismo instante en que nos falten las viejas. El instinto de la cultura vive defensivamente, y, claro está, pide al cerebro la elaboración de toda suerte de reglas y ardides defensivos. La cobardía siempre busca aliados en la razón. Y la razón no halló jamás en los hombres pasión más sumisa que el miedo. Todas las pasiones se sublevan contra ella, menos el miedo, que parece un hijo sumiso de la razón. Es un ardid para someter á los pueblos, á las muchedumbres ó á las tropas acobardarlas de antemano.

Es el ardid de las viejas con los niños. Y en el mando es recurso de la razón egoísta que quiere huir de responsabilidades y salvarse sin esfuerzo. Jamás salvó á un hombre en sus trances difíciles su inteligencia exclusivamente, como jamás se salvó pueblo alguno á manos de sus intelectuales. La obra de nuestra salvación es exclusiva de la audacia, impelida por la voluntad en los hombres ó por la mano enérgica de un gobierno ó de un caudillo en los pueblos.

En las luchas económicas de la vida, como en las luchas de la guerra, el que se defiende se considera de antemano vencido, aun antes de esgrimir ó de medir las armas. El hombre que posea una inteligencia de mayor calibre que su ánimo, por un simple fenómeno de gravedad, por el peso específico de sus razones, se hallará como enclavado en el suelo y embarazado para toda resolución. La inteligencia es un escudo poderoso en la vida; sirve para combatir como sirve un escudo, pero no para agredir. El tipo elevado del intelectual, del

puramente intelectual, es el del estoico. Un hombre que carece de pasión para la lucha, un sér que lucha para vencer en sí todo lo que es dinámico, todo lo que es activo, y para desarrollar en grado sumo todas las cualidades pasivas. Para un pueblo impulsivo, el mando de los estoicos sería admirable; pero para un pueblo de naturaleza estoica y acostumbrado pasiva mente á resistir esta dirección de los hombres pasivos, de los hombres cerebrales, sería su total aniquilamiento.

Por otra parte, no hay comunicación posible entre la masa general, el vulgo de un pueblo y los intelectuales. ¡Estos carecen de energía para impulsarlas, y el pueblo carece de sentimiento para dar impulso á aquellas ideas! Los cerebrales sirven para impulsar á un pueblo sentimental, pero no para remover á un pueblo que tiene un predominio estoico corporal ó cerebral.

Cuando se cree convencer á estos pueblos con una idea, la idea sólo ha servido para desarrollar un instinto. Así nuestro instinto de cultura es un ejemplo.

La obra de toda nuestra cultura es puramente externa, y para nada toca á la esencia del hombre ni á la esencia de la nación. Vino á nosotros por una imposición ambiente, no como un espíritu de la época, sino simplemente como una circunstancia exterior, algo así como un nuevo agente atmosférico. Estudiamos para preservarnos del atraso, de la misma manera que nos abrigamos para preservarnos del frío. Dentro de esta misma figura, así como se combate el frío mediante el ejercicio, produciendo calor en el organismo, nosotros podíamos combatir la incultura produciendo cultura; pero no: preferimos simplemente abrigarnos con aquella misma ropa que otros elaboran. Tenemos, en una palabra, la sensación de la incultura, pero no el sentimiento de la cultura. El cuerpo y el instinto vuelven á luchar, pero á luchar pasiva y defensivamente. Un nuevo género de cobardía invade á la nación, y en esta lucha cada día que pasa y cada esfuerzo del cuerpo es un abatimiento más.

En una sola frase se habla al cuerpo y á los sentidos corporales, y se demuestra toda la falta de espíritu de esta enseñanza: «el saber no ocupa lugar».

El temor á la incultura de nuestro instinto se preserva hoy con el rito externo, como otras veces el santo temor á Dios. Y así el amor á los diplomas, á los títulos, á todos los atributos externos de la sabiduría, y aun á sus signos más elementales, como si constituyeran una finalidad. Una sola frase se ha entronizado sobre todas en el país: «los analfabetos». Este es para muchos el origen de todos los males, y no se cuenta con que la mayoría de estas gentes que así reflexionan se han quedado en el alfabeto de todas las cosas. Queremos hacer ahora *alfabetos* como hacemos bachilleres, médicos, abogados, militares, etc., etc... Pero ¿para qué? ¿Para defendernos? Pues para defendernos es para lo que menos necesitamos estas cosas. Este instinto de la cultura es funesto. Queremos preservarnos de la *incultura*, y nos disponemos á resistirla defensivamente. Queremos preservarnos de ella con los medios que otros elaboran, pero sin salirle resueltamente al paso con toda la fuerza de nuestro espíritu. Como nos basta con la vacunación de las primeras edades, creemos ha de bastarnos con la vacunación de las primeras letras. Prenda ó no prenda, hay que hacer extensiva la vacuna literaria, como se hizo la otra. Otra nueva ficción aceptada para defendernos.

Este concepto defensivo aparece en todas las manifestaciones de la vida nacional. No se sustrae á ellas el agricultor, el comerciante ni el industrial. Todos han limitado su vida á escalar un puesto para tener el mismo derecho á la vejez tranquila. ¿Qué esperar de un pueblo que pone como finalidad de vida la tranquilidad de la vejez? Un pueblo así es un pueblo condenado á viejo perpetuo. Sus células sólo se disputan para alcanzar el puesto que han de guardar en la vejez. Agricultores, industriales, comerciantes, piden también al Estado el amparo de sus intereses, como pretexto, porque en el fondo lo que se ampara es el quietismo, el reposo absoluto, el puesto

conquistado. ¿Que todos los pueblos se afanan por conquistar la vida, luchando en la competencia constante de sus hombres, de sus máquinas, de sus capitales? Nuestro caso, se dice, es distinto: somos la vejez perpetua, tenemos nuestro lugar geográfico y nuestro puesto histórico, y basta con atender á conservarlos. Pero la vida no admite convencionalismos ni estructuras artificiales, y, sometidos á la ley inexorable de la caducidad, cada día que pasa vamos cayendo más hondo y más hondo.

Células jóvenes, células luchadoras, son inadmisibles en este organismo caduco, y casi, casi, constituirían un peligro en esta vida de eutanasia, por lo que el cuerpo se defiende sabiamente de ellas, expulsándolas. En un organismo joven lo que se expulsa es lo viejo; pero en un organismo viejo lo que se expulsa es lo sano.

La ley de la adaptación puede ser de mejora ascendente ó descendente. En un medio decadente sólo se adapta lo caduco, como en un medio vigoroso lo sano. Con nuestra emigración vamos perdiendo todo lo que es inadaptable á este medio viejo de quietismo y de reposo. Donde no se lucha se marchan los luchadores, por ley natural, como se marchan los vagos de donde se trabaja.

Nada que tuerza este concepto defensivo de la vida, esta norma quietista. Ya luchamos bastante en otra edad, y ahora no es tiempo de pararse á analizar si luchamos favorable ó desfavorablemente: fué el caso que luchamos, y ahora toca descansar; que luchen otros: nosotros carecemos de afanes, y entre todos vamos conllevando la vejez tranquila. Que no se hable de luchar por nadie; nada de correr otra vez aventuras. Aquiétese Don Quijote, que está ahora para sanar en las manos de la sobrina y el ama, y aconsejado del buen Sancho para gozar de perpetua tranquilidad.

No son otros los horizontes que se abren á este pueblo. No hay otro ideal para sus hombres que el ideal quietista.

Hemos llegado á hacer del tiempo un aliado, el aliado más

poderoso en todas las cuestiones. Se educa á los hombres con un precepto defensivo que encajó en todas las conciencias: «el tiempo y yo para otros dos». Ya nuestro ilustre Baltasar Gracián fustigaba en su época ese concepto defensivo y mezquino de la vida, y considerándole extendido como un morbo nacional le combatía rudamente, y á este precepto opuso el otro vigoroso: «el sin tiempo y yo para otros dos y aun para todos».

Sí, sí; ésta ha de ser nuestra norma, el sin tiempo, la resolución audaz y fulgurante, la audacia ciega y, á ser posible, heroica; y para esto es preciso no vivir más de las ideas del instinto, sino de aquellas otras ideas del espíritu; y el mundo de las ideas de éste tiene su fecunda colonia en el sentimiento.

Es el sentimiento dormido el que hay que despertar en el pueblo español. Es otra de las riquezas de su subsuelo que escapan á los profanos y denuncian los inteligentes. Como en las otras riquezas, en ésta se muestran las estratificaciones por doquier. Es preciso una mano inteligente que las denuncie, que las desescombre, á ser posible, de todo aquel cascote que amontonaron siglos aciagos sobre el sentimiento español. Sí, es preciso sacar á flor la piel—como decía mi ilustre amigo el Sr. Unamuno,—la levadura heroica de la raza. Sólo será apto para esta empresa un hombre acostumbrado á revolver honduras heroicas dentro de sí. Un hombre acostumbrado á proceder en la vida ofensivamente. No, no es la inteligencia la que puede salvarnos, ni menos, mucho menos los intelectuales. Estos ya se han pretendido constituir en grupo defensivo, en secta cerrada, y en ella hicieron su ordenación caprichosa y arbitraria. No fué bastante que una empresa monopolizara el fósforo de nuestros bolsillos; otra quiere monopolizar el de nuestras cabezas. Así, llamados pomposamente grupo de intelectuales estos nuevos accionistas de la *Arrendataria cerebral,* divididos también en accionistas y obligacionistas, nos quieren imponer á los demás mortales el derecho á pensar ó el derecho á hacer circular lo que se piensa si no lleva el marchamo de su acción fiscal.

Este es otro nuevo reducto defensivo para los espíritus mezquinos. El grupo pretenden que les salve á todos, y con el número amparar la falta, de resolución ó la extravagancia. Este grupo es el que extiende con más ahinco la superchería de salvarnos con la instrucción obligatoria. La instrucción obligatoria, como el servicio militar obligatorio, sólo sirven para hacer aborrecibles aquélla las letras y estotra las armas, cuando tratan de imponerse en un país sin preparar de alguna suerte el ambiente público. Una y otra se obtienen por procedimientos de cultivo intensivo, de cultivo del espíritu, por métodos naturales y no por métodos de artificio, y acusan en los pueblos los grados más elevados de su florecimiento moral.

Este instinto de la cultura sólo pide y apetece la difusión y el rito externo, con las propias apetencias que en otra edad tuvo también el instinto religioso. El verdadero espíritu sólo puede vivir en relación con la intimidad de las cosas, y la extensión y la difusión sistemática lo desvirtualizan.

Con el cuerpo acardenalado y macilento y con el alma muerta se pretende desarrollar en nosotros el instinto de la cultura, como en otra edad se nos hizo desarrollar el instinto religioso.

No, no es posible seguir más así. Con este concepto del valor derrocado, del valor del cuerpo, del valor de las resistencias y del valor del instinto, España caerá cada vez hondo y más hondo. Urge restaurar el valor de la personalidad, el valor del espíritu, cuya primera emergencia es la audacia. Es preciso ser valientes, pero valientes con todo el concepto *nietzschano* que se da al valor. «El hombre valiente no es el que desconoce el miedo, como el borracho, el bruto ó el salvaje». «El valiente es el que conoce el miedo y lo domeña; el que se asoma al abismo, pero con arrogancia».

Para despertar esta clase de valor hay que dejar á un lado toda suerte de auxilios corporales, incluso aquellos de la inteligencia. Esta—como decía Rossi—es el poder estático de la

psiquis, no el dinámico. Una inteligencia excesiva, cuando no le acompaña al hombre el impulso espiritual, perjudica, como perjudica aumentar un calibre cuando no se dispone de la fuerza de proyección necesaria. El hombre que dispone de una poderosa inteligencia y se halla falto de impulsos proporcionales, por el peso específico de sus razones, se hallará en todos los trances como enclavado en el suelo é imposibilitado de resolver. Procedamos como se procede en balística, porque á sus leyes están sujetas también nuestras trayectorias: primero la fuerza de proyección, y en función de ella vendrá el calibre. Así, primero la fuerza de proyección de nuestro espíritu, y en función de ella vendrá la mayor necesidad de aumento de nuestros calibres intelectuales y corporales.

No hay otra manera de desarrollar las fuerzas del espíritu que ejercitándolas en la constante lucha, y volveremos á repetir aquella consideración *clausewitciana:* «No hay otra manera de educar el espíritu de un hombre ó de un pueblo que por medio de las luchas de la vida con sus vigorosas exigencias, mejor dicho, en la audaz dirección de esta lucha. Sólo por medio de ella se pueden contrarrestar aquellos decaimientos de los ánimos, aquellas tendencias á la vida muelle y blanda ó la vida del instinto. Sólo cuando el carácter popular esté hecho á las rudas exigencias de esta lucha y se hizo como consecuencia de la intrepidez y de la audacia una apetencia, este pueblo y este hombre pueden ocupar un puesto digno y sólido en el mundo».

Sufre España una inmensa, una hondísima depresión moral, y esta depresión se mantiene artificiosamente por aquellos mismos que debieran estar encargados de corregirla. Escribo, como dije el principio, para un pueblo acobardado, vergonzosamente acobardado, y esta cobardía sus elementos directores no tratan de corregirla, antes la aumentan; porque á semejanza de la columna barométrica, suben ellos á medida que esta cobardía gravita más sobre la nación.

¿Dónde hallar el centro de nuestra reconstitución? Allí

donde la naturaleza ordena en los hombres y en los pueblos: en el sentimiento. En aquel mismo lugar que insensatamente desatendimos; en aquel *reservorio* de energías inagotable que se llama corazón. Este es el que hay que volver á vigorizar con la lucha por los mismos procedimientos con que se vigorizó en los siglos de reconquista. Allí volveremos á centrar el alma. El alma española, que aun hoy, maltratada, vislumbramos en toda su grandeza en algunos rincones ignorados del cuerpo. Procedamos como la naturaleza procede: forma un corazón, palpita y en su misterioso latido va encerrado el secreto de la vida. La naturaleza misma apetece ese mismo corazón; lucha y le combate para darle grandeza. Los hombres y los pueblos son hoy grandes por su capacidad de sacrificio, y esta capacidad de sacrificio no puede darla el cerebro ni el instinto; sólo tiene impulso vigoroso para crearla el corazón. Vuelve á dejarse oir en los españoles y en España entera el ritmo del corazón. Él solo creará un deseo: él solo apetecerá la lucha. Este corazón regularizaría nuestra vida, nos empujaría al combate y reorganizaría nuestros centros funcionales, y en su conjunto armónico sobre este corazón se centrará el alma española, nuestra expresión dinámica espiritual, esa expresión que en todas las edades dió grandeza á los pueblos.

La vida del corazón es un simple latido; y en esa expresión sencilla se alberga la inmensidad de una pasión. La luz del día, acaso el gran misterio del mundo, es simplemente otro latido. La riqueza, el progreso de los pueblos, ¿qué otra cosa es hoy que el simple latir de ellos?

Estos se labran con la lucha, con la voluntad de vivir que impera en su corazón, capacidad moral en sus tres dimensiones, y éste es el templo soberano de su grandeza, desde donde obra é irradia la gracia de Dios.

RICARDO BURGUETE

LA POLÍTICA AGRARIA

(Conclusión.)

LA PRODUCCIÓN Y EL CONSUMO DE LOS PRODUCTOS DE LA AGRICULTURA

Son, como se ve, las dos grandes partidas en que se divide el territorio agrícola nacional: la que se dedica al pastoreo (24.0 ms. de h.) y la que se dedica al sistema cereal (12.8 ms. de h.) (1). Muy cerca de treinta y siete millones de hectáreas explotando las solas fuerzas naturales del suelo.

A semejante agricultura le sobra lo primero el trabajo del hombre. La obra de la producción apenas si requiere su concurso. Tan enormes extensiones de terrenos dedicados exclusivamente al pastoreo serían disculpable si las ganaderías que sustentan produjeran carnes baratas, leches, abonos y otras clases de productos, abaratando de este modo aquellos artículos de general y necesario consumo; mas no es así: la ganadería, que precisamente ocupa las mayores extensiones, es la que produce los más opuestos resultados. Los grandes cultivos de cereales, lejos de bastar á las necesidades del consumo (2),

(1) De cuya superficie (la de cereales) se siembran anualmente hectáreas 6.795.597: 6.358.206 son de secano y 437.391 de regadío. Cosecha 1904 de la Junta Consultiva.

(2) El estado de nuestro comercio exterior dará una idea más clara de este extremo. Datos oficiales de innegable exactitud acusan un aumento

producen anualmente un déficit mayor. Y en estas desastrosas condiciones de ruina, y principalmente de abandono por parte de aquellos á quienes la sociedad confía la dirección general de la economía del país, vive y se desenvuelve su principal y más segura fuente de riqueza: la agricultura.

El estado de nuestra producción nada mejor que el dato que voy á consignar puede reflejarlo con mayor exactitud.

Me referiré exclusivamente á cereales, y de ellos al de más indispensable consumo: el trigo.

De una estadística del Ministerio de Hacienda, que publica Canga Argüelles (1), conocemos la producción agrícola de España el año de 1749.

Y Sevilla, por ejemplo, resulta con una producción de trigo en ese año de 2.024.390 fanegas, equivalente á 910.975 quintales métricos. En dicho documento se lee además: «*Los productos de la agricultura de España son á los de Alemania como de 8 á 10; á los de Inglaterra, como de 7 á 8*».

Pues bien: según la estadística de la cosecha de 1903 (2), Sevilla aparece con una producción de ese mismo cereal de 955.764 quintales métricos.

Es cierto que esta cosecha está calificada de mala por la Junta Consultiva; mas aunque no se califica la de la primera mitad del siglo XVIII, podemos sin embargo decir, con referencia á otros documentos de esa misma fecha, que se conceptuaban muy deficientes los productos de la agricultura en general.

---

considerable de población, mientras que nuestra producción permanece estacionada en los 8 hectolitros por hectárea cultivada. Según los cálculos de la Junta Consultiva Agronómica, hechos sobre la base de una población de 15 millones de individuos que coman pan de trigo, no contando con el consumo de las harinas en las aplicaciones industriales (pastas, galletas, etc.), sino solamente lo que calcula necesario para la siembra y la panificación de esos 15 millones, acusa un gran déficit en la cosecha de trigo de 1904. Estadística cosecha 1904.

(1) Diccionario de Hacienda.

(2) Publicada por la Junta Consultiva.

En 1904 la cosecha está calificada de regular—la buena no la conocemos,—y ha sido de 1.009.478 quintales métricos (1) de trigo en Sevilla; es decir, que aun comparada con ésta resulta que en ciento cincuenta y cinco años sólo hemos tenido un progreso en la producción de esa provincia de 98.503 quintales métricos. Análogos resúltados ofrecen la agricultura de un gran número de provincias de España y en casi todos los productos cereales.

No es ya la cuestión agraria problema localizado en esta ó en la otra provincia, ni el malestar de la crisis se produce en esta ó en la otra región. Sino que es, por el contrario, un problema que afecta y está en la entraña de todo el conjunto de la economía nacional. Es crisis de la producción y es crisis del trabajo; produce el malestar en los campos y lo hace sentir también en las ciudades, determinando la carestía y la consiguiente elevación de los precios de todos los artículos de general y necesario consumo.

Hecho por un reciente ministro de Hacienda el cálculo de «el aumento de la unidad alimenticia en los 218 mercados principales de la nación, representada dicha unidad por un kilo de cada una de las especies de vaca, carnero, cerdo, trigo, judías, garbanzos, arroz, patatas y un litro de aceite y otro de vinagre, resulta la siguiente progresión de los precios en los años que se indican:

1891:	alimentos.....	7,07
1892:	»	7,19
1893:	»	7,23
1894:	»	7,15
1895:	»	7,42
1896:	»	7,52
1897:	»	7,58
1898:	»	7,83
1899:	»	7,79

(1) Cosecha 1904. Junta Consultiva.

1900:	alimentos	8,11
1901:	»	8,27
1902:	»	8,66
1903:	»	7,67
1904:	»	8,91 (1)

Pudiera decirse que la progresión es geométrica. Si los precios decienden en 0,8, como en 1894, con relación al año anterior, es para subir al siguiente en 0,10; siguiendo la marcha de los precios en progresión creciente hasta el año de 1903, que con relación á los del 1902 bajan en 0,99, para inmediatamente subir en 1904 en 1,24.

En Madrid, los precios de las carnes especialmente ofrecen en los últimos cinco años el siguiente resultado (2):

	1901	1902	1903	1904	1905
Vaca..... *Kilo.*	1,80	2,16	2,05	2,15	2,60
Ternera.....	2,81	2,95	2,60	2,95	3,00
Cordero.....	1,75	1,81	2,05	2,10	2,15

Son, como hemos visto, las dos grandes partidas en que se divide nuestro suelo la de pastos y la de cereales.

Pues bien: nuestro tributo al extranjero es cada vez mayor por cereales; y por lo que respecta á los animales, representan las importaciones grandes cantidades, siendo las mayores partidas las del ganado lanar y cabrío, aquel que precisamente hizo, en otros tiempos, de España el mercado universal de las lanas que ofrecían sus renombrados merinos.

He aquí el resultado que ofrece nuestro comercio exterior en el último quinquenio, por lo que se refiere á los cereales, sus harinas y á los animales:

---

(1) El Sr. García Alix. Problema de las subsistencias de 1905. El señor Flores de Lemus, honra de la juventud española, ocúpase en el primer número de la *Revista del Ateneo* de la elevación de precios en el mercado de Barcelona, artículo sobre el «Impuesto de Consumos».

(2) Según los *Boletines* del Ayuntamiento de Madrid.

CEREALES Y SUS HARINAS (1)

	Importación.	Exportación.
1901..... *Ptas.*	48.699.702	7.805.919
1902.....	21.270.338	5.877.424
1903.....	33.200.275	6.944.485
1904.....	71.985.055	5.528.105
1905.....	242.898.497	4.914.798

ANIMALES (2)

1901..... *Ptas.*	27.385.405	27.309.500
1902.....	28.794.725	26.501.036
1903.....	31.567.390	24.587.088
1904.....	31.211.165	19.850.415
1905.....	26.416.825	23.577.514

NUESTRA PRINCIPAL GANADERÍA

A aquella ganadería que uniéndose íntimamente á la agricultura para constituir ambas una sola y misma riqueza, y que entre nosotros sería la más sólida y segura base económica del bienestar nacional, le sustituye aquella otra que con la agricultura siempre ha vivido en la mayor discordia, la que de muy antiguo viene siendo su más formidable azote y la principal causa de su postración y de su ruina (3). Es esta

(1) Estadística del comercio exterior publicada por la Dirección General de Aduanas. La mayor partida de la importación de cereales es la del trigo. La de exportación, el arroz.

(2) Idem íd. La mayor partida de la importación es la del ganado lanar y cabrío.

(3) Hay provincias, como la de Madrid, donde fertilísimos terrenos están convertidos en grandes dehesas para esa clase de ganadería. De la feracidad de esos terrenos que sólo se explotan sus fuerzas naturales, responden la calidad de sus pastos. «Las condiciones de los pastos—dicen los ingenieros de esta región—en gran parte de esta provincia (la de Madrid), por su finura y poder nutritivo, dan origen en el ganado que los

ganadería la de reses bravas. La llamada entre nosotros fiesta nacional ha cegado completamente la principal riqueza de la nación: la agricultura.

Leyendo los informes de los Ingenieros agrónomos, especialmente los de la región de Andalucía, se adquiere bien pronto el triste convencimiento de «que no son los rigores del clima los que hoy muestran inminentes peligros de muerte y de ruina para aquella hermosa agricultura, sino la situación á que ha llegado por la inclemencia y abandono de los hombres (1). No hay espíritu que deje de sentirse profundamente indignado al conocer detalles como el de que «en Sevilla, en las que se han denominado dehesas de la ribera (las situadas

---

consume á marcadas aptitudes de vigor y fortaleza, y esto se nota principalmente en las *reses bravas* que á la lidia se destinan».

El número de esta clase de ganaderías en España no es posible conocerlo por los datos oficiales. No existen. Con aproximación sí, aprovechando otras fuentes de conocimiento que ofrecen bastantes garantías.

Existe un Diccionario donde se contiene lo que pudiéramos llamar literatura taurómaca, publicado el año 1896. Aunque es bastante antiguo, por los *hierros* y *divisas* de cada ganadería puede afirmarse que hace doce ó quince años existían en España muy cerca de 200 ganaderías diferentes de reses bravas.

Andalucía ha sido siempre la región más castigada de ese azote. Una publicación posterior (1897) dedicada exclusivamente á las ganaderías andaluzas, nos permite conocer su número, que alcanza en esa fecha á la exagerada cifra de 56 ganaderías de reses bravas, que hoy es mayor, pues muchas se han dividido y se han formado nuevas ganaderías.

He aquí las que copio de dicho libro que existían en aquella fecha: 1.° D. Anastasio Martín, Sevilla.—2.° D. Antonio Halcón, Sevilla.—3.° López Plata, Sevilla.—4.° D. Atanasio Linares, Cabra.—5.° D. Antonio Campo, Sevilla.—6.° D. Antonio Reser, Coria del Río.—7.° D. Basilio Arribas, Guillena.—8.° D. Basilio Peñalver, Cádiz, etc., etc., hasta el número de 56 ganaderías de reses bravas sólo en Andalucía en esa fecha.—Fernando Fe. Madrid. *Ganaderías andaluzas*, 50 cénts.

(1) Esto lo dice la Junta Consultiva en la obra *El regadío en España*, 1904. Si más justificación necesitara este extremo, diré que en los viajes hechos por los dos Ministros de Agricultura, Sres. Romanones y Gasset, y especialmente el primero, lamentaciones de esa índole son las que del pueblo han recogido. En Lebrija un obrero, llamado José Doña, decía al Sr. Romanones: «Señor Ministro, aquí no podemos vivir: existen en este

en las márgenes de los ríos Guadiamar y Guadalquivir) pastan las más famosas toradas» (1), convirtiendo de este modo lo que sin grandes esfuerzos pudieran ser ricos verjeles en ruinosos eriales, de espontánea producción de pastos para animales en vez de producir pan y trabajo para los hombres. No es de extrañar, por tanto, que la Junta Consultiva llame la atención sobre este extremo, manifestando «el gran desequilibrio—como dice—que se revela en esa región, especialmente entre la *labranza* y la *crianza*, entre el *cultivo* y la *ganadería*, industrias que muchos han llamado gemelas, pero que largo tiempo vivieron en discordia completa, y hoy, aunque por diversas causas, no logran toda la armonía necesaria y conveniente» (2).

Fueron en otros tiempos los privilegios de la mesta los que á la ganadería la colocaron en condiciones de desenvolvimiento muy superiores á la agricultura. Son hoy las deficiencias de nuestra administración las que mantienen á la ganadería en situación privilegiada. Pero existen, sin embargo, grandes diferencias de aquella ganadería á la que le ha reemplazado. La primera fué productiva para los más; la segunda, y en las condiciones que se desenvuelve, sólo es perjudicial para la mayor parte.

Lo primero que el ganadero de reses bravas necesita son las grandes extensiones de terrenos. Así es que, ya sean en propiedad, ya en arrendamiento, el latifundio le es indispensable (3). Mas esa gran masa de riqueza que acumula en su

---

término municipal 36.000 fanegas de tierras sin cultivar convertidas en dehesas». Otro obrero en Utrera denunciaba el hecho de que de 30 cortijos que tiene el término, sólo se labran cinco.—*Imparcial* y *Correspondencia de España*, 18 Julio. Y especialmente el *Noticiero Sevillano* de la misma fecha.

(1) La Junta Consultiva, en *Prados y pastos*.

(2) Junta Consultiva. Obra cit.

(3) Aparte de que ya se decía en las Memorias citadas de los Registradores de la propiedad que existían inscritos propietarios de terrenos

heredad (rústica y pecuaria) no es ciertamente la que más contribuye á sostener las cargas del Estado, sino que, por el contrario, ahí es donde están las grandes ocultaciones y ahí es donde empiezan los grandes privilegios: en los tributos.

«En las provincias andaluzas—decía el Sr. Rivas Moreno—muchos grandes propietarios no pueden quejarse de la pesadez de los tributos, pues sus obligaciones para con la Hacienda quedan incumplidas porque ocultan el 50 por 100 de su riqueza imponible» (1).

De la certeza de esta afirmación—continúa—responden los datos que voy á consignar, y que son el resultado de los trabajos hechos por el personal encargado de los estudios para la reforma de las Cartillas evaluatorias.

Ocultaciones por territorial que se han comprobado:

	Hectáreas.
Cádiz	40.694
Sevilla	460.456
Córdoba	471.439
Málaga	216.190
Granada	814.993
Jaén	451.210
TOTAL	2.454.982

muy extensos. En la obra *El regadío en España*, que publicó (1904) la Junta Consultiva, se lee que es frecuente encontrar labradores que llevan cortijos de 300 y 600 hectáreas de terrenos, y aun mayores.

(1) Baste decir que el año 66 se midió el perímetro de algunos términos municipales de Madrid, Guadalajara y Cuenca, y arrojaban una ocultación de superficie del 47 por 100.

El año 72-73, el Instituto Geográfico levantó en las provincias andaluzas planos topográficos para proceder á la formación del catastro por masas de cultivos, y las ocultaciones llegaban en algunas provincias al 100 por 100, no tanto en extensión como en la índole de los aprovechamientos.

En 1901, los trabajos catastrales en Andalucía determinaron un aumento en la riqueza imponible de 55.000.000 de pesetas, ó sea el 64 por 100.

Respecto á la riqueza pecuaria—dice—ahí van algunos números:

	Riqueza comprobada.	Riqueza amillarada.
Cádiz	6.160.312	1.968.150
Sevilla	3.596.395	2.428.627
Córdoba	2.957.393	1.386.770
Málaga	3.573.390	2.428.627
	16.286.585	8.212.174

Estos datos son una demostración irrefutable de que las cargas del Estado las soportan de una manera muy desigual los labradores andaluces.

Hablar de ocultaciones—concluye el Sr. Rivas Moreno—de los pequeños y modestos propietarios es pura quimera, porque venden y permutan con bastante frecuencia, y las parcelas, como son de poco perímetro, no se prestan á rentas de importancia (1).

Unid á esto los precios que la ganadería brava alcanza, que no hay cultivo en el mundo que lo tenga tan remunerador; ni existe tampoco riqueza alguna que aumente tanto de valor con tan pocos costes.

No se paga en la actualidad—decía el Sr. Hidalgo Tablada—por una res vacuna en buenas carnes para el consumo más de 200 pesetas, ni por un novillo domado más de 750; en tanto que por un toro de la ganadería de Veragua se dan sin regatear en ajuste 2.000 pesetas, y 1.750 por los que proceden de las más reputadas ganaderías de las provincias de Cádiz y Sevilla (2).

EL TRABAJO AGRÍCOLA

Si del aspecto puramente económico del problema agrario venimos al social, encontraremos las mismas ruinosas consecuencias para el problema del trabajo.

---

(1) Cartas publicadas en el *Diario Universal*, 10 Julio 1905.
(2) En el Dic. cit.

Tratar el problema del trabajo agrícola es tratar en España el problema del trabajo nacional. Nunca serán nuestras industrias tan sólidas y seguras fuentes de riqueza y de trabajo como lo será la agricultura el día que llegue á alcanzar un mayor grado de desenvolvimiento. Es más: industrias vigorosas no existen sin primeras materias baratas, y este primer problema de la industria lo resuelve una agricultura en estado floreciente.

Lo mismo que la producción y la agricultura en general permanece el trabajo: sin salir de las condiciones en que se realizaba á fines del siglo XVII y principios del XVIII.

Ved aquí cómo estaba planteado este problema allá en el año de 1802.

Con motivo de un Tratado de Comercio que iba á celebrarse con la Gran Bretaña, informaba el entonces ministro de Hacienda al de Estado sobre la situación por que atravesaba nuestra agricultura, y refiriéndose especialmente á Andalucía y Extremadura, se dice lo siguiente: «Inmensos terrenos entregados al pasto; otros muchos poseídos por manos muertas que carecen de actividad y de vigor, y acumulaciones de bienes en pocas manos, son lo que impide que la agricultura y las fábricas lleguen al alto grado de pujanza en que se hallaron en otros tiempos... en medio de que los pastos consagrados á la cría de los ganados *privan al hombre de la parte de terreno más feraz de España, haciéndole esclavo de las bestias*» (1). Y en una Memoria presentada al rey sobre la nueva organización del despacho de Hacienda en 1800, haciéndose eco su autor de la especie lanzada y mantenida hace siglos de que la mala calidad de los terrenos no permiten otra cosa que la producción espontánea de los pastos, decía al rey: «No hay terreno, por estéril que sea, que, cultivado, no contribuya con usura los sudores del labrador; y así como en un país donde las dehesas abundan hay miseria y pobreza, por el contrario, en

(1) En el Dic. de Canga Argüelles.

donde florezcan los cultivos reside la riqueza, se multiplican los habitadores y se anida la virtud» (1).

Los rigores de la crisis del trabajo han de sentirse siempre con más intensidad en Andalucía y Extremadura, por lo mismo que son por excelencia estas dos regiones la de los pastos, la de las grandes dehesas y la de los grandes cultivos de cereales.

En estos grandes cultivos de cereales es donde precisamente se reconcentra todo el trabajo; mas para comprender su insuficiencia es necesario conocer la forma de cultivar y el salario del obrero.

Indiscutibles autoridades en la materia hablarán por mí de estos extremos, á fin de alejar todo motivo de exageración en que pudiéramos incurrir al tratar este asunto. Testimonio de tanta autoridad como el del malogrado conde de San Bernardo dice con gran elocuencia cómo se cultivan esas grandes extensiones de cereales; el ilustre autor de una de las memorias premiadas con accésit en el concurso abierto por el Rey, señor Noriega, nos habla en dicha memoria sobre la alimentación del obrero; datos y antecedentes de indispensable conocimiento para comprender la gravedad que en esas regiones especialmente encierra el problema del trabajo.

«Examinemos — decía (2) el conde de San Bernardo — la forma de cultivar las tierras de Andalucía y de Extremadura... y dejando á un lado las masas de cultivo de olivar y viña, la manera de cultivar todos la conocéis.

»Grandes extensiones dedicadas á cereales exclusivamente, labradas de un modo muy somero para concluir cuanto antes, porque el ganado de labor se mantiene á dinero y hay que economizar el posible, que si el año es bueno y las lluvias á su tiempo, se cogerá; y después, excepción hecha de algunos más

(1) En el Dic. cit. La escribió de orden de D. Miguel Cayetano el señor Canga Argüelles.

(2) Conferencia leída en el Ateneo ante S. M. el Rey, Mayo de 1904.

cuidadosos que limpian los matojos, no se vuelve á hacer nada hasta la siega; es decir, *ocho meses* sin un jornal, y, como consecuencia, los obreros, una vez terminada su faena, como la tierra no los mantiene ya, hacinándose en poblados lejanos, en espera de un trabajo que fatalmente no pueden hallar.»

«La alimentación del obrero del campo—dice el Sr. Noriega (1) — está compuesta de una telera diaria, pan que pesa unos 1.400 gramos, y que en muchos puntos no suele ser de la mejor clase, y, además, tres litros de aceite, cuatro litros de vinagre, medio litro de sal y unos cuantos ajos. Con estos elementos preparan los proverbiales gazpachos, salmorejos ó sopeados, tres de éstos al día, y como extraordinario suelen tomar algunas aceitunas, naranjas, pimientos, tomates, etc.; es decir, fruta del tiempo, que resulta barata. No toman comida caliente más que los caseros, capataces aperadores y guardas, que preparan un potaje por la noche, compuesto de garbanzos ó habas con patatas y arroz, condimentado con aceite, y algunas veces con 50 gramos de tocino por individuo» (2).

El valor de esa comida se suele estimar en tres reales, y como el jornal total puede calcularse en seis, le quedan al obrero á lo sumo tres reales para cobrar en metálico; mas como de los trescientos sesenta y cinco días trabaje como máximum doscientos, le quedan líquidos para mantener á su familia unos 600 reales como máximum durante el año (3).

Tal es, á grandes rasgos, el estado de nuestra agricultura, de nuestra producción y del trabajo agrícola.

EL PRIMER CAPITAL DE LA REFORMA

Son tantos y tan diversos los factores que han de intervenir en la solución del problema agrario, que precisa, ante todo,

(1) En su interesante Memoria premiada con accésit. Concurso abierto por el Rey.

(2) Memoria premiada con accésit en el concurso abierto por el Rey.

(3) Hay que tener en cuenta que, excepto las máquinas de sembrar, la de la siega, arar, existen en Andalucía.

determinar por orden de rigurosa escala cuál deba ser el primer capital de la reforma. Si el suelo, el clima ó la actividad y trabajos del hombre.

Si con el criterio de la vieja economía hubiéramos de resolver esta cuestión, no cabe duda que el hombre aparecería en el último grado de la escala.

Una ciencia de la naturaleza, como lo fué la antigua economía liberal é individualista, exclusivamente consagrada á inquirir abstractas leyes de la producción, y que llegaba en sus delirios la escuela de Bastiat á negar la legitimidad de las exigencias de la vida práctica cuando éstas estorbaran á aquel ideal desarrollo y acrecentamiento de la riqueza, buscaría sin duda en el suelo, en el clima, en los agentes naturales, en fin, la primera y más fundamental riqueza.

Mas resuelta la cuestión con el criterio de la moderna economía, es indudable que, siendo ésta una ciencia eminentemente moral y de carácter esencialmente antropológico, habría de buscar, ante todo, al hombre para proclamar su trabajo como la primera riqueza nacional, ya que en sentido nacional también se desarrolla y se desenvuelve la moderna economía.

«Hoy se capitaliza el hombre—dice nuestro ilustre Canalejas—como la primera riqueza nacional: los ingleses tasan, por término medio, en 160 libras esterlinas cada habitante, y en 200 cada trabajador; valoran los americanos cada yanqui en 3.500 dolars; representa un obrero francés 6.000 francos; ilustres economistas patrios no temen exagerar atribuyendo á los españoles un valor medio individual de 5.000 pesetas. Si de las legiones productoras—continúa el eminente hombre público—tornamos la vista á las bélicas, no hay que decir si con los nuevos sistemas defensivos de la nación armada depende ó no el poder militar de los Estados del desarrollo de la población» (1).

(1) Discurso apertura curso 1904-05, Academia Jurisprudencia.

Es necesario, por tanto, que á la reforma no la inspire otro criterio que no sea el de prestar vigoroso impulso á aquella riqueza que, siendo perenne fuente de producción y del trabajo, merezca ser considerada como la riqueza nacional por excelencia.

La gran propiedad no tendría contradictores si fuera para las naciones cosas fáciles de improvisar; el cuantioso capital móvil, la técnica agraria, la general cultura y, lo que es más difícil aún, la necesaria solidaridad de intereses entre trabajadores y capitalistas; todos indispensables elementos para llegar á establecer en esas grandes propiedades las grandes explotaciones agrícolas de Marx y de muchos de sus inmediatos sucesores.

Pero, sin previamente contar con esos elementos, no pueden sostenerse, como no sea con la mina de la producción y del trabajo, las grandes acumulaciones, ya sean de propiedad, ya de cultivos.

Así no es de extrañar que el neo-socialismo, al tocar la vida de la realidad y de los hechos, se apartara de las doctrinas del maestro, constituyéndose en los más ardientes defensores de la pequeña propiedad y de los pequeños cultivos, como el único medio de garantir y defender el trabajo del gran proletariado agrícola.

Esas mismas tendencias desde la ley se favorecen, y así se observa que en todas partes las grandes propiedades empiezan á decrecer. Las primeras medidas que el Gobierno inglés tomaba en Irlanda, como medio de retener la población en constantes y numerosas emigraciones, fué la de amparar por medio de los arrendamientos sometidos á la condición *statutory* á los pequeños cultivadores.

La lucha más tremenda de los colonos irlandeses no fué la entablada contra los grandes propietarios que convertían sus heredades en lujosas fincas de recreo, sino la que emprendieron contra los *grazier*, aquellos propietarios y acaparadores de tierra que para sostener sus inmensas ganaderías habían

convertido el 80 por 100 de la superficie de Irlanda en grandes y dilatadas dehesas.

A poco más de las tres décimas partes del territorio alcanza nuestra zona cultivada (1). Las mismas luchas que en Irlanda debiéramos emprender contra los que, manteniendo inmensas ganaderías á costa del solo capital tierra, realizan por ese medio la más absoluta y completa expropiación del trabajo nacional.

Ya el ilustre Jovellanos denunciaba estos abusos de la gran propiedad, ante el Consejo de Castilla, en estos términos: «No es creíble—decía—que los grandes propietarios puedan cultivar sus tierras, ni cuando lo fuese sería posible que las quisieran cultivar, ni cuando las cultivasen sería posible que las cultivasen bien. Si alguna vez la necesidad ó el capricho los moviesen á labrar por su cuenta una parte de su propiedad, ó establecerán en ella una cultura inmensa y, por consiguiente, imperfecta y débil, como sucede en los cortijos y olivares cultivados por *señores y monasterios de Andalucía*, ó preferirán lo agradable á lo útil, y, á ejemplo de aquellos poderosos romanos contra quienes declamaba tan justamente Columela, sustituirán los bosques de caza, las dehesas de potros, los plantíos de árboles de sombra y hermosura, los jardines, los lagos y estanques de pesca, las fuentes y cascadas, y todas las bellezas del lujo rústico, á las sencillas y útiles labores de la tierra.

»Consecuencias naturales—sigue diciendo el ilustre autor del informe á la ley agraria—del régimen de las grandes acumulaciones son: que los propietarios se reduzcen á vivir holgadamente de sus rentas, y, no ofreciendo la agricultura ninguna utilidad, los capitales huirán no sólo de la propiedad, sino

(1) El Instituto Geográfico calculaba en su *Reseña Geográfica y Estadística* las cuatro décimas partes; pero la Junta Consultiva dice que nunca ha llegado á alcanzar, según sus datos, á esas cuatro décimas partes.

también del cultivo, y la labranza, abandonada á manos débiles y pobres, será débil y pobre como ellas... Por último, los mismos propietarios ricos, en vez de destinar sus fondos á las mejoras de sus tierras, los volverán á la *ganadería, como hacen tantos grandes títulos y monasterios*, que tienen inmensas cabañas, en tanto que sus propiedades están cultivadas imperfectamente» (1).

CONSIDERACIÓN FINAL

No es posible darle más extensión á este artículo. Ha sido mi único propósito el de hacer un estudio crítico del estado de nuestra agricultura, buscando sus más íntimas relaciones con los principales problemas de nuestra economía nacional.

El azote más formidable del agricultor bien claramente se nos presenta en todas las épocas de nuestra historia. El único medio de combatirlo está en el impuesto. Suponerle á los terrenos cultivados una mayor renta, que determina un mayor gravamen del impuesto, es obligar al labrador á abandonar el cultivo, ó, lo que es peor, obligar al consumidor á pagar más caros los productos.

Así se observa que aun en aquellas regiones donde la propiedad aparece dividida no existen medianas ni pequeñas explotaciones; vénse obligados sus dueños á entregar en arrendamiento sus pequeñas propiedades, con las cuales se forman la mayor parte de esos latifundios.

Someter á un mismo tipo tributario toda clase de ganaderías, lo mismo la que se dedica al consumo, á la producción de lana, leche, abonos, etc., que la que á la lidia se dedica, es el más horrible de los privilegios en favor de esta última, que alzanza unos precios que jamás puede alcanzar la primera.

Y, por último, beneficiar con un tipo de gravamen menor á las dehesas, por suponérsele un líquido imponible más pe-

(1) En su informe á la ley agraria.

queño, sobre las enormes ocultaciones que de esa propiedad especialmente existen, es fomentar desde la ley la causa principal de la ruina de nuestra producción y del trabajo agrícola.

Y basta por hoy. Al trabajo de crítica debe seguir el de afirmaciones, tratándose de problemas como el actual, de sencilla, fácil y posible realización. Esto procuraré hacerlo, en la medida de mis fuerzas, en sucesivos artículos.

Francisco Espinosa y González Pérez

LAS ÚLTIMAS NEGOCIACIONES

DE

MATRIMONIOS REGIOS ENTRE INGLATERRA Y ESPAÑA

EN 1623

VI

Desde el primer instante de su llegada á Madrid, el príncipe británico y su ministro favorito pusiéronse al corriente de la verdadera situación en que sus asuntos se encontraban en la corte de España. Tan enamorados quedaron de las bellas prendas del Stuart el rey Felipe IV y el Conde-Duque de Olivares, que éste no ocultó á sus augustos huéspedes la simpatía general de que se habían hecho objeto, ofreciendo influir cuanto pudiese cerca del monarca, su amo, «para que, si por las oposiciones del Papa no le pudiera dar á la infanta por esposa, se la diera por señora». De estas atenciones el Príncipe y Buckingham quedaron tan satisfechos, que al escribir al rey Jacobo, en Londres, le decían: «Tan contento se muestra de nuestro viaje, y tan finas son las atenciones de Olivares con nosotros, que suplicamos á V. M. le escriba la más cariñosa carta de gracias» (*We find the Count Olivares so overvaluing our journey, that he is so full of real courtesy, that we can do no less than besecch your Majesty to write the Kintest letter of thanks and acknowledgment you can unto him*) (1).

---

(1) Carta del duque de Buckingham al rey: 24 de Marzo.—HARDWICKE: *State Papers*, I-401.

Pero más adelante añadían: «El nuncio del Papa trabaja contra nosotros tan maliciosa y activamente como puede, aunque recibe respuestas tan duras que esperamos verle desistir bien pronto de su empeño. El Papa repugnará mucho despachar la dispensa; mas por si al cabo la negase, quisiéramos nosotros saber de V. M. hasta qué punto podríamos empeñarnos en lo del reconocimiento especial de la supremacía del Pontificado, porque nos inclinamos á creer que si V. M. le reconociera como jefe principal bajo Cristo, el matrimonio se haría hasta sin él» (1).

Con fecha del 4 de Abril, el rey Jacobo se apresuró á satisfacer el deseo de su hijo y de su valido, y, tratándole de *Excelentísimo conde, príncipe y amigo carísimo*, escribió á Olivares una carta en que le decía, entre otras cosas: «La amistad que V. E. les ha dispensado (al Príncipe y á Buckingham) la estimamos y tendremos en memoria siempre, con ánimo agradecido, deseando que se nos ofrezca alguna gran ocasión para recompensarla, porque el beneficio que se les hace corre por nuestra obligación. Y si tuviera tan gran dicha nuestra Bretaña que á tan grande y tan noble amigo, que está ausente, le tuviéramos presente, diéramos bastantes testimonios que en la competencia de nuestra amistad sólo nos ganó en anticiparse, no en saberla gratificar» (2).

A su vez, el rey Jacobo contestaba al Príncipe y á Buckingham, extrañándose de la conducta del nuncio y de lo que á este propósito le habían escrito: «Que el nuncio—decía—se oponga á nuestro negocio me hace sospechar de que el Papa se oponga también. No olvidad que por parte de España nunca se puso en duda que la dispensa se otorgaría. En Madrid y en Roma es donde se han arreglado las condiciones espirituales que yo he aceptado. Después de esto, no solamente fueron remitidas á Roma por los medios diplomáticos para su definitiva

(1) Carta referida del 24 de Marzo.
(2) Baños de Velasco: *Historia Pontifical.*

resolución, sino que las acompañaba la consulta de los teólogos, los cuales han declarado que con dichas condiciones el Papa podía y debía, por el mismo bien de la Cristiandad, conceder la dispensa... Ignoro qué queréis darme á entender por la supremacía espiritual del Papa. Por nada del mundo renunciaré yo á mi religión; pero se me antoja adivinar, después de vuestro aviso, que se hace alusión á un pasaje de mi libro contra el cardenal Bellarmino, en el cual ofrezco, si el Papa quiere renunciar á su divinidad y á su usurpación sobre los reyes, reconocerle luego como obispo jefe, al que todos los llamados eclesiásticos deben estar sometidos en último resultado. Estas son mis propias palabras, que repito, y en último término es lo que mi conciencia me permite hacer, porque debéis comprender que yo no soy un cualquiera que cambia de religión como cambia de camisa, cuando le viene bien. En cuanto á la soberanía temporal del Papa en el Estado de Roma, yo nunca he hecho ninguna objeción. Que él sea, en nombre de Dios, el primer obispo y el príncipe de los obispos, pero como San Pedro era el príncipe de los Apóstoles» (1).

El rey de Inglaterra respiraba en este escrito por la herida espiritual en que consistían sus discusiones con Roma. Carlos y Buckingham, con más sentido político y práctico, en la carta á que nos hemos referido encontraban el peligro de todo en que en su venida á España, y sobre todo á Madrid, no se hubieran podido recatar «del nuncio del Papa, del embajador del Emperador y del embajador de Francia». Tan claro conocimiento tenían de los elementos de verdadera oposición que desde la primera tentativa de enlaces de España con Inglaterra habían provocado los intereses egoístas y la política enemiga de la preponderante Casa de Austria, dirigida por la Francia.

¿Y cómo desconocerlo? No era bastante el ejemplo de su primera oposición durante el reinado de Felipe III, que con-

(1) HARDWICKE: *State Papers*, tomo I, pág. 411.

cluyó con los matrimonios de Doña Ana de Austria con Luis XIII, y la desventurada y temprana muerte del príncipe Enrique de Inglaterra. Pretendida para su hijo por el rey Jacobo, no se dió la mano de madama Cristina de Borbón sino al Príncipe del Piamonte, con lo que acababa todo proyecto de alianza anglo-hispana con Saboya. De todas suertes, ahora eran notorios en Inglaterra los esfuerzos que Francia venía haciendo para impedir los enlaces en curso. Con la primera intriga matrimonial no sólo evitó Francia la alianza de España con Inglaterra, cuyo poder unido se haría irresistible en el mundo, sino que por medio de los matrimonios franco-españoles aseguró su paz exterior durante la minoridad de Luis XIII. Por el matrimonio con Saboya adquirió el aliado que más podía molestarnos en los dominios de Italia, como á poco resultó con los conflictos de la Valtelina, y, entorpecidas los de Inglaterra, no sólo se proponía por objeto estimular la enemistad de esta nación por el desaire que recibiera, sino que abría la esperanza de un enlace entre Inglaterra y Francia, base de otra alianza política contra España.

Ni Lerma ni Olivares penetraron en su tiempo en estos negocios el asunto descubierto después por la Historia. Pero Carlos Stuart y Buckingham, al par que de Roma, por los intereses católicos, y del Imperio, por los de Alemania, debían desconfiar, y desconfiaban en efecto, de Francia, cuyas secretas tentativas en parte conocían. Desde que el suplicio de Raleigh y la revolución de Bohemia, que trajo el despojo del Palatino, lejos de ser motivos de ruptura entre Inglaterra y España, estrecharon más las relaciones de amistad entre los dos países y pusieron en auge la cuestión del matrimonio, el duque de Luynes, ministro de Luis XIII, cifró todo su empeño en procurar nuevos obstáculos para estos tratos. Acudió primero á Roma, donde cinco generaciones continuadas de pontífices hicieron casi exclusivo objeto de su gobierno espiritual imponerse sobre España para impedir sus alianzas con Inglaterra, de lo que Clemente VIII, León IX, Paulo V, Gregorio XV

y Urbano VIII hicieron público alarde. Siempre agitando hábilmente los celos del Imperio, ofreciendo al de Baviera, por parte de los príncipes electores protestantes, el reconocimiento del nuevo derecho electoral adquirido, y llevando á Bruselas á la infanta gobernadora la amarga desconfianza del despojo inminente de Flandes, ponía en combustión á estos países, en tanto que se remitía á Londres mismo, y por los más raros medios proponía al rey Jacobo el casamiento del príncipe Carlos con madama María Enriqueta, para el cual las cuestiones religiosas no ofrecían tantas dificultades como en España.

No cometió Luynes estas negociaciones al conde Levasseur de Tillières, embajador francés en la corte de Jacobo; envió misión extraordinaria con su mismo hermano el mariscal de Cadenet, á pesar de que sabía que en tal tiempo había embajador británico en España y embajadores españoles en Inglaterra tratando este negocio, y que así el rey de la Gran Bretaña como su primogénito estaban muy interesados en él. Francia había logrado poner de su parte á los puritanos, enemigos de los Austrias, y, como dice con testimonio irrefutable el mismo embajador francés en Inglaterra por aquel tiempo: *Le Duc de Luynes esperait donc s'assurer la protection du Roi de la Grande-Bretagne, faire rompre le mariage d'Espagne, conclure celui de France avec beaucoup d'avantage pour le Prince de Galles, et obliger ainsi l'Angleterre à les assister en cas où en France il leur arrivât quelle disgrâce* (1). De aquella misión Cadenet salió muy desairado, *ayant retiré peu de satisfaction de sa negotiation et la France beaucoup de honte*; pero la Francia no desmayaba de estos éxitos desfavorables cuando á su interés convenía disimular, y no por eso mudó en un ápice de pensamiento ni de conducta.

El oro francés por un lado, las simpatías puritanas por

(1) Hipeau: *Memoire inédite de Comte Levasseur de Tillières*, capítulo II, pág. 29.

otro, mantenían en Londres un partido propicio á sus pretensiones. Apenas se divulgó por aquella capital la partida clandestina del príncipe Carlos con Buckingham, lo que descubrió el embajador francés, se hizo correr por la ciudad voz de que el de Gales había sido preso en Francia por el Rey Cristianísimo, y á expensas del oro francés aparecieron hojas y folletos impresos, sátiras y libelos con el título de *La voz del pueblo*, escritos contra el Papa, el rey de España y la política inglesa, y prediciendo de los matrimonios en curso muchos y graves daños para Inglaterra. En Londres no se hablaba más que de la perfidia española, y se notaba un vivísimo deseo de venganza contra esta nación. «Ya tienen—decían—los españoles allí el único Príncipe destinado á la sucesión de tres Reinos, y, con esto en las manos, las riendas de todos nuestros negocios». El rey permaneció algunos días fuera de Londres, y cuando, ansioso de noticias del Príncipe, regresaba á Whitehall, muchos corrían á saber de su boca la causa de aquel inesperado acontecimiento. Él, que se hallaba entristecido por carecer de las nuevas del viaje, se limitaba á decir: «Que había debido consentir en la calorosa instancia de su hijo para ver á su propia esposa, de quien estaba muy enamorado, y que Dios lo bendeciría».

Entretanto, como ya se dijo, envió á Francia á sir James Hay, conde de Carlisle, á llevar al rey Luis XIII las excusas del paso de su hijo; y como en París se supiese lo que se había supuesto en Londres sobre el secuestro del Príncipe, cinco días se tardó en darle audiencia, porque se dilatase en ese tiempo el afán de Jacobo con la viva incertidumbre en que se hallaba.

Recibiéronse, al cabo, las cartas de Madrid. Estas menudearon, no sólo de parte del hijo y del ministro al padre y señor, sino de los caballeros que iban llegando tras el Príncipe. Y cuando en Londres hubo exacto conocimiento de la recepción hecha al heredero de la corona, hasta los puritanos trocaron en afecto frenético hacia España la prevención hostil

explotada por los franceses. Jacobo mandó se hicieran luminarias públicas, y el embajador véneto escribía: *O sia per la naturale flessibilitá di questo popolo ad ogni volere di chi gli commanda, o per una nuova insinuatione d'affetto in corrispondenza di questi honori conferiti al proprio Principe, appare maglior dispositione nell'animo di questi subditi vexo il matrimonio.*

Por las plazas de la publicidad se decía que el Príncipe había escrito que así el arreglo de las bodas como el del Palatinado iba de posta, y que para el primero sólo se esperaba la dispensa de Roma. Otros añadían, siempre con referencia á cartas de España, que la dispensa estaba para despacharse, y algunos llegaban á asegurar que el Príncipe no recibiría á la infanta sin algún acomodamiento sobre lo del Palatino: lo cual era difícil, toda vez que no tocaba á España resolverlo, sino al Pontífice, al Emperador y á Baviera, y cada uno de ellos estaba muy interesado en la destrucción de aquel Estado. Hasta el mismo conde de Bristol escribió que jamás los españoles en ocasión alguna habían depuesto su natural gravedad, como lo hacían con el Príncipe; noticia de gran crédito, pues la opinión de lord Digby era de mucho peso, aun para los enemigos más implacables de España. A principios de Marzo se abrieron los alistamientos para las naves que vendrían á la Península á conducir los Príncipes á Inglaterra. Lord Francis Manners, conde de Rutland, suegro de Buckingham, era el general de esta expedición, é indecible el número de personas de todos rangos sociales que solicitaron acompañarle. A veinte ascendía el número de los barcos que se preparaban, y en 30.000 libras esterlinas se calcularon los gastos del viaje. Del mismo modo se empezaron las obras de los palacios de Saint James y de Dinamarca para que los ocupasen los Príncipes, y se habilitaron las capillas adjuntas para el culto católico y la antigua iglesia de Saboya para que sirviese á la familia de la infanta.

En España, en tanto, las cosas iban con tardo paso y no

tan bien como en un principio. Para que continuase el aturdimiento de las fiestas que distraían del objeto principal, ordenó el rey Felipe IV al almirante de Castilla, al duque de Cea, al marqués de Velada y al duque de Híjar que agasajasen con nuevos entretenimientos públicos á los ingleses. La orden de S. M. estaba concebida en estos términos: *Ha ordenado el rey, nuestro señor, que traten de festejar y agasajar al Príncipe de Inglaterra el almirante de Castilla, el duque de Cea, el marqués de Velada y el duque de Híjar. Y como mayordomo meyor de S. M., yo, el conde de Puebla, y de su orden, escribo esta etiqueta en 15 de Abril de 1623.*—El conde de Puebla (1).

El primero que rompió la serie de estos grandes festejos fué el almirante de Castilla, con un espléndido torneo que tuvo lugar el domingo de Pascua. En aquella festividad se acordó que los galanes tuvieran lugar con las damas, con el objeto de permitir al Príncipe de Gales hablar con la infanta. El lujo desplegado fué pasmoso. El rey, vestido de pardo, toisón grande y cadena atravesada de coronas ligadas á cuatro haces, salpicadas de esmalte verde y negro, cintillo y joya de diamantes en el sombrero y plumas de airoso penacho, se presentó en el cuarto del Príncipe, á quien sacó á su derecha. Era el traje de éste negro, guarnecido costosamente á la española, insignia de San Jorge en colonia azul obscura, y la jarretera bordada sobre el color. El rey llevó al Príncipe al cuarto de la reina. Esta y la infanta salieron á recibirlos, y Doña María apareció á los ojos vestida de negro y oro, con extraña riqueza y extraordinaria hermosura. Después, bajo el dosel, sentóse el Príncipe á la derecha de la reina, y el rey á la de la infanta: de modo que en medio quedaron los dos enamorados con amplia libertad para cortejarse.

Mas no eran todo alegrías en el fondo de aquellas exterioridades. En Roma cada día se hacinaban dificultades sobre las concesiones pedidas en favor de los católicos ingleses. Cada

(1) *Bibl. Nac. de Madrid.*—Mss. Cc. 46, fol. 131.

día se sugería una nueva exigencia, irreconciliable siempre con lo que las leyes de Inglaterra y los sentimientos del Parlamento y del pueblo británico pudieran admitir. Ya en Londres oyó decir el embajador véneto, Luis Valaresso, que «la archiduquesa de Flandes trabajaba cerca del Santo Padre para que pusiese dificultades, en tanto que ella arreglaba el casamiento de la infanta doña María en Alemania, lo que á España gustaría más, con el hijo del emperador, y que en este plan se había ganado á Olivares, disuadiéndole á que no había utilidad alguna con el matrimonio con Inglaterra» (1). Así, sir Richard Weston, desde Bruselas, siempre escribió presentando tanto lo del matrimonio como lo del Palatino como negocios desesperados, mientras que en Madrid se descubría que De Massini, nuncio del Papa, el conde de Khevennuhüller, embajador de Alemania, y los agentes de la infanta Isabel Clara Eugenia habían interpuesto el influjo de la infanta Soror Margarita de la Cruz, hija del emperador Maximiliano II, y monja profesa en las Descalzas Reales, con el P. Francisco de Jesús, carmelita, y la condesa de Olivares, para prevenir contra el britano la voluntad del rey y de la infanta, y para ladear la del ministro favorito del rey Felipe IV en pro de la solución sugerida en Flandes. Esta combinación consistía en casar á Doña María con el hijo del emperador, al Príncipe de Gales con la archiduquesa María, hija de Fernando II, y al mayor del Palatino con otra archiduquesa de Austria, llamada Cecilia Renata, la menor de las hijas del emperador.

VII

Todavía es objeto de polémica si el Príncipe de Gales estuvo enamorado de la infanta española, y si á ésta el britano le fué de agradable parecer. Los testimonios históricos no dejan

(1) *Carta del 15 de Mayo.* (Bibl. Nac. de Madrid, Mss.)

duda alguna sobre el caso. El embajador véneto, tantas veces citado, estaba en lo cierto: *Il Príncipe*, como él decía á la Señoría de Venecia, *ardesse nell'amore dell'infanta, veduta per ritratto.* De su belleza y de sus virtudes oyó continuamente hablar en aquella edad en que germinan con más calor las pasiones humanas, y como el rey Jacobo, la misma reina Ana de Dinamarca y sus damas, Gondomar y los amigos de la causa española, entre los que se contaban el duque de Lennox, el conde de Arundel y otros esclarecidos próceres de la pairía, procuraban interesar en aquel amor el dócil corazón del joven príncipe, concibió hacia la infanta ese afecto apasionado que no sosiega sino con la posesión del caro objeto de nuestras ilusiones. ¿Le hubiera de otro modo arrebatado ningún otro interés político á la aventura de España en aquel momento de la vida en que un príncipe antes que príncipe es joven, y antes que instrumento de reflexión madura y juiciosa, materia inflamable que irremisiblemente responde al más fatuo destello de las primeras pasiones?

Su viaje á España fué para él una cita amorosa. Pasó por París, y no vió en aquella corte sino á la hermana de su amada hermosura por aquel instinto de comprensión y de adivinación de que se hallan poseídos los corazones amantes. Las etiquetas españolas le parecieron odiosas, porque le impedían el contacto inmediato, activo, intenso, con el hada de sus imaginaciones sonrosadas. Iba á paseo de incógnito á rondar la carroza regia como un simple galancete, y como un simple galancete se informaba diariamente del templo adonde los Austrias acudían de visita cuotidiana á ejercicios piadosos ó á pláticas de grada, por esperar á la salida el rápido paso del encanto de sus ojos. En las fiestas reales, en las comedias y farsas de la corte, no había para él más que un escenario, un drama y un arte: la celosía tras la que la infanta se recataba. En las cartas de Buckingham al rey Jacobo, pocas veces le nombra el *Baby-Charles,* el nombre íntimo de familia; pero siempre le dice *nuestro enamorado.* Cuando vió á la infanta

por vez primera, escribió á su padre diciéndole que había sido extremada la satisfacción por él recibida por *la excelente belleza de María*. Otra vez escribió al rey Jacobo diciéndole que era preciso perpetuar su nombre en un recuerdo, y por eso se mandó llamar *Mariland* á una parte de la Virginia, con cuyo nombre quedó para siempre.

La tradición y la curiosidad han guardado algunos versos latinos de los que, cuando cada día se retiraba de las fiestas con que le obsequiaba la corte española, escribía á sus solas en elogio de su deseada. En el archivo secreto de Felipe IV se conservaban algunos de estos versos, entre ellos los siguientes:

Fax, grata est, gratum est vultum, mihi grata catena est,
Me, quibus adstringit, lœdit et urit amor:
Flammam extingui; sanare vulnera nolui
Vincla, et si possem, non ego posse vellim;
Mirum equidem genus hoc morbi est. Nam in concordia et ictus
Vincla quae vinctus adhuc, laesus et ustus amor.

Un ingenio de aquel tiempo, el sevillano Melchor del Alcázar, entonces residente en Madrid, los tradujo en esta forma:

El ardor y la herida, el lazo estrecho
Con que me aprieta Amor lástima enciende;
Mas dulce es para mí, que á su despecho
Jamás alivio mi dolor pretende.
Y si apagar la llama y ver el pecho
Sano, y rota la cárcel que me prende,
Libre salir, Amor no permitiera,
No quisiera poder, aunque pudiera.
¡Oh nunca visto modo de accidente!
Cautivo y lastimado,
Más la prisión y las heridas quiero;
Y mientras abrasado
Débil ceniza soy, contento espero
Nuevos incendios, y por ellos muero.

Aún más equivocada es la idea que se conserva sobre la reciprocidad de su correspondencia por parte de la infanta. Los partidarios del complot de las Descalzas, cuando ya se desataron en abierta oposición contra el matrimonio, hacían propalar la especie de que la joven doña María de Austria, desde que supo las proposiciones de Inglaterra, mandó á decir al Conde Duque, por medio de doña Margarita de Tabares, su dueña de honor, que en todo caso buscase alguna decente salida de este empeño, «porque antes sería monja descalza que mujer de un hereje». Los partidarios del matrimonio objetaban á esto que cómo no demostró esta esquivez al principio; y los otros respondían que «el no haberlo repugnado era por las esperanzas de que se mejoraría la religión católica en aquel reino».

Pero hay más. La tradición guarda una anécdota peregrina, que harto revela que la infanta tenía el mismo deseo que el Príncipe de verse y hablarse con él, cediendo á esa secreta atracción que con fuerza irresistible se hace tirana de las acciones de los que están enamorados. No bastaban los mensajes clandestinos, los billetes perfumados, las dádivas secretas, los recuerdos en flor que mutuamente se enviaban. Quisieron verse en una cita, y diestramente la preparó la infanta. Pretextó que con el poco ejercicio enfermaba, y de acuerdo con los doctores, se convino en que, bien de mañana, y acompañada de sus damas, saliese al Parque *á tomar el acero*. Después de varias salidas, todo se compuso para la entrevista por los dos amantes deseada. Iba la infanta con doña Leonor de Toledo, condesa de Santisteban, con la condesa de Salvatierra y con doña María de Guevara, sus damas de honor, y con las sirvientes doña Margarita Zapata, doña Francisca de Tavora, doña Paula de Castro, doña Mariana Enríquez y doña Juana de Quirós, sus ayudas de cámara. D. Diego y D. Francisco de Riaño, criados, llevaban el sombrero y el capote de S. A., y D. Francisco de Mendoza, el frasco de plata. Por último, completaban la comitiva D. Juan de la Barreda, Martín de Salinas

y el doctor Santiago, médicos de cámara. Por guarda de todos iba D. Pedro de Granada, marqués de Campo Téjar, caballero de Alcántara y mayordomo mayor de la reina.

El Príncipe de Gales debía aparecer «por la parte de la puente segoviana», y, en efecto, á poco trecho que las reales damas hubieron andado del camino, inopinadamente se le vió acercarse con Buckingham y con otros diez títulos de su corte. D. Pedro de Granada, que llevaba instrucciones particulares de la reina, por donde en Francia se sabía cuanto con la estancia del Príncipe ocurría en Madrid, al verlos llegar, y que la infanta con sus damas «hacia ellos se dirigía», detuvo á Su Alteza y la dijo:—«*Suplico á V. A. se vuelva por donde viene, porque yo vaya á reconocer aquella gente y á despachalla*». La infanta obedeció, *ruborizándose,* y D. Pedro, apretando el paso, fué hacia el Príncipe, y llegando á él le dijo:—«*¿Qué madrugada ha sido esta que ha hecho V. A.? ¿Viene á caza de la mejor montería de España? Pues vuélvase V. A., que soy yo la guarda*». Miróle el Príncipe sin responderle, y Buckingham hizo ademán de pasar adelante. Al ver su resolución, D. Pedro se le interpuso, diciendo:—«*Señor, en esta tierra los viejos mandan á los mozos. Todos estamos para servir á S. A.; pero en queriendo pasar de las órdenes de S. M., nos ha de perdonar que las hemos de guardar*». Replicó el Príncipe y dijo que por la parte derecha iría apartado, y D. Pedro le contestó:—«*No, señor; por donde V. A. entró ha de volver á salir*». Damián Martínez, jardinero, le abrió la puerta de los jardines, y el Príncipe y los de su comitiva salieron. Entonces el de Gales pidió el coche á la caballeriza de S. M., y por la parte de afuera anduvo dando vueltas, hasta que la señora infanta se recogió. Hubo parecer de si la señora infanta volvería al día siguiente á hacer ejercicio, y se acordó que sí, por quitar pretexto á la malicia; pero acompañándola, además de las personas antedichas, la duquesa de Sanlúcar (1).

(1) *Archivo privado de Felipe IV.* —(B. N. de Madrid.—Mss.—H. 56.)

A pesar de estos reconocidos afectos que ayudaban al éxito de la empresa, los enemigos del matrimonio ya se habían quitado la máscara, desde que lograron ganar la voluntad del Conde-Duque de Olivares, á lo que ayudaron mucho las discusiones que surgieron entre Buckingham y el valido de Felipe IV, por causas muy distintas de la alta misión que á España trajo con el hijo de su monarca al almirante de Inglaterra. Solamente el rey de España y la corte de los grandes y los padres de la Compañía de Jesús fueron ya partidarios del casamiento; pues como el tema de oposición contra él se tomó por lo religioso, la propaganda astuta fácilmente comenzó á triunfar de las conciencias timoratas, en un país donde el vigor de los corazones mejor templados se había enervado completamente bajo el doble influjo de los temores á la Inquisición y de los temores á la arbitrariedad de los favoritismos políticos.

VIII

Dos grandes de España, los duques de Pastrana y de Alburquerque, negociaban en Roma la dispensa pontificia, que todos los días estaba para llegar y nunca acababa de venir. Lejos de esto, cuando el duque de Pastrana llegó con su embajada extraordinaria á Roma y habló al cardenal Ludovisi y conferenció con el Papa, notó grande espíritu de oposición, de que dió cuenta á Madrid. Alburquerque negociaba con diligencia, pero su actividad topaba con las rémoras de la curia. Cerca de dos meses llevaba el Príncipe de Gales en la corte de Felipe IV, más de uno Pastrana en la de Gregorio XV, cuando inopinadamente se presentó un día, el 25 de Abril, el cardenal Spínola en la cámara del britano á llevarle una carta de Su Santidad. Grande fué la sorpresa del príncipe Carlos. Recibióla, sin embargo, con aparente agrado, y dos días después, el 27 de Abril, el embajador Bristol le devolvía en propia mano la respuesta para el Pontífice. Gregorio XV se mostraba en

su carta, expedida en Roma el 20 de aquel mes, émulo del insigne Gregorio Magno, que alcanzó la gloria de introducir el cristianismo en la antigua Britania.

«Razón es, decía la carta del Pontífice en uno de sus primeros párrafos, que Nós sigamos sus santísimas pisadas en procurar la salud de esos reinos, principalmente dándonos, ¡oh nobilísimo Príncipe!, en este tiempo esperanzas de algún feliz suceso vuestra determinación... Habiéndoos llegado á España y corte del rey católico con deseo de casar con la Casa de Austria, nos pareció alabar encarecidamente este intento... porque viendo cómo pretendéis casar con una doncella católica, fácilmente se deja entender que la antigua semilla de la piedad cristiana, que tan prósperamente floreció en los ánimos de los reyes británicos, puede, con el favor divino, reverdecer en vuestro pecho... Nós hicimos continuamente rogar con vigilantísimas oraciones al Padre de los hombres, que á Vos, flor hermosa del orbe cristiano y única esperanza de Britania, os lleve á la heredad nobilísima que vuestros antepasados os ganaron con la defensa de la autoridad apostólica y acabamiento de los monstruos de la herejía... y, á la verdad, no podríais hacer cosa de mayor consuelo para todas las naciones de la cristiandad, que volver la posesión de vuestras nobilísimas islas al Príncipe de los Apóstoles... Vos no dejaréis de reconocer en estas letras la solicitud de la caridad apostólica, que procura vuestra felicidad; las cuales nunca jamás nos pesará haber escrito, si su lección despertase por lo menos algunas centellas de la religión católica en el corazón de tan gran Príncipe» (1).

Con hábil reserva y sagaz destreza contestó el Príncipe á esta carta, y en la suya, entre otras cosas, le decía que también su gloria se había de cifrar «en imitar los ejemplos de nuestros mayores, los cuales, si arriesgaron muchas veces su hacienda y su vida por dilatar más extendidamente la fe y la

(1) *Archivo particular de Felipe IV.*

religión cristiana, sin duda no introdujeron los estandartes de la Cruz de Cristo en las naciones de tan crueles enemigos con ánimo más denodado que nosotros acudiremos y pondremos toda diligencia para que la paz y unión vuelva á la república cristiana, de quien tanto tiempo ha estado alejada... Para esto mismo, añadía, nos incita grandemente la conocida voluntad del rey, nuestro señor y padre, y el entendido deseo que tiene de acudir á dar la mano para tan santa obra... Por lo cual, Vuestra Beatitud se persuada que estamos en tal disposición, y siempre nos habremos con tal moderación, que estemos muy lejos de cualquiera obra que pueda ser indicio de aversión á la Religión Católica Romana; antes nos aprovecharemos de todas las ocasiones en orden á que se arranquen de raíz las sospechas erradas con el suave y pacífico gobierno de las cosas; para que así como todos confesamos una individual Trinidad y un Cristo crucificado, así todos unánimes vengamos á tener la misma fe; y para alcanzar esto no rechazamos trabajo ninguno, aunque para ello aventuremos reino y vida» (1).

En estas correspondencias, que no dejaron completamente satisfechos á los intransigentes, cuyo partido á la sordera se trataba de levantar, pasó Abril y medió Mayo. El Príncipe, en penosa espera, alargaba su estancia en Madrid con la impaciencia propia de su situación, y en Londres el rey Jacobo comenzaba á desconfiar de las grandes largas que advertía en Roma y del tardo acuerdo del Pontífice en conceder las dispensaciones. Al cabo, próximo Mayo á rematarse, se anunció que habían salido despachadas para Madrid. Llenó esta noticia de alegría, así á las cámaras de Whitehall, como á las que en el alcázar de Madrid ocupaba el príncipe Carlos. En Londres se dispuso la preparación de la escuadra que había de zarpar para la Coruña para tomar á bordo á los nuevos cónyuges, dándose órdenes á Southampton, donde desembarcarían para que se les hiciera recibimiento digno de tales Príncipes y de

(1) Acad. de la Hist.—*Papeles de Jesuítas;* tomo 31, núm. 56.

tal ocasión. Para Carlos y Buckingham vinieron de Francia los costosos trajes de boda; y tantos lores y caballeros ingleses llegaron por aquellos días á la capital de España, que con razón se decía que Inglaterra tenía dos cortes con la de Madrid.

La dispensa debía limitarse á una mera aprobación de los capítulos estipulados entre Madrid y Londres. La iniciativa de ellos había correspondido á España, que se comprometió, además, á negociar la dispensación. El rey Jacobo no los había alterado en lo más mínimo. Así, pues, del mismo modo que su hijo, abrigaba la convicción profunda de que una vez la dispensa en Madrid, las ceremonias nupciales serían cosa del corto plazo indispensable para los preparativos convenientes. ¿Cuál sería la sorpresa de los Stuart cuando, después de llegadas á España, pasaron días y más días sin que se diese noticia de ellas, y, sobre todo, cuando, habiendo tratado el Príncipe de averiguar la nueva causa de la detención, se anduvo con entretenimientos é informalidades inverosímiles, de donde se adquirió la certidumbre de que el nuncio no las quería entregar? No había explicación admisible para tan extraño caso. Se dilató la noticia hasta Londres, y halló al rey Jacobo desesperado; porque de sus confidentes de Roma se sabía ya que las capitulaciones de Madrid habían sido alteradas en términos que obligaban á una nueva y premiosa negociación.

La capitulación contenía que el matrimonio se contraería primero en España según los ritos de la Iglesia romana, y luego en Inglaterra con las ceremonias que parecieren convenientes al rey de Inglaterra, con tal que no contradijesen la religión de la serenísima señora infanta; el Papa objetó que «si alguna solemnidad se ha de hacer en Inglaterra, se ha de declarar la forma».

La capitulación decía que para la infanta y su familia y domésticos habría oratorio católico en los palacios que habitasen; el Papa añadía que también una iglesia pública en Londres y en las demás poblaciones donde viviesen, donde se dijera misa y se predicara.

La capitulación prescribía que los criados de la infanta se obligarían á su servicio por criados y por católicos, y el Papa añadía que habían de serlo notoria y públicamente.

La capitulación decía que el oratorio de Su Alteza estaría siempre abierto para sus criados, y el Papa que había de ser público.

La capitulación decía que las mujeres tomadas para lactar á los hijos que hubieren podrían ser católicas y deberían ser nombradas por la infanta; el Papa corregía esta condición y reclamaba que debieran ser por necesidad católicas.

La capitulación decía que los hijos se educasen hasta los siete años al lado de su madre; el Papa, que hasta los doce.

Había añadidas además condiciones nuevas, como que se admitiera en Londres un obispo católico que ejerciera jurisdicción pastoral; que el juramento de los católicos ingleses no fuera más lato que el de los criados de la infanta; que la fidelidad que éstos jurasen al rey de Inglaterra no envolviera lo que atañese á la conciencia; que en la parte espiritual no estuviesen afectos á las leyes civiles de Inglaterra, sino á las canónicas de Roma; y, por último, se pedía que el rey Felipe jurase al Papa el cumplimiento por las dos partes y por el Príncipe. Sin este juramento el Papa prohibía terminantemente al nuncio De Massini hiciese entrega del Breve de las dispensaciones.

Todos los ánimos se alteraron con semejantes vejaciones. Fácilmente se comprendió que alguna mano oculta, más que la del Papa, provocaba aquellas dificultades. El Príncipe quiso romper los tratos y marcharse á Inglaterra, culpando á todos de mala fe; y en tanto Felipe le rogaba un plazo de veinte días para consultar en Londres con su padre. Se nombró una comisión mixta de ingleses y españoles para conferenciar sobre el asunto. Para esta comisión designó Felipe IV al marqués de Montesclaros y al de Castilbaibela, del Consejo de Estado el primero y el segundo del de la Guerra; al conde de Gondomar y al secretario de Estado D. Juan Ciriza, y el Prín-

cipe de Gales al duque de Buckingham, al conde de Bristol, al embajador Aston y al consejero Cottington. Olivares quedó excluído, y aprovechando aquella circunstancia descubrió su oposición al rey por medio de una representación secreta y por escrito, en que se hurgaba así á lo moral como á lo político con suma habilidad.

«El ánimo de Felipe III—decía—fué no efectuar el casamiento no haciéndose católico el Príncipe. Sospechando que V. M. está en el mismo ánimo, aunque las demostraciones no lo dan á entender, me ha parecido representar á V. M. lo que mi buen celo me ha ofrecido en esta ocasión. El rey de Inglaterra está empeñado en dos negocios: el de este matrimonio, á que le mueven las conveniencias de emparentar con V. M., siendo la infanta María la primera señora de sangre que hay en el mundo, y la rectificación de lo del Palatinado, en lo que es mayor su empeño, por lo comprometida que está su reputación y el interés de sus nietos. No disputo si se ha gobernado el rey de la Gran Bretaña, en lo que toca al Palatinado, con arte ó confianza de amistad. Tengo yo por máxima asentada que estos dos empeños en que se halla sean imposibles; pues aunque consiga el casamiento, no ha de remitir ni faltar á lo que, á mi modo de entender, es lo más preciso, que es la restitución de sus nietos. Supuesto lo dicho, habiendo hecho este casamiento se hallará V. M. con el rey de Inglaterra, rota la guerra con el emperador y la Liga Católica, donde sería fuerza que V. M. y sus armas declarasen la guerra al emperador y á la Liga Católica, ó bien que se declare por éstos, y romperá con Inglaterra y su hermana, casada con su hijo, con lo cual cesarán todas las razones de conveniencia que se consideraban con este matrimonio. Permanecer neutral sería sospechoso y se prestaría al descrédito, tanto más cuanto que en circunstancias menos graves España tomó siempre la defensa de la fe. Tenía V. M. que quedar mal con Inglaterra ó con el emperador; aquél ofendido de que no se le siguen las ventajas que esperaba de emparentar con V. M., y

en cuanto al emperador lea V. M. el *Memorial* que ayer entregó su embajador á V. M.—Presupuesto, como sabe V. M., del mismo embajador del emperador, que desea el casamiento de su hija con el hijo del rey de Inglaterra, no hay que dudar que holgará casar también su hija segunda con el Palatino. Propongo, pues, que se hagan estos casamientos y que se encaminen luego, haciendo al rey de Inglaterra cuantos partidos parecieran para más apretada unión y correspondencia, porque venga en ello. Todas las ventajas que tiene de emparentar con nosotros, sin faltar ninguna, las tiene con esotro casamiento, y además acomoda las cosas del Palatino y la sucesión de sus nietos con reputación, sin sacar una espada ni consumir hacienda. Al emperador se le interesa con esto en las convenciones del rey de Inglaterra y del Palatino, único camino para atajar los daños grandes que amenazan, de no acomodarse así las cosas y de apartarle de las conveniencias y empeños de Baviera.»

Para forzar más capciosamente la voluntad de Felipe IV, su valido, entregado ya de todo punto en mano de los enemigos de España (y este fué el único y capital error de su política), acompañó al memorial extractado una copia de las dispensaciones romanas, con dos diversos comentos: uno, el de las objeciones hechas por el Príncipe de Gales á las condiciones del Papa; el otro, de propia mano del Conde-Duque, en forma de notas ó apostillas marginales, capaces de arredrar el ánimo más entero. Se pedía, por ejemplo, en los contratos primitivos, que las amas de cría de S. A. *pudiesen* ser católicas, y Su Santidad pedía que lo *fuesen necesariamente*. El Príncipe objetaba «que supuesto que la infanta era quien las había de nombrar, era llano que así las nombraría, y que ni el rey, su padre, ni él, podrían jurar lo que absolutamente era de voluntad y elección ajenas». La nota marginal del Conde-Duque añadía: «Dice el rey de Francia, por su embajador, *que de no jurar el Príncipe esto de las amas, tomará las armas contra Inglaterra y España, y en defensa de la Religión y*

del Papa». ¡Verdaderamente en mantillas debía andar la ciencia política para admitir por razones serias, capaces de producir una guerra, semejantes nimiedades! Pedía Roma en otro lugar que á la capilla de la infanta pudieran asistir lícita y públicamente todos los vasallos católicos de S. M. B. á oir los oficios divinos. El Príncipe de Gales respondía: «Que en el estado actual de Inglaterra ofrecía esto peligros, y que la aglomeración de católicos en un punto podría inducir á sospechas de asonada; mas que, queriendo transigir todo en su buen ánimo, se obligaba á que se disimulase la ida de los católicos á la iglesia de la señora infanta, y tomaba sobre sí el gobernar lo que tocaba á este particular, de tal suerte que todos quedarían contentos; pero que el capitular directamente que todos pudiesen ir libre, lícita y públicamente al dicho oratorio, capilla ó iglesia, no mostraba menos que una pública libertad de la religión católica romana, lo cual nunca se había pedido por parte de S. M. C. en los tratados de hasta aquí, porque la Majestad del rey de la Gran Bretaña ha dicho siempre que no conviene, ni es posible, concederla por ahora». La nota marginal del Conde-Duque añadía: «El embajador del Imperio dijo, con alguna libertad y por escrito á S. M., que Inglaterra tiraba con engaños á destruir los católicos, y, una vez hecha la boda, hacerlos todos herejes, á que su amo nunca vendría, aunque perdiese el Imperio» (1). Y sin embargo, el reino del emperador estaba formado de tanto número de herejes como de católicos, pues provincias enteras del Imperio eran protestantes.

Quedó Felipe IV con estos dictámenes y pareceres perplejo é irresoluto. La materia que se le presentó era de una gravedad obscura y siniestra. Tenía su fe empeñada con Inglaterra; y, ó ignoraba las asechanzas de Roma, Viena, París y Bruselas, ó temía romper con estas cortes, cargando él, rey católico por excelencia, con el dictado de hereje. Mas como eso

(1) *Archivo privado de Felipe IV.* Bibl. Nac. de Madrid, Cc., 43.

era arduo, todavía lo remitió al Consejo de Estado, esperando de aquel alto Cuerpo la inspiración más acertada del asunto, ó al menos la que más descargada de responsabilidad dejara su conciencia.

En medio del rebajamiento universal de los caracteres; en medio de la baja y complaciente sumisión general á los destellos del poder; en medio de tantos hábitos de servidumbre como habían ya corrompido á la nación, en este alto Cuerpo, muy al contrario de lo que sucedió algunos años antes al consultarlo Felipe III con el mismo objeto, se conservaban fúlgidas centellas de lo que en otro tiempo individualizó nuestro genio y fué timbre preclaro del ilustre nombre español. Allí, por término de largas y lúcidas carreras; allí, por reposo de venerandas ancianidades, todavía se hallaban como en refugio de los audaces atropellos de la nueva edad y de la nueva generación, más lozana que instruída, algunos restos de aquellos grandes ministros que recibieron el bautismo de sus estudios, de sus servicios y de sus experiencias en los tiempos de Felipe II, en que todavía para justificar aquel cargo, por humilde que pareciese, se necesitaban más probanzas de suficiencia que de inquietud de ánimo, de ambición y de atrevimiento. Entre estos últimos vestigios de una edad que la contemporánea se había habituado á considerar como más floreciente, se contaban un duque del Infantado, primer prócer del reino; un marqués de Villafranca, que no había renegado de la prez de sus abuelos; un marqués de Montesclaros, de la más alta suposición por el crédito de su rectitud; un marqués de Aytona, hombre de grande justificación en toda su vida; un marqués de los Balbases, en quien competían dos coronas gloriosas, la de las armas y la de la política, y, finalmente, un conde de Gondomar y un marqués de Flores Dávila, que, educados en los negocios de las cortes extranjeras, estaban acostumbrados á amar á la patria por sentimientos de noble emulación y no por espíritu de bajas intrigas. Allí estaba también el Conde-Duque de Olivares con sus hechuras, el conde de

Monterrey y el marqués de Castel-Rodrigo; allí los cardenales D. Antonio Zapata, D. Diego de Guzmán y D. Diego de Borja; allí, en fin, los obispos de Segovia y de Cuenca. Sin embargo, allí prevalecieron los más elevados pensamientos patrios, como si en aquel recinto y en aquellos insignes varones se hubiera concentrado en tal ocasión y en tal asunto el espíritu de la nación entera.

«La mayor seguridad de los tratados—el Consejo de Estado en su informe decía—consiste en la conveniencia de los contrayentes; y no cabe duda de las que de este matrimonio pueden resultar, así en beneficio de la religión católica romana como de la conservación y estabilidad de nuestra monarquía. Los futuros contrayentes, después de las posibles garantías humanas, es preciso abandonarlos al dictamen divino en lo que toca al riesgo indicado por Roma de que la persona de la infanta quede expuesta á la voluntad y fuerza de su marido no católico por la terneza de sus años y por la fragilidad de su sexo; en Alemania, en Polonia, en Francia, son lícitos los matrimonios entre herejes y católicos, viviendo cada esposo en la libertad de su religión, sin intento de pervertir al otro, y no hay noticia de infanta alguna de España que haya desmayado en la fe. El consejo y resolución fundado en las acciones pasadas aseguran de lo mismo en la ocasión presente. ¿Qué peligro puede correr la religión? Los católicos de Inglaterra sólo con ver los tratados para este casamiento olvidan ya la increíble y sangrienta persecución por tantos años padecida y lo miran con esperanza. Los Pontífices no pueden prescindir de los intereses de su señorío temporal, y les fatiga la cercanía de potentados tan poderosos como España é Inglaterra. La República de Venecia y Saboya le animan contra España. Francia aspira á Milán, Sicilia y Navarra, y mira con celos el matrimonio. Los Países Bajos ven con él en peligro su rebelión, y harán esfuerzos para que no se lleve á cabo. Venecianos, Saboya, los protestantes de Alemania, los hugonotes de Francia y ciudades anseáticas, esperan recibir apoyo de In-

glaterra contra España, y también lo entorpecen. Por otra parte, no tiene el rey de Inglaterra la quietud tan asegurada entre los mismos moradores de su reino que deje de haber menester la unión de S. M. para defenderse de ellos en su propia casa. Escocia está disgustada de haber dado rey á Inglaterra, quedando sin silla real y sometida; Inglaterra, comida de divisiones religiosas y políticas; Irlanda, irritada por la opresión que experimenta...»

Después de trazado cuadro tan magistral, el Consejo de Estado no sólo creía lícito el matrimonio y razonables las respuestas que el Príncipe de Gales dió por escrito, sino que instaba á S. M. á que diese por sí y en nombre de los britanos el juramento de fianza que de Roma se había pedido: dictamen que presentado por el conde de Montesclaros, que había sido su ponente, recibió la adhesión y la firma de todos los consejeros, con excepción única del Conde-Duque. Este no sólo reprodujo todos los argumentos del memorial privado que dió á Felipe IV, sino que, viendo la causa perdida, los reforzó con otros que hicieron su opinión bastante sospechosa. Sostenía ya abiertamente *la ilicitud* del matrimonio, aunque en lo político reconocía «que unido el poder de las dos Monarquías, se podían ayudar de manera que todo el poder restante de Europa junto no les hiciese balanza». Mas en lo moral, añadía:— «Vuestra Majestad para pedir dispensaciones y para efectuarlas después de concedidas, tendrá pareceres de teólogos grandes y personas de autoridad, que podrán quitar la conciencia de V. M.; pero éste es punto á que sólo debe estar V. M. atento en este y los otros negocios grandes que se ofrecieren, sin tener atención ni fin á ninguna otra materia de Estado, posponiéndolas siempre todas al menor escrúpulo que en esta parte se pudiese ofrecer á V. M., con seguridad y quietud grande de ánimo de que el día que V. M. posponga y aventure todos sus reinos y señoríos por no ceder á la menor circunstancia que toque á este fin, este mismo día asegurará V. M. todos los peligros y riesgos que se pueden esperar por cualquiera otra ma-

teria de Estado, y podrá prometerse también no solamente la seguridad de estos riesgos, sino el mayor acrecentamiento, autoridad y grandeza de sus reinos y señoríos, ofreciendo á Dios el estimar en más perder todos sus Estados por no atravesar el menor inconveniente que se ofreciere y en que pareciere que cedía un punto de rigorosa observación de religión, que ganar el resto del mundo, todo por dispensar, ni en lo dudoso, en esta parte tan sagrada y justamente entendida y respetada por V. M.

El Conde-Duque terminaba diciendo: «que las conveniencias grandes de Estado para la mayor unión las reconocía, las había dicho y las entendía, dejando fundado, sin padecer oposición alguna, que en las Monarquías no hay otro medio de amistades «sino los intereses de Estado que llegan á concurrir entre ellas; pero que no tenía confianza en que se cumpliera lo que se pactaba, quedando en tanto en el aire la reputación de S. M.»—«Me apartaré de este dictamen—añadía—si el rey ó el Príncipe de Gales confesasen ser católicos ó estableciesen libertad de conciencia para los católicos, asentándola en el Consejo con el rey y en el Parlamento, y quedase como ley, y fiasen á los católicos que públicamente lo fueran algunos oficios de los grandes y de confianza, dilatando entregar la persona de la señora infanta para cuando esto se cumpliera».

Al margen del informe del Consejo de Estado, escribió el rey Felipe de su puño y letra:—«*Está bien lo que parece al Consejo*»; y á la del voto del Conde-Duque, el siguiente decreto:—«*Manda S. M. C. que hasta que vengan juradas por el Parlamento y revocadas las hechas no se hable de este punto, pues aunque aquí la jure, allí no podrá cumplirlas*». La letra de esta apostilla ni era la del rey ni era la del Conde-Duque.

Con todo esto, las capitulaciones reparadas por el Príncipe de Gales todavía pasaron á una junta de teólogos, de la cual salieron tantos dictámenes como personas la formaban, no habiéndose salido jamás, de asamblea de hombres en discordia de opiniones, tan exacto el antiguo apotegma *tot caput, tot sen-*

sus. Cuarenta y un pareceres distintos llegaron á manos de Felipe IV. Los más notables fueron el del prior del Carmen, Fray Francisco de Jesús, en un todo conforme con el voto presentado en el Consejo de Estado por el Conde-Duque de Olivares, y contra el matrimonio, y el del P. Juan de Montemayor, de la Compañía de Jesús, que lo aprobaba, por lícito, por político y por provechoso. El inquisidor general, los demás Padres de la Compañía y Fray Basilio Ponce de León, agustino, opinaban que se consumara desde luego el matrimonio, sin más que lo pactado y el juramento (1); el obispo de Atenas y el de Guadalajara de Indias eran de parecer que para seguridad de todos bastaba la palabra del rey de Inglaterra; el licenciado Gilimón de la Mota y el P. Hernando de Salazar, que se celebraran las bodas hacia Septiembre, y hasta tanto permaneciese el Príncipe en España. Como estos papeles fueron recogidos por S. M. mediante un decreto al presidente del Consejo de Castilla, que decía: «*Enviaréisme luego todos los papeles que ha dado cada uno y están en vuestro poder*», y estos papeles se protocolizaron en un gran códice que lleva por título *Diferentes papeles para el Gobierno de S. M.*, códice que, con otros del *Archivo privado de Felipe IV*, los posee la Biblioteca Nacional de Madrid (Cc. 46 ant., núm. 9.405 moderno); por él se conocen todos estos informes y el nombre de cuantos los emitieron, en número de ciento veinte votos distintos. En la división ó disparidad de estos votos, el P. Paravicino aceptaba el matrimonio resueltamente y con todas sus consecuencias; Pedro Mantuano ejercitaba su indigesta erudición citando una inacabable lista de príncipes á quien Dios había castigado por casar con herejes; el obispo de Ciudad Real pedía en rehenes la ocupación de varios puertos de Irlanda hasta que las condiciones del matrimonio se cumplieran; el presidente del Consejo de Hacienda opinaba bajo el terror que le produ-

(1) A este parecer se agregaron, además, el P. Pedro González de Mendoza y el P. Luis de Torres.

cían los pronósticos de tristes sucesos que por el matrimonio hacía; el prior de Atocha, Fray Juan de la Puente, Fray Cristóbal de Torres y Fray Juan de Araujo, y todos los demás dominicos, no sólo lo reprobaban, sino que creían que el hisopo, después que se fuera el Príncipe de Inglaterra, debía purificar las paredes de las habitaciones que había ocupado en el real alcázar; el gobernador del Consejo de Indias no quería que la infanta fuera entregada hasta después que hubiera parido en España; es decir, que en vez de garantías, se giraba sobre el absurdo y se pedían los imposibles.

La Junta de teólogos, por última deliberación, acordó proponer á S. M., como único medio resolutivo de aquel negocio: «que se celebre el matrimonio en esta corte; que sea rato y no consumado; que, después de hecho, la señora infanta se quedara en España por el tiempo que se acordase, en poder de sus hermanos, y que el Príncipe de Gales se fuera á su Reino; y que si en el tiempo que se acordase también se viesen los efectos capitulados en beneficio de los católicos y de la religión cristiana, y de lo que estuviese bien para esta Corona, entonces se le entregara; y que en el caso de que se faltase por Inglaterra á sus obligaciones, el Papa, con la potestad que tiene, anule el tal matrimonio, por ser rato y no consumado». La Junta de teólogos, antes de darse por disuelta, quiso oir al nuncio, y éste dijo en aquel medio concilio político y medio asamblea religiosa «que él no tenía arbitrio ni poder de Su Santidad para alterar ni en un ápice los capítulos venidos de Roma; antes, se había de mirar como precisa la confirmación íntegra de ellos, porque si no, no podía usarse de la dispensación, ni él entregar el Breve de Su Santidad en que la concedía» (1).

(1) Son muy importantes, además, sobre este asunto los documentos siguientes:

1.° Consulta del Consejo de Estado sobre las conferencias que tuvieron el marqués de Montesclaros y el conde de Gondomar con el indicado Príncipe de Gales acerca de que extendiesen á Irlanda y Escocia los capí-

Cuando estos acuerdos fueron notificados al Príncipe de Gales, dió lacónica respuesta por escrito: «Supuesto que S. M. nada puede hacer sin consultar á Roma, ni yo, sin la voluntad del rey, mi padre, pido licencia para volverme á Inglaterra á solicitar éste, pudiendo hacer lo mismo S. M. con Roma». Esta contestación tan brusca y tan enérgica descompuso á Felipe IV, y Olivares quedó encargado de impetrar del britano un plazo de veinte días.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

---

tulos acordados en favor de los católicos de Inglaterra por dicho Príncipe. (ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL.—Estado.—Libro 737 d, fol. 305.)

2.° Consulta del Consejo de Estado sobre los despachos del marqués de la Hinojosa y de D. Carlos Coloma, relativos á las audiencias que obtuvieron del rey de Inglaterra para tratar acerca del matrimonio del dicho Príncipe y sobre otros asuntos; entre ellos, de la falta de socorro á un navío quemado por los holandeses en Dunquerque; sobre la intervención del rey Jacobo de Inglaterra para que el Palatino firmase una suspensión de armas; sobre la amistad del rey de Francia con los holandeses; se habla también, en resumen, de lo que contenían las cartas del marqués de la Hinojosa y de D. Carlos Coloma desde el 16 de Julio al 4 de Agosto de 1623.

3.° Consulta del Consejo sobre el contenido de dichas cartas, relativas al estado de las negociaciones del casamiento del Príncipe de Gales con la infanta Doña María; consecuencias políticas que podría tener dicho casamiento respecto á España, y las religiosas respecto á los católicos de Inglaterra; disposición de ánimo de Buckingham poco favorable al negocio; instancias del rey Jacobo para que se abreviase el plazo señalado para el casamiento, y otros particulares notables. (ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL. Estado.—Libro 737 d, folios 318, 340 al 366.)

UNA BODA REGIA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVII

Felipe III y Margarita de Austria.

I

El 21 de Enero de 1599, después de haber recibido en audiencia de despedida á los procuradores en Cortes y de haber presidido una sesión del Consejo de Estado, Felipe III, acompañado de su hermana Isabel Clara Eugenia, salió de la coronada villa y fué á hacer noche en Vicálvaro, camino de Valencia. El objeto de aquella expedición no podía ser más agradable para los hijos de Felipe II: ambos iban en busca de sus respectivos cónyuges: Margarita de Austria y el archiduque Alberto. No llevaban acompañamiento de alabarderos ni otras guardias, ni más impedimenta que los coches de las damas, ni más escolta que los mayordomos y gentileshombres de la cámara. En la Corte se estaban preparando para la jornada el almirante de Castilla, el cardenal de Sevilla, D. Rodrigo de Castro; los duques de Nájera y del Infantado, los condes de Lemos y de Miranda, D. Pedro de Médicis y el infante de Marruecos, amén de varios ministros y secretarios, entre los cuales se contaban: D. Francisco de Idiáquez, por el Consejo de Italia; D. Alonso de Agreda; el Vicecanciller de Aragón, don Pedro Franqueza y algunos más.

El 4 de Febrero llegaron las reales personas al reino de Valencia, el 7 á Játiba, el 11 á Denia, en donde el marqués, futuro duque de Lerma, les obsequió espléndidamente; el 18 lo

pasaron cazando en la Albufera, y el viernes 19 hicieron su solemne entrada en Valencia, «con grande acompañamiento del Visorrey, títulos y caballeros de aquella ciudad, que es mucha la nobleza de ella» (1). «Entró S. M. debajo de su palio con el estoque que llevaba el marqués de Denia delante, y los reyes de armas y maceros, como es costumbre; fué á la iglesia mayor, donde le esperaba el arzobispo y la clerecía, y después que hubo rezado se fué con el mesmo acompañamiento al Real, que es la casa que allí tiene, y la Serma. Infanta y sus damas en sus coches detrás, donde estarán hasta que llegue la Reina»... (2).

Felipe III, que había sido espléndidamente obsequiado durante el viaje por los señores de varios pueblos, como el conde de Benavente, que le envió á Fuente de la Higuera «un presente de cosas de comer, de aves salvajinas, confituras y muchos regalos que iban en cincuenta y tres acémilas con sus reposteros y mucho acompañamiento», fué objeto del entusiasmo y de las rendidas atenciones del pueblo y de la aristocracia valenciana. En tanto llegaba la Reina, entreteníase S. M. en visitar las casas de los títulos y caballeros, asistiendo á los saraos que en su honor se celebraban y que, á juzgar por lo que dicen los contemporáneos, eran espléndidos banquetes. En un sarao que dió el conde de Benavente se sirvieron, no obstante ser Cuaresma, «trescientos platos de confituras y otros regalos, por ser día de ayuno». No sabemos hasta dónde hubiera llegado la esplendidez del conde sin esa precisa circunstancia.

Valencia estaba lleno de forasteros, hasta el punto de temerse una epidemia. Aprestábanse todos á lucir sus galas y á demostrar la mayor esplendidez posible con motivo de la llegada de la Reina, y se obsequiaban mutuamente los señores

(1) Cabrera de Córdoba: *Relaciones de las cosas sucedidas en la Corte de España desde 1599 hasta 1614.*

(2) Cabrera: Ibíd.

con animadas fiestas en espera del fausto acontecimiento. Todo se volvían justas, iluminaciones y preparativos. Las telas, sedas y demás adornos estaban por las nubes; el valor de los artículos de primera necesidad se había triplicado; la gente se aglomeraba en las casas, y hasta dormía en las calles á falta de posadas, distrayendo sus ocios en contemplar los lucidos grupos de criados con ricas y elegantes libreas de seda y raso bordado en oro y plata que por las calles de Valencia transitaban. El Ayuntamiento levantaba vistosos arcos en la Puerta de Serranos, en la Plaza Mayor, cerca de la Lonja, y en otras calles. Todo era fiesta y algazara en la hermosa ciudad del Turia.

II

Mientras el Rey, la Infanta, los grandes y los caballeros se solazaban en Valencia y sus cercanías, mezclando lo divino con lo humano, ó sea visitando ermitas, conventos y monasterios y oyendo los sermones de Cuaresma, sin perder por eso ocasión de bailar, de cazar ó de recrearse el paladar con suculentos manjares, cruzaban el Mediterráneo en demanda de las costas de España las galeras de Juan Andrea Doria conduciendo á la nueva Reina Doña Margarita. Hija del archiduque Carlos, señor de Stiria, y de D.ª María de Baviera, había nacido en Gratz el 25 de Diciembre de 1584 y le habían dado una educación tan severa y religiosa, que su carácter y sus inclinaciones, su virtud y su modestia más dignas parecían del claustro que de los esplendores del solio español. El destino dispuso, sin embargo, que no se realizasen sus religiosos propósitos, pues la muerte de las dos princesas que sucesivamente se destinaron al hijo de Felipe II hizo que la eligiesen para Reina. Entonces no intervenía el afecto para nada en los regios matrimonios, y la razón de Estado se imponía, casándose los Reyes sin conocerse y pensando no más que en sus intereses políticos; de suerte que, una vez concertada la boda del In-

fante D. Felipe por D. Guillén de San Clemente, embajador en Alemania, el archiduque Alberto, que se hallaba en Flandes, recibió la orden de marchar al encuentro de Doña Margarita y de traerla á España, al mismo tiempo que salían de la Península con dirección á Alemania la duquesa de Gandía, camarera mayor de la futura Reina, y su hijo el duque, con numerosa servidumbre y cuanto era menester para un viaje tan largo y tan costoso. No había llegado aún á Italia, cuando murió Felipe II, por lo cual se le tributaron por doquiera honores reales. En Verona se juntaron para admirar la lujosa comitiva cerca de 8.000 almas, acudiendo á saludarla y á rendirle homenaje el gobernador de Milán, los duques de Mantua y Módena, los embajadores de Venecia y el Nuncio. El Papa Clemente VIII, que se hallaba en Ferrara, queriendo dar una muestra de consideración á la Princesa, encargó se la hicieran los mayores honores y se prestó gustoso á celebrar, no solamente los desposorios del Rey de España con la archiduquesa, sino los del archiduque Alberto con D.ª Isabel Clara Eugenia, como así se hizo con gran solemnidad el 13 de Noviembre de 1598. El padre Flórez, en sus *Reinas Católicas,* describe minuciosamente los desposorios.

«El Papa Clemente VIII, que se hallaba en Ferrara, envió dos Cardenales y muchos prelados, con una lucidísima carroza, para que recibiesen á la Reina. A la puerta de Ferrara se hizo un aposento, donde, dejada la carroza, montó S. M. en una hermosa hacanea; y hecha salva de la artillería, salió el Sacro Colegio de los Cardenales con toda su grandeza á cumplimentar á la Reina. La entrada fué magnífica. Iba delante el carruaje con dos compañías de á caballo, trompetas y banderas, pero enlutadas por la muerte del Rey; luego, gran número de señores de la Corte con otras dos compañías. Seguíanse los eminentísimos Cardenales, precedidos de los que llevaban sus insignias, con los guardias de Esquizaros del Papa. En medio de los dos últimos Cardenales iba la Reina, llevando un Caballero de Malta las riendas de la hacanea, ricamente enjaezada por

orden del Pontífice. Entró S. M. vestida de negro, pero muy lucida por lo que resaltaba su blancura. El sol, antes oculto, descubrió ahora sus luces para que brillase más la Margarita. La archiduquesa madre, que acompañaba á la hija, iba en otra hacanea con el archiduque. Seguíanlas en litera la duquesa de Gandía, la de Frías, el gobernador de Milán, el embajador de España y otros muchos señores, cerrando la comitiva una compañía de arqueros, los caballos ligeros del Papa y un infinito número de carrozas, llenas de señoras y caballeros de ambas naciones...»

Tan lujosa y bizarra comitiva desfiló por las calles de la ciudad, que estaban adornadas con vistosos arcos, y llegó al palacio pontificio, donde el Papa, rodeado de su Corte, acogió bondadosamente á la princesa y le cedió muy luego su trono para recibir el homenaje de los presentes.

El domingo 13 de Noviembre fueron los desposorios. El día fué espléndido, y la ciudad se engalanó maravillosamente. El vestido de la Reina era de tela de plata, recamada de oro y cubierta de perlas. «Esperábala el Papa—dice Flórez—en un trono de doce gradas. La Reina ocupó la izquierda, con sitial, cortina y silla de oro encarnada y blanca. Junto á ella su madre, y á la derecha del Papa el archiduque Alberto, representando al Rey, en cuyo poder se desposaba. Los Cardenales, las señoras y los grandes tenían sus respectivos bancos. En la misa del Espíritu Santo, que celebró Su Santidad, cantaron dos Epístolas y dos Evangelios en griego y en latín; y entonado el Credo, tomó asiento el Papa, y dos Cardenales llevaron á los novios al altar, donde, leído el poder del archiduque y arrodillados los contrayentes sobre dos almohadas, quedaron Rey y Reina unidos en indisoluble vínculo...»

Al mismo tiempo se desposaron el archiduque Alberto y la infanta Isabel Clara Eugenia, representada por el duque de Sessa. El Papa entregó á la Reina la rosa de oro, y después de otros obsequios y festejos prosiguió su viaje la nueva Soberana, pasando por Mantua y por Milán, y embarcándose

en Génova el 10 de Febrero de 1599, en las galeras que mandaba el príncipe Doria.

El 28 de Marzo, después de una penosa travesía, anclaron las galeras en Vinaroz, y el archiduque Alberto se apresuró á desembarcar y á participar al Rey el feliz arribo de su esposa, á quien dieron la bienvenida en nombre del Monarca el Cardenal de Sevilla, el conde de Alba de Liste y D. Juan de Idiáquez. Al siguiente día partieron de Valencia para saludarla el marqués de Denia con 36 caballeros, entre los cuales estaban Diego Gómez de Sandoval, su hijo; D. Pedro de Toledo; los marqueses de la Laguna, Cerralvo, Ladrada, Sarriá, Guadalete y San Germán; los condes de Oñate, Paredes, Altamira, Gelves y Casarrubios; el Correo mayor, y otros muchos títulos y caballeros valencianos, «vestidos todos de encarnado y blanco, con muchos pasamanos de oro y sendos criados, con los mesmos colores y pasamanos de seda». El Rey, por su parte, «parece que fué de secreto por otros caminos, acompañado de algunos de su Cámara, vestido de la mesma librea», entrando sin ser conocido para ver á la Reina, y quedando prendado de la hermosura, buen talante y discreción de su esposa.

Esta hizo su entrada en Valencia el domingo 18 de Abril. Cabrera de Córdoba la narra de esta suerte:

«El dicho domingo fué la feliz y pomposa entrada de la Reina, la cual entró sola con palio, cuyas varas traían los jurados de la ciudad, en una hacanea, y seguían la archiduquesa madre á la mano derecha del archiduque Alberto; después, doce damas tudescas y españolas; entraron á caballo con sillones de plata, y cada dama iba acompañada de un caballero mozo, y detrás venía el coche de la Reina, y después otro con damas de la archiduquesa. Fué la vista muy bella, que hinchía los ojos. Iban en el acompañamiento como ducientos caballeros, todos vestidos ricamente y con joyas que se han estimado en más de un millón, y con ricas y lucidas libreas de muchos pajes y lacayos. Halláronse en el acompañamiento diez y seis grandes: los duques del Infantado y de Híjar, el almi-

rante duque de Umala, los príncipes de Molfeta y Oranje, los condes de Benavente y Miranda, el príncipe Doria, con plumas y botones de oro; el marqués de los Vélez, el conde de Lemos, el infante de Marruecos, el duque de Alburquerque, D. Pedro y D. Juan de Médicis, el conde de Alba, que iba solo, como mayordomo mayor, con su bastón en la mano, y D. Juan de Idiáquez, que iba á pie al estribo de la Reina, como su caballerizo mayor.»

Todo aquel espléndido cortejo de damas y caballeros ricamente ataviados pasó por entre apretadas filas de alborozados valencianos y bajo arcos monumentales, como el de la Plaza Mayor, que tenía tres puertas y muchas figuras alegóricas, ó como el de la Puerta Real, en el que se veían á Palas, Diana, Juno y Venus, «cada una con su letrero». Nueve carros triunfales con las nueve letras del nombre de la Reina, cada una en su carro, y otras invenciones y letreros alusivos al suceso, completaban el animado cuadro de las vías de Valencia.

Dirigióse el cortejo á la Catedral, donde debía verificarse la ratificación del matrimonio de reyes é infantes. La ceremonia acabó á las tres de la tarde, poniéndose después en camino la Reina y la archiduquesa en coche, y el Rey y el archiduque á caballo, á derecha é izquierda del coche, seguidos de las damas, en carruajes, y de los grandes, títulos y caballeros, á caballo. «La Reina y la archiduquesa iban de blanco, con muchos recamados y bordados de oro y perlas, con velos de plata y tocados muy ricos y de gruesas perlas, y el Rey con bohemio morado, y el archiduque con capa de lo mesmo, con muchas joyas de inestimable precio, como requería á semejantes personas.»

El lujo de que todos hicieron gala aquel día fué real y verdaderamente extraordinario. El Padre Flórez, en sus *Reinas Católicas*, dice que los grandes, títulos y caballeros formaban delante una comitiva nunca vista, «donde lo numeroso, siendo mucho, fué vencido de las riquezas; pues, como si no tuvieran precio, los diamantes, los rubíes y las esmeraldas daban luci-

miento no sólo á los señores, sino á los criados y aun á los aderezos de los brutos. El dosel que en la comida sirvió de cielo á los Reyes lo podía parecer en realidad, según el copioso número de brillos con que las piedras, de que estaba cuajado, parecían estrellas».

«Las libreas, dice por su parte Cabrera de Córdoba, han sido muchas y muy costosas y bizarras, y la que se ha aventajado á todas, al parecer de muchos, es la del príncipe de Molfeta, el cual traía vestidos quince pajes y diez lacayos de esta manera. Los pajes con bohemios de terciopelo morado hondo en oro, por guarnición dos fajas de raso morado, bordadas de oro escarchado, aforradas en tela de oro de Milán primavera; cueras acuchilladas como las dichas fajas bordadas, jubones de tela de oro de Milán, calzas con cuchilladas de la manera de las fajas sobredichas con telas de oro, espadas, dagas, tiros y pretina muy bien bordados, gorras con toquillas bordadas; y los lacayos se diferenciaban solamente en traer capas. Dicen que cada vestido de éstos costaba 600 ducados; pero todas las demás libreas de los señores fueron muy ricas y lucidas, y entre todas, con las de los caballeros, llegarían á más de doscientas libreas.»

Si las fiestas anteriores á la boda habían sido tan frecuentes como espléndidas, los banquetes, saraos y diversiones que á continuación de ella se verificaron fueron todavía mejores. La noche misma de la boda hubo en palacio, después de la tradicional comida en público, un espléndido baile. SS. MM. bailaron con varios invitados, sacando el Rey á Doña Margarita de Tavora y bailando, además, con la Reina y la Infanta. En la danza del hacha tomaron parte S. M., el marqués de Denia, el duque del Infantado, D. Pedro de Médicis y otros principales caballeros. La fiesta concluyó muy de madrugada, y sirvió de prólogo á otras muchas, pues el lunes se hizo la procesión de San Vicente, patrón de Valencia, y hubo alcancía y otras fiestas; el martes se verificó un torneo, que costó á la ciudad 30.000 ducados; el jueves se corrieron los toros y hubo juego

de cañas; el viernes se deleitó el pueblo con fuegos artificiales, «que fueron mucho de ver», y el sábado se hizo una fiesta, «la cual fué muy buena», y á la noche hubo sarao en Palacio, saliendo de él los invitados al caer las tres de la madrugada. Convidábanse mutuamente los grandes. El duque del Infantado convidó á todos los que habían sido agraciados con el Toisón; los regidores dieron en la Lonja un sarao, al que asistieron todas las damas y caballeros de la ciudad, costando la colación, el *lunch* como ahora se dice, 2.000 ducados; el marqués de Denia gastó, según algunos, 300.000 en obsequiar al Rey y á la Corte en la villa de que tomaba título; el conde de Miranda empleó 80.000 en atender á las reales personas durante el viaje de Madrid á Valencia y los demás grandes, el del Infantado especialmente, estuvieron á punto de arruinarse.

No todo fueron alegrías para aquellos magnates. Alguno de ellos, como D. Pedro de Toledo, que se gastó muy buenos ducados en libreas, no viendo admitida su pretensión á la grandeza, se retiró enojado á sus tierras de Andalucía, sin querer participar en los holgorios, y hubo, además, otras esperanzas frustradas y más de un amargo desengaño.

III

Mientras los Reyes, después de haberse despedido de sus hermanos los Archiduques, que marcharon á Flandes, se dirigían á Barcelona para celebrar Cortes, pasaban luego una temporada en Denia, en casa del favorito, y breves días en Zaragoza, la Villa y Corte de Madrid, inspirándose, como siempre, en su cortesía, se aprestaba á tributar fastuoso y entusiasta recibimiento á la nueva soberana. Apenas se recibió la noticia de su llegada á España, comenzaron los alcaldes y regidores á preparar los festejos, secundados por el buen pueblo, amigo siempre de fiestas, holgorios é invenciones. Para que la comitiva pudiera ofrecerse á las miradas de los madrileños en todo

su esplendor, se derribaron muchas casas en las calles del trayecto, especialmente en la calle Mayor, en donde echaron abajo una acera de casas de la Platería, y se levantaron muchos arcos cerca de las caños de Alcalá, en la Carrera de San Jerónimo, en la calle Mayor, en las plazas de San Salvador y Santa María y en otros puntos. El 23 de Octubre llegaron los Reyes y su séquito á San Jerónimo el Real, para hacer su entrada al día siguiente. El domingo amaneció lloviendo y se creyó que debería suspenderse la ceremonia; pero á las diez de la mañana se serenó el cielo, lució el sol, se colgaron los balcones y se agolpó la gente en las calles. El Rey salió de San Jerónimo á caballo, acompañado por todos los grandes, títulos y caballeros, y llevando á su derecha al arzobispo de Toledo, se dirigió al Monasterio de las Descalzas para saludar á la Emperatriz antes de ir á Palacio. Los honores del día estaban reservados á la Reina, y Felipe III quiso que entrase sola en la capital, como lo había hecho en Valencia. A la una de la tarde fueron los Consejos á besar las manos de la Reina. Recibiólos ésta en la sala capitular del Monasterio, cuyos muros ostentaban los admirables tapices de la jornada de Túnez, y allí le ofrecieron sus respetos los individuos del Consejo Real, del de la Inquisición, del de Italia y de los de Portugal, Indias, Ordenes y Hacienda. Hecho esto, se dispuso la comitiva. Pero dejemos la palabra al minucioso cronista Cabrera de Córdoba, que vió el cortejo y lo describe con todos sus detalles.

«...Subió S. M. en un cuartago, sobre un sillón de plata sobredorado, con una gualdrapa muy rica, y con saya entera azul acuchillada y muy ricas joyas, y hasta quince damas en sillones de plata, y cinco ó seis en coches detrás de todas, y cerca de S. M. la duquesa de Gandía y D. Juan de Idiáquez, caballerizo mayor, y detrás de ellos la marquesa del Valle, y luego la marquesa de Montesclaros, guarda mayor, delante de las damas. Salió S. M. de San Jerónimo por un portillo que se hizo en la cerca del Monasterio para salir al campo, porque

había de entrar por la puerta de la Villa, que se había hecho de nuevo cerca de los caños de Alcalá, la cual tenía dos puertas menores á los lados, y sobre la una estaba una mujer hecha de bulto con una corona en las manos que la ofrecía á la Reina, nombrándose Madrid, por llamarse en latín *Mantua Carpentana*. Sobre la otra había un hombre que significaba el fundador de la Villa, el cual le ofrecía la llave de ella. Bajando al Prado estaba la diosa Minerva, hecha de yeso, grande, con un letrero puesto en el pedestal con que le ofrecía las fuentes y Prado, al cabo del cual estaba fabricada una fuente muy grande, pintadas muchas poesías en los frentes de ella, de la cual corrían muchos caños de agua de un pilar que estaba á las espaldas. De allí volvió hacia la villa por la calle de San Jerónimo, y de frente al Hospital General estaba hecho un grande y suntuoso arco, con dos puertas á los lados de la mayor que ocupaba toda la calle, y estaban pintados en él muchos jeroglíficos, y algunos de bulto. Allí estaban los regidores de la villa esperando á S. M. con el palio, todos á caballo, con ricas ropas de tela y oro y gualdrapas de terciopelo; y como llegó se apearon á besalle la mano, y tomaron las varas del palio, que era de brocado, debajo del cual entró S. M. con el acompañamiento delante con que había entrado el Rey, y la guarda española y tudesca á los lados, y los arqueros y guarda vieja detrás; salvo que desde el arco entraban delante de S. M. los maceros y reyes de armas, y á poco trecho llegó orden para que no fuesen en el acompañamiento, y así se hubieron de salir de él.

»El Rey fué desde Palacio en coche con el marqués de Denia, disimulados, á casa de la marquesa del Valle, que está junto al dicho arco, de donde vió á la Reina, y también le vió S. M., y después vino á verla en casa del Correo mayor, y en todas esas partes se vieron.

»Continuó la Reina su camino por la Puerta del Sol á la calle Mayor, y llegando á San Felipe, en las gradas del Monasterio estaban hechos de yeso catorce niños desnudos, harto

grandes, con alas, y cada uno tenía su escudo con las armas de los reinos de Castilla y las de Aragón y Valencia, y en medio de ellos estaba una mujer armada, muy grande, que significaba España, con las armas reales en una mano, y en la otra una lanza.

»En medio de la calle Mayor, entre las dos calles que bajan á San Ginés, había un arco de una portada muy grande y de muy buena arquitectura y traza, con muchas pinturas y jeroglíficos como el primero. De allí pasó por la puerta de Guadalajara á la plaza de San Salvador, donde había cuatro estatuas grandes de yeso; y era la primera la osa en pie con una colmena arrimada á un árbol, que son las armas de Madrid, y dos dioses antiguos y la diosa Juno. Llegó á la Plaza de Santa María, y allí estaba hecho un Hércules de bulto, con el globo del cielo á cuestas, y cerca de él, sobre un pedestal también de bulto, el Rey Nuestro Señor, armado, todo dorado, recostado sobre el globo del mundo; y decía la letra de Hércules: *Divisum imperio cum Jove;* y la del Rey, *Caesar habet*. Apeóse Su Majestad en la iglesia, donde le esperaba el Cardenal con toda la clerecía y cantores, que le recibieron con *Te Deum laudamus,* y hecha oración, se volvió á poner en su cuartago, y por detrás de la iglesia bajó á la caballeriza real, donde había otro arco mayor que los pasados, pero de buena arquitectura y traza, con muchas pinturas jeroglíficas como los otros. Llegó á Palacio siendo ya de noche.»

En el acompañamiento hubo, según el mismo cronista, treinta danzas diferentes para regocijo del público, y aquella noche y las cuatro siguientes se hicieron luminarias por las calles y ventanas. Los grandes y los títulos hicieron nuevo alarde de esplendidez. El duque de Alba vistió á sus lacayos con «capas y ropillas y cuchilladas de calzas de tela de oro guarnecidas de tela de plata, con trencillas de plata para los cantos»; pero, en general, se utilizaron las mismas libreas que en Valencia. El jueves de aquella semana tuvieron los madrileños un nuevo pasatiempo. Una máscara de cien caballeros

recorrió las vías principales, divididos en ocho cuadrillas y vestidos de telas muy ricas. Iban en ellas los señores de la Corte, y costó á la Villa 15.000 ducados. Corrieron delante de Palacio, en la plaza de las Descalzas, y el Rey estuvo con ellos. Por la noche se pasearon las cuadrillas con hachas blancas é hicieron diferentes juegos en varios puntos. Y la Reina —dice Cabrera—«ha parecido á todos muy hermosa, y de las partes que se requieren para ser Reina de España».

Así se celebraron en España las bodas de Felipe III. Su coste fué extremado. El Rey gastó durante la jornada 950.000 ducados «en las muchas necesidades de ella», y los grandes y las ciudades estuvieron á punto de arruinarse, por tal de que su lujo no fuese aventajado por el de los demás. Y como era costumbre en estas ocasiones suspender los efectos de las leyes suntuarias, excusado es decir los excesos en el vestir á que se entregarían las damas y galanes de la época.

JULIÁN JUDERÍAS

EN LA NIEBLA

(CONCLUSIÓN)

Con una expresión de profundo desprecio en el rostro, como si algo impuro hubiese franqueado el umbral, Pablo corrió cuidadosamente el cerrojo y se puso á ir y venir por la habitación. Le había aliviado el injuriar á su hermana y á Katia. Y mientras que paseaba por el cuarto con precaución, reflexionaba y se decía que todas las mujeres son, en efecto, criaturas perversas, egoístas y limitadas. Así, Lilia no podía comprender que hablaba él de aquella manera por ser desgraciado, y le insultó como una verdulera. Ella estaba enamorada de Avdeief. Tres días antes vino á la casa Petrof, y Lilia regañó á la doncella, después á su madre, porque no había encontrado una cinta roja. Y Katia Reimer era parecida á Lilia: era pensativa, seria; le interesaba Pablo, le encontraba inteligente; y si á su casa iba aquel mismo Petrof, también ella se pondría una cinta azul, se arreglaría el cabello ante el espejo, y pondría una sonrisa graciosa. Y todo esto por Petrof, y Petrof es un tonto, un majadero desvergonzado, y bien lo sabe todo el colegio.

Katia tiene el alma limpia, y aun adivinando ciertas cosas, no llega hasta pensar que existan mujeres desenfrenadas y enfermedades—enfermedades terribles, vergonzosas, que hacen al hombre miserable, le disgustan de sí mismo y le impulsan á matarse con un revólver, cuando todavía es joven. Y ella, Katia, lleva un vestido descotado en verano, en el círculo, y

cuando da el brazo, se acerca, se acerca mucho. Tal vez haya besado ya á alguien...

Pablo apretó los puños y murmuró entre dientes:

—¡Qué asco!

Probablemente habrá besado... Pablo no se atrevía siquiera á mirarla, y sin duda la besó Petrof: le sobran el aplomo y la audacia. Y más adelante le entregará también su cuerpo, y él hará lo que se hace con el cuerpo de las mujeres públicas. ¡Qué horror! ¡Qué infame es esta vida, en la que no hay nada luminoso en que se pueda posar la mirada turbada por la pena y el dolor! ¡Quién sabe si ya ahora tiene un amante Katia!

—¡No es posible!—exclamó Pablo.

Y alguien dentro de él continuaba aquel monólogo malévolo y tranquilo, y sus palabras eran espantosas:

«Sí, tiene uno: algún cochero ó algún criado».

Ocurren casos de éstos en que jóvenes puras tienen por amantes á lacayos; nadie lo sabe, y se las tiene por honradas; y, de noche, acuden á la cita con los pies descalzos sobre el suelo atrozmente frío. Después se casan y engañan á sus maridos. Esto ocurre (lo había leído). Los Reimer tenían un criado, un buen mozo moreno...

Pablo dió vivamente media vuelta, y comenzó á andar en otra dirección.

—O Petrof... Ella fué á la cita que él le dió, y Petrof (es audaz y cínico) le dijo: «Hace frío aquí; vamos á cualquiera parte, á un sitio abrigado»; y ella fué.

Pablo no puede seguir pensando. Se queda en la ventana, y parece abrumado bajo la oleada de la niebla amarillenta y repugnante que se desliza con terca persistencia en la habitación como un gusano informe de amarillo vientre. La maldad y la desesperación sofocan á Pablo; pero se siente aliviado al pensar que la humanidad entera es mala y no solamente él. La enfermedad no le parece ya tan vergonzosa y terrible. «No es nada, piensa. Petrof ha estado enfermo dos veces; Samoilof,

tres; Schmidt, Pemarantzef, están ya curados, y yo también curaré... Seré como ellos, y todo irá bien.»

Pablo se aseguró de que estaba bien echado el cerrojo; se acercó á la mesa, y fué á abrir el cajón de la misma; pero entonces se representó aquellos instrumentos tan bien ocultos, los frascos de líquido turbio y etiquetas repugnantes y amarillas, y recordó cómo las había comprado en la farmacia, devorado de vergüenza, mientras que el dependiente de la farmacia se apartaba de él, como si también estuviera avergonzado. Se acordó del doctor, cuyo rostro era noble y honrado. Era chocante el ver á un hombre de expresión tan leal obligado á entender constantemente de enfermedades sucias y repugnantes.

Pablo dejó caer el brazo, y pensó:

—¡Qué importa!... No quiero curarme. Vale más morir...

Se volvió á tumbar, y ante sus ojos aparecieron los frascos de etiquetas amarillas, y le hicieron comprender que todo lo malo que había pensado de Katia Reimer era una mentira vil é infame, tan sucia y tan repugnante como su enfermedad. Sintióse abyecto, y quedó aterrorizado con la idea de haber podido pensar tales cosas de la que amaba, él, que era indigno de arrodillarse ante ella; de haber podido pensarlas y gozar con semejantes odiosos pensamientos; parecerle verosímiles, y sacar de su fango una altivez rara y terrible. Quedó espantado de sí mismo.

—¿Soy verdaderamente yo, y son las mías estas manos?—pensó, examinando su mano, quemada aún por el estío y manchada de tinta en la mañana.

Después todo se hizo incomprensible y terrible, como en un sueño. Le pareció ver por primera vez su cuarto, el techo moldeado, sus botas apoyadas en los hierros de la cama. Eran elegantes, con puntas finas y estrechas, y Pablo movió los dedos de los pies para asegurarse que eran los suyos los que encerraban aquellas botas, y no los de cualquier otro. Entonces se convenció de que era él, Pablo Ribakof, y comprendió que

era un hombre perdido, para el que no había esperanza. Era él quien había pensado tanto malo de Katia Reimer, era él quien tenía una enfermedad degradante, él quien moriría pronto, pronto, y al que llorarían.

—¡Perdóname, Katia!—murmuró con sus labios pálidos y secos.

Y sintió el lodo que le envolvía y le penetraba. Esta impresión le invadió desde el instante en que cayó enfermo. Todos los viernes Pablo iba al baño; se mudaba de ropa dos veces á la semana, y todo lo que llevaba era nuevo, fresco y de buena calidad; pero hoy le parece que está sumergido hasta el cuello en un agua sucia é infecta, y que deja en el aire por donde pasa una ráfaga nauseabunda. En cuanto aparece cualquiera mancha en su ropa, la examina con espanto é interés singulares, y muy á menudo siente comezones en la espalda y en la cabeza; le parece que la ropa interior se le pega al cuerpo. Esto le ocurre á veces comiendo, en visita, y entonces se siente tan atrozmente solitario como el leproso en su hedionda choza.

Tan inmundos son sus pensamientos, y se figura que si le abrieran el cráneo para sacarle el cerebro aparecería tan sucio como una rodilla ó semejante al cerebro de los animales que crecen en los estercoleros. ¡Y siempre mujeres cansadas, llenas de afeites, de mirar insolente y frío! Le persiguen en la calle, y tiene miedo de salir, sobre todo de noche, cuando por la población hormiguean esas criaturas, como los gusanos sobre carne podrida; penetran en su cabeza como en albergue propio, y no puede echarlas. Dormido, cuando no puede reaccionar contra sus sentimientos y sus deseos, suben aquéllas como fantasmas ígneos de las profundidades de su sér; despierto, una fuerza terrible le toma entre sus brazos de hierro, y le arroja, cegado, trasformado, diferente de sí mismo, á los repugnantes lazos de las mujeres impuras.

—Esto es porque soy un libertino—pensó Pablo con tranquila desesperación.—Pero no lo seré mucho tiempo: me ma-

taré pronto. Hoy veré á Katia Reimer, y me mataré. O mejor, no: escucharé solamente su voz desde mi cuarto, y cuando me llamen no iré.

Arrastrando penosamente las piernas como un enfermo, Pablo se acercó á la ventana. Había afuera algo sombrío, angustioso y desesperante, como el cielo de otoño, y parecía que aquello no tendría fin, que sería siempre así, y que no había en parte alguna del mundo felicidad ni lugar de descanso puro y luminoso.

—¡Si por lo menos hubiese luz!—dijo Pablo con tristeza; después piensa en su diario como en una postrera esperanza. El documento está bien oculto y no lo ha abierto desde que se encuentra enfermo: cuando los pensamientos son viles y el hombre no se ama á sí mismo ni ama á sus alegrías ni á sus penas, nada tiene que escribir en su diario. Pablo coge aquel diario con tierna solicitud, como un niño enfermo, y se acuesta con él en la cama. El cuaderno tiene una bonita encuadernación, es dorado en los cantos; el papel es blanco, está limpio, y no tiene ninguna mancha en sus páginas escritas. Pablo las hojea con precaución y respeto, y en el conjunto de las páginas limpias, sólidamente encuadernadas, respira la primavera, el bosque, la luz del sol y del amor.

Se encuentran allí razonamientos sobre la vida, tan serios y tan decididos, formulados mediante una cantidad tal de términos científicos y extranjeros, que le parece á Pablo que no son obra suya, sino la de una persona de edad madura y terriblemente inteligente; hay allí el primer latido del escepticismo, las primeras dudas cándidas y preguntas dirigidas á Dios. «¿En dónde estás, oh Señor?» Hay también la dulce melancolía de un amor ni compartido ni satisfecho, la resolución de ser digno, noble, y amar á Katia Reimer toda la vida, hasta la tumba. Hay la pregunta amenazadora y terrible del fin y del sentido de la vida, y la respuesta ingenua que exhala como un perfume de primavera en un rayo de sol: hay que vivir para amar á los hombres que son tan desgraciados. No hay ningu-

na alusión á las mujeres dichas. Solamente aquí y allá—como el reflejo de una nube negra sobre la tierra verde y riente,—se deslizan breves observaciones, subrayadas por estas palabras que reaparecen de trecho en trecho: *Vergüenza*, *Dolor*. Pablo conoce el sentido triste y secreto de estas palabras; las evita con los ojos y vuelve rápidamente la página que la deshonran.

Sigue pareciéndole que no es él quien ha escrito aquello, sino otro hombre honrado é inteligente; ha muerto ahora, y por esto todo lo que había escrito es tan significativo, de una lectura tan impresionante.

Entonces una dulce piedad por el hombre muerto llena su corazón, y por primera vez desde hacía muchos días, Pablo se siente en la casa, en su lecho, solo, y no en la calle, entre miles de vidas hostiles y extrañas.

Anochecía ya, y el reflejo amarillento se había extinguido. Envuelta en la niebla, la larga noche de otoño crecía sin ruido, y las casas y las gentes se aproximaban como asustadas. En la calle, los faroles comenzaron á brillar con luz lívida é indiferente, con resplandor frío y melancólico; aquí y allí, en las casas, las ventanas se iluminaban, y aquellas en que lucía una sola parecían iluminarse con una sonrisa hospitalaria y acariciadora y mostrarse cordiales como antiguas amigas. Los coches continuaban rodando con trepidaciones; los transeuntes se apresuraban, pero ahora cada uno parecía tener un fin: llegar cuanto antes adonde hacía calor, adonde había luz y gentes hospitalarias. Pablo cerró los ojos, y se representó claramente lo que vió antes de dejar el campo, una tarde que paseaba solo: un atardecer de otoño, con una lluvia densa, que caía sobre una calzada recta, cuyo extremo se ahogaba en las tinieblas iguales y hablaba de algo misterioso como la vida. Por aquel camino marchaban rápidamente al encuentro de Pablo dos hojalateros, tirando de un carrito que rechinaba dulcemente; aquellos hombres tendían el pecho y avanzaban de prisa, cabeceando á compás; y muy lejos, ante ellos,

casi en el horizonte, brillaba una luz, punto vivo y luminoso. Durante un instante estuvieron al lado de Pablo, y cuando se volvió para seguirles con la mirada, el camino estaba desierto y sombrío, como si nunca hubieran pasado por allí unos hombres tirando de un carrito.

Pablo veía el crepúsculo y el camino, y ninguna otra cosa ocupaba su pensamiento. Era un minuto de sosiego, en que el alma, agitada, rebelada, agotada por sus esfuerzos para desprenderse del círculo de hierro de las contradicciones, se había escapado fácilmente y sin ruido y se lanzaba muy arriba. Era la paz y la calma, la renuncia á la vida, algo tan bueno y tan embriagador, que es imposible dar esta impresión por medio del lenguaje humano. Durante más de media hora, Pablo permaneció sentado sin menearse casi. Estaba á oscuras, y las manchas claras de los faroles jugaban en el lecho. El joven permanecía allí sentado, y en la oscuridad su rostro estaba pálido y diferente del ordinario.

—¡Pablo, abre!

Era la voz de su padre.

Pablo se levantó con presteza, y este movimiento brusco le causó el mismo dolor agudo y vivo que le cortó la respiración por la mañana. Se encorvó, y apoyó sus manos frías en su enflaquecido vientre; apretó los dientes y respondió mentalmente: «en seguida», porque no podía hablar.

—¿Estás durmiendo, Pavlucha?

Pablo abrió. Sergio Andreievitch entró, un poco cortado, un poco indeciso, pero al mismo tiempo autoritario, como lo son los padres que tienen conciencia de su derecho cuando entran en el cuarto de sus hijos, deseando, sin embargo, no dejar de ser caballeros y respetar estrictamente la inviolabilidad del domicilio ajeno.

—¿Estabas durmiendo, chiquito?—preguntó dulcemente Sergio Andreievitch; y en la sombra, dió un golpecito á Pablo en un hombro.

—No, estaba... soñando...—respondió Pablo con igual afa-

bilidad, pero, á su pesar, lleno todavía de paz tranquila y de vagos ensueños.

Comprendió que su padre iba á reconciliarse con él, y pensó: «¿Para qué todo esto?»

—Haz el favor de encender la lámpara—dijo el padre.—Es el único remedio contra la niebla: la luz. Estoy nervioso hoy.

«Se excusa...», pensó Pablo.

Levantó el tubo de la lámpara y encendió una cerilla. Sergio Andreievitch se instaló en una butaca, cerca de la mesa; arregló la pantalla; después, reparando en un cuaderno que llevaba el título de «Diario», lo puso delicadamente á un lado, y hasta lo tapó con un papel.

Pablo seguía en silencio los movimientos de su padre, y esperaba.

—Dame una cerilla—dijo el padre, cogiendo un cigarrillo.

Tenía cerillas en su bolsillo, pero quería procurar á su hijo el placer de prestarle un ligero servicio.

Se puso á fumar; echó una ojeada sobre el libro de Buckle, y comenzó:

—Estoy radicalmente en desacuerdo con Tolstoy y los demás reformadores, que luchan en vano contra la civilización y exigen que marchemos de nuevo á cuatro patas. Pero no se puede negar que el reverso de esta civilización inspira temores muy serios—alzó el brazo y lo volvió á dejar caer.—Así, por ejemplo, si miramos lo que pasa ahora en esa bella, esa admirable Francia...

Sergio Andreievitch era un hombre bueno é inteligente, cuyas opiniones concordaban con las de todos los hombres buenos é inteligentes de su época y de su país, que siguieron los mismos cursos y leyeron los mismos buenos libros, revistas y periódicos.

Era uno de los inspectores de la Sociedad de seguros *El Fénix*, y sus asuntos le obligaban á salir á menudo de la capi-

tal. Cuando estaba en casa, apenas tenía tiempo para ver á sus numerosas relaciones, ir al teatro, á las Exposiciones y recorrer los libros nuevos. Sin embargo, hallaba el medio de ocuparse de sus hijos, sobre todo de Pablo, á cuyo desarrollo, como era un muchacho, concedía particular importancia. Por otra parte, no sabía de qué hablar á Lilia, y la acariciaba tanto más.

No acariciaba á Pablo porque no era una niña; en cambio, le hablaba como á una persona mayor, le trataba como amigo, con la sola diferencia radical que no llevaba nunca la conversación á las intimidades de la vida, sino que se esforzaba en orientarle hacia temas serios. Por esto se consideraba como un buen padre, y cuando se ponía á hablar con su hijo se sentía como un profesor en cátedra. Esto agradaba igualmente á los dos. No se decidía siquiera á informarse al detalle de los progresos de su hijo en sus clases, por miedo de destruir la armonía de sus relaciones, dándolas tal vez un vil carácter de censuras, de regaños y reprensiones. Quedaba durante mucho tiempo avergonzado de sus raros arrebatos, y los ponía á cuenta de su temperamento. Conocía los pensamientos de Pablo, sus opiniones, sus creencias, y así se imaginaba conocerle por entero.

Le asombró y le afligió mucho el enterarse de pronto de que el joven no tenía las mismas convicciones ni las mismas opiniones que él, sino que se mantenía apartado de ellas, en disposiciones de humor enigmáticas, y que tal vez le eran familiares aquellos infames dibujos, cuyo origen era de todo punto necesario conocer. Antes ó después, la cosa era indispensable.

Y ahora hablaba muy discretamente y bien: decía que la civilización mejora cada forma de la vida por separado, pero que de una manera general produce una especie de disonancia, semejante á una plaza desierta y sombría, cosa que cada cual siente sin poder definir la causa. Había en el discurso de Sergio Andreievitch cierta vacilación, ciertas desigualdades,

como en el profesor que no está seguro de la atención del auditorio, y experimenta una inquietud que le aleja de la lección. Había también algo más en su discurso: algo que se acercaba furtivamente, se deslizaba, tanteaba con angustia.

Con mayor frecuencia que de costumbre interpelaba á su hijo:

—¿Qué opinas de esto, Pablo? ¿Estás de acuerdo, Pablo?

Y siempre que Pablo expresaba su aquiescencia se mostraba el padre extraordinariamente contento. Parecía palpar algo con sus dedos blancos y regordetes, que se agitaban á compás del ritmo de su discurso y se tendían amenazadores del lado del joven; avanzaba con precauciones astutas hacia no se sabe qué, y las palabras que pronunciaba parecían como una amplia capa carnavalesca, tras la que se adivinan los contornos de otras palabras desconocidas y terribles. Pablo lo comprendía, y miraba con un temor confuso los brillantes lentes, el anillo de boda de su padre y la pierna que se balanceaba, calzada con reluciente bota. La sensación de temor iba creciendo, y Pablo presentía ya lo que se preparaba; sabía de qué iba á hablar su padre, y su corazón latía dulcemente, pero con ruido, como si su pecho hubiese estado vacío. La amplia capa se agitaba y caía poco á poco, y las palabras crueles salían con convulsiones.

El padre acababa de hablar de los alcohólicos. Encendió un cigarrillo con mano que temblaba ligeramente. «¡Ya estamos!», pensó Pablo; y se crispó como el negro cuervo de quebrada ala encerrado en su jaula, y hacia el que se alarga, por la puertecilla, una mano enorme con los dedos esparrancados.

Sergio Andreievitch suspiró penosamente, y comenzó:

—Pero, Pablo, hay algo más terrible que el alcoholismo...

«¡Ya estamos!», se repitió Pablo.

—...Más terrible que la guerra mortífera, más desastroso que la peste y el cólera...

«¡Ya, ya!», volvió á decirse Pablo, contraído, como si se sumergiera su cuerpo en agua helada.

—...¡Es el libertinaje! ¿Has tenido ya ocasión de leer obras especiales sobre tan interesante cuestión?

«¡Me mataré!», se dijo rápidamente Pablo; y respondió en voz alta y tranquila, con una entonación que demostraba una suficiente dosis de atención:

—Obras especiales no, pero he encontrado aquí y allí generalidades. Esta cuestión me interesa mucho, papá.

—¿Sí?...—Los lentes de Sergio Andreievitch brillaron.—Sí, es una cuestión terrible, y estoy persuadido, Pablo, de que la suerte de toda la humanidad civilizada depende de la solución que se la dé. En efecto... La degeneración de generaciones enteras, de países mismos... Perturbaciones mentales con todos los horrores de la locura y del marasmo... Y, en fin, enfermedades innumerables que arruinan el cuerpo y hasta el alma. No puedes figurarte, Pablo, lo horrible de esas enfermedades. Uno de mis compañeros de Universidad—siguió después la Facultad de Derecho militar,—un tal Krortzof, cayó con una de esas enfermedades cuando estaba en segundo año, poco gravemente, es cierto; pero fué tal su terror, que se derramó en las ropas una botella de petróleo y las prendió fuego. Le salvaron con grandes trabajos.

—¿Vive todavía, papá?

—Claro que vive, pero está horriblemente desfigurado... El profesor Barg, en su principal obra, cita extraordinarios datos de estadística...

Estaban sentados y conversaban tranquilamente, como dos buenos amigos que hubieran abordado un tema muy interesante. El asombro y el terror se manifestaban en el rostro de Pablo, y exclamaba de vez en cuando:

—¡Qué atrocidad! ¿Pero es cierta esa estadística?

Pero en su interior todo estaba mortalmente tranquilo, como si no hubiera ya un corazón viviente que latiese en su pecho ni sangre que corriera por sus venas; como si hubiese estado forjado de un pedazo de hierro helado. Lo que él mismo pensaba de la gravedad amenazadora de su enfermedad y

de su caída estaba confirmado por los libros en que creía, por términos sabios y cifras inquebrantables y firmes, absolutas como la muerte. Algo grande, inteligente y omnisciente discurría á su lado acerca de su pérdida, y en la impasibilidad tranquila de sus palabras había algo fatal que no dejaba esperanza al desdichado hombre.

Sergio Andreievitch estaba alegre; reía, redondeaba los períodos y los gestos, movía la mano con aire satisfecho de sí mismo; y, sin embargo, sentía con consternación que bajo la verdad de sus palabras se ocultaba una mentira incomprensible y terrible. Con furor comprimido miraba á Pablo, que se había recostado, y hubiera querido no ver allí á un buen amigo con el que es fácil conversar, sino á un hijo; hubiera deseado lágrimas, gritos, censuras, y no aquella conversación hecha de frases tranquilas y falsas. El hijo se le había escapado de nuevo, y no podía buscarle querella en nada; no podía arrebatarse contra él, golpear con el pie ó tal vez pegarle.

«Es útil lo que le estoy exponiendo, le advierto», se decía Sergio Andreievitch para tranquilizarse.

Pero su mano se tendía con ávida impaciencia al bolsillo, en donde en su cartera, junto á un billete de cincuenta rublos, se encontraba el dibujo arrugado.

«Se lo preguntaré en seguida, y será el final», pensó.

En aquel momento entró en el cuarto la madre de Pablo; era una hermosa mujer, robusta, de rostro empolvado, de ojos grises é ingenuos como los de Liletchka. Acababa de venir de la calle. Su nariz y sus mejillas estaban rojas de frío.

—¡Qué tiempo tan malo!—dijo.—Hace otra vez niebla, no se ve nada. Yefime por poco atropella á uno en la esquina de la calle.

—¿De manera que dices que el setenta y dos por ciento?—preguntó Pablo á su padre.

—Sí, el setenta y dos... ¿Y qué hay de nuevo en casa de los Sokolof?—preguntó Sergio Andreievitch á su mujer.

—Nada, lo de siempre. Que se aburren. Acresuchka está

un poco mal. Vendrán mañana por la noche á casa. He visto á Anatolio Ivanwitch, y me ha dado recuerdos para ti.

Miró con satisfacción los rostros alegres, las actitudes amistosas de los dos hombres; dió un golpecito en la mejilla de su hijo, y éste, como siempre, cogió la mano al vuelo para besarla. Amaba á su madre cuando la veía; pero cuando estaba ausente se olvidaba por completo de su existencia. Y esta es la impresión que producía en todos, parientes y amigos. Si se hubiera muerto, todos la hubieran llorado y olvidado en seguida; se hubiese olvidado todo lo de ella, empezando por su bonito rostro y acabando por su bonito nombre. No recibía nunca cartas.

—¿Charlabais?—dijo, mirando alegremente á los dos hombres.—Me alegro mucho. Es tan desagradable que el padre y el hijo estén enfadados... Como en *Los padres y los hijos*. ¿Le has perdonado la falta de la iglesia?

—Ha sido por culpa de la niebla...—dijeron sonriendo Sergio Andreievitch y Pablo.

—Sí; ¡qué tiempo tan espantoso! Se creería que todas las nubes han caído sobre la tierra... Ya dije á Yefime que fuera despacio; me contestó que bien y azotó á los caballos... ¿En dónde está Liletchka? ¡Liletchka! Hay que llamarla para comer. Señores padre é hijo, á la mesa.

Sergio Andreievitch replicó:

—Un instante. Vamos en seguida.

—Pero son ya las siete...

—Sí, sí; haz que sirvan; ya vamos.

Julia Petrovna salió, y Sergio Andreievitch dió un paso hacia su hijo. Involuntariamente Pablo se adelantó también, y preguntó con mal humor:

—¿Qué?

Ahora estaban uno frente á otro, franca, abiertamente, y todo lo que se había dicho antes desapareció para no volver: el profesor Berg, la estadística, el setenta y dos por ciento...

—Pablo... Paulouchka, Liletchka me ha dicho que te pa-

saba algo. Y, en efecto, observo que has cambiado en estos últimos tiempos. ¿Has tenido algún disgusto en tus clases?

—No. No tengo nada.

Sergio Andreievitch hubiera querido decir «hijo mío», pero esto le pareció torpe y poco natural, y dijo:

—Amigo mío...

Pablo se callaba y miraba á otro lado, con las manos en los bolsillos. Sergio Andreievitch enrojeció, ajustó sus lentes con mano temblona y sacó su cartera. Desdeñosamente, sacó, sujetándolo con dos dedos, el dibujo arrugado y lo tendió á Pablo sin decir nada.

—¿Qué es eso?—preguntó Pablo.

—¡Mira!

Por encima del hombro de su padre, sin sacar las manos de los bolsillos, miró Pablo. El papel danzaba en la mano blanca de Sergio Andreievitch, pero Pablo le reconoció, y de repente le invadió una terrible sensación de vergüenza. En sus oídos resonó un ruido semejante á miles de piedras cayendo de una montaña; le pareció que una llama quemaba sus ojos, y no podía ni apartar su mirada del rostro de su padre, ni bajar los párpados.

—¿Has sido tú?—preguntó el padre con voz lejana.

Y con una maldad inesperada, Pablo respondió con tono de audaz franqueza:

—He sido yo.

Sergio Andreievitch dejó escapar el dibujo, que cayó lentamente al suelo dando vueltas. Después el padre se apartó vivamente, salió, y en el comedor repercutió su voz fuerte que se alejaba: «Comed sin mí. Tengo que salir para un negocio urgente». Entonces Pablo se acercó al lavabo, y se puso á verter agua fría en su cara y en sus manos, sin experimentar ninguna sensación.

—¡Qué suplicio! — murmuraba anheloso, mientras que el chorro del agua le caía en los ojos y en la boca.

Después de comer, á las ocho, llegaron unas muchachas

del gimnasio á visitar á Liletchka, y Pablo las oyó desde su cuarto tomar el té en el comedor. Eran muchas; reían, y sus voces, jóvenes y ruidosas, resonaban distintas una de otra, y rozándose como las alas de las libélulas que juegan entre sí, transformaban el cuarto; la lluviosa noche de otoño, en una verde pradera en la que brillaba el sol de un cielo claro de Junio. Pablo escuchó atentamente las conversaciones, pero no distinguió entre ellas la voz sincera y bien timbrada de Katia Reimer. Esperaba y se estremecía cada vez que un recién llegado tomaba la palabra. La suplicaba que viniese. Hubo un momento en que oyó claramente su voz: «Aquí estoy», y estuvo á punto de llorar de alegría; pero la voz se marchó con otras, y por más que aguzó el oído no volvió á oirla. Después el ruido cesó en el comedor, las criadas se pusieron á hablar en voz baja, y del salón llegaron los sones del piano. Ligeras y flotantes como las notas de una danza, pero al mismo tiempo extraordinariamente afligidas y tristes, giraban en torno de la cabeza de Pablo, semejantes á voces débiles que llegaran de un mundo extranjero, magnífico y abandonado para siempre.

Liletchka entró corriendo, encarnada de haber bailado. La frente pura estaba húmeda, sus ojos brillaban, y los pliegues de su vestido obscuro parecían guardar aún las señales de movimientos rítmicos.

—¡Pablo! No estoy enfadada contigo—dijo, y rápidamente le besó con sus ardorosos labios, inundándole con su aliento igualmente puro y tibio.

—Vamos á bailar.. ¡Pronto!

—No tengo ganas.

—Es lástima que no hayan venido todos: no han venido ni Katia ni Milotchka; Pospelof ha preferido ir al teatro. Vamos pronto, Pablo.

—Ya no volveré á bailar nunca.

—¡Qué tontería! Despáchate, ven, te esperaré.

Al llegar á la puerta, se compadeció de su hermano; se volvió, le besó otra vez y salió tranquilizada.

—¡Pronto, Pablo, pronto!

Pablo cerró la puerta, y se puso á dar vueltas por la habitación.

—No ha venido—dijo en alta voz.

—No ha venido—repitió, dando la vuelta al cuarto...—¡No ha venido!

Llamaron á la puerta, y se oyó la voz única y segura de Petrof, que decía:

—¡Abre, Pablo!

Pablo quedó quieto y contuvo la respiración.

—Pablo, deja de hacer el imbécil. Me envía tu hermana.

Pablo no contestó. Petrof llamó de nuevo, y dijo tranquilamente:

—Eres un cerdo, amiguito. Esas son chiquilladas. Te pones así porque no ha venido Katenka. ¡Imbécil!

Petrof se había atrevido á decir con sus labios impuros: «Katenka».

Después de acechar el momento en que volvieran á tocar el piano en el salón, Pablo echó con precaución una ojeada al comedor desierto, lo atravesó y fué á tomar un viejo gabán de verano en un rincón cerca de la bañera, en donde colgaban varias prendas inútiles. Después pasó rápidamente por la cocina, bajó al patio por la escalera de servicio y desde allí salió á la calle.

Al punto le invadió una desagradable impresión de frío y humedad, como si hubiera descendido al fondo de una inmensa cueva, en donde el aire está inmóvil y pesado, y en donde se pasean las correderas por los altos muros viscosos. Era curioso observar que en medio de aquella niebla de plomo, que olía á podrido, continuaba manifestándose una vida particular, alerta y moviente; vibraba en el rodar de los coches invisibles, y en los inmensos círculos luminosos que iban desparramándose, y en el centro de los cuales brillaba, empañada é igual, la llama de los faroles; se dibujaba en los contornos vagos de las sombras que se apresuraban, semejantes á manchas

de tinta sobre papel gris, que surgían de la bruma y volvían á sumergirse en ella, y cuya presencia no se afirmaba más que por la sensación singular que acusa infaliblemente la proximidad de un hombre.

Algo invisible tropezó violentamente con Pablo, y no se excusó; pasó una mujer, rozándole con el codo, y le miró de muy cerca á la cara. Pablo se estremeció y se alejó, furioso.

Se detuvo en una calle desierta, frente á la casa de Katia Reimer. Frecuentemente había ido á aquel sitio, y ahora se encontraba allí para afirmar hasta qué punto estaba solo y era desgraciado, y lo mal que había hecho Katia Reimer en no acudir en un momento en que era él presa de un tedio y un terror mortales.

Al través de la niebla las ventanas lucían débilmente, y había en su reflejo, semejante á una mirada turbia, una ironía salvaje y perversa: era como si un hombre sentado á una mesa de festín hubiese contemplado á un hambriento con displicente sonrisa y con ojos que la saciedad humedece... Sofocado por la infecta niebla, temblando de frío con su gabancillo, Pablo se embriagaba de ardiente odio ante aquella mirada. Veía claramente con la imaginación á Katia Reimer: la veía inocente y pura, sentada en medio de su familia y leyendo, correcta y sonriente, algún buen libro. No sabe ella nada de la calle, en donde en medio del frío y del fango se encuentra un hombre que perece. Es implacable y cobarde en su pureza; tal vez en aquel preciso momento sueña con algún noble héroe, y si Pablo entrase y la dijera: «Estoy manchado, estoy enfermo, soy un libertino; por esto soy miserable y muero; sosténeme...», ella se apartaría con desdén, y respondería: «Vete. Te compadezco, pero me repugnas; vete». Y lloraría, casta y pura; lloraría... al echarle. Así, con la limosna de sus lágrimas puras y de su compasión altiva, hubiera hecho que pereciese el que la pedía amor humano, amor de ese que no mira tras sí y no teme al fango.

—¡Te odio!—murmuró la rara é informe silueta del hombre entre la niebla que le aislaba del mundo viviente.

—¡Te odio!

Alguien pasó ante Pablo, sin reparar en él. Asustado, se apoyó contra el muro húmedo, y no se movió hasta que hubo cesado el ruido de los pasos.

—¡Te odio!

La niebla ensordecía la voz. La informe sombra del hombre se alejó lentamente; cerca de un farol brilló un botón de metal; después la sombra se deshizo como si no hubiera estado nunca, y sólo hubiese existido siempre la bruma densa, turbia y fría.

Bajo la niebla, el Neva corría sombrío, silencioso, como muerto; no se escuchaba ningún silbido de vapor, ningún chapoteo del agua subía de su superficie ancha y tétrica. Pablo se sentó en un banco semicircular, y se recostó en el granito húmedo y helado. Sintió varios estremecimientos; sus dedos entorpecidos casi no podían doblarse, y sus brazos estaban rígidos en las articulaciones; pero la idea de volver á la casa le era intolerable.

Había en la música y en la alegría ajena algo que le recordaba á Katia Reimer, y este algo era estúpido y ofensivo, como la sonrisa del transeunte á la vista de los funerales de un desconocido.

A pocos pasos de Pablo cruzaban sombras vagamente entre la niebla: una tenía cerca de la cabeza un punto luminoso, probablemente un cigarrillo; otra, apenas visible, llevaba sin duda gruesos zuecos de cuero, que chocleaban á cada paso. El ruido resonó durante mucho tiempo.

Otra sombra se detuvo, indecisa; tenía una cabeza enorme, desproporcionada, contornos monstruosos y fantásticos, y cuando se adelantó hacia Pablo experimentó éste un sentimiento de angustia. De cerca era un sombrerazo con plumas blancas empenachadas, y la sombra misma era una mujer vulgar. Como Pablo, temblaba de frío y ocultaba cuidadosamente

sus manazas en los bolsillos pequeños de su corto abrigo de paño. Cuando estaba de pie, parecía de estatura poco elevada, y cuando se sentó al lado del joven le llevaba casi toda la cabeza.

—Hermoso, présteme usted un cigarrillo—dijo ella.

—Perdóneme, hermosura: no fumo—contestó con aplomo Pablo, reanimado.

La mujer se echó á reir chillonamente; el frío la hizo castañetear los dientes, y envió á Pablo una bocanada de aliento que olía á cerveza.

—Vamos á casa—dijo la mujer; y su voz era discordante como su risa.—Me convidará usted á aguardiente.

Una sensación de vértigo giratorio y rápido como un torbellino impulsaba ahora á Pablo; había fuegos amarillos entre la vacilante obscuridad, una promesa de alegría extraña, de locura y de llantos, mientras que en realidad le penetraba la niebla húmeda y sus codos se entorpecían. Con una cortesía en la que había desafío, ironía y las lágrimas de una desesperación mortal, respondió:

—¡Oh divinidad! ¿se encuentra usted verdaderamente tan deseosa de conocer mis caricias apasionadas?

A la mujer le pareció la frase mortificante; se volvió furiosa, castañetearon de nuevo sus dientes y se calló, contrayendo violentamente sus lábios delgados. La habían echado de la cervecería porque se negó á beber cerveza agria, y tiró el vaso á la cabeza del mozo; sus botas estaban caladas de agua; por todas estas razones hubiera querido ofender é injuriar á alguien, á cualquiera. Pablo veía su perfil irritado, de nariz pequeña, de amplia barbilla carnosa, y sonreía. Era exactamente como las mujeres que le perseguían, y esto le divertía; un sentimiento raro la aproximaba á él. Le complacía que estuviese enfadada. La mujer se volvió con viveza, y dijo:

—¿Y qué? Si hemos de ir, vamos... ¡qué diablo!

Y Pablo respondió riendo:

—Tiene usted razón, señora, «¡qué diablo!» ¿Qué diablo,

en efecto, nos impediría ir á beber juntos aguardiente y entregarnos á refinados goces?

La mujer sacó una mano del bolsillo y, medio enojada medio amistosa, le dió un golpe en el hombro.

—Convenido. Iré delante, y usted me seguirá.

—¿Por qué?—dijo Pablo asombrado.—¿Por qué detrás y no al lado de usted, divina... (vaciló un poco) Katenka?

—Me llaman Manetchka... Porque tendría usted vergüenza.

Pablo la cogió por el brazo y echó á andar; el hombro de la mujer se apoyó torpemente contra el pecho del joven. Reía y no llevaba el mismo paso que él, y se hubiera podido observar que estaba un poco ebria. Retiró el brazo al llegar al portal de una casa, y después de haber pedido un rublo á Pablo fué á buscar aguardiente á la portería.

—Despacha pronto, Katenka—dijo Pablo, mientras que la mujer desaparecía en el antro negro y tenebroso del portal.

De lejos, respondió ella:

—¡Manetchka, y no Katenka!

Brillaba un farol. Pablo apoyó su mejilla en la columna fría y húmeda, y cerró los ojos. Sus facciones permanecían inmóviles como las de un ciego, y en su interior todo estaba en calma y tranquilo como en un cementerio. Minutos de este género son los que vive el condenado á muerte cuando le vendan los ojos, se apaga en rededor el rumor de los pasos y se descubre ya á medias, en medio del silencio amenazador, el gran misterio de la muerte. Entonces, como el redoble de tambor final, resonó sordamente una voz.

—¿En dónde está usted? Le estaba buscando. Pensaba que se había marchado, é iba á volverme.

Pablo se irguió, arrojó algo lejos de su alma, y respondió con voz alta y alegre:

—¿Y el aguardiente? ¿El aguardiente? ¿Qué haríamos los dos, Katenka, sin aguardiente?

—A propósito, ¿cómo te llamas? Quería llamarte por tu nombre, pero no me lo has dicho.

—Tengo un nombre un poco raro, Katenka: me llaman *Por ciento*. Puedes llamarme «Por ciento querido». Es acariciador, y nuestras relaciones íntimas lo autorizan—dijo Pablo empujando á la mujer.

—Es imposible que exista semejante nombre; es bueno para un perro.

—¿Qué dices, Katenka? Mi mismo padre me llama *Por ciento*. *Por ciento*. Te lo juro por el profesor Berg y la santa estadística.

La niebla y las luces continuaban desfilando, y de nuevo el hombro de la mujer se apoyaba en el pecho de Pablo, mientras que ante sus ojos ondulaba una gran pluma blanca. Después les envolvió algo negro, infecto, hediondo, y apareció una mala escalera que descendía. Hubo un momento en que Pablo estuvo á punto de caer, y la mujer le sostuvo. Pasaron ante un cuarto lleno de humo, que despedía olor á cuero y á sopa de coles agria, y en donde brillaba una lámpara bajo una santa imagen, mientras que tras una cortina de algodón alguien lanzaba ronquidos ruidosos.

—Poco á poco—murmuró la mujer conduciendo á Pablo de la mano...—El que duerme es el patrón, un zapatero, un demonio, un alma perdida.

Le parecía terrible á Pablo el zapatero aquel que roncaba detrás de la cortina, y el joven andaba con precaución sobre la punta de sus chanclos, mojados y pesados. En la obscuridad profunda que los envolvía, oyó el ruido de alzar un vaso, y de repente brilló la luz de un quinqué que colgaba de la pared. Bajo el quinqué se encontraba una mesa estrecha, sobre la que había un peine con las púas llenas de cabellos finos enmarañados, unos pedazos de pan duro, un cuchillo de cocina con miga de pan pegada en la hoja, y una fuente que contenía, bajo una capa de aceite de un tornasol amarillo, algunos fragmentos de patatas y una cebolla minúscula. Y toda la atención de Pablo se concentró en aquella mesa.

—Ya estamos en casa—dijo Manetchka.—Desnúdate.

Se sentaron y bebieron riendo. Pablo estrechaba con un brazo á la mujer medio desnuda; al nivel de sus ojos se redondeaba un hombro carnoso y blanco, cruzado por una tira de camisa sucia con un botón roto, y lo besaba con avidez, apoyando en él sus labios húmedos y ardientes. Después la besó en la cara, y, cosa particular, no podía llegar á examinarla lo suficiente para acordarse de las facciones. Mientras que contemplaba aquel rostro, le parecía familiar y conocido desde hacía mucho tiempo; pero en cuanto apartaba los ojos le olvidaba por completo. Parecía como que el alma del joven no quisiera aceptar aquella imagen y la rechazase con energía.

—Es preciso que te diga una cosa—declaró de pronto la mujer, tratando de quitar un pelo largo pegado á una patata, y posando de tiempo en tiempo en la mejilla de Pablo sus grasientos labios;—es preciso que te diga una cosa: nunca beberé cerveza agria. Dásela á quien te dé la gana, pero yo no la quiero. Soy una sinvergüenza, es cierto, pero no me harán tragar cerveza agria. Y lo declararé abiertamente á todo el mundo, hasta á son de tambor: ¡no quiero!

—Cantemos, Katenka—dijo Pablo.

—Y si no te agrada que te la haya tirado á la cara, te vas á ver al comisario, pero no permitiré que me peguen. Soy orgullosa, y he visto tal vez á miles como tú sin que me den miedo (la mujer se dirigía al mozo que la había ofendido).

—Déjate de eso, Katenka, olvídalo—suplicó Pablo.—Te creo, eres altiva como una reina de España, y está muy bien; pero cantemos. Canciones bonitas, canciones bellas.

—No soy Katenka, sino Manetchka. Y está prohibido cantar; mi patrón es un demonio, un zapatero, un alma perdida: no permite que se cante.

—Es lo mismo Katenka que Manetchka... Mi palabra que es lo mismo: yo te lo digo, yo, Pablo Ribakoff, borracho y libertino. Tú me quieres, ¿no es verdad, mi altiva soberana?

—Sí te quiero. Pero no me llames Katenka—repitió la mujer con obstinación.

—Pues bien—dijo Pablo encogiéndose de hombros,—vamos á cantar. Cantaremos esas bonitas canciones que cantan aquéllos. Sé una preciosa. Pero no se puede cantar así. Cierra los ojos, Katenka, cierra los ojos, ciérralos y figúrate que estás en los bosques, que la noche es obscura, obscura...

—No me gusta estar en los bosques. ¿De qué bosque hablas? Que se vaya al infierno. Mejor es que bebamos; no me pongas de mal humor, que no me gusta—añadió la mujer con tono sombrío y echando aguardiente, del que derramó una gran parte sobre la mesa. Sin duda era asmática, porque suspiró penosa y profundamente, como el que nada en aguas profundas, mientras que sus labios se contraían y amorataban un poco.

—Una noche sombría, sombría—siguió diciendo Pablo con los ojos cerrados.—Y figúrate que se pasean unas personas y que alguien canta... Espera, ¿cómo es? «Mi corazón está alegre, maravillado...» No, no puedo, no sé cantar.

—No ladres: vas á despertar al patrón.

—No, no sé cantar. ¡No sé!—repitió Pablo con desesperación, y se cogió la cabeza entre las manos. Cintas de fuego se arrollaban y se desarrollaban ante sus ojos cerrados, formaban dibujos maravillosos y terribles, que eran amplios como campiñas, y al mismo tiempo sofocaban como la atmósfera en el fondo de un agujero estrecho y profundo. Manetchka le miró desdeñosamente por encima del hombro, y dijo:

—¡Bebe, estúpido!

—«Mi corazón está alegre... maravillado...» ¡No, no sé!

Abrió los ojos, cuyo oculto fuego quemó el rostro de la mujer.

—Tú tienes, sin embargo, un corazón. ¿No es verdad, Katenka? Pues bien, dame la mano. Dame la mano.

Sonrió entre las lágrimas que aparecieron en sus ojos, y posó sus ardientes labios en la mano, que se resistía con hostilidad.

—¡Déjame de tonterías!—gritó la mujer, furiosa, retirando

la mano.—Estáte quieto, borracho. Si quieres dormir, duerme, y si no...

—¡Katenka, Katenka!—suspiró él con voz suplicante; y las lágrimas le impidieron ver el rostro soñoliento y ceñudo que le miraba con repugnancia.—Katenka, querida mía, vida mía, ten compasión de mí, te lo ruego. Soy muy desgraciado y no tengo nada, nada. ¡Dios mío, ten compasión de mí, Katenka!

La mujer le rechazó bruscamente, y se levantó vacilando.

—¡Vete al demonio!—exclamó anhelosa... — ¡Te odio! Ha bebido como un polaco, y ahora le da por... «¡Katenka!» (le remedó, contrayendo sus labios delgados y amoratados). Ya sé la Katenka que necesitas. Pues vete á buscarla. «¡Katenka, Katenka!» No valía la pena de traerte aquí. «¡Katenka, Katenka!»

Pablo bajó la cabeza, murmurando palabras ininteligibles.

—¿Lo oyes?—gritó la mujer.

Pablo la miró con sus ojos húmedos, que no veían nada. La mujer, con ademán de desprecio, se acercó á la cama y se puso á arreglarla. Al andar se le cayó la enagua, y la apartó con el pie.

—¡Katenka, Katenka! — repitió, arrugando la almohada con rabia.—A mí me bautizaron Manetchka, y he visto á mil perros de tu especie sin que me asustasen. Te crees que porque me has dado un rublo puedes ofenderme; pero quizás tenga yo tres rublos en mi baúl... Anda, ven á dormir.

Se tumbó en la cama, y lanzó una mirada de odio á Pablo, que estaba llorando.

—Ya estoy harta de vosotros. Me habéis hecho mucho daño. ¿Por qué aúllas así? ¿Tienes miedo de tu mamaíta? — dijo con maliciosa ironía.—Van á dar azotes al niñito. ¿Te gustan las golosinas? Con seguridad que te gustan... «Por ciento». Se avergüenza de decir su nombre, é inventa eso de «Por ciento»... Como un perro. Y cuando esté en casa de su tontaina la Katenka, se hará llamar Vassenka, sí, seguramente; «Vassenka querido». Y él la llamará: «Katenka, ángel mío». Y pedirá

permiso para besarle la manecita... pues yo te pegaré con la mía en tu cara de mono. ¡No te rías, perro, no te rías!

Pablo guardaba silencio, y se estremecía ligeramente.

—Anda, ven á dormir, te digo. Si no, te pongo en la puerta; te juro que lo haré. Me tiene sin cuidado tu dinero, y no quiero que se burlen de mí. ¿Lo oyes? Desnúdate. ¿Piensas que porque has dado un rublo has comprado á toda la mujer? ¡Valiente príncipe!

Pablo se desabrochó lentamente la americana y el chaleco.

—No comprendes...—murmuró en voz baja, sin mirarla.

—¡Claro!—exclamó la mujer con ira.—¡Como soy una tonta, no puedo comprender nada! ¿Y si me levantara para darte en los hocicos?

Tras el tabique se oyó una voz de bajo, ronca y amenazadora.

—¡Machka! ¡condenada! ¿ya empiezas? ¡Tengamos la fiesta en paz!

—¡Cállate, indecente!—murmuró Pablo, palideciendo.

—¿Conque soy una indecente? — exclamó la mujer, incorporándose.

—Bueno, bueno; acuéstate — dijo Pablo en tono conciliador, sin apartar sus ardientes miradas del cuerpo desnudo.— Voy en seguida, en seguida...

—¿Conque soy una indecente? — repitió la mujer, y escupió en el suelo.

—Vamos, basta—suplicó Pablo.

Sus manos temblaban, y no encontraban los botones. No veía más que el cuerpo, el cuerpo de la mujer, terrible é incomprensible en su poder; aquel cuerpo que contemplara en sus sueños apasionados, que le repugnaba tanto, al que deseaba pisotear, y que al mismo tiempo le cautivaba como el agua de un estanque atrae al que tiene sed.

—Vamos, basta—repitió.—Ha sido una broma.

—¡Vete! — gritó la mujer con tono decidido, agitando los brazos.—¡Vete al infierno, perro!

Sus miradas se cruzaron, y en sus ojos brillaba un odio franco, tan vehemente, tan profundo, que vaciaba tan por entero sus almas enfermas, que no parecía que se hubieran encontrado por casualidad, sino que eran enemigos de toda la vida; se hubiese dicho que se habían buscado durante toda la existencia, que se habían encontrado por fin y que, en su feroz contento, temían creer en su propia realidad. Pablo estaba sobrecogido de terror. Bajó los ojos, y balbuceó:

—Escucha, Manetchka. Comprende que...

—¡Ah, ah!—dijo la mujer, mostrando unos dientes grandes y blancos.—¿Ya soy por fin Manetchka? ¡Vete, vete, te digo!

Saltó de la cama, y tambaleándose, se agachó para coger su ropa.

—¡Vete, vete!

—¡Asquerosa mujer!—gritó Pablo con rabia.

Entonces ocurrió algo inesperado y salvaje: la mujer, ebria y medio desnuda, roja de furor, volvió á tirar la ropa, alzó el brazo y golpeó á Pablo en la cara. Pablo la cogió por la camisa, que la desgarró, y ambos rodaron por el suelo. Rodaron derribando las sillas, arrastrando tras sí la manta de la cama. Parecían, así enlazados, un sér extraño, provisto de cuatro manos y cuatro pies, agarrándose unos á otros é inmovilizándose. Las puntiagudas uñas arañaban la cara de Pablo y penetraban en sus ojos; por un segundo vió sobre él una figura exasperada, roja como la sangre, de pupilas feroces, y apretó con toda su fuerza una garganta. Poco después se desprendía y se ponía en pie.

—¡Perra!—gritó limpiándose el rostro ensangrentado.

Alguien trataba de abrir la puerta, y una voz gritaba:

—¡Abrid, demonios, condenados!

Pero de nuevo la mujer se arrojó sobre Pablo por la espalda; le hizo caer, y volvieron á rodar por el suelo, en silencio, anhelantes, incapaces de gritar por lo violento de su rabia. Se levantaron, vacilaron para levantarse de nuevo. Pablo derribó

á la mujer sobre la mesa, y el peso del cuerpo rompió la fuente; junto á la mano de Pablo sonó el cuchillo, el cuchillo de cocina en cuya hoja había pegada miga de pan. Pablo lo cogió trabajosamente con la mano izquierda y lo hundió en el costado de la mujer. La hoja fina se dobló. Lo sacó para hundirlo por segunda vez. Entonces las manos de la mujer temblaron, y luego quedaron colgando. Con los ojos casi fuera de las órbitas, se puso á lanzar muy cerca del rostro de Pablo un grito ronco y penetrante, monótono, como un animal al que degüellan.

—¡Cállate!—dijo Pablo con voz sorda; y una vez más, y después otra, hundió el cuchillo.

A cada golpe la mujer se retorcía y abría más la boca, de dientes blancos y grandes, sobre los que se formaban burbujas de espuma sanguinolenta. Se había callado, pero Pablo creía seguir escuchando su grito penetrante y terrible, y exclamaba:

—¡Cállate!

Cambió de mano el cuchillo, y volvió á herir dos veces.

—¡Cállate!

El cuerpo se deslizó de la mesa y cayó pesadamente al suelo. Pablo se agachó y miró: el vientre, desnudo y prominente, palpitaba aún, y Pablo hundió en él el cuchillo como en una vejiga que se quiere desalojar del aire. Después el joven se alzó, y con el cuchillo en la mano, ensangrentado como un carnicero, con un labio desgarrado por un golpe recibido en la lucha, se volvió hacia la puerta.

Vagamente esperaba gritos, tumulto, exclamaciones furiosas, alguna violenta represalia, y el insólito silencio le asombraba. No se oía nada. De la punta del cuchillo caían al suelo gruesas gotas de sangre, silenciosas. Todos los ruidos del Universo habían desaparecido de repente. Después ocurrió algo terrible y enigmático. La puerta cerrada se hinchó silenciosamente como el vientre que acababa de ser agujereado; temblaba con muda agonía. Respiraba con estremecimientos de

espanto, y la sombría rendija de arriba se hacía cada vez más grande y amenazadora.

Un terror inconcebible emanaba de aquel ritmo lúgubre y profético; desprendíanse de él un espanto, una fuerza misteriosa; parecía que el mundo entero, extraño, incomprensible y perverso, se arrojaba con impulso callado y silencioso contra la delgada puerta.

Rápidamente, Pablo se arrancó del pecho los jirones sanguinolentos de su camisa, y se dió una cuchillada en el costado, sobre el corazón. Durante unos segundos permaneció en pie, mirando con los ojos muy abiertos y brillantes la puerta, que se hinchaba convulsivamente. Después se agachó, se puso en cuclillas, como para jugar á las bolas, y se desplomó...

Aquella misma noche la ciudad fría jadeó, hasta la aurora, entre la niebla de plomo. Sus calles interminables se extendían desiertas y silenciosas, y en el jardín, azotado por el otoño, morían dulcemente, con sus tallos quebrados, flores tristes y solitarias.

LEONIDAS ANDREIEF

LITERATURA ESPAÑOLA

El teatro de Pérez Galdós.

(De la *Revue des Deux Mondes*.)

Cuando por primera vez se representó una obra de Pérez Galdós en la escena francesa, no dejó muy profundas huellas. En 1898 y en 1900, el teatro de la Renaissance abrió sus puertas á la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza para que diera en él algunas representaciones. Mucho tiempo hacía que no se presenciaba en París la representación en español de obras españolas. Hasta sospecho que se necesita remontarse al siglo XVII para registrar semejante fenómeno. La compañía española de 1900 fué acogida cortésmente. Nadie le dijo lo que Malherbe á la que fué á trabajar en el otoño de 1613 al juego de pelota del *faubourg Saint-Germain*. A nadie le pareció «maravillosa por sus tonterías y sus impertinencias». Hasta se alabó el flexible talento de María Guerrero y el elegante desempeño de Díaz de Mendoza. Pero ni la una logró el triunfo de la Duse, ni el otro obtuvo el éxito de Novelli. Fué porque su mímica era más sobria; fué, sobre todo, porque no representaban obras ya conocidas. Debía de haber en la

(1) En esta sección publicamos los artículos más importantes que, referentes á asuntos españoles, vean la luz en las Revistas extranjeras.

sala, sin decir nada de los hombres, muchas señoras que, sin más conocimiento del español que aquella de que nos habla Tallemant des Reaux, estaban en el caso de que las advirtieran los pasajes en que había que reirse. La comedia de Galdós, representada en tales condiciones, no podía interesar al gran público. El autor de *La de San Quintín* (la duquesa de San Quintín) siguió siendo, pues, un desconocido para la mayor parte de los espectadores. Conocióse, en cambio, y desde las primeras representaciones, al autor de *Electra*.

No es que fuera muy afortunada la adaptación que de dicha obra se representó el año último en la Porte Saint-Martin, pero tenía para los concurrentes á este teatro la inmensa ventaja de estar escrita en francés. El buen éxito que obtuvo *Electra* fué rápido y de resonancia. No tardaron los periódicos en hablar de las manifestaciones que se producían antes, durante y después de la representación de la obra. Publicaban informaciones que muy difícilmente se distinguían de un ingenioso reclamo. Tuve ocasión de oir aquella *Electra* afrancesada, y comprobé que podía pasar por un modelo de obra anticlerical. El actor que desempeñaba el papel de Pantoja (convertido en Pantoya, sin duda para evitar la pronunciación de la jota) se había identificado perfectamente con el personaje. Pero el desgraciado no podía abrir la boca para expresar sus ideas morales y religiosas sin que fuera casi inmediatamente silbado ó... injuriado. Durante un entreacto, traté de hacer comprender á mi vecino, el cual se había distinguido de una manera particular por sus gritos de reprobación, que la obra estaba lejos de mortificarle en sus convicciones, y que era justo, antes de glorificar una tesis, exponer lealmente la tesis contraria. Respondióme que no podía admitir ni por un segundo el aparente triunfo de un error, y que, además, había venido para manifestar su opinión, y que semejante ejercicio le era saludable. No pude por menos de inclinarme ante razones tales; y la representación continuó, mientras que á las vociferaciones con que era acogido Pantoja sucedían los aplau-

sos y los bravos que levantaba cada uno de los lugares comunes de Máximo sobre la razón y la ciencia. La Porte Saint-Martin ofrecía un espectáculo que recordaba á un mismo tiempo el Ambigú y una reunión pública. Ya he dicho que *Electra* era un modelo de obra anticlerical.

El teatro de Galdós no merece ni el silencio que se hizo en torno suyo, entre nosotros, después de la representación española de *La de San Quintín,* ni el ruido que suscitó la adaptación francesa de *Electra.* Reconozco que ha sido á veces la obra de un escritor de partido, pero no lo fué nunca de la manera estrecha que se pudiera creer. Es, además, por confesión misma de los que no sienten hacia él sino una mediana simpatía, el de más vida y, si puedo decirlo, el más diligente de la España contemporánea. Las obras que le componen forman un ciclo que no está determinado, pero cuya importancia y cuyo interés están ya claramente de manifiesto. Este es el momento, á lo que parece, de estudiarle, si es posible, sin prejuicios de ninguna especie, con la relativa imparcialidad que se puede tener por un teatro extranjero, con la sincera benevolencia que se debe á aquellas obras contemporáneas en las que el respeto al arte predomina sobre el cuidado de la moda.

I

Hasta el año de 1892, después de más de veinte de una carrera gloriosa en la novela histórica y moderna, no apareció Pérez Galdós en la escena española. ¿Qué temperamento aportaba á ella? ¿Qué ideas quería hacer triunfar? ¿Qué forma de arte trataba de realizar?

Los españoles que tienen el honor de conocer á Galdós no hablan de él sin cierta vacilación. Este hombre corpulento, de bigotes caídos, que les escucha condescendiente, sin experimentar la necesidad de interrumpirles, les deja de él una impresión inquietante. Se preguntan si deben alabar su gravedad caste-

llana ó asombrarse de su flema británica. Ofreciéronle un día un banquete de honor. Se esperaba un discurso; Galdós se contentó con escribir con lápiz en un papel: «Muchas gracias». El ingenioso Leopoldo Alas, que firmaba sus críticas con e pseudónimo de *Clarín*, dijo en uno de sus escritos que al ver á Galdós se le hubiese creído un digno comandante de la Guardia civil, á no tener en sus ojos y en su frente algo que no caracteriza de ordinario en España á dicha arma especial. Seguramente que los espectadores de la Porte Saint-Martin no hubieran sospechado ese carácter frío y reflexivo en el autor de *Electra*. Pero conviene á maravilla al novelista que quiere observar las costumbres de su tiempo, y no le va mal al dramaturgo que se precia de objetividad.

La primera educación de Galdós no contribuyó en poco á desarrollarle. Nacido el 10 de Mayo de 1855, en Las Palmas, Galdós vivió hasta los diez y ocho años en esas Canarias, de las que la mitad de la población es inglesa, y en la que viven juntas dos religiones con recíproca tolerancia. En semejante medio pudo empezar á madurar algunas de las ideas en las que le confirmó el estudio de la España contemporánea, y que concluirá por llevar al teatro. Su gusto por la observación y su ligera ironía ante el espectáculo de la vida se explican también un poco por su conocimiento del inglés y por sus lecturas de Dickens, que fueron para el joven un verdadero alimento.

Cuando Galdós llegó á Madrid, en 1864, para cursar los estudios de Derecho, no tardó en comprender que no estaba destinado á ser un jurista eminente. Probó el periodismo. Él mismo recuerda, en el prólogo de su drama *Los Condenados,* que padeció en su juventud ese «sarampión literario que se manifiesta por una fiebre de criticismo impertinente». No tardó en observar que, no obstante la gravedad pueril con que sabía decir tonterías, le sería difícil hacer obra útil y digna en una prensa en que la política invadía todas las columnas, y en la que el «crítico taurino» se encargaba á veces de juzgar la úl-

tima novela. No quiero hacer más que dos reflexiones sobre estos primeros artículos. La primera es que Galdós les debe tal vez un poco de esa flexibilidad y también de esos hábitos de polémica que se encuentran á veces hasta en su teatro. La segunda es que la clarividencia de que dió pronto pruebas respecto de ellos; que su deseo de buscar su camino en el trabajo y en la reflexión; que esa resolución de alejarse de las luchas y de los honores políticos para consagrarse al estudio desinteresado de su país, de sus costumbres, de sus necesidades y de sus aspiraciones; que el plan ya entrevisto de una vida que ha de confundirse con su producción literaria; que tales sentimientos y tal actitud no denotan forzosamente disposiciones para el drama, pero son el signo de un espíritu que, si ciertamente puede engañarse, no merece en todo caso ninguna injusta desconfianza.

A lo que parece, Galdós pensó en un principio dirigir su actividad hacia el teatro. Los triunfos de Tamayo y de Ayala le tentaban, y no le desagradaba la idea de que lo que él escribiera pasara después á labios de cómicos como Romea, Matilde Díez ó Teodora Lamadrid. En sus recuerdos sobre sus contemporáneos, refiere Eusebio Blasco que, por los alrededores de 1870, vió personarse en su casa á un joven serio y delgado, con una recomendación del por entonces crítico de moda, Federico Balart, y el cual tenía entregada desde hacía dos años una obra en el teatro *del Príncipe*. Blasco leyó la obra, que, según dice, era un drama de costumbres original. Se la recomendó al director Catalina, quien continuó sin apresurarse en aceptarla. Mientras tanto, el joven delgado y serio, cansado sin duda de esperar, publicó en la *Revista de España* una novela, en la que describía las aspiraciones de los liberales de 1820. *La Fontana de Oro* tuvo un éxito que encaminó á su autor en una nueva dirección. Al año siguiente comenzaba la publicación de los *Episodios Nacionales*. Pérez Galdós pasaba á ser uno de los escritores más leídos de la España de hoy.

El director Catalina careció tal vez de gusto, pero prestó

un servicio al que apartaba de la escena. Justo es tener en cuenta que Galdós tuvo desde un principio veleidades dramáticas. Pero ¿cómo no felicitarse de que renunciara á ellas para escribir su obra novelesca? Convenía, por lo demás, que antes de abordar el teatro estudiase la vida española en la historia de ayer y en las costumbres de hoy. A esto consagró los numerosos volúmenes que han precedido á su primer drama. Si se quisiera ser enteramente justo, y si se pudiera ser completo, habría que estudiarlos al detalle. En las novelas de Galdós es en donde conviene buscar, en efecto, la mayor parte de las fuentes de su teatro. Las influencias extranjeras que parece que se perciben en aquéllas son también las què hará que floten sobre la escena española. Los análisis psicológicos y morales que desarrollara sucesivamente en sus novelas forman también la trama de sus obras dramáticas. Las ideas que se desprenden de aquéllos se han transformado de un modo natural en asuntos escénicos y en tesis. Hasta las diversas fases de su obra novelesca se vuelven á encontrar en cierto modo en la evolución hasta aquí seguida por su teatro.

Los *Episodios Nacionales* comprenden tres series de diez tomos cada una, ya publicadas, y una cuarta en curso de publicación. La primera relata la guerra de la Independencia, la segunda las luchas políticas de 1814 á 1834, la tercera y la cuarta la primera guerra civil. Trátase, en suma, de un cuadro de la historia de España desde Trafalgar hasta la revolución de 1868. Que Galdós haya sufrido al principio la influencia de Erckmann-Chatrian y que se la pueda encontrar en algunos de sus procedimientos, cosa es ésta que yo no he de contradecir. Que no siempre haya logrado fundir los acontecimientos reales y los incidentes imaginarios, es el escollo inevitable de la novela histórica. Sus *Episodios* no carecen, sin embargo, de originalidad ni de interés. ¿Cómo pudieron preparar á su autor para los dramas que ha de componer?

Fácil es reconocer desde luego en los primeros un esfuerzo sostenido hacia la impersonalidad, un deseo á menudo reali-

zado de no dejar adivinar nada de sí en el giro de la narración ó en los sentimientos de los personajes. ¿Sería difícil acaso no reconocer cierta independencia en quien se ha hecho tratar de carlista en *Zumalacárregui* y de partidario de Espartero en *Mendizábal?* ¿Aportará al teatro Galdós estas preciadas cualidades? En todo caso, es notable que haya conseguido dar pruebas de ellas en otro género. Cierto es que los resortes que se ha habituado á manejar no son aquellos á los que de ordinario recurre el dramaturgo. El amor no juega sino un papel secundario en los *Episodios Nacionales;* salvo tal vez Jenara, no hay en ellos ninguna figura de mujer trazada con paciente aplicación. Pero el patriotismo y la política que los animan adquieren á menudo un aire de verdad extraordinariamente dramático. ¿Por qué no podría presentarse en la escena ese conflicto entre la tradición y las nuevas ideas que todavía perdura en España? Nada se opone á ello seguramente, y por adelantado se sabe, si se decide á la empresa, en qué sentido lo tratará Galdós. Se ha guardado cuidadosamente de las intemperancias de la patriotería. Ha pintado en páginas implacables la locura de exaltaciones, á las que se puede perfectamente llamar quijotescas, y el solapado egoísmo de los falsos patriotas. El estudio del pueblo revelado por los documentos históricos, las conversaciones de los ancianos y sus observaciones propias, le han dado á conocer un alma generosa, pero incoherente, y cuyos violentos impulsos van de un extremo al otro en vez de ejercitarse en la acción lenta, continua y reflexiva. En esta larga información de psicología social, Galdós ha visto que España sufre una enfermedad de la voluntad. El remedio que le propondrá en el teatro será la conclusión natural del diagnóstico que formuló en los *Episodios Nacionales.*

El diagnóstico en cuestión fué confirmado y precisado en las *Novelas Contemporáneas.* Las primeras de éstas no son las menos interesantes, pero son las menos desinteresadas. A pesar de la sinceridad de su esfuerzo, Galdós no logró desembara-

zarse de todo espíritu de partido. La lucha entre católicos y liberales engendró después de la Revolución de Setiembre una literatura de combate, en la que han tomado parte casi todos los escritores españoles. *Doña Perfecta,* que reaparecerá en la escena en 1906, no fué, bajo su primera forma de novela, ni una provocación ni una excepción; pero era difícil no encontrar alguna estrechez en la tesis sostenida en ella. A partir de *Marianela* (1878), y sobre todo de *La Desheredada* (1881), es cuando el arte de Galdós se hace á la vez más amplio y más libre. En esta evolución hacia la anotación precisa de las costumbres contemporáneas se ha señalado más de una vez la influencia de Zola y del naturalismo francés. Creo, en efecto, que hay que tenerla en cuenta. Pero hay otras más sensibles y más considerables. La obra novelesca de Galdós, si se atiende á su conjunto, recuerda más bien á Balzac y su *Comedia Humana*. La simpatía irónica que se entrevé en la primera no tiene nada del pesimismo desmedido de los *Rougon-Macquart,* y hace pensar en Dickens. Sería, en fin, perfectamente injusto olvidar que el realismo y el humorismo no son plantas exóticas en la tierra de Cervantes y de las novelas picarescas. Cualquiera que sea la parte correspondiente á las lecturas francesas ó inglesas de Galdós, los libros más importantes que ha leído fueron escritos en español, y el más importante de todos el libro mismo de la vida nacional, tal como lo veía componer en torno suyo.

Entre las cuestiones que agitan á la España contemporánea hay tres á las que ha concedido una importancia excepcional: la cuestión religiosa, la cuestión económica y la cuestión política. Ha tratado la primera con el deseo sincero de comprenderla más bien que de resolverla. Si comenzó por hacer del fanatismo una pintura que parecía un ataque, trató después (*Ángel Guerra* y *Nazarín* son las mejores pruebas) de penetrar en los sentimientos de un alma mística; y si, á pesar de todo, la lectura de las *Novelas Contemporáneas* puede inspirar odio á la intolerancia, la culpa, si hay culpa en ello, no es

del autor ni de la religión católica, sino de la actitud política y del estado de espíritu de una parte del clero español. No menos bien ha visto y hecho ver Galdós en la desorganización social, á la que asistía, la difusión lamentable de un lujo importado en contradicción con los recursos reales y el sacrificio funesto del bienestar cuotidiano en aras de engañosas apariencias. ¿Cómo, en fin, en un país en donde el partido que ocupa el poder está siempre seguro de tener mayoría, cómo poner en duda la verdad de los cuadros que ha trazado de esa forma española de la corrupción administrativa que se llama allí «el caciquismo»? Religiosa, económica, política, las tres cuestiones que las *Novelas Contemporáneas* recogen del estudio de los hombres y de las cosas del día son, bajo la forma que afectan, las cuestiones vitales de al otro lado de los Pirineos. ¿Por qué, después de haber comprobado la importancia y la índole de las mismas en la historia y en la vida, quiso Pérez Galdós discutirlas por último en la escena?

Posible y probable es que haya cedido al atractivo de un género en el que el triunfo es más inmediato y más sensible. El amor propio es la ley del hombre en general, y de los autores en particular. Galdós abrigó la secreta esperanza de ser aplaudido por los espectadores congregados. No le costó trabajo, por lo tanto, persuadirse de que importaba á su arte entrar en comunicación más directa con su público. Es en él, por lo demás, una convicción sincera la de que teatro y novela no están separados sino por el más superficial de los convencionalismos. Galdós debe de tener apego á tal idea, puesto que en ella ha insistido y la ha desarrollado en cada uno de los tres únicos prólogos que haya puesto al frente de sus dramas *(Los Condenados, Alma y Vida* y *El Abuelo)*.

Siempre es distinguido el ponerse por encima de las vulgares y despreciables clasificaciones y proclamar que, en el reino del arte, no existe entre las diversas provincias ninguna frontera de rigurosos límites. ¿Qué nos habláis—dirán los que se creen independientes—de pretendidos géneros literarios, cuan-

do sobre las ruinas de las antiguas tragedia y comedia, é incluso del drama romántico, se alza hoy el único teatro que tenga las promesas de lo porvenir, el que no cataloga sus producciones, sino que, sirviéndose de la palabra á la vez más justa y más indeterminada, se contenta con llamarlas «obras»? ¿Por qué la obra representada y la obra leída han de seguir estando separadas por un abismo imaginario? Los revisteros de teatros son quienes han inventado lo que de la primera no podía apreciarse sino á luz de las candilejas, y son críticos mal emancipados de los prejuicios escolares los que han establecido entre el autor dramático y el novelista una ridícula incompatibilidad de temperamento. ¿Ha cambiado de naturaleza Paul Hervieu cuando, después de haberse dirigido á lectores, ha querido conmover á espectadores? ¿Y había de vedarse para siempre el acceso á la escena española á la gran obra de Galdós como novelista?

Respondo yo que no es ésta la cuestión. De que el espíritu humano sea á veces capaz de cultivar diversos géneros no se deduce que estos géneros dejen de ser diversos. ¿Acaso cuando Paul Hervieu trata de traducir la idea que concibe de los hombres y de su sociedad no determina la forma que le permitirá realizarle el matiz con que se le aparece? ¿Es solamente su capricho el que decide si de tal ó cuál asunto sacará una novela ó un drama? ¿O bien hay situaciones y resortes puramente dramáticos ó exclusivamente novelescos? Galdós no vacila en responder que no. Afirma que el drama no es sino una condensación de lo que constituye la acción y los caracteres en la novela moderna. Esto es lo que comprenderíamos mejor—añade—si el teatro de nuestros días, sea por error ó cansancio del público, sea por razones económicas ó sociales, no se hubiera encerrado en un molde tan estrecho que las obras capitales de los grandes dramaturgos nos parecen novelas habladas. ¿Qué público aceptaría hoy una representación íntegra del *Ricardo III*, de William Shakespeare?—Pues, sencillamente, el que aplaudió en el teatro Sarah Bernhardt una traducción literal

y completa del *Hamlet,* del gran William, ó también el que en el teatro Antoine soporta, sin el menor corte, *El Rey Lear*, del mismo Shakespeare. Que el que lo sepa—exclama triunfalmente Galdós—me diga si *La Celestina* es una novela ó un drama.

La cuestión es difícil, porque se trata de una obra que tomó, bajo la pluma de Fernando de Rojas, formas bastante diferentes, puesto que, concebida al principio en un acto, tuvo después diez y seis y por último veintiuno. El autor—dice Galdós—la llamó tragicomedia, y es en realidad un drama de lectura. Ni una ni otra de estas afirmaciones es completamente exacta. El título primitivo de la obra no era tragicomedia, sino comedia de Calixto y Melibea. Es probable que se presentase al espíritu de Rojas bajo la forma de un diálogo que había de presentar á lo vivo el mundo de mozos, medianeras y cortesanas en que vivió como estudiante. Poco á poco, merced á la fecundidad de la imaginación creadora del autor, los personajes adquirieron una vida más intensa. A medida que hablaban, se precisaban sus caracteres, oponiéndose unos á otros; y del choque de sus pasiones brotaban escenas emocionantes. Y así el diálogo se convirtió en comedia, y la comedia en tragicomedia; *La Celestina* es hasta tal punto un drama, que ha desempeñado un papel incomparable en los orígenes del teatro español; y no es solamente un drama de lectura, puesto que bastan numerosas supresiones para que sea representable, y, en efecto, se ha representado con otros nombres.

Esto es lo que Galdós hubiera indudablemente reconocido si no hubiese tropezado con dificultades locales que son la mejor explicación de su teoría. Él mismo nos la ha confiado en un artículo publicado por el periódico *El Tiempo* del 15 de Agosto de 1904. Después de haber comprobado que en España (como en más de un país y en más de una época) los que llegan al teatro sin títulos son bien acogidos hasta el día en que alcanzan triunfos evidentes, añade: Pero si el neófito tiene alguna notoriedad conquistada en el cultivo de la poesía lí-

rica ó la novela, no se le será fácil probar tranquilamente su talento en la escena... Existe aquí todavía, aunque bastante atenuada, una prevención, una malquerencia contra los novelistas que hacen excursiones al terreno del teatro. Se alega una supuesta oposición de medios y de fines entre estos dos géneros... que son dos ríos hermanos, nacidos de la misma fuente y arrastrando la misma agua. Me temo que este sentimiento de Galdós no sea sobre todo un resentimiento por las críticas con que se acogieron sus primeros ensayos dramáticos.

Es indudable, como él mismo dice, que nadie sostendrá que el hecho de haber escrito poemas ó novelas pueda impedir á su autor el abordar con buen éxito el teatro. Pero creo que se puede seguir sosteniendo que el drama y la novela tienen medios y fines lo suficientemente opuestos para que no haya lugar á mezclar estos dos nombres y fundir estos dos géneros. Si es legítimo hablar de dramas de lectura, es á propósito de un teatro que, como el de Renan, se preocupa de oponer ideas y no almas, sin ocuparse con exceso en la posibilidad ó en las condiciones de su realización. Pero siempre que el autor se borre para ceder el puesto á héroes que viven, es decir, que obran; siempre que el diálogo se imponga como el indispensable modo de expresión; siempre que la acción brote del choque de personajes que más que sufrirla la determinan, se podrá dar á la obra el título ó subtítulo que se quiera, pero siempre será un drama, y nada más que un drama. Sea el que fuere el pensamiento de Galdós, no ha demostrado que un asunto pueda igualmente ser propio del libro y del espectáculo; que baste concentrar una narración para hacer de ella un asunto teatral, y que héroes de novela se trasformen sin esfuerzo en personajes dramáticos.

Hasta se puede temer que el autor de los *Episodios Nacionales* y de las *Novelas Contemporáneas* haya desarrollado en él cualidades que corran el riesgo de convertirse en defectos en el teatro. Habituado á la lentitud necesaria del análisis psico-

lógico, ¿sabrá no retener sino el rasgo esencial del carácter, el gesto habitual del cuerpo y el grito único del corazón? ¿No le inducirá á alguna enojosa ilusión su misma fecundidad imaginativa? Se ha dedicado, y tal es la verdadera misión del novelista, á describir el medio histórico ó contemporáneo; ha creado personajes de todas clases para representar los menores aspectos de aquél; ha logrado hacer que se sienta, para emplear sus propios términos, la respiración misma de la muchedumbre. ¿Conseguirá también elegir entre los seres que le parezcan igualmente útiles para traducir los matices de su pensamiento, los únicos que puedan conservar en las tablas el relieve de la vida? ¿No se verá tentado, á pesar de su gusto por el tino y la verdad, á dar una preferencia peligrosa á esas almas extraordinarias tanto en el mal como en el bien que, como en Torquemada, no estaban fuera de lugar en esa epopeya moderna que es la novela contemporánea, pero que, no pudiendo explayarse y explicarse con la sobriedad necesaria del diálogo dramático, no dejarían de tomar un aspecto misterioso y desconcertante?

Estas reservas, que encontrarán más de una ocasión de justificarse, deben ponernos en guardia, pero sin desconfianza. Galdós puede equivocarse al confundir en un mismo género el drama y la novela, y explicarlo, sin embargo, al triunfar igualmente en ambos. Importa en todo caso tener en cuenta que al llegar á la escena bastante tarde, y después de haberlo maduramente reflexionado, sabía con toda claridad lo que quería hacer, por qué y hasta contra qué. Sin remontarse hasta los orígenes del teatro español contemporáneo, bastará recordar que desde 1874 y el resonante éxito de *La esposa del vengador*, D. José Echegaray ejercía en la escena de su país una verdadera dictadura. Hacía que triunfase un drama allí en donde la tradición de la comedia del siglo de oro se mezclaba bastante naturalmente con el recuerdo del romanticismo. Pero comenzaban á cansar unos procedimientos que á fuerza de repetirse se disimulaban con menos fortuna; hasta llegaba á hacer son-

reir un alarde patético cuya energía sin matices hacía pensar á veces en las artificiosas violencias del melodrama. El mismo Echegaray se daba cuenta de la necesidad de una renovación, puesto que escribía en 1891 *Un crítico incipiente*, y en 1892 *Mariana*. El teatro de Galdós manifestó desde el principio una reacción más vigorosa. Afectó renunciar á convencionalismos agotados, para tratar de tomar todos sus medios de la realidad. Pero la realidad es extraordinariamente diversa. ¿Bajo qué aspecto conviene considerarla? Galdós no tuvo dificultad alguna en confesar que sus preferencias iban del lado de un drama de análisis moral que pintase la vida española tal como es (ó, por lo menos, tal como se la ve), y no tal como fué (ó tal como se la sueña), y que apartase de tal cuadro no ya toda lamentación sobre un ideal pasado, sino el saludable deseo de un soplo regenerador. ¿Hasta qué punto era posible semejante drama? ¿De qué verdad era susceptible? ¿Y qué fuente de emociones le estaba reservado hacer brotar?

II

El teatro de Galdós se compone hasta hoy de trece obras. ¿Es cálculo del autor? ¿Es más bien evolución de una inconsciente lógica? De todos modos, el caso es que se agrupan y se distinguen en tres períodos. Galdós se ha esforzado al principio en presentar á los espectadores de su país tesis morales de una generalidad bastante amplia. Les ha acostumbrado á ver que al ruido de las espadas suceda el de las ideas, y á las pasiones heroicas los resortes de la actividad moderna. Se ha decidido á estudiar costumbres españolas, y sin trasformar la escena en una tribuna, deja oir palabras que sus compatriotas no escuchan con oído desinteresado. ¿Cómo asombrarse de esto, puesto que suscita los problemas más graves y más actuales, y de que en una intriga en la que es preciso que las peripecias

se expliquen y terminen, sean la exposición y el desenlace inevitablemente ensalzados hasta las nubes ó arrojados por el fango, es decir, igualmente explotados por el espíritu de partido? Cada uno de los dos primeros períodos tuvo su coronación en un drama simbólico en el que se diría que Galdós quiso resumir y concentrar sus pensamientos. En *Los Condenados* (11 de Diciembre de 1894) encontramos la mejor conclusión de las tesis presentadas por *Realidad* (15 de Marzo de 1892), *La loca de la casa* (16 de Enero de 1893) y *La de San Quintín* (27 de Enero de 1894). Y de igual suerte, *Alma y Vida* (9 de Abril de 1902) es el punto de remate natural de esos estudios de psicología ó de sociología nacionales que se llaman *Voluntad* (20 de Diciembre de 1895), *Doña Perfecta* (28 de Enero de 1895), *La Fiera* (23 de Diciembre de 1896) y *Electra* (30 de Enero de 1901). Con *Mariucha* (16 de Julio de 1906), y sobre todo con *El Abuelo*, que fué en Madrid el gran éxito del invierno de 1904-1905, parece que Galdós se esfuerza en fundir sus dos maneras en un drama que recobre la amplitud filosófica de la primera y conserve el calor español de la segunda, pero despojándose hasta de la apariencia de una intención de polémica. Sus dos últimas obras, *Bárbara* (28 de Marzo de 1905) y *Amor y Ciencia* (7 de Noviembre de 1905), manifiestan todavía mejor la independencia de su pensamiento.

La transición entre la obra novelesca y la obra dramática de Galdós se realiza bastante naturalmente con *Realidad*. Esta obra en cinco actos fué primero una novela en cinco «jornadas» (1) en la que, salvo algunas indicaciones escénicas, el autor se oscurecía por completo para dejar hablar á sus personajes. La intriga es más sobria en la segunda forma de la obra, pero se detiene aún en episodios de los que se la puede despojar sin grandes escrúpulos. Orozco es un hombre rico y caritativo que busca en el absoluto dominio de su alma el

(1) ¿Habrá que recordar que la «jornada» es el acto de las comedias del siglo de oro?

medio de llegar á la calma filosófica que confunde con la virtud. Su mujer, Augusta, le ama y le admira, pero no le comprende. Su vivacidad se asombra de aquella tranquilidad reflexiva; el espectáculo diario de una fría serenidad le hace sentir mejor el atractivo de lo irregular y misterioso. Se ha dejado, pues, seducir por un joven libertino. Federico Vera, acosado por sus acreedores, tiene demasiado honor para aceptar de ella la menor ayuda, pero ese mismo honor no le impide pedir dinero prestado á una mujer galante con la que no tiene más que unas raras relaciones de amistad. Perseguido por el remordimiento de traicionar á un hombre que se obstina en colmarle de favores, se refugia en el suicidio. Orozco descubre, sin que ella lo sepa, el secreto de su mujer, y se halla dispuesto á perdonarla si lava su falta con una confesión. Pero Augusta es una mujer y no una santa; guarda silencio, y mientras que se aleja, su marido sofoca en sí el último grito de los miserables rencores humanos para erguirse solitario en la impasibilidad de su grandeza moral.

Este desenlace es por lo menos chocante para un drama que se llama *Realidad*. No ilumina sino una luz indecisa y flotante una acción en la que no se sabe si hay que interesarse sobre todo por el amor de Augusta, ó por los remordimientos de Federico, ó por la actitud filosófica de Orozco. ¿Por qué, pues, el sonoro título? ¿Quiere el autor darnos á entender que la realidad es una gran artista, mucho más fecunda y original que las más novelescas imaginaciones? Así lo creo, y creo también que ha querido reaccionar contra los excesos del neoromanticismo, puesto de moda por D. José Echegaray. Por lo demás, no lo ha logrado sino imperfectamente. Las alucinaciones de Federico y la aparición de su sombra en el último cuadro no son sin duda otra cosa que la figuración material de un fenómeno subjetivo. No es menos cierto que esto viene á ser tan artificial como los accesorios corrientes del almacén romántico. *Realidad* no es todavía ni completamente un drama, ni sobre todo un drama realista. La abundancia de deta-

lles, el número de las figuras y de las escenas secundarias, la longitud de las explicaciones analíticas, le acercan demasiado á la novela. Pero la facilidad del diálogo, la fuerza con que están presentados más de una situación y más de un sentimiento, dejan adivinar la aparición de un verdadero temperamento dramático.

La loca de la casa, Victoria, la hija mayor del marqués de Moncado, puede pasar por una prueba corregida y embellecida de la Augusta de *Realidad*. Tampoco ella se contenta con una existencia ordinaria y con el vulgar esfuerzo de una conducta correcta. Se siente atraída por el mal, pero con la orgullosa esperanza de vencerle y hacer que de él brote el bien. En un brusco impulso de su arrebatado carácter, rompió sus relaciones con Daniel de Malavella para entrar en un convento, en el que está haciendo el noviciado. Pero en el momento de ir á morir para el mundo se le presenta la ocasión de un sacrificio, tanto más heroico cuanto que exige de ella no una simple renuncia, sino una verdadera inmolación. Para salvar á su padre de la ruina á la que le han arrastrado desafortunadas especulaciones, se entrega en matrimonio á José María Cruz, el hijo de un antiguo carretero de la familia, el cual, á fuerza de energía paciente y brutal, ha amontonado en California una enorme fortuna, y que vuelve con el rudo deseo de instalarse como amo en la tierra en que fué criado. Puntual en sus compromisos, pero implacable en la realización de su derecho, Cruz se hace una ley de no conocer ni la piedad ni la caridad. Victoria entabla la lucha contra aquella avidez y aquel egoísmo razonador. Vencida en una batalla dolorosa, y ante la injusta sospecha respecto á sus sentimientos para con el que fué su prometido, se retira á casa de su padre. No tarda en observar que su corazón echa de menos á su marido y á su atormentada vida. Cruz tampoco puede ser feliz sin ella. Convencido por el que cree su rival de lo infundado de sus celos, conmovido en lo más profundo de su orgullo por el anuncio de una paternidad que fundará su casa, acepta el tra-

to que le impone Victoria: tanto para la madre y tanto para el hijo. Hará el bien á su pesar. ¿Pero no es el mal la mejor razón de ser y de obrar del bien?

Reconozco que el estudio psicológico de Cruz y de Victoria no se encuentra tal vez lo suficientemente hecho. No creo que la óptica teatral exija tal aumento. Pido solamente que no se grite inoportunamente contra la inverosimilitud material ó moral. La fortuna de Cruz y su regreso al país natal son bastante naturales en una tierra de la que tantos catalanes, y sobre todo asturianos, salieron pobres con el deseo realizado de volver ricos. En otro orden de ideas, el ardor de victoria por el sacrificio y su extraordinaria exaltación no son inexplicables bajo un sol que alumbró á Santa Teresa y á la monja alférez. Después de esto, si se me dice que hay, á pesar de todo, en su papel más de una señal de romanticismo, estaré de acuerdo. *La loca de la casa* es, sin embargo, un drama más bien realista, si es cierto que una de las más seguras manifestaciones del realismo se encuentra en la importancia que concede á esa cuestión de dinero que ignoraba el teatro anterior. Es sobre todo un drama moral y más dramático que *Realidad*. Su acción es menos lenta y está más concentrada; las diversas fases de ese combate entre dos almas no nos dejan nunca indiferentes. Palpita en él una fuerza creciente que no retrocede ante la brutalidad, y que sin embargo va siempre revestida de gracia.

Dejemos á un lado *La de San Quintín,* obra francamente y hasta furiosamente romántica, y lleguemos á esa especie de drama sintético que se llama *Los Condenados*. Salomé, sobrina de un rico propietario de Aragón, se ha enamorado de José León, un vagabundo intelectual á quien el rumor público acusa de un asesinato, de un incendio y de algunos otros crímenes. Es sorprendida por su familia con él, que la atrae por el contraste mismo de su cultura y de su situación miserable. Su pariente, Santiago Paternoy, quien por su caridad y su superioridad moral se ha conquistado en su país una autoridad

mística, condena á ambos «á la vida, al amor mismo y á las consecuencias de sus errores». Bajo la influencia de su querida Salomé, José León comienza á conocer el valor de la franqueza. Le revela que no se llama José León, sino Martín Bravo. Sin embargo, todavía no ha renunciado al misterio que le rodea. La sublime mentira de Paternoy, que le salva la vida con un falso juramento, no le decide á la confesión. Le han arrebatado á Salomé: va á buscarla á un convento. En las esculturas de la puerta se lee la historia del caballero Juan de Urrea. Vino á raptar á una monja, y el Señor la trasformó en un sér repugnante, cuya vista le convirtió á la penitencia. Salomé ha conservado todo el encanto de su belleza. Pero, en un acceso de celos, ha dejado escapar el nombre bajo el que la justicia persigue al que ama todavía; ha entrevisto los crímenes que él le ocultara, y su razón se ha extraviado. Entonces, pero solamente entonces, el corazón de José León se abre á una nueva luz. Ante la comunidad, que llega en procesión tras la imagen de la Virgen, ante el hermano de su víctima y las gentes armadas que le persiguen, hace la confesión de sus delitos y se entrega sin defensa á la justicia humana y á la misericordia divina.

En el prólogo que ha puesto al frente de su obra, Galdós confiesa con toda sencillez la importancia que le atribuía y lo grande de su fracaso. Hasta apunta los defectos de su obra con rara imparcialidad. Sí, al drama le perjudicó la lentitud de la expresión y lo largo de algunas escenas. Sí, no es difícil señalar en él faltas contra la lógica, ó, más sencillamente, contra la verosimilitud. ¿Cómo admitir, por ejemplo, que Paternoy disponga de un poder casi divino sobre sus conciudadanos, ó que entregue desde luego Salomé á José León? Harto sé que, á pesar de algunos impulsos humanos, no tiene un alma vulgar. Pero ¿no se alza afuera más aún que encima de la humanidad? Es interesante estudiarle como una repetición del Orozco de *Realidad*. Pero, diga lo que quiera, Galdós no ha observado verdaderamente ni al uno ni al otro; los ha

sucesivamente adaptado al ideal filosófico, después religioso, que los encargaba de representar.

Salomé no es mucho más natural. Pertenece, sí, á la familia de las tres heroínas que ha descrito ya Galdós. El atractivo del misterio y la vocación de ángel tutelar que experimenta tan bruscamente no hacen de ella una aragonesa del año de gracia de 1898; parece más bien la nieta literaria de Doña Sol y de Eloa. En cuanto á José León, á la vez libertino como Federico Viera, violento como Cruz, lleno de talento como Víctor, no diré, con Galdós, que es un personaje complejo y escabroso. Le aplicaré de mejor grado la frase que le dirigen en la obra: «Es un personaje del más puro romanticismo». Escuchadle hablar á Salomé: «Soy el mal, Salomé, y yo que soy el mal he ganado el bien». ¿Expresábase de otra manera Hernani? ¿Cómo asombrarse de que el público español no comprendiera unos personajes que no le parecían directamente tomados ni de la realidad ni de la tradición nacional?

A dicho público le interesó tanto menos la obra cuanto que apenas advirtiera el sentido y el alcance de ella. Galdós niega en su prólogo el que haya querido hacer una obra simbólica. Admira *Casa de muñecas*, *Los Espectros* y *El enemigo del pueblo*, pero se jacta de no comprender *El pato salvaje*, *Solness* y *La dama del mar*. Pretende que ningún autor ha ejercido menos influencia sobre él que Ibsen. Reconoce, no obstante, que toda la cimentación de su obra es puramente espiritual. Galdós da aquí la verdadera razón de su fracaso. Quiso aclimatar en España un género para el que no estaba preparado el público. ¿Qué es, después de todo, *Los Condenados*, sino un esfuerzo para introducir á Ibsen y Tolstoi en la patria de Lope y Calderón? La idea esencial que se desprende de la obra es que vivimos en la mentira, y que nuestra salvación está en la verdad. José León trata al principio de contradecir esta tesis, pero es para afianzarla mejor y confirmarla al final. ¿No es esto precisamente lo que sostienen y justifican de varias maneras los héroes de Ibsen? El dramaturgo noruego

aplaudiría á Paternoy cuando se declara dispuesto á salvar á José León si reconociese que no hay mal en la mentira. Y cuando José León se decide, ¿no recuerda la escena de su confesión, la confesión bien conocida de *El poder de las tinieblas*?

El fracaso de su drama prestó á Galdós el servicio de ponerle en guardia contra los peligros del simbolismo. No era hombre para desalentarse ni renunciar al concepto que tenía del teatro. Comprendió solamente que necesitaría en adelante conceder más importancia á la acción y á los personajes. Puesto que su público no se dejaba conmover con la exposición y la discusión de tesis generales, había que dirigirse más directamente á él.

III

En las obras de su primera manera, Galdós trató más de una vez de hacer sentir el interés especial que de este lado de los Pirineos debían inspirar ideas de apariencia ó de origen extranjero. Incluso dejó traslucir alusiones á un estado de espíritu y de cosas puramente español. Estas cuestiones, que Galdós no planteara sino de paso, van á precisarse y, por decirlo así, á nacionalizarse en los dramas de la segunda manera.

Trátase en *Voluntad* la cuestión económica. Por su bondad y su negligencia, D. Isidro Berdejo ha puesto en peligro su comercio. Su mujer se aflige, pero no sabe más que afligirse y rezar. Su hija menor, Trinita, no piensa más que en sus perifollos y en su piano. Su hijo Serafinito se precia de elocuencia en los círculos juveniles y se arruina en libros de sociología y de antropología. La casa está á punto de derrumbarse. Hace falta un milagro para salvarla. El milagro lo realiza una voluntad, la de Isidora. Isidora es la hija mayor de la familia, y parecía la razón misma, cuando en un día de locura se prendó de un tal Alejandro Hermann, que representa en la obra la

fantasía, el arte, el desprecio del trabajo diario y del matrimonio regular. Isidora vive algún tiempo con él; pero, cansada de luchar contra sus exaltaciones, ha recobrado el ánimo y vuelve á ejercer en su casa su actividad provechosa. Impone á su hermana el cuidado de la cocina, á su hermano el despacho de las cartas comerciales, y, con su despotismo seductor, reemplaza el despilfarro y la miseria con el bienestar y el orden. Incluso salva á Alejandro, cuya fortuna ha desaparecido en una quiebra, del orgullo y de la ley de herencia que le condenaban al suicidio. Alejandro se casará con ella y reconocerá, ante el espectáculo de aquella energía moral, que la lucha sana de la vida es mucho más bella y fecunda que su idealismo artístico.

Ruego que no se vea en las líneas precedentes el análisis de una pobre perogrullada. La belleza del esfuerzo, el valor moral de una energía aplicada á las realidades de la vida, no son indudablemente verdades nuevas. ¿Pero qué importa, si es cierto, como lo cree Galdós, que son las que hay que predicar sobre todo y sin cesar en su país? Alejandro Hermann es una especie de Don Quijote moderno, y el mejor remedio que se le puede desear es, en efecto, el que encuentre, no ya una Dulcinea, sino una Isidora. *Voluntad* marca, por lo demás, un progreso sensible en el arte dramático de Galdós. Convengo en que hay alguna dificultad en aceptar á unos padres que entregan sin vacilar las riendas del gobierno á una muchacha que ya en una ocasión no usó bien de su razón. Pero, salvo esta reserva, la acción es de una sencillez bastante natural. La presentación es de una sobriedad perfecta, puesto que se contenta durante tres actos con la trastienda de un almacén. Los personajes secundarios que desfilan se ligan sin esfuerzo á la acción principal, y casi todos están trazados primorosamente. *Voluntad* pertenece tanto al realismo español como al teatro de ideas.

Con *Doña Perfecta* aborda Pérez Galdós directamente la cuestión más delicada de todas, aquella por lo menos que es

más difícil de tratar con toda libertad de espíritu. No hay para qué decir que se trata de la cuestión religiosa. Su obra no es más que una adaptación de su novela, traducida á casi todas las lenguas, incluso á la nuestra. Conocida es sin duda la historia de aquella madre que ve á su hija enamorada de un primo, cuyas ideas modernas le parecen la negación misma de su fe, y que, para evitar una unión en la que teme la pérdida del alma que ella educara con su ternura, apela á los más tortuosos procedimientos, y no retrocede ante la semicomplicidad de un crimen. El drama no vale lo que la novela. Le faltan, y las decoraciones no las reemplazan, aquellas descripciones de paisajes que nos hacen penetrar hasta en el corazón de la vieja España. Le faltan todos estos detalles tan necesarios, puesto que era la mejor explicación de los personajes y de sus costumbres. Le faltan también algunas de las páginas más dramáticas. Las exigencias del teatro han hecho la acción menos verosímil. La conspiración de que Pepe Rey será víctima se urde contra él antes de que por la expresión de sus ideas haya tenido tiempo de darnos la razón de aquélla. Si la exposición es un poco brusca, hay, en cambio, en casi todos los actos, y en el tercero en particular, lentitudes en las que se reconoce al novelista que va despacio. El mismo Galdós ha indicado, entre dos asteriscos, los pasajes que se pueden suprimir en la representación. ¿No es esto confesar que, embarazado por el hábito y los gustos de otro género, no sabe siempre distinguir la paciencia del lector y la del espectador? Los mismos personajes han perdido mucho con el necesario abultamiento de la óptica teatral. Para no citar sino al principal, la figura de Doña Perfecta no tiene ya en la escena los matices fugaces que constituían su verdadera originalidad. Se ve obligada á hablar, y á veces á expresarse con una franqueza violenta; y precisamente por lo que no decía era en la novela la más significativa y la más conforme con su verdadera naturaleza. Me inclinaría, pues, á ver en *Doña Perfecta* como un retroceso del arte dramático de Galdós. Importa, sin embargo, señalar en ella un

mérito que es considerable. La tesis sostenida por la novela toma en el drama mayor amplitud y verdad. Detrás de Doña Perfecta y su sobrino no se agita ya solamente una contienda de partidos. «Detrás de mí, exclama Pepe al final del segundo acto, detrás de nosotros hay un combate espantoso: principios contra principios.» Pero este combate no es el encuentro ininteligente de las negaciones del ateísmo y de las afirmaciones dogmáticas; es la lucha por la existencia del espíritu moderno español.

El ingeniero Pepe Rey nos conduce en derechura al electricista Máximo Yuste, que está encargado en *Electra* de librar la misma batalla. El electricista no muestra menos ardor que el ingeniero en afirmar su creencia en Dios. Esto ya es una garantía de que la obra de Galdós, cuyo éxito fué el más ruidoso, si no el más brillante, no es, en modo alguno, una obra antirreligiosa. Ni siquiera creo que sea en el texto español una obra anticlerical. Electra es hija de una tal Eleuteria, que antes de morir arrepentida amó mucho y pecó mucho. Para redimir esta alma, y la suya con ella, D. Salvador Pantoja, que fué culpable con la madre, quiere encaminar á la hija hacia el convento de la Penitencia, del que sueña con verla un día superiora. La boda de Electra con Máximo va á desbaratar un designio que cree inspirado por el cielo. Declara entonces á la joven que su prometido es tal vez su hermano. Loca de desesperación y de horror, Electra se refugia en el convento de la Penitencia, y no se necesita nada menos, para volverla á Máximo y á la vida del mundo, que una aparición de la sombra de su madre. No necesito poner de manifiesto la inverosimilitud de este desenlace de una acción que pasa en Madrid y que se dice «rigurosamente contemporánea». ¿Ha querido Galdós emplear un procedimiento shakespeariano? ¿Se ha creído con derecho á representar materialmente alguna creencia espiritista? De todos modos, á pesar de las alucinaciones anteriores que pone en boca de su heroína, el espectáculo de la última no puede por menos de chocarnos extraordinariamente.

Creo, por el contrario, que el personaje de Pantoja es á la vez menos chocante y menos inverosímil que haya parecido serlo. No es ni un Tartufo, ni un jesuíta, puesto que es sincero y puesto que no obedece á la regla de ninguna orden. Muestra solamente los peligros de una energía moral exaltada por un misticismo fanático. El hombre que, ante la cólera brutal de Máximo, conserva la serenidad de una fe más elevada que la pasión, y de una voluntad más fuerte que la fuerza, no es el sér odioso y vulgar que se representaban los espectadores de la Porte Saint-Martin. Su misma mentira, que nos horroriza, ¿no puede parecerle tan bella como el falso juramento de Paternoy en *Los Condenados?* ¿Había de vacilar cuando creía salvar un alma? Que Galdós haya dejado traslucir en su obra sus simpatías por la ciencia y por un sentimiento religioso, no ya lejano de Dios, pero sí más próximo al hombre, cosa es que tal vez estaba en su derecho hacer. Nada hizo de todos modos para justificar el título que cierto diario español le daba á la reseña del estreno de *Electra*: «El crimen de esta noche». La sombra de Eleuteria, que al venir de ultratumba debe sin duda expresar la verdad suprema, recomienda á su hija que no maldiga á quien la forzó á una reclusión pasajera: «Dios, dice ella, está en todas partes... Yo no supe encontrarle fuera del claustro; búscale en el mundo por senderos mejores que los míos». ¿Vese aquí que Galdós enseñe á destruir conventos y á volver á la matanza de los frailes? No hay que hacerle responsable ni de los entusiasmos ni de las iras que suscitó su obra. El proceso Ubao y el asunto de la brasileña de Oporto bastaron para demostrar, en el trascurso mismo de sus representaciones, que *Electra* no era tan inútil como podríamos figurárnoslo en Francia. La actitud del partido ultramontano en España probó superabundantemente que *Electra* era una obra necesaria. Ahora, de que hubo en el ardor, en cierto modo furioso con que se aplaudía, la más clara manifestación de otro y no menos funesto peligro; de que el amor al arte y la pasión por la verdad no era solamente la que animaba á los especta-

dores, que pedían en los entreactos el himno de Riego, la *Marsellesa* y el revolucionario *Trágala,* cosa es de la que estoy perfectamente convencido; pero esto es también otro asunto.

Electra se une directamente con *Doña Perfecta*. Pero antes de llevar así al teatro una de las formas españolas del fanatismo religioso, Galdós había tratado de hacer que se aceptase en la escena su sentimiento sobre el fanatismo político. *La Fiera* es una de las raras tentativas del autor, no de las *Novelas Contemporáneas*, sino de los *Episodios Nacionales*. Vese puesta en escena una de las fases de la lucha que en 1822 sostuvieron los liberales contra los realistas que querían restablecer la autoridad absoluta del rey Fernando. Los primeros, guiados por San Valerio, se han introducido por astucia en Urgel, en donde imperan los segundos bajo el mando del sanguinario Don Juan. Descúbrese el complot, y va á ser castigado, cuando la llegada de las tropas victoriosas de Espoz y Mina pone en fuga á sus enemigos. A estos cuadros, vagamente históricos, va unida, no sin cierta inhabilidad, una historia de amor. Entre los conjurados liberales se encuentra un tal Berenguer de Claramunt, cuyo padre fué muerto por el realista barón de Celis. El conjurado por venganza siente que su cólera decae, y su máscara le pesa cuando habla con la hija del asesino de su padre, con Susana; la cual, lejos de abundar en los sentimientos de su familia, profesa el mayor horror por las crueldades de las guerras civiles. Los dos jóvenes encuentran ocasión de salvarse en cierto modo la vida, y de asegurarse de su mutuo amor. Perseguido al fin por el odio de Valerio y los celos de Don Juan, Berenguer se libra de uno y otro matándoles en duelo, y como, á pesar de la diversidad de sus partidos, representan ambos un idéntico estado de alma, á lo que Berenguer ha dado muerte es á la «fiera».

El público español acogió con tanto desagrado la obra, que tal vez no contribuyó en poco á apartar durante algunos años del teatro á Galdós. ¿Pareció lánguida la obra? A juzgar por los asteriscos, se suprimió más de un pasaje en la representa-

ción. ¿Fueron insuficientes estos sacrificios? ¿Pareció la acción demasiado lenta? ¿Hizo sonreir el desenlace en vez de conmover? Lo ignoro, pero mucho temo que haya que responder afirmativamente á todas estas preguntas. Los héroes del drama no podían despertar un interés que no iba afecto al asunto. Susana no carecía de encantos; pero esta nueva hermana de Victoria y de Isidora, esta enamorada, que quiere ser una redentora, no siempre llevaba el sello ni de la verdad histórica ni de la verosimilitud moral. En cuanto á Berenguer, ofrecía una mezcla muy confusa, en la que se encontraba un poco de Hamlet y de Werther, y un mucho de romanticismo fatalista. Vióse sin duda una mediana reproducción de *Romeo y Julieta* en la inevitable pintura de un amor necesario á la tesis del autor. A pesar de la saludable lección que *La Fiera* le daba, la España moderna se apartó de la obra para volverse á ver y releer su historia en los *Episodios Nacionales*.

Uno de los raros héroes de estos *Episodios*, en cuyas palabras se pueda escuchar el eco del pensamiento del autor, Beramendi, termina así la segunda parte de sus memorias: «Sin saber de dónde venían, sentía que unas esperanzas agitaban las alas á mi alrededor. La verdad estaba muy próxima: la descubriría pronto, encontraría la representación viviente del alma española.»

Esta esperanza magnífica es la que ha inspirado *Alma y Vida*. Á juzgar por el prólogo de este drama, Galdós ha querido expresar con él «más bien un sentimiento vago que una idea precisa, la melancolía que invade y deprime el alma española». Ha puesto por época de la acción el año de 1780, uno de los que le parecen representar más exactamente el fin de la España heráldica. En su castillo de Ruy Díaz, en Castilla, la duquesa Laura de la Cerda y Guzmán lleva una existencia enfermiza. Abandona la administración de sus Estados á Monegro, quien, con la complicidad del corregidor Turpín, ejerce un odioso despotismo. Un proceso, al que la duquesa asiste para distraer su languidez, le hace conocer á un hidalgo, Juan Pa-

blo Cienfuegos, cuyos delitos no han sido sino actos de justicia. Deja al principio que le encarcelen, pero no tarda en ponerle en libertad para darle un papel en una pastoral representada en sus jardines. A favor del disfraz, Juan Pablo dice á la duquesa, en versos platónicos de Lope de Vega, que contempla en su belleza sensible la belleza divina inteligible. Al contacto de esta energía y esta adoración, Laura siente la ilusión de una fuerza renaciente. Hace que prevengan á Juan Pablo de las emboscadas que le tiende Monegro. Unas adivinadoras moriscas le han predicho que sería reina con él en un reino de alegría y de pureza. ¿Será tal reino de este mundo? Lo cree cuando Juan Pablo viene á anunciarle que Monegro está vencido y humillado. Pero, á medida que se embellece para recibir á su pueblo, su rostro palidece sin alterarse, y muere entre rosas soñando con un reino de paz y de justicia. Vasallos de Ruy Díaz, exclama entonces Juan Pablo, el gran espíritu de nuestra soberana está en un reino glorioso. Ella era la belleza divina, la ideal virtud, y nosotros no somos sino pobres vidas, ciegas, miserables... ¿Qué habéis hecho? ¿Qué hemos hecho? Destruir una tiranía para elevar otra semejante. El mal se perpetúa. Entre nosotros continúan reinando la maldad, la corrupción, la injusticia. ¡Llorad, vidas sin alma, llorad, llorad!

Bien creo que éste es el tema sobre el que ha tejido el drama, pero no siempre se desprende claramente de las escenas secundarias. Galdós declara que la exposición de los caracteres y el desarrollo del asunto no le han permitido ser más conciso. Una vez más sus hábitos de novelista le cierran los ojos sobre lentitudes de las que no es el mejor juez. ¿Está, por lo demás, bien seguro él mismo de no haber pensado cuando escribió el acto de la pastoral sino en «la lógica interna de su drama»? ¿No se dejó más bien arrastrar por el deseo de aprovechar todos los documentos que le suministró nuestra ópera, por la irresistible tentación de un brillante efecto escénico?

No se pueden tampoco aceptar sin reserva sus considera-

ciones sobre un simbolismo que combatió, pero sirviéndose de él en *Los Condenados*. Galdós sostiene ahora que la claridad no es una condición del arte y que la trasparencia no es un elemento de belleza. Es posible. Pero todos los razonamientos del mundo no harán que el genio español se complazca en los confusos tintes que gustan bajo otros cielos, ni que el dramaturgo pueda prescindir de tener en cuenta á su público. ¿Qué público, por lo demás, por setentrional que fuese, no se vería desconcertado por la diversidad de elementos puestos en juego en *Alma y Vida*, como también por la interpretación que conviene darles? No es fácil guardar una impresión armoniosa de un drama en donde, en el segundo acto, unos pastores dicen ingenuidades del gusto de Juan de la Encina; en el que intervienen después unas hechiceras algo shakesperianas, en el que se formulan, en fin, unos sueños comunistas que Tolstoi quisiera convertir en realidades. Sin duda no son éstos sino rasgos aislados, pero perjudican á la unidad del todo.

Los personajes principales no siempre nos evitan tales discordancias. Dícesenos en el prólogo que si Juan Pablo no muere, es porque representa la parte sana del país, la «que no sufre de parálisis ni de caquexia». No es esto lo que representa en la escena, en donde aparece más bien como una especie de héroe romántico vigorosamente coloreado de socialismo. La misma Laura es indecisa y desconcertante. Para aceptar que se prende de Juan Pablo hay que saber que éste es la fuerza viva del pueblo español, y que aquélla es el alma. ¡Pero cuántas veces muestra ternuras conmovedoras que son de una simple mujer, y no de un personaje tan plenamente simbólico! La conclusión del drama, si la hay, es que á una tiranía sucede otra tiranía, y que España se muere porque queda una vida sin alma. Todavía era preciso, para dárnoslo á entender, mostrarnos á la administración que sucede á la Monegro trasformándose al poco tiempo en otro «caciquismo».

Todas estas reservas, y otras más, no impiden que *Alma y Vida* sea una obra bella. Las obras fuertes, las obras seducto-

ras no siempre son obras perfectas. Y hay á la vez fuerza y encanto en el drama simbólico de Galdós. El que no haya realizado todas las esperanzas de su autor es la suerte inevitable de casi todos los grandes pensadores. Pero el tener vastos pensamientos y amplias esperanzas no es el privilegio de los espíritus mediocres y de las imaginaciones vulgares.

IV

Tampoco es el signo de una inteligencia vulgar el no perder en el anhelo de una ambición generosa el cuidado y el sentido de la realidad. Galdós advirtió que la obra en la que veía con razón el esfuerzo más bello de su alma pasaba sin impresionar á los espectadores. La defendió y se quejó. Hizo más aún: continuó. Sabía que el público es un tirano misterioso, pero no ignoraba tampoco que es también, y sobre todo en España, un niño travieso que á veces se deja educar. ¿Hasta qué punto hay que ceder á sus gustos, y en qué medida conviene violentarlos?

Adivina si puedes, y elige si te atreves.

Galdós adivinó que los dramas de su primera manera no siempre entusiasmaban á los espectadores, y que los otros se deformaban harto á menudo á gusto de las pasiones políticas y religiosas. Conocía que es difícil no el permanecer frío cuando se trata de cuestiones candentes, sino imponer á los hombres congregados para el espectáculo de su existencia una emoción puramente estética. No desesperó, sin embargo, y aprovechando experiencias ya hechas, pensó escribir una obra que todos comprendieran sin que nadie la explotase, y que le evitase tanto los aplausos fanáticos como los injustos desdenes. Este sueño, del que reconozco que *Mariucha* no ha ofrecido sino una imagen imperfecta, le creo realizado en *El Abuelo*.

Hay en *Mariucha* un esfuerzo, á menudo bastante hábil

para fundir en un conjunto armonioso *Voluntad* y *La de San Quintín*. La noble familia de Alto Rey, agotados los recursos, se ha refugiado en Agramante. El marqués, D. Pedro de Guzmán, no cuenta más que con la lucrativa situación que el Estado parece deberle á Cesáreo, el hijo de aquél. Por fortuna su hija María, ó más bien Mariucha, como se la llama familiarmente, encuentra á un comerciante en carbones que le enseña el poder de la voluntad y el valor del trabajo. Cierto es que este comerciante en carbones no es una *auvergnat* vulgar, es decir, un gallego ó un asturiano cualquiera. Antes de hacerse llamar León, era Antonio Sanfelices y sobrino del marqués de Tarfe. Arruinado tontamente, y más tontamente comprometido en una estafa, ha tenido la energía de rehacerse una vida nueva, y está en vísperas de un digno bienestar. Gracias á sus lecciones, Mariucha, que no ha heredado ninguno de los prejuicios de su familia, instala en el antiguo palacio de Alto Rey un taller de encajes y de flores artificiales, que no tarda en prosperar. Desgraciadamente para ella, Cesáreo se casa con los millones de una viuda americana. Ella esperaba llegar á ser mejor que el discípulo de su maestro. La fortuna del hermano cambia la situación de la hermana. El carbón se ve amenazado de una baja espantosa. Mariucha y León concluyen por juntar sus manos laboriosas, pero después de terribles combates, en los que con el solo apoyo del cura de la parroquia tienen que luchar contra el orgullo del marqués y la autoridad despótica de Cesáreo, convertido merced á su matrimonio en el cacique de Agramante.

Algo lentas se suceden las principales fases de este asunto. La exposición no termina hasta el segundo acto, y si se ve el porqué de más de un diálogo un poco latamente razonador, es lástima que unas explicaciones necesarias se queden en explicaciones sin trasformarse en emociones. Los personajes están demasiado exclusivamente consagrados, y, por consiguiente, sacrificados á la tesis que están encargados de representar. León es mucho más un papel que un carácter, y Mariucha no

ostenta sin una inquietante perfección el admirable empleo de ser la imagen viviente de la verdadera verdad. Las ideas que uno y otra encarnan no son nada nuevas bajo el sol, ni siquiera á la luz de la batería. El que la ley de la vida moderna sea el trabajo, es el dogma esencial de un evangelio, del que Zola no ha sido el primero ni el último apóstol. El que después de haber cumplido con el deber de la labor infatigable tenga el individuo derecho á disponer de sí mismo, es una afirmación que se ha aplaudido á menudo en la escena, sobre todo cuando se ha traducido del noruego. No por esto se ha de alabar menos en *Mariucha* el haber puesto tales palabras en boca de personajes que no son tal vez caracteres vigorosamente trazados, pero de los cuales unos personifican defectos muy españoles, y de los cuales otros tienen aspiraciones generosas que sería injusto confundir con las reivindicaciones venenosas del espíritu de partido.

La concepción filosófica que se deduce de *El Abuelo* es más desinteresada todavía, y tiene la incomparable ventaja de no perjudicar en nada á su valor psicológico. He aquí, en fin, un drama de una elegante sencillez, que sin renunciar á hacer que pensemos, no cesa de interesarnos en sus personajes y no nos sugiere ideas sino después de habernos comunicado emociones. La prueba mejor de que está fuertemente concebido se encuentra en que es tan fácil resumirle como difícil hacer sentir su efecto. El anciano conde de Albrit, D. Rodrigo de Arista-Potestad, es el abuelo de Neel y de Dolly. Sabe que una de las dos no es hija de su hijo, muerto durante su ausencia; pero no sabe cuál sea la única que tiene derecho á su afección. Preciso es que trate de sorprender este secreto, que importa al honor de su noble familia, en los ojos y en la voz, en los instintos y en el alma misma de las dos seductoras muchachas que se parecen como dos gemelas. Tras angustiosas vacilaciones, D. Rodrigo cree descubrir que su verdadera nieta es Nell. Reconoce después, por las diversas manifestaciones de una ternura y de un orgullo que le seducen

igualmente, que su verdadera sangre es Dolly. Entérase entonces de que es Nell; pero ilustrado por su mismo dolor, que le hace ver en la eternidad una continua mezcla de razas y de generaciones, se queda con el ave extranjera que quiere hacer su nido en el tronco abandonado de Albrit. He aquí todo lo esencial de *El Abuelo*; y es bastante saliente, sobre todo en España. En un país en que el teatro ha usado y abusado de complicadas intrigas y ha suministrado á casi toda Europa situaciones novelescas y escenas sangrientas, Galdós ha logrado aplausos para un drama en que los acontecimientos exteriores apenas desempeñan ningún papel, en que las investigaciones angustiosas y las dolorosas fluctuaciones de un alma que persigue un secreto de familia bastan para apoderarse del espectador y comunicarle la más legítima y la más palpitante de las curiosidades, para llevarles, en fin, á través de peripecias puramente morales, á un desenlace que se traduce sin esfuerzo en una lección de humanidad.

El Abuelo demostró la imparcialidad de su autor. *Bárbara* la probó superabundantemente.

Diríase que al escribir esta tragicomedia quiso Galdós cerrar la boca á los que aún persistían en tratarle de revolucionario. Sostiene en ella, en efecto, con un arte que no carece de fuerza ni de fantasía, una tesis que no ha podido por menos de parecer «reaccionaria». La escena ocurre en Siracusa, en 1815. Bárbara, condesa de Termini, en un movimiento instintivo de rebelión, ha dado muerte á su odioso marido, Lotario Paleólogo. Acusan del asesinato y van á llevarle al suplicio á aquel á quien ella ama y por el que es amada con un amor puramente espiritual, al místico capitán español Leonardo de Acuña. ¿Cómo obtener su indulto? El amo de Siracusa, el intendente Horacio Baddaloni, exige, para concederlo, que la condesa de Termini, que ha roto con la sociedad al hacerse criminal, vuelva al mundo, casándose con Demetrio Paleólogo, en quien parece resucitar el hermano asesiuado. Bárbara, tras una lucha dolorosa, concluye por aceptar aquella boda

como la expiación necesaria; y mientras que se aleja Leonardo, que sigue á una peregrinación á Tierra Santa, Horacio se regocija de haber ocupado los ocios de su tiranía «en modelar con la miseria humana la estatua ideal de la Justicia». En efecto, ¿qué es para él la Justicia? Consiste en el regreso al estado anterior; en lo que llama el restablecimiento del derecho perturbado. ¿No justifica la Historia semejante concepción? Celébrase en el tercer acto un *Te Deum* en honor de la batalla de Waterlóo. ¿Qué significa esta victoria sino que las cosas van á volver al estado en que se encontraban antes de la Revolución francesa?

Explícase sin trabajo que el público de Galdós quedara bastante desconcertado ante una manera de entender la justicia que se parece mucho á la negación misma del progreso.

Admiró en *Bárbara* la poesía del decorado y la trágica belleza de dos ó tres situaciones. Entrevió en la condesa de Termini y en su caballero español la personificación de dos concepciones de la vida: la pagana y la cristiana. Le era más difícil penetrar en el pensamiento sutil del artista y enigmático tirano que es el verdadero héroe de la obra. ¿Es verdaderamente necesario discutirle? Se puede, si se quiere, referirle á la filosofía de Krause, que ha tenido en España tanta aceptación. Pero Galdós sabe tan bien como cualquiera que Waterlóo no suprimió la Revolución francesa, y que las aguas del río de la vida no remontan jamás su curso. Si quiso probar algo, fué sin duda que su arte tiene bastante flexibilidad y objetividad para poner en obra la idea más contraria en apariencia á la inspiración general de su teatro. ¿Es esto decir que *Bárbara* sea una apuesta? No. ¿Un arrepentimiento? Tampoco. Es más bien una irónica distracción.

Tenemos una prueba excelente de esto en su última comedia. *Amor y Ciencia*, en efecto, vuelve á llevar á la escena las ideas más gratas al autor de *Voluntad* y *Mariucha*. Nos hace asistir á una regeneración moral cuyos factores son los mismos que dan título á la obra. Por su ciencia, que logra salvar

al hijo que ella ha tenido de su adulterio; por su amor, que ve ella en acción en una colonia modelo en la que él ha recogido algunos desheredados de este mundo; por estas cualidades, cuya grandeza y cuya belleza no comprendiera ella, el médico Guillermo Bruno corrige el alma deformada y el espíritu cegado de su mujer Paulina, y la encamina por la nueva senda en donde encuentra el perdón, en donde descubre el verdadero sentido de la vida.

Pueden encontrarse en la última comedia de Galdós languideces é inverosimilitudes. No se puede negar que no obedece á ninguna preocupación de polémica. Aunque se esfuerce en desprender de una pintura de la vida española contemporánea una aspiración hacia ideas más amplias y más modernas, no se pone al servicio de ningún partido, y, tan sólo cuidadosa del arte, presenta la tesis que la inspira. Es uno de los ensayos, no de los más vigorosos, pero sí de los más puros, de ese drama de análisis moral que Galdós no ha cesado de querer aclimatar en la escena de su país.

V

¿Hasta qué punto lo ha conseguido? ¿Cuál es el valor y cuál el alcance moral de su teatro? A estas inevitables preguntas no será tal vez demasiado impertinente tratar de dar, para concluir, una respuesta provisional.

La obra dramática de Galdós, cualquiera que sea la estimación en que se la tenga, no debe ser puesta, á lo que me parece, al mismo nivel que su obra de novelista. En la novela solamente podía Galdós mostrar toda su valía y sacar el mejor partido tanto de sus buenas cualidades como de sus defectos. Su afición á las minuciosas descripciones morales; la fecundidad de su imaginación, que se complace en agrupar en torno de sus héroes favoritos á todo un pueblo de personajes secundarios; la misma amplitud de su inteligencia, ávida de com-

prender y de representar las ideas más diversas y los matices de alma en apariencia contradictorios; su concepción del arte, en una palabra, exigía para explayarse no los convencionalismos necesarios de la escena, sino la relativa libertad del libro. Hay, por lo tanto, que felicitarle por haber sabido, en un camino que no era el suyo, recoger nuevas flores.

Logró por el pronto, y sin demasiado trabajo, crearse un lenguaje dramático. Censurábanse en el novelista, sobre todo en la primera serie de sus *Episodios*, familiaridades é incorrecciones. Estos giros pintorescos encontraron su puesto natural en boca de los personajes de su teatro. ¿No estaban recogidos de los mismos labios de sus contemporáneos? El diálogo de Galdós es la conversación castellana tal como se escucha hoy; y, al hablar con la mayor flexibilidad, sus personajes adquieren un aire de verdad que hace olvidar más de una vez algunas inverosimilitudes de su carácter ó de su papel. Interrogad á un español: os dirá que merece aprenderse el castellano por numerosas y varias razones, y también para oir hablar en su lengua á los personajes de Galdós.

Los asuntos en que intervienen no siempre son franca y absolutamente originales, pero es raro que no sean nuevos en España, y es difícil que no llame la atención su variedad. Cosa natural es que los argumentos ideados por Galdós dejen entrever mutuas relaciones y se refieran todos á una unidad superior, puesto que fueron concebidos por la misma mente. Para formar verdaderamente un teatro, preciso es que tengan un aire de familia. ¡Pero con qué diversidad la muestran! Más ampliamente hermanos ó más especialmente españoles, más precisamente familiares ó más vagamente simbólicos, atestiguan un esfuerzo jamás cansado para renovarse. Ninguno de ellos se deja nunca llevar á enredos artificiosos ó á sangrientas complicaciones.

Galdós abandona á la vez la tradición de la comedia del siglo de oro y los ejemplos del duque de Rivas ó de D. José Echegaray. Puede discutirse la verdad ó la verosimilitud de

sus exposiciones. No se puede negar que para encaminarse hacia el desenlace prescinden de ordinario hasta el extremo límite de lo posible de las intervenciones del exterior, para atender, y á veces con exceso de lentitud, solamente á las pinturas morales.

Semejante teatro exige los más preciados recursos de la psicología. Casi nunca le faltan á Galdós, pero no siempre le sirven en la escena tan bien como en la novela. Sobre todo en la creación de los personajes secundarios da pruebas del mayor acierto. Servidores egoístas ó ladinos agentes de negocios, devotas autoritarias ó vanidosas alcaldesas de pueblo, esos hombres y esas mujeres que no hacen más que cruzar la escena, no la abandonan sin que nos haga sonreir el rasgo tan definido como discreto que para siempre les queda. Galdós sobresale en la pintura de esos *pícaros* modernos, que, casi sin inteligencia ni ingenio, adquieren sin embargo, como el Senén de *El Abuelo*, una regular posición con las solas fuerzas de la adulación y de la inteligencia, y los cuales, con arreglo á la fórmula del Pepe Fajardo de los *Episodios Nacionales*, en espera de ser el rico que la come, no quieren ser la liebre á la que aderezan, sino el cocinero que la adereza.

Los personajes principales nos interesan á menudo, y nos conmueven más de una vez. Nunca nos parecen de una verdad bastante viva y, si puedo decirlo, bastante irritante. Los que son sabios se envuelven en una serenidad demasiado fría. Los que comparten las pasiones humanas no producen la impresión de ser únicamente producto de la observación. La mujer amada, soltera ó viuda, es casi siempre un alma selecta, á la que su generosidad natural atrae hacia la desgracia, á la que su despierta inteligencia impulsa hacia nuevas luces. El hombre que la conquista vive, por lo general, fuera de la sociedad. Tiene el arrogante desprecio de los convencionalismos y de las cobardías, y una inquebrantable confianza en el valor de su energía. Ella y él hablan en prosa; pero se podría apuntarles unos versos bastante conocidos.

Lui. Un ange vous dit-il combien vous êtes douce
Au malheureux que tout abandonne et repousse?
Elle. Vous êtes mon lion superbe et généreux.

Exagero; pero es para que se comprenda mejor que, por penetrados que estén del aliento moderno, los héroes de Galdós son, sin embargo, muy españoles, puesto que, en asuntos contemporáneos, siguen siendo románticos impenitentes.

Justo es añadir que tal vez nos parecerían más verdaderos si pudieran abrirnos más su alma, y si no estuvieran cargados por el autor con el peso de tantas ideas. ¿Cuál es, pues, el valor filosófico de un teatro que se preocupa de significar y hasta de enseñar algo?

Supongo que se me dispensará de toda reflexión preliminar sobre la utilidad que haya para el autor dramático en sacar su obra de la idea misma que quiera discutir. Cuestión es ésta que no ha dejado de estar á la orden del día, desde Dumas hijo hasta Brieux; pero creo que se ha dicho sobre ella casi todo lo razonable ó absurdo que se podía imaginar. No carece, sin embargo, de interés el recordar que la obra de tesis es mucho menos frecuente en España que en Francia. Sin duda es una injusticia negar á la comedia del siglo de oro el mérito de haber sabido á veces ostentar el pensamiento. Leed *La vida es sueño*, de Calderón, y veréis con qué vigor se lleva á la escena la idea filosófica que justifica tal título. No es menos cierto que el público español ha pedido, sobre todo al teatro nacional que expresaba toda su alma, no una materia de reflexión, sino espectáculos del más vario movimiento, y pinturas del amor y del honor cuya violencia no dejaba de ser superficial, puesto que se veían brillar en ella fulgurantes resplandores más bien que una luz serena y continua. Podía, por lo tanto, preciarse Galdós de ser original en un género cuya evolución está lejos de haber terminado en su país. ¿Lo ha sido en efecto?

Tentado está uno de responder que no. No nos ha sido difícil mostrar los orígenes extranjeros de las ideas sostenidas

por los primeros dramas de Galdós. Hemos encontrado en ellos reivindicaciones que estaban de moda entre nosotros por el año 1840; hemos percibido el eco de los evangelios de Ibsen ó de Tolstoi. Los dramas de la segunda manera no enseñan más que una verdad bastante vulgar: que el fanatismo es muy peligroso, bajo su forma política ó bajo su forma religiosa. Los últimos problemas llevados á la escena por Galdós tampoco producen un efecto de sorpresa. ¿Es el honor una herencia que solamente asegura la pureza de una sangre noble, ó no es, por el contrario, sino una ilusión social? ¿Exige la naturaleza, para la realización de los altos destinos, la integridad de la raza, ó bien borra en una incesante marcha las distinciones imaginadas por nuestro orgullo? ¿Manifiéstase la herencia ineludiblemente en las facciones de la cara ó en los caracteres del alma? ¿No puede el mal trocarse en bien, de suerte que al fin el honor se incline ante el amor? Nuestro teatro ha suscitado más de una vez preguntas análogas; y para no citar sino sus más recientes producciones, hay algo de esto en *Les Fossiles* ó en *L'Evasion*. No hablo, por supuesto, del prejuicio nobiliario, que, bajo una ú otra forma, encuentra el medio de aparecer hasta en las comedias, en que los negocios son los negocios.

Para ser justos con Galdós hay que hacer dos reflexiones. La primera es que todas estas cuestiones que parecen haber atravesado los Pirineos con libros rusos, noruegos ó franceses, los hace suyos por el color que les ha dado. La segunda y la más importante es que se requiere un valor no escaso y una originalidad no mediana para haberlas tratado en la escena española. Los espectadores de Galdós han opuesto á su teatro una resistencia, que se explica, sobre todo, por el profundo trastorno que originaba á sus inveterados hábitos de sentir y de pensar, ó... de no pensar. Galdós aportaba las ideas más opuestas del mundo á la tradición nacional, imponía á su público todo lo que era capaz de soportar su modernismo. ¿Os figuráis los héroes de Calderón asistiendo á una representa-

ción de *El Abuelo*? ¿No se indignarían de ver así la deshonra del honor? El anciano conde de Albrit parecería en el desenlace un descendiente degenerado al *Médico de su honra*. El teatro español contemporáneo tiene dos caras muy distintas. Con la una mira al pasado, y es la que presenta todavía á su público el penúltimo laureado con el premio Nobel, D. José Echegaray. Pérez Galdós es, por el contrario, el verdadero fundador de esa escuela que, con Benavente, Dicenta y otros «jóvenes», trata de hacer que penetren en la escena de su país las ideas y los sentimientos de la Europa de hoy. Y por esto su obra dramática no me parece extranjera.

No por ello deja de seguir siendo una obra nacional, y en el mejor sentido de la palabra. Predica, en efecto, y con elocuencia, las ideas que son actualmente más necesarias á España. El representante más ilustre de la crítica y del catolicismo españoles, Menéndez y Pelayo, combatió al principio en Pérez Galdós al más peligroso de los heterodoxos. Ha concluído por alabar la sinceridad y la valía de su esfuerzo. Si se apartan una ó dos obras y algunas escenas cuyo principal yerro consiste en no haber sido escuchadas con una curiosidad puramente estética, el teatro de Galdós parece realizar una obra útil. Trata de que oree una tierra en la que la tradición de la Edad Media conserva aún tanta fuerza, algo del hálito del espíritu moderno. Los defectos que personifica en sus héroes son los mismos vicios por los que se explica la decadencia de una raza que no se levantará sino curándose de ellos. Dirigíos á españoles. No hay un hombre político sincero que se niegue á ver en el caciquismo la úlcera que corroe todas las fuerzas vivas de ese generoso país. Los católicos ilustrados tampoco tendrán dificultad en reconocer que la devoción mal entendida es harto á menudo entre ellos una traba para la difusión del progreso. Los héroes de España son todavía demasiado exclusivamente los santos y los «conquistadores». A estas figuras de otra época importa añadir otras imágenes y otro ideal. Tiempo es de que España aprenda á conocer y admirar

á los voluntarios de la labor cuotidiana. Digno de loa es quien enseña á despreciar el lujo de los domingos para honrar el bienestar de todos los días, á no contar con los injustos favores del Estado, sino con el propio y leal esfuerzo. En uno de los últimos *Episodios Nacionales,* la reina Isabel discurre con Beramendi acerca de la historia de España.

Galdós empezó por contar la historia de la España no oficial, sino real, por penetrar en lo más profundo de su alma, y porque amaba su belleza no creyó que debía ocultarle sus flaquezas y sus imperfecciones. La obligó entonces á que fuese á mirarse en su teatro. No siempre ella reconoció su imagen, pero se sintió siempre envuelta por un soplo extraordinariamente puro y fresco. Galdós no podía prestarle mejor servicio. Ella se encerraba en sí misma, y languidecía con el sentimiento estéril de una gloria pasada. Con mayor piedad filial que ardimiento revolucionario, Galdós sacudió el polvo que la cubría, y le ha enseñado el saludable remedio de caminar al aire libre en la plena luz de hoy.

ERNESTO MARTINENCHE

CRÓNICA LITERARIA

La nueva Biblioteca de Autores Españoles.

La idea de continuar la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneira se les ha ocurrido á muchos antes de que se llevara á efecto. En estas mismas Crónicas se ha hablado alguna vez del asunto, pues era notoria la conveniencia de ampliar y proseguir aquel archivo de nuestras letras, que quedó incompleto. Pero el ser tan general y tan fácil de concebir esa idea en nada aminora el mérito de haber acometido la empresa bajo la dirección del más conspicuo, erudito y elocuente de nuestros críticos é historiadores de las letras, con lo cual queda dicho que se trata de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

La Biblioteca, que empezaron á publicar en 1846 Rivadeneira y Aribau, y que prosiguió el primero con tenacidad verdaderamente catalana al través de muchas peripecias y dificultades, prestó un servicio eminente á nuestra cultura literaria. Apreciada en conjunto, es sin duda la publicación más importante en su género que ha salido de las prensas españolas en el siglo XIX, y deja muy atrás á todas las demás colecciones literarias que después han visto la luz. Popularizó ó, al menos, extendió textos que andaban en ediciones raras ó agotadas; mejoró la lección de algunos, y con sus prólogos y anotaciones, desiguales ciertamente en mérito, aportó una contribución de gran valor al estudio de nuestra historia literaria.

El hecho de que tardarán más de treinta años en publicarse los 71 tomos de que consta dicha colección, incluyendo el

de índices, ya está diciendo que no fué próspera ni fácil su vida. En la biografía de Rivadeneira, escrita por su hijo don Adolfo é inserta en el tomo de índices de la colección, se cuentan al pormenor las vicisitudes por que pasó la Biblioteca. Se vendían poco los tomos, escaseaban los recursos; Rivadeneira tuvo que pasar más de una vez á América á hacer propaganda y á buscar elementos para continuar su empresa, y al cabo se vino á parar en el desenlace obligado de estos asuntos en España: buscar en el auxilio oficial los recursos que no otorgaba el favor del público. Las Cortes del 56, á propuesta de D. Cándido Nocedal (prologuista en la Biblioteca de las obras de Jovellanos), concedieron á la colección un subsidio de 400.000 reales en forma de compra de ejemplares; subvención plausible, dada la importancia de la Biblioteca, pero caso lamentable, pues es probado que los hijos del favor oficial viven entecos y raquíticos, mientras que son vigorosos y lozanos los del favor del público.

Aun siendo tan extensa la Biblioteca de Rivadeneira, cuyos textos están contenidos en 70 tomos de apretada impresión, á dos columnas, en 4.° mayor, tan vasto es el campo de la literatura castellana que, lejos de agotarle, ni siquiera espigo en él lo suficiente aquella colección. En el erudito y elegante prospecto de la nueva Biblioteca continuadora de la de Rivadeneira, que está denunciando la pluma de Menéndez y Pelayo, se señalan con gran acierto las lagunas que dejó aquella Biblioteca y no han colmado las colecciones posteriores de plan menos vasto y de tendencia más erudita, que luego han visto la luz. Aun en los géneros mejor tratados en la Biblioteca de Rivadeneira, como el Teatro y la Novela, falta mucho; otros, como la Didáctica y la Oratoria, tienen pobre, escasísima ó nula representación, é igualmente es mezquina la de nuestra Literatura anterior al siglo XVI. Falta, por último, la Literatura del siglo XIX, rica y copiosa en varios géneros, y la de las lenguas regionales, así como la latina, arábiga y hebrea de autores nacidos en España, aunque éstas, siguiendo el

criterio filológico, están fuera del marco de la Literatura española.

Todas estas lagunas pretende llenar la Biblioteca nueva, á más de perfeccionar la transcripción de los textos, aprovechando los adelantos de la Filología y la Crítica. Dicho queda con esto que el plan de la publicación de que tratamos no sólo es muy extenso, sino hasta si se quiere ambicioso, y que si á realizarse llegara por entero, superaría ella en importancia á la misma Biblioteca de Rivadeneira, con haber incluído ésta en sus volúmenes la flor de las letras hispanas, y tener la natural precedencia que á los iniciadores corresponde.

Las circunstancias son ahora mucho más propicias que á mediados del siglo XIX para que se logre y prospere una Biblioteca de esta clase. Hay un público mucho más extenso que entonces, mayor afición á la lectura, más recursos editoriales y un indiscutible adelanto en la erudición y en la historia literaria que asegura no ha de languidecer la Biblioteca por falta de personal inteligente que colabore en la depuración de los textos, en su explicación y adecuado comentario. Pero, á pesar de todos estos felices augurios, creo que el haber querido conservar la forma de la antigua Biblioteca ha de perjudicar algo al buen éxito de la nueva. A mi parecer, el haber mantenido el tipo del volumen de Rivadeneira, de copiosa lectura, tamaño incómodo y precio relativamente elevado, encierra un error inicial y un exceso de timidez. Parece que se ha querido tomar como base de la existencia de la nueva Biblioteca un público corto y especializado, las suscripciones de los centros de cultura, de los bibliófilos y de los familiares de las letras, en vez de disputar atrevidamente el gran público ó la parte más ilustrada y conquistable de él á las traducciones extranjeras que con abundancia extraordinaria se publican.

Quizás eso pueda asegurar la vida de la Biblioteca, pero es difícil que la asegure una vida próspera y fácil. Con todo, bien puede remediarse aún el defecto indicado, si á la edición grande de la Biblioteca se une más adelante una edición po-

pular en tomos manuables y económicos, aunque tengan menos lectura. Esto no sólo puede contribuir á asegurar el buen éxito de la Biblioteca desde el punto de vista editorial, sino á hacerla mucho más eficaz como instrumento de divulgación de la cultura literaria.

Hasta ahora van publicados tres tomos de la nueva Biblioteca. El primero debía completar la colección de novelistas anteriores á Cervantes que se contiene en el tomo III de la Biblioteca de Rivadeneira; pero lo ha absorbido por entero y aún no termina en él la introducción escrita por el Sr. Menéndez Pelayo, que forma un extenso *Tratado histórico sobre la primitiva novela española,* y ese es su título. Evidentemente excede de los límites propios de una introducción el trabajo del Sr. Menéndez Pelayo, y él mismo lo reconoce en estas palabras: «Habiendo durado la impresión de este tomo cerca de tres años por causas que sería prolijo exponer, he ido dando casi involuntariamente mayores ensanches al plan primitivo, hasta el punto de resultar la introducción, no un mero prólogo, sino una historia bastante detallada de la novela española anterior á Cervantes. Ni aun ha sido posible incluirla toda en este volumen; restan todavía dos largos capítulos, el uno sobre la novela de costumbres y el otro sobre los cuentos y narraciones cortas».

En el tomo publicado, que tiene más de 500 páginas, empieza el Sr. Menéndez Pelayo haciendo una reseña de la novela en la antigüedad clásica griega y romana, resumen excelente en que se admira el hondo sentimiento de lo clásico y la elevada imparcialidad con que discurre y juzga el ilustre escritor. Otro capítulo está consagrado al apólogo y cuento oriental y al modo como se transmitió á los pueblos de Occidente, y en particular á España, examinándose á seguida en el tercer capítulo la influencia de las formas de la novelística oriental en la literatura de nuestra Península durante la Edad Media. Los capítulos IV y V forman un extenso y magistral estudio acerca de los libros de caballerías, origen y evolución

de esta frondosa y singular rama novelesca, hasta su decadencia y ruina á fines del siglo XVI. Los tres capítulos restantes tratan sucesivamente de la novela sentimental, de la novela histórica y de la novela pastoril. Cierran el tomo breves adiciones y rectificaciones encaminadas á completar algunas partes del texto con nuevas noticias bibliográficas.

Leído el trabajo de Menéndez Pelayo, no se puede menos de celebrar que, saliéndose de la extensión ordinaria de los prólogos de obras semejantes, le haya dado tan vastas proporciones. Abre con llave de oro la nueva Biblioteca esta historia de la antigua novela española, y no se podía dar más digno y elegante frontispicio á la galería de nuestros clásicos. No es sólo la extraordinaria copia de noticias y la elegancia y hermosura de la forma lo que en el tratado se admira. En la misma línea que la erudición y el estilo hay que poner la sagacidad crítica, la amplitud de espíritu y el exquisito gusto con que están apreciados obras, autores y géneros en esta deleitosa é instructiva excursión por el campo de la novelística. Puede decirse que el espíritu de Menéndez Pelayo está ahora en su mejor época. No tendrá el fuego de la época juvenil de los *Heterodoxos*, no escribirá tal vez páginas tan cálidas y vibrantes, pero todo en él se ha depurado, ha adquirido el perfume y la limpidez de los vinos viejos. La acumulación del saber en años ya no cortos de labor incesante, la meditación reposada de un entendimiento hecho y maduro, el trato asiduo y constante con los mejores modelos, dan ahora los más bellos y sazonados frutos que puede ofrecer la erudición asistida de una privilegiada inteligencia. El caso de Menéndez Pelayo es un mentís á los que, guiándose por la exterioridad de las apariencias ó por un seco y estrecho intelectualismo, creen que las fronteras de una escuela, de una fe religiosa ó una convicción filosófica aprisionan á los espíritus superiores y acortan sus horizontes. Sólo para los espíritus pequeños y de corto vuelo son estrechas esas fronteras.

El segundo tomo de la Biblioteca se compone de *Autobio-*

grafías y *Memorias* coleccionadas por D. M. Serrano y Sanz, y por su variedad y el interés de los escritos que contiene es amenísimo y de subido valor histórico, no sólo para el conocimiento y la apreciación de los hechos que son materia de estos trabajos autobiográficos, sino también para la observación y estudio de las costubres y el espíritu de la época respectiva.

El Sr. Serrano y Sanz ha escrito un prólogo de bastante extensión (más de 150 páginas), muy sustancioso, muy ceñido al asunto y lleno de curiosas noticias. Algo desaliñado en la composición, no muy limado en el estilo, escrito llanamente, al correr de la pluma, si no es una historia acabada y artística del subgénero autobiográfico en España, encierra, al menos, copia de materiales para escribirla, y revela un estudio profundo del asunto, una escrupulosidad en la investigación, un buen sentido crítico y una franca y simpática sinceridad dignos de todo elogio. Es un trabajo sólido, que aparenta menos de lo que vale, que se lee con agrado, sin esfuerzo, y que enseña y sirve de guía.

La elección de textos es muy acertada, y por sí sola demostraría el buen gusto y conocimiento de la materia del Sr. Serrano Sanz. Entre ellos figuran el *Viaje á Turquía,* de Cristóbal de Villalón, presunto autor del Crotalón, hombre de letras, de travesura é ingenio, que estuvo cautivo en poder de turcos, y nos describe lo que era en su época (siglo XVI) el imperio otomano y la condición y vida de los cautivos cristianos, aspecto interesante de la época; la *Vida y cosas notables del señor Obispo de Zamora D. Diego de Simancas*, y el *Discurso de la vida del ilustrísimo y reverendísimo señor D. Martín de Ayala*, así como varios fragmentos de la *Memoria de lo sucedido en el Concilio de Trento, por D. Pedro González de Mendoza*, memorias y relaciones de prelados que ofrecen alto interés, ya por lo que del Concilio tridentino nos cuentan, ya por lo que descubren de las costumbres y psicología eclesiástica de la época; el *Viaje del mundo, hecho y compuesto por el clérigo agradecido*, Pedro Ordóñez de Ceballos, relación á ratos verí-

dica, á ratos inventada y fantástica, pero siempre curiosa, varia en observaciones y rica en aventuras; y varias otras relaciones más breves, como la de Alonso Soleto Pernia sobre la busca del Dorado, la relación de la vida del capitán Domingo de Toral y Valdés y la *Relación en que se manifiesta el nacimiento de Fraudelio Carlhet, pseudo-hermano de Suldino Dovalle, y la diferencia de sus fortunas y correspondencias*, por don Luis de Ulloa y Pereira, especie de libelo enderezado contra el propio hermano del autor, á quien se disfraza con el nombre de Fraudelio Carlhet, y que, forjado tal vez para ejercer presión con la amenaza del escándalo, no llegó á publicarse. Está escrito con soltura y buen estilo, no escaso de presunción y lleno de citas.

En el tomo III empieza la colección de predicadores de los siglos XVI y XVII, con los sermones de Fray Alonso de Cabrera, del Orden de Predicadores, orador sagrado famoso en tiempo de Felipe II, y muy estimado de este monarca.

El colector y prologuista de estos sermones ha sido el académico D. Miguel Mir, el cual, en su introducción, trata de vindicar á la elocuencia sagrada española de la opinión corriente que la da por género inferior, así en relación con otros de la literatura religiosa española como comparada con la similar elocuencia de otros países, en cuyos púlpitos vibraron las voces elocuentes de un Bossuet ó un Seguerí.

No sé yo si consigue por completo el fin que se propone el Sr. Mir, pero argumenta excelentemente en favor de su tesis. El concepto que expone de la oratoria sagrada es elevado y exacto, y sutil la aplicación que hace de él á España para demostrar que aquí no pudo menos de florecer aquel género de elocuencia. Bien que ésta es una cuestión de hecho que sólo por lo que los hechos digan puede ser sentenciada, antes que por los más persuasivos argumentos *á priori*. Por lo menos, hay que reconocer que el brillo de otros géneros, como la mística y la teología, ha apagado bastante, entre nosotros, el de la oratoria sagrada.

El resto de la introducción está consagrado á trazar la biografía y á explicar la oratoria del P. Alonso de Cabrera, al que presenta el Sr. Mir como ejemplo de su tesis y demostración de la altura y perfección á que entre nosotros llegó la oratoria del púlpito en el siglo XVI y primera mitad del XVII. Muy alto pone el erudito y entendido prologuista al P. Cabrera; como que le compara, desde el punto de vista literario, con ambos excelsos Luises, con Cervantes, Lope, Quevedo y el P. Juan de Avila, y reconociendo que en ciertas cualidades no les llega, opina que en otras les aventaja y le pone en primera línea, y antes que los primeros como hablista castellano.

Es explicable que, enamorado el colector de los escritos que ha reunido y de la figura literaria á que consagra el tomo, se exceda un tanto en el elogio. Más que elegante, el P. Cabrera es fácil y espontáneo en su oratoria. Tiene gran riqueza de léxico, originalidad en la manera de componer y de construir, pero afea sus sermones una cosa que probablemente en su época los realzaría y subiría los quilates de su mérito en la apreciación de los contemporáneos: la excesiva abundancia de citas sagradas y profanas, el tributo rendido á la erudición escrituraria y á las humanidades.

La mayor parte de los sermones reunidos en este tomo son consideraciones sobre los Evangelios de Cuaresma, de Adviento, etc. Tiene, pues, el volumen cierta inevitable monotonía que no puede menos de restringir algo su público. Pero no sólo como textos y modelos de la oratoria del púlpito, sino como documentos del habla castellana en su mejor época, ofrecen interés considerable los sermones del P. Alonso de Cabrera.

Un artículo de Morel Fatio.

En el periódico *El Universo* he leído un extracto de cierto artículo publicado por el docto hispanófilo Morel Fatio en una revista alemana (*Archiv für das Studium der neuren Sprachen und Literaturen*, de Brunswick).

El Sr. Morel Fatio estima que el Centenario de la publicación del *Quijote* fué digna conmemoración del libro inmortal, y al hacerlo impugna las opiniones que sobre aquellas fiestas emitimos el Sr. Unamuno y yo. De mi artículo publicado en La España Moderna, dice que le ha parecido un poco tristón y pesimista. A reserva de volver sobre el asunto cuando conozca el texto del trabajo de Morel Fatio, y no sólo, como ahora, algunas referencias, creo que el distinguido hispanista confunde cosas diferentes. Su juicio favorable de la conmemoración cervantina se funda, al parecer, en la calidad y tal vez en la cantidad de las obras literarias relacionadas con el Centenario y con motivo de él publicadas. Yo hablé principalmente de las fiestas que se organizaron para solemnizar aquel glorioso aniversario de las letras. Son cosas distintas, puntos de vista diferentes que el sentido común manda separar, sin que valga sacar á colación la consabida especie de que los españoles menospreciemos las cosas propias hasta que los extranjeros nos las alaban. Harto enfático, sobrado hiperbólico suele ser nuestro patriotismo, mucho más parlanchín que sincero y sólido cuando llega el caso de ponerlo á prueba. Aparte de que mejor que alabar sistemáticamente, por ser propias, las cosas imperfectas y aun las disparatadas, es procurar su enmienda ó la de las semejantes para lo futuro, con una crítica prudente que no puede ofender al patriotismo ilustrado.

Algo más habría que decir de las opiniones del Sr. Morel Fatio, especialmente de las referentes al libro de Navarro Ledesma, que me parecen harto discutibles. Pero hay que esperar á conocer el texto, y es forzoso reconocer también que la actualidad del tema está algo pasada.

Memorándum literario.

Entre las publicaciones recientes merecen citarse: De los trabajos de erudición histórica y crítica literaria, *Espronceda*, por Antonio Cortón. Inaugura una nueva Biblioteca de auto-

res célebres, y es un estudio del personaje, de la época y de la obra, que se sale de lo vulgar y tiene una amenidad y una fina y penetrante psicología, rara en los libros españoles de esta clase; la erudita y elocuente conferencia de D.ª Blanca de los Ríos, resumen y anuncio excelente de su obra, laureada por la Academia, acerca del famoso autor de *La Prudencia en la mujer; Teatro y Novela,* colección de críticas de Luis Morote, muy bien escritas y pensadas, con algo del apasionamiento del combatiente político ó social, si parece estrecho lo de político, y *El Arcipreste de Hita,* por D. Julio Puyol.

De Varia literatura: *Sintiendo me vivir...*, un ameno, sugestivo y con frecuencia profundo libro de *Fray Candil* (Emilio Bobadilla), y *Opiniones,* de Rubén Darío.

De novelas: *La maja desnuda*, de Blasco Ibáñez, que con decir de quién es ya se dice que merece capítulo aparte; y *Fuera de combate*, de D. Alejandro Larrubiera. En la poesía: *Leyenda*, de D. Antonio de Zayas, y *Las canciónes del camino*, de D. Francisco Villaespesa. En el primero de estos libros predominan los asuntos históricos y es interesante el examen de las variedades de la rima. El segundo se distingue por la exuberante floración de fantasía y la delicadeza de algunas composiciones.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: Literatura: ¿Qué deben los clásicos latinos á Carlomagno?= Ciencias médicas: Remedios de antaño.=Biografía: Lombroso en la vida intima.=Bellas artes: Psicología de la joya. = Criminología: Las antiguas «galeras».=Impresiones y notas: La emperatriz Eugenia y Stendhal.—Los teatros de excepción y los teatros de estrella.—La visita de Wagner á Rosini.—Un episodio histórico del sitio de Gerona. La última frase de Bolívar.—Poetisa de raza.—Obras inéditas de Mosén Jacinto Verdaguer.

LITERATURA

¿Qué deben los clásicos latinos á Carlomagno? — Según afirma Luis Havet en la *Revue Bleue,* si Carlomagno no hubiera existido ó hubiera muerto joven, la literatura clásica latina hubiera corrido grandísimo riesgo de perecer pura y simplemente; esta desaparición hubiera tenido por consecuencia la no aparición del Dante ni del Petrarca (con la *Divina Comedia* tal como la conocemos, evidentemente que no; pero ¿quién sabe los rumbos que hubiera tomado el genio dantesco sin los andadores clásicos?) y el retraso del Renacimiento y de la cultura en Europa. Mucho se ha elogiado la protección otorgada á las letras por el gran Carlos; pero con todos los elogios, todavía no se ha hecho plena justicia en este punto al gran emperador como salvador de la cultura latina pagana.

Casi todos los textos que poseemos han sido conservados en manuscritos de los siglos IX y X, copiados en tiempo de Carlomagno mismo ó de sus inmediatos sucesores: los discursos más importantes de Cicerón, sus cartas familiares, muchas de sus obras filosóficas, las *Tusculanas,* la *Naturaleza de los dioses*, la *Adivinación* y los *Deberes* y el tratado de las *Leyes* tie-

nen esa procedencia; la *Guerra de las Galias,* de César; los *Fastos*, de Ovidio; los diez primeros libros de Tito Livio, las cartas de Séneca á Lucilio y sus tratados sobre los *Beneficios* y la *Clemencia,* los seis primeros libros de Tácito, las cartas de Plinio el Joven, los poemas épicos de Stacio, todo ha sido conservado merced á las copias carolingias, y gracias á esa especie de manuscritos podemos hoy leer, entre los poetas, á Lucrecio, Horacio, Lucano, Valerio Flaco, Fedro, Persio y Juvenal, entre otros, y entre los prosistas, á Salustio, Vitrubio, Séneca, Valerio Máximo, Celso, Quinto Curcio, Columela, Quintiliano, Pomponio Mela, Suetonio. Aunque no tuviéramos de la literatura latina más conocimientos que los procedentes de estos manuscritos, bastarían para darnos una idea general muy semejante á la que hoy tenemos de lo que fué aquella civilización.

Tras una edición impresa de nuestros días, hay siempre que ver dos hombres, por lo menos: un docto, á quien incumbe la responsabilidad científica, y un industrial, que se cuida de la tipografía. Tras uno de aquellos manuscritos, hay también que adivinar dos nombres: el de un abad carolingio anónimo, que ha hecho escribir el manuscrito á uno ó á varios de los monjes de su monasterio, asemejándose su papel al de un director de imprenta, y el de otro anónimo, abad probablemente también de otro monasterio, pero erudito, que ha puesto en el texto su sello personal imborrable, y que debe estimarse como el verdadero autor responsable del manuscrito.

Esta distinción entre el sabio y el contratista de copias nos lleva á distinguir el tiempo de Carlomagno del de sus sucesores. Sabemos que bajo Carlomagno se agruparon muchos sabios, el más ilustre de los cuales era Alcuino, á quienes el emperador otorgó la más decidida y eficaz protección. ¿Eran sus sucesores dignos de ellos? Todo indica lo contrario: cuando se tienen varios manuscritos de un mismo texto de los siglos IX y X, no se distinguen sino por accidentes de copia; son tan parecidos, que puede afirmarse que proceden todos de la misma

fuente, de una misma revisión; de donde resulta que si el trabajo de multiplicación de ejemplares—equivalente al material de la imprenta—ha proseguido bajo todos los reyes carlovingios, la labor de revisión y preparación crítica se ha paralizado; es decir, que aunque muchos de los manuscritos que han llegado hasta nosotros hayan sido ejecutados por súbditos de Carlos el Calvo, Carlos el Simple ó Lotario, á Carlomagno debemos su existencia, pues sin el modelo puesto en circulación en su tiempo no existirían las copias que conocemos.

Sólo á Carlomagno debemos, mediante los hombres de que supo rodearse, dotados por él de recursos y provistos de autoridad para recorrer todas las bibliotecas, la conservación y la difusión en Europa de la literatura clásica. Fué un renacimiento momentáneo y, en cierto modo, ficticio, por emanar de un hombre solo; pero por eso mismo es mayor la gloria de ese hombre aislado.

Queda por saber si existe algún signo material que recuerde, á quien sepa leer, los beneficios del renacimiento carolino; ese signo existe, en efecto, todavía, y no es fácil borrarlo: nuestros ojos lo encuentran en seguida, puesto que consiste sencillamente en la forma de las letras. El gran Renacimiento, el del siglo XV, creó la imprenta; el renacimiento romano del siglo IV, que puso fin á una pequeña edad de anarquía, barbarie y esterilidad literaria, había sustituído á los incómodos rollos (*volúmina*) los cuadernos cosidos (*códices*), cambiando el frágil papirus por el duradero pergamino; el renacimiento carolino precisó, fijó é impuso en Occidente el tipo de la escritura minúscula, el adecuado para la pluma más que para el cincel, de donde han salido después los tipos llamados de *caja baja* en nuestras imprentas. El empleo de las minúsculas constituye un progreso evidente, no por la belleza, sino por las ventajas prácticas de claridad y celeridad que con ellas se obtienen. Compárese, por ejemplo, un libro cualquiera, francés, español, inglés, italiano, con un libro ruso, y se notará á simple vista la enorme ventaja que los primeros tienen sobre el se-

gundo. De tal modo ha echado raíces entre nosotros el uso de estos caracteres minúsculos, que apenas si se concibe su desaparición como no sea por el empleo de algún signo fonográfico, si algún día se llega, cosa harto difícil, al ideal de la escritura fonética. El renacimiento carolingio no ha dejado su nombre á estos tipos, pero bueno es recordar que Carlomagno puso su omnipotencia, la larga duración de su reinado, la grandeza de su imperio y el prestigio de sus victorias al servicio de una causa grandiosa: la de acabar con las tinieblas de la Edad Media, empresa en la que no fracasó del todo, puesto que el espíritu moderno ha salido de los textos salvados por él, ó por los que trabajaban á su lado, bajo su inspiración y con su más resuelto apoyo.

CIENCIAS MÉDICAS

Remedios de antaño sacados del cuerpo humano.—Con el título de *La medicina de la experiencia* publica en *L'Italia Moderna* el Dr. Vidi un curioso artículo, del que sacamos algunos de los datos más curiosos relativos á los medicamentos que hasta el siglo pasado, y aun en nuestros días, se han empleado por los hombres de ciencia y por el vulgo para la curación de nuestras enfermedades.

El cuerpo humano suministraba á nuestros padres todo un arsenal de remedios: el pelo, cuyas cenizas se tenían en infusión, curaba la ictericia, y con la misma ceniza, mezclada con miel, hacían una excelente — según ellos — pomada contra la calvicie. Las uñas, pulverizadas en una infusión de vino, eran un emético magnífico. El cerumen del oído se empleaba como «detersivo y astergente» para llagas y cortaduras, hinchazones y cólicos, y hasta servía para aclarar la vista. La saliva curaba las herpes y los picores; era inmejorable contra mordeduras de serpientes y perros rabiosos, y contra las calenturas, el eczema y la amenorrea; muchos aseguran que curaba también

las almorranas, bastando para ello escupir en un papel y frotar con él la parte enferma.

Nada, sin embargo, era tan apreciado como la grasa humana; en tiempo de la guerra de treinta años, muchos ladrones estaban convencidos de que con una vela de grasa humana ó con la posesión de un brazo ó mano de feto eran invisibles; esta superstición costó, en el siglo XVII, la vida á muchas embarazadas; en 1572, cuando la degollina de San Bartolomé, el pueblo de Lyon echaba al río los cadáveres de los protestantes, «á excepción de los más gordos, que abandonaban á los especialistas que los buscaban para sacarles las mantecas». Cuando la guerra ó las discordias civiles no proporcionaban cadáveres, los especialistas acudían á los verdugos, y todavía hoy acuden muchas personas á los verdugos para hacerse con grasa humana, que pasa por un remedio soberano contra los reumatismos.

El cráneo humano fué también bastante buscado: en el siglo XVII se vendían públicamente polvos de calavera en todas las farmacias; los inteligentes preferían cráneos que tuvieran una capa de moho verduzco, procedente de individuos que habían sufrido larga agonía, ó de los que, muertos violentamente, habían estado expuestos mucho tiempo á las injurias de los elementos; aquella capa verdosa la recogían y conservaban los farmacéuticos con mucho cuidado, y no la vendían á los clientes sino en casos desesperados y en pequeñísima cantidad.

Muchos medicamentos contenían *licor* de los hipogeos egipcios ó polvos de momias: había el *licor blanco* y el *licor negro;* al blanco, procedente de los cuerpos disecados naturalmente entre arena, se le atribuían virtudes especiales. El procedente de muchachas vírgenes se consideraba como remedio universal, y se vendía á precios fabulosos. Los fragmentos de momia se consideraban como remedios muy eficaces para la depuración de la sangre, los males nerviosos, la anemia, etc., y todos los grandes señores llevaban siempre encima algún trocito pulverizado con ruibarbo para usarlo en caso de accidente. A

falta de momias auténticas, no siempre fáciles de obtener, muchos se contentaban con cadáveres más recientes, habiendo no pocos bribones que abrían las sepulturas y extraían de los cuerpos putrefactos el pus cadavérico, que luego destilaban vendiéndolo como licor legítimo de hipogeo egipcio; la falsificación de momias tomó vastísimas proporciones, encontrándose en todos los gabinetes de sabios, de boticarios y de charlatanes, y hasta sirviendo de adorno en las salas de grandes señores.

Puede decirse que ninguna parte del cuerpo humano dejó de ser aprovechada por la farmacopea de la época, convirtiéndose en droga medicinal. La orina, empleada al exterior en compresas y lociones, ó al interior como bebida, se estimaba como antiséptica, resolutiva, atenuante y aperitiva; se recomendaba contra las enfermedades de la piel y de los ojos, contra los tumores de toda especie, hasta los cancerosos y gotosos, contra la gangrena y las llagas venenosas, especialmente las mordeduras de víbora y las picadas de escorpión; se la creía eficaz contra la hidropesía, la ictericia, las afecciones del hígado y la vejiga, las ulceraciones de las orejas y los dolores artríticos; Ramazzini aseguraba que curaba la amenorrea, y otros la recetaban contra la tisis.

Todavía en 1759, el famoso Lemery, médico y químico francés, enseñaba que el *stercus humanum* (mejor es decirlo en latín para que no huela tan mal) es digestivo, resolutivo, emoliente y dulcificante; este repugnante remedio se usaba contra los males de garganta, la epilepsia, las tercianas, etc.; desecado, pulverizado y mezclado con miel, se aplicaba á los flemones, ántrax y úlceras carbuncosas; se le llamaba *emplasto áureo*... Pero lo que excede á toda imaginación es el aprovechamiento de los vapores exhalados por... *los perfumes de Barcelona*, que eran recogidos con cuidado y servían para preparar un agua antioftálmica. Nuestros buenos abuelos eran poco escrupulosos en la materia.

También llegaron á la placentofagia: la placenta, disecada

y pulverizada, era un remedio superior para la epilepsia y los dolores de parto; la placenta de una señora sana y vigorosa, aplicada sobre el rostro recién extraída, quitaba todas las pecas y manchas de la piel; el doctor Iscovesco sostenía que la ingestión de la placenta favorece la secreción de la leche; para ello había fabricado píldoras de placenta, con las que curaba las metritis crónicas, las involuciones uterinas y otros males semejantes.

En cuanto á la sangre, sus aplicaciones eran universalmente empleadas: la idea de la transfusión se le ocurrió á Denis, médico de Luis XIV; pero entre los que se oponían estaba Perrault, el médico arquitecto satirizado por Boileau, que decía en la Academia de Ciencias: «¿No os parece extraño que se pueda cambiar de sangre como quien cambia de camisa?» Si la transfusión tropezó con muchas resistencias, la absorción era considerada como muy eficaz; hoy todavía los verdugos de los valetudinarios les mandan beber sangre caliente de animales recién muertos, pero hace unos siglos lo que se mandaba beber era sangre humana, especialmente sangre de señoras y sangre catamenial; esta bebida, para una señora, era remedio infalible para hacerse querer de un amante rebelde. De estas prácticas supersticiosas salieron los *polvos de simpatía* y el *termómetro profético*, que tanto crédito gozaron antiguamente. La medicina de las comadres ha conservado todavía no pocas supersticiones relativas á la sangre, como, por ejemplo, la de que una mujer, durante el período catamenial, lleva la desgracia á cuantos se le acercan, y la es absolutamente imposible conseguir hacer la salsa mayonesa.

BIOGRAFÍA

Lombroso en la vida íntima.—Con el título de *Mi padre en la vida cuotidiana* publica Paula Lombroso en la *Nuova Antologia* un interesante artículo digno de ser reproducido en su

mayor parte, pues nos revela un César Lombroso que, aunque sospechado desde luego por cuantos han leído las obras del ilustre sabio que tanta influencia ha ejercido y ejerce entre los antropólogos y criminalistas, sociólogos y pedagogos contemporáneos, no por eso deja de ser una figura vista á una nueva luz y trazada con la finura de observación que caracteriza los trabajos de su hija Paula. Son datos preciosos para la biografía psicológica de Lombroso, y nadie podría darlos ni más exactos ni más autorizados. Conservo en el extracto el giro personal del escrito, para que no pierda su sabor.

«Mi padre—dice Paula Lombroso—conserva á los sesenta años, bien pasados, el candor, la frescura y la vivacidad juvenil, no sólo por su innata facultad de sacar alegría de cualquier cosa, sino por la movilidad del humor y por la completa inexperiencia que tiene del mundo, que hace que todos le tratemos con cierta especie de protección, con más amor que respeto. Así se comprende que sea natural en nosotros el «tutelarlo», lo que provoca su protesta diaria:—¡Dios mío, cuántos mentores tengo! La mujer, las hijas, el hijo; todos á darme lecciones, á sermonearme como si fuera un chiquillo.—Y así es, en efecto; pero él es el primero en pedir consejo á todos, hasta para las cosas más nimias, salvo luego él hacer lo que se le antoja:—¿Debo ponerme el frac, ó el chaqué? ¿Qué dice el consejo de familia? ¿La consejera número uno..., número dos..., número tres...?—Y cuando todas opinan que debe ir de frac,—Estáis locas—dice, y se va de americana.

Cuando sale hay que correr tras él por la escalera, para ver si lleva el portamonedas y si tiene dinero en él, porque en otro caso se mete impávido en el tranvía ó en las tiendas sin tener ni cinco céntimos. Cuando va á cobrar cheques le sucede que se mete los billetes de Banco en el bolsillo con los guantes y el pañuelo, y cuando se los sacamos están hechos pedazos como papelillos de caramelos; nunca ha querido por eso cuidarse del manejo del dinero, y el mayor fastidio de sus viajes es que siempre pierde sus «provisiones», porque se las

roban ó las olvida ó las pierde, sin saber nunca dónde las pone. Su viaje á Rusia para el Congreso médico internacional fué en este sentido una verdadera odisea: en Viena perdió en la fonda la cartera donde iba la suma que llevaba consigo; consternado corrió á denunciarlo á la policía, sin ocurrírsele informarse en el despacho de la fonda, donde dos días después le entregaron la cartera: entonces repartió los billetes entre los varios compartimientos de la maleta y los varios bolsillos del traje, porque así, decía, si se pierden no se pierde todo de una vez; pero este recurso no le valió, porque cuando menos lo pensaba se encontró con que habían desaparecido 500 liras, ó por lo menos él no las encontró. Cuando iba de compras, según cuentan los amigos, sacaba la cartera y dejaba á los comerciantes que se cobrasen, «por no romperse la cabeza» en hacer la cuenta.

A veces se queja de que leamos sus cartas, pero se aburre y se impacienta si las tiene que leer él, sobre todo cuando son largas; en cuanto á las respuestas, si las dicta menos mal; pero si nos las hace escribir, siempre le parecen cortas. Es accesible al humor negro, pero generalmente está alegre y su alma es como un espejo en el que se refleja con la misma fuerza la calma que la tempestad. Si está contento, lo está como los chicos, sin una sola nube; cualquier cosa la transforma en motivo de alegría; sale y va en busca de bolas de hielo para aplastarlas con el pie y sentir su chirrido; amontona las piedrecitas de la calle ó los frutos de los castaños de Indias, para hacerlos saltar por el aire con el bastón; le gusta correr por las avenidas con los chicos, y se imagina que los batallones de soldados son autómatas que pueden meterse en sus cajitas de cartón después de hacer el ejercicio ó de jugar con ellos. Por las calles se surte de flores y naranjas, compra todos los periódicos que le ofrecen, da perras á todos los pobres, y vuelve de la cárcel á casa con noticias maravillosas.—¡Adivinad, ea, á ver si adiviná is!—Y suele ser un nuevo condenado, cubierto de tatuajes ó con caracteres de epiléptico, ó un delincuente

que con la miga del pan ha hecho un juguete y se lo ha regalado, ó bien que le han encargado de alguna prueba pericial en la que tendrá que decir todo lo contrario de lo que esperan los jueces. Y si luego en tales días cae algún cheque de algún artículo de América ó alguna bibliografía sobre «La nueva escuela», entonces el regocijo no tiene límites: se envanece por ello como un chico con su medalla, va él mismo á cobrarlo, y cuando lo ha cambiado en moneda menuda es otra alegría, como si el cheque se hubiera duplicado.

A la mesa, le parece siempre que jamás se ha cocinado tan bien en casa; cada plato es «el más hermoso día de su vida»; luego quiere ponerlo todo en orden; va á la mesa donde se encuentra el correo, y empieza á tirar las cartas, las tarjetas y los periódicos por toda la habitación; y esto, según él, «es poner en orden». Apenas entra alguna persona, la quiere poner al corriente de todas las grandes fortunas que le han tocado en aquel día. Se echa en el sofá, duerme, ronca y se despierta, todo en menos de diez minutos; dicta al mecanógrafo; corrige, corre de la imprenta á la librería, de allí á la biblioteca y de la biblioteca al laboratorio, con frenesí de moverse, y de noche, incansable, quiere todavía el teatro, lo que significa la peregrinación por dos ó tres teatros, en cada uno de los cuales oye un acto ó un trozo. Estos son los días buenos; pero luego vienen los malos, y entonces todo va mal, desde los más pequeños incidentes de la casa hasta los acontecimientos del reino de Italia; todas las «catorce enfermedades» se presentan con sus más terribles síntomas, por fortuna imaginarios, pero que por el momento son realísimos; sus papeles no se encuentran, y de seguro que se han perdido en el cesto; él es un hombre desquiciado, concluído, inútil para todo; la nueva escuela va para atrás; los italianos, en general, son incapaces, y nosotros, sus hijos, somos unos ingenuos inexpertos que no sabemos salir de apuros en la vida; y así sucesivamente. Estos días de obscuridad son sin embargo raros, porque mi padre es de suyo optimista, y en medio de su melancolía un buen plato

de uvas ó un hermoso sol que inunde su estudio bastan á veces para barrer las ligeras brumas de su pesimismo accidental.

Lo que más choca á quienes le tratan es su llaneza y sencillez, que no se compaginan bien con su autoridad; así ocurre que cuando ciertas personas se le acercan creyendo encontrar en él uno de esos oráculos de la ciencia que tratan con olímpico desdén á los simples mortales, se quedan desorientados y hasta un poco escandalizados de ser acogidos con familiaridad tan espontánea que resulta quizá excesiva.

No acabaría si hubiese de contar sus ingenuas salidas. Una noche nos dejó á mi hermana y á mí más corridas que una mona: él tenía que hacer una visita, y nosotras queríamos quedarnos en casa; pero tanto nos instó, prometiéndonos que la visita sería breve, que nos decidimos á acompañarle; apenas llegamos, se descuelga con la siguiente presentación á la señora que nos salía al encuentro:—No sabe usted cuánto trabajo me ha costado hacer venir á estas salvajillas. ¡Siempre tienen miedo de aburrirse! Pero las prometí que aquí comeríamos buenos dulces, y en seguida se echaron á andar.—Este mismo olvido de los más respetables convencionalismos lo lleva de la vida privada á la oficial.

Tiene sobre todo profundo desprecio á todos los honores y distinciones: un día recibió una carta de Rusia, en la que le anunciaban haber sido nombrado socio honorario de no sé qué Academia; sin emoción ninguna por el honor, encargó á mi hermana que contestara dando las gracias, y dos días después llegó de Rusia un gran rollo sellado, que supusimos sería el diploma académico anunciado; mi padre, con su acostumbrada irreverencia, sin verlo siquiera, lo tiró al cesto de los papeles, al «baúl de los muertos», como él lo llama; pocos días después llegó otro rollo con otra carta.—¿Qué diablos quiere esta gente?—se preguntó. Era el secretario de la Academia, que le decía que se habían equivocado al mandarle su diploma, habiéndole enviado el de otro, por lo cual le remitían ahora el suyo y le rogaban devolviese el equivocado. ¡Qué ver-

güenza nos causó ver el estado en que se hallaba el pobre diploma tirado al cesto sin ni siquiera verlo! ¡Y gracias que se encontró y que, secado y estirado, se pudo devolver á su reclamante!

Mi padre es muy bueno, y á los inferiores sobre todo les guarda consideraciones extraordinarias; eso de que un criado ó criada se incomode por servirlo le es absolutamente insoportable; ó se sirve por sí mismo, ó nos manda mejor á una de nosotras que le demos un vaso de agua ó que le busquemos una carta. Si mi madre discute con la camisera porque alguna camisa de mi padre es estrecha de cuello, él interviene defendiendo á la camisera:—¿Qué culpa tiene esta pobre mujer de que yo tenga el cuello demasiado gordo?

Esta bondad tiene sus desventajas, porque le quita fuerza para librarse de los posmas; el pensamiento de que le den una lata le espanta; pero cuanto más le acometen más afable se pone. Tratando con pobres ó que dicen serlo no sabe defenderse.—Señor profesor, no he comido hace dos días y no tengo un céntimo—le dice uno; y se ve que lo que le den se lo bebe en la taberna; otro no pide limosna, sino vender una estatuita, una obra de arte al «inteligente Mecenas de los pobres»; otro envía una carta por un demandadero con los acostumbrados y estereotipados ritornelos de la familia enferma y desamparada, y á todos les da; y no le importa que le engañen algunas veces, á fin de no negar amparo al verdadero necesitado. De aquí que en su clientela haya muchos más pobres que ricos. Recuerdo que una vez vino á consultarle una señora de provincias, rústica, pero bien trajeada; al pagar sacó un billete de diez liras, que tenía evidentemente preparado; pero al ver la buena cara de mi padre se le ocurrió que podía dar menos; miró un instante el billete y á mi padre, é hizo la prueba.—¿Me podría usted dar de vuelta cinco liras?—Mi padre se las dió; pero la mujer volvió al cabo de diez minutos y le dice:—He pensado que me he equivocado y que con dos liras tiene usted bastante; vuélvame las otras tres liras.

Es avaro y generoso á la vez, aunque parezca extraño. Nunca va al teatro á butaca, sino democráticamente, porque entiende que en el teatro no deben gastarse más de 70 céntimos; esta avaricia, sin embargo, no le impide ir á dos ó tres teatros cada noche; otro gasto que tampoco le agrada es el del coche, y siempre va en tranvía, aunque frecuentemente se le olvida el librito de abono y tiene que pagar el trayecto. Utiliza para escribir el papel de las circulares ó el revés de las pruebas, porque le parece un exceso escribir en papel nuevo y pulido; y no hay que decir que el uso del telégrafo para saludos, cumplimientos y demás cosas corrientes de la vida social le parece muy mal, «cuando con una tarjeta de diez céntimos se puede conseguir lo mismo veinticuatro horas después». Tiene una idea muy vaga del precio de las cosas. Si se le dice el coste de un sombrero ó de un par de botas, le parece un precio colosal, y la cuenta de una fonda le parece formidable; pero si la paga otro con su dinero es como si se lo dieran gratis. Cien liras para él no son siempre cien liras, pues su valor depende de la procedencia: si son producto de una visita médica ó de su sueldo, las cien liras no le proporcionan ningún placer; pero si son producto de un artículo, entonces le encantan, satisfecho de ver su trabajo intelectual convertido en moneda corriente.

Tiene gustos sencillísimos: hasta hace pocos años sólo bebía café de achicorias, y aun ahora, cuando toma remedios homeopáticos, pasa con indiferencia del moka á la achicoria. Como excitantes sólo conoce una buena ducha fría. No bebe, ni ha bebido casi nunca, vino, y lo aprecia tan poco que ante una copa de *champagne* es capaz de admirarlo diciendo: «¡Excelente vino! ¡Parece una gaseosa!» Cuando estuvo en Rusia hospedado en el Kremlin, era servido por multitud de criados de ostentosa librea y muy obsequiosos, que le ofrecían con gran ceremonia las mejores bebidas:—¿Tocai, Burdeos, Jerez, *champagne?*...—Y él, después de mirar con desconfianza todas aquellas botellas, pedía *kwas*, que es como decir «limonada

fresca ó vinillo aguado». Le gustan mucho los dulces y las frutas, y, lo mismo que á los chicos, le parece que el mejor dulce es el más grande.

En cuanto á los vestidos, tiene mayor indiferencia todavía que respecto á las cosas del paladar. Una vez, hace muchos años, yendo á Roma, se le olvidó el abrigo, y tuvo que comprarse uno; el comerciante comprendió en seguida con qué especie de parroquiano tenía que habérselas, y le cargó con una larguísima capa de color verde botella, que le llegaba hasta los pies; mi madre, que es quien le provee de todo, estaba desesperada de pensar que con aquella especie de dominó de Carnaval había andado mi padre, con la mayor indiferencia, por toda Roma. Su ambición se concentra toda en los bastones: su sueño ha sido siempre tener un hermoso bastón; es decir, un bastón con una larga cadena con la que poder jugar y hacer brincar las piedras y las castañas de Indias. A lo que atiende cuidadosamente es á sus anteojos; siempre quiere tener á mano una docena de pares, oscuros, ahumados, semiahumados, para leer, para escribir, para ver de lejos, para ver de cerca; la «busca de los anteojos de papá» es siempre una de las principales ocupaciones de la familia.

Es eminentemente filoneísta, y todo lo nuevo en hombres, cosas, teorías é instrumentos le seduce. En cuanto oye hablar de algún nuevo aparato de gimnástica, de máquina eléctrica ó de pluma mágica, quiere probarlo. Tiene malísima letra, y se hace la ilusión de que debe haber una pluma especial para mejorarla; no la ha encontrado todavía, pero no ha desesperado de encontrarla: plumas de ave, de acero y de oro; portaplumas de corcho y de bambú, todo lo nuevo en ese género ha de adquirirlo, y no hay pluma americana anunciada en los periódicos con la que no quiera hacer experimentos, con una confianza que no tarda en verse defraudada. A los sesenta años ha querido empezar á manejar la bicicleta, y andaba en ella impávido, atravesando las calles hasta en las horas de mayor tránsito de carruajes, hasta que una vez cayó debajo de un co-

che, y milagro fué que saliera incólume. Este filoneísmo se relaciona con la versatilidad y poliedricidad de su inteligencia, que le hace interesarse por todas las cuestiones.

Empezó de niño á ocuparse de Filología é Historia, y escribió un «Ensayo sobre la República romana»; luego, entregado á la Medicina, se ocupó de operaciones, y luego de Antropología pura con «El hombre blanco y el de color», dedicando diez años de su vida al estudio clínico de la pelagra; y, por último, con «El hombre delincuente» fundó la «Antropología criminal», emitiendo al mismo tiempo las más originales concepciones sobre la Fisiología y la Psicología del genio. Fué un secuaz de Hanneman y uno de los primeros en estudiar los fenómenos del hipnotismo y el espiritismo. En los últimos quince años se ha interesado en la política, escribiendo artículos sobre los peligros de la triple alianza, los armamentos, etc., y hasta ha tenido una breve vida pública en la Administración municipal de Turín. La política le apasiona como espectador; jamás le he visto permanecer indiferente á los periódicos, ni dejar de tirarlos, una vez leídos, por todos los ángulos de la estancia, arrugados y acucuruchados.

La guerra ruso-japonesa absorbía toda su atención, y las victorias japonesas le entusiasmaban. Una vez estaban en casa, de visita, unas primas á quienes los japoneses tenían sin cuidado, y que en cambio discutían vivamente la forma nueva de un sombrero, cuando entró mi padre anunciando triunfalmente la toma por los japoneses de la fortaleza de Su-sam-pú marchando sobre cinco mil cadáveres; entonces una de las primas intercaló un «¡Qué horror!», y siguió tranquilamente la discusión interrumpida:—Querida, no lo has visto bien: era un tricornio, pero con flores, sin plumas, con un manojo de rosas y hojas de yedra.—El estupor que se pintó en el rostro de mi padre era tan cómico, que yo misma no pude menos de soltar una carcajada, lo cual aumentó su irritación, al ver que hasta yo misma hacía tan poco caso de una victoria japonesa.

Los libros que más le hacen gozar son los de viajes, y entre éstos los de Stanley y Nanssen; entre los novelistas pone sobre todos á los rusos, y entre éstos á Dostoyewski, por su coincidencia de ideas con las suyas. Mi padre tiene gran facilidad y potencia de trabajo, importándole poco el ruido, ni las mesas ni el sitio en que trabaja; lo único que busca es el sol, y recorre todas las estancias de la casa en busca de él, yendo con sus papeles de su despacho al comedor, de allí á la mesa de mi hermano ó á la mesita de labor de mi madre... Casi siempre dicta, y el hilo del razonamiento sale limpio y lógico, pero la frase se cambia diez veces mientras la pronuncia, siendo su dictado bastante trabajoso; luego corrige los borradores, y ese es uno de sus mayores placeres.

Si la felicidad es el desarrollo armónico de todas las facultades individuales, mi padre puede considerarse como un hombre feliz, porque todos los cientos de trabajos que ha concebido y los miles de páginas que ha escrito han sido concebidos y escritos con alegría, infatigablemente. El destino ha sido muy benévolo con mi padre, porque le ha hecho gracia de todas las taras que el genio lleva consigo, permitiéndole atravesar la vida conservando intacto aquel perfume de entusiasmo, aquel ardor de idealidad, aquella creencia en los buenos, aquella fe en la ciencia y aquel amor á los hombres que son los elementos más preciosos de la vida, los que la hacen digna de ser vivida.

BELLAS ARTES

Psicología de la joya.—El simbolismo de la joya está terminando de morir, según afirma en la *Revue Bleue* Camilo Mauclair. Antes de ser un adorno, las alhajas han sido un símbolo; ya no se sabe esto, y así se explica la profunda decadencia del arte.

La joya, que hoy sólo en forma de sortija y de alfileres usa el hombre, fué antiguamente común á los dos sexos, sin la pre-

vención con que hoy se mira como ridículos á los hombres que llevan alhajas. Eran entonces símbolos de magia, de oración, de poder social, de ciencia y de fuerza, imitando y sintetizando las fuerzas primordiales y cósmicas. El anillo, el collar, la diadema, expresaban el concentrismo universal; cada piedra tenía su razón misteriosa, y sus engarces tenían todos un motivo, habiéndose escrito numerosas obras en la antigüedad y en la Edad Media para fijar las leyes y costumbres de este simbolismo, que formaban como una metafísica de las piedras preciosas, una ciencia hermética del lapidario, de la que se conservan huellas en las alhajas sacerdotales, con su significación ritual, y en las condecoraciones.

Este antiquísimo carácter simbólico hacía que los hombres, jefes, sacerdotes ó magos, tuvieran más razones que las mujeres para llevar alhajas. Para la mujer sólo se trataba de realzar su belleza; para el hombre, de ostentar su poder ó su dignidad. Los motivos de los dibujos estaban tomados menos de formas naturales que de signos herméticos. Había que estudiar las analogías de las alhajas primitivas con la geometría y la alquimia; las relaciones entre los eslabones de una cadena y el signo del infinito (∞); el empleo de la serpiente mordiéndose la cola; el hieratismo de las imágenes rituales, como el triángulo, la elipse, el falo, el escarabajo, el loto, etc., que hacían de cada joya una especie de diploma sagrado. Paralelamente á este lenguaje oscuro y esotérico, el instinto de la coquetería desarrollaba el gusto de adornarse con objetos decorativos que sentaran bien, realzando la belleza; era la escuela exotérica de la joya, la segunda serie de las alhajas: la primera iba desde la tiara del mago y el anillo del rey hasta la sortija de nuestros obispos y la placa de nuestros dignatarios; la segunda va desde el collar de dientes de tigre del salvaje hasta los colgantes del joyero Lalique.

Como los egipcios tenían dos clases de escritura, hierática y demótica, así las alhajas son de dos especies: las hieráticas eran de materias preciosas, pero su valor no se lo daba la ma-

teria, sino el símbolo; las demóticas eran también de materias preciosas, pero su valor estaba en esa materia y en el arte con que estuviera trabajada. Así llegó poco á poco á olvidarse el origen simbólico del deseo de llevar encima un signo precioso, y se llevaron alhajas exclusivamente por ostentación. La alhaja perdió su carácter ritual, y se hizo una cosa frívola, sujeta á los caprichos de la moda, y la imitación ornamental fué toda su estética.

La Edad Media hizo en este sentido maravillas exquisitas; pero de la especialización de la alhaja como puro adorno vino la gradual privación de las alhajas al hombre, habiéndose convertido el antiguo símbolo en un accesorio del tocado. El traje mismo de bordados, encajes y terciopelo excluía el empleo de las joyas, fuera de la sortija y de los collares de las diversas órdenes; el damasquinado de las armas y la orfebrería de las empuñaduras es lo que ha sobrevivido á las alhajas. Hoy se tolera el alfiler de corbata, discreto, y el anillo de boda guarda todavía su sentido místico; pero otras sortijas, sobre todo si van adornadas de muy ricas piedras, se consideran de mal gusto; si una cadena de oro tiene la disculpa de sujetar nuestros relojes, preferimos que se vea poco. El ciclo ha terminado, y la joya ha concluído para el sexo masculino.

La joyería moderna se inspira en la imitación de las formas exteriores de la Naturaleza, copiando serpientes, lagartos, corazones, estrellas, cabezas de perros y de gatos, de un modo pueril, creando esa cosa sin nombre que es la joya de la burguesía advenediza, la alhaja que se lleva para anunciar que se tiene dinero, y que puede volverse á vender sin mucha pérdida. Algunos joyistas han tratado de sacar á la joya de tales vergüenzas, buscando un principio natural en la interpretación ornamental de motivos sacados de la flora, y han comprendido que el valor hay que sacarlo, más que del precio de la materia empleada, del arte con que se haya ejecutado la joya; por eso han vuelto á emplearse piedras antes despreciadas, cuyo colorido y limpidez nada tiene que envidiar al de

las piedras más costosas. La deformación razonada de las plantas, acentuando su carácter decorativo, es la base del moderno estilo; á veces aciertan, pero muchas veces se equivocan. Algunos, sin pensarlo siquiera, vuelven al simbolismo por medio de combinaciones lineales más ó menos ingeniosas. Quizá volvamos á la edad psicológica de la alhaja: la misma moda femenina, excluyendo cada vez más el uso de las joyas fuera del interior, parece evolucionar en el sentido de esta nueva significación hierática resucitada. El hecho es digno de ser consignado en medio de una civilización en que todo, hasta el lujo, es cada vez más demótico.

CRIMINOLOGIA

Las antiguas «galeras».—*La Revista Penitenciaria* extracta un antiguo trabajo de Ernesto Lavine sobre las galeras, como suplicio ó forma de penalidad.

La galera es antiquísima: las tres grandes batallas de Occidente contra Oriente, Salamina, Accio y Lepanto, fueron ganadas por las galeras, embarcaciones de cabotaje de escaso calado, 15 pies á lo sumo, con 50 metros de longitud por 10 de anchura como término medio; el remo, y rara vez la vela, era su motor, y los remeros estaban repartidos en 25 bancos á la derecha y otros tantos á la izquierda, ocupando cinco remeros cada banco, ó sea un total de 250 hombres-máquinas; el espacio libre lo ocupaban, además de los marineros del servicio de velas, la artillería, los artilleros, los soldados y el estado mayor. Estrechándose, todos podían sentarse; pero sólo el capitán tenía una litera donde tenderse.

Como el servicio era rudísimo y la disciplina bárbara, era difícil encontrar remeros; se encontraban algunos que por la miseria ó la afición, se alistaban voluntariamente, por lo cual se les llamaba *bonnevoglie* ó «buenas voluntades»; pero sobre que su servicio dejaba mucho que desear, según Colbert, eran in-

suficientes, siendo preciso nutrir las filas con esclavos y enemigos. La guerra contra los berberiscos proporcionó algunos turcos, ya aprisionados por los cristianos, ya por los corsarios que traficaban con su venta; un turco valía unas 340 libras por término medio, y era el galeote modelo. Los mercados de esclavos de Africa proporcionaban negros; pero éstos eran enfermizos, y en todo caso insuficientes. Para nutrir las filas de remeros se pensó entonces en los condenados: «Su Majestad es de parecer—decía Colbert á los Tribunales—que procuréis para alistar la chusma necesaria que sea condenado el mayor número de culpables que sea posible, y que hasta convirtáis en pena de galera la de muerte». Esto era hacer á los Tribunales proveedores de galeotes para el remo, como ya venía haciéndose desde mucho antes, siéndose más ó menos exigente en este punto según las necesidades del servicio; así, Enrique III recomendaba que no se condenara á galeras, y Enrique IV mandó conmutar la pena de muerte en la de galeras, como luego hizo Luis XIV; para obtener la conmutación era preciso, sin embargo, ser joven y vigoroso, pues en otro caso «un ahorcado no sirve para nada, como no sea para los cuervos».

La mayoría de la chusma se componía de grandes criminales; pero había también mendigos, taberneros que habían admitido en su casa gentes á dormir sin dar parte á la autoridad, marineros que fumaban contra los reglamentos, contrabandistas, desertores y condenados políticos. En París—y claro es que en los demás sitios todavía sería peor—los condenados á galeras esperaban la salida, para irse acostumbrando, en un calabozo abodegado del castillo de la Tourelle; entrados en aquella mazmorra, provista de vigas de roble de dos pies y medio de grueso, separadas tres pies una de otra, se les hacía sentar medio acostados, de modo que el cuerpo descansara en el suelo y la cabeza se apoyara en la viga; entonces se les ponía una carlanca de hierro al cuello, remachada á martillazos, y en esta postura horrible aguardaban los sentenciados semanas y aun meses enteros; como las carlancas llevan una cadena de

pie y medio de largo y á distancia de dos pies unas de otras, y cada viga tiene 40 pies de longitud, hay en cada fila veinte hombres encadenados, cabiendo en el calabozo hasta 500, que se pasan las horas gimiendo y aullando, haciéndoles callar los cómitres á vergajazos.

El día de la conducción los sacan encadenados por el cuello de dos en dos con una cadena de tres pies de largo con una anilla en el centro; puestos así en fila, pasaban una cuerda por la anilla, y quedaba formada la cadena de 450 á 500 hombres. Uno de estos viajes ha sido referido por Marteilhe. Salieron el 17 de Diciembre á las tres, y llegaron á las seis á Charenton, luciendo la luna: se helaban hasta las piedras; pero con la fatiga de la marcha y el peso de los hierros, que era de 150 libras por individuo, llegaron todos sudando; los metieron en una cuadra y los ataron á los pesebres; á las nueve se deshizo la cadena y se les hizo desnudar para registrarlos, durando dos horas la operación; á las once les mandaron volverse á vestir, pero todos estaban ateridos, y ni culatazos ni vergajazos los reanimaban; los cuadrilleros los agarraban por la carlanca y los arrastraban por el suelo para llevarlos adonde habían dejado los vestidos; á la mañana siguiente murieron diez y ocho, y gracias al estiércol de la cuadra, en el que metiéndose y revolcándose pudieron reaccionar, no murieron muchos más; el viaje de París á Marsella duró un mes, y muchos murieron en el camino. En una de estas conducciones perecieron 44 hombres de los 93 que salieron. Llegados al término del viaje, los clasificaban, los afeitaban y rapaban la cabeza, dejándoles un mechón en el cogote, les ponían el gorro frigio y los mandaban á las galeras.

La vida de mar era durísima. El remo tenía 40 pies de largo, 13 dentro y 27 fuera del barco; el primer remero, el bogavante ó espalder era el más vigoroso, y los espalderes regulaban el movimiento de la galera; cada remo era manejado por cinco remeros. Lo horrible era la maniobra forzada, al grito de «¡fuera ropas!», que obligaba á dejar las espaldas al aire

para sentir los golpes del rebenque. El mismo Marteilhe cuenta una de estas maniobras: «Cercana la noche, se avistó la fragata y se forzó la maniobra; el teniente mandó al cómitre que redoblase los azotes sobre la chusma, y como el cómitre dijera que no veía medio de alcanzar á la fragata por el avance de la noche, el teniente le replicó: «Aprieta, verdugo, y haz lo que he visto hacer muchas veces en las galeras de Malta: corta el brazo á uno de esos perros y sacude con él á los otros»; este detalle macabro se halla confirmado por Cervantes en *Persiles y Segismunda*.

Tales eran las galeras y tal era el régimen á que venían sujetos los desventurados galeotes, de quienes entonces casi nadie se compadecía, considerando todas sus penalidades como cosa natural y corriente.

INPRESIONES Y NOTAS

La emperatriz Eugenia y Stendhal.—El famoso Enrique Beyle (Stendhal) fué presentado, según cuenta Orlando en *L'Italia Moderna*, en cierta ocasión por Merimée á la condesa de Montijo.—Veréis—decía Merimée—una gran señora, una buena amiga, un tipo bellísimo de andaluza; os cautivará su ingenio y su carácter.—La condesa y Beyle se hicieron amigos, en efecto, y las encantadoras hijas de la condesa, Eugenia y Paquita, estaban deseando las visitas de Stendhal porque entonces las permitían quedarse hasta más tarde en el salón, y se divertían muchísimo con la charla y las historias del visitante. Stendhal hablaba á veces de Napoleón y las llevaba estampas, de las que Eugenia conservó siempre una, que representaba la batalla de Austerlitz.

—Cuando seáis mayor—decía Beyle á Eugenia—os casaréis con el marqués de Santa Cruz, me olvidaréis, y yo no me cuidaré tampoco de vos.

En Diciembre de 1840, la condesa invitó á Stendhal á ve-

nir á Madrid; pero Stendhal contestó que estaba muy enfermo y que le era imposible. Por aquella época había perdido la condesa, con motivo de nuestras luchas civiles, más de un millón de reales, y Beyle consolaba á Eugenia, escribiéndola: «Lo mejor es no pensar más en ello; una razón de este género os tendréis que dar á los cuarenta y cinco años, cuando empiezan á parecer las primeras señales de la vejez: entonces las señoras compran un perrito inglés, y hacen conversación con el perrito...»

Para Eugenia de Montijo, emperatriz de los franceses, destronada, el hado adverso había preparado cosa muy distinta á los cuarenta y cinco años que la compra de un perrito inglés y la conversación con él.

* * *

Los teatros de excepción y los teatros de estrella.—El Sr. Antoine, primero, con su teatro libre y su literatura realista, y el Sr. Lugné-Poe, y actualmente con su famosa labor del Nuevo Teatro ó Teatro Trianon, han dado nacimiento á lo que se conoce con el nombre de teatro de excepción, cuya fórmula se encierra en la protesta que no hace muchas noches, durante la representación de *El tercer cubierto*, de Alfredo Savoir, formuló un espectador ante el estrépito que armaban los que silbaban la obra y los que la aplaudían. «¡Silencio y dejadnos oir!—gritó.—¿A qué habéis venido? ¿No sabéis bien que lo que se oye aquí es distinto de lo que se oye en otra parte?» El teatro de excepción es el teatro excepcional en que todo se subordina al arte, y en el que si resulta el negocio, como sucedió con *Casa de muñecas,* es porque la consecuencia natural del acierto en la elección es la atracción del público y de su dinero. El teatro de excepción no se preocupa de halagar los gustos del público, sino de servir los intereses del arte, tal, por supuesto, como los comprende su empresario: Lugné-Poe rinde culto á Ibsen, y su teatro es ibseniano;

mañana rendirá culto á las creaciones de la dramaturgia japonesa, y será japonés, agrade ó no agrade al público ese modo de pensar.

No deben confundirse estos teatros de excepción con los teatros «de estrella». En éstos todo se subordina al propósito de poner de relieve el nombre de un artista prestigioso; mientras el teatro de excepción se apoya en una doctrina artística, el teatro de estrella se basa en una individualidad que asegura su éxito: al primero se va para oir piezas; al segundo á oir actores, ó más bien á ver y oir un actor ó una actriz. Tipo de los teatros de estrella es el teatro Sarah Bernhardt; allí no se va por ver la obra de Sardou, de Dumas, de Musset ó de Rostandt; se va por ver á Sarah y asistir á sus representaciones, como pasa en España con María Guerrero, con María Tubau ó con Rosario Pino.

Ambas clases de teatros, en Francia y en España están en decadencia: cuando la señora Rejane dejó el teatro del Vaudeville creyendo que sin ella moriría, los hechos han venido á demostrar que el Vaudeville puede vivir y prosperar sin la Rejane, por mucho que esta artista valga.

*
* *

La visita de Wagner á Rossini.—La cuenta Edmundo Michotte, testigo presencial, en la *Revue générale*, como aperitivo de un volumen de Memorias musicales que pronto verá la luz pública, y Nemi recoge lo más sustancial del relato de Michotte.

Wagner vivía en el invierno de 1860 en un modesto cuarto del núm. 16 de la calle Newton, dando la última mano á su tetralogía, y Rossini se había establecido en París en 1856, sin que ambos se hubieran conocido. Michotte propuso á Wagner presentarle á Rossini, y Wagner aceptó.

Apenas Rossini vió entrar á Wagner, se adelantó á él diciéndole:

—¡Ah, señor Wagner! Como nuevo Orfeo, no habéis temido pasar estos umbrales. Ya sé que me han pintado en negro para con vos... Me atribuyen chanzonetas que nada justificaría por mi parte. ¿Por qué había de obrar así? No soy yo ni Mozart ni Beethoven; no tengo la pretensión de ser un sabio, pero me gusta ser cortés y me guardo de injuriar á un compositor que, como vos, por lo que me dicen, se esfuerza por extender los límites de nuestro arte. Tengo que conocer vuestra música en el teatro; la única composición que conozco es vuestra marcha de *Tannhauser;* produce gran efecto, y, lo confieso sinceramente, me parece bellísima.

Wagner pareció conmovido por tan grata acogida, y habló de las dificultades con que tropezaba para hacer poner *Tannhauser* en París, sobre todo por la hostilidad de la prensa, cosa que á Rossini no le sorprendió por haberle ocurrido lo mismo.

—Cuando llegué á París en 1824—añadió—llamado para dirigir el teatro italiano, fuí saludado con el nombre de *Monsieur Vacarmini* (el señor Estrepitini), que todavía conservo. Os aseguro que fuí muy maltratado por críticos y músicos, ligados de común acuerdo, «acorde perfecto y mayor». Weber—dijo Wagner—era muy intolerante, intratable para defender el arte alemán. ¡Gran genio y muerto prematuramente!

—Ciertamente—replicó Rossini.—Gran genio, y *verdadero,* porque era un creador poderoso y no imitaba á nadie. Por mi parte, volviendo á las cábalas de mis adversarios, cuanto más me cargaban más escalas les soltaba; á los motes les contestaba con *triolets,* á las burlas con *pizzicati,* y todo el estrépito que armaban los que no me querían no ha podido nunca obligarme, os lo juro, á soltarles ni un golpe de bombo menos en mis *crescendos,* ni á impedirme, cuando así me convenía, horripilarles con un *felicita* más en mis finales; pues si me veis de peluca, creed que no son esos villanos los que han logrado hacer caer ni un solo pelo de mi cabeza.

Wagner, que se divirtió mucho con esta tirada del maestro

italiano, preguntó á Rossini cómo había conocido á Beethoven, y entonces supo que Rossini había oído los cuartetos en Milán y la *Heroica* en Viena, tratando entonces de ser presentado al maestro alemán, á quien admiraba.

—¡Ah! ¿Sois vos el autor de *El Barbero de Sevilla*?—le dijo Beethoven.—Es una excelente ópera bufa. No hagáis nunca más que ópera bufa. La ópera seria—continuó después de haber oído recordar al presentador que Rossini era autor también de *Otelo* y *Moisés*—no está en la naturaleza de los italianos. Para tratar el drama no tienen bastante ciencia musical; y ¿cómo han de adquirirla en Italia? En la ópera bufa, en cambio, nadie podía igualar á los italianos; la lengua y la vivacidad del temperamento se la destinan. Ved á Cimarosa: ¡cuán superior es la parte cómica á todo lo demás! ¿Y Pergolese? Hay en el *Stabat* mucho sentimiento, pero la forma carece de variedad, mientras que en la *La serva padrona*...

Rossini contó luego á Wagner que por *El Barbero* le habían dado 1.200 francos. Bien es verdad que lo había hecho en trece días. Wagner le citó la escena de las tinieblas de *Moisés*, la conspiración de *Guillermo Tell* y el *Quando corpus morietur*, para oponerse al juicio equivocado de Beethoven. Pero Rossini, interrumpiéndole, dijo:

—¡Oh! Tengo facilidad y mucho instinto. No teniendo profunda instrucción musical, ¿cómo había de tenerla en Italia en mi tiempo? He descubierto lo poco que sé en las partituras alemanas. Un aficionado de Bolonia tenía algunas, *La Creación, Las bodas de Fígaro, La flauta mágica,* y me las prestaba, copiándolas yo por no tener recursos para adquirirlas de otro modo. Frecuentemente me ocurría transcribir primero la parte vocal sin examinar el acompañamiento de orquesta; entonces imaginaba en una hoja volante una orquestación de mi cosecha, y luego la confrontaba con la de Haydn y Mozart, completándola después. Este sistema me sirvió más que todos los cursos de Bolonia.

*
* *

Un episodio histórico del sitio de Gerona. — Adolfo Albertazzi lo titula *La flauta,* y es realmente un episodio melodramático digno de ser llevado á la escena por cualquiera de nuestros más competentes fabricantes de dramas, comprimidos ó diluídos, pues el argumento se presta á todo.

Era durante el sitio de la heroica Gerona, que se sostuvo siete meses contra dos ejércitos, el francés de Du Vernier y el italiano del Pino. En el primer regimiento de granaderos italianos militaba el bravo teniente Ferrari, joven de gran corazón, que estando de guardia una noche de Noviembre de 1809, tuvo que conducir al general cuatro prisioneros cogidos por una patrulla cerca del campamento: eran un fraile, dos aldeanos y un joven de unos veinte años, rubio, que parecía de condición civil; habían sido registrados, y se les habían encontrado cartas dirigidas desde Gerona al general Blake para informarle del modo más fácil de aprovisionar de víveres la población. El fraile no intentó siquiera juntificarse; los aldeanos se disculparon con que no sabían leer é ignoraban el contenido de las cartas, y el joven dijo:

—Soy tocador de flauta; en Gerona no tienen ganas de música, y me iba á otra parte á ganar el pan.

—¡Bueno!—dijo el general Pino al teniente Ferrari.—¡Llevadlos de paseo!

Eso quería decir que los condujera al campo y los despachara sin ruido.

El teniente, con doce granaderos y los prisioneros delante, salieron del campamento.

La luna brillaba, y Ferrari marchaba tristemente pensando en su madre y en su país; entrados en el bosque sin dirección fija, el fraile preguntó:

—¿Dónde nos lleváis?

El oficial no respondió; pero de pronto, ocurriéndosele una idea, dijo:

—¡Vamos á Gerona!

«Allí morirán—pensaba para sí;—pero, por lo menos, sus

paisanos los verán y les darán sepultura, no quedándose en el bosque como si fueran perros.»

El fraile comprendió por aquella respuesta que estaban condenados á morir, y exhortó á sus compañeros á confesarse; los dos aldeanos comenzaron á castañetear los dientes de terror, barbotando sus culpas con voces lamentosas, mientras el joven tocador de flauta lloraba. El oficial recordaba que unos días antes él había salvado á una pobre vieja de las iras de sus soldados, y que la desdichada le había dicho: «¡Usted es italiano; usted es bueno!» Pero también el general Pino era italiano, y había que obedecer. Al final del bosque, Ferrari hizo alto, mandó á los granaderos que ataran los pañuelos de los presos metiéndoles el nudo en la boca, hizo bajar los fusiles para que desde las murallas no los vieran brillar, é indicó una casa arruinada á un tiro de pistola de la ciudad. «Desde allí, se dijo, mañana los verán en cuanto salga el sol.» Llegados al sitio designado, el teniente dió la orden:

—¡A la bayoneta!

El fraile y los aldeanos cayeron acribillados en el acto; pero ninguno de los granaderos había tocado al joven. Hubo un instante de vacilación; pero el deber se sobrepuso al sentimiento, y Ferrari repitió:

—¡A la bayoneta!

Y el joven cayó también.

Cumplida la dura tarea, los granaderos se sintieron hombres de guerra y buscaron su botín: en los zapatos del fraile hallaron dos onzas de oro; en las alforjas de los aldeanos algunas monedas, y en la casaca del joven una bolsa con la flauta. El teniente, que era aficionado, se quedó con la flauta, y los granaderos con lo demás.

Algún tiempo después, Ferrari recibía una grata misión: la de trasladarse á La Bisbal con dos batallones para impedir la entrada del enemigo. La Bisbal era una ciudad alegre y bonita. «¡Bailaremos allí!», se dijo, guardándose la flauta.

La irrupción de las tropas napoleónicas en La Bisbal fué

recibida como una tormenta. A Ferrari le tocó alojarse en una casita junto á la plaza, en la que sólo vivía una madre con dos hijas. Las muchachas se quedaron mustias; la madre protestó que era una pobre viuda, y que no tenía habitación para «el señor oficial». Ferrari no hizo caso; entró, escogió la habitación que le pareció mejor, y con uno de sus granaderos se puso él mismo á arreglarla, cuando de pronto, sobre una mesita, encontró unos papeles; era una carta del marido de la señora, escrita desde Hostalrich, en la que decía, entre otras cosas, que no tenía gana de morir hasta acabar con todos los enemigos de España.

La supuesta viuda, espantada ante la cara que puso el oficial, cayó de rodillas con sus hijas, pidiendo las tres perdón. Ferrari contempló á las hijas, ambas hermosas, aunque la pequeña más guapa que su hermana; lejos de hacerlas daño, el oficial, sonriendo, las preguntó su nombre. Se llamaban Rosita y Paquita.

—Pues bien: ¡ánimo! Esta noche bailaremos, Rosita y Paquita. ¡Fuera penas!

La amenaza del baile las dejó heladas; pero Paquita, la más guapa, miró á Ferrari de tal modo que parecía decirle: «¡Antes que bailar contigo prefiero morir cien veces!» ¿Por qué sería aquello? Tan triste la vió, que, llegada la noche, no se atrevió siquiera á volver á tratar de baile ni de gresca, acostándose preocupado y comprendiendo que había en aquella mujer algún secreto, que con gusto habría descubierto.

Al día siguiente, terminadas las faenas de la mañana, encontró sólo á Rosita y á su madre. Entonces, acordándose de que la música amansa las fieras, sacó la flauta de la bolsa y se puso á tocar; pero apenas había empezado, le pareció oir sollozos en la habitación inmediata; penetró en ella, y encontró, en efecto, á Paquita llorando, y á su madre y su hermana consolándola.

—¿Por qué ese llanto? ¿Qué ocurre?

—Nada, nada. Es que tengo miedo...

—¿De qué? ¿Por qué temer?... ¿Acaso el padre...? Pero ¿no habían tenido carta suya?

—No, no es mi padre. Temo por Fernando.

En el modo de decir *Fernando* se comprendía que no se trataba de un hermano. Y, en efecto, poco después supo Ferrari por Paquita que Fernando era su novio, que había ido á la defensa de Gerona, y del que no tenían noticias hacía tiempo, lo que se explicaba por lo estrecho del asedio.

—Pero ¿caerá Gerona?

—Indudablemente. Es inevitable.

—¿Y estará el señor oficial en el último asalto?

—Seguramente.

—¡Oh! Salvadme. Salvad á mi Fernando...

Y concisamente le dió sus señas: era un joven alto, rubio; llevaba una casaca de terciopelo oscuro; todos le conocían por ser tocador de flauta...

—¿Le conocéis?—preguntó Paquita, al ver palidecer al oficial.—¿Sabéis algo de él? ¡Decidme, por Dios...!

—No, no sé nada—murmuró Ferrari entre dientes, mientras la pobrecilla se marchó gimiendo:

—¡Tengo miedo! ¡Me lo dice el corazón!

¡Horrible coincidencia! El destino había querido que el mismo que había ordenado la muerte de aquel Fernando fuera el huésped de la familia de su prometida, y se alojara en la misma casa que había llenado de duelo y de lágrimas. Al día siguiente recibió la orden de regresar al cuartel general, y se sintió aliviado de un gran peso; por la mañana, sin despedirse de aquella familia, dejó la casa hospitalaria y salió de La Bisbal; pero en la mesita de la habitación donde había sentido gemir á Paquita había dejado la flauta...

*
* *

La última frase de Bolívar.—En la linda revista ilustrada que con el título de *Omnibus* ha comenzado á publicarse en

San Salvador (América) encontramos la siguiente curiosa anécdota histórica suscrita por Ricardo Palma y tomada del escritor colombiano D. José María Samper:

La escena pasa en la hacienda de San Pedro Alejandrino, en una tarde de Diciembre del año 1830. En el espacioso corredor de la casa, y sentado en un sillón de vaqueta, veíase á un hombre demacrado á quien una tos cavernosa y tenaz convulsionaba de hora en hora. El médico, un sabio europeo, le propinaba una poción calmante, y dos viejos militares, que, silenciosos y tristes paseaban por el salón, acudían solícitos al corredor. Más que de un enfermo se trataba ya de un moribundo, pero de un moribundo de inmortal renombre. Los hombres gloriosos son como letras de cambio que los contemporáneos giramos contra la posteridad, y ésta ha aceptado, sin protesto, los de San Martín y Bolívar.

Pasado un fuerte acceso, el enfermo se sumergió en profunda meditación, y al cabo de algunos minutos dijo con voz muy débil:

—¿Sabe usted, doctor, lo que me atormenta más al sentirme ya próximo á la tumba?

—No, mi general.

—La idea de que tal vez he edificado sobre arena, y arado en el mar.

Y un suspiro brotó de lo más íntimo de su alma, y volvió á hundirse en su meditación.

Transcurrido gran rato, sonrisa tristísima se dibujó en su rostro, y dijo pausadamente:

—¡Ah, redención!... ¡Los redentores!... ¿No sospecha usted, doctor, quiénes han sido los tres más insignes majaderos del mundo?

—Ciertamente que no, mi general.

—Acérquese usted, doctor... se lo diré al oído: los tres grandes majaderos hemos sido... Jesucristo, Don Quijote y yo.

*
* *

Poetisa de raza.—Lo es ciertamente la nueva estrella que en el cielo del Arte por excelencia ha hecho su aparición en París con los *Poemas del Mar y del Sol*, la *Trilogia del Amor y de la Muerte* y los *Poemas del Orgullo,* firmados por Valentina de Saint-Point, nombre que por sí no dice nada, pero que corresponde al de una nieta del inmortal Lamartine.

Cuando el año pasado aparecieron los *Poemas del Mar y del Sol*, la revelación del nuevo genio causó verdadero estupor, como dice en la *Rivista d'Italia* Riccioto Canudo, por juntarse en ella tres elementos de índole diversa que daban particular importancia á la nueva poetisa: su noble y gloriosa ascendencia lamartiniana, el sentimiento de su lírica, dirigido á exaltar las más violentas energías de la Naturaleza y del arte, y la novedad ruda, áspera, vehemente de sus ritmos, rara vez dulces y frecuentemente fieros, lúcidos y foscos. Enrique Hertz la compara á una pitonisa, á una sacerdotisa de la primitividad viril. «Se la diría frente al sol, frente al mar, al contacto de los menores espectáculos, quemada por la llama terrible de un sacerdocio; su corazón jadea, sus nervios se crispan; no puede ya pintar su emoción, y la vocifera con brincos de adoración, con contracciones y espasmos; en este respecto hay que remontar su ascendencia á mucho más allá de Lamartine: esa sensualidad religiosa, esa pasión refrotada como un estropajo, animaba en otro tiempo á las sacerdotisas y á las druidesas; celebrar el universo en esas épocas de revelaciones brutales, era echarse sobre un altar y poner fuego á su alma, para que encienda los frenesíes bajo la impasibilidad de los astros; eso es lo que hace Valentina de Saint-Point.»

Los cinco himnos—á la vida, á la muerte, al mar, al sol y al viento—de sus poemas son la verdadera síntesis de los motivos y ritmos de sus innumerables visiones. Llama al instinto «savia de mi carne», y al mar «cósmico logaritmo entre tierra y sol». El carácter esencial de su obra es el de la rebelión contra todo dogma tradicional, contra toda imposición dogmática, intelectual y moral, contra toda restricción al libre desenvol-

vimiento del individuo, según la ley que cada cual lleva consigo al nacer. Es la poetisa de la revolución, y su revolución es substancialmente estética en la concepción y en la expresión, en la visión poética y en los ritmos mismos, que han asustado á los clasicistas y á no pocos libreversificadores (convengamos entre nosotros que no sin razón, pues para decir ciertas cosas como las dice Valentina de Saint-Point (1) no hay necesidad de emplear el verso) que no se atreven á reconocerla como una de las suyas. El mismo espíritu independiente, la misma indomable voluntad que en ella campean, hacen de la novela *El Amor,* primera publicada de la anunciada trilogia, cuyas partes restantes están formadas por *Un incesto* y *Una muerte*, un vasto y singular poema en prosa; está en estilo epistolar, y es una historia tan original como atrevida. Los *Poemas del Orgullo,* que se vienen publicando en la *Nouvelle Revue,* son también nuevos y potentes gritos hacia todas las grandes alegrías y los magnos dolores del vivir. Valentina de Saint-Point es muy joven todavía, y es de esperar que con el tiempo, si sus aduladores no la extravían con alabanzas á osadías de forma intolerables, llegue á demostrar, y no es poco, que es digna de alternar en el Parnaso con el gran Lamartine, su ilustre abuelo.

*
* *

(1) Todas las grandezas de concepto y todos los primores de estilo no rescatarán nunca descuidos de forma (queridos ó no) como el de esta cuarteta del soneto *A Génova*:

> Sous le faix de beauté, tandis qu'elle agonise,
> Languide et adorée, au labeur tu consens.
> Solitaire, et farouche, et dédaigneuse, sans
> Esclaves à courber, Genes se tyrannise.

Y es que hay reglas y reglas: unas—las formuladas por la arbitrariedad—pueden despreciarse y pisotearse; otras—las inspiradas en el buen gusto—deben respetarse, si no se quiere pasar por persona sin paladar literario ni sensibilidad estética. La poesía, en su forma material másperfecta, el verso, existe para algo más que para ser atropellada, ó para que se la utilice sin motivo. No hay que pagarse tanto de modernismos ni de revoluciones. *Suum cuique.*

Obras inéditas de Mosén Jacinto Verdaguer.—¡Cuán doloroso es para todos los que hemos asistido gozosos al resurgimiento de la literatura catalana, que estos purísimos sentimientos del culto estético se hayan visto amargados por las derivaciones políticas del regionalismo, que todo lo envenena y que amenaza sumirnos en la más infame de las luchas! Antes se hablaba de Balaguer, de Serafí Pitarra, de Verdaguer, sin sombra alguna de recelo ni de desconfianza. Hoy, al tropezar con un cultivador del catalán, el ánimo vacila y la pluma tiembla por temor de que se mezcle la pasión política á la fruición estética, y por miedo á que las alabanzas al genio se tornen en alfilerazos á la patria, que á tanto llega el falseamiento de las cosas por la torpeza de nuestros políticos, que han hecho de un problema mezquino, antipático y fácilmente confinable y solucionable, el del barcelonismo, un problema tremendo y trascendental, en el que va envuelta la vida misma y el porvenir entero de esta desgraciada nación.

Pijoan en *La Lectura*—y dejemos de hablar de cosas tristes—dedica un artículo á las *Obras inéditas* del genial Verdaguer, obras piadosamente recogidas por Marquina y Pijoan por encargo de los testamentarios entre los papeles dejados por el insigne vate. Dos grandes baúles formaban el caudal documental de Mosén Cinto, y allí había de todo: cartas, recortes de periódicos, diplomas de seminario, estampas y escritos de todas clases. Entre aquel amasijo de papeles fueron poco á poco saliendo cuadernos y hojas manuscritas, en las que Marquina y Pijoan apreciaban los diversos estados de elaboración de los poemas de Verdaguer, ya publicados juntos con otros trabajos inéditos no menos estimables.

Allí está el poema de *Colón,* el gran inspirador de Verdaguer; allí el *Trovador* ó la *Primavera,* poema lírico escrito para unos Juegos Florales, y que no fué premiado Dios sabe por qué; allí una preciosa versión del *Cantar de los Cantares,* de Salomón; allí la transcripción en verso de los diálogos de *El Amigo* y *El Amado,* de Lulio; allí un hermoso libro, *Els*

Pobres, desgraciadamente sin concluir; allí multitud de poesías sueltas, con las que podría formarse, por su carácter, un pequeño *Santoral;* y allí, en fin, materiales sobrados para formar un rico *Epistolario* y un *Diario íntimo.*

Reunido y ordenado todo, Marquina y Pijoan propusieron la formación de cuatro volúmenes con el título de *Póstumas, Prosa áurea, Carmina épica, Glosa mística* y *Carmina lírica.* Tan hermoso proyecto no se ha llevado á cabo: los escritos de Verdaguer se han dispersado, y los amantes del gran poeta y de la hermosa literatura catalana (sin catalanismo) tendrán que esperar un verdadero milagro para saborear los primores literarios inéditos de Mosén Cinto.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La legge sulla condanna condizionale, del 26 giugno 1904, núm. 267, commentata da Raffaele Majetti, Giudice di tribunale. Santa Maria C. V., F. Cavotta, editore, 1905. Un vol. de 319 págs., 5 liras.

Commento alla legge sulla condanna condizionale (legge Ronchetti, 26 giugno 1904, núm. 267), per Giuseppe Cesare Pola. Torino, Fratelli Bocca, editori, 1905. Un vol. (de la «Nuova collezione di opere giuridiche»), 226 págs., 5 liras.

Estos dos libros, que han visto la luz con breve intervalo de tiempo, tienen muchísimos puntos de contacto. Como se ve por sus títulos, tratan de una misma materia, que es el comentario de la ley italiana sobre la suspensión de la ejecución de la pena, ó condena condicional, publicada en 1904 y llamada ley Ronchetti, del ministro cuya firma lleva. Están ambas obras escritas por funcionarios judiciales, y hasta en su tamaño y estructura exterior se parecen bastante.

También hay analogía en el modo con que una y otra desenvuelven el asunto. A decir verdad, ninguna de las dos se ciñen—sea dicho en su alabanza—á lo que la respectiva portada indica. Aun cuando una y otra hacen un largo comentario de la ley Ronchetti, artículo por artículo, y hasta puede decirse, en cierto modo, que este comentario constituye el núcleo de ellas, la impresión que su lectura causa es la de ser dos verdaderas monografías de esa institución, ya hoy tan generalizada, que en unas partes se llama de una manera y en otras partes de otra, y que entre nosotros no recibe nombre ninguno, porque no la tenemos. (Siendo ministro de Gracia y

Justicia en 1900, el conde de Torreanaz presentó á las Cortes un proyecto de ley para implantarla, pero este proyecto ni siquiera llegó á discutirse.) El comentario de la dicha ley ha sido como un pretexto para dar cuenta, en sendos tratados doctrinales, de lo más importante de cuanto á la condena condicional atañe, sin olvidar las correspondientes indicaciones históricas y de legislación extranjera (unas y otras, bastante amplias en los dos libros). Ambos autores, además, sienten viva simpatía no sólo por la institución de que tratan, sino también por todas las demás que responden al mismo elevado espíritu que ella, y las cuales van apareciendo y extendiéndose cada vez más por el mundo civilizado.

Son dos libros que se completan, mejor aún que repetirse, y con su lectura puede el estudioso que lo desee adquirir una idea suficiente de lo que la condena condicional sea, no tan sólo en Italia, sino también en otros países, y de lo que la misma representa en la economía del derecho penal moderno.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

Recuerdos, por José Echegaray 5
La guerra y la vida, por Ricardo Burguete 17
Movimiento económico-social de España.—La política agraria, por Francisco Espinosa y González Pérez 32
Las últimas negociaciones de matrimonios regios entre Inglaterra y España, en 1623, por Juan Pérez de Guzmán 49
Una boda regia á principios del siglo XVII, por Julián Juderías .. 77
En la niebla, por Leonidas Andreief 90
España fuera de España.—Literatura española, por Ernesto Martinenche 118
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 159
Revista de Revistas, por Fernando Araujo 169
Notas bibliográficas, por P. Dorado 204

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGIA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey.—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa.—Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor.—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.

Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne.—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

AP
60
E8
año 18
no.208-10

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY